

DGCL
A

B.B. 1109398
t. 91127



HARMONÍAS ENTRE LO SENSIBLE Y LO SUPRASENSIBLE

HARMONÍAS

ENTRE

LO SENSIBLE Y LO SUPRASENSIBLE

EN FORMA DE

DISCURSOS ORATORIOS,

por el presbítero

D. Juan Alvarez Vega,

Doctor en Sagrada Teología, Licenciado en Derecho Civil y Canónico, Bachiller en Filosofía y Letras y Catedrático de Psicología, Lógica y Ética en el Instituto de 2.ª enseñanza de Palencia.

PALENCIA

Establecimiento tipográfico de Abundio Z. Menéndez

Mayor pral., 70 y Castaño, 1

1896

R. 68957

Es propiedad del autor.

LA CENSURA

Ilmo. Señor:

En cumplimiento de lo dispuesto por S. S. I. en su decreto de 24 de Abril del presente año, he leído y examinado con el debido detenimiento, el manuscrito autógrafo titulado «Harmonías entre lo sensible y lo suprasensible en forma de discursos oratorios», del cual es autor, el Catedrático de este Instituto de segunda enseñanza, Dr. Don Juan Álvarez Vega, habiendo coincidido mi juicio, después del examen, con el favorable que me había formado de antemano, atendidos los indiscutibles méritos científico-literarios del autor.

El espíritu que predomina en todos los discursos, de armonizar lo sensible con lo suprasensible, ó sea, el orden natural con el sobrenatural, acredita la perspicacia y clara intuición con que el ilustrado Catedrático palentino ha sabido apreciar la necesidad de acomodarse en los razonamientos á la actual tendencia de demostrar, cuanto sea posible, por la razón, y de fortalecer la credibilidad de los dogmas católicos con los fenómenos, principios y conclusiones que suministra la experiencia. El acierto del autor, en tarea tan oportuna y difícil, es, á todas luces, innegable.

Por otra parte, los escogidos lugares de la Sagrada Escritura, de la Tradición y de los apologistas y sabios cristianos tan adecuadamente aplicados; las tesis, las hipótesis y los errores del orden metafísico y empírico aducidos con verdadera oportunidad; las descripciones de la naturaleza y de sus leyes y efectos hechas con inspiración de consumado artista; la suavidad en los afectos, la ternura en los consejos, la severidad en las amenazas, el interés

en llevar luz á las inteligencias y rectitud á los corazones; el empeño en deshacer y desbaratar las argucias y sofismas de los patrocinadores del error, basado todo ello en principios eminentemente ortodoxos, y revestido de las esplendorosas galas de una elocución siempre fácil, flúida y correctísima, y á veces elevada, poética y arrebatadora, hacen palpable el saber, la erudición y el cristiano celo del autor del adjunto manuscrito, cuya publicación y lectura redundarán en beneficio espiritual de las almas y mayor gloria de Dios.

Tal es mi parecer, salvo el más ilustrado y competente de V. S. I. cuya vida guarde Dios muchos años.

Palencia 20 de Junio de 1896.

Dr. Isidro de Mugica.

Palencia 23 de Septiembre de 1896

Vista la precedente censura, concedemos Nuestra licencia para que puedan ser publicados é impresos los sermones mencionados en la solicitud que antecede y el parecer del Censor.

Enrique, Obispo de Palencia.

Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Señor,
Andrés Barcenilla,
V. Secretario.

A la memoria

de mi querido tío, generoso protector y segunda providencia de mi temprana orfandad, el ejemplar sacerdote

D. Pedro Antonio de Vega,

(q. e. p. d.); cuyo nombre es muy justo que vaya unido aquí, como en vida lo estuvo su corazón, al de su obligado sobrino

Juan Alvarez Vega.

PRÓLOGO

Damos á estos discursos el título de *Harmonías entre lo sensible y lo suprasensible*, porque tienden á poner de manifiesto, en cada uno de los puntos sobre que versan, las estrechas relaciones y notables analogías que existen entre la materia y el espíritu, entre la naturaleza y la gracia, entre los fenómenos y las leyes del orden natural y las leyes y los fenómenos del orden sobrenatural. Esto sirve para demostrar á los enemigos de nuestra fé, que cuantas piedras arrojen sobre el áureo techo de la revelación y de la metafísica caerán sobre el vidrioso tejado del rastrero empirismo de los unos y del orgulloso é impotente racionalismo de los otros; y que no pueden, sin notoria injusticia y palpable inconsecuencia, rehusar á las espléndidas manifestaciones de la vida espiritual y divina los entusiasmos que consagran á las maravillas del mundo físico y á las conquistas de la razón humana.

No espere el lector encontrar aquí la profundidad, la elevación y la elocuencia que campean en los célebres apologistas que han escrito y predicado para los doctos; pero quizá encuentre la sencillez y la claridad que hacen asequibles las bellezas morales y religiosas á las personas menos ilustradas y al vulgo de las inteligencias.

Tampoco ofrecemos una colección ordenada y completa de sermones, sinó un corto número de ellos, los menos malos entre los pocos que han salido de nuestra desmañada lengua, y cuya publicación, según el parecer de autorizados amigos, puede servir de alguna utilidad. Tal vez algún día llenemos en parte este vacío, publicando trabajos análogos, aunque en distinta forma, sobre los misterios principales de nuestra Religión que no figuran en este libro.

Entre tanto, que Dios bendiga esta obra del último de sus siervos y el más indigno de sus ministros.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

In nomine Patris et filii et Spiritus Sancti.
En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.
Math. XXVIII, 19.

El hombre aspira á dominar mucho, y para dominar mucho á colocarse muy alto. No olvidado aún de su primitivo cetro, pretende reconquistarlo por todos los medios. La cima de una montaña, el trono de un pueblo, los primeros principios de las ciencias y las artes, tienen para nosotros un encanto irresistible, por lo mucho que dilatan respectivamente los dominios de la vista, del poder y de la inteligencia. Los verdaderos héroes, los que proporcionan á la historia páginas de oro y á la sociedad arranques de entusiasmo, son los que acostumbran á mirar las cosas desde el punto de vista más elevado. Alejandro y Ciro, dirigiendo la serie de sus conquistas desde la cumbre de sus generosas miras: San Agustín y Bossuet, mirando el curso de las generaciones y siguiendo la marcha de los acontecimientos, desde las alturas de la Providencia Divina: Santo Tomás dominando los horizontes de la ciencia desde la cúspide de su razón privilegiada:

El Dante y Tasso, Rafael y Murillo, realizando los más bellos ideales, desde la sublimidad de su inspiración célica: Copérnico y Newtón, entusiasmándose ante el concertado movimiento de los mundos, desde la cima de sus respectivas invenciones: Colón, acometiendo la más arriesgada de las empresas, á pesar de todas las preocupaciones, de todas las envidias y de todos los peligros, desde la eminencia de sus ilustradas convicciones y de su heroismo cristiano: éstos, hermanos míos, éstos son las grandes figuras de la humanidad: éstos son los que llevan en pos de sí, la envidia, el respeto y la admiración de sus semejantes.

Pues bien, señores, yo vengo hoy, en nombre de la religión y de la ciencia, á satisfacer, en cuanto es posible, esa noble tendencia del espíritu humano. Yo vengo hoy á ofreceros el criterio más alto para vuestros juicios, el principio más fecundo para vuestros descubrimientos, el trono más firme para vuestro poder, el ideal más sublime para vuestras inspiraciones. Voy á conduciros á la misma fuente del ser y de la vida: vamos á subir hasta el mismo trono de Dios: vamos á sondear, con la reverencia y sumisión debidas y guiados por la fé, la vida íntima de Dios, tal como nos la revela el adorable misterio de la Santísima Trinidad. No esperéis la evidencia intrínseca del misterio: es inasequible á la razón humana, como lo demuestra el angélico Doctor: sólo aspiro á hacéroslo creible y si puede ser, simpático, mediante ciertas analogías y razones de congruencia que pueden descubrirse, supuesta ya la divina revelación del indicado misterio; y sólo bajo este aspecto deben mirarse los esfuerzos del entendimiento humano en esta materia, como lo enseña el mismo Santo Tomás en la 1.ª parte de la Suma q. XXXII, a. 1. Seré todo lo claro y sencillo que me sea posible, evitando todo aparato de erudición y tecnicismo teológicos. Subiremos por escalones conocidos; y confío en Dios que al llegar á la cúspide, quedaréis admirados ante la sublimidad de un misterio; pero no confundidos por la monstruosidad de un absurdo. Ved aquí la proposición con la división y el orden consiguiente. *Dios necesita ser Padre: Dios necesita ser Hijo: Dios necesita ser Espíritu Santo.*

Gracia, hermanos míos, mucha gracia; inspiración, mucha inspiración es lo que hoy necesitamos. Pidámosla á la Trinidad augusta por la intercesión de la Santísima Virgen, saludándola con el Angel. Ave María.

In nomine Patris...

Math. XXVIII, 19.

Toda fuerza obra, toda causa produce, y cuanto más excelente y perfecta sea la causa más perfecto y excelente será el efecto. Toda luz ilumina; pero la claridad procedente de la luna es ténue, vaga y confusa, y sólo nos presenta el horizonte como una superficie de plata; mientras que la luz del sol es viva, enérgica, poderosa, que hace resaltar la variedad de los colores, y convierte el mundo ante nuestros ojos, en un incomparable mosáico de marfil, de nacar y de oro, de esmeraldas, topacios y rubíes; de perlas, amatistas y diamantes. Todo calor dilata: pero el del invierno apenas lo consigue sobre los líquidos y los gases; mientras que el de la primavera y el estío produce esa admirable dilatación de las semillas de la tierra, de las flores de los campos, de los frutos de los árboles, de la alegría de los pájaros, del amor de las aves, y del regocijo universal de la naturaleza. Toda vida enjendra: pero la puramente vejetal sólo produce organismos ciegos, inconscientes, insensibles; hermosuras peregrinas, incapaces de mirarse; harmonías deliciosas, incapaces de oirse; aromas delicados, incapaces de sentirse; dulzuras exquisitas, incapaces de probarse; estaturas jigantescas, incapaces de moverse; y fuerzas colosales, incapaces de batirse: mientras que la vida animal multiplica los organismos animados, sensitivos, semovientes;

con ojos para ver la claridad de la luz y los matices de las flores, con oidos para percibir el suspiro de la brisa, el murmullo del arroyo, la voz del hombre y el estampido del trueno; con olfato para rastrear el aroma de las plantas y las exhalaciones de sus codiciadas presas; con movilidad que ensancha y varía los dominios de sus sentidos, y con fuerzas para defenderse, combatir y triunfar de sus rivales. Sobre estas dos vidas está la vida humana, cuyos personales enjendros, además de ver la luz y los colores, conocen y se deleitan con la hermosura de la luz y los colores; además de oir los sonidos, perciben la harmonía de los sonidos; además de oler los aromas, modifican y reproducen los aromas; además de saborear los manjares, modifican y reproducen los manjares; además de triunfar con su valor, se entusiasman con la gloria del triunfo; además de tener movilidad, dominan los obstáculos de su movimiento, aunque estos obstáculos se llamen montañas ó selvas, rios ó mares, desiertos ó climas.

Y dentro de la vida humana, hay otra vida superior, más noble, más excelente; la vida intelectual, cuyos hijos se llaman ideas, conceptos, verbos. Pero las ideas son hijas privilegiadas, que, sin salir del regazo materno, del seno de la inteligencia, recorren todos los ámbitos del espacio y todas las épocas del tiempo: y hacen desfilar ante los ojos del alma todas las grandezas y armonías de los cielos, todos los tesoros y productos de la tierra, todos los abismos y corrientes de los mares, todos los imperios y episodios de la historia, con todas las delicias de las ciencias y las artes, de la verdad y la belleza, de la virtud y el heroismo. Mas, con ser tan excelentes los frutos de nuestra inteligencia, muestran por doquiera el sello de lo imperfecto, limitado y relativo. Las ideas son muchas, diferentes, sucesivas; lo cual supone muchos actos diferentes y sucesivos; y, por consiguiente, una fuerza limitada, imperfecta, incapaz de producir de una vez y con un solo acto todo el efecto de su energía y toda la semejanza de su naturaleza. Nuestro entendimiento viene á ser como un original precioso, que no acaba de copiarse en toda la vida; un padre fecundísimo, que no acaba de reproducirse en todas las generaciones. Además, nuestros conceptos son meros accidentes, son variables, son amisibles, están expuestos á la invasión mortífera del olvido: es decir, que el entendimiento humano es un padre que puede perder á sus hijos.

Por consecuencia de todo esto, está muy lejos de ser aquí per-

fecta la paternidad y la filiación; falta aquella semejanza específica, que es propia de la generación: *omne generans generat sibi similem* y en virtud de la cual, el hijo de un clavel es clavel como su padre; el hijo de un león, es león como su padre; el hijo de un cisne es cisne como su padre; y el hijo de un hombre es hombre como su padre. Es verdad que los conceptos ó verbos de nuestra mente representan las cosas por vía de semejanza; que el concepto del Sol envuelve la semejanza del Sol, y el concepto de planta la semejanza de la planta y el concepto de hombre la semejanza del hombre, y el concepto de alma, la semejanza del alma; y que estos conceptos y estas semejanzas son inmateriales como nuestro entendimiento y nuestro espíritu. Pero no lo es menos que aún média una gran distancia entre la naturaleza de dichos conceptos y la de nuestro entendimiento y espíritu que los producen. Los conceptos son muchos, mientras que el entendimiento es uno: los conceptos son actos, mientras que el entendimiento es potencia; los conceptos son transitorios, mientras que el entendimiento es permanente; los conceptos son determinados, mientras que el entendimiento es indeterminado, indiferente; los conceptos y el entendimiento son accidentes, no tienen subsistencia propia, mientras que nuestro espíritu es substancia; en una palabra, los frutos de nuestro entendimiento no son entendimientos, los hijos de nuestro espíritu no son espíritus. Por eso dice Santo Tomás: «*Intelligere in nobis non est ipsa substantia intellectus. Unde verbum quod, secundum intelligibilem operationem, procedit in nobis, non ejusdem naturæ cum eo à quo procedit. Unde non propie et complete competit sibi ratio generationis.*» En nosotros el acto de entender no es la substancia misma de nuestro entendimiento. El verbo, pues, que procede en nosotros por la vía de la operación intelectual, no es de la misma naturaleza que el entendimiento de donde procede, y la razón de generación no conviene á nuestro verbo, sino de una manera impropia é incompleta. (1.ª p. q, 27. a. 2.)

Ahora bien, señores; no me negaréis, que si en el orden finito de las criaturas, se revela la perfección ascendente de la causalidad y de la vida por la perfección ascendente de los efectos y los productos, hasta llegar á la paternidad más ó menos perfecta, esto es, hasta la virtud de producir seres más ó menos semejantes en la naturaleza específica; es lógico, es necesario, que en el orden infinito del Criador, allá en el seno de la causalidad y de la vida

infinita de Dios, se revele toda la infinidad é infinita perfección de su energía en un término igualmente infinito, é infinitamente perfecto y perfectamente semejante. No me negaréis que si en los vivientes creados hay virtud generativa, en Dios debe haberla en un grado eminente, infinito y perfectísimo; que si el resultado de la generación del león es león, y el resultado de la generación del cisne es cisne, y el resultado de la generación humana es hombre, el término de la generación divina debe ser Dios. Luego Dios necesita ser padre, y padre en la más pura, perfecta y adecuada acepción de la palabra. *Ex quo omnis paternitas...* Ap. ad. Ephes. III, 15. Padre eterno, porque eterna es la infinita virtud de su vida: Padre personal, porque es de naturaleza inteligente: Padre en un sólo acto, porque nada tiene en potencia, es un acto purísimo; y Padre de un hijo único, porque éste es la ecuación completa de su fuerza vital y la imagen adecuada de su naturaleza: *Figura substantiæ ejus.* (Ad Heb. 1, 3.)

Y esto se verificó en aquel acto tan eterno como Dios y más puro que el aura matinal, en que el entendimiento divino, como un océano de luz, penetró y comprendió toda la esencia divina; resultando de esta penetración y comprensión infinita, dentro del mismo Dios, un concepto adecuado de sí mismo, un verbo expresivo de todo su ser, una imagen viva, substancial y completa del generante, es decir, un hijo, el hijo más perfecto del más perfecto Padre. Y esta imagen, este verbo, este concepto, no transitorio, accidental é insubsistente, como los que engendra nuestro limitado entendimiento, sino permanente, subsistente y personal; porque á Dios hay que concederle todo lo más perfecto que hay en las criaturas y negarle todas las imperfecciones de éstas: y lo más perfecto en las generaciones creadas son los engendros personales, como en la especie humana. Y esto sin dividirse, ni multiplicarse la naturaleza divina, como se divide y multiplica la naturaleza humana en proporción á las personas; sino subsistiendo el Padre y el Hijo en una sola y misma naturaleza, en una sola y misma esencia divina; con lo cual entramos en la segunda parte.

DIOS NECESITA SER HIJO

Bien comprenderéis que ya no se trata aquí de saber si el Padre eterno ha de tener un hijo adecuado y correspondiente

á Él: esto es una consecuencia necesaria de las observaciones anteriores. Si Dios necesita ser Padre, y padre en acto, y Padre eterno, claro está que debe tener un Hijo, también en acto é igualmente eterno. Al decir, pues, que Dios necesita ser Hijo, queremos decir, que en la misma naturaleza divina donde subsiste la persona del Padre, debe subsistir la persona del Hijo; que cumple al ser perfectísimo de Dios, que el Padre y el Hijo subsistan, inseparablemente unidos, en una sola y misma substancia, en una sola y misma esencia, en una sola y misma vida.

Siguiendo la observación atenta de la vida y de los agentes creados, como lo hicimos en la primera parte, es fácil convencerse de que la unión entre la causa y su efecto, entre la acción y su término, entre la vida y su fruto, es tanto más íntima, tanto más una, por decirlo así, cuanto mayor es la perfección del acto, de la vida y del agente. Los seres inferiores de la escala natural, esos que se llaman inorgánicos ó minerales, obran ciertamente; pero el efecto y término de sus actos no queda en ellos mismos, sino que pasa á otras substancias más ó menos distantes, y siempre distintas ó diferentes del agente. La atracción de una molécula recae sobre otra molécula: la atracción de un cuerpo recae sobre otro cuerpo: la atracción de un astro recae sobre otro astro. Los cuerpos, con sus vibraciones, producen el sonido y sus melodiosas harmonías; pero no en ellos ni para ellos, sino en el oído y para el oído de las naturalezas sensibles: quedan tan lejos de su maravilloso efecto, como la materia inerte de las potencias sensitivas. La luz tiene en sí misma el principio de los colores, ese rico manantial de finísimas y variadas tintas, donde parece mojan sus pinceles, la naturaleza para sus campos, y el arte para sus lienzos; pero el término de ese principio, el efecto de esa virtud, la realidad actual de todas las bellezas y hermosuras del colorido, ni queda en la luz ni es para la luz, está en la vista y es para la vista de los seres animados.

En los vivientes ya es más íntima la unión entre el acto y su objeto, entre la fuerza y su resultado. La planta absorbe, y en ella queda el elemento absorbido: la planta asimila, y en ella queda la substancia asimilada; la planta florece y ella luce la hermosura de sus flores; la planta engendra, y ella ostenta la riqueza de sus frutos. Pero, como la planta, aunque es una substancia, no es simple sino compuesta; como en ella, una cosa es la vida y otra cosa es el organismo, una cosa son las funciones y otra cosa son los

objetos de las funciones, y cada órgano está compuesto de diferentes substancias, siempre resulta que el principio vivificante es diferente del organismo vivificado, que las moléculas absorbentes son diversas y separables de las moléculas absorbidas, que las partes asimilantes son diferentes y separables de las partes asimiladas, que la acción productiva es diferente del fruto producido; y, por consecuencia de todo esto, que la planta puede sufrir la separación de las flores, y con ella la pérdida de su encanto; y la separación de sus frutos, y con ella la pérdida de su riqueza, y la separación de sus órganos, y con ella la pérdida de su integridad; y la separación de su alimento, y con ella la pérdida de su vida. Luego no está aquí el tipo de la unión perfecta entre la acción y su objeto, entre la vida y su fruto.

Dejemos á un lado la vida animal; porque, si bien está sobre la vejetal por razón de la sensibilidad, como todas sus potencias son orgánicas, como todas sus acciones exigen el concurso de los órganos materiales del cuerpo, ofrecen, con relación á su objeto, la misma dualidad y diferencia que las operaciones de las plantas. Pasemos, pues, al hombre, que posee el grado más perfecto de la vida en el universo sensible; que está dotado de una vida espiritual con potencias espirituales, esto es, independientes de toda materia y de todo organismo. Nuestro espíritu tiene la facultad de entender, inherente al mismo espíritu: el entendimiento engendra ideas, que permanecen en el mismo entendimiento; las ideas representan objetos, que, en su forma inmaterial y abstracta, permanecen en las mismas ideas. Así el círculo, la planta, la luz, no en la forma material, individual y concreta, que tienen realmente fuera de nosotros; sino en una forma inmaterial, universal y abstracta, existen respectivamente en las ideas de círculo, de planta y de luz. El objeto en la idea, la idea en el entendimiento, el entendimiento en el alma. Pero el alma es inmaterial y simple: en ella no hay moléculas, no hay partes, no hay espacio; luego aquí la acción y su objeto, la potencia y el agente están íntimamente unidos en la substancia única é indivisible del alma humana; más unidos que la liquidez y la trasparencia en la gota del rocío, más que el calor y la luz en el rayo del sol.

Señores; parece que no puede haber unión más íntima ni intimidad más perfecta. Sin embargo, no es así; aún se descubren en ella grandes vacíos y defectos muy sensibles. El alma, la inteli-

gencia y las ideas, no sólo son realmente distintas, son esencialmente diferentes. El alma es substancia, puede existir por sí misma: el entendimiento, como todas las potencias, es accidente, no puede existir por sí mismo, tiene una subsistencia precaria, subordinada y dependiente de la substancia del alma. Y las ideas, además de ser accidentes, múltiples y variables, no son coetáneas al entendimiento y al espíritu; nacen después: y no nacen todas de una vez, sino paulatina y sucesivamente; ni nacen con toda su claridad y distinción, sino que se van perfeccionando progresivamente; ni se conservan todas las que nacen, sino que muchas decaen, se eclipsan y desaparecen. Luego entre el agente, la potencia y el fruto de nuestra vida espiritual no hay ni identidad en el ser, ni igualdad en la existencia, ni igualdad en la independencia, ni igualdad en la duración, ni igualdad en la jerarquía. Nuestro espíritu no tiene el placer, no tiene la satisfacción de ver y contemplar siempre, constantemente, indefectiblemente, toda la hermosura de sus flores, toda la dulzura de sus frutos, toda la riqueza de su vida. Luego tampoco está aquí el tipo de la unión perfecta, entre el principio y su término, entre la acción y su objeto. Sin embargo, este tipo debe existir, porque todo lo imperfecto supone lo perfecto, como enseña Santo Tomás (1.ª p. q. 2 ª art. 3 º): y debe existir donde existen los tipos de todas las perfecciones, en el ser infinitamente perfecto, en Dios. Y para que exista en Dios aquel tipo, es necesario que una sola y misma esencia divina sea á la vez el principio, el acto y el término: Padre, generación é Hijo. Es necesario que la esencia no se distinga del acto, ni el acto de la esencia; que una sola y una misma sea la esencia del Padre y del Hijo, y tan propia del Padre como del Hijo, y tan propia del Hijo como del Padre; único medio de que el principio, el acto y el término sean tan eternos como la esencia, tan substanciales como la esencia, tan inmutables como la esencia, tan inseparables como la esencia y tan indefectibles como la esencia.

Sólo así se evitará en el Principio divino, en el Padre, la contingencia, la sucesión y la mudanza, que lleva consigo el tránsito de la potencia al acto, á que está sujeto nuestro entendimiento como todos los agentes creados. Sólo así se evitará en la acción divina el carácter accidental, variable, transitorio, incompleto y múltiple, que tienen los actos de nuestro espíritu. Sólo así se evitará en el Verbo divino la existencia precaria, subordinada y pere-

cedera que tienen las ideas de nuestra mente. Sólo así se evitará al corazón divino la pena que siente un artista, cuando no ve en su obra todo el ideal de su genio; y el dolor que siente un padre cuando pierde de vista al hijo querido de sus entrañas. Sólo así el Padre eterno tendrá la felicidad que le corresponde de ver y contemplar siempre, constantemente, total é indefectiblemente delante de sí, al Hijo adecuado de su paternidad; y en ese Hijo toda la hermosura de su hermosura, toda la riqueza de su riqueza, todo el poder de su poder, toda la sabiduría de su sabiduría, toda la santidad de su santidad, toda la vida de su vida y toda la gloria de su gloria. Luego el mismo Dios que es Padre, necesita tambien ser Hijo; luego el Padre y el Hijo necesitan tener y subsistir en una sola y misma naturaleza divina (V. S. Tom. 1.ª p. q. 33. a 2). Y siendo esto así ¿no amará el Padre á tal Hijo? ¿no amará el Hijo á tal Padre? Esta pregunta nos lleva naturalmente á la tercera parte de nuestro discurso.

DIOS NECESITA SER ESPÍRITU SANTO

Hay en las criaturas, además de aquella virtud productora que llega hasta la paternidad personal en el hombre; y además de aquella unión entre la causa y el efecto, entre el principio y su término, que llega hasta la intimidad indivisible del entendimiento y su verbo en el espíritu humano, otro fenómeno, otra propiedad que completa y redondea las anteriores; y es, la inclinación, la tendencia que todas tienen hacia el bien conveniente á su naturaleza: tendencia que en los cuerpos se llama gravitación, en los animales instinto y en los espíritus voluntad. En virtud de ella la materia se inclina á su respectivo centro, las plantas á su correspondiente fruto, el animal á los bienes sensibles y el espíritu al bien racional; pero cada uno de diferente manera.

La materia se inclina á su centro; pero sin que esta inclinación se traduzca en actos interiores á la materia que se inclina: todo su efecto es exterior, se refiere únicamente á la colocación de las moléculas ó de los cuerpos en el espacio, á las relaciones de lugar. La planta se inclina, tiende á la producción de su fruto, y esta tendencia se revela en actos interiores á la misma planta, como la nutrición, circulación, asimilación, etc., pero, como carece de senti-

dos, como no es capaz de percibir ni la dulzura de su fruto, ni los matices de sus flores, ni el valor de su savia, ni siquiera su propia existencia, carece también de deseos, es incapaz de afectos; aspira al bien sin amarle; espera el mal sin temerle; posee el primero sin gozo, y sufre el segundo sin pena. La tendencia vejetal es fría, indiferente y estéril para sí misma; sólo tiene calor, interés y fecundidad para otro, para el animal. Este es el que se deleita con su fruto, el que se recrea con sus flores, el que se abriga con su sombra, el que se defiende en su follaje, el que se alegra con su desarrollo, fecundidad y lozanía. En efecto; el animal se inclina á los objetos sensibles, y, como tiene sentidos, los conoce; y, como los conoce, los ama, los desea. El instinto, pues, se expresa dentro del mismo animal en deseos, en actos de amor; él ama el nido que le sirve de cuna, la cueva que le defiende, la presa que le alimenta, y el hijo que le propaga, y la vida que le conserva; y goza con la posesión del bien, y padece con la presencia del mal. Pero, como no puede amar más que las cosas materiales y sensibles, únicas que conoce, sus amores son tan groseros como la materia, tan variables como la materia, tan deleznables como la materia; y siempre inquietos, siempre zozobrosos, porque no está en ellos el bien deseado, porque está fuera de ellos y más ó menos distante é independiente de ellos el objeto de sus complacencias: son flores, es verdad, pero flores de brocha gorda.

Algo más finas son las que brotan en la voluntad de nuestro espíritu Dotado como está de una inteligencia completamente inmaterial, que es como un rayo de la mente divina, elévase sobre las densas capas de la materia, penetra en la región pura de lo inmaterial y espiritual, pasea su penetrante mirada por los etéreos dominios de la verdad y del bien, de la belleza y del orden, de la virtud y la justicia, de la santidad y del mérito, de los espíritus creados y del mismo Criador. Y al conocer todas estas cosas, á la vista de tantos, tan puros y tan simpáticos objetos, por aquella ley de que el semejante ama á su semejante, surge y no puede menos de surgir en nuestra voluntad, la inclinación, el deseo, el amor hacia ellos; surge y no puede menos de surgir en nuestra voluntad, aquel anhelo, aquella efusión, aquella como espiración, en que parece que la misma substancia de nuestra alma quiere salir al encuentro de tan ricos bienes y tan seductoras bellezas. Y, si estos amores llegan á juntarse con la posesión de sus respectivos obje-

tos, ¿quién, hermanos míos, quién será capaz de explicar todo el placer, todo el gozo, toda la felicidad que llevan consigo? ¡Ah! preguntadlo, hermanos míos, preguntad á los sabios con respecto al amor de la verdad, y á los artistas con respecto al amor de la belleza, y á los justos con respecto al amor de la virtud, y á los santos con respecto al amor de la santidad, y á los elegidos con respecto al amor de Dios. Ellos, ellos os dirán que estos amores son las flores más lindas y los frutos más sabrosos, entre todas las flores y todos los frutos que ostenta por doquiera la vida de la creación: las flores más lindas á la vista de nuestro espíritu, y los frutos más sabrosos para el gusto de nuestro espíritu.

Con todo, señores; el amor de nuestra voluntad está muy lejos de ser la perfección del amor. El no es más que un simple accidente de nuestra voluntad y, como todos los accidentes, variable, transitorio y perecedero: ni amamos siempre, ni amamos siempre una misma cosa, ni amamos siempre del mismo modo. Nuestro amor aumenta, disminuye ó desaparece, aumentando, disminuyendo y desapareciendo con él la fruición que le acompaña. Es una mariposilla entretenida en saltar de una ilusión á otra ilusión, de una belleza á otra belleza, de un bien á otro bien, sin fijarse en ninguno, acreditando constantemente el dicho de San Agustín: *Inquietum est cor meum:* inquieto está mi corazón. Es además un amor indigente, hambriento, porque ninguno de los bienes que le ofrece esta vida es adecuado á su desmedida ambición. Es un amor precario, sumiso, dependiente; porque no sólo es distinto, sino que está separado de sus respectivos objetos, los cuales no siempre se ponen á disposición de nuestra voluntad. Es, por fin, un amor laborioso é inquieto; laborioso, porque entre él y su objeto, ordinariamente, médian obstáculos y dificultades que tiene que vencer: inquieto, porque, aun conseguido el objeto, no puede estar seguro de la permanencia de su posesión.

Luego el tipo del amor perfecto debe carecer de todos estos defectos y estar adornado de las perfecciones contrarias: debe ser personal, para que tenga una subsistencia propia y no prestada; substancial para que sea inmutable; eterno, para que no sea transitorio: debe estar plenamente satisfecho, para que no sea un amor mendigante y hambriento: debe ser idéntico en esencia al objeto amado, para que sea independiente é inseparable de él, y desaparezca el trabajo de conseguirlo y el temor de perderlo. Pues

este tipo, está y no puede menos de estar donde están los tipos de todas las perfecciones, en Dios: este tipo de amor perfecto es la tercera persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo.

En efecto, señores; si el origen del amor está en el conocimiento, y su razón ó motivo en la semejanza, no puede negarse que en aquel acto simplicísimo y eterno, en que el Padre y el Hijo se contemplaron y se conocieron tan infinitamente perfectos, tan perfectamente bellos, tan bellamente perfectos é infinitos y tan completa y esencialmente semejantes, se amaron y no pudieron menos de amarse con un amor infinitamente perfecto: y á la vez que brotó el Verbo en el entendimiento divino, la divina voluntad espiró también su fruto divino, ese amor personal y perfectísimo, que se llama Espíritu Santo, comunicándole la misma esencia del Padre y del Hijo, sin separarse ni dividirse del Hijo ni del Padre; y con la misma esencia, la misma eternidad, la misma infinidad, la misma bondad, la misma sabiduría, la misma omnipotencia y la misma hermosura: siendo así tres á subsistir en una sola y misma esencia, tres á conocer con una sola y misma inteligencia; tres á amar con una sola y misma voluntad; tres á vivir con una sola y misma vida, y tres á gozar en una sola y misma felicidad: y, sin dejar de ser una, tan eterna para los tres como para cada uno; tan infinita para los tres como para cada uno; tan inmutable para los tres como para cada uno; tan feliz para los tres como para cada uno.

Señores, esto será todo lo incomprensible que se quiera, pero no me negaréis que es un ideal de perfección tan admirable, tan sublime, tan excelso, que sobrepuja á toda invención humana y muestra el sello de un origen divino.

Resumen: Dios necesita ser Padre, como el tipo más perfecto de la fecundidad; y la fecundidad más perfecta está en la paternidad personal. Dios necesita ser Hijo, como el tipo más perfecto de la intimidad entre el principio y su término, entre la acción y su objeto; y la intimidad más perfecta está en la identidad esencial. Dios necesita ser Espíritu Santo, como el tipo más perfecto del amor, y el amor más perfecto es el amor personal, consustancial, indivisible é inseparable del objeto amado. Hasta aquí puede llegar la razón, y eso iluminada y sostenida por la fé. Al llegar aquí, á la razón debe suceder la adoración. Adoremos, pues, hermanos míos, el augusto é insondable misterio de la Santísima Trinidad. Adoremos este misterio, que desde el fondo mismo de su oscuri-

dad, nos envía aún luz bastante para conocer que la vida que él revela es la única vida digna de Dios. Adoremos este misterio, que, por la pureza de su fondo, por la perfección de sus elementos y por la harmonía de sus relaciones, es el único que puede elevar nuestro entendimiento á las concepciones más brillantes, nuestra voluntad á los amores más profundos, y nuestro corazón á los sentimientos más delicados: el único que puede inspirar á la ciencia las teorías más luminosas, al arte los ideales más sublimes y á la vida los impulsos más generosos. Concluyamos diciendo de lo íntimo de nuestra alma: Gloria á Dios Padre: Gloria á Dios Hijo; Gloria á Dios Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos

AMÉN.

LA DIVINIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Ego et Pater unum sumus.
Yo y el Padre somos una cosa.

Ev. de S. Juan, cap. X, v. 30.

A. O.

TODA causa contiene en sí la razón de sus efectos, la grandeza ó pequeñez de sus resultados De una causa sublime, grande y pura, saldrán efectos puros, grandes y sublimes; puros como el agua que brota de inmaculada fuente; grandes como la claridad que difunde el encumbrado sol; sublimes como la creación qne salió de las manos de Dios. De una causa pequeña, vulgar y viciada, saldrán efectos pequeños, vulgares y viciados: pequeños, como el castillo fabricado por las manos de un niño; vulgares, como las ideas que brotan de la mente de un necio; viciados, como el organismo que nace de un germen enfermo, ó los deseos que manan de un corazón corrompido. El Salvador lo ha dicho: no puede el árbol bueno dar malos frutos, ni el árbol malo producir frutos buenos. Y es esto tan cierto y está tan

arraigado en el ánimo de todos, que para crear ó aumentar el brillo de un personaje, acudimos desde luego á la nobleza de su origen, invocamos los explendores de su cuna, si cuenta realmente con ascendencia esplendorosa y noble; ó, en otro caso, para que no pierda nada de su actual y elevada consideración, se oculta ó se disimula la humildad y la bajeza de su nacimiento. Por el contrario, cuando hay interés en rebajar la importancia de un individuo, de una institución, de un pueblo, se recuerda y se acentúa la oscuridad de su origen, si oscuro ha sido, para que lleguen hasta ellos sus humillantes sombras; ó se intercepta con la pantalla de la duda, de la negación ó la calumnia, el brillo de su abolengo, si brillante fuese, para que no participen de sus honrosos resplandores.

Por eso recordamos con orgullo los autores de nuestras glorias, de nuestra prosperidad, de nuestra grandeza; mientras que quisiéramos borrar de la memoria de la humanidad los nombres de aquellos que nos han acarreado la ruina, la decadencia y el desprestigio. Por eso eran tan caros los nombres de Brahama para los indios, de Confucio para los chinos, de Zoroastro para los persas, de Nino y Semíramis para los asirios; de Sesostris para los egipcios; de Solón y Licurgo para los griegos; de Rómulo para los romanos, y de Abraham para los israelitas; porque estos nombres representaban la elevación, el talento, el heroismo ó la santidad, como origen respectivo de su nacionalidad, de su civilización, de sus instituciones: y la santidad y el heroismo, y el talento y la elevación son siempre cunas nobles, ilustres y gloriosas. Por eso eran, en cambio, tan odiosos los nombres de los çudras en la India, los ilotas en Esparta, los plebeyos en Roma y los cananeos en Palestina; porque estos nombres representaban los hijos de la bajeza, de la esclavitud, de la desgracia ó de la maldición, y la maldición y la desgracia y la esclavitud y la bajeza son unos padres demasiados viles, oscuros y miserables.

Por eso también nuestros enemigos, los enemigos del cristianismo, se empeñan en suscitar y condensar las nubes de la duda, de la negación ó la impostura, sobre el sol esplendente y celestial de nuestra envidiable cuna. Por eso el racionalismo, tan osado como impío, pretende arrancar de la adorable frente de Jesucristo la aureola de su divinidad, reduciéndole á un puro hombre, por más que este hombre sea un sabio, un santo y de un carácter incomparable.

Por lo mismo nosotros, hermanos mios, debemos confirmarnos y regocijarnos cada vez más en la gloria imponderable de nuestro sublime origen, en la augusta divinidad de N. S. J. Y por cierto que á ello nos convida el Evangelio de hoy, Evangelio, que no sólo tiene por objeto culminante la divinidad de Jesucristo, sinó que es un discurso acabado sobre la divinidad del Redentor. Empieza diciendo que se celebraba entonces en Jerusalén la fiesta de las encenias, es decir, la fiesta de la purificación y dedicación del templo, ordenada por Judas Macabeo, con motivo de la profanación sacrílega llevada á cabo tres años antes por el pérfido Antioco, rey de Siria. Precioso exordio; porque así como el invicto y piadoso Macabeo ordenó aquella fiesta en desagravio de la profanación realizada en el templo de Jerusalén por el malvado Antioco, el Hijo de Dios se hizo hombre para desagraviar al Eterno Padre por la profanación llevada á cabo en el templo de nuestras almas por el Antioco infernal, por el príncipe de las tinieblas. Continúa diciendo, que Jesús se paseaba por el pórtico del templo y se le acercaron los judíos diciéndole: ¿Hasta cuando nos acabas el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente: *Si tu es Christus, dic nobis palam.* Ved aquí la proposición clara y terminante: dínos sin ambajes si tú eres el Cristo, el Mesías prometido, el Hijo de Dios hecho hombre. Y Jesucristo, para probar afirmativamente esta proposición, apela á sus palabras y á sus obras: *Os lo digo y no me creeis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dán testimonio de mí. Aunque á mi no me querais creer*, dice más adelante, *creed á las obras.* Y para que no les pudiera quedar la menor duda, acude á su misma esencia, asegurándoles que su naturaleza es la misma naturaleza del Padre; *ego et Pater unum sumus*: yo y el Padre somos una sola y misma cosa, es decir; tenemos una sola y misma esencia divina. Y por cierto que así lo entendieron los judíos; pues tratando de apedrearle, dijeron que lo hacían porque cometía la blasfemia de hacerse Dios á sí mismo: *quia tu homo cum sis facis te ipsum Deum.*

Ya lo veis, hermanos míos; el Evangelio de hoy nos convida y casi nos obliga á probar la divinidad de N. S. J. Bien sé que vosotros no lo necesitais, porque teneis acreditada vuestra inquebrantable fé; pero conviene que esta fé sea ilustrada en cuanto pueda serlo, para que podais dar razón de ella cuando las circunstancias lo reclamen; y ademas bueno es recordar y encarecer las

glorias de nuestro origen cristiano, para estimularnos á corresponder á ellas con nuestra conducta. Imploremos antes los auxilios de la divina gracia, tan necesarios para tratar dignamente tan grandioso y sublime asunto; poniendo por intercesora á la Santísima Virgen, á quien saludamos con el Angel: Ave-María.

Ego et Pater unum sumus.
Joan, X, 30.

Los seres todos tienen la virtud de manifestarse para alcanzar el honor de ser conocidos. Los cuerpos se manifiestan por sus propiedades sensibles, por su color, sonido, olor y sabor, por su temperatura y consistencia, por sus acciones y reacciones: y por estas propiedades sensibles el hombre conoce la naturaleza de los cuerpos. La planta se manifiesta por el movimiento expansivo de su germen, por su evolución sucesiva en tallo y raices, ramas y hojas, flores y frutos: y por este desenvolvimiento sensible el hombre conoce la vida de las plantas. El animal se manifiesta por sus movimientos, por sus sensaciones y sus instintos; y por estos instintos, sensaciones y movimientos el hombre conoce la animación del bruto. El hombre se manifiesta por sus palabras y sus acciones, por su lenguaje y sus obras: y por estas obras y este lenguaje conocemos la inteligencia y el libre poder del hombre. Las criaturas todas se manifiestan por la limitación de su ser: donde quiera que haya una substancia limitada, una vida limitada, una inteligencia limitada y un poder limitado, es señal infalible de que allí hay una criatura. El Criador se manifiesta por la infinidad de sus atributos; donde quiera que aparezca una vida infinita, una inteligencia infinita y un poder infinito, infaliblemente allí está el Criador, allí está Dios.

Pues bien, hermanos mios, con este criterio vamos á juzgar á Jesucristo. Pero ¿qué he dicho, señores? Una débil criatura atreverse á juzgar al mismo Dios? ¡Oh! Perdonadme, Señor mío Jesucristo, perdonadme tan osado atrevimiento, pero aún hay sucesores de aquellos judíos, que preguntan quien sois, que piden las credenciales de vuestra misión divina, de vuestra filiación divina; y queremos mostrárselas para que no tenga disculpa su incredulidad. Vamos á juzgaros, sí; pero no como aquellos para encontrar pretesto de apedrearos, sino para tomar ocasión de glorificaros más y más. Vamos á juzgaros; pero no para entregaros, como Pilatos, á una turba de foragidos, sino para presentaros lleno de gloria y majestad á estas piadosas almas, á fin de que se perfeccionen en vuestro amor, en vuestra adoración y en vuestras alabanzas.

Sí, hermanos mios, Jesucristo se manifiesta también con sus palabras y con sus obras, con su doctrina y con su acción. Si á través de su enseñanza y de sus acciones no se descubre más que una inteligencia finita y un poder finito, tendrán razón los incrédulos, Jesucristo no será más que un hombre. Pero si su doctrina revela una inteligencia infinita, y sus obras un poder infinito, no hay remedio, habrá que reconocer en él la persona divina, el Verbo de Dios. Veámoslo, empezando por la inteligencia.

Grande es sin duda la inteligencia del hombre: su paso por los caminos de la historia está señalado con locubraciones sorprendentes, aún antes del Cristianismo. Ella es capaz de concebir tipos de sublime belleza, como el Júpiter Olímpico de Fidias: planos de construcciones gigantescas, como los que sirvieron de modelo á las famosas pirámides y al renombrado laberinto de los doce palacios del Egipto: admirables teorías filosóficas, como las de Sócrates, Platón y Aristóteles: constituciones legislativas, como las de Licurgo y Solón: y proyectos colosales de conquista como los de Alejandro y César. Pero todas estas concepciones, tan grandes como son, llevan impreso el sello de lo finito, lo limitado, lo imperfecto. La grandiosa estátua del Júpiter Olímpico no representa más que el ideal de un ídolo, de un Dios que nace y muere, degradado por sus miserias y contrariado por su impotencia; porque Fidias no conocía bien al verdadero Dios. Aquellas gigantescas construcciones, llámense pirámides ó laberintos, no representan más que concepciones limitadas por el espacio que las encierra y por el tiempo que las concluye. Sócrates, el primer moralista de la

antigüedad, no supo extender la ley del amor más allá de las fronteras de su patria; porque Sócrates no conocía bien la naturaleza humana. Platón y Aristóteles, los más grandes filósofos del paganismo, no acertaron á explicar el origen del mundo sin menoscabar el poder y la independencia de Dios, estableciendo la eternidad de la materia; ni supieron desenvolver las relaciones humanas, sin perjudicar la dignidad del hombre, sancionando la esclavitud y la comunidad de mujeres; porque ni Platón ni Aristóteles conocían bien á Dios, al hombre y al mundo. Licurgo y Solón, con sus legislaciones, no supieron conciliar los derechos y atribuciones del Estado con los derechos y atribuciones de la familia y del individuo; porque no conocían bien ni al individuo, ni á la familia, ni al Estado. Los audaces proyectos de conquista, que animaron á Alejandro y á César, tampoco van mas allá de lo finito y lo imperfecto: son limitados en su extensión, puesto que no traspasaban las costas del Atlántico por un lado y las del Pacífico por otro: limitados en su previsión, que no alcanzaba ni á todos los obstáculos que habían de encontrar, ni á todos los medios para superarlos; y limitados en su duración, puesto que las conquistas del primero se desvanecieron con su muerte; y las de César, completadas por Augusto, no pudieron resistir el devastador empuje de las hordas septentrionales. Todos éstos no eran más que hombres, y, como hombres, limitados é imperfectos, expuestos á la ignorancia, á la debilidad, y al engaño; *omnis homo mendax.*

Mas se presenta Jesucristo en la escena del mundo, y con él la concepción más vasta, más gigantesca, más universal y más armónica que han visto los siglos. Ella comprende el orden natural y el orden sobrenatural, el Criador y las criaturas, los Cielos y la tierra, el individuo y el Estado, el tiempo y la eternidad, lo finito y lo infinito con las relaciones más profundas, más delicadas y más recónditas que ligan todos estos extremos, sin que ninguno de ellos aparezca resentido ó contrariado. ¡Oh! Hermanos míos! ¿Quién me diera tiempo y fuerzas para desplegar ante vuestra consideración toda la magnificencia de ese plan inmenso que abrigaba la sagrada frente del Salvador, y que expresó en su doctrina evangélica! Pero esto no es posible, y habremos de contentarnos con ligeras indicaciones.

Desde luego, y no con los esfuerzos del que discurre, sinó con la facilidad del que vé, nos dá una idea de Dios tan sublime, tan ma-

gestuosa, tan digna del Ser Supremo, que se remonta infinitamente sobre las más altas cumbres de la ciencia pagana. Se eleva sobre todo el politeismo, proclamando la unidad absoluta de Dios: *Dominus unus est:* y sobre toda la idolatría, afirmando su espiritualidad é independencia, y su culto en espíritu y verdad: *Spiritus est Deus, et eos qui adorant eum in spiritu et veritate oportet adorare:* y sobre el dualismo de Platón y Aristóteles, enseñando que es dueño y señor de toda materia como de todo espíritu, de los cielos y de la tierra: *Dominus cœli et terræ:* y sobre la aparente, desigual y contradictoria trinidad brahamánica, al enseñarnos con palabras terminantes y precisas la personalidad real y distinta del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, á la vez que la unidad substancial de las tres personas: *Docentes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti:* enseñándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: en el nombre, esto es, en la autoridad, en la virtud, en la eficacia: hé aquí la unidad esencial; del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; hé aquí la distinción real de las tres personas: y elevándose más y más en esta enseñanza divina, llega hasta abrirnos, por decirlo así, el seno mismo de Dios, para mostrarnos su vida íntima, para revelarnos la eterna generación del Verbo: *exivi a Patre;* y la procesión eterna del Espíritu Santo: *Spiritus Sanctus qui a Patre procedit;* sin que el Hijo, con ser engendrado, sea por eso inferior ni posterior al Padre; sin que el Espíritu Santo, con haber procedido del Padre y del Hijo, sea por eso inferior ni posterior al Padre y al Hijo, y sin que el Padre, con ser ingénito y sin principio, sea por eso superior ni anterior al Hijo y al Espíritu Santo; sino que las tres personas son perfectamente iguales, ó igualmente eternas y consustanciales: *et hi tres unum sunt.* Y, por último, se eleva sobre todas las deidades del Olimpo y sobre todas las concepciones de la India y de Grecia, del Oriente y del Occidente, al decir como nos dice en el Evangelio de hoy, que Dios es mayor que todas las cosas, superior á todas las criaturas: *majus omnibus est.*: es superior á todos los demás seres, porque es infinito en poder, en sabiduría, en santidad, en justicia y en todo género de perfecciones, porque es soberanamente perfecto: *Pater, vester cœlestis perfectus est.* Y toda esta majestad, soberanía é independencia, perfectamente conciliadas con su providencia universal sobre todas las cosas, con la más cariñosa solicitud por las aves del cielo, por el lirio de los valles, por el cesped de los campos, y

especialmente por el hombre: *Scit enim Pater vester quia his omnibus indigetis*: Vuestro padre sabe que teneis necesidad de todas estas cosas: Math. VI, 32: Conciliación que no acertaron ni aciertan á comprender las escuelas fatalistas.

Quien manifiesta un conocimiento tan exacto y comprensivo de Dios, no es extraño que comprenda perfectamente al hombre. *Anima plus est quam esca, et corpus plus quam vestimentum:* Luc. XII, 23. El alma es más que la comida y el cuerpo más que el vestido. Ved aquí una sentencia de Jesucristo, que es un tratado completo del hombre. En ella están expresados y ordenados los elementos constitutivos de la naturaleza humana y su relación con la naturaleza física. El hombre consta de alma y cuerpo, *anima et corpus:* el alma tiene sus necesidades, que son las de su razón y su voluntad, la necesidad de conocer la verdad, y amar el bien. El cuerpo tiene también las suyas, que son el alimento y el abrigo: *esca et vestimentum.* Pero el alma y sus necesidades están por encima del cuerpo y sus exigencias: *anima plus est quam esca;* luego el cuerpo debe estar subordinado al alma, los sentidos deben estar sujetos á la razón; es lícito satisfacer las necesidades del cuerpo, pero solo en cuanto conduzcan y no se opongan á las necesidades del alma, al bien espiritual del alma. A su vez el cuerpo es superior al vestido; es decir, la vida física del hombre es superior á la naturaleza material, á los demás seres del mundo sensible, á los animales, las plantas y los minerales, de donde tomamos el alimento y el abrigo de nuestro cuerpo; luego tenemos derecho á usar de todas estas cosas para la satisfacción de las necesidades de nuestra vida. De esta manera vino á resolver Jesucristo, en cuatro palabras, el gran problema cuya solución se disputaron sin fruto las dos famosas escuelas de estóicos y epicúreos.

El que tan á fondo conoce á Dios y al hombre, debe conocer igualmente las relaciones del hombre con Dios. Y en efecto, también las conoce Jesucristo, de tal manera las abarca y domina con su excelsa mirada, que las presenta todas condensadas en una sola ley, que nada deja que desear. *Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, de toda tu alma y de todo tu entendimiento.* Math. XXII, 37. Ved aquí una ley sublime, universal, fecunda y progresiva, cual no se encuentra en los más celebrados códigos de la ciencia humana. Ley sublime, porque con una palabra resuelve la formidable cuestión del destino del hombre, que tanto y con tan mal éxito ha-

bía fatigado á los mayores sabios de la gentilidad; porque de un golpe levanta todas nuestras aspiraciones sobre todos los bienes finitos, sobre todos los atractivos del Universo creado, para fijarlas en el bien sumo y perfectísimo, en Dios, principio supremo, absoluto é infinito de todo bien y de toda felicidad. Y esto, no para anonadarnos un día en el piélago inmenso de su infinita esencia, como locamente han imaginado panteistas antiguos y modernos, sinó para eternizar nuestra vida, nuestra propia personalidad y nuestra incomparable felicidad, con la visión beatífica de Dios; como nos lo asegura en el Evangelio de hoy: *Et ego vitam æternam do eis, et nom peribunt in æternum:* y yo les doy la vida eterna, y no perecerán jamás. Ley universal y comprensiva, porque abraza todos los elementos de nuestra naturaleza, el corazón, el alma y las potencias; los afectos, las ideas y las fuerzas; porque comprende á todos los hombres, puesto que, según el mismo J. C., todos somos hermanos, hijos del mismo Padre celestial, y por consiguiente todos tenemos el mismo fin y la misma ley; y porque se refiere á todo Dios, es decir, á su esencia, á sus personas y á sus atributos; puesto que, al proponernos á Dios como objeto supremo de nuestro amor, nos manda amar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, cuyas tres personas no son más que un solo y mismo Dios; y nos manda amar lo mismo el poder que la sabiduría, lo mismo la justicia que la misericordia y los demás atributos de Dios, toda vez que los atributos de Dios son la misma esencia divina. Ley fecunda y activa, porque el amor es activo y fecundo; porque el amor es vida, y la vida es acción y movimiento: por eso dice el mismo Salvador: *Sólo aquel que obra, que trabaja, que cumple mis mandamientos, es el que me ama.* No es, por lo tanto, el amor mandado por J. C. aquella contemplación inmóvil y estúpida del budismo indio, tan decantado por ciertos filósofos. Ley, en fin, progresiva y ascendente; porque nos propone como ideal y modelo de perfección, no la impotencia y la miseria del Júpiter Olímpico, que en vez de elevar degrada y envilece; no el ciego respeto á los usos y costumbres de los antepasados, prescrito por el divinizado moralista de la China, Confucio; máxima que pesa como una gran losa de plomo sobre el movimiento civilizador del celeste imperio; sino la perfección suprema y absoluta de Dios, en cuya prosecución siempre vislumbraremos un más allá, que provoque, excite é impulse nuestro movimiento ascendente y progresivo, bajo todos aspectos.

Tampoco se crea que por eso está aquí autorizada esa evolución indefinida y desesperante de cierta escuela, según la cual el hombre estaría condenado á proseguir siempre un ideal, un fin, sin llegar á conseguirlo jamás; no, porque, según el mismo Salvador, llegará un día, y éste será luego después de nuestra muerte, en que los que hayan cumplido aquí aquella ley, tendrán hartura y verán á Dios: *Quoniam ipsi saturabuntur*: *Quoniam ipsi Deum videbunt:* el tiempo para merecer y perfeccionarnos, y la eternidad para la dicha y el premio.

Con otra ley análoga expresa J. C. todas las relaciones del hombre consigo mismo y con sus semejantes. *Diliges proximum tuum sicut te ipsum*: amarás á tu prójimo como á tí mismo. Es decir, que aquel amor que sirve de lazo íntimo y universal entre Dios y el hombre, sirve también de lazo íntimo y universal entre los diferentes elementos de cada individuo, *sicut te ipsum*, y entre todos los individuos de la especie humana. Es decir, que aquel amor que reduce todas las relaciones del hombre con Dios á la relación de filiación y paternidad, reduce también todas las relaciones de los hombres entre sí á la de fraternidad; que el amor debe unir al esposo y la esposa, al padre y al hijo, al súbdito y al imperante, al propio y al extraño, al amigo y al enemigo, al nacional y al extranjero, al militante en la tierra y al purgante en el purgatorio y al triunfante en el cielo. ¡Ley admirable, hermanos mios! Con ella quedan destruidas de un golpe la esclavitud en la dependencia, la tiranía en la autoridad, y el egoismo en los corazones. Por consecuencia de ella, J. C. restableció la olvidada dignidad de los niños, presentándolos como modelo de inocencia para entrar en el reino de los cielos; restituyó á su lugar la importancia de la mujer, con la unidad é indisolubilidad del matrimonio; fundó la verdadera libertad sobre la verdad: *si veritas liberavit vos vese liberi eritis;* y enseñó las bases sólidas del derecho público con aquella célebre sentencia: *Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.*

Y si á todo esto agregamos, que J. C. penetraba con su entendimiento en los más recónditos pliegues del corazón humano, como sucedió, entre otras veces, con los acusadores de la mujer adúltera y con el traidor discípulo; que leía en el porvenir de los siglos cuanto había de suceder á sus discípulos, previniéndolos con todos los medios necesarios para el triunfo de su santa causa; previsión que han acreditado los tiempos; y que en todas sus palabras, senten-

cias, consejos y parábolas, se revela un conocimiento vasto, profundo y sin ejemplo, de las personas y las cosas, habremos de concluir: «El que coloca todas las cosas, desde Dios hasta el átomo, en el lugar que les corresponde; El que expone con toda exactitud é incomparable acierto las relaciones entre la criatura y el Criador, entre Dios, el hombre y el mundo, entre el tiempo y la eternidad, es porque conoce exacta y perfectamente á Dios, al hombre y al mundo, el tiempo y la eternidad; para comprender así á Dios, al hombre, al mundo, al tiempo y la eternidad, es preciso una inteligencia infinita: Luego Jesucristo poseía una inteligencia infinita, luego Jesucristo era verdadero Dios.» Revuélvanse como quieran los incrédulos; que nieguen la autenticidad del Evangelio, que nieguen, si les place, la existencia de Jesucristo: pero la doctrina del Evangelio es un hecho que no pueden negar, que está á la vista. Pues bien, esa doctrina envuelve un plan infinito, que no pudo ser concebido sino por una inteligencia infinita: si esa inteligencia fué la de Jesucristo, Jesucristo era Dios: y si fué la de algún impostor, les contestaremos con Rousseau: «en este caso el inventor es más admirable que el héroe.» Que expliquen, si pueden, la invención de la doctrina Evangélica, esa concepción tan vasta, tan universal y tan armónica, de la doctrina evangélica, por un entendimiento humano, por un entendimiento creado; y entonces habrán conseguido algo. Pero tengan en cuenta que explicar no es destruir, ni destruir es explicar; que no se explica el mecanismo de un reloj sometiéndolo al rudo golpe de un pesado martillo: y esto fué lo que pretendieron hacer Strauss en Alemania y Renan en Francia. ¡Ah! Es el último esfuerzo de una impotencia convicta y confesa. Es como si dijeran: nada adelantamos con negar la autenticidad del Evangelio; nada adelantamos con negar la misma existencia de Jesucristo; esa doctrina, cualquiera que sea su origen, nos confunde, nos anonada; esa doctrina lleva consigo el sello innegable de la divinidad de su autor: destruyamos, pues, la doctrina Evangélica, el significado y el sentido de las palabras del Evangelio, para destruir con él la divinidad de su autor. Pero en vano: no es quien el orgullo del hombre para neutralizar la omnipotencia de Dios. La doctrina evangélica salió incólume de sus manos, como incólume saldrá de todos los Strauss y de todos los Renanes que se sucedan en el trascurso de los siglos, para dar testimonio en todas partes y en todos tiempos de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Una perfección infinita solo puede tener por sujeto un ser infinito; y un ser infinito lleva consigo todas las perfecciones posibles en un grado infinito. Habiendo, pues, demostrado que Jesucristo poseía una inteligencia infinita, se deduce necesariamente que disponía también de un poder infinito. Así pues, pocas palabras diremos sobre este segundo punto.

Así como la inteligencia se manifiesta por las palabras, por la doctrina, el poder se manifiesta por las obras. Por ellas conocemos que el poder del hombre es no menos grande y admirable que su inteligencia. El explota y extiende la aplicación de las fuerzas naturales, hasta obtener resultados verdaderamente asombrosos. como son, la perforación de inmensas montañas, la unión de mares separados, la separación de continentes unidos, y la casi supresión del tiempo y de las distancias en sus comunicaciones. Pero con todo esto jamás ha podido ni podrá, con sólo el deseo de su voluntad ó la virtud de su palabra, dominar los elementos, las enfermedades y la muerte. El náufrago se ahoga, porque ni sus ardientes deseos ni sus dolorosos gritos, son capaces de libertar del peso á su cuerpo y de la liquidez á las aguas. El paciente sufre, porque la enfermedad no obedece ni á sus deseos ni á sus palabras. El padre tiene que llorar y soportar la muerte del hijo, y el hijo la muerte del padre, y el hermano la del hermano, porque ni la muerte huye ni la vida viene á la voz del hombre. Estas cosas sólo obedecen á la voz de su divino autor: estas obras sólo pertenecen á la acción de la omnipotencia.

Pues todo esto, que no puede hacer el hombre, lo pudo y lo hizo Jesucristo. Por eso invoca el testimonio de sus obras en favor de su divinidad: «Las obras que yo hago, nos dice en el Evangelio de hoy, las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí... Aunque á mí no me creais creed á las obras, para que conozcais y creais que el Padre está en mi y yo en el Padre.» Y en efecto, Él, por sola su voluntad, anduvo á pié firme sobre las aguas del lago de Genesaret sin sumergirse; Él, con sola su palabra, se hizo obedecer de los vientos y del mar en el mismo lago: Él, con sola su palabra, restituyó la vista á los ciegos, el oído á los sordos, el movimiento á los paralíticos, la limpieza á los leprosos y la salud, en fin, á toda clase de enfermos. Él, con sola su voluntad y su palabra, resucitó á Lázaro, al hijo de la viuda de Nain, y á sí mismo al tercer día de su muerte. Y no vale el pobre y gas-

BIBLIOTECA CASTILLA Y LEÓN

tado efugio de negar ó desfigurar estos hechos milagrosos de la vida del Salvador; porque su publicidad fué tanta, por lo menos, como la que obligó á introducir en la verdad de la historia los hechos de Cicerón, de Pompeyo, de Annibal ó de Viriato. Por eso el racionalismo ha expresado el convencimiento de la divinidad de Jesucristo, por boca de uno de sus más célebres representantes, con esta sentencia: «Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Cristo son de un Dios.»

No hay duda, pues, hermanos mios; aquel Verbo divino por quien fueron hechas todas las cosas en la creación, es el mismo por quien fueron restauradas todas las cosas en la Redención. Gloriémonos, pues, en la divinidad de nuestro Maestro y Redentor: gloriémonos en lo sublime, excelso é incomparable de nuestro cristiano origen, de nuestra esplendorosa cuna. Pero gloriémonos, no como el cobarde ó miserable, que no ha tenido más participación que la de su memoria en los triunfos ó blasones que le envanecen; sino como el valiente soldado que muestra las cicatrices de los combates y peligros á que se expuso, por seguir entusiasmado el ejemplo de su heróico general. Oigamos dóciles las doctrinas de nuestro divino Maestro: *Ego sum Magister vester*. Sigamos fieles y constantes las huellas de nuestro divino ejemplo: *exemplum dedi bobis.* Participemos en esta vida de su abnegación, de sus virtudes, de sus humillaciones, de sus sacrificios, de sus victorias, de su santidad; para que lleguemos también á participar en el cielo de su misma y eterna gloria.

ASÍ SEA

JESUCRISTO ES EL CAMINO DE NUESTRA SALVACIÓN

Ego sum via.
Yo soy el camino.
Joan. XIV. 6.

A. O.

El que impuso á todos los seres su respectivo fin, también les marcó el camino que habían de seguir para alcanzarlo. El que mandó á los astros que diesen luz y calor al resto de la creación, también les trazó en el espacio las órbitas que habían de recorrer y las distancias que habían de guardar, para que iluminaran sin deslumbrar, y para que calentasen sin destruir. El que mandó á las nubes que se tendiesen como pabellones ante los rayos del sol para templarlos, y sobre el haz de la tierra para refrescarla, también señaló á los vapores el camino de su elevación á las regiones de la atmósfera y la dirección de la gravedad para descender en forma de lluvia. El que mandó á los árboles cubrirse de flores y de frutas, también dictó á la savia el camino que había de seguir al través del organismo viviente. El que mandó á los animales ponerse al servicio del hombre, también les abrió el camino del instinto, que siguen maravillosamente hasta

sus más útiles y portentosos resultados. El que mandó, en fin, á todo el universo publicar la gloria de su autor, también le enseñó el camino del orden, que revela su sabiduría; el camino de la reparación, que anuncia su justicia; el camino del sacrificio, que indica su soberanía; el camino de la utilidad, que manifiesta su beneficencia; el camino de la belleza, que pregona su hermosura; el camino de la sublimidad, que expresa su grandeza; el camino del poder, que atestigua su omnipotencia; y el camino de la vida, de la prosperidad y la abundancia, que pone de relieve los inagotables tesoros de su fecundidad.

Por eso, al imponer su fin al hombre, le marcó también el camino que había de seguir. Al decirle: tu fin es el Cielo, le dijo; tu camino es ascendente. Al decirle: tu fin es la posesión de Dios, le dijo, tu camino será la voluntad de Dios. Al decirle: tu fin es la gloria, le dijo, tu camino será la gracia. En efecto, hermanos mios; ya sabéis que Dios colocó al primer hombre, y con él á toda la humanidad, en el camino de la gracia, de la santidad y de todas las virtudes, para que llegase por él al término de la gloria. Pero, desgraciadamente, por una culpable desobediencia se extravió de aquel camino y se precipitó en el abismo del pecado, arrastrando consigo á todos sus descendientes. Al golpe de su caída, despertó de la momentánea ilusión con que le había seducido el disfrazado Luzbel, reconoció su error y su perdición; quería volver al camino de la santidad que tan neciamente había abandonado. Pero, ¿cómo, si se quedó con la sola naturaleza, y ésta muy quebrantada; y para trepar la sublime pendiente por donde había rodado, era necesaria, absolutamente necesaria, la escala de la gracia? ¡Ah! Hermanos mios; era imposible, de todo punto imposible que el hombre, abandonado á sus propias fuerzas, pudiera salir de tan lamentable estado. Pero Dios, combinando la justicia con la misericordia, le tendió una mano compasiva, le ofreció en el acto un recurso extraordinario, soberanamente divino, que supliese su natural impotencia: le ofreció nada menos que su eterno Unigénito, cuyos futuros méritos, que había de contraer en una vida mortal, franqueasen desde luego á Adám y á todos sus descendientes los tesoros de la divina gracia, abriéndoles así un nuevo camino para llegar á su último fin; un camino de redención y penitencia, ya que por su culpa habían perdido el de la felicidad y justicia original; un camino de ascensión y de fatiga, como corresponde al que

ha tenido la desgracia de caer en el fondo de un abismo; pero recto y seguro para todos los que quieran seguirle; camino, en fin, abierto por Nuestro Señor Jesucristo en la tierra virgen de su inocentísima Humanidad, y señalado por Él mismo con huellas indelebles, para que sirvieran de guía á todas las generaciones. Por eso pudo decir de sí mismo con sobrado fundamento: *Ego sum via:* yo soy el camino. Y ved aquí indicado el objeto de mi discurso, que es demostraros en estos momentos que *Jesucristo es el verdadero camino*, el único camino *de nuestra salvación*. De esta manera resultará una especie de síntesis de todas las saludables doctrinas que habéis oido en este solemne novenario, y á la vez tendréis ocasión de contemplar bajo un nuevo aspecto tan interesantes verdades.

Imploremos los auxilios de la divina gracia por la intercesión de la Virgen Santísima. Ave María.

Ego sum vía.
Yo soy el camino.
Joan. XIV, 6.

El camino debe guardar proporción con el término, con el punto de partida y con las circunstancias del sujeto. En primer lugar con el término; porque, es claro, ni todas las direcciones conducen á un mismo fin, ni todos los fines están en una misma dirección. No se puede llegar al norte caminando hacia el sur; ni ocupar la cima del Himalaya descendiendo por la corriente del Ganges; ni transfigurarse con los resplandores de la ciencia, envolviéndose en el sudario de la apatía; ni conquistar la corona del triunfo, huyendo por los caminos del miedo: ni subir al monte de la gloria, acostándose en las faldas de la inercia. En segundo lugar con el punto de partida; porque no es lo mismo estar al nivel del término, que más alto ó más bajo: en el primer caso el camino podrá ser llano y suave; en el segundo será descendente y por lo mismo fácil y breve; en el tercero tiene que ser ascendente, y por consecuencia pesado y fatigoso. El águila que se cierne por encima de todas las demás aves, no tarda en alcanzar su presa; pero el encarcelado molusco, que yace adherido á las rocas en el fondo de los mares, tiene que esperar con paciencia á que las corrientes le traigan su alimento. La inteligencia que está á la altura de la verdad, no tarda en comprenderla; pero la que ocupa las ínfimas gra-

das del talento, tiene delante de sí una difícil subida, que tardará mucho en dominar. Por último, el camino debe guardar también proporción con las condiciones del sujeto; porque ni todos los caminos son á propósito para todos los seres, ni todos los seres pueden marchar por un mismo camino. La luz que con tan admirable velocidad atraviesa los cuerpos diáfanos, tiene que detenerse ante los cuerpos opacos. Los senos del mar, que los peces recorren y cruzan en todas direcciones con tan asombrosa rapidez, están vedados á las bestias de la tierra y á las aves del cielo; así como los surcos que las aves trazan en las regiones de la atmósfera, son inaccesibles á los peces del mar y á las bestias de la tierra. Un hombre sano y robusto dominará sin gran fatiga la cumbre de una montaña; pero un hombre débil y enfermo ni siquiera se atreverá á intentarlo, á no ser con fuerzas agenas y por impulso extraño.

Veamos ahora cual es el término, el punto de partida, el estado y condiciones del hombre, para deducir de ahí cual debe ser su camino. El fin del hombre, ¡ah! ya lo sabéis, está muy alto, está más allá de todas las perspectivas que alcanza nuestra vista, de todas las harmonías que llegan á nuestros oidos y de todos los encantos que impresionan nuestro corazón: «*Nec oculus vidit, neque auris audivit, neque in cor hominis ascendit, quæ Deus præparavit iis qui diligunt eum.*» Sí, el fin del hombre está más alto que las nubes, más alto que las estrellas, más alto que los ángeles, más alto que todas las eminencias de la tierra, que todas las sublimidades del cielo y que todas las grandezas de la creación: está por encima de toda la naturaleza; es sobrenatural, es nada menos que el mismo Dios, la posesión intuitiva y sobrenatural de Dios: «*quoniam videbimus eum sicuti est*: (1) y Dios habita en la más sublime de las alturas, en la cumbre de todas las sublimidades: *qui in altis habitat* (2) Luego nuestro camino, debe ir á parar en Dios, debe remontarse hasta el seno de Dios, debe apoyarse por el lado de allá sobre la peana del trono de Dios.

Y ¿dónde está ese camino tan alto, tan elevado, tan atrevido, que no se detiene hasta tropezar con el trono de Dios? ¡Ah! Hermanos mios: yo lo busco en todos los caudillos que se han presentado á la humanidad con esas pretensiones, y no lo encuentro más que en Nuestro Señor Jesucristo. Yo lo busco en todas las religio-

(1) I. Joan. III, 2.
(2) Psalm. CXII, 5.

nes que se han arrogado el derecho de conducirnos á nuestra felicidad, y no lo encuentro más que en la religión cristiana. Si miro al Brahamanismo de la India, solo veo la identificación absurda de la criatura y el Criador: identificados estos dos extremos, queda suprimida la distancia entre el hombre y Dios; y suprimida la distancia, queda suprimido el camino. ¡Ah! Esto será muy cómodo, encontrarse en el término sin haber pasado por las incomodidades del viaje: sólo que, como no son tan fáciles las supresiones en el orden real de las cosas como en el orden quimérico de la imaginación, resulta que, al llegar lo que ellos llaman el despertar de la muerte, en vez de encontrarse identificados con Dios, se encuentran identificados con la miseria; en vez de verse absorbidos por Brahm, se ven absorbidos por la desgracia; en vez de encontrarse en el término sin haber salido del principio, se encuentran peor que en el principio, sin esperanzas de llegar al término. Es el despertar del ciego, que soñó con la claridad del sol. Es el despertar del pobre, que soñó con los tesoros de la opulencia. Es el despertar del esclavo, que soñó con la soberanía del imperio. Si miro al Budhismo, que tantas simpatías inspira hoy á ciertos filósofos, veo sí un camino, pero camino que deja ver en su término el horroroso espectro de la extinción de los individuos, la aniquilación personal, el vacío, la nada: y, como pendiente de la nada, se hunde, se desploma con todos los que le siguen, bajo el peso del ateismo y del materialismo que sobre él gravitan. Si fijo la atención en el Mahometismo, encuentro también un camino, y este camino me convida á su término con un paraiso: pero es un paraiso de delicias sensuales, de placeres materiales; un paraiso en que sólo se nos ofrece la posesión de las criaturas; y las criaturas no pueden saciar el corazón del hombre, criado para lo infinito. Este camino queda, pues, muy bajo, queda muy atrás, como todos los que se detienen en la esfera de la materia y de los sentidos, en los atractivos de la riqueza y en las maravillas de la industria. Si vuelvo los ojos al racionalismo, encuentro también un camino; pero, la verdad, señores; es un camino demasiado largo, tan largo que nunca se acaba. Es un camino que no tiene por término más que lo indefinido, lo indeterminado; es decir, un fin indefinido, un término indeterminado, ó lo que es igual, un fin que no es fin, un término que no es término Y ¿qué podemos prometernos de un camino que no tiene fin ni término? La contestación es bien obvia: cansarnos inútilmente.

En cambio, si volvemos la vista á nuestro divino Salvador, ¡ah hermanos mios! ahí, ahí encontramos desde luego el camino proporcionado á la altura de nuestro destino: camino recto, dirección segura para llegar á la posesión de Dios; *Ego sum vía.* En efecto, hermanos mios: Jesucristo, por su lado divino, por el lado de su origen y generación eterna, está fuertemente asido al trono de Dios, está eterna é inmutablemente prendido al seno de Dios, cómo lo está el pensamiento, el verbo interior, al seno de la inteligencia, y no hay fuerza, ni peso, ni explosión, ni trastorno, por profundo que sea, capaz de desprenderle ni de rebajarle un punto de la sublime altura en que está asegurado; como que es una misma cosa, una misma substancia con el Padre: *Ego et Pater unum sumus.* (1) De manera que, si caminamos por Él, si subimos por Él, irremisiblemente, infaliblemente llegaremos á estar un día en la presencia de Dios, viéndole cara á cara: *facie ad faciem* y disfrutando de las inefables delicias de su gloria; como, si nos fuera dable subir por los rayos del sol, infaliblemente llegaríamos á tocar con la esfera de este astro. Habremos andado, pero no en balde: nos habremos cansado en la subida, pero al fin hallaremos allí el término y el descanso; no el término desconsolador del vacío, sino el término real por excelencia, el ser de los seres: *Ego sum qui sum:* no el descanso irrisorio del aniquilamiento, sino el descanso feliz de una vida perfecta, de una vida angelical: *et erunt sicut angeli Dei in cælo.* (2)

Consideremos ahora nuestro punto de partida. ¿Dónde está el hombre? Qué posición ocupa con respecto á la altura de su término? ¡Ah! Tampoco lo ignoráis. El hombre fué colocado un día á la altura de su destino, y si hubiera permanecido en aquel puesto, su camino sería llano, y alcanzaría su fin sin cansancio, sin fatiga y sin dificultad: pero, desgraciadamente y por su culpa, perdió aquella posición tan ventajosa. Falseada la base de su inocencia por los golpes de la tentación infernal, y aumentada la fuerza de su gravitación por el falaz atractivo de las promesas diabólicas, cayó precipitadamente, como herido por un rayo, en el abismo de su perdición: desde la altura de la santidad descendió hasta el fondo del pecado: desde la altura de la soberanía descendió hasta la hu-

(1) Joan, X. 30.
(2) Matth. XXII, 30.

millación de la esclavitud: desde la altura de la inmortalidad, descendió hasta la miseria del sepulcro: desde la altura del placer descendió hasta las profundidades del dolor. Ved ahí el hombre, después del pecado original; tal es su posición y su punto de partida para la reconquista de su último fin: el fondo de un múltiple abismo, de pecado, de esclavitud, de dolor y de muerte. Y en este estado, en el fondo de una profundidad tan angustiosa, cuando se repuso un poco de su primer aturdimiento, empezó á volver á todos lados su vista inquieta y espantada; como buscando un rayo de luz que le orientase de su posición, una senda que le restituyese á su lugar primitivo. Pero, ¡ay! ¡todo en vano! Él había apagado la luz sobrenatural de su inteligencia con el aire de su caída, y no era quién para encenderla. Él había abandonado la senda sobrenatural de su destino; y no era quién para recobrarla. Por todos lados sombras impenetrables y alturas inaccesibles.

¡Pobre hombre! ¿Qué vá á ser de tí? ¿Quién te sacará de ese estado? ¿Quién te levantará de esa profundidad vertiginosa en que caiste por tu culpa, hasta aquella altura inconmensurable que ocupaste sin tu mérito? Acaso la débil naturaleza que te resta? ¿Acaso la ténue luz de tu razón natural y la extenuada energía de tu voluntad natural? ¿Tienes puesta tu esperanza en alguno de esos talentos privilegiados, que abren los caminos de las ciencias á través de los misterios de la naturaleza; ó en algunos de esos genios poderosos, que se abren los caminos de la ambición por encima de la independencia de los pueblos; ó en alguna de esas fuerzas colosales, que abren los caminos de la comodidad, de la industria y del comercio, por el corazón de las montañas, por las entrañas de la tierra, por la superficie de los mares y hasta por las regiones de la atmósfera? ¡Ah! Pobre hombre! No te hagas semejantes ilusiones. Todos esos talentos, todos esos genios y todas esas fuerzas te abrirán, sí, muchos caminos, todos los caminos que tu quieras; pero caminos que no se elevarán un ápice sobre el nivel de tu profundidad; porque tu profundidad está al nivel de la naturaleza, y todos esos talentos, todos esos genios y todas esas fuerzas no son más que recursos naturales. La naturaleza podrá hacer todos los descubrimientos, todas las conquistas que se quieran, dentro de su orden, en el orden natural; pero no tiene eficacia, no sirve, abandonada á sí misma, para hacer descubrimientos y conquistas en el orden sobrenatural de la gracia y de la gloria; co-

mo los velocípedos de tierra no sirven para correr sobre las capas del aire; como los rayos del sol no sirven para disipar las tinieblas de la ignorancia; como la metralla de los cañones no sirve para derribar las columnas del firmamento.

Y bien, hombre infeliz, ¿qué vas á hacer en tan lamentable estado y tan desconsolador abandono? ¿Te entregarás en los brazos de la más cruel desesperación? ¡Ah! no; confía, espera, consuélate; porque lo que no pueden hacer las criaturas, lo puede y lo quiere hacer el Criador. Sí, Dios vá á hacer por amor tuyo lo que no hizo por amor á los ángeles: esa altura que tu no puedes subir vá á descender y humillarse hasta ponerse al nivel de tu bajeza: ese camino que tu no puedes buscar, vá á desarrollarse y venir á buscarte á tí: y esa altura y ese camino que van á descender hasta la profundidad de tus piés, no son otra cosa que nuestro divino Redentor Jesús Nazareno. Mirad el Verbo divino, descendiendo desde el seno de su Eterno Padre, sin desprenderse de Él, hasta tocar con la profunda humillación de nuestra naturaleza en el seno de la Santísima Virgen; á la manera que los rayos del sol, sin separarse de él, descienden hasta tocar con las humildes flores que se ocultan en el fondo de los valles. Y al tocar el Verbo divino con nuestra degradada naturaleza, haciéndola suya, no se quedó á la altura de los héroes, de los ricos, de los nobles, ó de los poderosos; sino que descendió hasta la debilidad de los niños, hasta la indigencia de los pobres, hasta la modestia de los artesanos y hasta la degradación de los siervos. Sí, hombre caído: ahí tienes á Jesús, como tú y más bajo que tú en la profundidad del pecado; no propio, porque esto no puede caber en el que es la misma Santidad, pero sí en la profundidad de los pecados ajenos; y no los pecados de una persona, de un pueblo, de un siglo, sino los de todo el género humano, que Jesús tomó sobre sí para satisfacer por ellos á la justicia divina: «*Peccata multorum ipse tutit.* (1) Ahí tienes á Jesús como tú y más bajo que tú en la profundidad de la servidumbre, anonadándose hasta tomar la forma de siervo: *Semetipsum exinanivit formam servi accipiens.* (2) Ahí tienes á Jesús, como tú y más bajo que tú en la profundidad del dolor, llevando sobre sí los dolores de toda la humanidad. *Dolores nostros ipse portavit.* (3) Ahí tienes, en fin, á

(1) Isai. LIII.
(2) Ap. ad. Philip. II, 7.
(3) Isai. LIII.

Jesús como tú y más bajo que tú en la profundidad de la muerte, sufriendo por nosotros la más cruel é ignominiosa de las muertes: *Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.* (1) Y no sólo esto, no sólo ha descendido hasta ponerse al nivel de nuestras humildes plantas; sino que, así como los rayos del sol, al tocar á las flores las comunican calor y fuerza para incorporarse y levantarse de la tierra en dirección ascendente, así también Jesucristo, á la vez que se pone en contacto con las miserias del hombre, le comunica el calor y la fuerza de su gracia, para que pueda incorporarse y levantarse de su postración, poniéndose en actitud de fijar su planta en el nuevo camino que se le ofrece.

Vemos, pues, que Jesús Nazareno, como verdadero camino, se eleva por un lado hasta la altura de nuestro término, que es Dios, y desciende por otro, sin solución de continuidad, hasta la bajeza de nuestro punto de partida, que son nuestras miserias. Sólo resta que consideremos las condiciones del hombre en su relación con las de nuestro divino Redentor, para ver si se corresponden mútuamente.

El hombre, por la primera culpa, no sólo perdió el estado y el camino sobrenatural de la gracia; camino y estado que vuelve á encontrar en el Salvador del mundo: perdió también la integridad de su naturaleza; perdió aquella paz dichosa, aquel admirable equilibrio, que resultaba de la perfecta subordinación de todas sus potencias; adquiriendo en su lugar la inclinación al mal y la debilidad para el bien. La inclinación al mal es una inclinación hácia abajo, hácia lo sensible, hácia lo material, hácia la tierra; contraria, por lo tanto, á la dirección de su camino, que es ascendente y le llama hácia arriba, hácia lo espiritual, hácia lo eterno, hácia Dios. De aquí la necesidad de luchar contra esa tendencia retrógrada, que se opone á nuestra marcha progresiva. De aquí la necesidad de vencer los seductores atractivos de la concupiscencia, que vienen de abajo, de la tierra, del fango de la sensualidad, para poder seguir las amorosas reclamaciones de la gracia, que vienen de arriba, del cielo, de la cúmbre de la pureza. Y como la lucha y el triunfo tienen por compañeros inseparables la fatiga, el sufrimiento y el sacrificio, claro está que nuestro camino de ascensión y de lucha, tiene que estar sembrado de fatigas, de dolores y

(1) Ap. ad. Philip. II, 8.

de sacrificios. Sí, hermanos mios, estas son las condiciones acomodadas á nuestro modo de ser. Es necesario alijerar el peso de la carne para facilitar la marcha del espíritu, como es necesario alijerar el lastre de un buque para facilitar su marcha en medio de la tormenta. Es necesario enrarecer la atmósfera de la sensibilidad, hacer una especie de vacío en la esfera de los apetitos, para que las facultades superiores, cediendo á la presión de la gracia, se eleven á las purísimas alturas de su destino: como es necesario hacer el vacío en el cuerpo de bomba, para que por él ascienda el agua, cediendo á la presión atmosférica; como es necesario que el calor dilate, enrarezca y alijere los cuerpos, para que en forma de ténues vapores y en virtud de la misma ley, se eleven á las capas superiores del aire. Y no hay otro medio de producir ese enrarecimiento, esa especie de vacío en la atmósfera sensible y pesada que rodea nuestras almas en esta vida, más que el sudor de la fatiga, los vientos de la adversidad y el fuego del sacrificio. Y el pretender lo contrario, pretender que nuestras almas suban por el camino aéreo y espiritual de la gracia á las purísimas regiones de la gloria, sin descargarlas antes del enorme peso del egoismo, de la avaricia, de la sensualidad, del peso, en fin, de los placeres y afecciones sensibles, sería tan absurdo, entendedlo bien, entusiastas de los sentidos é idólatras del placer, el pretender esto sería tan irracional, tan absurdo y, si queréis, tan ridículo, como pretender que vuele una paloma con las alas cargadas de plomo, como pretender lanzar á los espacios un globo saturado de mercurio.

Y bien; ¿necesitaré ya deciros cuál es ese camino sembrado de fatigas, dolores y sacrificios? No es verdad que vuestra imaginación se ha adelantado á mi discurso, representándoos de antemano toda la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo? Pues ese, ese y no otro, es el verdadero camino, cuyas condiciones convienen á nuestras condiciones: *Ego sum via.* Sí, hermanos mios; Jesucristo es ese camino, que, desde el establo de Belén hasta la cumbre del Gólgota, ofrece una serie no interrumpida de fatigas, privaciones, dolores y sacrificios: de fatigas en sus contínuas peregrinaciones; de dolores, en toda suerte de injurias, persecuciones y calumnias; de privaciones, en sus ayunos, abstinencias y pobreza; y de sacrificios, en su pasión y muerte. Este es el camino que se ha venido desarrollando ante vuestra piadosa atención, durante el curso de este solemne novenario; creyéndome por lo mismo, dis-

pensado de insistir más en él; y me contento con recordaros, que el que quiera seguir á Jesucristo en el camino del cielo, es preciso que antes le imite en el camino del Calvario: *Tollat crucem suam et sequatur me.* (1)

He dicho que forma también parte de la triste herencia que nos legaron nuestros progenitores, la debilidad para el bien: es decir, esa falta de energía, de valor, de constancia en nuestra voluntad, para vencer las innumerables tentaciones que nos asedian por todas partes, y para seguir con docilidad las saludables inspiraciones de la gracia. De aquí las muchas paradas, vacilaciones y caídas, que con harta frecuencia, por desgracia, nos detienen y separan de la senda de la virtud. Necesitamos, por consiguiente, que en toda la extensión de nuestro camino haya recursos abundantes para suplir la debilidad de nuestras fuerzas. Necesitamos encontrar á cada paso alimento espiritual, para robustecer nuestras almas, y medicina espiritual para curar las llagas de nuestros pecados: medicina y alimento, que en vano buscaremos por los caminos del mundo. En el mundo todo es débil, porque todo es humano; y los hombres, en este terreno, todos son débiles: el héroe de cien combates se rinde á la seducción de una mirada: el conquistador de cien pueblos sucumbe ante la sombra de un pensamiento: y, si es una locura pedir pan al hambre, y luz á las tinieblas, no lo será menos pedir valor á la flaqueza y salud á la enfermedad. Preciso es, por lo tanto, acudir á otra parte, volver nuestros ojos al Fuerte por excelencia, al león de Judá, al vencedor del mundo, de la muerte y del pecado, á nuestro divino Redentor. Él es el único que puede sostenernos sin rendirse, distribuirnos sus manjares sin abstenerse, y prodigarnos sus fuerzas sin debilitarse. En Él encontraremos el apoyo más firme para aliviar el peso de nuestros trabajos: *Ego reficiam vos*: (2) la fuente de agua viva para apagar nuestra sed: *Fons aquæ salientis in vitan æternam*, (3) el pan del cielo para saciar nuestra hambre: *hic panis qui de cælo descendit*; (4) la medicina de la penitencia para curar las llagas de nuestras caidas; el espléndido banquete de su carne y sangre, para nutrir y regalar nuestras almas; la virtud, en fin, de todos los sacramentos en harmonía con

(1) Matth. XVI, 24.
(2) Matth. XI, 28.
(3) Joan. IV, 14.
(4) Joan. VI, 59.

todas nuestras necesidades. Luego no hay duda, Jesucristo es el verdadero y único camino de nuestra salvación: *Ego sum via..... Nemo venit ad Patrem nisi per me:* Yo soy el camino: ninguno puede llegar al Padre sino por mí. Él corresponde, por su altura á nuestro término, por su humillación á nuestro punto de partida, por sus fatigas y sacrificios á las luchas de nuestra naturaleza, y por la abundancia de sus recursos á las exigencias de nuestras necesidades.

¿Qué resta, pues, hermanos mios? ¡Ah! Que le sigamos decididamente: que abandonemos los caminos del mundo, que son caminos de perdición; que abandonemos el camino de la avaricia, que por ser de pulido metal, es también resbaladizo; que abandonemos el camino de la sensualidad, que por ser de fango, sólo sirve para sumergirnos; que abandonemos el camino de las intrigas y los odios, que, por ser de polvo, nos ciega; que abandonemos el camino de las ambiciones y los honores mundanos, que, como son de humo, nos asfixian; que abandonemos, en fin, los caminos torcidos, peligrosos, estériles y desamparados de las malas pasiones, para seguir únicamente el camino recto, firme, seguro, fecundo y socorrido de nuestro divino Salvador. ¡Ah! Felices vosotras, almas del claustro, ángeles de paz, esposas del divino Cordero; felices vosotras, que incomunicadas con las sendas del mundo, marcháis de frente y de lleno por el camino de vuestro adorado esposo. ¡Ah! ¿Qué os diré yo en este momento? Qué puedo deciros yo sobre esta materia? ¡Ay! Pobre de mí! Yo nada, absolutamente nada puedo enseñaros: en todo caso, más bien debería recibir lecciones de vosotras; porque conocéis ese camino mejor que yo, infinitamente mejor que yo: sí, vosotras lo andáis y lo conocéis palmo á palmo en todas sus ondulaciones y en todos sus accidentes. Repito, pues, que nada tengo que enseñaros, sólo tengo que pediros, sí, yo os pido muy encarecidamente que roguéis por los que estamos en el mundo, para que Dios nos haga ver todos los engaños, todas las traiciones, todos los lazos y todos los precipicios que se anidan en los caminos del mundo, y nos dé fuerzas para huir de ellos y marchar constantes y animosos por el que nos trazó su divino Hijo, con su doctrina, con su ejemplo y con su sangre. De esta manera llegaremos á encontrarnos todos en un mismo término, en el término de la gloria de Dios y de nuestra eterna felicidad, que á todos deseo.

AMÉN.

EL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

Et ambulate in dilectione,
sicut et Christus dilexit nos.
Y andad en caridad, así
como Cristo también nos amó.
Ap. ad. Eph. V, 2.

A. O.

La luz y el calor son los dos principales factores de la vida física: préstale la primera el colorido, la lozanía y la hermosura; y recibe del segundo la expansión, el crecimiento y la fecundidad. También la vida superior del hombre se mueve al amparo de aquellos dos agentes: sírvese de la luz de la verdad, para descubrir los horizontes más fértiles y encontrar los caminos más seguros; y se apropia el calor del sentimiento, para promover el desarrollo de sus gérmenes y dilatar la esfera de sus actos. La cabeza es el faro, que muestra los derroteros y previene los escollos: el corazón es el horno, donde se templan todos los resortes y se inician todos los movimientos de nuestra racional y admirable economía.

El destello de una idea desplegaba ante el alma de Colón el grandioso y fascinador espectáculo de un nuevo mundo; pero quien movió sus pasos, y alentó sus esperanzas, y triunfó de sus émulos, y armó sus carabelas, y atravesó los mares, y superó los peligros, y coronó con el éxito más glorioso sus combatidas ilusiones, fué el gran corazón del inmortal genovés. En cambio, quien ofuscó la inteligencia de Lutero, y á la vez extravió su conducta, y envene-

nó sus escritos, y profanó el arca de las santas tradiciones, y rasgó la túnica de la Iglesia, y rompió todos los diques de las pasiones, y desencadenó todos los vientos de la discordia, y convirtió á la culta y civilizada Europa en un sangriento é ignominioso teatro de vandálicas escenas y deplorables ruinas, fué el perverso corazón del fraile apóstata.

Esto quiere decir, que en aquella misteriosa entraña, lo mismo se forjan resortes para el bien que para el mal, y lo mismo se imprimen rectas que torcidas direcciones; y que, si es cierto que los grandes pensamientos salen del corazón, también lo es, como asegura Balmes, «que del corazón salen grandes errores, grandes delirios, grandes extravagancias y grandes crímenes.» Importa, pues, conocer y apreciar debidamente la verdadera escuela del corazón humano: interésanos en gran manera contemplar y mirarnos en el nítido y soberano espejo de todos los corazones, que es el Sagrado Corazón de Jesús. ¡Ay! ¡Desgraciados los que no se miran en este espejo ni se educan en aquella escuela! Desgraciados los que sólo calientan su corazón con el vano combustible de los atractivos terrenales! Jamás irán muy lejos ni subirán muy alto en los espaciosos dominios de la actividad humana: todos sus afectos y todas sus obras caerán á sus mismos piés, como cae á los piés del niño la saeta lanzada por sus débiles manos.

Nadie como nosotros, mis queridos hermanos, puede evitar esta desgracia. Para todos y cada uno de los cristianos, está siempre abierta, siempre accesible, siempre viva y luminosa, la escuela infalible del divino Corazón de Jesús. No tenemos más que mirarla y oirla para aprender con plena claridad y certeza estas dos cosas: 1.ª, que el resorte más potente del corazón humano es la caridad; 2.ª, que la dirección más progresiva de todos nuestros actos y movimientos es la dirección ascendente. O de otra manera: que el hombre de gran corazón debe moverse por la caridad, y debe moverse hácia arriba. Hé aquí los dos puntos que serán objeto de este discurso y de vuestra atención.

Ahora, hermanos mios, unámonos en espíritu al incomparable Corazón de nuestro Salvador, para que nos haga participantes de aquella caridad que informaba toda su vida, y de aquella elevación que tomaban todas sus aspiraciones; á fin de que comprendamos bien y practiquemos mejor sus elocuentes enseñanzas. Al efecto, pongamos por intercesora á la Santísima Virgen, saludándola con las palabras del Angel: Ave María.

Et ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos.
Y andad en caridad, así como Cristo también nos amó.
Ap. ad. Eph. V, 2.

PRIMERA PARTE

Sólo Dios es inmutable, porque sólo él es principio y fin de sí mismo. Todas las criaturas tienen que moverse, porque todas tienen fuera de sí el objeto de sus aspiraciones, el fin de su naturaleza. Por lo mismo necesitan y poseen todas un resorte adecuado á la dirección y velocidad de sus movimientos. Este resorte en el mundo material, según la última palabra de la ciencia física, es principalmente el calor, en sus diversas manifestaciones. Puesto en manos de la naturaleza, ora desciende á la más débil expresión de su energía, para determinar un movimiento de apretada concentración en las moléculas que constituyen los sólidos; ora se eleva á los grados intermedios de la escala, para dar más amplitud á la agitación molecular de los líquidos; ora, en fin, se remonta al nivel de su mayor intensidad, para favorecer la tendencia elástica y repulsiva de los gases. Hace unas veces que el agua, en forma de vapor, vuele á las altas regiones de la

atmósfera; y consigue otras que este vapor, en forma de lluvia, de escarcha, de nieve ó de rocío, se precipite sobre la corteza de la tierra. Débense al mismo todos los desequilibrios atmosféricos, y el vuelo majestuoso de las nubes, y la más ó menos impetuosa velocidad de los vientos, y la más ó menos profunda revolución de los mares, y las tremendas conmociones subterráneas, y todo el trabajo que desarrollan los laboratorios orgánicos de las plantas y los miembros locomotivos del animal y del hombre. Puesto aquel agente en manos de la industria, imprime atronador y vertiginoso movimiento á los colosales mecanismos de los talleres y las fábricas, no hace correr sino volar á las pesadas locomotoras de mar y tierra, arranca de su asiento las montañas y las rocas que desafían el poder de los siglos, y comunica á los mortíferos proyectiles fuerza bastante para rivalizar con la velocidad del rayo.

Pues lo que hace el calor en el mundo material, hácelo la caridad en el mundo espiritual. El mismo Verbo increado que, como autor del primero, puso el calor al frente de los movimientos de la materia, como autor también del segundo, puso la caridad al frente de los movimientos del espíritu: *omnia per ipsum facta sunt*; y nos dejó en su vida temporal y humana un ejemplo soberano de la acción eficaz y omnímoda de aquel maravilloso resorte.

En efecto, señores; el Divino Jesús formó desde luego en su Corazón el gran foco de la más pura y ardiente caridad, que sabiamente manejado y distribuído por su voluntad rectísima, desarrolla todo el proceso de su grandeza y perfección incomparables. Empieza por darse á sí mismo la menor parte posible, cerrando todas las válvulas que comunican con su egoismo y poniendo á *cero*, digámoslo así, la temperatura de su amor propio. Logra con ésto, que todos los instintos bajos y puramente sensuales se replieguen y se reduzcan al estrecho círculo de las necesidades físicas, y que caigan por su propio peso al lugar inferior de la humana naturaleza, quedando, como deben quedar, á los piés de la razón y la voluntad. De aquí resultan aquel desprecio y abandono, aquella frialdad verdaderamente glacial, con que miraba todos los bienes temporales y caducos; aquella solidez inquebrantable y aquella resistencia más que diamantina, ante la cual se estrellaban, sin imprimir la menor huella, todas las tentaciones del placer y la molicie, de la ambición y la avaricia, de la vanidad y la soberbia, del mundo, del demonio y de la carne. De aquí aquella serenidad

imperturbable, con que esperaba y recibía, sin conmoverse, las contínuas y formidables oleadas de la pobreza y la miseria, de la persecución y el destierro, de la ingratitud y la calumnia, y de todo género de sacrificios y dolores. De aquí también aquella verdadera y real soberanía, con que su razón imperaba en todos sus vastos y legítimos dominios, sin que los sentidos traspasasen nunca los límites correspondientes á unos súbditos fieles, sumisos y entusiastas, capaces de sufrirlo todo y de sacrificarlo todo ante el prestigio, la majestad y la gloria de su idolatrada reina.

Determinadas así la posición y condiciones de los sentidos y la órbita de sus movimientos, abre Jesús las válvulas de su corazón que comunican con su entendimiento y con su voluntad; inflámanse estas potencias en el amor á la verdad y el amor al bien; y promuévese en ellas un movimiento expansivo de velocidad y trascendencia incalculables.

La razón no se para ante las fronteras del mundo material y sus numerosas y sapientísimas leyes: tampoco agotan su actividad y su energía los espaciosos y sublimes horizontes de los espíritus creados: lánzase á lo infinito, y conoce á Dios en el grado supremo á que puede llegar la más privilegiada criatura. A su paso triunfal é irresistible empuje, desvanécense todos los sofismas y huyen despavoridos todos los errores, quedando la verdad triunfante y única soberana en todos los dominios de aquella alma excepcional. Mas tampoco espiran aquí todos los esfuerzos de su expansión. Es verdad que ha ido más allá de las corrientes líquidas del Océano, y más allá de los inquietos gases de la atmósfera, y más allá del éter sutilísimo que llena las interestelares distancias; pero ha ido y vuelto sólo por sí misma y para sí misma: ha explorado mucho y descubierto mucho, pero á sus propios ojos única y exclusivamente; y ésto no basta. El cuerpo que recibe gran cantidad de calor, no lo reserva todo para sí, repártelo entre los otros cuerpos frios que le rodean: esto mismo debe hacer la razón sometida á la influencia de la caridad; porque el calor de esta virtud, no sólo dá impulso bastante para perseguir y conquistar la verdad hasta en sus últimos baluartes, lo dá también para expresarla y difundirla hasta los más apartados refugios de la ignorancia y del error, y Jesucristo la enseñó y la propagó con sin igual firmeza y victoriosos resultados. Desde que inauguró su vida pública en las riberas del Jordán, hasta que la coronó en los brazos de la Cruz, ape-

nas hizo otra cosa que enseñar y predicar la verdad en sus más ámplias y radicales formas, religiosa, moral y social; pero con tal valor y tan poderosa eficacia, que nada valían para contenerle, ni las iras de sus enemigos, ni la pertinaz obcecación de su pueblo, ni las opuestas corrientes de la ciencia, la religión, la moral y las instituciones veinte veces seculares del imperante y universal paganismo. Y su palabra, impulsada y enardecida por el amor á la verdad, hizo enmudecer á todos aquellos enemigos, y vibró y vibra aún como un rayo sobre la cabeza de su pueblo, y se abrió paso á través de todas aquellas corrientes, y, prolongado su eco por las lenguas de los apóstoles, traspasó los mares y dominó la tierra: *In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum.* Ap. ad. Rom. X.—18.

No era menos gloriosa la marcha de su voluntad impelida por el amor del bien. Con la velocidad del relámpago recorre todos los dominios del orden moral; derriba y ahuyenta los ídolos del vicio; arranca de cuajo y lanza fuera de sus contornos todas las guaridas y fortalezas del pecado; disipa con el soplo de su movimiento todos los miasmas de corrompida procedencia; y las virtudes todas, desde la más sobria templanza hasta la más exquisita prudencia, despléganse, como el aire en el vacío, con asombrosa rapidez y excepcional magnificencia, ofreciendo á los ojos de su alma la deliciosa perspectiva de un edén, con todo género de plantas las más lozanas y fecundas, con toda especie de flores las más hermosas y duraderas, y con toda clase de frutos los más sabrosos é incorruptibles. A tan valiosa conquista vá unida otra de no menos precio, cual es, la suave y encantadora harmonía con que se realizan las funciones de todas sus potencias, bajo la acción reguladora é infalible de tantas y tan perfectas virtudes. Señores, ¿á qué más puede aspirar el humano apetito, que á ver convertidas todas sus facultades en una constante primavera por las flores de sus virtudes, y en un otoño contínuo por los frutos de sus obras y en una paz inalterable por la harmonía de sus funciones?

Pero, así como el amor á la verdad no se conforma con verla resplandecer en la mente de un individuo sinó que tiende á ensanchar el círculo de su dominación, de su enseñanza y de sus luces por todas las inteligencias, de igual manera el amor al bien tampoco se contenta en el bienestar individual, sinó que propende á hacer partícipes de sus beneficios á todas las voluntades; y Jesu-

cristo, en ésto como en todo, ni ha tenido ni tendrá competidor. Evocad los recuerdos de su vida, y le vereis de nuevo pasar haciendo bien por todas partes; dando pan á los necesitados, movimiento á los paralíticos, vista á los ciegos, oído á los sordos, salud á los enfermos, vida á los muertos, perdón á los enemigos, gracia á los pecadores, y la libertad y la salvación á todo el género humano. Es verdad que para llevar tan adelante las oleadas de sus beneficios, tiene que vencer primero dos altos y formidables diques; el de la muerte y el del infierno; y que para romper estos diques, tiene que pasar antes por el sacrificio de su sangre y de su vida. No importa; el fuego de la caridad que arde en su corazón, le dá impulso y vigor bastante para arrollar todo el imperio de Satanás y toda la resistencia de la muerte, y para dejar clavados y abolidos en la Cruz, juntamente con su mortal existencia, el usurpado cetro de Luzbel y la sentencia de muerte que pesaba sobre toda la humanidad.

Ved ahí como la fuerza expansiva de la caridad, atesorada en el divino Corazón de Jesús, aparece impulsando y dirigiendo por los caminos de la perfección y del triunfo, todos los movimientos de sus naturales potencias, desde los más humildes y concentrados que corresponden á la esfera de los sentidos, hasta los más ámplios, generosos y sublimes que son propios de las grandes órbitas, intelectual, moral y social. Es verdad que aquella perfección extraordinaria y aquel maravilloso alcance de todos los actos, movimientos y potencias humanas del divino Salvador, como la caridad que los informaba, eran debidos á la gracia sin par de la unión hipostática; pero también lo es que Jesucristo se nos dió en ejemplo y modelo bajo todos aspectos, á fin de que, lo que Él fué de una manera indefectible y perfectísima, por gracia de la unión, lo fuéramos también nosotros, aunque de un modo relativo y defectible, por la gracia de la adopción.

¿Y lo somos, señores? ¿Procuramos serlo? ¡Ah! No y mil veces no: nosotros; ordinariamente, distribuimos la energía del amor en un sentido enteramente contrario. Dios, la eternidad, el espíritu y el prójimo están á cero, ó poco menos: nuestro corazón, por el lado que mira á todas esas cosas, suele estar herméticamente cerrado: en cambio siempre tiene francas, pero muy francas, las puertas que le dán acceso á nuestros sentidos, á nuestros intereses, á nuestras pasiones, y á toda nuestra vida meramente temporal: to-

do su fuego lo consume en dar expansión, pero una expansión desmedida, funesta y absurda, á los más bajos y peligrosos instintos. De aquí esas proporciones verdaderamente aterradoras, que toma la ambición de unos, recorriendo todas las gradas del poder hasta sentarse quizá en el trono, aunque para ello tengan que ahogar en sangre los más legítimos y respetables derechos; y la avaricia de otros, que pasan con más ó menos rapidez desde los confines de la pobreza hasta la plenitud de la opulencia, aunque para ello tengan que pasar por encima de la opresión y de las lágrimas de numerosas víctimas; y la sensualidad de muchos, que rinden culto á todos los ídolos del placer, sacrificando en sus aras hasta los últimos restos de la virtud; y la soberbia de no pocos, que se adjudican á sí mismos el número 1.° en todas las series del valor humano, aunque para ello tengan que hacer el vacío en todos sus alrededores con la aspirante bomba de la envidia. Y gracias si no llegan á proclamarse el número 1.° en todos los órdenes de la realidad, divinizándose á sí mismos y humanizando á Dios, temporalizando lo eterno y eternizando lo temporal, limitando lo infinito y declarando infinito á lo limitado, debilitando la omnipotencia y plenipotenciando la debilidad; cosas todas harto fáciles, por supuesto en la alquimia pateista; que en los laboratorios del sentido común, preciso es reconocerlo, ni hay tanta habilidad, ni se ha progresado tanto.

Convengamos, señores, en que no es este ni mucho menos el orden de la caridad ni el destino del corazón; que esto es llevar la aridez, la esterilidad, la inercia y la muerte á los más hermosos campos de la civilización humana, á las ciencias y las artes, á la religión y la moral; que por este camino vamos directamente á la degradación del hombre, á la ruina de la sociedad y á la más desconsoladora impotencia para todo lo grande, generoso y heróico. Convengamos en que la verdadera y única norma que debe regular los movimientos de nuestro corazón, es el divino Corazón de Jesús. Convirtamos, á imitación suya, las corrientes de nuestra caridad á favor del espíritu y de las verdades y bienes eternos; y haremos, de nuestro cuerpo y de nuestros sentidos, una roca inaccesible á la molicie, á la cobardía y al miedo; y de nuestra inteligencia, un sol resplandeciente, que, después de iluminar, dilatar y embellecer los horizontes de nuestra propia vida, extienda sus rayos hasta la inteligencia de nuestros más apartados semejantes,

que yacen quizá en las tinieblas de la ignorancia, sin que le sirvan de obstáculos ni la distancia, ni las persecuciones, ni los peligros; y de nuestra voluntad un gigante, capaz de tener á raya los ímpetus de las pasiones, de acometer y coronar las más arduas y colosales empresas, de contar por sus pasos el número de sus beneficios y por sus beneficios el número de sus méritos, y de llevar en triunfo de un hemisferio á otro hemisferio y de un polo á otro polo, la gloriosa bandera de la verdad y la justicia, de la abnegación y la benevolencia, de la más floreciente cultura y del bienestar más envidiable. Sí, señores, hasta aquí llegan los fieles discípulos del Corazón de Jesús: tan brillante es la estela que dejan en pos de sí todos los hombres de gran corazón, desde los primeros apóstoles hasta los últimos misioneros, desde el primer caudillo del pueblo de Dios hasta el último campeón de la Iglesia católica, el grande, el inmortal, el invencible y sapientísimo León XIII.

SEGUNDA PARTE

Paréceme demostrado, con el ejemplo del Sagrado Corazón de Jesús, que la caridad es el verdadero y único resorte capaz de dar impulso, energía, expansión y hasta heroismo á todos los movimientos de nuestras naturales potencias; ó sea, que el hombre de gran corazón debe moverse por la caridad. Probemos ahora la segunda parte, esto es, que debe moverse hácia arriba. Todas las criaturas tienen su fin en una esfera superior á sí mismas; todas, por consiguiente, necesitan subir ó que las suban, para alcanzar su perfección y desarrollo. Ricos metales, preciosos diamantes y bellísimas perlas guarda en su seno el globo que habitamos; pero poco ó nada valen, mientras el hombre no los eleva á la altura de sus manos, de su industria, de su ornamentación y de su riqueza. Gérmenes copiosos, fecundísimos y de incalculables virtudes y aplicaciones están depositados en la corteza de la tierra; pero, si han de revestirse de flores, y coronarse de frutos, y llegar á la plenitud de su crecimiento, tienen que subir hasta penetrar en los dominios del sol, y bañarse en las vivificantes ondas de su calor y de su luz. No es menos cierto que los animales van subiendo en la escala de la perfección á medida que se acercan á la organización

y sensibilidad del hombre; y que no llenan cumplidamente su fin trascendental de pregonar la gloria del Criador, hasta que ocupan el lugar que les corresponde en las altas y luminosas esferas de las ciencias y las artes humanas: sólo entonces llegan á convertirse en lenguaje inteligible sus sonidos y sus gestos, en música sus cantos, en pintura sus matices, en escultura sus formas, en verdades sus leyes, en harmonías sus relaciones, en industria sus trabajos, en riqueza sus productos, en gobierno sus costumbres, en previsión su instinto, en orden sus aparentes antinómias, en admirable concierto sus discordancias sensibles, en sabia providencia sus plumas, sus pieles y sus órganos, y todas sus propiedades, actos y movimientos en vivo reflejo de la bondad y sabiduría de su autor.

Pues esta misma ley preside también al desarrollo progresivo de la naturaleza humana. Hay en la parte inferior del hombre, en esa que toca con el reino animal, tesoros explotables de gran valía, que son los sentidos, tanto externos como internos: y si han de valer para algo más que para conservar y defender la masa corruptible del cuerpo, si han de participar de las delicias y harmonías de la pintura, la poesía, la música, la arquitectura y la escultura; si han de vibrar sus más delicadas fibras al tierno impulso del amor y la esperanza, de la compasión y la caridad, de lo bello y lo sublime, es necesario que la razón los tome en sus alas, y los levante á las alturas del orden ideal, y allí los depure y en cierto modo los espiritualice bajo la transformadora influencia de su luz, de su calor y de su enseñanza. A su vez, en esta parte superior de la vida humana, en esos encumbrados horizontes donde se mueven el entendimiento y la voluntad, hay también veneros de incomparable riqueza, gérmenes de una vitalidad asombrosa; hay necesidades y deseos, aptitudes y aspiraciones, que tienen por objeto lo infinito y eterno, lo celestial y divino, y que sólo con lo infinito, lo eterno, lo celestial y divino pueden explotarse, nutrirse y satisfacerse. ¿Quién no vé el incesante anhelo de nuestro espíritu, que lo lleva de verdad en verdad sin aquietarse nunca, y de bien en bien, sin satisfacerse jamás? Es que está inclinado, como la aguja al norte, á la verdad y al bien infinitos, que sólo se encuentran en Dios. Luego tiene que subir hasta Dios en alas del mismo Dios, como los sentidos tienen que subir hasta la razón en alas de la misma razón. No en vano comparó el real Profeta el camino de

nuestra perfección con la subida de un monte: *¿Quis ascendet in montem Domini?* ¿Quién subirá al monte del Señor?

Pues en Jesucristo, mis amados hermanos, en Jesucristo aparece realizada en toda su pureza esta dirección ascendente de todos sus actos y movimientos, debido también á la caridad bien ordenada de su sacratísimo Corazón. Él comía y bebía para conservar el cuerpo; pero conservaba el cuerpo, para aumentar los méritos y las edificantes irradiaciones de su alma. Él veía y oía cuanto pasaba en el mundo material y sensible; pero era para enriquecer el inmenso patrimonio de su entendimiento con el caudal de la experiencia. Él percibía todas las bellezas y harmonías de la materia; pero era para reflejar en su espíritu las harmonías y bellezas de la divinidad. Él no apartaba sus ojos y sus oídos de las dolencias, miserias y necesidades humanas; pero era para ofrecer á su voluntad ocasión de hacer bien, remediándolas y consolándolas. Él sufrió en su tacto las dolorosas impresiones del calor y del frío, de las bofetadas y los azotes, de la Cruz y los clavos; pero todo era para servir á la idea y al deseo de salvar al género humano. De esta manera imprimía en todos los actos y movimientos sensibles el relevante sello de los actos y movimientos racionales, y elevaba todos los sentidos desde los serviles ministerios del cuerpo hasta la noble categoría de cortesanos del alma. ¿Y todo por qué? Porque amaba más al alma que al cuerpo, á la razón que á los sentidos, al espíritu que á la materia; y este amor hacía converger al bien racional y espiritual todas las potencias inferiores, como convergen á la producción del fruto todas las fuerzas vegetativas del árbol.

Por otra parte, á la vez que realizaba este movimiento ascendente de la sensibilidad, haciéndola mirar y dirigirse hacia la razón, realizaba también el divino Jesús el movimiento ascendente de la razón y la voluntad, haciéndolas mirar y dirigirse hacia Dios. Su razón conocía perfectamente todas las criaturas, con sus propiedades, sus relaciones y sus leyes: pero era para esclarecer más y más el conocimiento que tenía del Criador: no rehusaba ocuparse en la contemplación de las verdades finitas, pero mirándolas como simples reflejos encargados de conducirle al mismo foco de la verdad infinita. Su voluntad tampoco era del todo refractaria á la atracción de los bienes creados; amaba la salud y la vida, amaba á los hombres y á los Ángeles, pero sólo como participaciones del

bien infinito y absoluto; sólo en Dios, por Dios y para Dios: *ego quæ placita sunt ei facio semper:* Yo hago siempre las cosas que agradan al Padre Celestial. Así unía su razón y su voluntad á la razón y la voluntad divinas: y desde tan eminente altura, como el águila desde las inmediaciones del sol, dominaba todos los horizontes de la verdad, poseía la clave de todos los misterios, encontraba la solución de todos los problemas, abarcaba todo el universo en su conjunto y en sus detalles, en su origen y en su fin, y reproducíanse en su mente con la mayor fidelidad y aproximación posibles los arquetipos existentes en la mente divina. Y sus deseos, convencidos de la inconstancia y vanidad de los bienes sensibles, perseguían con afán los bienes espirituales, encontrando en el amor y la posesión de Dios la satisfacción más completa, dichosa y adecuada de todas sus aspiraciones. Es decir, que la ciencia de Jesús era la más semejante á la ciencia de Dios, porque su razón era también la más inmediata á la razón divina; y su dicha era la más aproximada á la felicidad de Dios, porque su voluntad fué también la que más se acercó á la voluntad divina. Fué el más sabio y el más dichoso de todas las criaturas, porque fué también el que subió más alto.

Tal es, mis queridos hermanos, la segunda enseñanza que nos ofrece el ejemplo elocuentísimo del Corazón de Jesús. Pero, ¿La practicamos nosotros? ¿Es cierto que nuestros corazones impulsan hácia arriba el movimiento de nuestras facultades? ¡Ah! señores; ojalá que así fuera; pero yo veo todo lo contrario. Yo veo que las corrientes generales de la humanidad todas van hácia abajo. Yo veo que los sentidos son esclavos de la materia, y sólo atienden á la conservación, el lujo, las comodidades y los placeres del cuerpo. Yo veo que la razón y la voluntad son esclavas de los sentidos, y sólo se ocupan en estudiar y perfeccionar la materia, en descubrir todas las propiedades, todas las leyes y todas las aptitudes de la materia, para ensanchar el círculo de los placeres sensibles. De aquí esa preferencia tan irracional como desastrosa, que ordinariamente se concede al empirismo científico, al realismo estético, y á las artes y la industria, que nacen, viven y se nutren de aquellas fuentes. Yo veo que se pretende hacer á Dios esclavo de nuestra razón y de nuestra voluntad, obligándole á no ser, ni tener ni hacer más que lo que nosotros le concedamos y á contribuir con todos sus dones, obras y beneficios á la satisfacción de nuestro orgullo, de

nuestra molicie y de todas nuestras concupiscencias. De aquí esa conjuración sistemática de ciertas escuelas contra todos los misterios de Dios, tan sólo porque no caben en los estrechos límites de la razón humana; contra todos los milagros de Dios, tan sólo porque superan todas las fuerzas del poder humano; y contra todas las penas y castigos impuestos por Dios, tan sólo porque suspenden y perturban el bienestar material y sensible de la vida humana.

Rebajar á Dios al molde del hombre, la razón y la voluntad al molde de los sentidos y los sentidos al molde de la materia, del polvo y de la nada. Hé aquí la dirección funesta y esencialmente retrógrada, que suelen dar muchos corazones á todos los actos y movimientos de la actividad humana. ¡Y nos quejamos de la corrupción de los individuos y de la decadencia de los pueblos! ¡Y apenas hay un órgano de la opinión pública que no denuncie y deplore diariamente la anemia que cunde por todos los organismos sociales! Pero señores ¿De qué y por qué nos quejamos? ¿Por ventura no es nuestra toda la culpa? ¿Cómo hemos de llegar á la cumbre de la perfección, bajando como bajamos cada vez más por la pendiente de nuestra ruína? ¿Cómo hemos de disfrutar de aire puro, de luz espléndida, de rica y pujante lozanía, viviendo como vivimos en la obscura y emponzoñada atmósfera del error y del sofisma, y en el inmundo cieno de todas las liviandades y de todos los vicios? Desengañémonos, hermanos míos, desengañémonos de una vez para siempre. Los que adoran la materia no pueden ser hombres de espíritu. Los que se doblegan á las exigencias de los sentidos no pueden ser hombres de carácter. Los que van hacia atrás no pueden ser hombres de progreso. Y donde no hay hombres de espíritu, hombres de carácter y hombres de progreso, no puede haber más que corrupción, esclavitud y miseria; las tres llagas que acabaron con el mundo antiguo, y acabarán también con el nuestro, si no cambiamos el temple de nuestros corazones y con él la dirección y la energía de nuestros movimientos.

Ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos: movámonos siempre á impulsos de aquel amor con que nos amó Jesucristo: montemos todo el sistema de nuestras fuerzas sobre el eje diamantino de la caridad; y con este punto de apoyo yo os aseguro que removeremos todos los obstáculos, y triunfaremos de todas las resistencias que se opongan á la marcha de nuestro legítimo progreso. Pongamos todas nuestras tendencias y todas nuestras aspiraciones so-

bre las alas del amor divino; y veréis cómo avanzan y se elevan todas nuestras facultades, y con ellas las ciencias y las artes, la industria y el comercio, la paz y la harmonía, todo el bienestar relativo de los pueblos á la vez que la perfección espiritual de nuestras almas, hasta que lleguemos á la soberana cumbre del monte del Señor, que es la bienaventuranza eterna.

ASÍ SEA.

EL MANDATO

Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.

Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros también hagais.

Joan. XIII, 15.

A. O.

La existencia produce lazos muy enérgicos, á cuyo rompimiento se oponen todos los seres. Se resiste la luz á separarse de la luz; y el aire á separarse del aire; y el agua á separarse del agua; y la piedra á separarse de la piedra; y el fruto á separarse del árbol; y el esposo á separarse de la esposa, y el padre del hijo, y el amigo del amigo, y el cuerpo del alma, y los miembros del cuerpo. Por eso son tan violentas las separaciones, y tan tristes las despedidas: por eso silban los vientos, braman los mares, tiembla la tierra y lloran los hombres.

Pero, como en la naturaleza todo está compensado, también lo

están la tristeza de las despedidas y la violencia de las separaciones. Ningún ser desaparece sin dejar á los demás alguna huella de su paso, algún fruto de su vida, algún legado de su riqueza, para que supla su falta en más ó menos grado. Cuando se oculta el sol en el occidente, nos deja el magnífico espectáculo de la suave claridad de la luna y el brillante fulgor de las estrellas. Al aire que se vá debemos la pureza de la atmósfera. El agua que se evapora trae en pos de sí la lluvia que fertiliza. La cantera que se consume queda representada en las casas de los ciudadanos, en los palacios de los grandes y en los templos del Altísimo. El animal que perece, deja á nuestra disposición la utilidad de sus restos y los productos de su industria, entre los cuales figuran el rojo coral y la blanca perla, que constituyen nuestros más preciados adornos. Por fin el hombre, el hombre que sucumbe y se despide de los vivientes, deja á sus semejantes el fruto de su trabajo, las lecciones de su experiencia y el ejemplo de sus virtudes: y sino siempre sucedé esto, es porque el hombre tiene el triste poder de contrariar las leyes de la naturaleza.

Pues bien, hermanos mios; la escena tan tierna como conmovedora, que hoy nos ofrece nuestra santa Madre la Iglesia, no es más que una elocuente confirmación, aunque en muy superior escala, de la ley que acabamos de observar. Se trata, hermanos mios, de la última Cena, de la última sesión que Jesucristo celebró con los Apóstoles, antes de su pasión y muerte: se trata de la última despedida que vá á dar el Redentor divino á los fieles é inseparables compañeros de su vida pública. Se trata de aquel momento supremo, en que el más querido Maestro vá á separarse de sus discípulos, y el pastor más cuidadoso vá á separarse de sus ovejas, y el amigo más consecuente vá á separarse de sus amigos, y el hermano más cariñoso vá á separarse de sus hermanos, y el padre más amante vá á separarse de sus hijos. Se trata de aquella noche terrible, en que están próximos á romperse los lazos más íntimos, más fuertes y más tiernos que pueden unir los corazones humanos. Se trata en una palabra, del último y desgarrador adiós, que el Salvador del mundo vá á dar á sus amados discípulos, y en ellos á todos los hombres, para caer enseguida en las sacrílegas manos del traidor Judas, del impío Caifás, del infame Pilatos, de las blasfemas turbas, de los crueles verdugos, de la ignominiosa muerte y del frío sepulcro.

¡O, Dios mío! ¡O, Señor y Redentor mío! Os váis... Ya lo veo; y no hay medio de deteneros. Sobre nuestros deseos están las órdenes de vuestro eterno Padre y vuestra soberana voluntad. Llegó vuestra hora, la hora de morir por nosotros y volver al cielo de donde bajásteis, y esa hora no puede dilatarse: *Sciens Jesus quia venit hora ejus ut transeat ex hoc mundo ad Patrem.* Bien sabemos, dulce Jesús mío, que si os váis, no es por causarnos la tristeza de vuestra pérdida, sino para proporcionarnos la dicha de nuestra salvación. Conformes, adorable Redentor, conformes, Pero ¿os iréis sin dejarnos un recuerdo digno de Vos y consolador para nuestras almas? ¿Es posible que todas las criaturas han de trasmitir á sus compañeras, al separarse de ellas, algún legado que las represente, y Vos, Dios mío, que sois el Autor de todas, os despidáis sin dejarnos una prenda que os represente y sustituya en nuestros corazones? ¡Ah! no, hermanos míos, no: esto no podía suceder, y no sucede! Todo lo contrario; muchos recuerdos, muchos dones, muchos beneficios había derramado ya el divino Salvador durante su vida mortal; pero en la última Cena se excedió, digámoslo así, á sí mismo, legándonos dos joyas de un valor inestimable, de más valor que todos los tesoros, y todas las coronas y todas las diademas de la tierra: nos dejó el ejemplo extraordinario de una humildad nunca vista, y el ejemplo inaudito de un amor inconcebible: el primero en el lavatorio de los piés á sus discípulos, y el segundo en la institución de la Eucaristía. *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis:* Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho con vosotros, vosotros también hagais. Joan. XIII, 15.

No es posible desarrollar los dos puntos en un sólo discurso; y así me limitaré al ejemplo de humildad demostrando la siguiente proposición: «El ejemplo de humildad que nos dió el divino Salvador, lavando los piés á sus discípulos, es el recuerdo más oportuno, el legado más conveniente para el estado de la miserable humanidad.»

Para hacerlo con fruto, imploremos los auxilios de la divina gracia, por la intercesión de la Santísima Virgen, saludándola con el Angel: Ave María.

Exemplum enim dedi vobis....
Joan. XIII, 15.

HERMANOS muy amados en Jesucristo. Los ejemplos, como todos los dones y beneficios, deben ser proporcionados á la situación del que los recibe. Presentar escenas melancólicas delante del triste; pintar cuadros de desesperación á la vista del impaciente; hacer alarde de prodigalidad y disipación á los ojos del pródigo y disipado; ofrecer tipos de indiferencia estóica ante un corazón impasible; ó esfuerzos de una ambición desmedida al lado de un ambicioso; el hacer todo esto y otras cosas análogas, sería tan improcedente y absurdo, como aglomerar el agua sobre las plantas que necesitan calor, ó reconcentrar el calor sobre las plantas que necesitan humedad: sería lo mismo que querer enfriar el fuego con el fuego, ó calentar la nieve con la nieve. Pues veamos cuál era la situación del hombre, para deducir cuál sería el ejemplo que más necesitaba.

El hombre no estaba como había salido de las manos de su Criador: había perdido su grandeza primitiva, aquella grandeza que poseyó en el Paraiso: era, pues, un ser degradado, un edificio arruinado, un gigante vencido, un sabio entontecido, un rico empobrecido, un rey destronado. Y ¿cuál fué la causa de su ruina, de su derrota, de su necedad, de su pobreza y de su destronamiento? ¡Ah! bien lo sabéis; fué el orgullo, la soberbia: *Initium omnis peccati superbia:* el principio y origen de todo pecado es la soberbia. El

príncipe de las tinieblas, el envidioso Luzbel no pudía sufrir la felicidad que disfrutaba el hombre; y se propuso perderle, y consiguió perderle. ¿Sabéis cómo? Pues arrancando del fondo de su espíritu la piedra firme de la humildad, y sustituyéndola con el humo del orgullo, inoculado en aquellas seductoras palabras: *eritis sicut dii*: seréis como Dioses. Y como el humo no tiene consistencia, flaqueó la voluntad quebrantando el divino precepto, y se desplomó todo el edificio de nuestra perfección, rodando por un lado la santidad y la inocencia, mientras se perdían por el otro la ciencia, la integridad y la salud. Desde este momento, el orgullo suplantado en el fondo del corazón humano, sirvió de base para todas nuestras construcciones: así salían ellas.

He dicho que la soberbia es humo, y no me arrepiento. La soberbia es una convicción tan falsa como funesta que cada uno se forma de que vale más que todos los que le rodean, de que se basta á sí mismo y es independiente de los demás; y que, en virtud de esta fingida superioridad é independencia, debe ser siempre el primero; el primero entre los hermanos, el primero entre los vecinos, el primero entre los sabios, el primero entre los genios, el primero entre los capitanes, el primero entre los reyes, el primero en casa, el primero en el pueblo, el primero en la provincia, el primero en la nación, el primero en el mundo. Yo, y siempre yo, y sobre todos yo. Hé aquí la voz del orgullo, en virtud de la cual, como dice un profundo pensador, (Lacordaire, Conf.ª XXI), «no estamos contentos sinó cuando midiendo con una mirada todo cuanto nos rodea, hallamos el vacío; y más allá de este vacío, lo más lejos posible, un mundo de rodillas adorándonos.» Pero bien; ¿es verdadera aquella convicción que sirve de fundamento á las exageradas pretensiones del orgullo? Es cierto realmente que cada uno de nosotros vale tanto como presumimos y es tan independiente como suponemos? ¡Ah! hermanos míos! ¡Qué ilusión tan lamentable! Nada hay, por el contrario, más falso ni más desmentido por los hechos. Ven acá, hombre orgulloso, aparta por un momento tu mirada de tí mismo, de ese amor propio que te absorbe, embriaga y desvanece, para fijarla siquiera un instante en la verdadera realidad de las cosas: ven acá y dime: ¿en qué fundas tú pretendida superioridad? ¿Acaso en tú valor, en tú fuerza física? Pero ¿no adviertes que ese valor y esa fuerza están expuestos á cada paso á verse extenuados por una enfermedad, ó burlados por

un traidor, ó rendidos ante un obstáculo insuperable? Y, si lo fundas quizá en tú ciencia, ¿no ves que no hay cosa más fácil y más frecuente, que el que un sabio quede suspenso ante la pregunta de un niño, y que no sepa qué decir ante las hojas de una flor ó ante la huella de un insecto? Y, si el fundamento de tu orgullo es la riqueza, ¿ignoras lo caprichosa, inconstante y efímera que es la fortuna? Y si, por último, te engríes sobre las glorias de tus conquistas y la extensión de tus dominios, ¿no observas que todas las estrellas tienen su ocaso? Y, sobre todo, ¿te olvidas de que tus fuerzas, tus talentos, toda tu capacidad y todo tu sér, no son obra tuya, sinó que te vienen del Autor de la creación, como te vienen la luz, el calor y el rocío? Y aún lo poco que tu hayas podido añadir á los dones naturales, ¿no conoces que la mayor parte de ello lo debes á los padres que te educaron, á los maestros que te enseñaron, á los amigos que te protegieron, á los dependientes que te sirvieron, y á otras mil circunstancias favorables independientes de tu voluntad y de tu acción? En vista de ésto, con razón puedo preguntarte con el Apóstol San Pablo (2.ª ad Corint.) *¿Quid autem habes quod non accepisti? si autem accepisti, ¿quid gloriaris quasi non acceperis?* Dime infeliz, ¿qué tienes que no hayas recibido? y si todo lo que tienes lo has recibido, si todo lo debes á otro, ¿por qué te glorías y te envaneces, como si nada hubieras recibido? ¿Qué te queda, pues, de todos esos títulos que alegabas en favor de tu propio valer, de tu supremacía é independencia? ¡Ah! lo repito, humo y nada más que humo, que sólo sirve para cegarnos; y como el humo se han desvanecido todas las obras inspiradas por el orgullo.

En efecto; apareció en las primeras generaciones de la humanidad el orgullo de la carne, diciendo: yo la primera, yo la única, todo para mí, todo para mis gustos y mis placeres: *omnis caro corruperat vias ejus;* y la carne con todos sus placeres y todo su orgullo, fué barrida de la superficie de la tierra por el diluvio universal. Vino después el orgullo de la celebridad, de la fama, del nombre, diciendo: yo el primero, yo ante todo, yo sobre todo; vengan todos á servirme, á inmortalizarme, elevando un monumento que llegue hasta el cielo: *et celebremus nomen nostrum*: (Gen. II.); y este orgullo con su orgulloso proyecto quedaron sepultados en el caos de la confusión de lenguas. Asomó más tarde el orgullo de la autoridad, del mando, del despotismo, diciendo: yo

el primero, yo sobre todo, todo para el soberano y nada para los súbditos: y los grandes imperios de oriente, fundados sobre este orgullo, como Egipto, Asiria, Babilonia, Persia y otros menos importantes, desaparecieron sucesivamente, empujados los unos por los otros, para pasar á los dominios de la Historia, como desaparecen las olas de los rios para perderse en los dominios del océano. Toca su vez al orgullo de la ciencia y del arte, representado en la Grecia y diciendo: yo la primera, yo la única, no hay más cultura que la cultura griega, no hay más pueblos que el pueblo griego; todos los demás son bárbaros, indignos de nuestra amistad y de nuestras relaciones: y la Grecia con toda su ciencia fué víctima de crasísimos errores; y la Grecia con todas sus artes dió entrada á obscenidades sin cuento; y la Grecia con toda su cultura perdió su independencia nacional, para caer, como las demás naciones, en las redes de la república romana. Vino, por fin, el orgullo de ciudad, diciendo: Roma la primera, Roma la única, todo para Roma; y la Señora del mundo se vió esclava de unas tribus incultas; y el imperio Romano, con sus inmensos dominios, se convirtió en rico botín y codiciados despojos para las hordas irresistibles del norte. Tal es, á grandes rasgos, la historia del orgullo y la suerte de sus obras. Tal era también la situación de la naturaleza humana en la época del Redentor.

Y, ¿qué se deduce de aquí? Que lo más urgente, lo más necesario, lo más indispensable para el hombre era arrancar de su espíritu esa planta mortífera, esa raiz emponzoñada, ese humo asfixiante del orgullo, plantando en su lugar la piedra firme de la humildad; y esto es precisamente lo que procura hacer Nuestro Señor Jesucristo en toda su vida, y muy especialmente en la última Cena, que hoy conmemoramos. Ved aquí lo que dice el Santo Evangelio que acaba de leerse: Sabiendo Jesús que había llegado su hora, la hora de manifestar la más profunda humildad, y sabiendo también que le habían sido dadas por el Padre todas las cosas, que era Hijo eterno del Eterno Padre, que era Dios como el Padre y como Él dueño y Señor Soberano de todo cuanto existe; sabiendo ésto, y á pesar de saber ésto, se levantó de la Cena, se despojó de su manto, se ciñó con una toalla y se puso á lavar los piés á sus discípulos. San Pedro se resistía á ver y consentir tanta humillación en su divino Maestro, diciendo: pero Señor, ¿Vos lavarme á mí los piés? Vos que sois Hijo de Dios, verdadero Dios, Crea-

dor y Señor de todo el Universo, lavarme los piés á mí, que soy en vuestra presencia menos que un vil gusanillo? *Domine, tu mihi lavas pedes?* Eso no lo consentiré jamás: *non lavabis mihi pedes in æternum.* Pero Jesús le hizo ver la necesidad de obedecer y permitir aquella ceremonia, cuyo sentido no comprendía entonces, pero lo comprendería después; y consintió en ello, y el divino Salvador fué lavando y enjugando con sus sacratísimas manos los piés de todos los apóstoles, inclusos los del mismo Judas, cuya traición y criminales proyectos no se le ocultaban. Y después de haber concluído, volvió á sentarse á la mesa y les dijo: ¿Sabéis lo que hé hecho? ¿Sabéis lo que significa esto que acabo de hacer con vosotros? Pues significa lo siguiente: Vosotros me llamais Maestro y Señor y hacéis bien porque realmente lo soy; sí, yo soy el Maestro de la Verdad, el Maestro infalible, el Maestro de los maestros; soy la misma verdad y la misma sabiduría: *ego sum veritas.* Yo soy también el Señor, el Señor soberano, el Señor y dueño de todas las criaturas; *sum etenim.* Pues, si yo, siendo el Señor de los señores y el Maestro de los maestros, os he lavado los piés, vosotros también debeis lavar los piés los unos á los otros; si yo, siendo el Soberano omnipotente, me he humillado hasta el extremo de lavar vuestras plantas, ya no os queda motivo alguno, ni pretexto ni disculpa, para resistiros á desempeñar los más viles oficios con vuestros semejantes; porque ejemplo os he dado, para que, como yo he hecho á vosotros, vosotros también hagais *Exemplum enim dedi vobis ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.*

Señores; hay escenas que no admiten ampliaciones ni comentarios, que dicen más ellas solas expuestas á la sencilla mirada del espíritu, que cuanto pudieran decir todos los oradores del mundo: y ésta es una de ellas. Ya sabeis quien es nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, el Verbo humanado, Aquél por quien fueron hechas todas las cosas, los cielos y la tierra y cuantas maravillas se contienen en la tierra y en los cielos. Ya sabeis también quienes eran los apóstoles, aquellos sencillos pescadores, rudos, ignorantes y de la más ínfima clase de la sociedad; y que entre ellos estaba Judas, el traidor, el ingrato, el infame, que tenía proyectada la venta y la entrega del divino Salvador y Maestro. Pues bien, con estos antecedentes representemos el cenáculo en nuestra imaginación; figurémonos á los doce apóstoles cómodamente sentados; y

al divino Salvador, al Dios-Hombre, de rodillas ante ellos, arrastrándose por el suelo, cogiendo y lavando con sus divinas manos, y estrechando contra su sacratísimo pecho, aquellos piés toscos, groseros y sucios de aquellas miserables criaturas, y haciendo lo mismo, pero con más amor si cabe, con los piés de Judas, su cruel enemigo, con aquellos piés que muy pronto habían de moverse para entregar villanamente al mismo que así los acariciaba. Figurémonos todo ésto, contemplemos todo ésto, y basta: basta, sí, para que nuestro espíritu se conmueva y nuestro corazón se angustie y nuestros afectos se atropellen y nuestros ojos se humedezcan y nuestras lágrimas se precipiten, mientras nos embarga el elocuente silencio de la confusión, del asombro, del pasmo, del anonadamiento: y al venir después la reacción, demos rienda suelta á nuestros comprimidos sentimientos, exclamando: «Señor, ¿Qué es ésto? ¡La sabiduría infinita lavando los piés á la ignorancia!... ¡La omnipotencia absoluta lavando los piés á la debilidad!... ¡La riqueza infinita lavando los piés á la miseria! ¡El Soberano del Universo lavando los piés á la más ínfima servidumbre!... ¡Las manos de Dios debajo de los piés de sus criaturas! ¿Qué es ésto, Dios mío, qué es ésto? ¡Ah! ¡Qué ha de ser, mis queridos hermanos, qué ha de ser! Es que el divino Maestro vá á despedirse de sus queridos discípulos, y quiere dejarles un recuerdo precioso sobre todos los recuerdos. Es que el divino Salvador se despide de la sociedad de los vivientes, para ir á pagar su tributo á la muerte; y quiere dejarnos una prenda estimable sobre todas las prendas; y ese recuerdo superior á todos los recuerdos, y esa prenda superior á todas las prendas, es el ejemplo vivo, asombroso, incomparable de humildad que hemos contemplado en el *lavatorio* de los piés: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis ita et vos faciatis.*

Sí, hermanos mios; las riquezas, los honores, los títulos, los dominios que suelen legar los hombres al despedirse de sus semejantes, sólo sirven para la vida temporal, sólo dán valor é importancia ante el juicio mezquino y veleidoso de la sociedad; y sobre todo son cosas caducas, perecederas é inconstantes, como la fortuna que las proporciona. Pero la humildad, de que Jesucristo nos dió tan profundo y elocuente ejemplo, es la base firmísima, la única base de toda perfección; es el origen fecundísimo, el único origen de toda grandeza. La humildad es la única que puede hacernos gran-

des y perfectos; no sólo ante los ojos de los hombres y en la vida del tiempo, sinó principalmente ante los ojos de Dios y en la vida de la eternidad. En efecto: la grandeza es relativa al criterio con que se mide. Para ser un gran capitalista á los ojos de unos pobres miserables, poca riqueza se necesita: mas para serlo en el concepto de los banqueros y poderosos, se necesitan muchos millones. Para ser un gran sabio en un círculo de idiotas, poca ciencia se necesita; mas para merecer aquel título en el juicio de los sabios, se necesitan muchos conocimientos. Así también, para ser un hombre grande en la opinión estrecha, falaz y versatil de sus semejantes, tampoco se necesita gran talla: lo difícil es ser grande á los ojos de Dios, ser infinito y perfectísimo. ¿Quién será el feliz que aparezca grande ante los ojos de Dios? Indudablemente el que más se acerque á Él, el que más se asemeje á Él, el que más se parezca á Él: y como Dios fué humilde hasta el extremo, hasta la admiración y el asombro, claro está que el humilde y sólo el humilde será grande á los ojos de Dios, y tanto más grande cuanto más humilde. «*Qui se humiliat exaltabitur*: El que se humilla será ensalzado, engrandecido. No será, pues, grande, no, á los ojos de Dios, el orgulloso monarca que no se baja á conocer y remediar las necesidades de los súbditos; ni el orgulloso sabio que mira con desdén á los desheredados de la ciencia; ni el orgulloso rico que no baja su mano á tocar con la mano del pobre: ni el orgulloso señor que no desciende á suavizar la situación de sus siervos. Sólo el humilde, donde quiera que esté, sea en el trono ó en la cabaña, en las academias ó en los campos, en los congresos ó en los talleres, en la opulencia ó en la miseria, sólo el humilde será grande á los ojos de Dios; porque sólo él llevará en la humildad de su espíritu la imagen y semejanza del divino Salvador. *Exemplum enim dedi vobis.*

Y no podía ser de otra manera, hermanos mios. El orgullo tiende á ser el primero, á ser el único; por consiguiente nos inspira envidia hácia los superiores, desconfianza para con los iguales y desprecio á los inferiores: y la envidia, la desconfianza y el desprecio tienden á separarnos, á dividirnos de nuestros semejantes; y la división y separación traen consigo la pequeñez, la debilidad, la impotencia y la muerte. Por eso la suelta y movediza arena no puede resistir el menor soplo del viento. Por eso se descomponen y pulverizan los órganos del cuerpo, en cuanto los abandona el

lazo de la vida. La humildad, por el contrario, tiende á ser la última, á ocupar el último lugar, á convencernos de que valemos poco, de que no valemos nada, de que todos valen más que nosotros; y, por consiguiente, que necesitamos de todos, de los superiores, para que nos protejan, de los iguales para que nos acompañen, y de los inferiores para que nos sirvan: de aquí el que nos inspire amor y respeto á los superiores, amor y respeto á los iguales, amor y respeto á los inferiores. Y el amor y el respeto son lazos que unen; y de la unión viene la fuerza, la vida, el progreso y la grandeza. Por eso es grande la resistencia de la arena unida y compacta en el granito: por eso es grande la intensidad de la luz unida en el disco del sol; por eso es grande el empuje de las aguas unidas en la corriente del río. Pues este es y no otro, el misterio y el resorte de todas las grandezas: la humildad.

Sobre la humildad estaba fundada la grandeza de los apóstoles; y los apóstoles fueron tan grandes, que pasearon triunfante la bandera del Evangelio por todo el orbe conocido, eclipsando la grandeza de los emperadores, y la grandeza de los filósofos y la grandeza de todo el paganismo. Sobre la humildad está fundada la grandeza de la Iglesia de Jesucristo; y la Iglesia es tan grande, que lleva diez y nieve siglos de existencia, extendiendo cada vez más su jerarquía, su doctrina y sus sacramentos, eclipsando la grandeza de todos los imperios, de todas las sectas y de todos los enemigos, que han nacido y sucumbido á su presencia, como nacen y sucumben las olas ante la inmóvil y gigantesca roca. Sobre la humildad está fundada la grandeza de los santos; y los santos son tan grandes, que toda su vida es una serie de combates y de triunfos; triunfos sobre las riquezas, triunfos sobre los honores, triunfos sobre los placeres, triunfos sobre la carne, triunfos sobre el mundo y triunfos sobre el demonio.

¿Véis, mis queridos oyentes, cuánto vale la humildad? Véis qué tesoro tan rico, tan precioso, tan fecundo, nos dejó el divino Salvador, en aquel ejemplo inaudito de humildad que nos dió en la última cena? Seamos, pues, humildes, hermanos mios, si queremos ser grandes, verdaderamente grandes á los ojos de Dios. Seamos humildes, en primer lugar para con nosotros mismos, es decir, haya humildad entre el cuerpo y el alma, entre los sentidos y la razón, entre la razón y la verdad; y habrá unión y fuerza y vida, y progreso y grandeza en los individuos. Haya humildad

entre los padres y los hijos, entre el esposo y la esposa, entre los amos y los criados; y habrá unión y fuerza y vida y progreso y grandeza en las familias. Haya humildad entre todos los vecinos, entre los propietarios y los jornaleros, entre los ricos y los pobres, entre la autoridad y los subordinados; y habrá unión y fuerza y vida y progreso y grandeza en el municipio. Haya humildad en todos y para con todos, y habrá grandeza en la sociedad. No olvidemos, hermanos mios, no olvidemos que el orgullo engendra envidias, odios, disensiones y resentimientos; y que los resentimientos, las disensiones, los odios y las envidias nos separan y dividen; y que la separación, la división y el aislamiento nos debilitan y nos matan. Seamos humildes como lo fué y lo enseñó el divino Jesús, y seremos grandes, verdaderamente grandes, no sólo en la tierra, sino principalmente en el cielo, que á todos deseo.

AMÉN.

LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem.

Se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte.

Ap. ad. Philip. II, 8.

A. O.

En todos los órdenes de cosas el fin corona los medios, al trabajo sigue la utilidad, á la energía de la vida corresponde la proporción del fruto. La luz tiene que recorrer muchos millones de leguas, y atravesar todas las capas atmosféricas, y sufrir mil desviaciones ó refracciones, para llegar á imprimir sobre la tierra ese incomparable dibujo que matiza sus múltiples y encantadores cuadros. El árbol tiene que pasar por las complicadas funciones de la vida y por la variada influencia de las estaciones, antes de ostentar en sus ramas la riqueza del codiciado fruto. El hombre tiene que regar con su propio sudor todas las sendas de su actividad, antes de conquistar algún trofeo, sea en las artes ó en las ciencias. La madre ha de soportar las incomodi-

dades de la gestación y sufrir los dolores del alumbramiento, antes de disfrutar las delicias de la maternidad. No hay remedio: ésta es la ley general; y porque es general, os ha comprendido también á vosotros en esta novena.

Habeis acompañado á Jesús desde Jethsemaní al Calvario, y en todo este trayecto no se os ha ofrecido más que sangre ante vuestros ojos, blasfemias ante vuestros oídos, crueldades ante vuestro corazón, falsedades y calumnias ante vuestro entendimiento, iniquidades y atropellos ante vuestra voluntad. Es decir, que por espacio de ocho dias vuestro espíritu viene siendo víctima de las más dolorosas impresiones, de los más acerbos sentimientos: no habeis salido del período de la gestación, del trabajo, del dolor. Tiempo es ya de cambiar de escena: hora es ya de que suceda á la tempestad la calma, al trabajo la utilidad, al dolor el fruto. Por eso está designado con muchísimo acierto para el día de hoy, para el último día de esta novena, el punto relativo á los frutos que nuestra meditación puede sacar de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Ah! Es que la vista de los frutos hace olvidar las fatigas del trabajo.

Pero aquí, hermanos míos, hay una gran dificultad, nacida de la misma superabundancia del asunto. Porque ¿quién es capaz de descubrir y enumerar todos los frutos que puede dar de sí la meditación sobre la Pasión y Muerte del Salvador? Contad, si podeis, todos los frutos que brotan del seno de la tierra bajo el calor del sol; y eso que finita es la virtud del sol, como lo es también la fecundidad de la tierra. Contad, si podeis, todas las obras que salen de las manos, del genio y de la inteligencia del hombre, bajo el calor de su inspiración y de su estudio; y eso que son finitos el estudio, la inspiración y la inteligencia. ¿Cómo, pues, inventariar todos los frutos que bajo el calor de nuestra meditación pueden brotar de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, siendo así que si bien es limitada la virtud de nuestra meditación, es infinita la fecundidad de la sangre de nuestro divino Salvador?

¡Ah, hermanos mios! Yo veo aquí un manantial inagotable para todos los siglos y para todas las generaciones: yo veo aquí un árbol inmenso, cuyo fruto de omnímoda virtud, es capaz de satisfacer, sin agotarse, todas nuestras necesidades y aspiraciones. Yo veo salir de aquí todas las virtudes que practicaron los justos, y todo el heroismo que desplegaron los mártires, y toda la gloria que dis-

frutan los bienaventurados: yo veo salir de aquí toda la ciencia que inmortaliza á los verdaderos sabios; todas las creaciones que laurearon á los verdaderos genios y todas las empresas verdaderamente civilizadoras llevadas á cabo por los amantes de la Cruz.

Renunciemos, pues, al irrealizable propósito de reseñar en un discurso todos los frutos que nuestra meditación puede recabar de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo; y fijémonos por hoy en los que más especialmente reclaman las circunstancias de vuestra posición y estado. Yo me dirijo á todos en general, y todos podeis aprovecharos de los frutos que vamos á exponer; pero me dirijo especialmente á vosotros, piadosos hermanos de la Cofradía de Jesús Nazareno, y vosotros teneis, á mi juicio, una necesidad especial aneja á vuestro especial estado. Vosotros necesitais muy especialmente frutos de humildad, porque humilde también es vuestra condición.

Veamos, pues, de sacar esos frutos, meditando algunos momentos sobre la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Y para conseguirlo acudamos á ese divino Jesús, pidiéndole las gracias necesarias al efecto, poniendo por intercesora á su Santísima Madre, á quien saludamos con el Angel: Ave María.

Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem.
Se humilló á sí mismo...
Ap. ad Philip. II, 8.

La humildad, mis amados hermanos, no es otra cosa que la aceptación voluntaria, resignada y gustosa del lugar que á cada uno ha cabido en la escala de los seres: la aceptación voluntaria de la pobreza por el pobre, del trabajo por el operario, de las batallas por el militar, de la sumisión por el súbdito, constituirá respectivamente la humildad del pobre, del trabajador, del militar y del súbdito. Y es claro por demás, que cuanto más baja es una posición más privaciones lleva consigo, y cuantas más privaciones lleva consigo más dosis de humildad se necesita para aceptarla voluntariamente. Sucede en el orden social lo que en el orden general del universo. En éste las privaciones aumentan en escala descendente desde el Angel hasta el polvo de la tierra. Dios no está privado de nada, es la plenitud del ser: el Angel está privado de la infinidad: el hombre, de la infinidad y de la pureza espiritual: el bruto, de la infinidad, de la espiritualidad y de la razón: la planta, de la infinidad, de la espiritualidad, de la razón y de la sensibilidad; y la piedra, como todos los minerales, de la infinidad, de la espiritualidad, de la razón, de la sensibilidad y de la vida. La piedra, pues, ocupa el último lugar, porque adolece de más privaciones.

Así también en el orden social: desde las alturas donde se mece el sumo imperante hasta el fondo donde se arrastra el infeliz pordiosero, se desprende una serie numerosa de clases sociales, que van dejando en la pendiente los despojos de la abundancia y cargando en su lugar con la cruz de las privaciones: despojos que van disminuyendo, y privaciones que van aumentando, hasta llegar á esa base anchurosa que se llama el pueblo, respetable milicia de labradores y artesanos, en cuyas filas figurais vosotros y en donde brillan por su ausencia las delicias del mando, los laureles de la gloria, los timbres de la nobleza, los resplandores de la ciencia, la aureola del genio y los halagos de la fortuna. ¡Oh!... Y cuanta humildad necesitais, para no mirar con envidia y hasta con odio á esas clases superiores, que aparecen sentadas en la mesa principal del festín de la vida, mientras que vosotros pareceis relegados al último rincón de la casa paterna! Pero no temais: meditad por un momento conmigo sobre la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo y recojereis frutos abundantísimos de humildad, para soportar, no sólo con resignación, sinó hasta con gusto, las privaciones anejas á vuestro estado.

Es evidente, hermanos mios, que no puede haber fruto sin semillas, y que tanto mejor será el fruto cuanto más escogida sea la semilla. Las semillas de que es susceptible el campo de nuestra alma se reducen á las ideas y los ejemplos: si depositais en vuestras almas ideas y ejemplos de soberbia, no espereis de ninguna manera recoger frutos de humildad; como de semillas de hortigas tampoco podeis esperar frutos de palmera ó de granado: recogereis sí los frutos legítimos de la soberbia; recogereis los frutos que recogió el soberbio Luzbel, que por no sufrir la privación de la divinidad, tuvo que sufrir la privación de la bienaventuranza; ó los que recogió Adán, que por no querer sufrir la privación de la ciencia del bien y del mal, tuvo que sufrir la privación de la santidad, de la salud y de la vida; ó los que recogió Nabuccdonosor, que por no sufrir la privación de las adoraciones divinas tuvo que sufrir la privación de las consideraciones humanas, y pasar por la humillación de las bestias, cumpliéndose así la eterna y universal sentencia del Evangelio: *qui se exaltat humiliabitur:* el que se ensalza, el que pretende ser más de lo que le corresponde, será humillado. Pero si sembrais en vuestras almas ideas y ejemplos de humildad, infaliblemente obtendreis también frutos de humil-

dad, y de una humildad tanto más excelsa y sublime, cuanto más sublimes y excelsos hayan sido los ejemplos y las ideas que sirvieron de semilla. Y ¿dónde hay una idea y un ejemplo de humildad, comparable con el que nos ofrece el Divino Salvador en su Pasión y Muerte?

¡Ah, hermanos míos! Para conocer algo tan asombrosa humildad, es preciso conocer quien era Nuestro Señor Jesucristo por su naturaleza, y hasta donde bajó por su voluntad. Jesucristo es, por su naturaleza, lo que nos enseña el catecismo de la doctrina cristiana, el Hijo de Dios vivo, que se hizo hombre por redimirnos y darnos ejemplo de vida. El Hijo de Dios vivo, es decir, el Verbo de Dios, el esplendor de la gloria del Padre, eterno, infinito y omnipotente como el Padre, Dios en una palabra como el Padre y el Espíritu Santo: *Et Deus erat verbum.* Como Dios, es el ser de los seres, el ser primero y absoluto, que entronizado allá en las inconmensurables alturas de su eternidad, de su omnipotencia y de su gloria, vé y dirige la marcha imponente y magestuosa de esos innumerables seres y mundos que se mueven debajo de sus piés, después de haberlos sacado de los abismos de la nada: *omnia per ipsum facta sunt et sine ipso factum est nihil.* Él es el dueño soberano de los cielos y la tierra, de los vientos y los mares, de la tempestad y de la calma, del trueno y del rayo. Él es el tesoro de todas las gracias y el dispensador de todos los beneficios: *sine me nihil potestis facere.* Él es el juez supremo de vivos y muertos, el Rey de los reyes y el Señor de los señores: *Rex regum et Dominus dominantium.* Él es la Magestad soberana, ante la cual se inclinan los cielos, la tierra y los abismos: *et in nomine ejus omne genuflectatur, cælestium, terrestrium, et inferorum.* Él es la bondad, la santidad y la felicidad substancial é infinita. Él es, en fin, el Autor de la vida y de la muerte. Todo ésto y mucho más, hermanos míos, es Jesucristo por su naturaleza divina: y ¿hasta dónde bajó por su propia voluntad?

¡Ah! hermanos míos, si es inaccesible la altura que ocupa Jesucristo por su naturaleza, no es menos insondable el abismo á que bajó por su libre voluntad. Él que era el ser de los seres, bajó desde la cima de la realidad hasta los confines de la nada: no se contentó con bajar hasta el Angel, ni con bajar hasta el hombre, ni le pareció bastante bajar hasta la naturaleza animal, le pareció aún poco bajar hasta la naturaleza vejetal, bajó hasta la inerte y mise-

rable materia; bajó más todavía, bajó hasta lo más secundario, lo más variable, lo más insignificante de la materia, que son sus accidentes ó propiedades exteriores, como el color, el sabor y la figura. Sí, hermanos míos, Jesucristo bajó hasta ese punto en la noche de la Cena, revistiendo toda la majestad, toda la infinidad, toda la inmensidad de su adorable persona, con los miserables accidentes de pan y vino, sin ninguna substancia ni de pan ni de vino. Luego con razón dijimos que bajó hasta los confines de la nada, porque los accidentes de la materia son casi nada, son como la penumbra que divide la realidad de la nada: *Humiliavit semetipsum.* Él que era por su naturaleza el tesoro de todas las gracias y el dispensador de todos los beneficios, bajó por su voluntad hasta la actitud más suplicante de la más necesitada criatura: védle, en la oración del huerto, pegado su rostro con la tierra. Él que por su naturaleza disponía de todo el poder en el cielo y en la tierra; Él que manejaba á su antojo los vientos y los mares, los truenos y los rayos, desciende por su voluntad hasta entregarse en las débiles manos de un infame y traidor discípulo. Él que por su naturaleza es el Juez de los jueces y la justicia absoluta, baja hasta la condición del reo más miserable, sometiéndose al apasionado juicio del pérfido Caifás y del cobarde Pilatos. Él que por su naturaleza era la Majestad soberana ante quien se humillan los cielos, la tierra y los abismos, baja por su voluntad hasta el último grado del ludibrio y el desprecio, expresados en aquellos groseros insultos, en aquellas preguntas burlescas, en aquella saliva inmunda que lanzaban á su sacratísimo rostro, no menos que en aquella túnica blanca y en aquella andrajosa púrpura y en aquel cetro de caña, con que pretendían ridiculizar sus pretensiones de Rey y hasta poner en duda la normalidad de su imperturbable razón. Él que por su naturaleza era el Rey de los reyes y el Señor de los que dominan, bajó hasta el extremo de aceptar una corona de espinas, en vez de la corona de gloria que le correspondía. Él que por su naturaleza era la felicidad substancial y absoluta, la fuente de toda dicha, bajó por su voluntad hasta la última expresión del dolor, de la aflicción y la tristeza: *tristis est anima mea usque ad mortem;* y sometió á su inocentísima alma á la rigurosa privación de los goces de la bienaventuranza, que debiera disfrutar constantemente por su unión hipostática con la Divinidad. Por fin, hermanos míos, Él que era la bondad y la Santidad infinita por su naturaleza, bajó

por su voluntad hasta el lugar destinado para los criminales, hasta confundirse con dos ladrones; y Él que era el Autor de la vida por su naturaleza, bajó por su voluntad hasta ponerse bajo la güadaña de la muerte. *Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem.*

Ahora bien, mis amados hermanos. ¿Se ha concebido jamás una idea ni ofrecido un ejemplo de humildad semejante? ¡Ah! Imposible de toda imposibilidad: nadie puede llegar tan abajo, porque nadie puede caer de tan alto. Grande fué, sin duda, la humildad de Abraham, de Isaac y de Job; porque grande humildad se necesita para que un padre tierno acepte voluntariamente ser el verdugo de su hijo, y para que un hijo amante y dichoso acepte voluntariamente ser sacrificado por su padre; y para que un padre opulento acepte voluntariamente la privación instantánea de todos sus hijos, y el tránsito brusco de la mayor opulencia á la mayor abyección y miseria. Pero al fin, Abraham, Isaac y Job, estaban ya muy bajos por su naturaleza en la escala general de los seres; y el golpe de su caida no podía ser tan violento y sensible: no eran más que unas criaturas, y criaturas de segundo orden: sobre ellos estaban los Angeles, y sobre ellos y los Angeles estaba Dios, de quien eran verdaderos súbditos, á quien debían sus vidas y haciendas, y á quien tenían obligación de obedecer. Pero Jesucristo era Dios, era el Criador, á quien debe obediencia el universo entero, sin que Él tenga obligación de obedecer á nadie, porque nadie está sobre Él; y, sin embargo, descendió voluntariamente hasta el abismo que acabamos de presenciar; aceptó voluntariamente la unión de nuestra naturaleza, para sufrir en ella ese cúmulo de privaciones que se revelan en su pasión y muerte, esa especie de eclipse total del divino sol de justicia, impidiendo que se comunicaran á su inocentísima humanidad los rayos de sus divinos derechos, excelencias y prerrogativas, de su soberanía, de su autoridad, de su poder, de su grandeza, de sus tesoros, de su impasibilidad, de su inmortalidad y de su gloria, para quedar así expuesto á la ignominia de las ignominias, á la infamia de las infamias, al insulto de los insultos, á la pena de las penas, á la miseria de las miserias, al dolor de los dolores, á la agonía de las agonías, y á la muerte de las muertes. *Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem.*

Y bien, mis amados hermanos; siendo esto así, ¿harémos algo demás nosotros en aceptar voluntariamente y hasta con gusto to-

das las privaciones anejas á nuestro estado y condición? Si Jesucristo, que tenía derecho á todo, se acomodó voluntariamente á no tener nada, nosotros, que no tenemos derecho á nada, ¿nos quejaremos por no tener más? Si el hijo de Dios colocado en la cumbre del ser, descendió voluntariamente hasta los confines de la nada, nosotros que venimos de la nada ¿nos quejaremos por no estar todavía más altos? ¡Ah! No lo permita Dios, hermanos mios; tengamos siempre ante los ojos del alma ese ejemplar divino de humildad incomparable, para que no escuchemos nunca las inmoderadas pretensiones del orgullo.

Y sobre todo vosotros, dignísimos cofrades y devotos de Jesús Nazareno, sobre todo vosotros depositad en lo más hondo de vuestros corazones esta preciosa semilla de humildad, esta idea y este ejemplo de humildad sublime; dispensadla con frecuencia el calor de vuestra religiosa meditación, implorando al mismo tiempo de lo alto el rocío de la divina gracia, y veréis, veréis qué frutos de humildad tan robustos, lozanos y sabrosos se desarrollan en vuestro espíritu; veréis como vuestra voluntad, nutrida con estos frutos, adquiere todo el temple y vigor necesarios para soportar la cruz de las privaciones y abatir las altanerías de la soberbia.

Porque eso sí, mis amados hermanos, la soberbia ha de poneros peligrosas asechanzas, ella hará llegar á vuestros oidos, por medio de sus diligentes ministros, las más elocuentes y seductoras arengas. Ella os dirá por ejemplo: «Levántate infeliz trabajador, levanta esa frente, siempre inclinada hácia la tierra por el peso del trabajo, sin dejarte ver lo que pasa encima de tí; levanta esa cabeza y vete elevando tu vista por esa pendiente inmensa que forma la sociedad: ¿no ves esa serie de autoridades, que se extiende y sube desde el último de los esbirros hasta el primero de los magistrados, y que está pesando como una pirámide de plomo sobre tu libertad, ahogándola y aniquilándola? Pues ¿por qué has de sufrir tan tiránica y abrumadora opresión? Di conmigo: *non serviam*, no serviré, no obedeceré, no quiero ni rey ni amo. ¿No vés, continuará diciendo la soberbia, no vés esa serie de riquezas, esa corriente de oro, de comodidades y de lujo, que circula en las clases privilegiadas, y que no sale de ellas, que no llega á tí, porque está sujeta y contenida por la poderosa absorción de su codicia? Pues, ¿por qué has de estar tu sumido en la pobreza, mientras otros están nadando en la abundancia? Di conmigo: abajo la riqueza, la desigualdad

y el privilegio: venga, venga la parte que me corresponde en el reparto del botín social, y si no me lo dán por la fuerza de mi demanda, lo tomaré por la fuerza del puñal, de la tea y de la bomba. ¿No vés, añadirá aún el espíritu de la soberbia, no vés esa ociosidad triunfante en tantos favorecidos por la influencia ó la fortuna, cuya actividad se distribuye toda entre banquetes, orgías y teatros, mientras que tú estás agotando las fuerzas de tu cuerpo, para que no se agote el manantial de su disipación? Pues, ¿por qué has de estar tu derramando sobre la tierra el sudor de tu rostro, mientras ellos derraman sobre las gradas del placer el fruto de tu trabajo? Dí otra vez conmigo: *non serviam*, no serviré, no trabajaré: también yo quiero gozar y para ello no repararé en medios, aunque estos medios sean la estafa, el robo, el asesinato.

Tal será, hermanos mios, tal será el lenguaje con que os hablará más de una vez el espíritu de la soberbia por medio de sus satélites; pero no temáis, porque si vuestra voluntad está nutrida con aquellos sazonados y vigorosos frutos de humildad que debéis recoger de la humildad de Jesucristo, tendrá bastante fuerza y energía para contestarle: «Fuera, fuera de mí, espíritu de soberbia: ¿Crees que no te conozco? ¿Crees que no se yo, que con tus infernales inspiraciones produjiste un día el mayor trastorno de los cielos y realizaste en otro la más grande perturbación de la tierra? ¿Crees que no se yo, que, si los planetas envidiosos de la luz y altura del sol, se atreviesen á escalar su puesto, se apagarían y destruirían del todo, en vez de lucir más? ¿Crees que no se yo, que, si la raiz envidiosa de la copa del árbol ocupase su lugar, ni viviría la raiz ni viviría el árbol? ¿Crees que no se yo, que si se separan de su sitio las piedras del cimiento, no sólo se desplomará el edificio, sino que caerá con todo su peso sobre las piedras separadas? Pues ten entendido que sé todo esto, y que, al hablarme de esa manera, no tanto pretendes proporcionarme la felicidad como labrar mi propia ruina. ¡Ah! comprendo muy bien lo que tu quieres: sí, lo que tu quieres es, que yo deje de obedecer una autoridad racional, para verme esclavo de un despotismo salvaje. Lo que tu quieres es, que yo deje de ser pobre honrado bajo una riqueza caritativa, para convertirme en un pobre abyecto bajo una opulencia sin entrañas. Lo que tu quieres es, que yo deje de sudar agua, para complacerte luego en verme sudar sangre. Atrás, pues, espíritu tentador, atrás!; y, puesto que te he conocido y te he arrancado el disfraz, huye,

huye lleno de confusión y de vergüenza á sepultarte en esos antros tenebrosos, donde no reina la doctrina y la humildad de Jesucristo, y único punto donde podrás encontrar algunos adeptos y discípulos; que en nosotros, en mis amados oyentes, en los humildes cofrades y devotos de Jesús Nazareno, tenlo por cierto, no encontrarás ni uno siquiera.»

¿No es verdad, mis amados, que ninguno, absolutamente ninguno de vosotros está dispuesto á afiliarse en la bandera trastornadora de la soberbia? No es verdad que todos, absolutamente todos estáis dispuestos á imitar la humildad de nuestro divino Salvador? Sí, adorable Jesús mío; aquí tenéis esta piadosa multitud, resuelta á militar constantemente bajo la gloriosa bandera de vuestra incomparable humildad, aceptando con gusto todas las privaciones de su respectivo estado. Aquí tenéis, sobre todo, los hermanos penitenciales y devotos de esa edificante cofradía, que se honra con el título de vuestro Santísimo Nombre, todos decididos á seguir el camino y las huellas de vuestra profundísima humildad; no sólo las huellas de vuestra pobreza, de vuestra obediencia y de vuestro trabajo, si no también, si necesario fuera, las huellas de vuestras persecuciones, de vuestras ignominias, de vuestra sangre y de vuestra muerte. Dadles, pues, amantísimo Jesús, dadles, pues, y dadnos á todos las gracias necesarias para realizar tan dignos propósitos, á fin de que un día sean exaltados y lo seamos todos, como lo fuísteis Vos, á las mansiones de la gloria.

AMÉN.

LA SAGRADA EUCARISTÍA

Qui manducat me, et ipse vivet propter me.

El que me come, él mismo vivirá por mí.

Joan. Cap. VI. V. 58.

HERMOSA es la vida, Excelentísimo é Ilustrísimo Señor, respetable Comunidad, hermanos muy amados en Jesucristo, hermosa es la vida en sus múltiples manifestaciones. Quien dice vida, dice fuerza, aspiración, movimiento, desarrollo, progreso: fuerza que impulsa, aspiración que agita, movimiento que eleva, desarrollo que dilata, progreso que perfecciona. Ella es la que cubre de plantas la superficie de la tierra, y de flores la alfombra de los campos, y de frutos las ramas de los árboles. Ella es la que puebla los bosques de variedad de fieras, y la atmósfera de vistosas aves, y el océano de innumerables peces. Ella es, la que levanta hasta las nubes la copa del cedro, la que lleva hasta el asombro la corpulencia del elefante, la que presta osadía al vuelo del águila, la que despliega hasta el prodigio el instinto previsor y organizador de la hormiga, el laborioso y es-

quisito de la abeja, el arquitectónico del castor, el amoroso de la tórtola y el musical del ruiseñor. Ella es la que, en otra esfera más elevada, extiende por el orbe la humana sociedad con sus pueblos y ciudades, provincias y naciones; la que llena de sentimientos el corazón, de ideas la inteligencia, de satisfacciones el apetito, de bellezas las artes, de verdades las ciencias, de placeres el mundo.

Pero hay otra vida que hace más que todo ésto, que empieza donde acaban las anteriores, que fija su planta donde aquellas tienen su corona. Hay otra vida capaz de llenar la tierra de justos, la sociedad de virtudes, la historia de milagros, el aire de alabanzas y el cielo de Santos. Tal es, hermanos míos, la vida del espíritu, la vida sobrenatural de la gracia: vida admirable, vida divina, que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria: *si filii et hæredes*: pero vida que necesita, para su conservación y desarrollo, de un alimento propio y adecuado, como lo necesita la vida del cuerpo.

Y ¿cuál será el alimento propio y adecuado de la vida del alma? ¡Ah! Para el cuerpo que procede de la tierra, basta un alimento terreno: para el alma que procede del cielo, es necesario un alimento celestial. Para el cuerpo que se corrompe y muere, basta un pan corruptible: para el alma, que ni muere ni se corrompe, es necesario un pan inmortal é incorruptible. Para el cuerpo, que se sacia con cualquiera cosa, bastan las más viles criaturas: para el alma, que no se sacia con la creación entera, que aspira á lo infinito, era necesario el mismo Criador. Sí, hermanos míos, Dios, el mismo Dios es el alimento adecuado de nuestras almas: Jesucristo, Dios y hombre verdadero, es el pan celestial é incorruptible, que nutre, fomenta y desarrolla la vida de la gracia en nuestras almas; y este pan y aquel alimento se nos proporciona en el augusto, santísimo y adorable Sacramento de la Eucaristía, donde real, verdadera y substancialmente están el cuerpo y la sangre, juntamente con el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Sacramento inefable sobre toda ponderación, hermanos míos; misterio profundo sobre toda profundidad; tan profundo é inefable, que en expresión de uno de los primeros apologistas modernos, el P. Ventura de Ráulica, «es la Eucaristía el misterio de los misterios, la maravilla de las maravillas, el prodigio de los prodigios, que comprende y renueva continuamente en sí mismo todos los misterios, todas las maravillas, todos los prodigios de la Redención.»

Por eso es el blanco de todos los ataques de la heregía, del racionalismo y de la impiedad, que no vén en este augusto Sacramento más que un absurdo, un imposible. Y ¿sabéis por qué? Porque lo miran con los ojos de la carne, porque lo estudian con la razón naturalista, porque pretenden encontrar á Dios y á Jesucristo glorificado por los mismos medios que emplean para descubrir un planeta, un satélite, ó un flúido; y ni los ojos de la carne, ni la razón naturalista, ni los instrumentos mecánicos sirven para descubrir cosas tan altas: «*caro non prodest quidquam.*» Que si lo miraran con los ojos del espíritu, y lo estudiaran con la razón católica, es bien seguro que lo defenderían en lugar de impugnarlo, lo amarían en vez de aborrecerlo, y lo adorarían en vez de ultrajarlo. Yo de mí sé decir, hermanos míos, que, por la misericordia de Dios, veo en él tanta sencillez al lado de su profundidad, tanta claridad al lado de su oscuridad, tantas y tan congruentes relaciones, que no sólo se me hace creible, sinó, lo que es más, innegable. Si lo miro con respecto á Dios, me parece una exigencia ineludible de su amor. Si lo miro con respecto al hombre, se me ofrece como la satisfacción necesaria de un instinto irresistible. Si lo comparo con la naturaleza, me recuerda la sencillez de sus procedimientos; y si lo pongo frente al espíritu, veo la garantía de su inmortalidad.

Ya comprenderéis, amados hermanos, que al indicaros todas estas relaciones, no es porque piense tocarlas todas. No digo un sermón, pero ni cien sermones serían bastantes para llevar á cabo tan vasta empresa. Una sola vá á ocupar hoy nuestra atención, y esta bajo el aspecto más sencillo, en el que quizá no os habeis fijado hasta ahora. Vamos á poner el augusto Sacramento de la Eucaristía enfrente de la naturaleza, ya que los racionalistas ponen á la naturaleza enfrente de la Eucaristía. Vamos á comparar los procedimientos de la gracia en la Eucaristía con los procedimientos de la naturaleza en la elaboración de sus productos, y confío en Dios que hemos de ver demostrada la siguiente proposición, que será el objeto de mi discurso: -«Los procedimientos de la gracia en el Sacramento de la Eucaristía para proporcionarnos el alimento del alma, de la vida sobrenatural, tienen cierta consonancia y harmonía con los procedimientos de la naturaleza al proporcionarnos el alimento del cuerpo, de la vida temporal.»

No esperéis que os explique el modo de estos procedimientos;

porque se trata de un misterio, y de un misterio lleno de misterios, y dejaría de serlo desde el momento en que entrase de lleno en los estrechos límites de nuestra comprensión; pero tampoco es necesario, porque es bien sabido que tampoco los naturalistas nos explican el cómo de los procedimientos de la naturaleza, en los que, sin embargo, creen firmemente. No tienen por qué ser tan exigentes con nosotros en el orden sobrenatural, cuando ellos, que sólo se ocupan en lo natural, siembran sus más celebradas producciones de *acasos*, *quizás*, *puede ser* y *debe ser*. Determinado ya nuestro objeto, antes de pasar adelante, ayudadme, hermanos mios, y sobre todo vosotras castas esposas del Cordero inmaculado, ayudadme á implorar los auxilios de la divina gracia, para que todo ceda en provecho de nuestras almas y en honra y gloria del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, ante el cual nos postramos pidiéndole luces para fortificar y esclarecer nuestra fé, por la intercesión de la inmaculada Virgen, á quien saludamos con el Angel: Ave María.

Qui manducat me et ipse vivet propter me.

Joan. Cap. VI. V. 58.

TRES son, Excelentísimo Señor, los puntos más misteriosos de la Sagrada Eucaristía, los que atraen sobre sí todos los ataques, todas las iras y toda la repugnancia de los incrédulos, á saber: la transubstanciación, ó sea, la conversión del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo; la multiplicación del cuerpo de Jesucristo en tantas y tantas hostias consagradas como se ofrecen simultáneamente en el mundo católico: y la conservación de las especies de pan y vino sin la substancia de pan ni de vino. Pues los tres nos ofrecen profundas y bellas analogías con la marcha ordinaria de la naturaleza.

PARTE PRIMERA

Empezando por la transubstanciación, bien puede decirse que la naturaleza entera es un laboratorio constante de conversiones y transformaciones. Ella tiene que nutrir al gran coloso de la vida que serpentea por todas sus regiones: y la vida, toda vida creada exige la conversión de las primeras materias en alimentos propios y adecuados. Así, la vida física, la vida animal, no se nutre con los

primeros elementos en su forma primitiva y simple, sinó convertidos en agua, atmósfera y jugos; en plantas, frutas y carnes. La vida intelectual, la vida científica, no se sacia con las percepciones individuales de los objetos y los fenómenos en su forma real, particular y concreta; sinó convertidos en la forma ideal é inmaterial, en géneros y especies, en conceptos universales, en leyes y principios generales. La vida sentimental, la vida artística, no encuentra su alimento propio y adecuado en las palabras y las formas, en los colores y los sonidos considerados en sí mismos, en su estado primitivo, sinó en las palabras convertidas en metros y poemas, en las formas convertidas en estatuas y edificios, en los colores convertidos en imágenes, en los sonidos convertidos en harmonías. Por último, la vida moral, la vida de la virtud, tampoco se satisface con algunos actos buenos aislados y transitorios, con algunos actos de limosna ó de circunspección, de moderación y continencia, de respeto ó de valor, sinó con actos buenos convertidos en hábitos permanentes; con actos de limosna convertidos en caridad, con actos de circunspección convertidos en prudencia, con actos de moderación convertidos en templanza, con actos de continencia convertidos en castidad, con actos de respeto convertidos en justicia, y con actos de valor convertidos en fortaleza.

Por eso la naturaleza, pronta siempre como madre cariñosa á satisfacer nuestras necesidades, realiza esas múltiples y prodigiosas conversiones que dan por resultado el alimento propio de nuestro cuerpo. Apodérase al efecto de los tres ó cuatro elementos simples, que, según los naturalistas, entran ordinariamente en la composición de los vegetales y animales, y son el oxígeno, el hidrógeno, el carbono y el nitrógeno; los somete, allá en sus misteriosos senos, á no sé qué acciones físicas y químicas; y, como por encanto, salen de sus hábiles manos convertidos en substancias tan diferentes, como son las yerbas, los árboles y los cuerpos animados; y en los árboles, la corteza, las capas leñosas y la médula, las hojas, las flores y los frutos; y en los animales, la carne y los huesos, la sangre y la bilis, la leche y el azmizcle, el pelo y la lana, la pluma y la cerda, la escama y la concha, la miel, la seda y la cera, con otras mil no menos diversas, que sería imposible numerar. Siendo muy de notar, hermanos míos, que aquellos cuatro elementos componentes son inodoros é insípidos, y, excepto el carbono, los demás son también incoloros; y, no obstante, bajo la mágica virtud de la

naturaleza, sus compuestos aparecen sápidos, olorosos y coloreados, con tan rica y prodigiosa variedad, como la que ofrecen los matices de las flores, de las plumas y de las pieles, los aromas de las plantas y el sabor exquisito de manjares sin cuento: lo cual parece lo mismo que sacar de cuatro ceros la unidad. Y ésto no sorprende á los racionalistas! Y ésto lo creen los incrédulos, sin que lo comprendan mejor que nosotros comprendemos la conversión del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Pues bien, señores; esto que hace la naturaleza para proporcionar alimento á nuestro cuerpo y á nuestros sentidos, para nutrir nuestra vida temporal, hácelo, en un orden superior, el Autor de la naturaleza y de la gracia, para proporcionarnos el alimento de nuestras almas, para nutrir nuestra vida espiritual y eterna. El alimento debe ser proporcionado á la vida: para una vida natural y física basta un alimento físico y natural: para una vida sobrenatural y divina, es necesario un alimento sobrenatural y divino. Este alimento, este pan sobrenatural y divino para la vida de nuestras almas, es el mismo Redentor, es el cuerpo y la sangre de Jesucristo, juntamente con su alma y divinidad, según Él mismo lo declaró con estas palabras: «*Ego sum panis vivus, qui de cælo descendi.*» Un alimento natural se obtiene ó se elabora por una transformación natural también; pero un alimento sobrenatural debe ser el resultado de una conversión también extraordinaria y sobrenatural; y esta conversión sobrenatural, que dá por resultado el cuerpo y la sangre de Jesucristo, es la transubstanciación; es aquel acto supremo, en que, sin necesidad de los agentes físicos y químicos, y prescindiendo de la influencia de los climas y de las estaciones, por sóla la virtud de la palabra divina, se convierte la substancia del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo, deja de existir la substancia del pan para existir en su lugar la substancia del cuerpo; deja de existir la substancia del vino para existir en su lugar la substancia de la sangre: y con la sangre y con el cuerpo, el alma y la divinidad del Verbo encarnado.

¡Transubstanciación sublime, hermanos míos! ¡Conversión incomparable! En la transformación natural se cambia sólo la forma de la substancia; pero aquí se cambia el ser mismo de las substancias. La conversión natural procede de abajo á arriba, del seno de la tierra al seno de la atmósfera, para devolver luego sus productos

al punto de partida, haciéndolos descender de nuevo al seno mismo de la tierra: la conversión sobrenatural, la transubstanciación procede de arriba á abajo, del cielo á la tierra, del seno de Dios á la mano del sacerdote y al seno del hombre, para elevar nuestras almas á su punto de partida, al seno mismo de Dios, de donde salieran por un soplo divino. La conversión natural dá por resultado un alimento siempre inferior al sujeto á que se destina, como los jugos de la tierra y de la atmósfera respecto de la planta, las plantas respecto de los animales y los animales respecto del hombre: la conversión sobrenatural de la transubstanciación dá por resultado un alimento superior, muy superior á nuestras almas; es más que el bruto alimentando á una yerba; es más que el hombre alimentando á un insecto; es más que el ángel alimentando á un hombre, es más que el universo alimentando á una hormiga; es lo infinito alimentando lo finito, es el Criador sirviendo de alimento á una vil criatura.

¡O conversión dichosa! Quién te conoce que no te adore! Quien te contempla que no te ame! Los que te niegan y te desprecian, es porque no conocen los misterios del corazón; es porque no comprenden la misteriosa omnipotencia del amor. Y sino, decidlo vosotras, vírgenes sagradas, amantes esposas del Cordero inmaculado; vosotras que estáis embriagadas del amor divino, decid si no es cierto que véis claro en vuestro corazón lo que parece obscuro en vuestra inteligencia: decid si no es cierto que os explica el sentimiento lo que os oculta la fé. ¡Ah! Ya me parece que os oigo contestar: «no, no nos conformamos ni con la sombra de nuestro esposo, ni con la imagen de nuestro esposo, ni con la virtud é influencia moral de nuestro esposo; necesitamos la compañía real y substancial, en cuerpo y alma, de nuestro esposo; y esta compañía sólo la logramos mediante el misterio de la transubstanciación. No, no creeríamos en el amor de nuestro esposo, si no se dejase estrechar en nuestros brazos é introducirse en nuestro pecho; y este abrazo y esta intimidad sólo la conseguimos por medio de la transubstanciación. No, no creeríamos en el amor de nuestro esposo, sino nos elevase al nivel de su dignidad, á la altura de su dicha, á la participación de su propio ser, y esta elevación y participación sólo la podemos conseguir en esta vida por el misterio de la transubstanciación. Dejadnos, pues, en posesión de ese misterio tan amable como incomprensible.» Esto diréis vosotras de seguro; y eso mismo

digo también yo, con todos mis oyentes, á los que rechazan la transubstanciación como absurda é imposible: Dejadnos, dejadnos en posesión de ese absurdo, que absurdo y todo corresponde á las más nobles exigencias de nuestro espíritu. No nos arrebatéis ese imposible; que, imposible y todo, es lo único que puede proporcionarnos en esta vida la más satisfactoria felicidad. Dejadnos acariciar, dejadnos saborear esos absurdos y esos imposibles del amor divino, que basta que sean misterios del amor para que tengan un dulce y poderoso atractivo.

PARTE SEGUNDA

Otra necesidad de la vida, de toda vida vida creada, es la multiplicación del alimento. No es un animal sólo, ni un hombre sólo, el que necesita alimentarse: son muchos hombres y muchos animales. Cada hombre y cada animal no se satisface con alimentarse un día sólo ni una hora sola, sino varias horas al día y todos los dias de su vida. Pero la tierra no reproduce diariamente sus productos, sino anualmente por regla general. De aquí la necesidad de que nos devuelvan el ciento por uno la tierra y las plantas y de que se multipliquen los frutos y las carnes. Una cosa análoga sucede en la vida intelectual y moral. La razón se alimenta de la verdad, que se comunica por medio del lenguaje: pero la verdad es una, y las inteligencias que necesitan poseerla son muchas; la palabra es una, y los oidos que necesitan escucharla son muchos. De aquí la necesidad de que se multiplique la verdad en los entendimientos que la aprenden, y la palabra en los oidos que la oyen. La vida moral se alimenta también de la enseñanza, del consejo, pero muy principalmente del ejemplo, de los actos modelos y ejemplares; mas los ejemplares, los actos heróicos son pocos, y las voluntades débiles, los corazones dormidos que necesitan de su influencia, son muchos: de aquí la necesidad de que aquellos se multipliquen en los sentidos y en el espíritu de los individuos semejantes.

Y esta triple necesidad se satisface dentro de las leyes de la naturaleza. El heroismo de un soldado se multiplica en el pecho de otros soldados, hasta el punto de producir otros cien héroes. La abnegación de una persona se multiplica en el corazón de otras

personas, hasta el punto de producir otras cien abnegaciones. La verdad, sin dejar de ser una, se multiplica en los entendimientos que la perciben, hasta el punto de producir cien nociones. La ciencia, sin dejar de ser una, se multiplica en las razones que la estudian, hasta el punto de producir cien sabios. La palabra, sin dejar de ser una, se multiplica en los oidos que la oyen, hasta el punto de producir cien sonidos: de la misma manera que la imagen de un sujeto, sin dejar de ser una, se multiplica en los espejos de una habitación, hasta el punto de producir cien imágenes, si cien espejos hubiera. No es menos pródiga la tierra en la multiplicación de sus productos: ella nos devuelve por un grano muchos granos, por una microscópica semilla, un árbol corpulento, y en ese árbol multitud de frutos, y en esos frutos infinidad de semillas, capaces de dar origen á otros tantos árboles, que producirán frutos sin cuento. No es menos sorprendente el espectáculo que nos ofrece el reino animal, derivando de un sólo tronco, de una sola pareja, tantos y tantos individuos de una misma especie. Todo lo cual no es más que el cumplimiento constante y nunca interrumpido de aquel primer precepto impuesto por el Dios Criador á todos los vivientes: *Crescite et multiplicamini et replete terram:* Creced y multiplicaos y llenad toda la tierra.

En vista de ésto, hermanos míos, ya no extrañareis que en el orden sobrenatural, en el augusto Sacramento de la Eucaristía, aparezca también, después de la transubstanciación, la multiplicación del cuerpo de Jesucristo en todas las hostias consagradas y en todos los fragmentos que se separen de cada hostia. Lo cual tampoco es otra cosa que la continuada eficacia de otro precepto análogo, impuesto por el Dios Redentor á los apóstoles, y en ellos á todos los sacerdotes: «*Hoc facite in meum commemorationem:* Haced esto en memoria mía.» Y á la verdad, señores; no es una alma sola, sinó que son muchas almas las que necesitan el alimento espiritual de la vida eterna: no es una vez sóla, sinó que son muchas veces las que necesita nutrirse cada alma, para reparar las pérdidas de la vida sobrenatural, que no son menos frecuentes y sensibles que las pérdidas de la vida física. De aquí la necesidad de que aquel alimento se multiplique, y se multiplique indefinidamente; como indefinidamente se multiplica el alimento natural del cuerpo. Necesidad que no podía dejar descubierta el Dios de la gloria, como tampoco dejó descubierta la necesidad de la vida física el Dios

de la naturaleza. Ved ahí por qué, mediante la virtud divina que conservan las palabras del Salvador repetidas por sus ministros, se multiplica el cuerpo de Jesucristo tantas veces cuantas son las hostias consagradas y los fragmentos en que las mismas se dividan; como se multiplicó en sus propias manos, por la virtud de sus mismas palabras, el día de la Sagrada Cena, tantas veces cuantos fueron los fragmentos que distribuyó á sus discípulos; sin que ésto le costase más trabajo, que la multiplicación que hizo de los panes en el desierto para alimentar tantos miles de personas.

Multiplicación dichosa, hermanos míos, y altamente providencial, que sin estar sujeta á la angustiosa lentitud y á los peligrosos accidentes de las multiplicaciones naturales, llena en un momento, y diariamente si es necesario, todos los depósitos de nuestra provisión espiritual, todos los sagrados tabernáculos, en abundancia bastante para atender á todas las almas que á ellos quieran acercarse. Multiplicación amable sobre toda amabilidad, que lleva por todas partes el socorro á la indigencia del espíritu, mucho más lamentable que la indigencia del cuerpo; la reparación de las pérdidas espirituales, mucho más sensibles que las pérdidas materiales; el remedio á la sed y al hambre de Dios, mucho más noble y sublime que el hambre y la sed de criaturas. Multiplicación, en fin, siempre digna de nuestras bendiciones y alabanzas, de nuestra adoración y gratitud; porque por ella pueden todas las almas participar ya en este mundo de la misma vida y felicidad de Dios: «*Qui manducat me, et ipse vivet propter me:* El que me come, él mismo vivirá por mí.» Joan. VI, 58. ¡Ah! Esto no lo comprenden los que no tienen hambre espiritual, hambre sobrenatural, hambre de Dios; porque al que no tiene hambre poco le importa tener alimento ó no tenerlo. Pero, desgraciado, hermanos míos, desgraciado el que no tiene hambre sobrenatural y divina; es señal infalible de que está enfermo ó muerto espiritualmente; porque, así como el apetito sensitivo se debilita con la enfermedad y se extingue con la muerte del cuerpo, así el apetito sobrenatural se debilita con la enfermedad y se extingue con la muerte del alma, ocasionada por el pecado mortal. No sucede así con los que viven por la misericordia de Dios la vida sobrenatural de la gracia; y sobre todo con vosotras, respetables religiosas. ¡Ah! Vosotras comprendeis muy bien la importancia y la necesidad de la multiplicación del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía. Vosotras estais consagradas á la vi-

da espiritual, estais rebosando salud espiritual y sentís, por consiguiente, hambre espiritual, hambre de Dios, y un hambre devoradora. Y bien; ¿Qué sería de vuestras almas, si por no multiplicarse el cuerpo de Jesucristo no pudiérais alimentaros de su carne y de su sangre más que una vez en toda la vida? ¡Ah! es bien seguro que vuestro corazón se ha extremecido de espanto al oir esta pregunta, y que exclamaríais, si tuviérais libertad para ello: «Señor, por Dios no hableis así, ni aún por hipótesis; no hagais una suposición tan cruel como repugnante: nos aterra sólo el pensarlo; porque eso sería peor, infinitamente peor y más insufrible, que peregrinar toda la vida por los abrasadores arenales de un desierto, sin encontrar jamás una fuente donde refrescar nuestros labios; y ésto no cabe en la bondad y amorosa providencia de Dios: Esto sería más incomprensible y misterioso que el misterio mismo de la multiplicación del sagrado cuerpo; y, misterio por misterio, preferimos el tierno y consolador de la multiplicación eucarística.» Sí; ésto habreis dicho allá en vuestro interior y con mucha razón. Sí, hermanos míos, misterio por misterio, venga el de la abundancia que alegra y quédese el de la miseria que abruma: venga el de la fecundidad que vivifica y quédese el de la esterilidad que mata: venga para nosotros el del amor generoso y fecundo, simbolizado en esta multiplicación gloriosa, y quédese allá para sus enemigos el del egoismo miserable y frío, simbolizado en sus doctrinas.

PARTE TERCERA

Pero aún no están satisfechas las principales exigencias de la vida. No se contenta con la transformación de las primeras substancias en alimentos adecuados, y con la multiplicación de estos alimentos hasta la superabundancia de sus deseos: quiere además que tengan cierto aliciente para inclinarla á su posesión; que sobre ser nutritivos en la substancia, sean agradables en los accidentes; que además de alimentar la vida, sirvan de recreo á los sentidos. Por eso la repugnan muchas cosas, que por su olor, color y sabor, son antipáticas á la sensibilidad; como la carne y la sangre en su estado natural, las frutas que no han llegado á la madurez, y la generalidad de las medicinas. Por la misma razón se resiste nues-

tra inteligencia á admitir aquellos hechos y verdades que se presentan con la apariencia de lo inverosimil y lo absurdo, hasta que pruebas intrínsecas ó extrínsecas, de razón ó de autoridad, derraman sobre ellas la luz de la evidencia, único medio de hacerlas simpáticas á sus ojos. Por la misma razón también deja de abrazar nuestra voluntad los bienes que se le ofrecen bajo el aspecto de males; así como otras veces abraza los males que se le ofrecen bajo el aspecto de bienes. Pues tampoco esta necesidad está descuidada por la naturaleza. Así como por el prisma de la recta razón natural, se reviste el bien honesto de los hermosos colores de la virtud, para que la voluntad lo acepte; así como por el estudio y la ciencia natural, adquieren las verdades del mismo orden la certeza y la evidencia necesarias para que el entendimiento las admita; así también la tierra, con el auxilio del calor y la humedad, desarrolla y perfecciona sus frutos, hasta presentarlos con todos los atractivos de la madurez, para que los sentidos los apetezcan; y cuando no puede llegar á tanto en algunos de sus productos, nos suministra esencias y aromas, para que por medio del arte, podamos adornarlos nosotros mismos de condiciones simpáticas á nuestra sensibilidad.

Pues vez aquí lo que ha conseguido el mismo Autor de la naturaleza en el orden sobrenatural de la gracia, conservando en el augusto Sacramento de la Eucaristía los accidentes de pan y vino después de desaparecer las substancias de vino y de pan; hacernos sensiblemente agradable la sunción del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, evitándonos la repugnancia que naturalmente nos inspiran la carne y la sangre humanas en su forma y accidentes naturales. Y esto sin que le costara más trabajo la conservación de dichos accidentes sin sus respectivas substancias, que el que le costó formar un cuerpo humano en el seno de la Virgen María sin obra ó concurso de varón; ó el que le costaría producir por sí mismo la luz sin necesidad del sol, ó los frutos con independencia de las plantas. Porque á la verdad, señores; ¿El que crió el sol y le dió la virtud de producir la luz, nó podrá producirla por sí mismo sin necesidad del sol? ¿El que crió los árboles y les dió la virtud de producir frutos, nó podrá producirlos por sí mismo sin necesidad del árbol? ¿El que crió las substancias y les dió la virtud de sostener los accidentes, nó podrá sostenerlos por sí mismo sin necesidad de las substancias? ¿Qué hay en todo esto de repugnan-

te, de imposible ó de absurdo? Ya lo véis, hermanos mios; nada, absolutamente nada, como tampoco lo hay en la transubstanciación ni en la multiplicación del cuerpo de Jesucristo. Todo lo contrario, señores; lo que hay aquí es mucho que admirar, mucho que adorar y mucho que agradecer. Aquí, en este adorable Sacramento, se guardan profundísimas y hermosas analogías con los procedimientos de la naturaleza. Aquí se revela una altísima é inescrutable sabiduría de la amorosa providencia sobrenatural. Aquí se ofrece á nuestras almas un alimento adecuado, abundante, seguro y agradable, por medio de una conversión sobrenatural pero posible, y de una multiplicación misteriosa, pero necesaria, y de una conservación excepcional, pero conveniente.

¿Qué resta, pues, hermanos mios? ¿Qué resta, pues, respetable Comunidad? Resta, amados oyentes mios, resta piadosas religiosas, que sepamos adorar la divinidad de la Eucaristía; que sepamos admirar la sublimidad de la Eucaristía; que sepamos amar la ternura de la Eucaristía; que sepamos aprovecharnos de la sagrada y angelical comida de la Eucaristía; para que nuestra vida sobrenatural se conserve, y se nutra y se robustezca, y se desarrolle y se eleve, y se aproxime cada vez más á la vida de los Angeles, y concluya por ser la vida eterna y dichosa de los bienaventurados en las mansiones de la gloria.

AMÉN.

LA SAGRADA EUCARISTÍA

Sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum.

Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo.

Ps. XLI, 3.

A. O.

Hay un problema que, en cierto modo, abraza y condensa todos los problemas; tal es el que plantea las relaciones del hombre con el universo y del universo con el hombre. Se busca en la agricultura el alimento del hombre, se procura en los oficios la utilidad del hombre; se pide á la industria y al comercio la comodidad, el ornato y la elegancia del hombre; se cultivan las bellas artes por el deleite del hombre; se persigue en las ciencias la ilustración del hombre, y se investiga en el Ser Supremo el origen, el fin y la bienaventuranza del hombre. Así convertimos al hombre en centro de las influencias universales, y apreciamos la importancia y dignidad de los demás seres por la mayor y más noble parte que cada uno toma en la grande obra de nuestro progresivo desarrollo. Por eso dice el sabio y profundo Lacordaire: «El hombre nace entre tres focos de la vida: la naturaleza, la humanidad y Dios..... En cuanto nace y se desarrolla está en relación necesaria con este triple foco por su inteligencia, por su corazón y por sus sentidos.» Conf. XXVI.

Lo que hay es que el hombre ni se conoce bien á sí mismo, ni conoce bien á los demás seres; no comprende ni toda la fuerza y harmonía de sus variadas aspiraciones, ni toda la extensión y eficacia de los objetos destinados á satisfacerlas, y por eso no siempre encuentra, ni la riqueza en la agricultura, ni la utilidad en el trabajo, ni la belleza en las artes, ni la verdad en las ciencias, ni la felicidad deseada en los bienes que al parecer se la ofrecían: por ignorancia unas veces y por flaqueza otras, tuerce y equivoca con harta frecuencia la dirección de las corrientes de su vida, y sufre mentidas ilusiones y desengaños crueles.

Otra cosa sucede cuando es Dios mismo quien se encarga de atender á nuestras necesidades y de urdir con sus propias manos la compleja y difícil trama de nuestra perfección. Infinitamente sabio é infinitamente poderoso, no hay vacío que se le oculte, ni hilo que se le escape, ni fuerza que se le resista: como Soberano Artífice de la Creación, combina todas las piezas de su complicado mecanismo con una exactitud maravillosa, produciendo en las criaturas, y muy especialmente en el hombre, aquel harmonioso equilibrio que se traduce en un variado y creciente bienestar. Ved aquí el admirable y nunca bien agradecido efecto de la Religión sobrenatural, obra directa é inmediata de Dios, sobre las almas dóciles á su bienhechora influencia: todos sus dogmas y todas sus prácticas encajan tan perfectamente en las diversas aptitudes de nuestra naturaleza, que negarles una cariñosa hospitalidad en nuestro espíritu equivale á renunciar al más sólido y elevado progreso.

Esto es lo que vamos á ver hoy, mediante la divina gracia, en el augusto y soberano misterio que estamos solemnizando: veremos como la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía corresponde á dos naturales é irresistibles tendencias de la humanidad; la tendencia á lo infinito y la tendencia á lo sensible. Con esto queda indicado el objeto y el orden de mi discurso.

Postrados ahora ante la real presencia de nuestro divino Salvador en el adorable Sacramento del altar, pidámosle inspiración y gracia, para que yo acierte á desarrollar mi pensamiento y vosotros á comprenderlo, de manera que todo redunde en honra y gloria de Dios y provecho de nuestras almas. Pongamos por intercesora á la Santísima Virgen saludándola con las palabras del Angel. **Ave María.**

Sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum.

Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo.

Ps. XLI, 3.

La tendencia del hombre á lo infinito y á todo lo divino es un hecho que no necesita demostrarse; basta enunciarlo para que se perciba y se crea, y se imponga con irresistible claridad á todos los entendimientos: palpita, se siente como importuno y punzador acicate, en todos los proyectos, en todas las empresas, en todas las instituciones y en todos los dominios de la actividad humana: puede decirse que es el impulso y la vida de la historia.

El afán de inmensidad ha convertido las grutas y las chozas en grandes edificios, las familias y las tribus en grandes pueblos, la tierra y el mar en grandes redes de comunicaciones internacionales, el vapor y la electricidad en potentes y rápidos motores, la luz y los cristales en armas poderosas para dominar los grandes horizontes de nuestro planeta y los grandes espectáculos del cielo. Y después de tanta grandeza, de tanta amplitud y de tanto espacio, nuestra alma se siente aún estrecha, cohibida, aprisionada, y grita con toda la fuerza de su vocación sublime; «*plus ultra*, adelante, más adelante, quiero más grandeza, más espacio, más amplitud;

necesito que se dilaten, que se borren, que desaparezcan los términos de los edificios y las fronteras de la naciones y las órbitas de los astros, y los límites del mundo.» Y es, hermanos mios, que el alma aspira á la inmensidad, que es lo infinito en la presencia, y la inmensidad sólo se encuentra en Dios, *sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum.*

El amor á la verdad ha llenado el mundo de exploradores, de escuelas y de libros; ha enriquecido el patrimonio intelectual con verdaderos y caudalosos rios de ilustración y de saber, que proceden de todos los manantiales del universo, y corren y se cruzan en todas direcciones, y llevan en sus aguas copiosas é interesantes noticias de Dios, de la naturaleza y del hombre, y fertilizan prodigiosamente todos los campos de la humana cultura con el precioso limo de fecundos y sorprendentes descubrimientos. Y después de beber en tan ricos manantiales, y recibir en su seno tan caudalosas corrientes, el alma tiene sed, y sed devoradora; y pide más ciencia, más ilustración, más verdad; y confiesa por la boca de los sabios más eminentes que, después de saber tanto, sólo sabe que ignora, que en el orden científico no pasa de la infancia; *quasi modo geniti infantes*, como dice San Pedro (I. Petr. II.); y desea con ánsia que aquellos rios se desborden por la inmensa capacidad de su insaciable entendimiento. Y es, hermanos mios, que nuestra alma aspira al océano de la ciencia, á la verdad infinita; y la verdad infinita sólo está en Dios.

El atractivo del bien, en todas sus formas, ha impulsado el movimiento de las artes y el desarrollo de las virtudes: las primeras han exprimido la materia, para hacerle dar toda lo que tiene de útil y agradable, poniendo á disposición de la vida humana todo un mar de comodidades y placeres: las segundas han explotado el espíritu hasta hacerle producir frutos tan sazonados, tan edificantes y tan ópimos, como la paz y el ejemplo de los justos, el valor de los héroes, la fecunda abnegación de los mártires, la transformación de la barbarie, la ilustración de la ignorancia, los triunfos de la fé y los milagros de la caridad. Y, en medio de aquel mar de bienes deleitables y de este piélago de bienes honestos, el hombre siente cada vez más el vacío de su corazón, y se convence de que aquí en la tierra, todo el valor de las riquezas aunque llegue á la opulencia, y todo el fausto de los honores, aunque llegue á la majestad, y todo el hechizo de los placeres, aunque frisen en

el delirio, y toda la satisfacción de la virtud, aunque alcance al éxtasis del amor divino, caen y se disipan como gotas de rocío en el abismo sin fondo de sus ardientes deseos. Y es que la creación entera, con ser tan grande, aún es pequeña para el corazón humano, que sólo se llena con el bien infinito, y no hay otro bien infinito más que Dios.

Otro aguijón que solicita nuestra voluntad con especial energía, es la idea del poder, del imperio y dominio sobre todos nuestros adversarios; es el deseo de la fuerza necesaria para resistir y triunfar en la forzosa lucha á que nos vemos condenados en la presente vida; lucha con nosotros mismos, lucha con nuestros semejantes, lucha con la naturaleza y lucha con el infierno; *Militia est vita hominis super terram*. En alas de aquella idea y de aquel deseo, el hombre ha logrado, hasta cierto punto, imponerse al tiempo y al espacio, utilizar y cohibir al fulminante rayo, prever y evitar el furor de las tormentas, reducir á su servicio una gran parte de las fuerzas de la naturaleza y del instinto de los animales, y, muchas veces, subyugar también sus más ardientes pasiones, dándonos el consolador espectáculo de esas grandes figuras que se levantan al nivel de la verdad y la justicia, de la abnegación y el heroismo. Pero ¡ay! hermanos mios; en este terreno preciso es confesar que nuestras derrotas son más frecuentes que nuestros triunfos, que la más vergonzosa debilidad tiñe de baldón y de ignominia muchísimas páginas de nuestra historia: y no hay duda de que el hombre quisiera haber tenido fuerza bastante para no suministrar esas páginas; como tampoco la hay de que protesta y se subleva y agota todos sus esfuerzos contra las demás resistencias de la naturaleza, y, sobre todo, contra el imperio de la muerte; pero aquí tiene que reconocer, no ya su debilidad, sino la más absoluta impotencia: y, como busca el alimento para dominar el hambre, y la medicina para vencer la enfermedad, busca también la omnipotencia, que es lo infinito en poder, para triunfar de todas las criaturas; y no hay otra omnipotencia más que la omnipotencia de Dios. *Sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum*, dice el real profeta; sedienta está mi alma de Dios fuerte y vivo.

Cuanto hemos dicho de esta humana tendencia á lo infinito, en la presencia, en la verdad, en el bien y en el poder, es igualmente notorio en orden á lo eterno y demás atributos divinos. Que lo confiese, pues, ó que lo niegue, que lo sienta ó no lo sienta, es un

hecho que el hombre tiende á lo infinito y, por consiguiente, á Dios, aún en la presente vida.

Mas ¿cómo satisfacer tan audaz y ambiciosa inclinación? ¡Ah! El hombre jamás hubiera sabido ni podido: abandonado á sí mismo, moveríase perennemente, como acorralado cervatillo, de un punto á otro del férreo valladar de su impotencia, para caer al fin rendido de inútil y desesperante fatiga. Pero Dios no se complace en atormentar á sus criaturas: cuando nos dá la capacidad ya sabe cómo y con qué llenarla. Claro es que cumplía más que sobradamente reservándolo todo para nuestra existencia ultramundana; pero el amor no admite treguas, y menos que todos el amor divino. Dios quiso dársenos desde luego y se nos dió, aunque para ello tuviera que agotar, digámoslo así, todos los recursos de su sabiduría y omnipotencia, inventando un modo y una forma acomodados á nuestra condición actual: y este modo y esta forma es el augusto Sacramento de la Eucaristía.

Sí, señores; ahí está de una manera inefable, pero real y positiva, el Verbo de Dios y Dios como el Padre: *et Deus erat Verbum.* Ahí está, por consiguiente, aquella inmensidad, donde brotaron todos los mundos y todos los espacios, y que trasciende á todos los espacios y á todos los mundos, y donde el alma, por mucho que extienda y remonte su vuelo, jamás encontrará fronteras que la detengan. Ahí está aquella verdad infinita, que, cual espejo sin límites, refleja fidelísimamente en todos sus detalles y con todas sus relaciones todos los séres, actos y movimientos del universo, y todos los universos posibles; aquella verdad, que abrió á los profetas el obscuro seno del porvenir, á los apóstoles y evangelistas los sublimes arcanos de la Divinidad y los más altos y trascendentales designios del Criador para con las criaturas, y á los padres y doctores de la Iglesia los más vastos y desconocidos horizontes de la investigación científica.

Ahí está de una manera inefable, pero real y positiva, aquel bien infinito, fuente y origen de todos los bienes, y por el cual sacrificaron los ángeles su orgullo, los patriarcas su hogar y sus riquezas, las vírgenes su hermosura, los confesores su razón y los mártires su vida; aquel bien que hacía alegre la soledad del ermitaño, expansiva la clausura del religioso, consoladores los sacrificios del penitente, y dulces los tormentos del martirio. Ahí está de una manera inefable, pero real y positiva, aquel poder omnipotente,

que, con un *hágase*, creó y puso de una vez para siempre en vertiginoso y contínuo movimiento, todos esos mundos que constituyen la creación sensible, y que serán el eterno campo de los más tentadores misterios y de los más curiosos problemas para los cultivadores de las ciencias naturales. Ahí está aquella fuerza insuperable, ante la cual tiemblan los montes, detiénense los mares, enmudecen los vientos y se rinde la muerte: ahí está aquel poder invisible, alma y nervio de la civilización cristiana, y el único que sabe hacer de los niños gigantes, de los corderos leones, de las frágiles cañas inquebrantables rocas, y de los incultos desiertos de la barbarie los florecientes jardines de la sociedad católica.

Sí, mis queridos hermanos; ahí está Dios mismo con toda la infinidad de sus atributos: y no sólo como un rey en su trono para escuchar y atender bondadosamente á nuestras necesidades y miserias, sinó también como un sagrado é inagotable depósito de refección espiritual, para satisfacer, en cuanto es posible en esta vida, esa hambre y sed de lo infinito que se revela en todas nuestras aspiraciones; para dejarse comer por nosotros y servirnos de divino alimento: y ésto, no con el fin de asimilarse á nosotros, como sucede con los alimentos naturales, sinó al contrario, para asimilarnos á Él, para hacernos participar de una manera más directa, inmediata y sublime, de su inmensidad, de su sabiduría, de su bien, de su poder y de su propia vida: *qui manducat me et ipse vivet propter me:* Joan. VI: en una palabra, señores, para divinizarnos. ¡Ah! ¿Y dónde hallaremos gratitud bastante para tan soberano beneficio? ¿Y cómo explicar la indiferencia y el desprecio de muchos para este adorable Sacramento? Comprendamos, mis queridos oyentes, comprendamos de una vez para siempre la necesidad de apreciarlo, de reverenciarlo, de adorarlo y recibirlo dignamente y con alguna frecuencia, para calmar esa ansiedad, esa pasión por lo divino, que late en el fondo de nuestra naturaleza.

Mas ¿en qué forma y modo se presenta y se nos dá el Dios-Hombre, el divino Jesús, en la Sagrada Eucaristía? Pues oculto y anonadado bajo la reducida forma sensible de las especies de pan y vino. Ved aquí una nueva relación harmoniosa del Sacramento del Altar con otra tendencia natural del hombre, la tendencia á las formas sensibles. Compuesto, como lo es, de espíritu y materia, de inteligencia y sentidos, el hombre busca en todas las cosas el íntimo consorcio de estos dos elementos, lo inmaterial y lo material, lo

inteligible y lo sensible. Los conceptos más abstractos, los principios y las leyes más generales, las teorías más comprensivas y elevadas, han de suministrársele bajo la material envoltura de la palabra: sin este auxilio la ciencia sería incomunicable; y la inanición intelectual, la más desconsoladora ignorancia sería el obscuro patrimonio de nuestras almas. Los ideales artísticos más puros, más sublimes y más divinos, han de exhibírsele á través de los sonidos de una orquesta, de las pinceladas de un lienzo, de las líneas de una estátua, ó de las formas y proporciones de un templo: sin ésto, nadie más que sus respectivos autores, y aún éstos á medias, disfrutaría de las admirables creaciones artísticas de Dante y Milton, de Montañés y Velázquez, de Eslava y Bethooven, de Rafael y Murillo.

Por eso la naturaleza física observa el mismo procedimiento en sus relaciones con nosotros. Todas sus fuerzas y todas sus leyes, que en sí mismas son inaccesibles á los sentidos, aparecen revestidas de fenómenos sensibles. La gravitación universal se revela en los movimientos mecánicos de los cuerpos, la electricidad en el fulgor de una chispa, el magnetismo en la oscilación de una aguja. La vida nos anuncia su risueña y deseada aparición en el teatro del mundo por los movimientos orgánicos de las plantas, los encantos de su hermosura por la corola de las flores, las riquezas de su fecundidad por la abundancia de los frutos, y las maravillas del instinto por las obras y productos de los animales. Y aquí, señores, ocurre una circunstancia muy atendible para nuestro objeto. Cuando la expresión fenomenal de las fuerzas naturales ostenta proporciones desmesuradas, aspecto majestuoso y tendencias agresivas; cuando parece que allí asoma un poder ingente, vengador y despótico, entonces, en vez de agradar impone, en vez de atraer repele, en vez de inspirar confianza sólo infunde terror y espanto. Señores, ¿quién no huye, hasta ganar un asilo, ó, por lo menos, una respetable distancia, del mónstruo que brama, del río que se desborda, de la tempestad que se cierne y se despliega sobre el horizonte, y del volcán que conmueve las entrañas de la tierra y vomita nubes de enrojecida lava? Por el contrario, cuando los fenómenos se presentan encerrados en estrechos límites y con bien marcadas y visibles proporciones; cuando por doquiera que se les mire no descubren más que sencillez, debilidad y ternura; cuando lejos de hacer ruidosos alardes de imposición y de fuerza, parece

más bien que reclaman nuestra protección y simpatía, ¡ah! entonces nos agradan, nos cautivan, nos atraen, nos mueven á tratarlos con toda confianza y con íntima franqueza. ¿Quién no recuerda la dulce y tranquila satisfacción, el plácido anhelo con que, más de una vez, nos dejamos llevar de los naturales atractivos de una fuente escondida en la espesura, de una fruta pendiente del árbol, de una flor balanceada por la brisa, ó de un pajarillo anidado en la enramada? Y, no obstante, ese pajarillo, esa flor, esa fruta y esa fuente, con ser unas formas tan pequeñas y tan débiles, nos revelan toda la grandeza de los atributos divinos, la providencia, la sabiduría y el poder de Dios, como pueden hacerlo los más formidables espectáculos del mundo.

Ahora, señores, me parece que vosotros adivinais todo lo demás, y que vuestras propias inteligencias, abandonadas al impulso que acaban de recibir con las observaciones precedentes, llevarían á feliz término mi discurso, aunque yo cerrase desde ahora mis labios. Sí, yo creo que en este momento estais diciendo todos en vuestro interior: Ya comprendemos toda la razón de la Eucaristía, por más que no penetremos su esencia, como comprendemos toda la razón de la luz, por más que aún esté subjúdice la explicación de su naturaleza. Ya sabemos que Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero, está ahí bajo las especies sencillas de pan y vino, para satisfacer una inclinación y una necesidad de nuestra naturaleza; la inclinación á las formas sensibles, y la necesidad de que todo cuanto se ofrezca de alimento á nuestras almas, aunque sea lo más espiritual y lo más divino, ha de estar rebozado con materiales especies. Ya sabemos que nuestro divino Salvador ha elegido esas formas tan estrechas, comunes y deleznables, para deponer ante nosotros todo aparato de majestad, de grandeza y poderío, todo germen de temor, de repulsión y de apatía, para inspirarnos confianza y familiaridad en su trato, y libertad y gusto en su participación. Ya sabemos que los impugnadores de la verdad consoladora de este incomparable misterio ni conocen á Dios ni conocen al hombre, ni han comprendido la omnipotencia del amor, ni han profundizado el abismo de nuestras necesidades.

Sí, señores; esto habreis dicho y con sobrada razón; estais en lo cierto. Esa pequeñez sensible, que aparece en el Sacramento Eucarístico, no es más que un ingenioso artificio del amor divino, para facilitar el dulce y santo himeneo del alma con la Divinidad,

para introducirnos sin sentir por la trivial y ancha puerta del olor, color y sabor de pan y de vino, en los inefables aromas, bellezas y dulzuras de la vida divina: para trasladarnos suavemente y como por la mano, de la fragilidad é inconstancia de esos efímeros accidentes á la estabilidad y firmeza que se respira en los tabernáculos del Señor: *Qui manducat hunc panem vivet in eternum*: el que come de este pan vivirá eternamente; á esa estabilidad y firmeza, que dá valor á las almas para desafiar el tumulto de las pasiones, la inminencia de los peligros, la crueldad de los tiranos, la ambición de los poderosos y los asaltos del error en todas sus formas, haciendo inexpugnable el alcazar de la verdad y conservando enhiesta é inmaculada la bandera de la virtud y del honor, de la justicia y de la gloria.

Aprovechémonos, pues, mis queridos hermanos, de esa fuente de vida eterna, de esa fortaleza invencible, de ese fruto divino; y viviremos vida de Dios, y pelearemos con armas de Dios, y venceremos con el poder de Dios, y después de poseer aquí lo infinito bajo una forma sensible, llegaremos á poseerlo de un modo perfecto y gloriosísimo por toda la eternidad en la vida futura, que á todos deseo.

AMÉN.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Et cum hæc dixisset, videntibus illis, elevatus est.

Y después que les habló de este modo, á vista de ellos se subió al Cielo.

Act. Apost. I, 9.

A. O.

Los dogmas del Catolicismo son misteriosos, pero están muy lejos de ser increibles. Parece á primera vista que pugnan con las luces de la razón y con las leyes de la naturaleza; pero bien estudiados, por más que no puedan ser bien comprendidos, tórnanse en poderosos auxiliares de aquella facultad ingénita y en nuevos y más altos reflejos del orden natural de las cosas; como si cada misterio religioso tuviera la misión de confirmar y transfigurar una ley de la naturaleza. Y esto es lo que veremos hoy, Dios mediante, en el glorioso misterio de la Ascensión.

Dícenos la experiencia que todos los agentes naturales proceden de lo más imperfecto y rudimentario á lo más acabado y

perfecto, hasta llegar á un acto supremo y último en su respectivo desarrollo, en que expresan la mayor virtualidad de su ser, la mayor expansión de su fuerza y el mayor brillo de sus perfecciones. Las primeras formas de la materia inorgánica empezaron por el confuso y tenebroso cáos, y concluyeron por las magníficas y refulgentes esferas de los astros. La vida, que en sus primeros pasos apenas se distingue de las fuerzas físicas y químicas de la materia, termina en la producción del maravilloso y nunca bien ponderado fruto. El instinto tiene igualmente sus actos supremos, limitándose después á reproducirlos, pero sin separarlos: tales son, entre otros, la tela de la araña, el panal de las abejas, el capullo de la seda, las construcciones del castor y los nidos de las aves. Por fin, una obra maestra representa el último esfuerzo y condensa todo el valer de un artista ó de un sabio; las demás que salgan del mismo pincel ó de la misma pluma, ó descienden ó á lo sumo la igualan, pero no la superan.

Así también, el divino Jesús reservó para el último acto de su misión salvadora la síntesis más brillante de su poder y de su gloria y el complemento más satisfactorio de nuestra deseada redención; y este acto es el de su gloriosa Ascensión á la diestra de su eterno Padre. En él resplandecen con más energía y majestad que nunca los relevantes títulos que al Mesías atribuyen las Sagradas Letras: en él alcanzan el último y supremo grado de su perfección y desarrollo las funciones anejas á dichos títulos. Dos aspectos que expondremos simultáneamente, porque son inseparables: y ya sabeis cual es el objeto de vuestra atención y de mi discurso. Imploremos ahora los auxilios de la divina gracia por la intercesión de la Santísima Virgen, saludándola con el Angel: Ave-María.

Et cum hæc dixisset, videntibus illis elevatus est.

Y después que les habló de este modo, á vista de ellos se subió al Cielo.

Act. Apost. 1, 9.

A. O.

Los títulos principales que al Mesías adjudican los Libros Santos, son los siguientes: Cabeza de los hombres y de los ángeles, Rey de los cielos y de la tierra, Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, Mediador entre Dios y los hombres, Redentor de la humanidad y Juez Supremo de vivos y muertos.

Corresponde á la cabeza influir en todos los miembros del cuerpo, como corresponde á la raiz influir en todas las ramas del árbol, y Jesucristo, como Cabeza de los hombres, había influido en nuestras almas y en nuestros cuerpos: en las almas, con la luz de su celestial doctrina, con el rocío de su vivificante gracia, con el ejemplo de sus heróicas virtudes, con el estímulo de sus consoladoras promesas y con el freno de sus aterradoras amenazas: en los cuerpos, con gran abundancia de beneficios temporales como la conversión del agua en vino en las bodas de Caná, la multiplicación de los panes y los peces, la curación de toda clase de enfer-

mos y la resurrección de varios muertos. Pero esta influencia distaba mucho de ser completa y adecuada: los hombres seguían expuestos al hambre y á la sed, á los dolores y las penas, á las enfermedades y á la muerte; porque los miembros no pueden estar sobre la cabeza, y ésta se encontraba también sometida, aunque voluntariamente, al imperio de las necesidades físicas, á todo género de persecuciones y de injurias, á los dolores del sacrificio y á las agonías de la muerte; es decir que no influía con su gloria, ni en sí mismo, en cuanto á la parte inferior de su propia naturaleza humana, ni mucho menos en la naturaleza de los demás hombres. Pero hoy, en el acto supremo de su Ascensión, ¡ah! hermanos míos, hoy rompe aquellos diques que contenían el océano de su gloria personal allá en las alturas intelectuales de su alma, y la comunica á todos los sentidos y miembros de su cuerpo, y la trasmite de hecho á todas las almas de los justos que esperaban en el Seno de Abraham, y de derecho á las almas y á los cuerpos de todos los hombres que quieran aprovecharse de la influencia de su gloria, después de haberse aprovechado de la influencia de su gracia; y de esta manera el divino Jesús, inaccesible ya á todos los asaltos del mundo y del infierno, sustraido para siempre á la mortificante savia del dolor que circula por todas las venas de la descendencia adamítica, victorioso de la corrupción y de la muerte, y radiante de divinos resplandores en toda su sacrosanta Humanidad, aparece hoy al frente de los hombres con más esplendor que nunca, con todo el esplendor de su inmensa gloria: y los hombres, influídos por Jesús, adquieren hoy el fruto máximo de su costosa redención, el más preciado de todos los derechos, el derecho á participar un día y por toda la eternidad de la gloria de su divina cabeza: *Ascensio Domini glorificatio nostra*, dice San Agustín: la Ascensión del Señor es nuestra glorificación.

Como Cabeza de los ángeles, Jesucristo había sido anunciado en Nazareth por el primero de los mensajeros celestes; alabado en su pobre nacimiento por espíritus mil que llenaban el aire con sus melodiosos cantos; asistido en la soledad del desierto por angelicales ministros, que abandonando sus altas y esplendorosas sillas, bajaron á la tierra para servir al divino Redentor, que acababa de derrotar á Luzbel en tres arreciados combates; y honrado por fin en su sepulcro por aquellos celestiales mancebos, que deslumbraban con su blanco y resplandeciente ropage y atestiguaron su glo-

riosa Resurrección. Pero al mismo tiempo, como si fuera dependiente de las angélicas jerarquías, vemos que huye á Egipto por orden y disposición de un ángel; que un ángel le fortalece en la congojosa oración del Huerto, y que está bajo todos los ángeles la región de su mortal existencia. Mas hoy, desplegando con sublimidad inaudita el vigor irresistible de su omnipotencia, parte de este hondo y mísero destierro, valle de sentidos lamentos, teatro de vicisitudes no interrumpidas, campo de prolongada lucha y mansión de inenarrables miserias, para subir en alas de los vientos sobre la atmósfera que nos rodea, sobre el sol que nos alumbra, sobre el firmamento que nos asombra, y sobre las estrellas más altas que iluminan el firmamento, y sobre los ángeles, arcángeles y principados, y sobre las potestades, virtudes y dominaciones, y sobre los tronos, querubines y serafines, hasta colocarse en lo más alto del Cielo, patria de cántico y de paz, de eternidad y de dulzura: *Ascendit super Querubim, volavit super pennas ventorum:* Ps. XVII, 11. Allí, sin necesitar el auxilio ni la fortaleza de los ángeles, porque Él es el Fuerte por excelencia y el dispensador de todos los beneficios, completa en cierto modo la felicidad de aquellos bienaventurados espíritus con el sublime espectáculo de su Humanidad gloriosa; porque sus esclarecidas dotes, aquella impasibilidad y sutileza que compiten con los más puros é impasibles espíritus, aquella agilidad que sobrepuja á la misma velocidad del rayo, y aquella claridad que supera á la claridad de todos los astros, campean con su admirable hermosura por toda la inmensidad de los Cielos, aumentando, si así puede decirse, la belleza de la Santa Sión.

Como Rey de los cielos y la tierra, vió á su entrada en el mundo, desde el humilde solio de Belén, rendidas á sus infantiles plantas las diademas de los potentados, y sostenida su corona por espíritus celestiales: mandó que los cielos se abriesen y se eclipsaran las estrellas, y los cielos se rasgaron cuando se bautizó en el Jordán, y cuando pendía de la Cruz el sol retiró sus rayos: mandó á la tierra temblar y á las aguas sostenerle y á las tempestades calmarse; y las tempestades y las aguas y la tierra obedecieron ciegamente su imperioso mandato. Pero al mismo tiempo se mostró sujeto á las potestades de la tierra, temeroso de un pérfido monarca, obediente á un pobre artesano, súbdito tributario del Cesar, preso por un ingrato discípulo y víctima de las más débiles criaturas. Mas

hoy, Señor de todas las criaturas sin apariencias de esclavitud, conquistador de todos los tronos sin sombra de vasallaje, y dominador de todos los elementos sin sentir su nociva influencia, y autor de todas las leyes que rigen el universo, suspende en favor de su cuerpo glorioso aquella ley universal que sustenta los edificios, mantiene en equilibrio los más encumbrados montes y hace caer al suelo la piedra suspendida en el aire: manda á las nubes que le sirvan de trono, y á los ángeles que le escolten, y á los hombres que le adoren: y adorado por los hombres, y escoltado por los ángeles y entronizado en las nubes, asciende á la diestra de su Eterno Padre á ocupar el trono que está sobre todos los tronos, á empuñar el cetro que humilla todos los cetros y á ceñir la corona que eclipsa las coronas todas; porque hoy entra en pacífica posesión de un reino universal é indestructible, que se extiende en la tierra de polo á polo: *Possesionem tuam terminos terræ*, y en el Cielo tanto como la misma gloria: *Iste est Rex gloriæ,* y en la duración tanto como la eternidad: *et regni ejus non erit finis.*

Como Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, Jesucristo elevó frecuentemente por nosotros al trono de su eterno Padre el suavísimo incienso de sus fervientes plegarias y la mirra de sus acerbos sufrimientos: oró, entre otras ocasiones, en el monte antes de elegir á los doce apóstoles, en Betania junto al sepulcro de Lázaro, en Jerusalén después de la memorable Cena, en el Huerto antes de su Pasión y en la Cruz momentos antes de espirar. Ofreció también en expiación por nuestros pecados todas sus penas y humillaciones, desde la primera lágrima que vertiera en Belén hasta la última gota de sangre que derramó en el Calvario. Víctima de su dignidad sacerdotal y sacrificador de sí mismo, se inmoló primero en el Cenáculo de una manera incruenta bajo las especies de pan y vino, y acabó después su inmortal existencia con el cruento sacrificio de su vida en el afrentoso madero. Pero sus oraciones iban humedecidas con sus lágrimas, y sus sacrificios estaban rociados con su propia sangre, y faltaba además que el Sumo Sacerdote penetrase en el *Sancta Sanctorum.* Pues hoy es cuando aquel divino Pontífice, después de haber consumado en el Gólgota el sangriento sacrificio de su muerte, purificado ya con su resurrección de todas las miserias de la mortalidad, y vestido con el majestuoso manto de su gloria, y ceñida su sagrada frente con la tiara de su eterno pontificado, pasa á consumar su sacerdocio,

no á un deleznable santuario de creación artística, sinó al Santuario indestructible del Cielo, obra de la omnipotente diestra: *non in manufacta Sancta Jesus intravit, sed in ipsum Cœlum* (Ap. ad Heb.); no para reproducir anualmente la trágica escena del Calvario, *neque ut sœpe offerat semetipsum*, sinó para aplicarnos desde allí los inmensos frutos de aquella oblación sangrienta; no para rogar padeciendo y para padecer llorando, sinó para ofrecer incesantemente con su presencia á la diestra de Dios Padre sus pasadas lágrimas y crueles padecimientos, como la más eficáz y poderosa intercesión para con nosotros: *ut appareat nunc vultui Dei pro nobis:* Hebr. IX, 24.

Como Mediador entre Dios y los hombres, había descendido el Verbo del seno de su eterno Padre al seno de una pobre Virgen para vivir entre los mortales, y hoy lleva consigo á los mortales para que vivan al lado del Altísimo: había disipado con el soplo irresistible de sus méritos la densa nube de la culpa, que impedía llegasen á nosotros las compasivas miradas del Omnipotente; y hoy va á enviarnos en copiosa y apacible lluvia los preciosos carismas de su gracia con la misión del Espíritu Santo: *si autem abiero mitam eum ad vos*: había roto con su descenso las cadenas que unían á la tierra con el abismo, y hoy reanuda con su Ascensión las que existir debían entre el Cielo y la tierra.

Como Redentor de la humanidad, había satisfecho por nosotros á la divina justicia con sus infinitos merecimientos, había roto con su muerte el pesado yugo de nuestra esclavitud, había borrado con su sangre el decreto de nuestra condenación, había sujetado en los abismos al tirano que nos oprimía en la tierra, y á la muerte, que enseñoreada de todos los hombres paseábase orgullosa con su ineludible guadaña por todos los ámbitos del mundo, ora subiendo á los tronos para hacer víctimas suyas á los reyes, ora bajando á las chozas para ensañarse en los humildes, ora cerniendo sus negras alas sobre la misma cabeza del Dios-Hombre, á la muerte misma, repito, con todo su poderío, la había vencido también con su resurrección triunfante. Mas hoy cumple el último cargo que envuelve el título de Redentor. Puesto en Getsemaní, viendo al infierno rendido á sus plantas y el cielo abierto sobre su cabeza, convoca en torno suyo la innumerable muchedumbre de ilustres cautivos que sacara del Limbo de los justos, y haciéndoles participantes de sus gloriosas dotes, llévalos consigo hasta introducirlos en nuestra ver-

dadera patria: *Ascendens in altum captivam duxit captivitatem*: las fronteras antes inaccesibles de la eternidad dichosa, humilláronse ante el divino Enmanuel, que las salvó con la rapidéz del rayo, y quedaron accesibles para siempre á todos los descendientes de Adán, *vado parare vobis locum.*

Por último, como Juez de los vivos y los muertos, perdonó el divino Jesús los pecados al paralítico, santificó á la Magdalena, absolvió á la mujer adúltera y salvó al buen ladrón; pero al mismo tiempo le vimos juzgado y sacrílegamente proscripto por un tribunal compuesto de magistrados infames: mas hoy elevado sobre todos los tribunales y sobre todos los asaltos de la iniquidad, va á sentarse en el augusto y eterno Tribunal de la justicia divina, donde con la más escrupulosa rectitud y con inapelable sentencia juzgará á todos los hombres y fallará sobre nuestro destino: *Ipse constitutus est á Deo judex vivorum et mortuarum:* Act. X, 42.

Y con ésto, Excelentísimo Señor, queda tejida, aunque por inexperta mano, la corona gloriosa que el misterio de la Ascensión forma en torno del divino Jesús, exhibiendo en el grado sumo de su perfección y brillantez los honrosos títulos y las gravísimas funciones inherentes á su misión salvadora. Le hemos visto, como Cabeza de los hombres y de los ángeles, llegar al colmo de su influencia en los ángeles y en los hombres; como Rey de los cielos y la tierra, entronizarse en lo más alto del Cielo y empuñar el cetro de su universal poderío; como Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, penetrar en el eterno Santuario, do no hay más luz que la luz de la gloria, ni más incienso que las divinas alabanzas, ni más cántico que el de los coros angélicos: como Mediador entre Dios y los hombres, derribar el muro de división que había entre el Cielo y la tierra, y alcanzar para los hombres el misericordioso abrazo de su Padre celestial: como Redentor de la humanidad, entrar triunfante con los redimidos esclavos, ilustres despojos de sus victorias, en la patria de los verdaderos hijos; y como Juez de los vivos y los muertos, sentarse en el Tribunal soberano y empuñar la inflexible vara de la justicia divina. A la vez que todo ésto y por una consecuencia necesaria, vimos también al hombre, unido por la gloria á su divina Cabeza, y trasladado de la penosa esclavitud de Luzbel á la suave servidumbre del Altísimo, y apoyado constantemente por la intercesión poderosa del eterno Sacerdote, y restituído á la gracia del Padre por la eficací-

sima mediación del Hijo, y rescatado y devuelto á su verdadera patria por la generosidad del Redentor divino.

Ahora bien, hermanos míos; este sublime espectáculo de la Ascensión del Señor, tan glorioso para Jesús como consolador para nosotros, no puede ser dignamente correspondido con una admiración estéril y con un frío recuerdo. En el hombre hay también un acto supremo, decisivo, irreiterable, del cual depende nuestro ulterior y sempiterno destino, ó feliz ó desgraciado: tal es el acto de pasar de esta vida á la otra, del tiempo á la eternidad. Entonces debe mostrar el hombre ante los ojos de Dios, con la mayor abundancia, perfección y lucimiento que le sea posible, todos los frutos de sus potencias, todas las virtudes de su alma, todos los méritos de su vida, todos los progresos que haya hecho en el conocimiento de Dios, para lo cual le dió la razón, y en el amor de Dios, para lo cual le dió la voluntad, y en el servicio de Dios, para lo cual le dió también todos los dones de la naturaleza y de la gracia. Porque no basta, mis queridos oyentes, no basta haber estudiado mucho ni haber trabajado mucho en esta vida, si en ese trabajo y en ese estudio se ha prescindido de Dios: no basta, no, en la hora de la muerte, presentar radiantes de humanos y temporales resplandores los títulos de gran filósofo, de gran abogado, de gran industrial, de gran ingeniero ó de gran artista; lo que entonces importa es lucir las credenciales de gran santo. Bueno es, sí, muy bueno y laudable y meritorio, perfeccionar nuestra naturaleza con todo el progreso de las ciencias y las artes, de la industria y del comercio; pero á condición de que ese progreso sea informado por la virtud y enaltecido por la santidad, y que aquellos elementos de cultura se conviertan en medios de adelantar más y más en el conocimiento y el amor de Dios y de hacer que cada día aparezca más puro, más refulgente y más glorioso nuestro título de cristianos. Sí, hermanos mios, el título de cristianos es el que debe descollar en toda nuestra vida, y muy especialmente al fin de nuestra terrenal existencia; es el que entonces debe resplandecer con más brillo, con más esplendor y con más gloria que nunca; y ese brillo, ese esplendor y esa gloria solo pueden ser efecto de las obras cristianas que lo acrediten y le acompañen.

Hay, pues, que imitar á Cristo, mis queridos oyentes, si queremos hacer glorioso nuestro título de cristianos. Los grandes héroes que surgen en el seno de las generaciones, y más que todos

el Héroe divino exaltado en Getsemaní, no vienen solo para asombrar al mundo con sus proezas, vienen también y muy principalmente para estimularnos á los sacrificios del combate con la grandeza de sus triunfos. Luego, si hemos de seguir á Jesucristo en la gloria de su Ascensión, preciso es que antes le sigamos en sus profundas humillaciones, por las que mereció ser glorificado: *Humiliavit semetipsum... propter quod Deus exaltavit illum.* Ap. ad Philit. II, 8 y 9: preciso es que pasemos de la ciudad bulliciosa de los placeres al solitario desierto de las privaciones. Para seguir al divino Elías de Getsemaní al Empíreo, seguirle debemos antes de Getsemaní al Calvario, llevando á semejanza suya la cruz de la mortificación y el sacrificio: *Hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam:* (Luc. XXIV, 26): Fué necesario que Cristo padeciera todo lo que padeció para ser glorificado como lo fué. Y nosotros, miserables pecadores, ¿pretendemos conseguir por menor precio lo que el Justo de los justos consiguió á tanta costa? ¡Ah! vana pretensión, hermanos mios: oigamos al Espíritu Santo que nos dice: *Non coronabitur nisi qui legitime certaverit;* no ceñiremos los laureles del triunfo, sin que antes empuñemos la palma de la victoria: no entraremos en la patria celestial de los héroes, sin que antes mostremos las cicatrices del combate. Jesucristo nos abrió las puertas del Cielo y nos enseñó el camino: á nosotros toca andar ese camino para llegar á aquel término: nos habilitó para el mérito y nos ayuda á merecer con su divina gracia, pero sin eximirnos de la cooperación y del trabajo. Salgamos, pues, desde hoy mismo de nuestra criminal indiferencia; y alentados con el edificante ejemplo de nuestro Salvador y con los poderosos auxilios que nos dispensa, animémonos al combate y esforcémonos para alcanzar la victoria, que indudablemente será nuestra si somos fieles y constantes en servirle: sigamos en esta vida sus ensangrentadas huellas y le seguiremos también después de la muerte hasta la celestial Sión, donde ceñiremos la inmarcesible corona de la gloria, que á todos deseo.

AMÉN.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

COMO DOGMA

Tota pulchra es amica mea, et macula non est in te.

Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay en tí mancha alguna.

Cant. Cántic. IV, 7.

A. O.

Como hay en la naturaleza fenómenos para herir todas las fibras de nuestra sensibilidad, hay en la Religión misterios para excitar todos los afectos de nuestro espíritu. Unos son admirables océanos de grandeza como la Creación; otros, terroríficas erupciones de la justicia divina, como el Juicio final: estos representan un campo de exhuberante fecundidad, nunca bien agradecida, en todo género de frutos y beneficios, como la Redención: aquellos parecen canales que llevan á nuestras almas corrientes de salud y de vida, de consuelo y esperanzas como los Sacramentos: nos brindan algunos con todas las delicias, gozos y expansiones de un espléndido y celestial banquete, como la Eucaristía: pero hay uno destinado especialmente á depurar, extender y levantar el sentimiento de la belleza; como que reune, condensa

y sobrepuja cuanto hay de más hermoso en los reflejos de la aurora, en los matices de las flores, en la cristalina diafanidad de la fuente, en las graciosas evoluciones del arroyo, en el trémulo fulgor de las estrellas, en el nítido azul del firmamento, en todos los paisajes de la tierra y en todas las maravillas del cielo: tal es el misterio de la Inmaculada Concepción de María: *Tota pulchra est amica mea, et macula non est in te.* Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay en tí mancha alguna. Por eso la definición dogmática de esta verdad no fué recibida solo con la adhesión de nuestro entendimiento, fué saludada también con el entusiasmo de nuestros corazones; y ciudades, pueblos y aldeas, y oradores, poetas y artistas, rivalizaron respectivamente en el esplendor de sus funciones, en las galas de su oratoria, en la melodía de sus cantos y en el primor de sus dibujos.

Muchos son los aspectos bajo los cuales puede ser considerado este misterio; pero ante todo conviene mirarlo como un dogma, como una verdad, sobrenatural y misteriosa, sí, pero que no repugna, antes bien se harmoniza con el orden natural de las cosas; y esto es lo que hoy me propongo demostraros. Seré muy breve y para que no resulte poco y malo, ayudadme á implorar los auxilios de la divina gracia, por la intercesión de la Inmaculada Virgen, á quien saludamos diciendo: Ave-María.

Tota pulchra es amica mea, et macula non est in te.

Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay en tí mancha alguna.

Cant. Cántic. IV, 7.

A. O.

BASTA una ligera observación para percibir en los orígenes primitivos de todas las cosas la sencilléz y la pureza. Comienza la obra de la Creación, según la teoría científica dominante, por una nebulosa homogénea, es decir, pura. Las primeras formas substanciales de la materia inorgánica corresponden á los cuerpos químicamente simples, esto es, puros. También eran puros, como salidos de las manos de Dios, los primeros albores de la vida, que dieron origen en nuestro planeta á los dos reinos vegetal y animal. Y purísimo era sobre todo, aquel soplo divino, que infundió en nuestro primer padre el aliento y la vida, la razón y la libertad, el cetro y la corona sobre todas las demás criaturas sensibles.

Y se comprende. Lo más puro, lo más simple es también lo más universal, lo más fecundo; y los primeros principios de la realidad, como los principios del conocimiento, deben estar caracterizados por una fecundidad inagotable, puesto que han de contener potencial ó virtualmente, como en germen, todos los seres de su respectiva especie que se sucedan en el rodar incesante de los

siglos. La nebulosa primitiva contenía en potencia todos los mundos que han llegado á dominar el espacio. Las pocas docenas de cuerpos simples que se conocen, han tenido y conservan virtud bastante para producir, con sus múltiples combinaciones, la incalculable variedad y riqueza que atesora el reino mineral; como la combinación de un escaso número de letras ha bastado para formar todas las palabras y todas las lenguas que puede pronunciar el hombre. Lo mismo debe decirse de los primeros tipos de los vivientes, tanto vegetales como animales, en cuanto á todos los individuos de su respectiva especie que han poblado y siguen poblando nuestro globo; por eso dice Santo Tomás: los individuos que ahora nacen, preexistieron en aquellos seis días, no tanto en razón de la materia de sus cuerpos como en razón de las causas, en los primeros individuos de sus especies.» (1)

Notemos ahora, hermanos mios, que la Virgen María era el principio de un orden de cosas completamente extraordinario. Una nueva creación, mucho más excelsa que la primera, proponíanse realizar de consuno la omnipotencia, la sabiduría y el amor divinos; y María era la destinada en los eternos consejos para ser como la nebulosa, ó la materia prima, si se quiere, de esta nueva creación. En ella había de incubarse y de ella había de salir el divino Sol de justicia, generador á su vez, con la virtud omnipotente de su palabra y de su gracia, de todos los demás astros constitutivos del sistema de la Iglesia, cuales son los Apóstoles y sus legítimos sucesores.

Al lado de esta especie de formación cósmica, sobrenatural é inefable, figuraba también en el plan divino una especie de formación universal del mismo orden, y muy superior á la física por la abundancia, riqueza, brillo y estabilidad de sus productos. Aquella profusión de piedras y metales preciosos, que el inspirado autor del Apocalipsis vió fulgurar y resplandecer en los fundamentos, en los muros, en las puertas, en las torres y en las calles y plazas de la Jerusalén celestial, representan las virtudes de todos los santos, obscuras y menospreciadas quizá en este mundo, pero brillantes y soberanamente recompensadas en el otro. Mas el venero de estas imponderables joyas, que con tantos y tan hermosos matices habían de adornar las almas de los justos, está en los méritos y en

(1) Summ. Th. I. p. q. LXXIII, a. 3.

la gracia del Salvador, apropiados y asimilados en la conciencia de cada uno por la cooperación de su libre voluntad; y el Salvador había de nacer de María.

Tratábase igualmente, en esta colosal y restauradora empresa, de plantar y cultivar en la tierra, entre los hombres, los celestiales gérmenes de la vida sobrenatural: de esa vida que partiendo de dos sencillas cuanto vigorosas raíces, la fé y la caridad, llega por su expansión y desenvolvimiento á tocar con sus ramas, con sus flores y con sus frutos, en los últimos confines de la tierra, y en lo más alto de los cielos: de esa vida, que con su incomparable fecundidad, ha llenado á la Iglesia de fieles, de triunfos, de instituciones y de gloria; á la sociedad, de héroes; á las familias, de paz; á los individuos, de merecimientos y consuelos, y al cielo, de Santos. Pues esa vida radica en Jesucristo, que se llamó á sí mismo *la vida*; y Jesucristo á su vez radica en María, de cuyo seno virginal brotó.

Si, pues, los primeros principios de los cuerpos son puros, en cuanto puede serlo la materia: si pura fué la aurora de la vida vegetal y animal, idónea sólo para producir seres y frutos corruptibles: si fué purísimo como el hálito de Dios el principio vital del primer hombre, destinado por el favor divino á ser padre de santos y herederos del cielo, por más que desgraciadamente y por su culpa se convirtió en padre de pecadores; parece muy puesto en razón que sea purísimo é inmaculado sobre todos los demás, el principio, el origen, la concepción de la Virgen María, ya que esta privilegiada Señora era el principio de una segunda creación mucho más excelente que la primera, y de una vida espiritual y sobrenatural, fecundísima en toda suerte de obras y frutos incorruptibles, y que estaba destinada á ser Madre, no simplemente de santos y herederos del cielo, sinó del Santo de los santos, del Autor mismo de la santidad y de la gloria.

Es verdad que para esto había que interceptar una corriente, la corriente del pecado original. ¿Y qué? ¿No se intercepta una corriente eléctrica con aisladores de vidrio? ¿No se ataja una corriente húmeda interponiendo substancias impermeables? ¿Y lo qué es fácil á las criaturas en el orden natural, será difícil é imposible en el orden sobrenatural al Autor mismo de las criaturas y de aquellos dos órdenes de providencia? En nuestro caso, el aislador eficaz, el impermeable seguro contra la influencia del pecado original, es la gracia santificante. Dios, pues, al crear el alma de

María, tuvo á bien prevenirla y enriquecerla con todo género de gracias y dones sobrenaturales, en el más alto grado de que es susceptible una criatura; y la corriente secular del pecado, al verificarse la concepción pasiva de María, tropezó con aquella égida impenetrable, y tuvo que retroceder y declararse vencida é impotente para invadir, ni por un momento siquiera, á la predestinada para Madre de Dios. En todo esto hay, sí, una excepción sobrenatural y milagrosa, un singular privilegio divino; pero nada como se ha visto, de increible, de contradictorio ni de absurdo: al contrario, todo parece más bien, muy racional, muy aceptable y muy harmónico.

Lo anómalo é inconcebible sería, (á nuestro modo de ver, y dejando á salvo los mil medios que Dios tendría en todo caso para sacar triunfante su causa) que el Supremo Hacedor, pudiendo por sí solo emprender y llevar á cabo la grandiosa obra de la restauración universal, con todas las garantías de seguridad y de éxito que le ofrecen su omnipotencia soberana y su infinita sabiduría, hubiera compartido con Satanás el asiento de la primera piedra; porque esto pudiera ofrecer visos de quedar desnivelada la base, y de exponer todo el edificio á un próximo derrumbamiento, y á un lamentable fracaso los salvadores designios de la Misericordia divina.

El caudillo que proyecta asaltar una plaza, se libra muy bien de dar intervención en sus planes al enemigo que va á combatir. El labrador que ve la creciente degeneración y morbosidad de sus productos agrícolas, procura mandar á la tierra, sin perjuicio de mejorar también ésta, nuevas y más sanas y vigorosas semillas, aislándolas con especial cuidado de toda mezcla y de todo contacto con las inficionadas semillas anteriores. Tal es, aunque en muy superior escala, la prudencia que reveló el Altísimo en el misterio de la Inmaculada Concepción. Negó por una parte á Satanás, su irreconciliable enemigo, toda intervención en el origen de la existencia de María, porque allí empezaba á desarrollarse el plan divino contra su formidable imperio; y, por otra parte, logró también de esa manera aislar aquella excepcional criatura, que era como un nuevo y vigoroso germen desconocido en el mundo, de todo contagio procedente de los envejecidos y pecaminosos gérmenes legados por el primer Adán.

¿Véis, mis queridos oyentes, cuán razonable es nuestro asen-

timiento al dogma de la Inmaculada Concepción? Ante las observaciones precedentes, más bien que un misterio incomprensible, parece una exigencia inevitable, una pieza imperiosamente reclamada por el organismo sobrenatural de nuestra redención.

Pero las verdades que vienen á aumentar el patrimonio de nuestra inteligencia, extienden también sus beneficios á la esfera de la voluntad. La razón conoce para que la voluntad ame: la verdad alumbra y guía para que la voluntad camine y obre. Y ¿qué camino nos enseña y qué ejemplo nos ofrece el dogma de la Inmaculada? Pues el camino y el ejemplo de la pureza en la concepción de todos nuestros actos, de nuestras aspiraciones y de nuestras empresas. El hombre, hermanos mios, es el origen y el principio de un mundo de cosas: en él nacen infinidad de pensamientos que bullen en su mente, infinidad de deseos que agitan sus apetitos, infinidad de acciones que forman su conducta, infinidad de obras que acreditan sus aptitudes y su mérito. Del hombre salen las ciencias que ilustran los pueblos, las artes que los civilizan y las leyes que los gobiernan. Y bien comprendeis que es de grande importancia, de suma importancia, el que las leyes sean concebidas en el puro amor á la justicia y al bien común, sin mezcla alguna de egoismo ni de acepción de personas; y que las artes nazcan del puro deseo de una utilidad honesta, sin mezcla alguna de intereses bastardos y nocivas intenciones; y que partan las investigaciones científicas del puro amor á la verdad, sin mezcla alguna de presunción y de soberbia; y que todas nuestras acciones procedan de la pura nobleza y honradez de nuestros sentimientos y deseos, sin mezcla alguna de hipocresía y de respetos mundanos; y que todos nuestros juicios broten de la pura realidad de las cosas y de las personas, sin mezcla alguna de preocupaciones y apasionamientos.

¡Ah!, hermanos mios: por no seguir este camino y este ejemplo, por dar intervención al demonio bajo la forma de una ú otra pasión, en el origen de nuestros pensamientos y de nuestras obras, ¡cuántas desgracias, cuántas ruinas, cuántos desastres se cuentan en los individuos, en las familias y en las naciones! ¡Cuántos errores en las ciencias! ¡Cuántos delirios y rebajamientos en las artes! ¡Cuántos desaciertos en la política! ¡Cuántos crímenes en la sociedad! Y no es extraño, hermanos míos, no es extraño; no puede suceder otra cosa: los frutos de la malicia tienen que ser malos: los hijos

del diablo tienen que ser diabólicos: las inspiraciones del infierno tienen que ser infernales.

Líbrenos Dios, mis amados oyentes, líbrenos Dios de semejantes frutos, de semejantes hijos, de semejantes inspiraciones. Que al pureza de la divina gracia y la pureza de nuestra intención sean el origen y el principio de todos nuestros actos, así internos como externos, privados y públicos, para que sean obras de salud y frutos de vida eterna, como á todos deseo.

AMÉN.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

COMO IDEAL DE VERDADERO Y PROGRESIVO PERFECCIONAMIENTO

Quia creavit Dominus novum super terram.

Pues el Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra.

Jerem. XXXI, 22.



IENE la novedad, Ilustrísimo Señor, un poderoso atractivo: todas las criaturas le pagan incesante tributo. Tienden los cuerpos á dar un nuevo paso en dirección á su centro, y las flores á exhalar nuevos aromas, y las plantas á engalanarse con nuevas flores, y los árboles á producir nuevos frutos, y las aves á cruzar nuevos espacios, y los instintos á realizar nuevas maravillas, y los astros á recorrer nuevas órbitas, y la luna á presentar nuevas fases, y el sol á iluminar nuevos horizontes, y la luz á ofrecer nuevos reflejos, y la nube á revestir nuevas formas, y el cielo á desplegar nuevos espectáculos, y la tierra á lucir nuevas decoraciones, y el hombre á proporcionarse nuevos estados, nuevas ideas para su entendimiento, nuevos bienes para sus apetitos, y nuevos encantos para su corazón. Todo y siempre, Ilustrísimo Señor, todo y siempre va en busca de lo nuevo, de lo no

realizado, de lo no conseguido, como el ciervo en busca de la fuente, como la saeta en busca del blanco. Y esto sucede porque ninguna criatura nace con toda la perfección de que es susceptible: tienen todas que perseguirla y alcanzarla mediante una larga carrera, y pasando sucesivamente por nuevos actos y nuevas modificaciones. De aquí esa movilidad asombrosa que agita la creación entera, y que hace de cada molécula un operario, de cada fuerza un motor y de cada ser una fábrica.

Lo que hay es que, mientras los seres inferiores al hombre se inclinan siempre hacia la novedad que les perfecciona, y si no la consiguen es porque sucumben, bien á pesar suyo, ante fuerzas y obstáculos insuperables; en nosotros, por el contrario, no siempre la novedad que nos atrae coincide con la perfección que nos eleva. Muchas veces, por desgracia, otorgamos los honores de la novedad y extendemos patente de perfección á lo que realmente solo es una triste negación y un defecto lamentable: y el defecto y la negación tienen tanto de novedad, como la nada que precedió á la creación del mundo. Por eso me propongo hoy hablaros de la novedad, enseñaros cual es la verdadera novedad, con ocasión de celebrar nuestra Santa Madre la Iglesia la gran novedad de la Inmaculada Concepción: *Quia creavit Dominus novum super terram.*

El asunto no puede ser más simpático. Todos amamos la novedad. Sí, señores: vosotros sois entusiastas de la novedad bajo la forma de progreso. Sí, señoras: vosotras sois idólatras de la novedad bajo el título de moda. Y todos estais enamorados de la novedad bajo una ú otra forma, porque creeis que os perfecciona. También yo soy amigo y entusiasta de la novedad, de la perfección. Y ¿cómo no, siendo como soy, aunque indignamente, ministro de un Dios que dice á sus criaturas: *Crescite*, creced: *Qui justus est, justificetur adhuc, qui sanctus est, sanctificetur adhuc?* El que es justo, justifíquese más; el que es santo, santifíquese más. ¿Cómo no, adorando, como adoro, á un Dios, que crió la estupenda novedad del mundo, que estableció una alianza nueva: *novum fœdus*; que abrazó una vida nueva, la vida humana; que enseñó una buena nueva, el Evangelio; y que hasta para sepultura de su cadáver prefirió un sepulcro nuevo; *in monumento novo?* Así es, Ilustrísimo Señor, que á todos aquellos que suponen á la Iglesia Católica y sus ministros obstinadamente abrazados, como la yedra, al ruinoso torreón de añejas tradiciones y volviendo la espalda á toda clase de novedad

y adelanto, me creo con derecho para decirles, que ni saben lo que es novedad, ni saben lo que quiere la Iglesia, ni saben siquiera lo que dicen.

Hermanos mios en Jesucristo: yo vengo hoy en nombre de Dios y de su Iglesia, no á romper lanzas con esa novedad que acariciais bajo uno ú otro aspecto, no á contrariar esa aspiración natural y legítima á lo nuevo y lo perfecto; al contrario, yo vengo á defender, á fomentar, á dirigir (que es lo que necesita) esa inclinación natural. Yo vengo á exponer en cuanto mis fuerzas lo permitan, cuál es la verdadera novedad que debemos perseguir; y al efecto asentaré la siguiente proposición: «La Inmaculada Concepción de María, como una novedad en las obras de Dios, nos indica cuál es la verdadera novedad que deben alcanzar las obras del hombre.

Virgen sin mancilla; añadid otra novedad más á las muchas que os debo en el trascurso de mi vida; la de que mis palabras produzcan tal efecto en el corazón de mis oyentes, que desde hoy renuncien á todas las novedades frívolas y seductoras, y sigan únicamente las sólidas y verdaderas, que vos recibísteis en grado tan eminente. Alcanzádme esta gracia de vuestro querido Hijo; y para obligaros más, os saludamos todos con las palabras del Angel: Ave-María.

Quia creavist Dominus.

Jerem. XXXI, 22.

Es perfección, Iltmo. Señor, mis amados hermanos; se perfección todo ser, toda realidad, toda novedad positiva, que constituye y aumenta el ser y la realidad propias de un sujeto, que son convenientes á la naturaleza y al fin de un sujeto cualquiera: y, por el contrario, será imperfección toda falta, todo defecto, toda novedad negativa, que disminuya y amengüe el ser y la realidad propias y convenientes á un sujeto cualquiera. Así cada rayo de luz es una novedad que aumenta la perfección del sol; cada grado de dureza y de brillo es una novedad, que aumenta la perfección del diamante; cada matíz, cada contorno y cada dósis de aroma son otras tantas novedades que aumentan la perfeción de una flor; cada capa que engruesa el tronco, cada línea que se extienden las ramas, cada flor que brota y cada fruto que nace, son otras tantas novedades que aumentan la perfección del árbol. Pasando de la naturaleza al arte, cada toque, cada línea, cada rasgo que se aproxima á la exactitud y expresión de la imagen, son otras tantas novedades que aumentan la perfección de un cuadro: cada huella, cada pulimento, cada modelación que se acerca á la verdad del modelo, son otras tantas novedades qne aumentan la perfección de la estátua. Por último, en el hombre, cada verdad, cada bien y cada belleza que conquistan las potencias del alma, son otras tantas novedades que aumen-

tan nuestra perfección. Excusado es decir que todos los defectos contrarios á dichas realidades son otras tantas imperfecciones en los respectivos objetos.

Apliquemos ahora estas nociones tan obvias y evidentes al misterio de la Inmaculada Concepción; mirándolo, no precisamente como un privilegio individual de María, sinó desde un punto de vista más alto y más trascendental, como una modificación en la obra de Dios, como una novedad en el desarrollo del plan divino. Y al efecto, figurémonos el Universo en las manos de Dios, á la manera de un lienzo ante el genio de un pintor, ó como una materia docil ante el plano y la voluntad de un arquitecto.

Dios se propuso en sus eternos designios dar á luz una obra perfecta en su género, el mundo. Y ¿qué hizo? Crear ante todo la materia, los elementos necesarios para la ejecución del cuadro, para la construcción del edificio; materia y elementos que llenaron todos los ámbitos del espacio. Hé aquí la primera realidad, la primera novedad que apareció en el tiempo; pero novedad rudimentaria, imperfecta, informe, confusa y tenebrosa. Mas empieza á moverse sobre ella la mano diestra y omnipotente del Altísimo: y, como por encanto, van sucediéndose seres tras de seres, novedades tras de novedades, maravillas tras de maravillas, en progresión ascendente: y todo el espacio, á manera de un lienzo inconmensurable, se va cubriendo de lineamentos, de bocetos, de fondo, de colores, de figuras, de vida, de movimiento y de luz. La primera novedad es la distinción y separación de los elementos, como si dijéramos, la distribución del cuadro: el cielo arriba, la tierra abajo, el firmamento en medio, á un lado los mares y al otro los continentes. Viene después, como segunda novedad y constituyendo el fondo, la vida, que cubre la superficie de la tierra de todo género de yerbas, flores y árboles, de alfombras, jardines y perspectivas. Faltan los colores y no se hacen esperar: la luz que los contiene se presenta en seguida con todo su esplendor, distribuida en forma de diamantes por toda la bóveda celeste. Ya asoma otra novedad para formar las figuras secundarias, y es el sentido, que puebla de fieras los bosques, de peces los mares y de aves la atmósfera; y que empieza á dar animación y movimiento al cuadro. Aparece, por fin, la última novedad, la gran novedad, la figura principal, que se destaca sobre todo el fondo y sobre todas las demás figuras, como el Rey sobre todos sus vasallos y sobre todos sus dominios. Sí, se-

ñores, aparece por fin la gran novedad del hombre, que rebosa en dones de naturaleza y de gracia, que lleva en su espíritu la imagen y semejanza de su Hacedor, que muestra en su cara la paz de sus potencias, y en su sonrisa la felicidad de su corazón, y en su frente la luz de la inteligencia, y en su cabeza la aureola de la santidad, y en todo su ser el sello de la inmortalidad; que ilumina con sus destellos todo aquel maravilloso conjunto, y que, dando á Dios la mano de la amistad y poniendo sobre los seres inferiores la mano del Señorío, cierra y corona admirablemente la obra incomparable del pincel divino.

Pero ¡ay! hermanos míos; ¡Qué poco dura tanta dicha y grandeza tanta! El espíritu de la envidia no puede mirar con indiferencia la felicidad del hombre, y se propone borrar de aquel cuadro la figura principal, haciendo volar para ello todo el edificio de nuestra perfección, desde la base de la inocencia hasta la cúpula de la inmortalidad y de la gloria; y pasa del proyecto á la obra, y apela al fuego de la soberbia, y lo aplica al combustible de nuestra concupiscencia; y el combustible prende, y la explosión se verifica, y el edificio se conmueve, y se falsean los cimientos, y se abren y desnivelan sus muros; y la cúpula vuela y viene al suelo con estruendo verdaderamente aterrador. ¡Ay! hermanos míos: ¡Qué cambio de escena tan brusco y lamentable! ¡Qué novedades tan funestas suceden en el hombre á sus primeras y magníficas novedades! A las novedades positivas, santidad, inocencia, sabiduría, orden, inmortalidad y gloria, suceden las novedades negativas, pecado, malicia, ignorancia, antagonismo, muerte y maldición. Es verdad que no todo el edificio vino al suelo, pero quedó en un estado sumamente ruinoso. El hombre conservó su voluntad libre, pero inclinada al mal; y su inteligencia, pero rodeada de ignorancia; y su vida, pero expuesta á la enfermedad y á la muerte; y, sobre todo, la cúpula, es decir, el estado sobrenatural de santidad, inmortalidad y derecho á la gloria, se desprendió de cuajo, dejando al descubierto la pobre naturaleza.

Era, pues, urgente apuntalar aquel resto de fábrica, para que no se derrumbase por completo, mientras llegaba el tiempo prefijado en los divinos decretos para emprender su fundamental restauración; y Dios misericordioso así lo hizo, reforzando nuestras facultades con sus gracias y promesas, con sus revelaciones y preceptos, con todos los recursos que figuran en el antiguo testamento.

Pero ninguno de estos recursos tocaba ni al cimiento ni á la cúpula: eran bastantes para librar al hombre, con la cooperación de sus propios esfuerzos, del abismo del infierno, y para hacerle justo y santo desde que salía á la luz del mundo hasta que entraba en la obscuridad del sepulcro; pero no alcanzaban, ni á librarle del pecado en su origen, ni á llevarle á la gloria en su término: con ellos podía recobrarse parte de las novedades perdidas como de hecho las recobraron muchos santos, patriarcas, profetas y de todas las clases sociales; pero no tantas ni en tan alto grado, como las que concurrieron en la Inmaculada Concepción de María.

En efecto, hermanos míos: hasta aquí consistía la novedad, y con ella la perfección, en ir decreciendo la noche de los vaticinios; pero en la Concepción de la Virgen ocurrió la novedad de empezar el día de su cumplimiento. Hasta aquí consistía la novedad en irse extendiendo el río de la esperanza con la afluencia de las promesas divinas; pero en la Concepción de la Virgen ocurrió la novedad de empezar con ella el océano de gracias y bendiciones ofrecido por aquellas promesas. Hasta aquí consistía la novedad en irse desarrollando el tronco y las ramas del árbol que había de dar el fruto de nuestra redención; pero en la Concepción de la Virgen ocurrió la novedad de brotar la flor precursora del fruto. Hasta aquí consistía la novedad en aproximarse los detalles de las figuras á la exacta expresión del ideal; pero en la Concepción de la Virgen ocurrió la novedad de empezar á realizarse el ideal figurado. Hasta aquí consistía la novedad en salir cuanto antes del océano de la culpa; y en la Concepción de la Virgen ocurrió la novedad de no haber conocido el oleaje de aquel océano. Hasta aquí consistía la novedad en pasar cuanto antes de las filas de Lucifer á las filas de Dios, y en la Concepción de la Virgen ocurrió la novedad de no haber figurado nunca en las filas de Lucifer. Hasta aquí consistía la novedad en llegar cuanto antes á los amorosos brazos de Dios; y en la Concepción de la Virgen ocurrió la novedad de haber empezado á existir en los mismos brazos de Dios. Hasta aquí consistía la novedad en ir borrando la mancha asquerosa que el pecado arrojara sobre la bellísima figura del hombre, pero sin restituirle la expresión, la viveza, la alegría y la majestad primitivas; mas en la Concepción de la Virgen llegó la novedad á ofrecernos esa misma figura, no sólo limpia de toda mancha, sinó con más gracia, con más animación, con más encantos, con más donosura que en el cuadro

de la creación. Hasta aquí consistía la novedad en ir preparando los materiales para la restauración del edificio, en ir disponiendo al género humano para recibir la obra de salud; mas en la Concepción de la Virgen ocurre la gran novedad de aparecer ya el Artífice supremo disponiendo con sus propias manos la tierra firme sobre que ha de levantarse el edificio de nuestra restauración, personificado en nuestro Señor Jesucristo.

Tal es, mis amados hermanos, el cúmulo de novedades inauditas que constituyen y rodean el misterio de la Inmaculada Concepción de María: novedades positivas, tan positivas como la luz del día, el cumplimiento de las promesas, la flor fructífera, la realización del ideal, la amistad de Dios, la belleza de sus obras y la solidez de sus construcciones. Tales son las verdaderas novedades que hicieron de ella, desde el primer instante de su ser, la criatura más perfecta de todas las criaturas. *Tota pulchra es amica mea, et macula non est in te.* Cant. Cantic.

Así también nosotros, mis queridos hermanos; así también nosotros, si queremos labrar nuestra perfección, tenemos que buscar siempre algo nuevo que añadir á nuestra naturaleza; debemos amar, desear y perseguir la novedad, pero la novedad real y positiva, que aporte algún incremento al patrimonio de nuestra dignidad racional, es decir, de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad.

La novedad real y positiva para nuestro entendimiento es la verdad, el conocimiento del ser tal como es. ¿Queréis, pues, perfeccionar vuestra inteligencia? Amad, desead, perseguid la novedad en el orden de lo verdadero, esforzáos por agregar una idea más á las ideas adquiridas, una verdad más á las verdades ya descubiertas, una ciencia más á las ciencias ya dominadas. Ahí teneis á vuestra disposición tres veneros inagotables de ciencia y de verdad: el mundo, el hombre y Dios. ¡Ah! hermanos mios, y ¡qué novedades tan preciosas ofrecen estos tres objetos en el orden del conocimiento! El entendimiento es luz, y luz derivada del rostro del Señor; y así como la luz tiene la misteriosa propiedad de descomponerse en infinidad de colores, que embellecen cuanto tocan, así también nuestro entendimiento, sobre todo ayudado de la fé, cuando se pone en contacto con sus objetos, parece que los anima, vivifica y hermosea. Aplicad, pues, la luz de vuestra inteligencia al mundo físico, al campo de las ciencias naturales; y os parecerá

que se despliega ante vuestros ojos un panorama inmenso, donde nunca acaban de pasar nuevas y cada vez más sorprendentes vistas. Reflejádla después sobre vosotros mismos, y os parecerá que estais presenciando una representación viva y animada, á la vez que interminable, que tiene por teatro nuestra conciencia, y por actores nuestras facultades, y donde nunca acaban de sucederse los placeres y los dolores, las ideas y los sentimientos, las acciones y los episodios, lo trágico y lo cómico, que constituyen todo el tejido de la vida humana. Lanzad, por fin, hácia Dios los rayos de vuestra luz intelectual, y os parecerá... ¿qué sé yo lo que os parecerá?, porque ¿quién puede inventar una imagen para representar á Dios, fuera del mismo Dios? Sin embargo, os diré lo que me ha ocurrido: os parecerá que teneis delante un protagonista colosal, incomparable, infinito, que maneja á su antojo los cielos, la tierra y los abismos, y que mantiene nuestra creciente admiración con su fecundidad inagotable en la invención de los recursos, en la energía de su poder, en la grandeza de las situaciones, en la sencillez de los desenlaces, y en la sublimidad de sus incesantes triunfos.

La novedad real y positiva para nuestra voluntad es el bien. ¿Queréis, pues, perfeccionar vuestra voluntad? Amad, desead y perseguid la novedad en la línea de lo bueno: esforzáos para participar más y más del bien soberano, para dar un paso más en la carrera del amor divino. Ahí teneis á vuestra disposición tres fecundísimos manantiales de bien y de amor; los mismos que lo son igualmente de ciencia y de verdad, el mundo, el hombre y Dios. Así como la inteligencia es luz, la voluntad es amor; y el amor sigue sus trámites en la efusión de sus dulzuras, como el bien guarda los suyos en la manifestación de su excelencia. Amamos las demostraciones de riqueza y generosidad del objeto amado; pero amamos más el retrato, la imagen que nos representa su figura, su belleza y su perfección personal; y más que ésto, y sobre todo ésto, amamos el original representado por la imagen. Pues bien; para amar á Dios como rico y generoso, ahí está el mundo externo, primera expresión de la excelencia divina, y tesoro inagotable de crecientes y renovados dones, que reclaman de nuestro corazón crecientes y renovadas gratitudes. Para amar á Dios de un modo más noble, desinteresado y puro, para amar á Dios por su propia bondad y hermosura, ahí está el hombre, ahí está el alma humana,

donde quiso grabar su imagen y semejanza; y donde con el finísimo pincel de su gracia y los colores de nuestras virtudes, podemos perfeccionar más y más el parecido de la imagen con nuevos é indefinidos rasgos, que produzcan nuevos é indefinidos quilates en el amor de nuestra voluntad. Para amar á Dios como es en sí y por lo que es en sí, ahí está el mismo Dios, con toda su bondad, belleza y hermosura, con todas las perfecciones en un grado infinito, esperando que los corazones atraidos por su amor, suban de aspiración en aspiración, de vuelo en vuelo, de arrobamiento en arrobamiento, de locura en locura, como diría Santa Teresa, hasta caer desfallecidos de amor en los brazos del amor eterno, substancial é infinito.

Estas son, mis amados oyentes, las novedades reales y positivas que forman y acreditan nuestra perfección: que las novedades del error y del mal son cantidades negativas; en vez de sumar restan, disminuyen la cantidad de nuestra perfección. La novedad del error... ¿Sabeis lo que es el error? Pues figuraos que en una noche serena estais contemplando con religiosa admiración la belleza y magnificencia del firmamento, complaciéndoos en la apacible claridad de la luna como si representara la suave ilustración de la gracia, en el entrecortado centelleo de las estrellas como si os recordara las alternativas expansiones del espíritu, y en el azul purísimo del fondo como si imitase el manto celestial de la inocencia: y de repente aparece una sombra, que, á medida que se extiende, va apagando el fulgor de las estrellas, y eclipsando el disco de la luna, y obscureciendo el fondo del espacio, hasta envolver todo el horizonte en fúnebre mortaja, y á vosotros en sus negros pliegues. Esto sería indudablemente una cosa nueva, una situación nueva respecto á la situación anterior: pero ¿os gustaría esta novedad? Mas aún; suponed que en pleno día vais marchando á la luz del sol por caminos llanos y expeditos, entre alegres y pintorescos paisajes; y de pronto el sol se eclipsa, las perspectivas desaparecen, el camino se oculta, no dais un paso seguro y os perdeis en difíciles y peligrosos senderos. Ved aquí otra situación nueva comparada con la situación anterior: pero... ¿os gustaría esta novedad? Seguramente que no. Pues no es otra cosa la novedad del error; soplo funesto, que va apagando una á una las estrellas de las verdades que iluminan el cielo de nuestra inteligencia, dejando á obscuras los caminos rectos de la voluntad, y perdiendo al hombre en los laberintos del vicio. ¡Las novedades del mal!.....

¿Sabeis lo que es el mal? Pues figuraos que poseeis una imagen querida y preciosa bajo todos aspectos, en la que no se sabe qué admirar más, si la nobleza, la hermosura, la expresión y demás atractivos que supone en el original, ó la exactitud, maestría y delicadeza que revela en su ejecución: y esta imagen tan preciosa y tan querida, por exponerla inconsideradamente á la intemperie, va perdiendo la viveza de los colores, la energía de la expresión, la exactitud del parecido, hasta caer por fin bajo la acción destructora de la polilla, que no deja ni vestigios siquiera para conocer lo que fué. Ved aquí una serie de modificaciones nuevas para la supuesta imagen: pero ¿os gustarían estas novedades? Tampoco seguramente. Pues á esta clase pertenecen las novedades del mal. Nosotros llevamos en nuestra alma una imagen bellísima del más bello de los seres, la imagen y semejanza de Dios: y cuando la exponemos indebidamente á la intemperie de las ocasiones, los peligros y los seductores halagos del mundo, va perdiendo punto por punto el colorido de las virtudes, grado por grado la expresión de la santidad, línea por línea la exactitud del parecido, hasta caer completamente bajo la acción corrosiva del pecado mortal, que no deja ni restos de su antiguo esplendor, pero dejando en su lugar el negro estigma de la milicia satánica.

Mas quizá haya alguno, Iltmo. Señor, que en estos momentos esté diciendo para sí: pero ¿y el cuerpo? ¿y los derechos del cuerpo? ¿y las novedades del cuerpo? Con que ¿los derechos del cuerpo? Está bien; más decidme: y ¿no creeis que la tierra tiene también sus derechos? Pues, ¿por qué consentís que abra despiadadamente sus entrañas la impasible reja, cruzándola en todas direcciones, y obligándola á dar su jugo á las semillas en ella depositadas? Me direis que la tierra es para las plantas. Está bien: pero, ¿y las plantas no tienen sus derechos? Pues, ¿por qué permitis que vayan sucumbiendo, como víctimas indefensas, ante la hoz segadora y la cortante hacha, y que pasen por la tortura de mil instrumentos, aparatos y fábricas, hasta consumirlas totalmente en las necesidades y comodidades de vuestro cuerpo? Me direis que las plantas como los animales son para el servicio de nuestro cuerpo. Está bien: pero ¿qué haceis de los derechos del cuerpo, cuando sacrificais sus comodidades y necesidades, su salud y hasta su vida en aras de la amistad unas veces, del amor propio otras, y otras mil en aras de la dignidad, del deber, de la ciencia, de la patria ó de la gloria?

Me confesareis, porque de ello estais convencidos, que el cuerpo, á su vez, está subordinado á otro bien más alto; y como ese bien superior no es otro más que el alma, á quien pertenecen los sentimientos de la amistad, de la dignidad, del deber y de la gloria, resulta que los derechos y las novedades del cuerpo solo son atendibles cuando conducen y no se oponen al bien del alma; y que todas aquellas novedades que, por bien que sienten al cuerpo, por mucho que aumenten la belleza y los atractivos del cuerpo, disminuyan ó comprometan el bien del alma, solo son dignas de nuestro desprecio, de nuestra censura y de nuestra maldición.

He concluido mis queridos hermanos, molestando demasiado quizá vuestra benévola atención: perdonadme si así es, pero no he tenido habilidad para desenvolver mi pensamiento en límites más estrechos. Ahora sólo falta que todos nos aprovechemos de él; que el misterio de la Inmaculada Concepción, como centro de grandes y preciosas novedades en el orden de la verdad y del bien, sea un estímulo poderoso para dirigir nosotros constantemente en el mismo sentido nuestra inclinación natural á la novedad.

Virgen Inmaculada: Vos que habéis recibido desde el primer instante de vuestro ser, un cúmulo de novedades, de grandes é inauditas novedades reales y positivas, cedednos algo á nosotros; que no por eso se mermará el tesoro de vuestra perfección: alcanzadnos del Autor de vuestras gracias, las que nos son necesarias, para perseguir en toda nuestra vida la novedad en lo verdadero y en lo bueno, hasta conseguir la gran novedad, la novedad de las novedades, que será la posesión inmediata de la verdad suma y del sumo bien en la gloria celestial.

AMÉN.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

COMO ENSEÑANZA Y EJEMPLO PARA LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

Estote ergo imitatores Dei, sicut filii charissimi.

Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos muy amados.

Ap. ad Eph. V, 1.

A. O.

Todas las cosas reciben en su origen la razón y medida de su ulterior importancia y crecimiento. De la naturaleza del árbol depende la bondad del fruto, como de la naturaleza de la semilla depende la perfección del árbol. Del sol reciben sus rayos la intensidad de la luz con que iluminan los mundos, y la virtualidad de los colores con que embellecen los cuerpos. Del embrión arrancan todas las formas, ora simpáticas ora repugnantes; y todas las proporciones, ya colosales ya microscópicas; y todas las contesturas, sean débiles ó robustas; y todos los instintos, bien agresivos ó bien apacibles, que caracterizan y distinguen á las diferentes especies de animales. Así también, todas las obras artísticas deben sus primores y sus bellezas al original creado por el genio en la mente de sus autores. Por eso la naturaleza y el arte muestran una solicitud exquisita, la primera en la custodia y protección de sus gérmenes, rodeándolos con una especie de muro más ó menos consistente, en forma de hojas, de mem-

branas, de espinas ó de huesos; y el segundo, en la pureza, exactitud y elevación de sus ideales, purgándolos de toda grosería, de toda vulgaridad, de toda bajeza, de toda mancha, hasta espiritualizarlos, hasta divinizarlos, por decirlo así, bajo la acción simultánea del gusto y del genio.

Señores: la naturaleza y el arte del Criador no han de ser menos que la naturaleza y el arte de las criaturas. Dios no ha de mirar sus obras con menos diligencia y esmero que un simple mortal, que una delicada flor, que una despreciable yerba. Pues bien; Dios se propuso hacer una obra nueva, una obra excepcional, una obra maestra, nada menos que su hija predilecta, y que á la vez había de ser la Madre de su Unigénito y la Esposa de su Santo Espíritu. Esta obra, como todas las obras criadas, había de tener su principio, su desarrollo y su complemento; y el complemento había de ser proporcionado al desarrollo, y el desarrollo y el complemento proporcionados á su principio. El principio de una obra viviente es la concepción: y qué, ¿miraría Dios con indiferencia, con abandono, el origen y principio de su obra maestra, la Concepción de María su hija predilecta? ¡Ah! Imposible, hermanos mios, imposible de toda imposibilidad. Lo racional, lo justo, lo necesario es, creer que Dios hizo con María, si bien de un modo infinitamente más perfecto, lo que hace un artista que se propone ejecutar una obra maestra y de interés perdurable; esto es, libertarla, eximirla desde su principio, desde el momento de su concepción, de toda mancha, de toda bajeza, de toda vulgaridad y de toda grosería, y por consiguiente, del pecado original; que mancha, bajeza, vulgaridad y grosería es el pecado original. Sólo así pueden ser verdaderas en todo su rigor aquellas palabras del Esposo de los Cantares: *Tota pulchra es amica mea et mácula non est in te*: Toda tu eres hermosa, amiga mía, y no hay en tí mancha alguna.

Aquí, señores, se descubre sin gran esfuerzo una lección de trascendencia suma. El misterio de la Inmaculada Concepción representa el singular esmero, la extraordinaria providencia, con que el Eterno Padre atendió desde el principio á la formación de su hija predilecta. ¿Qién no vé que en ésto deben darse por aludidos los padres de familia? Pues ya teneis indicado el objeto de mí discurso: *Relaciones del dogma de la Inmaculada con el ministerio de la educación.* Imploremos antes los auxilios de la divina gracia diciendo: Ave-María.

Estote ergo imitatores Dei, sicut filii charissimi.

Ap. ad. Eph. V, 1.

Lo primero que indica el misterio de la Inmaculada Concepción de María es la exención del pecado original; es decir, de la primera mancha que cae sobre la hermosura de nuestras almas, del primer abrojo que roba la savia de nuestra vida, del primer enemigo que se opone á la perfección de nuestra naturaleza, del primer tirano que atenta contra la libertad de nuestro albedrío, de la primera serpiente que se enrosca á la raiz de nuestra existencia con pretensiones de sofocarla en su principio. Sí, señores, todo esto es el pecado original, y por ende el primero y mayor obstáculo para hacer una obra maestra de un descendiente de Adán. El representa en torno de nuestro origen, la falta de celestial apoyo, el vacío de la amistad divina, la muerte en el orden sobrenatural: y sobre la muerte, la negación y el vacío nada puede fundarse. Urgía, pues, tratándose de la obra maestra del Altísimo, de la formación de María su hija predilecta, evitar aquel vacío, suprimir aquella falta, prevenir aquella muerte. Era necesario superar aquel obstáculo, rechazar aquel enemigo, triunfar de aquel tirano y aplastar aquella serpiente. Y esto hizo el Eterno Padre desde el primer instante de la Concepción de María, en atención á la gracia y futuros méritos de su Hijo humanado; asentando así la existencia y la vida de aquella privilegiada

criatura sobre una base firme, sobre un principio fecundo, sobre una raiz sana y vigorosa, y capaz por lo tanto de alcanzar toda la perfección y sublimidad que estaban previstas y ordenadas en los divinos consejos.

Padres de familia, también vosotros teneis á vuestro cargo una obra maestra, una obra capital, la obra reina entre todas las obras del laboratorio doméstico; la educación de vuestros hijos. Podrán salir de vuestra cabeza y de vuestras manos, de vuestra razón y de vuestro genio, productos célebres, obras inmortales en las ciencias ó en las artes, pinturas que eclipsen las de Rafael y Murillo, harmonías que asombren las de Palestrina y Mozart, poemas que superen los de Dante y Tasso, escritos que aventajen á los de San Agustín y Santo Tomás, descubrimientos que dejen atrás los de Guttenberg y Colón, empresas lucrativas que os hagan opulentos; pero, mientras no salgan hijos bien educados, no teneis por qué envaneceros. Habreis dado muchos y buenos frutos, pero descuidando la conservación y la vida del árbol; habreis fomentado el desarrollo de algunas plantas del jardín de la humana cultura, con las aguas de vuestra propia capacidad, pero olvidando la conservación de la fuente: habreis iluminado algunos puntos del horizonte científico, artístico ó literario, con los destellos de vuestras propias luces; pero con el punible abandono de dejar enfriarse y obscurecerse el foco luminoso. Tened en cuenta que ese foco, esa fuente y ese árbol, no están en el individuo que pasa, aunque ese individuo se llame San Agustín, Santo Tomás, Copérnico, Galileo ó Newton; sinó en la sociedad que permanece, en las generaciones que se enlazan, en las familias que se suceden; y las familias se perpetúan por medio de los hijos. Las estatuas y los cuadros, los papeles de música y los libros, las máquinas y los capitales, por buenos que sean, no son más que frutos; y los frutos se corrompen y desaparecen: son obras muertas, inertes, estacionarias, que no pueden por sí mismas corregir sus defectos ni aumentar sus perfecciones. Pero el hijo bien educado es una obra viva, fecunda y enérgica, con virtud propia para acrecentar el caudal de perfección recibido, para elevar más y más el nivel del progreso humano.

Veamos, pues, el modo de realizar esta obra de tanto interés y trascendencia, exponiendo antes la idea exacta de la educación.

Educar es perfeccionar, es desarrollar, con el orden y la subordinación que reclama su respectiva importancia, los elementos

sanos, las tendencias legítimas, las necesidades dignas, las facultades nobles, que encierra la naturaleza humana; corrigiendo y castigando á la vez los instintos bajos, nocivos y viciosos; como se perfecciona una planta protegiendo las ramas fructíferas y cortando las secas y estériles; proporcionándole la savia vivificante, y extirpando los insectos mortíferos. Uno de los oradores filósofos más eminentes de nuestros días, el R. P. Felix, dice que «la educación es un desenvolvimiento, una expansión: desenvolvimiento de los más nobles instintos, expansión de las más legítimas necesidades de la vida.» Luego en la educación hay que quitar y hay que poner: hay que prohibir y hay que otorgar. Hay que quitar y prohibir lo inconveniente, lo pernicioso, lo malo; hay que otorgar lo conveniente, lo provechoso, lo bueno; como para hacer una estátua de mármol, hay que quitar materia y poner forma. *Diverte á malo et fac bonum*, había dicho la eterna sabiduría. He aquí una fórmula tan breve como completa de la perfección del hombre, y por consiguiente de la educación de los hijos. *Diverte a malo*; aparta de tus hijos el mal, todo lo malo: *et fac bonum*; y proporciona á tus hijos el bien, todo lo bueno que te sea posible. El mal es tanto mayor cuanto priva de mayor perfección, cuanto se opone á las tendencias más nobles, á las facultades más excelentes: y como estas son, á todas luces, el entendimiento y la voluntad, el primer cuidado, el principal deber, que incumbe á los padres de familia, es apartar de sus hijos, defender á sus hijos del mal del entendimiento, que es el error, y del mal de la voluntad que es el vicio: *Diverte á malo*.

El error y el vicio: ved aquí las sombras fatídicas que se ciernen sobre los primeros albores de las facultades del niño: ellos representan al principio de nuestra educación, lo que representa el pecado original al principio de nuestra existencia, es decir; el vacío, la negación, la tiranía y la muerte. Sí, señores: el error es la negación y el vacío; porque el error consiste en afirmar lo que no es, ó en negar lo que es: afirmar lo que no es, lo que no existe, es afirmar la nada; negar lo que es, lo que existe, es quedarnos igualmente con la nada. Si yo afirmo y creo que el círculo es cuadrado, siendo así que realmente no lo es, yo afirmo y creo lo que no hay en el círculo, lo que no existe en el círculo; y lo que no hay, lo que no existe se llama nada, luego yo afirmo y creo nada. Si yo afirmo y creo que la piedra siente, que experimenta placeres y

dolores, yo afirmo y creo lo que no hay, lo que no existe en la piedra; luego yo en este caso afirmo y creo nada. Así también, si yo niego que ahora es de día, que ahora nos alumbra la luz del sol, niego la existencia y la realidad de la luz solar, cuando existe real y verdaderamente; y negando la existencia de la realidad, me queda sólo lo contrario, que es la no existencia, la nada. Luego en uno y otro caso afirmo nada, y la nada, no sólo es negación y vacío, sinó que es la mayor de las negaciones y el mayor de los vacíos. Los errores, por consiguiente, son cantidades negativas, son otros tantos ceros puestos á la izquierda del número que represente las verdades.

El error es además un tirano; porque tiranía es contrariar, impedir la expansión racional ó legítima de nuestras potencias; esta expansión, tratándose del entendimiento, sólo puede realizarse al calor de la verdad, como se verifica la expansión de las flores al calor del sol; pero el error es contrario á la verdad, es incompatible con la verdad, como las tinieblas con la luz, como el frío con el calor; luego se opone al desarrollo legítimo de nuestro entendimiento, como el frío se opone á la expansión de las flores, como la nube impide la expansión de los rayos solares. El error es, por fin, muerte; porque, siendo como es negación de ser, negación de luz y negación de calor, claro está que es también negación de vida: él sustituye á la verdad en el seno de la inteligencia, como la inercia sustituye al movimiento en el cuerpo de un cadáver.

Sí, señores; el mal es para la voluntad en el orden moral, lo que el error es para la razón; vacío, negación, tiranía y muerte. Es negación y vacío, porque el mal tampoco es cosa alguna positiva, sinó falta de realidad, privación de bien; como la sombra no es más que privación de luz. La esterilidad, que es un mal, no es nada positivo; es solo falta de producción, carencia de frutos. La ceguera que es un mal, sólo significa falta, privación de vista. La enfermedad, á su vez, tampoco es más que falta de orden, de equilibrio en las funciones orgánicas, falta de fuerza ó de vida en algún órgano para el desempeño normal de sus funciones. Esto que sucede con el mal físico, sucede también con el mal moral, que es el pecado. La injusticia es defecto y negación de justicia: la imprudencia es defecto y negación de prudencia: la lascivia es defecto y negación de castidad: la ebriosidad es defecto y negación de templanza. Luego los

pecados son otras tantas sustracciones que se hacen á la rectitud y perfeccion de nuestra voluntad; son una especie de tajos que hieren y mutilan la magnífica obra de nuestra perfección moral. Es verdad que en nuestros actos pecaminosos hay algo real y positivo: real y positiva es la acción de las manos que roban, y la acción de la lengua que maldice, y la acción del bebedor que se embriaga: real es también el dinero robado, y el vino bebido, y el placer que sienten los apetitos satisfechos: en todos estos casos hay sí realidad material y placeres materiales; hay, si quereis, abundancia de materia y abundancia de placeres sensibles. Pero ¡ay! que todo ello es á expensas del alma y de los placeres del alma: ¡ay! que estos bienes tan caros merman y decrecen á medida que aquellos aumentan. También la inundación lleva abundancia de agua y sobrado empuje, y con todo es un defecto para los campos y los pueblos, en los cuales va sembrando la desolación, la ruina y el vacío. También la erupción volcánica lleva consigo abundancia de lava y de fuego, y con toda esta abundancia es un defecto gravísimo, es una falta inmensa para las poblaciones y los terrenos colocados al alcance de su funesto dominio. Pues esta es la triste y única realidad del mal moral, del pecado; es como una inundación que invade nuestras almas, arrancando de cuajo las flores y los frutos de las virtudes, y cubriendo de cieno la hermosa imagen de Dios que en ellas va impresa: es un volcán que arroja su candente lava sobre las más fértiles y pintorescas campiñas de nuestro espíritu, extirpando en todas ellas la vida sobrenatural de la gracia, y sumiéndolas en el vacío de la enemistad y separación de Dios.

Por consecuencia de todo ésto, el mal moral es un tirano, porque se opone al bien del mismo orden, porque impide y sofoca el amor al bien, único medio de dar expansión y desarrollo al apetito racional; como la luz es el único medio de dar expansión y desarrollo al sentido de la vista. Es también muerte, porque, en el hecho de ser privación de bien, es la falta del único objeto proporcionado á la voluntad, del único alimento que nutre á la voluntad, de la única atmósfera en que respira la voluntad. Luego el mal es para esta potencia, lo que la falta de agua para los peces, y la falta de aire para los pájaros.

Ahora bien, padres de familia; ¿permitiréis que la inocente y hermosa alborada de la vida de vuestros hijos éntre al nacer en el triste ocaso del vacío, la negación, la tiranía y la muerte? ¿Seréis

tan necios, que por un descuido imperdonable, por un criminal abandono, veáis extenderse sobre el alma y las potencias de vuestros hijos la infausta noche del error y del mal, con todos sus horrores, ansiedades y extravíos? ¿Seréis tan crueles, que después de embellecer el jardín del hogar doméstico con esas flores de vuestro amor, las expongais á las tinieblas del sofisma, para que pierdan sus delicados matices, y á los vientos del vicio para que se rindan sus débiles tallos? No lo creo, no puedo creerlo. Pero, mirad, mirad que es necesaria una vigilancia muy celosa y muy asidua: mirad que el enemigo tiene tomadas todas las posiciones, que la temible red de sus asechanzas se extiende por todas las esferas de la vida y se cubre con todas las formas. Tanto el error como el vicio, lo mismo aceptan el seductor estilo de una novela, que el grosero lenguaje de un tabernario engendro; la ligereza y superficialidad de un improvisado artículo, como la gravedad y las proporciones de una obra científica: lo mismo se acomodan bajo la aparente utilidad de los productos industriales, que bajo la belleza aparente de las obras artísticas; bajo la ruda franqueza de una impiedad callejera, como bajo el estudiado oropel de un hábil propagandista; y hasta se deslizan, no pocas veces, á la sombra de una falsa amistad y al amparo de un cariño muy mal entendido.

Ojo, pues, padres de familia, mucho ojo á todo lo que ven, á todo lo que oyen, á todo lo que dicen, á todo lo que estudian, á todo lo que aman y desean vuestros hijos: y esto desde luego, desde muy temprano, desde que asoman los primeros indicios de su desarrollo intelectual y moral, si quereis asentar bien las bases de la gran obra de su educación. No permitáis que el error suplante á la verdad en su tierna inteligencia, ni que el vicio suplante á la virtud en su inocente corazón. Acordaos que el eterno Padre desplegó su vigilancia y su esmero por María desde el primer instante de su ser, no permitiendo que el pecado original suplantase á la gracia en la posesión de su espíritu.

Pero no basta quitar, es necesario poner. No basta evitar el mal: *averte à malo:* es necesario realizar el bien; *et fac bonum*. Para que la tierra produzca, no basta quitarle los abrojos y las espinas, es necesario depositar en su seno la buena semilla. Para que una planta prospere, no basta arrancar la cizaña que nace á su alrededor, es necesario nutrirla por medio del abono y del riego. Por eso Dios, que tenía un especial interés por la fecundidad y

grandeza de María, además de librarla de la cizaña del pecado original, la llenó, la colmó de la semilla celestial de la gracia y del divino alimento de las virtudes: llenó su inteligencia de la luz de la verdad, y su corazón de amor al bien: *Gratia plena.* Así logró que esa vara de Jessé adquiriera un desarrollo extraordinario y produjera un fruto incomparable: *De qua natus est Jesus.* Así logró que esa obra excepcional alcanzara proporciones colosales y eclipsara los portentos de la creación. Así logró que una miserable hija de Adán llegara á ser la Madre de Dios y la Reina de los Ángeles.

Señores, la lección no puede ser más autorizada, elocuente y persuasiva. ¿Queréis que vuestros hijos sean plantas lozanas, frondosas y fecundas? Pues al cuidado de librarles del error y del mal, añadid el de inculcarles la verdad y el bien: sembrad en su inteligencia la semilla de la verdad, y en su corazón la semilla del bien: enseñádles y haced que les enseñen la verdad, mucha verdad: inspirádles y haced que les inspiren el amor al bien, mucho amor al bien.

Ya sabeis, como católicos, donde está la verdad y el bien. Ya sabeis que la verdad no está en el materialismo, que niega el espíritu; ni en el panteismo, que niega la creación; ni en el racionalismo, que niega la fé; ni en el ateismo, que niega á Dios; ni en el excepticismo, que lo niega todo. La negación es el vacío, y el vacío no es la verdad: la verdad es el ser, como enseña San Agustín: *Veritas est id quod est.* La verdad tampoco está en la razón individual de este ó aquel hombre, de este ó aquel sabio; porque la verdad tiene derecho á imponerse á todas las inteligencias, como la justicia tiene derecho á imponerse á todos los jueces, como la luz se impone á todos los ojos, como el aire se impone á todos los pulmones; pero ninguna razón individual, como tal, tiene derecho á imponerse á las razones de los demás, como ningún juez tiene derecho á imponerse á los demás jueces, como ningún ojo tiene derecho á imponerse á los ojos de los demás, como ningún pulmón tiene derecho á imponerse á los pulmones de los otros. Hay razones que comprenden más y mejor que otras, como hay ojos que ven más que otros, es decir; hay razones que reciben la verdad mejor que otras, como hay ojos que reciben la luz mejor que otros, como hay cuerpos que dejan pasar la claridad mejor que otros; y de aquí el que parezca que los primeros se imponen á los segundos: pero, en estos casos, no es la razón la que se impone, sinó la

verdad misma, reflejada por la razón; como no es el ojo el que se impone, sinó la luz recibida por el ojo, como no es el cristal el que se impone á los cuerpos opacos, sinó la luz que pasa por el cristal.

La verdad está en el Verbo divino, eterna verdad en Dios; y en Jesucristo, que es el mismo Verbo humanado; y en los apóstoles, que la heredaron de Jesucristo; y en el Papa y los Obispos que la heredaron de Jesucristo y de los Apóstoles; y en toda la Iglesia Católica, que la recibe de los Obispos y del Papa: como la luz está en el sol, luz radical y permanente; y en la atmósfera, que la recibe del sol; y en los planetas, que la reciben de la atmósfera; y en los cuerpos, que la reciben de los planetas ó de otros cuerpos. Sí, señores, la verdad está en la Iglesia Católica, que afirma la materia y el espíritu, sin confundir el espíritu con la materia; que afirma la razón y la fé, sin confundir la fé con la razón; que afirma al Criador y á las criaturas, sin confundir las criaturas con el Criador.

Ya sabeis que el bien no está, ni en el egoismo, que niega el bien del prójimo; ni en el sensualismo, que niega el bien del alma; ni en el temporalismo, que niega los bienes eternos. Las negaciones, vuelvo á decir, son el vacío; y con el vacío nadie puede satisfacerse. El bien está en la caridad cristiana, que concierta el bien del individuo con el bien de la sociedad; en el sacrificio cristiano, que combina el bien del cuerpo con el bien del alma; en la esperanza cristiana, que harmoniza los bienes temporales con los bienes eternos; en la prudencia, justicia, fortaleza y templanza cristianas, que ordenan, perfeccionan y subliman todas nuestras facultades.

Propinad, pues, á vuestros hijos mucha verdad cristiana y mucho bien cristiano: enseñádles y haced que les enseñen con la palabra y el ejemplo, mucha religión cristiana y mucha moral cristiana, mucha ciencia cristiana, mucho arte cristiano, mucha industria cristiana, mucha política cristiana, es decir; toda la ciencia, y todo el arte, y toda la industria, y toda la política que querais, siempre que no se opongan al dogma y á la moral del Cristianismo. Inspirádles y haced que les inspiren con la palabra y el ejemplo, el amor, mucho amor á la práctica de la caridad cristiana, de la humildad cristiana, de la esperanza cristiana, de todas las virtudes cristianas. Entonces, entonces vereis en vuestros hijos, no el lúgubre espectáculo de una noche tempestuosa, suscitada por los genios maléficos del error y del mal, sinó el delicioso y consolador panorama de un día clarísimo y sereno, que empieza con la aurora

de la inocencia bautismal, y sigue con el oriente del sol de la verdad y del bien, y crece y sube y se dilata á medida que crecen y suben y se dilatan los esplendorosos rayos de aquel sol divino; iluminando y embelleciendo cada vez más todos los horizontes de su ciencia, fecundando y multiplicando cada vez más todos los gérmenes, y todas las flores, y todos los frutos de sus virtudes; y llega en su mediodía al apogeo de la sabiduría y la santidad cristiana, para declinar después en el sereno y límpido ocaso de la muerte de los justos, que es el alba del día eterno de la gloria, que á todos deseo.

AMÉN.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

COMO MADRE DE LA JUVENTUD DE AMBOS SEXOS

Inimicitias ponam inter te et mulierem: ipsa conteret caput tuum.

Enemistades pondré entre tí y la mujer: ella quebrantará tu cabeza.

Gen. III, 15.

La ley de la atracción no reconoce fronteras: se apodera del mundo físico, la obedece el mundo moral, y la rinde su tributo el mundo sobrenatural de la gracia. Bajo diferentes formas en el orden material, congrega las moléculas en un cuerpo, mantiene los astros en un sistema, conduce la savia por el organismo de las plantas, trasporta la semilla de ciertos árboles y ciñe á un tronco la trepadora hiedra. Bajo la forma de simpatía, en el orden moral, llama la tristeza junto á la tristeza, las lágrimas junto á las lágrimas, la risa junto á la risa, el amor junto al amor, la bravura junto á la bravura, la ciencia junto á la ciencia y la virtud junto á la virtud. Y bajo la forma de vocación, en el orden sobrenatural de la gracia, reune la fé con la fé en el seno de la Iglesia, la devoción con la devoción al pié de los altares, la caridad

con la caridad á la cabecera de los enfermos, la abnegación con la abnegación en el retiro de los claustros, el celo con el celo en los desiertos del salvaje, la fortaleza con la fortaleza en las hecatombes del martirio, y la santidad con la santidad en las mansiones de la gloria.

Pues en esta ley veo yo la razón de ese afanoso empeño, con que la juventud se agrupa en torno de la Inmaculada Concepción de María. Es la fuerza que busca á la fuerza: es la vida que se inclina á la vida; es la hermosura atraida por la hermosura; es la esperanza acariciada por la esperanza.

Sí, señores: decir juventud es decir la primavera de la edad, la florescencia de la vida; es decir fuerza, lozanía, esperanza: fuerza que lucha, lozanía que encanta, y esperanza que anima. Decir Inmaculada Concepción, es decir la primavera de nuestro rescate, la florescencia de nuestra redención, es decir fuerza, hermosura y esperanza: fuerza que triunfa del pecado original, esto es, del más formidable enemigo; hermosura que suspende las miradas de los ángeles; esperanza que llena el corazón de las generaciones. ¿Qué extraño, pues, que la juventud simpatice con la Inmaculada Concepción de María?..... ¿Qué cosa más natural, que el pretender apoyarse la fuerza que lucha en la fuerza que triunfa; y que trate de adornarse la hermosura que se marchita con algunos destellos de la hermosura inmarcesible; y que tienda á robustecerse la esperanza frágil con las firmes promesas de una esperanza segura?..... Fuerte es la roca, y no abandona el apoyo de su centro. Bello es el cuerpo, y no desdeña los encantos que le presta el alma. Buena es la esperanza fundada en la palabra del hombre, pero no rehusa la confirmación de la palabra de Dios.

¡Oh! Haceis bien, mis queridos jóvenes, haceis bien en afiliaros á la Inmaculada Concepción de María; haceis bien en ofrecer al mundo este público testimonio de vuestra adhesión al primer misterio de la Madre de Dios. Con esto dais á entender, á la vez que un corazón piadoso, un alto sentido moral y un profundo criterio filosófico. Dejad, dejad esos jóvenes presuntuosos y disipados, que dan de mano á toda influencia religiosa, y creen bastarse á sí mismos con sus propias fuerzas para vencer, con sus propias gracias para agradar, y con sus propias esperanzas para conseguir. Son niños que desconocen los efectos de una arma, y se hieren: bisoños que ignoran la estratégia de su enemigo, y sucumben; flores sin

aroma que no cautivan; esperanzas sin garantía que no entusiasman. Volvédles una mirada de compasión y seguid animosos vuestra piadosa senda, obedeciendo al dulce atractivo con que os llama el augusto misterio que hoy solemnizais. Aquí encontrareis fuerza para aumentar vuestra fuerza, y luchar con ventaja: esperanza para sostener vuestra esperanza, y caminar sin desaliento Tal es el aspecto que pienso ofreceros del misterio que nos ocupa, desarrollando la siguiente proposición: «La Inmaculada Concepción de María es un misterio de fuerza triunfante y de esperanza salvadora, en harmonía con el estado de lucha y de esperanza que caracteriza la edad juvenil.» *Pondré enemistades entre tí y la mujer:* hé aquí la lucha y la fuerza: *ella quebrantará tu cabeza:* hé aquí la esperanza salvadora.

Imploremos antes los auxilios de la divina gracia por la intercesión poderosa de la Virgen Inmaculada, saludándola con el Angel: Ave-María.

Inimicitias ponam inter te et mulierem: ipsa conteret caput tuum.

Gen. III, 15.

PUNTO 1.º

TODAS las edades de la vida, en todas las épocas de la historia, tienen que tomar parte en ese gran combate que debe librar la humanidad contra los enemigos de su perfección y de su dicha: *Omnes in stadio currunt.* Pero es indudable que el punto atacado con más empeño y el campo en que se riñe la acción más decisiva, es el punto y el campo de la juventud. La niñez es debilidad, es el arroyo incipiente de la vida, que tímido se amolda á todas las exigencias del terreno y dá mil rodeos por evitar hostiles encuentros. La ancianidad es retiro, indiferencia; es el río que se aproxima á su desembocadura en el océano de la eternidad, y mira ya con desdén las inconstantes riberas del tiempo. La virilidad es satisfacción, es el río en el medio de su carrera, que vá desplegando su rico caudal en fija y anchurosa madre, como fruto de sus anteriores conquistas. La juventud es fuerza, ímpetu, entusiasmo; es el torrente precipitado de la altura de los deseos, acometiendo intrépido las eminencias y los peñascos, y aspirando á convertirse cuanto antes en formal y caudaloso río.

Observad todos esos centros de actividad incansable, de movimiento contínuo y de lucha sin tregua; y en todas partes vereis á la juventud formando animosas avanzadas. Jóvenes son los que, en las faenas del campo, miden sus fuerzas con la ingratitud de la tierra y el instinto de los animales, para obtener por triunfo la honrosa profesión de labradores. Jóvenes son los que, en mecánicos talleres, se esfuerzan por dominar la indisciplina de sus órganos y la resistencia de la materia, para entrar en posesión de un lucrativo oficio. Jóvenes son los que, en el campo de batalla, prueban su valor y el temple de sus armas, para conseguir un alto puesto en la escala de la gloria. Jóvenes son los que, en la esfera del arte, pugnan por desasirse de los lazos de la realidad, para elevarse á la contemplación de ideales purísimos y conquistar un día la brillente corona del genio. Jóvenes son los que, en el estadio de las ciencias, luchan por arrancar á la naturaleza sus secretos, al espíritu sus leyes, á la política sus cálculos, á la religión sus misterios y á la misma Divinidad sus arcanos, para figurar más tarde en el noble sacerdocio de la enseñanza. Y sobre todo, jóvenes son principalmente los que, en el orden moral, tienen que combatir la tremenda conjuración de las pasiones, la horrorosa tempestad de los más enérgicos y desordenados apetitos: ellos son los que tienen que doblar el cabo de Buena Esperanza de la vida, como llama á la juventud un célebre apologista moderno, para entrar después en el mar pacífico de la virtud, de una virtud habitual y constante, única base para un porvenir tranquilo y dichoso.

En cuanto á vosotras, piadosas doncellas, es verdad que la juventud de vuestro sexo no es la que está llamada, generalmente hablando, á medir sus fuerzas físicas en los campos de batalla, de la agricultura, ó de la industria; ni sus fuerzas intelectuales en el estadio de las ciencias, de la política y de las bellas artes; pero hay otro campo no menos vasto, donde tienen lugar vuestras lides, que es el campo de los afectos; y otras armas de no inferior temple, que os pertenecen con notoria preferencia, y son las armas del corazón. Sí, vosotras teneis que sostener una lucha contínua con los mil disfraces que suele revestir ante vuestros ojos la problemática pasión del hombre, y de vuestro triunfo ó de vuestra derrota depende el que os asocieis al pie de los altares con el tierno amor de un esposo, ó con la infame crueldad de un tirano. Vosotras teneis que batiros con todos los halagos del mundo, con todos los atracti-

vos del placer y con todas las exigencias de la sangre, para hacer triunfar vuestra vocación al claustro, si esta gracia os fuere concedida. Vosotras teneis que descender á la ensangrentada arena de todas las dolencias y miserias humanas, y desplegar allí todo el poder de vuestra abnegación contra toda la resistencia de vuestro egoismo, si habeis de conquistar la aureola reservada á las Hermanas de la Caridad, en el caso de que fuera este vuestro destino. Vosotras en fin, teneis que llevar á todas partes enhiesta y desplegada la bandera del pudor con el escudo de la honestidad, y resueltas á sacarla incólume de los mortíferos dardos que le asestarán en todas direcciones los mil instrumentos de la más atrevida y soez procacidad.

Y bien, mis amados jóvenes, ¿no es cierto que vuestras propias fuerzas, aunque son muchas, no bastan para salir victoriosos de tantos y tan temibles encuentros? No es verdad que á pesar de la robustez de vuestro cuerpo, del vigor de vuestra inteligencia, de la energía de vuestros deseos, de la audacia de vuestro genio y del calor de vuestro entusiasmo, os sentís desfallecer ante las dificultades de la empresa y de los repetidos asaltos del enemigo? ¡Ah! Si sois sinceros, no podreis menos de confesar que en ciertas ocasiones, con todos los bríos de vuestra juventud, la pereza os detiene, las dificultades os arredran, los peligros os asustan, las asechanzas os derriban, las corrientes os arrastran, los sentidos os atropellan; y, si os descuidais, huyendo de retirada en retirada, y de derrota en derrota, quizá llegue un día en que os veais sitiados en vuestro último baluarte, en el baluarte de vuestra fé y de vuestra honra, con gran peligro de que caiga también en poder de vuestros enemigos. Pero no, yo no temo eso de vosotros; vosotros contais con una alianza poderosa, que hace temblar á las mismas potestades del averno: vosotros estais unidos íntimamente á la Inmaculada Concepción de María, que es un misterio de fuerza irresistible y triunfante.

Y á la verdad, señores, si la fuerza que triunfa se ha de medir por la resistencia que sucumbe, si la gloria del vencedor ha de ser proporcionada al poder del vencido, no cabe la menor duda de que en la Inmaculada Concepción de María se revela una fuerza inmensa, insuperable. Mucha gloria fué para David el haber rendido al gigante insultador de su pueblo; y para el valiente Jonatás, el haber sembrado, sin más ayuda que su escudero, la muerte, el

espanto y la consternación en el formidable ejército de los filisteos; y para el invencible Macabeo, el haber derrotado con un puñado de valientes á todos los generales del soberbio Antioco; y para el fanático sarraceno, el haber sepultado en el Guadalete la monarquía secular de los visigodos; y para los Reyes Católicos, el haber arrojado de su última trinchera al dominador de ocho siglos; y para nuestra patria, el haber derribado de la cumbre de su gloria al coloso del siglo, al vencedor en cien combates y conquistador de cien pueblos. Pues aquí, en el misterio de la Inmaculada, aparece rendido y humillado el coloso de los siglos, el vencedor de las generaciones, el conquistador de todos los pueblos, el llamado por el mismo Jesucristo Príncipe del mundo: *Princeps hujus mundi.*

Este corifeo de la primitiva conjuración en los cielos, lo fué también de la primera rebelión de la tierra. En el Empíreo venció ejércitos de ángeles: en el paraiso triunfó de nuestros progenitores; y en ellos y con ellos de toda la descendencia adamítica. Lleno de orgullo contemplaba el infame Lucifer con infernal sonrisa, cómo iban sujetos á la carroza de sus trofeos, lo mismo los hijos de Seth que los descendientes de Caín, tanto los venerables Patriarcas como los santos Profetas, los pueblos que precedieron al diluvio y los que sucedieron á la universal catástrofe. Con tal poderío, no es extraño que contase entre las víctimas seguras á la hija de Joaquín y de Ana.

Llega el momento preciso, se reviste de la concupiscencia de los padres para inficionar la naturaleza del fruto: y aquí se declaran abiertamente aquellas enemistades anunciadas á la raiz de la primera culpa: *Inimicitias ponam inter te et mulierem.* Aquí empieza la lucha entre la concepción activa y la concepción pasiva, entre el poder del pecado y el poder de la gracia. Satán acecha al alma de María en la red de la generación carnal; y la gracia burla sus asechanzas previniendo al alma contra aquella red. Satán dirige al alma de María la corriente del original contagio; y la gracia pára esa corriente obligándola á cambiar de rumbo. Satán levanta la barrera de la ley entre el alma de María y el privilegio; y la gracia rompe esa trinchera, y el privilegio llega al alma de María. Satán dispara contra el alma de María todas las saetas de su odio y todos los rayos de su desesperación; y la gracia embota esas saetas, y apaga el fuego de esos rayos, y queda ilesa el alma de María. Satán apela al último recurso; ya que no puede arrancar esa alma de las

manos de la gracia, trata de privar á este cuerpo, al cuerpo que la espera en el seno de Ana, de la posesión de aquella alma: quiere impedir á todo trance que nazca en sus dominios un fruto que no sea suyo y una planta que dé buen fruto. Convocadas sus huestes, las previene con todas sus armas, y rodea con ellas aquel tierno y hermoso cuerpo, que queda oculto bajo la monstruosa deformidad de todos los vicios. Aparece en los umbrales de la existencia aquella alma preciosa, salida inmediatamente de las manos de Dios, apoyada en la luna, coronada del sol, vestida de la aurora, cortejada de las estrellas y escoltada por los ángeles. El príncipe de las tinieblas la muestra aquella repugnante superficie del cuerpo destinado para su habitación, como diciendo: mira, mira si tú, siendo tan hermosa, puedes hospedarte en este foco de inmundicia y de miseria, en esta asquerosa herencia que viene directamente de tantos y tantos criminales como figuran en tus ascendientes: mira si te atreves á entrar en esta cabeza, que aun ostenta la soberbia del primer hombre; y en estos ojos empañados con la imprudente curiosidad de la primera mujer; y en esta frente que trae las huellas del estigma del primer fratricida; y en estos oidos donde aún resuenan las maléficas palabras del primer impostor; y en esta boca, que aún conserva el eco de las blasfemias é imprecaciones del pueblo rebelde; y en este pecho que aún respira la envidia y el odio de Saul; y en este estómago, que aun despide los ébrios vapores de Noé y de Lot; y en estas manos manchadas aún con las sangrientas venganzas de Jezabel y Atalía y con las sacrílegas profanaciones de Baltasar; y en estos pies, que están recordando las idolátricas sendas de Acab y Joram; y en esta carne, derivada del adulterio de David, del incesto de Tamar y de las abominaciones de Maaca: mírate, mírate bien y vé si tanta pureza y hermosura como traes contigo, puede conciliarse con tanta miseria, corrupción y hediondez como hay en este cuerpo.»

Así hablaría, mis amados oyentes, así hablaría sin duda el pérfido Luzbel al percibir el alma de María. Y francamente, á no contar con una fuerza tan poderosa, se hubiera detenido ante tales y tan artificiosas observaciones; quizá hubiera sucumbido en este último lazo de la astucia infernal. Pero no, no te hagas ilusiones serpiente diabólica; tienes mal enemigo: la segunda Eva es más fuerte que la primera: espera, espera un poco si es que á esperar te

atreves, y verás descubierta tu trama, burlado tu plan, deshechas tus huestes y tú mismo rendido y humillado.

En efecto, señores; el alma de María se acerca, y con ella todo el poder de su gracia, todo el encanto de su belleza, todo el esplendor de su majestad, todo el aparato de su corte. Y á tanta luz no pueden ocultarse las sinuosidades de la astucia: á tanta penetración no pueden oponerse los artificios de la malicia; á tanta fuerza no pueden resistirse las huestes del pecado; ante tanta hermosura no pueden parar las monstruosidades del averno, y el ejército de Satanás se pronuncia en vergonzosa retirada Deja su puesto el genio de la soberbia; le siguen precipitadamente los génios de la ira, de la seducción, y la imprudencia: pronto se ven atropellados por los génios de la blasfemia, de la venganza, de la ebriosidad, de la lascivia y de la idolatría; y el mismo rey de los abismos huye presuroso á buscar en ellos un rincón donde ocultar la ignominia de su derrota. Y aquel cuerpo se conserva con su tierna hermosura en el seno de Ana: y aquella alma bendita y privilegiada entra en posesión de su cuerpo, llena de gracia, de justicia y de santidad, con la gloria de no haber gemido ni un momento bajo la esclavitud del pecado y de haber conseguido, por la virtud de la divina gracia y en consideración á los méritos de su futuro hijo, la gran victoria sobre el tirano universal de la humanidad. Y la unión de aquel cuerpo y de aquella alma es María, María la Inmaculada; la triunfante, la gloriosa; la que ofrece á todos y especialmente á los jóvenes, en este misterio, un fecundo manantial de fuerza para vencer todas las dificultades, para dominar las pasiones y para hacer frente á todos los enemigos.

Sea verdadera, mis amados jóvenes, sea verdadera y cordial vuestra alianza con la Inmaculada: no falteis á las condiciones del tratado: acudid con frecuencia á inspiraros por medio de la oración en este foco de heroismo; y yo os aseguro que os crecereis ante la gravedad de los peligros, ante el tropel de las dificultades, ante los asaltos del error y ante la seducción de las tentaciones: y vencereis las tentaciones, y rechazareis el error, y superareis las dificultades, y salvareis los peligros, y desde la altura de vuestro poder vereis rendidos y humillados á vuestras plantas todos vuestros enemigos; y con el entusiasmo que exclamaron aquellos valientes exploradores al divisar la primera costa del nuevo mundo: *¡Tierra! Tierra! Alabemos á Dios,* exclamareis también vosotros al posesionaros de

la profesión, del arte, de la ciencia ó del estado objeto de vuestras aspiraciones: *¡Victoria! Victoria!* Alabemos á la Inmaculada Concepción.

PUNTO 2.º

La lucha se funda en la esperanza del triunfo. Ved aquí por qué, siendo la juventud la edad de la lucha, de las grandes luchas, tiene que ser también la edad de la esperanza, de las grandes esperanzas. Por esto se la llama, no sin razón, la edad de las ilusiones. El joven vé delante de sí un largo porvenir; y en el fondo vago é incierto de ese porvenir, le pinta su ardiente fantasía dorados ensueños que espera realizar; bellísimas flores, en cuyo aroma espera embriagarse; ricos tesoros, con que espera enriquecerse; altos puestos, que espera escalar; grandes honores, con que espera ennoblecerse; brillantes entorchados, con que espera condecorarse; gloriosas fajas, que espera ceñirse, y quizá un trono, donde espera coronarse. Hay más, el joven no sólo es esperanza de sí mismo, lo es también de la familia y de la sociedad: de la familia, que espera ver en el, un báculo para los padres, una sombra para los hermanos, y un lauro para el apellido: de la sociedad, que espera de la juventud industriales que la sostengan, magistrados que la dirijan, plumas que la ilustren y espadas que la defiendan. Y lo que digo de los jóvenes lo digo también de vosotras, Hijas de María; también vuestra juventud se distingue por las esperanzas y las ilusiones: también soñais con pingües tesoros para enriqueceros, con brillantes joyas para adornaros, con el incienso de las adulaciones para envaneceros, y con entusiastas admiradores de vuestras gracias para cautivarlos: á no ser que las corrientes vayan por otro lado, en cuyo caso quizá presienta vuestro corazón y veais en lontananza las pacíficas dulzuras de la profesión religiosa, los triunfos incomparables del heroismo evangélico. También vosotras sois la esperanza de la familia, que os considera como el mejor auxiliar de la madre en los asuntos domésticos, el resorte más eficaz para mover el corazón del padre, el lazo más suave para la unión de los hermanos, y la verdadera poesía en todos los círculos del hogar. Y la sociedad, por último, tiene derecho á esperar de vosotras, madres que la fomenten, vírgenes que la edifiquen y heroinas que la honren.

Pero ¡ay! que estas esperanzas no siempre van á donde deben

ir, ni siempre cuentan con la verdadera garantía; suelen pararse en la tierra y olvidarse del cielo; contar con los recursos humanos y prescindir de los auxilios divinos: y esto es tan absurdo en el orden moral, como lo es en el físico contar con el vapor prescindiendo del fuego, apoderarse de las flores olvidándose de los frutos: y como las flores se deshojan pronto y el vapor se desvanece enseguida, por eso hay tantos desengaños y estallan tantas y tan lamentables desesperaciones en esa juventud desgraciada, que se empeña en vivir solo de lo humano, rindiendo culto á un racionalismo impío tan orgulloso como impotente; por eso hay tantas y tan desgraciadas víctimas, entre aquellas jóvenes que solo viven de lo material y sensible, que todo lo esperan del mundo y por el mundo. ¡Infelices! La realidad es para ellas un verdugo implacable, que va matando una á una todas sus ilusiones y todas sus esperanzas; y, en vez de aquellas sendas de flores, de aquellas soñadas conquistas, de aquella gloria y felicidad conyugal que les pintaba su imaginación calenturienta, solo encuentran ¡ay! sendas de abrojos, joyas de lágrimas, lazos de ignominia y esposos que son..... esposas de hierro. Así, mis amados hermanos, así corresponde el mundo á las esperanzas que en él se fundan. Que no suceda esto en vosotros, mis amados jóvenes; y no sucederá, no, porque vuestras esperanzas van al cielo y se fundan en el cielo, como al cielo van y en el cielo se fundan las esperanzas que entraña el misterio de la Inmaculada Concepción.

Efectivamente, señores, la Inmaculada Concepción es también un misterio de grandes esperanzas. En primer lugar para María, porque vé en él la raiz profunda de su origen, que promete llevar el desarrollo de su ser hasta las proporciones de un árbol frondoso, cuya copa toque en el cielo; porque la gracia excepcional, el privilegio exclusivo de su Concepción Inmaculada, es una semilla celeste, y de una semilla de excepciones y privilegios es lícito esperar una planta de privilegios y excepciones: de una semilla que se distingue por la pureza, el vigor y la hermosura de la gracia, bien puede esperarse un tallo que se distinga por la lozanía y robustez de la santidad; y de este tallo, las ramas incomparables de unas virtudes sobrehumanas, y la flor perpetua de una virginidad inviolable y fecunda, y el sabrosísimo fruto del Dios humanado, y la sombra protectora y universal de la maternidad divina, y el digno remate de una Asunción gloriosa.

En segundo lugar para su tribu, que puede ver en este misterio el germen de la vara y flor de Jessé, el preludio del signo de Isaías, la víspera del cumplimiento de los votos patriarcales, el borde de la copa de su satisfacción, la base para el monumento de su gloria, de la gran gloria de ver brotar en su seno y de su propia sangre, con preferencia á las demás tribus, el Príncipe de la paz, el Deseado de las gentes, el Mesías prometido: y nada más natural que del germen esperar la flor, después del signo la cosa significada, tras la víspera el día siguiente, tras el borde el fondo de la copa, y sobre la base la erección del monumento.

Pero, sobre todo, señores, este misterio entraña la gran esperanza de la humanidad. Es la bella aurora del ansiado día de nuestra redención; y la aurora nos hace esperar la pronta aparición del sol. Es la formación sobrenatural de la segunda Eva, de la Eva reparadora, y la segunda Eva envuelve la esperanza infalible del segundo Adán, del Adán salvador. Es la delineación divina de aquella Virgen que ha de concebir: *Ecce virgo concipiet;* y la misteriosa fecundación de esta Virgen es una prenda segura del subsiguiente nacimiento del divino Enmanuel: *et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel.* Es el primer triunfo que, al cabo de cuarenta siglos, consigue la descendencia de Adán sobre el tirano Luzbel; y este primer triunfo nos presenta el primer paso de una serie no interrumpida de gloriosas conquistas, hasta arrojar de su última trinchera al príncipe infernal de este mundo, y hasta ver aplastada su cabeza bajo la vigorosa planta de María y el poder irresistible de su divino fruto: *ipsa conteret caput tuum.* Es, en fin, la consoladora y universal esperanza de que pronto, muy pronto, aparecerá en los horizontes de la especie humana el divino Sol de la justicia, Jesucristo, y desvanecerá con su luz el imperio de las tinieblas, y derritirá con su calor las ominosas cadenas de nuestra esclavitud, y vencerá con su poder el poder de la muerte, y extenderá por todas partes el eterno reinado de la justicia y la verdadera libertad, y elevará con su atracción toda la naturaleza caida á las eminentes alturas de la gracia y de la gloria: *si exaltatus fuero à terra omnia traham ad me ipsum.*

¿Véis, mis amados jóvenes, véis, como la Inmaculada Concepción es un misterio henchido de esperanzas, á la manera que vuestra edad es el período de las grandes ilusiones? ¿Véis como todas las esperanzas que en él se atesoran, vienen del cielo por conducto

de la gracia, y llegan al cielo por medio de Jesucrristo, y tienen por garantía la palabra divina, que nunca pasa, y la divina providencia que á todo atiende? Pues aprended, aprended de este misterio á fundar vuestras esperanzas y á dirigir vuestras aspiraciones: aprended á colocar en su puesto, que por alto que sea siempre será muy bajo, los mentidos halagos del mundo, la inconstante sonrisa de la fortuna y las deleznables promesas de los hombres; reservando el primer lugar, siempre el primer lugar, para la palabra infalible de Dios y para los bienes inmutables de la eternidad. Acudid y acudamos todos, hermanos mios, acudamos todos con frecuencia á beber elevación de miras y firmeza de propósitos en la piadosa contemplación de este simpático misterio; y yo os aseguro que nunca, nunca podrá con nosotros el ruidoso furor de la desesperación, y miraremos los reveses de la fortuna y los desengaños del mundo como juegos de la impotente brisa sobre los costados de un gigantesco buque.

Queda demostrado, á mi juicio, que la Inmaculada Concepción de María es un misterio de fuerza triunfante y de esperanzas consoladoras: de fuerza triunfante, por quedar en él derrotado el coloso de cuarenta siglos, el héroe de mil generaciones, el tirano universal del mundo; de esperanzas consoladoras, porque entraña el germen de las excelsas prerrogativas de María, de la gloria envidiable de su tribu, y de la libertad y salvación de todos los hombres. Por consiguiente, que de vuestra piadosa devoción podeis prometeros estos dos frutos; fuerza para luchar con ventaja en los combates de vuestra edad, y esperanza para caminar sin desaliento por entre los peligros y contrariedades de la vida. Fuerza triunfante para luchar; esperanza firme para perseverar. ¡Ah! Con estas dos alas ya os veo avanzar con pasos de gigante por la senda de los verdaderos triunfos, y subir con atrevido vuelo á la región de la verdadera gloria, y remontaros con santo entusiasmo hasta el heroismo de la virtud, y ceñiros por fin la corona de la imortalidad, que está prometida á los que pelearen legítimamente.

ASÍ SEA.

LA INMACULADA CONCEPCION

COMO PATRONA DE LOS ARTESANOS

Bonorum enim laborum gloriosus est fructus.

El fruto de los buenos trabajos es glorioso.

Sap. III, 15.

El hombre, desde su origen, ocupó un trono y empuñó un cetro: trono colocado en la cima del mundo sensible, y cetro que alcanza hasta las últimas fronteras de la naturaleza. La tierra y el mar, las flores y los árboles, los bosques y las fieras, las aves y los peces, la luz y el aire, son súbditos suyos; súbditos dóciles y sumisos, mientras su rey fué también sumiso y docil al Rey de los cielos; pero súbditos rebeldes, desde el momento en que el hombre lo fué también contra Dios. Desde entonces, si bien no perdió el dominio de sus provincias, perdió el amor de sus vasallos; ya no le basta mandar para ser obedecido; necesita trabajar para no verse burlado. Ya no es bastante el eco de su voz ni el trabajo de recreo, necesita añadir el recurso de su industria y el trabajo de fatiga, para que todos los súbditos con-

tribuyan al levantamiento de sus cargas y al sostenimiento de su real dignidad.

La tierra no le rinde sus productos sinó á costa del sudor de su frente. Los animales no le prestan la substancia de sus carnes, el abrigo de sus pieles y el servicio de sus instintos, sinó á cambio de arriesgadas persecuciones y educación afanosa. El marmol y el jaspe, la plata y el oro, el marfil y el diamante, no brillan en nuestras alhajas, en nuestros salones y en nuestros templos, sinó después de haber consumido una gran dosis de fuerzas humanas. Si el aire nos lleva en flotante buque de costa á costa y de hemisferio á hemisferio, gracias á la destreza del avisado piloto y á los esfuerzos del curtido marinero. El río no abandona su lecho para ir á apagar la sed de nuestros campos, ó á mover el volante de una fábrica, sinó á condición de que vaya delante, abriéndole camino, la encallecida mano del hombre. Si llega hasta nuestros ojos la luz de remotas estrellas, debido es á la invención del telescopio, fruto del trabajo del hombre. Y si, por fin, el mismo rayo ha venido á poner al servicio de nuestro pensamiento la velocidad de sus alas, fué después de haber fatigado por mucho tiempo la inteligencia de los sabios y la mano de los artífices. Todo, hermanos mios, todo el imperio que el hombre ejerce sobre la materia, es á costa de trabajo, de fatiga, de sacrificio, de arte en una palabra.

Sí, señores, el arte no es más que el hombre dominando á la materia por medio del trabajo, ó el trabajo obligando á la materia á servir al hombre; porque la materia no nos rinde su homenaje sinó á precio de conquista, y la conquista no se alcanza sinó á cambio de lucha, y la lucha y la conquista reclaman por precio anticipado el trabajo y la fatiga del hombre. El trabajo es por consiguiente, la base, la única base que puede sostener el trono del hombre en el reinado de la materia. Y, como el trabajo es penoso y las luchas cansan, por eso vosotros, mis amados artesanos, habeis acudido al cielo en demanda de protección y auxilio: por eso os habeis puesto en comunicación con una fuente que mana fortaleza y energía; por eso, en fin, os habeis cobijado bajo el manto poderoso de la Inmaculada y Purísima Concepción de María.

¡Oh, hermanos mios! Y ¡qué sabio es el sentido común cristiano! Cualquiera creerá que estos piadosos artesanos no tuvieron más razón para acogerse al misterio de la Purísima Concepción que la que tendrían para ponerse bajo la sombra de otro misterio,

ó bajo la protección de otra santidad. Cualquiera creerá que no hay ni la más remota relación entre el sublime misterio que hoy solemniza la Iglesia, y la honrosa profesión del artesano. Pues la hay y muy grande, hermanos míos. Si el trabajo es la base que levanta la majestad del hombre sobre el reinado de la materia, la Inmaculada Concepción es la base que levanta la majestad de María, sobre el Universo creado. Si el trabajo es el medio de hacer entrar la materia en el servicio del hombre, la Inmaculada Concepción es el medio de hacer entrar la materia y el espíritu en el servicio de Dios. En una palabra, si el trabajo es la esencia del arte del hombre, la Inmaculada Concepción es un rasgo elocuentísimo del arte de Dios. Y ved aquí manifestado el objeto de mi discurso.

Imploremos antes los auxilios de la divina gracia por la intercesión de la Inmaculada Virgen, saludándola con el Angel: Ave-María.

Bonorum enim laborum gloriosus est fructus.

Sap. III, 15.

El reino de la materia, lo mismo que el reino del espíritu, consta, como si dijéramos, de cuatro grandes provincias, al frente de las cuales hay sus respectivos magistrados: la provincia de la verdad, donde manda el sabio; la provincia del bien, donde manda el moralista; la provincia de la belleza, donde manda el artista; y la provincia de la utilidad, donde manda el artesano. Todos estos mandos, todos estos señoríos tienen una base común, el trabajo: el que no trabaja no manda, obedece; no es rey sinó súbdito, no es señor sinó esclavo. «*Manus fortium dominabitur: quæ autem remissa est tributis serviet*: Prov. XII, 24: La mano de los fuertes, de los constantes en el trabajo, señoreará; más la que es floja, perezosa y holgazana será pechera. No hay remedio: el que aspira á presidir alguna de aquellas ricas provincias, tiene que empezar por suscribirse á un penoso trabajo: la diferencia está sólo en las armas, en los instrumentos. El sabio trabaja con el entendimiento: el moralista trabaja con la ley y la conciencia; el artista trabaja con el genio; el artífice trabaja con la mano. El mando, el señorío, el reinado sobre la utilidad de la materia por medio del trabajo corporal: hé ahí vuestro lugar, vuestro ministerio, vuestro honrosísimo destino, vuestra noble misión, carísimos artesanos.

Pero ¿qué es la utilidad? ¿cuál es la naturaleza de ese terreno

que os toca cultivar á vosotros, de esa provincia que os toca presidir á vosotros? La utilidad, señores, no es más que la relación de los medios con los fines; es la aptitud, la propiedad que tiene una cosa de servir para alcanzar otra, para lograr algún bien. Es útil la luz, porque sirve para ver: es útil el alimento porque sirve para la vida: es útil el vestido, porque sirve para abrigarnos; es útil un libro, porque sirve para instruirnos; es útil una casa, porque sirve para defendernos; en una palabra, son útiles todas las cosas que sirven para satisfacer las necesidades y comodidades del hombre. Pero esa utilidad próxima é inmediata de la materia con relación á nuestras necesidades, apenas se encuentra en la naturaleza. Hay sí algunas cosas naturales, que no necesitan pasar por los laboratorios del hombre, porque salen completamente acabadas del laboratorio divino; como la luz, que sirve para ver, y el aire que sirve para respirar; servicio que el hombre disfruta, sin más trabajo que el de abrir sus ojos y sus pulmones. Y esto sucede, porque en el orden material, como en el orden intelectual y moral, en el movimiento de la mano, como en el discurso de la razón, no podemos dar un paso sin que preceda un punto de partida, un principio, una base; base y principio que no puede crear el hombre, que necesita recibirlo de la mano de Dios, como de Dios recibe el fin á que está destinado. En el orden espiritual sirven de punto de partida, un rayo de luz del mismo rostro divino, impreso por el Criador en nuestras almas: *Signatum est super nos lumen vultus tui Domine:* luz inmaterial, que ilumina el campo de la verdad para que la razón lo vea; y la atmósfera del bien regalada igualmente por el mismo Dios, para que la voluntad respire. En el orden físico sirven de punto de partida, la luz del sol, que ilumina el campo de la materia para que lo vean nuestros ojos, y el aire atmosférico, que comunica el aliento á nuestra vida, para que los órganos se muevan: luz y aire donados también por el Criador.

Fuera de ésto, lo ordinario, lo general es, que la naturaleza sólo nos ofrezca las primeras materias, los primeros elementos, los primeros gérmenes: gérmenes, elementos y materias, útiles sí desde luego para encallecer nuestras manos y recibir el sudor de nuestra frente; pero que están muy lejos de serlo para abrigar nuestro cuerpo, para adornar nuestros vestidos, para facilitar nuestras comunicaciones, para desarrollar nuestra industria y para constituir nuestras ciudades. La tierra dá campos, pero

no mieses; ofrece lanas, pero no paños; despliega suelo, pero no caminos; presta árboles y piedras, pero no casas; regala oro y plata, pero no monedas; atesora perlas y diamantes, pero no anillos, brazaletes y coronas. Para llegar á estos brillantes resultados, para sacar de los elementos naturales tan esplendorosos frutos, para convertir á la rebelde naturaleza en ese mundo de fieles servidores del hombre, es preciso otro agente distinto de la naturaleza misma, otra fuerza superior á la resistencia de la materia; hace falta un Hércules que la domine, un Alejandro que la conquiste: y este Alejandro y este Hércules son las manos del hombre, las fatigas del hombre, el trabajo del artesano.

Sí, señores, el trabajo es el agente poderoso, que obliga á vestirse de doradas mieses al abandonado desierto. El trabajo es esa fuerza gigantesca, que arranca de cuajo los corpulentos árboles de los bosques y los traslada, por una cadena de luchas, de esfuerzos y de victorias, hasta las orillas de los mares, transformados en grandiosos buques para el servicio del hombre. El trabajo es ese Hércules, que hace trizas los enormes peñascos y los lleva desde la cumbre de las montañas al seno de nuestras ciudades, transformados en magníficos edificios y suntuosas catedrales para el servicio del hombre. El trabajo es ese grande Alejandro, que ávido de conquistas, penetra en las entrañas de la tierra, y baja al fondo de los mares, y se apodera de los tesoros de uno y otro elemento, y los hace pasar, como prisioneros de guerra, por las horcas caudinas del yunque y del fuego, del taller y de la fábrica, hasta presentarlos en los escaparates públicos bajo la forma de armas temibles, de preciosas alhajas y de ricas joyas para el servicio del hombre. El trabajo es también el que subyuga á los animales, y se apodera de sus pieles, de sus plumas y de sus productos, y los lleva de mano en mano, de taller en taller y de industria en industria, hasta presentarlos en nuestros comercios bajo la forma de suaves paños y finísimas telas para el servicio del hombre. El trabajo es, en fin, el héroe perpétuo, el conquistador infatigable, que lucha á brazo partido y pecho á pecho con el mundo material, y marchando de combate, en combate, de fatiga en fatiga y de triunfo en triunfo, somete á los tres reinos de la naturaleza, á los minerales, vegetales, y animales, obligándoles á hincarse de hinojos á los piés de la humanidad. ¡Tan glorioso es, señores, el fruto del trabajo! *Bonorum enim laborum gloriosus est fructus.*

Sí, mis queridos artesanos, ¡tan glorioso es el trabajo de vuestras manos! Vosotros, bajo esa exterioridad humilde y obscurà que os envuelve, llevais en vuestra frente una gloria envidiable. Vosotros, así esteis sepultados en las profundidades de una mina, ó batidos por la intemperie en la techumbre de un palacio, lo mismo bajo el polvo de las ruinas que deshaceis, que ennegrecidos por el humo de la fábrica en que trabajais, podeis levantar vuestra cabeza con un noble orgullo y decir á la humanidad: «Toma, ahí tienes ese pan, producto de mis conquistas, y útil ya para alimentarte sin más trabajo que comerlo. Toma, ahí tienes ese traje, fruto de mis esfuerzos, y útil ya para abrigarte sin más trabajo que vestirlo. Ahí tienes esa casa, obra de mis manos, y útil ya para defenderte sin más trabajo que entrar en ella. Ahí tienes ese camino, resultado de mis fatigas, y útil ya para tus coches sin más trabajo que pasearlo. Ahí tienes esas fábricas que desarrollan tu industria, y esos vehículos que aceleran tus movimientos, y esos hilos por donde vuela tu palabra, y esas escuadras que te hacen respetable, y esos libros que te hacen ilustrado; todo debido á las victorias de mi trabajo. Ahí tienes, en una palabra, todo el mundo sensible, reconquistado por mí, obligado por mí á rendirte humilde vasallaje. Yo soy un continuador de la naturaleza, un colaborador de la creación: yo tomo los elementos donde la naturaleza los deja, y con mis manos los comprimo, los estrujo hasta que destilan toda su utilidad; los llevo de grado en grado y de perfección en perfección á su verdadero destino, que es el servicio del hombre: me corresponde, pues, la gloria de colaborador de Dios en el desarrollo de la creación. «*Bonorum enim laborum gloriosus est fructus.*»

Y á la verdad, señores, toda esa honra tiene la misión del artesano: toda esa nobleza tiene el fin del trabajo. ¡Continuador de la acción de la naturaleza en el destino de las criaturas!..... ¡Colaborador de Dios en las obras de la creación! ¡Oh! ¿Lo habeis pensado bastante, piadosos artesanos? ¿Lo habeis meditado, lo habeis comprendido bastante?..... No, el fin de vuestro trabajo no es el lucro ni el placer, como quizás oireis á algún miserable sensualista. No, vuestra misión no es trabajar para ganar, y ganar para gozar. Esto lo hacen también las bestias: esto lo hace el tigre, que trabaja para apoderarse de la presa, trabaja hasta disfrutar el placer de devorar su presa, y después se echa y duerme. Pero el fin del hombre no puede ser el fin de una bestia, el fin de la mano del hombre

no puede ser el fin de las garras de un tigre. Vuestra misión es, ante todo y sobre todo, cumplir un deber, observar una ley que pesa sobre toda la humanidad: *In sudore vultus tui vesceris panem:* con el sudor de tu rostro comerás el pan. Vuestra misión es vencer la naturaleza, dominar la materia, reinar sobre el mundo sensible. Vuestro fin es explotar la utilidad de la naturaleza para el bien del hombre, restituir los elementos de la naturaleza á su verdadero destino, que es el servicio del hombre. *Omnia subjecisti sub pedibus ejus.* Luego al fin de vuestro trabajo no está, no debe estar la miseria de un placer ó la pequeñez de una moneda: al fin de vuestro trabajo está y debe estar una perfección, un trono, una gloria; la perfección del que cumple con un deber, el trono del que reconquista un mundo, la gloria del que une su mano á la mano de Dios para llevar la creación á su destino: *Bonorum enim laborum gloriosus est fructus.*

Encontrareis, sí, en la senda de vuestro trabajo, placeres dulces, legítimos y honestos; el placer de dividir con vuestros hijos el pan de vuestro sudor, el placer de reparar con el dulce sueño de la noche las pérdidas ocasionadas por las fatigas del día. *Dulcis est somnus operanti* (1). Pero no se encierra en esto todo vuestro fin, todo vuestro destino. También el viajero encuentra en su camino flores que le recrean, fuentes que le deleitan, paisajes que le encantan; y sin embargo, no salió de su casa por aquellas flores, por aquellas fuentes, por aquellos paisajes, sino para llegar al término donde le reclaman sus intereses y su familia. También el piloto encuentra en su azarosa carrera días serenos, horas verdaderamente deliciosas, en que goza su alma con la inmensidad de aquel mar, cuyas fronteras no divisa, con la grandeza de aquel cielo cuyas maravillas no puede contar, y con la alegría de aquellos reflejos cuyos cambiantes no se cansa de admirar; y, sin embargo, no abandona el continente por aquella inmensidad, por aquella grandeza y por aquella alegría; sinó para llevar al término de su destino el buque que le han encomendado. Así vosotros debeis hacer como este piloto y como este viajero; aprovechaos de los placeres legítimos y honestos que os salen al paso, pero sin deteneros en ellos, sin satisfaceros con ellos: pasad adelante en busca de aquella perfección, de aquel trono, de aquella gloria, porque

(1) Ecclesiastes, V, 11.

esta es vuestra misión, hasta allí llega vuestro destino: destino y misión que vamos á ver reflejados, aunque de una manera más alta y más sublime, en la Inmaculada Concepción de María. En efecto, señores; la Inmaculada Concepción de María es un rasgo elocuentísimo del arte divino: es la base que sostiene la sublime majestad de María, á la vez que el eterno reinado del Hijo de David: es el medio escogitado por la providencia para hacer entrar el espíritu en el servicio de Dios. Veámoslo.

La materia se rebeló contra el hombre, porque el espíritu del hombre se rebeló contra Dios. El espíritu, al separarse de Dios por la primera culpa, cayó bajo la tiranía de Lucifer; y la tierra, al separarse del dominio del hombre, se entregó en los brazos de la esterilidad. Había, pues, que recobrar dos mundos; el mundo sensible y el mundo espiritual; al brazo del hombre correspondía la reconquista de la materia; al poder de Dios correspondía la reconquista del espíritu. Vosotros, piadosos artesanos, reconquistais el dominio de la materia, por el sudor de vuestro trabajo; y Dios reconquista el dominio del espíritu por la virtud de su gracia. Vosotros reconquistais el mundo sensible explotando su utilidad y llevándolo de transformación en transformación, de pulimento en pulimento, hasta ponerlo á los pies del hombre, hasta colocarlo en su destino, que es el servicio del hombre; y Dios reconquista el espíritu, desplegando también su utilidad y llevándolo de transformación en transformación, de gracia en gracia, hasta colocarlo en su santo servicio, que es su destino. Vosotros empezais esa serie de transformaciones laboriosas realizadas sobre la materia, por los primeros elementos de la naturaleza; y Dios empieza la serie de transformaciones sobrenaturales realizadas sobre el espíritu por la primera gracia de María, por la Inmaculada Concepción de María.

En efecto; ya sabeis que la Inmaculada Concepción es aquel privilegio sobrenatural y divino, por el que la Virgen María, habiendo sido engendrada carnalmente por parte de sus padres, como lo son los demás hombres, fué sin embargo concebida sin la mancha original, sin el pecado original, que contraen todos los demás hijos de Adán; siendo por lo tanto, toda limpia, inmaculada, llena de gracia, amiga de Dios y enemiga irreconciliable de Satanás, desde el primer instante de su ser, por una gracia especial del Todopoderoso y en atención á los méritos de Jesucristo. Es

decir, que de una generación carnal, útil sólo para producir hijos de ira, sacó Dios por la virtud de su gracia, utilidad para producir una hija de bendición. Es decir, que de una unión concupiscible, útil sólo para producir un pecador, sacó Dios, por la virtud de su gracia, utilidad para producir una criatura santa. Es decir, que de una causa contagiosa, sacó Dios utilidad para un efecto inmaculado. Es decir, que de un germen corrompido y corruptor, sacó Dios utilidad para una raíz sana, pura y vigorosa. Es decir, que de una fuente emponzoñada, sacó Dios utilidad para hacer correr un arroyo cristalino é intachable. Es decir, que de una arena movediza y débil, expuesta á ser arrebatada por el torbellino del pecado, sacó Dios utilidad para construir una base de granito, sólida, inmóvil é indestructible. Ved aquí el primer fruto glorioso de la acción de Dios sobre el alma de María: *Bonorum enim laborum gloriosus est fructus.* Tal es la primera transformación, la primera utilidad, que Dios realiza en el espíritu de María, por la virtud de su gracia; como la extracción del oro del medio de la vil escoria, es la primera transformación y la primera utilidad que el hombre realiza sobre el precioso metal, por el esfuerzo de su trabajo.

Pero esta utilidad primera encierra un manantial de utilidades, y esta transformación primera un manantial de transformaciones. Tomando Dios en sus manos la Inmaculada Concepción de María, esa primera transformación espiritual de María, esa raiz sana y vigorosa, ese arroyo puro y cristalino y esa base firme é indestructible, las lleva con la fiel cooperación de la Virgen, de transformación en transformación, de utilidad en utilidad, de pulimento en pulimento, hasta presentarlos con las colosales proporciones de un tallo robusto y gigantesco, de un río caudaloso y trasparente, de un edificio majestuoso y sublime. Y este edificio sublime de la ciudad de Dios, y este río caudaloso del horizonte espiritual, y este tallo gigantesco de los jardines de la gracia, es María en la edad adulta, es María la esposa de José, es María, toda virtud, toda santidad, toda perfección, toda limpidez, toda hermosura, toda grandeza, sin el más pequeño nudo, ni la más lijera aspereza, ni la más ténue sombra, ni la más imperceptible desharmonía de pecado siquiera venial. Es María, la hija más digna del eterno Padre, la madre más digna del Verbo encarnado, la esposa más digna del Espíritu-Santo. Sí, ésta es el nuevo y majestuoso edificio, creado por Dios en la plenitud de los tiempos, según Jeremías; *Creavit Dominus novum super*

terram: (Cap. XXXI, v. 22). Esta es el caudaloso río, formado por el rocío del cielo, según Isaías: *Rorate cœli de super et nubes pluant justum:* (XLV, 8). Esta es el esbelto tallo nacido de la raiz de Jessé, según el mismo Profeta: *Egredietur virga de radice Jesse:* (XI, 1). Y vez aquí la majestad de María como madre de Dios, y Reina, por consiguiente, de los cielos y la tierra, levantada sobre la base de su Inmaculada Concepción, por la virtud de la gracia; como vosotros levantais la majestad del hombre sobre los dominios de la materia, por la fuerza del trabajo.

Pero aún no acaba aquí la utilidad sacada por Dios del misterio de la Concepción Inmaculada de María. Transformada ya en un grandioso palacio de nueva planta, es útil para recibir al Príncipe de la paz: convertida en tan caudaloso río, es útil para alimentar al océano de la gracia; y desarrollada en forma de tan esbelto tallo, es útil para brotar la maravillosa flor de la raiz de Jessé. Y con efecto, por la virtud del Altísimo, el Príncipe de la paz habita en María, el Verbo divino se hace hombre en las entrañas de María, y siendo Él el océano de la gracia, se alimenta en su humanidad de la substancia de María; y, como del tallo sale la flor, del purísimo seno de María sale el divino Mesías, el Redentor del mundo. Este Redentor divino, que lleva consigo carne y sangre de María, que, en cierto modo, es una continuación de María Inmaculada, satisface con los méritos de su vida y el sacrificio de su muerte el rescate de la esclava humanidad; y liberta todas las almas habidas y por haber, de la esclavitud de Luzbel; y crea con su sangre un mar inagotable de gracia, que circula en todas direcciones por los canales de los Sacramentos, para que puedan lavarse en él todas las almas del humano linaje; y una vez limpias y purificadas, volver á entrar en el servicio de Dios, en el reino de Dios, que es su destino: «*Ad serviendum Deo viventi:* (Ap. ad Hebr. capítulo IX, 14). De esta manera, piadosos artesanos, el misterio de la Purísima Concepción de María sirve de medio, en el arte divino, para hacer entrar al espíritu en el servicio de Dios: como el trabajo corporal sirve de medio, en vuestro arte, para hacer entrar la materia en el servicio del hombre. Por eso dice el elocuente Bossuet á propósito de la Concepción de María: «Con efecto, en ella es donde este hermoso río empieza á extenderse, este río de gracia que corre en nuestras venas por los sacramentos, y que lleva el espíritu de vida á todo el cuerpo de la Iglesia:» (cit. por A. Nicolás en su

Plan divino, T. 2.º pág. 110). Aquí teneis también, como al fin de la Inmaculada Concepción de María, lo mismo que al término de vuestro trabajo, hay una perfección, un trono y una gloria: la perfección de la obra más acabada del Criador, María; el trono del que reconquista el universo; *per eum reconciliare omnia in ipsum:* (Ap. ad Colos. I, 20); y la gloria del que vuelve triunfante de la muerte y del pecado á la diestra de su eterno Padre: *Bonorum enim laborum gloriosus est fructus:* porque glorioso es el fruto de los buenos trabajos.

Ahora bien, mis amados oyentes: hemos visto cuán digna es la misión del artesano; tan digna, que aspira nada menos que á levantar un imperio sobre la base de su trabajo, el imperio del hombre sobre el mundo sensible: tiende á explotar la utilidad de la materia, llevándola de transformación en transformación y de pulimento en pulimento, hasta colocarla en su destino, que es el servicio de la humanidad. Hemos visto también que su excelsa Patrona la Purísima Concepción, es la base sobre que descansa toda la majestad y grandeza de María, y el punto de partida del arte divino para reconquistar los dominios del espíritu, llevando aquella gracia de grado en grado y de perfección en perfección, hasta aquel océano de gracias y merecimientos, que, partiendo desde la Cruz, se extiende por todas las generaciones, habilitando nuestras almas para entrar en el servicio y en el reino de Dios, que es su destino. Y, por último, que así como al fin de la Inmaculada Concepción hay una perfección incomparable, un trono excelso y una gloria inmensa, el trabajador encuentra al término de su carrera una perfección que le honra, un trono que le eleva y una gloria que le ennoblece. Existen, por consiguiente, afinidades muy íntimas, relaciones muy importantes, entre el trabajo del artesano en el orden natural, y la Inmaculada Concepción en el orden sobrenatural.

¿Y habrá aún, señores, quien mire con indiferencia y con desdén al humilde artesano? ¿Y habrá aún artesanos que miren con repugnancia, y emprendan con pereza, y abandonen con desprecio las dignas faenas de su respectivo oficio? No sea así, hermanos mios. El artesano que se amedrenta y cruza sus brazos ante las dificultades del trabajo y la resistencia de la materia, es un soldado cobarde, que renuncia á los laureles de la victoria por miedo á las fatigas del combate: y el cobarde nunca podrá conquistar más que

el menosprecio y la ignominia, la esclavitud y la miseria: el desahogo y la libertad, y, sobre todo, el honor y la gloria, son frutos reservados á los esfuerzos del valiente. Valor, pues, hermanos mios: elevad vuestras miras á aquella perfección, á aquel trono, á aquella gloria con que os convida el buen trabajo, el trabajo verdaderamente cristiano, y decid, como el resuelto viajero ó el atrevido piloto: «Trabajaré, sí, y trabajaré con afán, con empeño, con gusto; seguiré constante é impávido la senda y el derrotero de mi laboriosa profesión, lo mismo cuando encuentre flores que cuando tropiece con espinas, tanto en los dias claros y serenos de la fortuna, como en los dias obscuros y borrascosos de la adversidad, así ante la alegre perspectiva del lucro y el aprecio, como ante la imponente tempestad de la persecución y la indigencia; porque yo no voy ni por esas flores, ni por esa fortuna, ni por ese lucro; yo voy más allá, sí, yo voy á cumplir un deber, una ley, que me obliga toda la vida y toda la vida me perfecciona: yo voy á conquistar un trono, que será tanto más alto cuanto más trabaje: yo voy en busca de una gloria, que será tanto mayor cuanto más victorioso sea mi trabajo: no envidio, no, esas fortunas que se gastan sin trabajar, esos personajes que consumen sin producir. Dicen que su conducta es un insulto constante lanzado al rostro del pobre trabajador; pero yo no lo veo así; porque, ó trabajan con su talento y con su virtud, y entonces son tan dignos de respeto como yo; ó no trabajan nada, y entonces, lejos de ser un insulto para mí, creo que es el mayor insulto que pueden hacerse á sí mismos, á su propia dignidad. Sí, porque en este caso, el trabajador enfrente de ellos es un justo, es un rey, es un heroe; y ellos en frente del trabajador no son más que lo que les llama un respetable apologista, «unos consumidores escandalosos, unos holgazanes ilustres, unas nulidades brillantes»; y yo no envidio ni el brillo de las nulidades, ni el lustre de la holgazanería, ni el escándalo de la consunción. Sigan, pues, enhorabuena envueltos en la degradación de su lujo, de su molicie, de su inercia; que yo prefiero mil veces la modestia de mi taller y la obscura gloria de mi trabajo». Sí, hermanos mios; este debe ser vuestro lenguaje, estos deben ser vuestros propósitos. Conozco que tropezais en vuestra carrera con muchas dificultades y con muchos enemigos; pero también es cierto que teneis una gran Protectora y Abogada. Acudid, pues, á ella, conservad y perfeccionad vuestra piadosa devoción á la Inmaculada María; y como esto no puede

ser sin que observeis los preceptos de la Iglesia Católica, cumplid religiosamente la observancia de los dias festivos y no malgasteis viciosamente el tiempo de los otros dias; y vereis como entonces vuestra excelsa Patrona os otorga toda la fortaleza y resignación que necesitais para sobrellevar las fatigas de vuestro trabajo. Acudamos todos, hermanos mios, á prestar el agradable tributo de nuestras oraciones y de nuestras buenas obras á esta Virgen Inmaculada. Todos necesitamos trabajar en esta vida; todos necesitamos por lo tanto de su auxilio y protección. Y hoy, sobre todo, hoy que se celebra el vigésimo-quinto aniversario de la definición dogmática de este sublime y consolador misterio; hoy debemos depositar en las manos de María un profundo recuerdo de gratitud al glorioso definidor de la Inmaculada, al inmortal Pío IX. Hoy debemos redoblar nuestras oraciones á la Virgen María, pidiéndola que haga gloriosos por el triunfo de la verdad y la justicia los constantes trabajos y desvelos de nuestro Santo Padre el Papa León XIII; como también los de todos los venerables prelados y pastores de la Iglesia, los de todos los fieles de la cristiandad, y muy especialmente los nuestros, mis queridos oyentes, á fin de que, al término de nuestra laboriosa vida, encontremos la perfección, el trono y la gloria de los Santos en la Jerusalén celestial.

AMÉN.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

COMO PATRONA DE UN ESTABLECIMIENTO CIENTÍFICO

¡O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei!

¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y la ciencia de Dios!

Ap. ad Rom. XI. 33.

Todas las criaturas son débiles, respetable Claustro y distinguido Auditorio, todas las criaturas son débiles; desde la arena esparcida por el viento, hasta la roca derretida por el volcán; desde la flor balanceada por la brisa, hasta el cedro derribado por el hacha; desde el insecto aplastado por el pié, hasta el león cazado por el hombre; desde el párvulo, que no puede sostenerse, hasta el gigante, que no puede inmortalizarse; desde el necio, que ignora lo que es ciencia, hasta el sabio, que comprende su ignorancia. Por esto necesitan y buscan todas, la cooperación y el auxilio de otros agentes; como buscan las moléculas á sus homogéneas ó afines; como busca la hiedra el apoyo del árbol ó del muro; como busca el desvalido la protección del poderoso y el ignorante los consejos del perito.

Esto que pasa en todos los aspectos de la creación, reviste caracteres de gravedad suma en el orden intelectual y científico; porque de la ciencia, de la doctrina, nace la moral, y de la moral y la doctrina dependen nuestro progreso en esta vida y nuestra salvación en la otra. Y, sin embargo, es tan débil nuestra razón, que apenas puede dar un paso, como no sea guiada y sostenida por la mano del magisterio; y el magisterio humano á su vez es tan débil, que facilmente declina, abandonado á sí mismo, en la apatía y en la negligencia para el cumplimiento de su deber, y, lo que es peor, en errores sistemáticos de más ó menos trascendencia, cuando no en verdaderas herejías. Sí, señores: es muy grande la limitación de nuestro entendimiento: es muy tentadora la pasión del orgullo: es muy seductor el espíritu de la novedad: y sería mucha presunción por nuestra parte, el creer que nos bastamos á nosotros mismos para eludir esos tres escollos en que está expuesta á naufragar la débil barquilla de nuestra pobre inteligencia: y nos cargaríamos con una responsabilidad enorme, si por nuestra incuria, por una culpable ignorancia, ó por un injustificado orgullo, ó por una imperdonable ligereza, nos convirtiéramos en maestros del error y propagandistas del mal. No, no bastan las fuerzas naturales para sortear todos los peligros y arribar felizmente á las hermosas playas de la verdad. Yo bien sé, y me complazco en reconocerlo y publicarlo desde este sagrado sitio, yo bien sé que ninguno de mis dignísimos compañeros se aparta ni prescinde del infalible magisterio de la Iglesia Católica: yo bien sé que todos piden, esperan y confían en los auxilios sobrenaturales; y prueba de ello es la presente solemnidad religiosa que con unánime entusiasmo celebran. Pero conviene no perder de vista que mientras dure la vida durarán los peligros, y debemos estar siempre *arma al brazo* para conseguir la perseverancia.

No son menores, mis queridos escolares, no son menores los obstáculos que os esperan á vosotros en la nobilísima carrera de las letras Tropezareis en la ciencia con profundidades muy difíciles de sondear; en vosotros mismos, con inclinaciones muy difíciles de contener; y en el mundo que os rodea, con pasatiempos muy difíciles de renunciar. No bastan, no, vuestros naturales esfuerzos para daros la victoria en tan reñidos y prolongados combates. Todos, pues, maestros y discípulos, necesitamos proveernos de fuerzas superiores, necesitamos acudir al Cielo en demanda de auxilios

sobrenaturales. Todos los gremios del trabajo, convencidos de su debilidad, han deputado en el Cielo, cerca del mismo Dios, un Santo que les proteja y ayude con su poderosa intercesión; y nosotros, cuya misión es tan escabrosa y delicada, necesitamos como el que más un patrono de los más altos y de los más influyentes cerca del Padre de las luces. Y en verdad, queridos compañeros, que no podemos estar de queja: tenemos por abogada y protectora nada menos que á la misma Madre de Dios en el misterio de la Inmaculada Concepción: y con mucho fundamento. Lo que más directamente reclama y exije nuestro cargo, es luz, mucha luz para nuestra inteligencia, participar lo más posible de las inefables radiaciones de la sabiduría increada; y el misterio de la Inmaculada Concepción es un misterio de gran sabiduría, es una de las obras en que más resplandece la infinita sabiduría de Dios: y esta es la proposición que me propongo desarrollar en estos momentos. Pero necesito, hermanos mios, mucha gracia, muchísima gracia: ayudadme á implorarla por la intercesión de la Inmaculada Virgen, saludándola con las palabras del Angel: Ave-María.

¡O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei!

¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y la ciencia de Dios.

Ap. ad Rom. XI, 33.

RESPETABLE Cláustro: distinguido Auditorio. La sabiduría se refleja en el orden, en esa proporción exactamente concebida y adecuadamente ejecutada que se observa entre los medios y los fines, entre la unidad y la variedad. Admiramos la inteligencia del mecánico, que ha sabido enlazar con un solo motor el simultáneo y estrepitoso movimiento de mil máquinas distintas, y otras tantas operaciones diversas con la elaboración de un solo artefacto. Nos entusiasman aquellos talentos privilegiados, que explican con una sola ley inmensa variedad de fenómenos, ó derivan de un solo principio todas las verdades de una ciencia. Y ¿quién no se remonta á la infinita sabiduría del Criador, al contemplar la admirable combinación de medios y de fines, de unidad y variedad, que resplandece en todas sus obras? Obra suya es el sol; y de este centro proceden efectos tan distintos como el calor que nos vivifica, y el rayo que nos abrasa; los vapores que se elevan á la atmósfera para convertirse en fecundante lluvia, y el granizo que se precipita sobre nuestros campos sembrando la desolación y el exterminio; la luz con sus variados colores, que forman el encantador espectáculo del universo, y el majestuoso y

acompasado movimiento de todos esos mundos que giran en el espacio, con la alternativa sucesión de los días y las estaciones, que corresponden á las necesidades de los vivientes. Obra suya es el instintos de los animales: y ¿quién es capáz de recorrer los muchos y maravillosos fines que por este medio se realizan? Aquí los muelles y ligeros nidos, do se mecen como en blanda cuna los alados infantes: allí seguras y confortables viviendas, erigidas sobre el solitario torrente con todas las reglas de la arquitectura: á un lado los abundantes graneros acopiados por la previsión bajo la corteza de la tierra; y al otro las finísimas gasas que, á manera de pabellones, aparecen suspendidas de nuestros techos: ora tropezamos con el ovalado capullo, que nos surte de suavísima seda; ora con el delicioso manjar depositado en exágonas celdillas. Todo esto y mucho más, como la fortaleza del león, el vuelo de las aves, la astucia de la serpiente, la gallardía del corcel y los trinos del ruiseñor, todas son manifestaciones del instinto. Obra divina es también la inteligencia del hombre: y aquí, señores, llega mi asombro á su más alta expresión. ¡Qué série de portentosas producciones veo salir de aquella facultad eminente, cuando ha sido bien aprovechada y bien dirigida! Los volúmenes sin cuento que llenan nuestras bibliotecas: las bellísimas creaciones del genio que enriquecen nuestros museos; las complicadas y productoras máquinas que se agitan en nuestros talleres; los ingeniosos aparatos que ponen al alcance de nuestra observación el mundo de las estrellas; los artificiosos recursos con que se humilla la altanería de las montañas, se salvan los abismos de los mares y se comunican instantáneamente todos los pueblos del Orbe. Todo esto y mucho más dá de sí un solo rayo de luz divina, encendido por el Eterno en el alma humana con el nombre de razón natural.

Creo, hermanos míos, que basta lo dicho para que todos esteis diciendo en vuestro interior: ¡Qué sabiduría tan grande la que por medios tan sencillos realiza tan variados y trascendentales fines! Y mas si considerais que toda esa variedad de seres, de operaciones y de fines, vuelve á reconcentrarse en la unidad del fin último, al que todos concurren y que es la gloria de Dios: son como una gran madeja, cuyos hilos se mueven, se cambian y se cruzan en todas direcciones, pero sin poder desprenderse nunca de las dos manos que los unen y los sujetan en sus extremos. Por esto dice San Pablo, que por las obras visibles de Dios podemos conocer

sus invisibles atributos: *Invissibilia enim ipsius á creatura mundi, per ea quæ facta sunt, intellecta conspitiuntur.*

Pues esta sabiduría es la que se refleja también en el misterio que hoy solemnizamos. La Inmaculada Concepción es aquel privilegio especial, en cuya virtud la Virgen Santísima, desde el momento en que su alma se unió á su cuerpo, quedó llena de gracia santificante con todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, y preservada ó exenta del pecado original, que todos los demás hombres heredamos de nuestros primeros padres. De modo que la Inmaculada Concepción es una gracia sobrenatural, por la que María quedó exceptuada del divino anatema que pesa sobre todos los descendientes de Adán; apareciendo como una gota cristalina en medio de un cenagoso océano; como un hermoso lirio que brota de un seco y carcomido abrojo; como un sólido edificio que se levanta entre molidos escombros. Pues de esta gracia veremos nacer otras muchas: por este solo medio veremos realizarse muchos y muy distintos fines: es como un germen del cual nacen toda clase de flores y toda especie de frutos: es un manantial de omnímoda virtud, colocado por la Providencia al frente del campo de la Redención, y cuyas aguas distribuidas en cristalinos arroyos, riegan y fertilizan primero todas las potencias y todos los sentidos de María, hasta convertirla en un edén no indigno del Hijo de Dios: incorpóranse después al caudaloso río formado por el Verbo, al encarnar en las entrañas de la Virgen; río que crece y se desborda, con el crecimiento y desarrollo de Jesús, por todas las esferas de nuestra vida, por todas las necesidades del hombre, por tadas las clases de la sociedad, por todas las razas de la especie humana, hasta convertirse, con todos los méritos del Redentor y su Santa Madre, en un océano inmenso, inagotable, infinito, capaz de regar y fertilizar y santificar y glorificar todos los pensamientos, todas las obras y todos los individuos de todas las generaciones que han pasado y á pasar lleguen por este miserable destierro.

En efecto, católicos: de aquella gracia se derivan, en primer lugar, los tres títulos que mas honran á María, las tres perlas que más resplandecen en su corona y cuyo brillo es bastante para eclipsar todas las gracias de todas las demás criaturas. Por la Inmaculada Concepción se hizo María una hija adoptiva la más digna del Eterno Padre; una Madre la más digna del Verbo Humanado; y una Esposa la más digna del Espíritu-Santo. Se hizo una

hija la más digna del Eterno Padre; porque el hijo más digno de su padre es el que más se le parece, el que más se le aproxima en naturaleza, en ideas y en sentimientos: siendo, pues, Dios la bondad, la santidad y la pureza absolutas, aquella criatura será la más digna de su adopción, que más se le aproxime, que más participe de su bondad, de su santidad y de su pureza; ¿y dónde hay una criatura de mayor bondad y santidad, que la que está llena de estos dones desde el primer instante de su Concepción?: ¿dónde está una alma más pura, que la que aparece inmune hasta de la mancha original, que por nuestra parte es inevitable? María se hizo por la Inmaculada Concepción una Madre la más digna del Verbo Humanado; porque el carácter de la madre es la ternura, la solicitud y el amor para con sus hijos; de suerte que aquella madre será más digna de su hijo, que le dispense toda la ternura, toda la solicitud y todo el amor que merezca. Ahora bien: Jesucristo merece una ternura constante, porque Él es también constantemente tierno; y una solicitud constante, porque Él es también constantemente solícito; y un amor constante, porque Él es también constantemente amable, como constantemente bueno y perfecto: y ¿quién duda que, si María fué constantemente tierna y solícita y amante de Jesús, lo debió al privilegio de su Inmaculada Concepción?: un solo momento que hubiera estado inficionada del pecado original, faltaría aquella constancia en el amor y en la ternura para con la persona del Verbo, que había de ser la persona de su Hijo; porque el pecado y el amor de Dios son incompatibles en un mismo sujeto. La Virgen se hizo también por la gracia de su Inmaculada Concepción la Esposa más digna del Espíritu-Santo; porque la dignidad de la esposa se funda en la triple base de su amor, de su fidelidad y de su belleza; y merced á su Inmaculada Concepción María amó constantemente al Espíritu-Santo, puesto que le amó desde el primer instante de su ser: le fué constantemente fiel, puesto que ni un momento la cautivaron los atractivos de las criaturas y las malévolas insinuaciones del demonio, que es el rival del Espíritu-Santo; y fué constantemente bella, con aquella belleza espiritual é inefable, constituida por el blanco fondo de la gracia santificante matizado por los vivos colores de todas las virtudes, sin faltarle tampoco una extraordinaria y excepcional belleza física, por lo que exclama su divino Esposo en el Cantar de los Cantares: *Tota pulchra es amica mea, et macula non est in te;* Toda tu eres her-

mosa, amiga mía; y no hay en tí mancha alguna. Ved aquí mis amados hermanos, como la Virgen Santísima, por el misterioso anillo de su Inmaculada Concepción, está unida á la Trinidad Beatísima por los más estrechos vínculos que se conocen; el de la filiación, el de la maternidad y el del consorcio: el de la filiación respecto del Padre, el de la maternidad respecto del Verbo Humanado, y el del consorcio respecto al Espíritu-Santo. Y, como el Padre, el Verbo y el Espíritu-Santo no son más que un sólo y mismo Dios, resulta que María es al mismo tiempo Hija, Madre y Esposa de Dios. ¡Qué contraste y qué harmonía, hermanos mios! ¡Oh profundidad de la sabiduría infinita! Sólo tú pudiste concebir tan atrevido proyecto! Sólo tú podías conciliar extremos tan opuestos en una criatura! *¡O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei!*

Pero no es esto solo, hermanos mios. Vamos á ver ahora como aquel misterioso anillo que sirvió para unir á María á la Trinidad augusta, por los gloriosos y eminentes títulos de hija, madre y esposa, sirve también para unirla á la miserable humanidad con los títulos consoladores de Corredentora, Reina, Madre, Abogada y Modelo sublime de nuestras aspiraciones. En efecto, católicos: María fué Corredentora con Cristo del humano linaje por su Inmaculada Concepción; porque á este privilegio debió los honores del completo triunfo alcanzado sobre Lucifer; de allí recibió su virginal planta el heróico valor con que aplastó la cabeza de la serpiente, según la promesa del Paraiso, cooperando así á quebrantar las cadenas de nuestra esclavitud; y de allí también el que se conservase toda su vida tan limpia de todo pecado como llena de merecimientos, que pudo unír á los de su divino Hijo para aplicarlos en beneficio de la necesitada humanidad. María por su Inmaculada Concepción, se hizo Reina de los hombres y de los ángeles; porque aquella gracia singular dió alas á su espíritu para remontarse como el águila, sobre todos los heroes por su valor, venciendo las formidables huestes del enemigo invisible; sobre todos los sabios por el don de sabiduría, que le fué comunicado en su Concepción con la gracia santificante; sobre todos los confesores por su fé, que fué contemporánea á su sabiduría; sobre todos los mártires por su paciencia, que ejercitó tan pronto como su fé; sobre todos los santos por su santidad, que cual ninguno poseyó desde su origen; y sobre todos los ángeles por su amor, que la hizo digna del divino Es-

poso. María por su Inmaculada Concepción, se hizo Madre de los hombres; porque en virtud de aquel privilegio se hizo digna Madre de Jesús, y Jesús, Dios y Hombre, representaba á todo el género humano, cuyas veces hizo en su pasión y en su muerte. María, por su Inmaculada Concepción, se hizo abogada é intercesora de los pecadores, porque en virtud de aquel misterio, fué desde el primer instante de su existencia íntima amiga de Dios: he dicho mal; fué digna hija, Madre y Esposa de Dios: y ¿dónde hay mejor intercesor y abogado, que la hija para con el padre, la madre para con el hijo y la esposa para con el esposo?

Finalmente María, por su Inmaculada Concepción, es un tipo sublime de nuestras aspiraciones, y sobre todo un modelo acabado de la mujer. El hombre va siempre en pos de la bondad y la belleza; siempre aspira á la perfección, y tanto más sube en esta escala cuanto más elevado y perfecto es el modelo que se le ofrece. En el mundo pagano tenían por tipos á Júpiter el adúltero y á Venus la prostituta: tipos bajos, que no dejaban levantar los ojos del miserable polvo de la tierra; espejos inmundos que no permitían ver las manchas de los que á ellos se miraban: por eso eran mezquinas todas sus aspiraciones; por eso los hombres estaban envilecidos y las mujeres degradadas; por eso toda su bondad y toda su belleza dejaban mucho que desear. Pero en el mundo cristiano, merced á la divina misericordia, al lado de Jesucristo, perfección absoluta, tenemos á María, la obra más acabada que salió de las manos del Omnipotente. Sí, María, por su Inmaculada Concepción, es más pura que la luz y más bella que la aurora y más excelsa que los ángeles: es un tipo sublime, que eleva nuestras aspiraciones hasta lo infinito, porque lo infinito se refleja en María: es un espejo purísimo, en el cual se reflejan todas las manchas é imperfecciones de los que á él se miran, para poder corregirlas. Por eso los hombres han recobrado su grandeza y elevación de miras: por eso las mujeres se han restituido á su dignidad. Sí, piadosas mujeres, á María debeis el haber salido del envilecimiento y la abyección en que estábais sumergidas: á María, que, como digna hija del Eterno Padre, fué un modelo acabado para las hijas de los hombres: á María que, como digna Madre del Verbo humanado, fué un modelo perfectísimo para las madres de los hombres: á María que, como digna Esposa del Espíritu Santo, fué un modelo no menos perfecto para las esposas de los hombres.

Hemos visto, amados oyentes, la expresión de la sabiduría en el orden, en la sencillez de los medios con relación á la importancia y variedad de los fines, y en la unidad del fin último con relación á la variedad de los medios. Reconocíamos la ciencia humana en esa unidad y variedad que nos ofrecen las obras de los hombres; y admirábamos la sabiduría infinita, al contemplar la superior y maravillosa harmonía entre la unidad y la variedad que resplandece en las obras del Altísimo. Con este criterio hemos examinado la obra divina que hoy solemniza la Iglesia, el misterio de la Inmaculada Concepción de María; y en él hemos visto á manera de un precioso y divino germen, de donde brotan flores y frutos celestiales de lo más variado y escogido, cuales son las excelsas dignidades de Hija, Madre y Esposa, respecto á la Divinidad; y los honrosos títulos de Corredentora, Reina, Madre, Abogada y Modelo respecto de la humanidad. En él hemos descubierto un maravilloso anillo, por el que María se une simultáneamente con el Cielo y con la tierra; con las tres personas de la Trinidad augusta, con todas las clases de la sociedad humana y con todos los coros de las jerarquías angélicas. En él vemos también una base sencilla, sobre la cual se levanta el grandioso edificio de nuestra Redención. Y ¿habrá aún quien dude ahora de que este misterio es un portento de sabiduría? Al ver que tan sencillo medio conduce á tan variados fines; al ver que con un solo lazo se unen tan distantes extremos; al ver que sobre una base, al parecer tan débil, se sostiene tan grandioso edificio, ¿quién no exclama lleno de admiración y asombro *¡O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei!*: Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! Convengamos, pues, en que el misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen es un misterio de gran sabiduría, es uno de los misterios en que más resplandece la infinita sabiduría de Dios; y por lo tanto, muy apropósito para constituir el patrocinio de este centro docente.

Solo resta, mis queridos compañeros y amados escolares, solo resta que nos aprovechemos de este foco de luz, volviéndonos hacia él con nuestra meditación y con nuestras oraciones para que nos ilumine, como se vuelven los planetas hacia el sol para recibir la claridad de sus rayos. No olvidemos, dignísimos comprofesores, que Dios cierra sus tesoros y se opone con toda su resistencia á la presunción y al orgullo; y la resistencia de Dios es invencible: *Deus*

superbis resistit; y que, por el contrario, no sabe negar nada, todo le parece poco para los que, convencidos de su debilidad y de su miseria, se postran y le piden: *humilibus autem dat gratiam*: Jacob. IV. 6. Aunque hemos llegado á ser maestros de esta juventud estudiosa, debemos continuar siendo discípulos fieles y constantes del divino Maestro, que es Jesucristo, Maestro de los maestros, y que continúa enseñándonos por el ministerio de su órgano vivo é infalible, que es la Iglesia Católica. Y vosotros, mis amados jóvenes, grabad profundamente en vuestra memoria esta otra sentencia del Espíritu Santo: *In malevolam animam non introibit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis;* Sap. I, 4: La sabiduría no entrará en un espíritu perverso, ni residirá jamás en un cuerpo sometido á la esclavitud del pecado. Valor, pues, para decir á todas las pasiones desordenadas: Atrás, estólida pereza; que tu eres estacionaria, y yo busco el progreso. Atrás, impúdicos placeres; que vosotros sois de los sentidos, y yo quiero ser de la razón; vosotros me acercais á los brutos, y yo quiero acercarme á los ángeles. Atrás, lecturas perniciosas y frivolidades novelescas; que vosotras me robais el tiempo y la atención que yo quiero dedicar á la ciencia edificante y sólida, á la verdadera sabiduría, que es la ciencia de los Santos. Atrás, vanidades todas; que vosotras quereis hacerme de la tierra y del mundo, y yo y todos queremos ser del Cielo y de Dios.

ASÍ SEA.

LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN

¿Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens?

Quién es ésta, que marcha como el alba al levantarse?

Cant. Cant. VI, 9.

A. O.

Todos los misterios de la Santísima Virgen son en gran manera simpáticos, y no es por cierto de los menos el que hoy solemniza la Iglesia. Hoy venimos á honrar á María en su cuna; y la cuna tiene encantos que se echan de menos en el trono. En éste predomina la elevación, la majestad, el poder: la elevación que impone, la majestad que deslumbra, el poder que cohibe: ante él sufre violencia la natural expansión de nuestros sentimientos. En la cuna descuellan la sencillez, la inocencia, la debilidad: la sencillez que atrae, la inocencia que cautiva, la debilidad que interesa: ante ella se abren de par en par las puertas de nuestro corazón, y el torrente de los más tienos afectos corre á desahogarse sobre el nuevo fruto del amor y del sacrificio. Hoy celebramos la Natividad de María; y la natividad, el acto de nacer; el momento de pasar de la noche de la nada á la luz de la existencia y de atravesar un nuevo ser los umbrales de la realidad, lleva

siempre consigo motivos de satisfacción y complacencia: le recibimos y saludamos como un recurso más en la esfera de nuestras necesidades, como una fuerza más en las manos de nuestra industria, como un soldado más para las conquistas de nuestra civilización, como una nota más en las harmonías del concierto universal. De aquí el suave placer con que vemos brotar el agua en el fondo de una fuente; y la amable sonrisa con que agradecemos á la naturaleza la producción de una flor; y el mágico embeleso con que vemos asomar el sol por las puertas del oriente; y la espontánea gratitud y el irresistible entusiasmo con que vemos aparecer en el suelo de la Patria, una invención provechosa, un descubrimiento importante, un genio distinguido y un héroe extraordinario.

Y siendo esto así, ¿cuánto debe ser nuestro gozo, nuestra gratitud y nuestro entusiasmo, en la Natividad de la Santísima Virgen? Ella es la fuente misteriosa, de cuyo fondo ha de brotar el manantial de vida eterna. Ella es la mística flor, donde germinará el fruto divino de nuestra redención. Ella es la rosada aurora, encargada de abrir el paso al Sol de justicia. Ella es también la invención más hermosa del arte divino, para cautivar nuestros corazones; el descubrimiento más trascendental de la eterna sabiduría en beneficio del género humano, y la heroina más valiente de los ejércitos del Señor para la reconquista de nuestra libertad. Ella es, en una palabra, la obra más grande que ha salido de las manos de Dios, superada solo por su propio artífice, en expresión de San Pedro Damiano: *Opus quod solus opifes supergreditur.*

¡Ah, hermanos mios! ¿Quién me diera tiempo y fuerzas para desplegar ante los ojos de vuestro espíritu el magnífico horizonte que se abre para la humanidad con el Nacimiento de María? Yo os haría ver que Ella trae en pos de sí un mundo completamente nuevo, un sol sin eclipses, un cielo sin nubes, un clima sin rigores, una tierra sin ingratitud y unos mares sin tormentas. Pero no puedo extenderme á todo y me limitaré á desarrollar la siguiente proposición acomodada á las circunstancias: «La Natividad de la Virgen María es la aurora de la restauración universal; como las jóvenes Hijas de María representan la aurora de la restauración de la familia.» *Quasi aurora consurgens.*

Imploremos antes los divinos auxilios por la intercesión de la que es Madre de gracia, saludándola con el Angel: Ave-María.

Quasi aurora consurgens.

Cant. Cant. VI, 9.

A. O.

SABIDO es que la aurora desempeña dos oficios en el orden material; sigue á la noche y precede al día; es el fin de la obscuridad y el principio de la luz; con una mano cierra las puertas al imperio de las tinieblas, mientras con la otra abre la entrada al curso del sol.

Pues estos dos oficios se cumplen también en la Natividad de la Virgen María. Esta incomparable Virgen salió á la luz del mundo después de una noche de más de cuatro mil años: noche funesta, cuyas tinieblas cubrían el alma y el cuerpo, el entendimiento y la voluntad, la cabeza y el corazón del género humano. Las tinieblas de la ignorancia y del error sustituyeron en nuestro entendimiento á la llama de la divina revelación apagada por el soplo de la primera culpa, y desde entonces, y muy principalmente desde la providencial dispersión de los pueblos al pié de la soberbia torre, la razón humana, nacida para la verdad y para la ciencia, se dedica á la investigación de la ciencia y la verdad; pero, como ciego sin guía, dando tumbos de error en error, de aberración en aberración, de delirio en delirio, hasta estrellarse definitivamente en los mortales escollos del politeismo más ridículo, del materialismo más grosero, del panteismo más absurdo, y del

excepticismo más desesperante. Los pueblos más cultos, á excepción del pueblo escogido, como el sabio Egipto, la astronómica Caldea, la especuladora India, la enciclopédica Grecia y la jurídica Roma, se movían entre las negras sombras de tan lamentables errores; y tropezaban, y caían, y se precipitaban hasta el extremo de tener por dioses á las bestias, por providencia la fatalidad, por lícito el robo, por honrosa la prostitución, por máxima el odio á los extranjeros, y por laudables el infanticidio y el parricidio. Y como no hay noche sin estrellas, tampoco faltaban algunas en aquella noche fatídica: Zoroastro y Confucio, Licurgo y Solón, Pitágoras, Platón y Aristóteles, se elevaban en alas de su genio sobre la atmósfera del vulgo, y brillaban como estrellas en el firmamento intelectual; pero no eran más que estrellas, incapaces de convertir la noche en día: ninguno alcanzó la categoría de Sol, capaz de traer al espíritu humano el deseado día de la verdad: antes bien, al lado de las grandes ideas, de las preciosas verdades, de los importantes descubrimientos, que conquistaron con su poderosa inteligencia en varias esferas del saber humano, se les ve.... ¡ay! se les ve ser los primeros víctimas, los maestros y defensores de aquellos sistemas monstruosos, donde naufragaban las verdades más trascendentales para la humanidad, cuales son las relativas á Dios y sus atributos, al hombre y su destino, al mundo y su origen; hasta el extremo de que Cicerón no duda en llamar á sus doctrinas sobre estos puntos, sueños de delirantes más bien que sentencias de filósofos: *non philosophorum juditia sed delirantium somnia.*

Las tinieblas del vicio invadieron á su vez el corazón humano, apenas tuvo lugar el primer desorden en las potencias de nuestros progenitores. Y, desde entonces, la voluntad humana, víctima también de la obscuridad del entendimiento y esclava del apetito sensitivo, empezó á rodar por la pendiente del crimen, apartándose cada vez más de la verdadera línea de lo bueno y de lo justo, hasta perderse lastimosamente en los áridos desiertos del mal, bajo todas sus formas, y quedar sumergida en el inmundo lodazal de la sensualidad más degradante. El despotismo y la crueldad en los Césares, la diferencia de razas en las instituciones, la esclavitud en la sociedad, la degradación de la mujer y del hijo en la familia, y la corrupción en los individuos; hé aquí las densas nubes que encapotaban el cielo moral, formando en torno de nuestra voluntad

una noche no menos obscura que la que formaba el error en torno del entendimiento: nubes que no pudieron disipar, ni el Egipto y la Caldea con sus progresos matemáticos y astronómicos, ni Licurgo con su rigidez, ni Solón con su política, ni Sócrates con su moral, ni Platón con su metafísica, ni Ciro con su poder, ni Alejandro con sus conquistas, ni Cesar con sus victorias, ni Cicerón con su elocuencia, ni Augusto con su imperio.

No faltaban, es verdad, en aquel repugnante cuadro de la moral pagana, algunos rasgos de virtud y sacrificio; como la admirable tranquilidad de Sócrates y de Foción, bebiendo impávidos la mortífera cicuta que les propinara la envidia ó la ingratitud de sus enemigos; la fidelidad extraordinaria de Régulo, quien víctima de su palabra vuelve de Roma á Cartago, donde sabía que solo le esperaban los tormentos y la muerte; la castidad conyugal de Lucrecia, prefiriendo la muerte antes que sobrevivir á la violencia que sufriera del hijo de Tarquino. Pero todos estos y otros análogos no eran más que rasgos, y rasgos de virtudes puramente naturales, y, en la mayor parte de los casos, viciados por el error, por el motivo ó por el fin de las acciones: sirva de ejemplo la célebre Lucrecia, quien al lado de su amor á la castidad verdaderamente laudable, nos ofrece el crimen del suicidio, altamente reprensible.

Ahora bien, hermanos mios, ¿quién no anhela salir de una obscura y prolongada noche? ¿Quién no desea con ánsia ver asomar el alba, capaz de consolar á unos ojos cansados ya de obscuridad y de tinieblas? ¡Ah! Alegraos cielos y tierra: *jubilate Deo omnis terra:* regocijaos, pueblos y naciones; consolémonos todos, hermanos mios, que esa alba ya asoma. Sí, miremos al oriente; trasladémonos por un momento con nuestro espíritu á la provincia de Galilea, á la ciudad de Nazareth. Allí acaba de verificarse un acontecimiento extraordinario y milagroso. Entre los moradores de dicha ciudad figura un humilde matrimonio compuesto de Joaquín y de Ana, ambos justos delante del Señor: matrimonio sellado con el oprobio de la esterilidad en los veinte años que lleva de existencia. Mas hé aquí que al cabo de este tiempo, cuando menos lo pensaban, cuando parecía más opuesto al curso ordinario de la naturaleza, la fecundidad les visita: Ana ha concebido y dado á luz una hermosa niña. Pero no es esto todo: entremos, hermanos mios, á ver la recién nacida; acerquémonos á la cuna de la milagrosa infanta. ¡Dios Santo! ¿Qué veo? ¿Qué niña es ésta, que no se parece

á ninguna de las nacidas hasta ahora? *¿Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens?* Quién es esta que marcha como la aurora al levantarse? Qué niña es ésta, cuyos sentidos y potencias revelan ya en la cuna una perfección muy superior á la que alcanzaron, después de larga vida, todos los patriarcas, todos los profetas y todas las heroinas del pueblo de Dios? *Quæ est ista?* Qué niña es ésta? Ella, si nos mira, no es para detenerse, como la mirada de los otros niños, en los colores y forma del cuerpo, sinó que tiende á penetrar los sentimientos del alma: si llora, no son las lágrimas del niño que se queja de hambre, de dolor ó de miedo, sinó las de una mujer tierna afectada por una gran desgracia: si se ríe, no es la sonrisa de un niño producida por la caricia ó el juguete, sinó la sonrisa de la gratitud y la esperanza, provocada por la previsión y el reconocimiento: si baja la vista, es como quien conoce y practica la virtud de la modestia: si levanta los ojos al cielo, es como quien tiene idea clara de Dios y le adora. *¿Quæ est ista?* Quién es, pues, esta niña?

¡Ay! ya sé quién es, y vosotros también lo sabeis. Esta niña es aquella mujer prometida por Dios en el paraiso para quebrantar la cabeza de la serpiente: *ipsa conteret caput tuum.* Es aquella Virgen anunciada por los profetas, deseada por los patriarcas y esperada por las generaciones, para ser Madre del Redentor del mundo. Esta niña es la Virgen María, la destinada para ser Madre de Dios, y por consiguiente la precursora, la aurora del gran día de la restauración universal: *Quasi aurora consurgens.* Sí, ella es la primera hija de Adán, que inmaculada desde su Concepción, se libró de la esclavitud del príncipe de las tinieblas. Ella es el primer vástago del árbol de la humanidad caida que nació exento de la infección del pecado. Ella es la primera criatura humana que salió ya del vientre de su madre llena de santidad en su espíritu, llena de sabiduría en su entendimiento y llena de virtudes en su corazón. Con los destellos de su santidad original abrió la primera brecha en las tinieblas del pecado, anunciando la claridad de la gracia. Con los resplandores de su celestial sabiduría hirió profundamente las sombras del error, anunciando la luz de la verdad. Con el aroma de sus incomparables virtudes dominó las miasmas del vicio, preludiando el reinado de la justicia. En una palabra, con la mano de sus gracias y prerrogativas empezó á cerrar la puerta al imperio de las tinieblas, y con la mano de su humildad

empezó á preparar la entrada del divino Sol de justicia; hasta que llegó, quince años después, el momento solemne de pronunciar aquella inspirada y eficacísima frase: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Momento sublime y dichoso, en que el Verbo divino tomó posesión de las purísimas entrañas de María, para salir de ella como de mística aurora, al cabo de nueve meses, á iluminar el mundo con los rayos de su sabiduría y santidad infinitas, y restaurar á la vez todas las cosas, los cielos y la tierra, el alma y el cuerpo, la razón y los sentidos: *Instaurare omnia, sive quæ in cœlis sive quæ in terra sunt in ipso.* Con razón dijo, pues, el abad Ruperto: *Sicut aurora finis præteritæ noctis est, sic Nativitas Virginis finis dolorum et consolationis initium fuit;* así como la aurora es el fin de la noche, así la Natividad de María es el fin de nuestros males y el principio de nuestros consuelos.

Sí, Virgen Santísima; nosotros te bendecimos, te alabamos, te glorificamos en vuestra milagrosa Natividad: nosotros te saludamos con santo júbilo como la risueña aurora de nuestra redención, de nuestra salvación y de nuestra felicidad; y sobre todo estas jóvenes, que llevan el glorioso nombre de hijas vuestras, se adhieren en un todo, con su corazón y con su espíritu, á las ideas, sentimientos y deseos que Vos revelásteis en vuestra cuna: ellas quieren imitaros á todo trance; ellas quieren ser también la aurora de la restauración de la familia, como vos lo fuísteis de la restauración universal. Ayudadles, pues, madre mía; enseñadles el modo de conseguirlo, aunque sea por medio de mis indignos labios.

PARTE 2.ª

Es por desgracia demasiado cierto, mis amados hermanos, que la familia está cruzando hoy una noche demasiado triste y obscura. Los elementos vitales de la familia, los astros luminosos capaces de inundarla con la alegre claridad del día, pueden reducirse á estos cuatro: el amor de los cónyuges, el celo del padre, la abnegación de la madre y la obediencia de los hijos. 1.º el amor de los cónyuges; pero un amor verdadero, sólido, espiritual, como el que Jesucristo tuvo á su Iglesia; porque es el único que puede producir esa unión

de voluntades, esa harmonía de ideas y sentimientos, que constituyen la paz del matrimonio; paz indispensable, absolutamente necesaria, por ser como el óleo santo que evita el que se oxiden y se obstruyan los ejes y las ruedas del organismo doméstico. 2.° el celo del padre; pero un celo discreto, activo, enérgico, para procurar el verdadero bien de la familia, es decir, el bien ordenado, el bien moral con preferencia á los bienes materiales, y los bienes materiales solo en cuanto conduzcan y no se opongan al bien moral de la virtud, según la conocida sentencia de la eterna sabiduría: *Quærite primum regnum Dei; cætera autem adjicientur vobis*: Buscad ante todo el reino de Dios, que todo lo demás se os dará por añadidura. 3.° la abnegación de la madre: es decir, un olvido tal de sí misma, que esté dispuesta á todo género de sacrificios, porque sus funciones son todas de generosidad y sacrificio para con sus hijos. Ella tiene que prestar su sangre para formarlos, aceptar los dolores para parirlos, exprimir su propia substancia para alimentarlos, renunciar á su propio reposo para velarlos y dar de mano á muchos gustos y muchas aficiones para criarlos y educarlos; y es sabido que las grandes generosidades y los grandes sacrificios no se llevan á cabo sin una grande abnegación. 4.° la obediencia de los hijos; pero una obediencia incondicional, absoluta, porque absoluta é incondicional es la obligación de hacer el bien, y el padre que sabe ser padre, siempre ordena el bien á sus hijos; debe ser además una obediencia amable y risueña, porque risueña y amable es también la autoridad paterna.

Pues bien, mis amados hermanos, estos elementos que deben constituir el alma de la familia, están hoy profundamente adulterados: estos astros que debieran iluminar siempre la esfera del hogar doméstico, sufren hoy un desconsolador eclipse. El amor espiritual que debe unir el corazón de los esposos, está eclipsado por el amor material y sensible, amor caduco, efímero, inconstante, como inconstante, efímera y caduca es la fortuna ó la belleza en que se funda. De aquí el que suceda bien pronto, al amor la indiferencia, á la indiferencia el desvío, y al desvío esa serie de divergencias, de rozamientos y colisiones matrimoniales, que perturban y trastornan el orden doméstico y dan al traste con el bienestar y la felicidad de la familia. El celo del padre por el bien moral de los hijos está eclipsado por el abandono y la indiferencia en unos, por la venda de las más indignas pasiones en otros, y en los más por la

ciega y criminal preferencia de los bienes materiales, de los placeres, dignidades y honores mundanos, sobre el bien de la virtud y los intereses eternos del alma: de aquí esas tristes y conmovedoras escenas que con frecuencia nos ofrece una juventud sin educación, una juventud disipada, descreida, materializada, atenta solo á satisfacer los más necios caprichos ó los más criminales deseos, dilapidando el haber de la familia y concluyendo muchas veces por el trágico fin de la más horrenda desesperación. La abnegación de la madre está eclipsada por las sombras de la vanidad y del orgullo, ó por las contagiosas exhibiciones de la moda, ó por la cobarde y servil condescendencia con las reclamaciones de una sociedad sibarítica y degradada. Y, por último, la obediencia de los hijos está eclipsada por esas ridículas pretensiones de una igualdad quimérica y de unos derechos prematuros cuando no completamente absurdos; pretensiones nacidas y fomentadas quizá en el hogar doméstico por el ejemplo y la doctrina de los padres: de aquí esa frecuencia verdaderamente lamentable, con que la autoridad paterna se vé burlada, escarnecida y pisoteada por la rebeldía de los hijos, produciendo en el seno de la familia disgustos y amarguras sin cuento.

Tales son, mis amados oyentes, tales son, por regla general, las densas tinieblas que envuelven hoy el horizonte de la familia en una obscurísima noche. Y ¿quién estará destinado á disiparlas? ¿De dónde vendrán la luz y el calor que purifiquen y transformen esta inficionada atmósfera y traigan al hogar doméstico el deseado día de la paz y del bienestar de sus moradores? ¿De dónde?. De vosotras, Hijas de María: sí, vosotras sois la aurora que nos anuncia el día de la restauración de la familia, como la Virgen fué en su Natividad la aurora de la restauración universal. Vosotras, recibiendo hoy en la cuna de vuestra Santísima Madre los benéficos y luminosos rayos del amor puro, del celo prudente, de la abnegación heróica y de la obediencia ciega, los reflejareis mañana sobre vuestro esposo y sobre vuestros hijos, para que en todos reine la virtud, la armonía y el más envidiable contento.

María, en su cuna, para nada tiene en cuenta ni la hermosura de su cuerpo ni la ilustre sangre real y sacerdotal que corría por sus venas: á los ojos del mundo allí no hay más que obscuridad y humildad: toda su gloria la cifra en la hermosura de su alma, en el cúmulo de gracias y virtudes que adornan su espíritu: *Omnis*

gloria ejus filiæ Regis ab intus: Psalm. 44. Aprendedlo vosotras: no aficioneis vuestro corazón á los hechizos corpóreos ni á los timbres mundanos: amad y haced que os amen principalmente por el espíritu, por los encantos de la virtud y de la santidad, si quereis que el amor sea sólido y permanente. María, en su cuna, ninguna solicitud mostró por los bienes temporales; en torno suyo no reinaba más que la pobreza: en cambio, su celo por el bien espiritual y por la honra y gloria de Dios no tenía límites, y á los tres años abandonó por completo el mundo retirándose al Santuario, al templo de Jerusalén, para consagrarse exclusivamente al servicio del Altísimo. Pues así también vosotras; no os cuideis demasiado de las riquezas y los bienes de esta vida: inflamaos sí, en el santo celo por la virtud y por la gloria de Dios, para que en su día lo comuniqueis al corazón de vuestro esposo, haciendo de él un padre cuerdo y solícito por el verdadero bien de sus hijos. María, en su nacimiento y en toda su vida, llevó la abnegación hasta el heroismo: olvidada completamente de sí misma, sólo atendía al bien de la humanidad: todas sus oraciones, todas sus súplicas y todas sus lágrimas, tenían por objeto abreviar la venida del Redentor, para que sacase á todos los hombres de la esclavitud en que ella no había caido: todas sus privaciones, todos sus sacrificios y todos sus méritos, eran otros tantos raudales que, impulsados por su generosidad, corrían á incorporarse con el piélago de los méritos de Jesucristo, cooperando así á la satisfacción de la justicia divina por los pecados del género humano, de los cuales ella estaba absolutamente exenta. Pues hacedlo así vosotras, imitad algo, algo siquiera de esta abnegación sublime, de esta generosidad admirable, para que, empleándola algún día en beneficio de vuestros hijos, hagais de ellos unos dignos herederos de vuestras virtudes. La obediencia, por fin, estuvo también en María á la altura de las demás virtudes: careciendo siempre de voluntad propia, no tenía otra norma de sus acciones más que la voluntad de sus padres primero, la de los sacerdotes en el Santuario después, y siempre y en todas partes la voluntad del Señor, á la cual estaba tan absolutamente sujeta como indican aquellas memorables palabras: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secumdum verbum tuum.* Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Pues imitadla vosotras también en ésto; aprended, acostumbraos desde luego á practicar esta obediencia con vuestros padres, con vuestros superiores, para

que en su día la practiquen con vosotras vuestros hijos. Y de esta manera, con la obediencia de los hijos, con la abnegación de las madres, con el celo religioso de los padres y con el amor puro de los cónyuges, vereis y veremos todos, en época no lejana, aparecer el gran día de la restauración moral de la familia, el gran día del orden, la paz y la felicidad doméstica.

Que sea así, Virgen Santísima; que la celebración de vuestra milagrosa Natividad en el día de hoy sea el feliz presagio de la perfección de estas jóvenes, de la reforma de estas familias, de la prosperidad de este pueblo, del triunfo de la Iglesia y de la santificación de todos, para que todos tengamos la dicha de nacer un día á la vida de la gloria, y de alabaros y bendeciros por los siglos de los siglos en el reino de los Cielos.

ASÍ SEA.

LA EXPECTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum.

He aquí concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús.

Luc. I, 31.

A. O.

Es la esperanza el impulso de la vida, el móvil de las acciones, el principio de las grandes empresas, el estímulo para los grandes sacrificios. Ella es la que presta valor al corazón y álas al espíritu: valor al corazón para vencer los obstáculos, y álas al espíritu para llegar al objeto de nuestros deseos. Ella es la que pone el alfabeto en las manos de un niño, la que dá el primer paso en un largo viaje, la que arroja las primeras semillas en los campos del cultivo, la que coloca la primera piedra en el cimiento de un edificio, la que rompe la primera piqueta en la roca de una montaña. Ella es la que dá fuerza al cautivo para arrastrar su cadena, serenidad al piloto para luchar con las olas, intrepidez al soldado para arriesgar su vida, y heroismo al mártir para arrostrar los tormentos. Ella fué también el primer apoyo que se ofreció á la mano de nuestros progenitores después de su in-

fausta caida; la brisa que llevaba el ánimo de los patriarcas por las suaves regiones de la confianza y el amor divino; el soplo que lanzaba el espíritu de los profetas muchos siglos más allá del tiempo de su existencia; el bálsamo que confortaba al pueblo de Israel en los amargos períodos de su esclavitud y de su miseria; el pensamiento, en fin, que agitaba todos los pueblos, que hacía converger como poderoso imán la atención de todas las naciones á un solo y mismo centro, á un solo y mismo punto, al punto y centro de su libertad y rescate.

Sí, hermanos mios, la gran esperanza del mundo antiguo, la que absorbía en sí todas las demás esperanzas, era la referente á la redención del género humano, la que tenía por objeto aquella Virgen-Madre y aquel Hombre-Dios, prometidos constantemente y cada vez con más claridad desde la nunca bien llorada catástrofe del Paraiso, hasta la consoladora escena del obscuro rincón de Nazaret, y la más consoladora aún del establo de Belén; y la misma que hoy nos recuerda la Iglesia en el misterio de la Expectación que solemnizamos.

Esperanza que ofrece, por cierto, un abismo sin fondo de interesantes consideraciones. En su origen, la misericordia de Dios al lado de la ingratitud del hombre. En su fundamento, la infalibilidad de las promesas divinas frente á la variedad de las interpretaciones humanas. En cuanto al sujeto, por una parte la Virgen-María, como sujeto inmediato de la encarnación y alumbramiento del Mesías prometido, y por otra el genero humano, la raza inficionada de la primera culpa, como sujeto mediato que espera su redención por medio de María y de su divino fruto. En el objeto, el Verbo Encarnado, el Hombre-Dios, la síntesis más acabada y más admirable de la humildad y la grandeza, del abatimiento y la gloria. Y, por último, respecto á su fin, aparece por un lado la libertad, el rescate, la salvación general de la humanidad; y por otro, la gloria de María, de Jesús y de toda la Trinidad Santísima.

Sin embargo, la festividad de hoy tiene por objeto principal y directo considerar dicha esperanza en María, como sujeto inmediato de la encarnación y del alumbramiento próximo del Verbo divino; llamar nuestra atención sobre la intensidad, la inquietud y el ánsia con que la Santísima Virgen esperaría y desearía, sobre todo en estos dias últimos, el momento de dar á luz al Hijo de Dios y Redentor del mundo. Por ésto, y porque aquí se celebra la

Expectación, como Patrona de estas religiosas vírgenes, formularé mi pensamiento de la manera siguiente: *La Virgen María nos ofrece en el misterio de su Expectación, un modelo de la esperanza cristiana; primero por la firmeza de su fundamento, segundo por la sublimidad de su objeto.*

Imploremos antes los auxilios de la gracia por la intercesión de la que espera ser Madre del Autor de la gracia, diciéndole: Ave-María.

Ecce concipies in utero....
Hé aquí concebirás en tu seno.
Luc. I, 31.

PUNTO 1.º

La esperanza, según Santo Tomás, es un movimiento de la voluntad, que tiende á conseguir un bien futuro, difícil y posible. No hay movimiento sin un punto de partida, de donde arranca el móvil, y un término de descanso donde el móvil reposa. Tampoco puede haber esperanza sin un principio ó fundamento, en que la voluntad se apoye, y un objeto ó término donde la voluntad descanse. Pues la esperanza de María en el misterio de su Expectación, nos ofrece un fundamento modelo por su firmeza invencible, y un objeto modelo por su bondad incomparable. Empezemos por el fundamento.

La esperanza pertenece á la voluntad; y la voluntad no se inclina á lo desconocido, la voluntad no puede desear bien alguno, sin que preceda en nuestro entendimiento la idea, la persuasión, la creencia de que aquel bien existe y puede conseguirse: es decir, que la esperanza se funda en la fé, como la voluntad se funda en la inteligencia.

Y á la verdad, señores: la esperanza es aquel movimiento ascendente que emprende la voluntad atraída por el bien; es aquel

vuelo de nuestras aspiraciones que, en álas de la confianza, saltan por cima de los obstáculos, rompen por medio de las dificultades y tienden á unirse con el objeto de nuestros deseos: es aquel resorte de nuestro corazón, que mueve al sabio á subir de verdad en verdad, de investigación en investigación, hasta el luminoso principio que persigue; que alienta al artista á subir de belleza en belleza, hasta el ideal que presiente; que anima al justo á subir de virtud en virtud hasta la santidad que le encanta. La esperanza, en una palabra, es subida, elevación, vuelo; y así como el árbol no puede subir sin raices, ni el edificio levantarse sin cimientos, ni el vuelo sostenerse en el vacío, tampoco la esperanza puede concebirse sin fundamento, y este fundamento es la fé. Si el enfermo espera la salud, es porque cree en la virtud de la medicina: si el labrador espera el fruto de las semillas, es porque cree en la fertilidad de la tierra: si el pretendiente espera la credencial de un destino, es porque cree en la palabra del hombre. Y si la fé es el fundamento de la esperanza, cuanto más firme y profunda sea la fé, más enérgica y animosa será la esperanza: así lo enseña San Pablo á los Romanos: *Deus autem spei repleat vos omni gaudio et pace in credendo; ut abundetis in spe et virtute Spíritu Sancti.* El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y de paz en el creer; para que abundeis en esperanza y en la virtud del Espíritu Santo. Lo cual equivale á decir: cuanto mayor sea vuestra fé mayor será vuestra esperanza.

Pues bien: la esperanza de María, la esperanza que tiene la Virgen Santísima de dar á luz muy pronto al Verbo Encarnado y de ser Madre de Dios, se funda en las promesas divinas, tiene por base la fé en la palabra de Dios, quien la dijo por medio del Angel; parirás un hijo y llamarás su nombre Jesús. *Paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum:* (Luc. I, 31): Lo Santo que nacerá de tí será llamado hijo de Dios: *quod nascetur ex te Sanctum vocabitur Filius Dei:* (Luc. I, 35). Y yo os pregunto: ¿Puede haber fundamento más sólido, más firme, más inconmovible que la palabra absoluta de Dios? ¡Ah! Recorred todos los fundamentos de las esperanzas humanas, y no hallareis más que arena movediza y sujeta á todos los vientos de nuestras veleidades. Puede faltar la caridad del rico, en que se fundan las esperanzas del pobre: puede faltar la justicia del juez, en que se fundan las esperanzas del litigante: puede faltar la fidelidad del joven, en que se fundan las

esperanzas de una doncella: puede faltar la virtud de la medicina, en que se fundan las esperanzas del enfermo: puede faltar el día de mañana, en que se fundan las esperanzas de un pecador: puede faltar el cielo con sus luminosos mundos, y la tierra con todas sus maravillas y el mar con todos sus abismos: pero la palabra de Dios... nunca, nunca puede faltar: *Cœlum et terra transibut, verba autem mea non præteribunt* (Martth. XXIV, 35.) La palabra de Dios es más firme que las rocas que se burlan de todo el poder del océano; más poderosa que el sol, que juega con los planetas; más fecunda que la vida que circula por el universo, más duradera que el tiempo, que envuelve todos los siglos; *Verbum Domini manet in æternum.*

Pues sobre esa palabra tan firme, tan poderosa, tan fecunda y tan permanente, sobre esa base tan inmóvil se levanta erguida y animosa la esperanza de María: ¿quién se atreverá á derribarla? En vano se conjuran contra ella, la naturaleza con sus peligros, la humanidad con su ignorancia, el esposo con sus temores y el infierno con sus potestades: sobre este mar de contradicción aparece siempre flotando intacta y serena la gran figura de la esperanza de María, marchando impávida con sobrehumano impulso hacia el término de sus ardientes deseos. Con el Verbo encarnado ya en sus entrañas, resuelve ir á visitar á su prima Santa Isabel: y aquella Virgen joven, hermosa y delicada, emprende, quizá sola, y por lo menos sin su esposo, un viaje de cinco dias, por caminos peligrosos, desiertos, solitarios, y comarcas enemigas, sin temer por su salud ante los peligros físicos, ni por su inocencia ante los peligros morales: su esperanza de dar á luz al Salvador del mundo y llegar á ser Madre de Dios, vuela por encima de todos los peligros. Al cabo de tres meses regresa de la ciudad de Ain á la de Nazareth, atravesando los mismos inconvenientes y fortalecida con la misma esperanza: pero aquí le sobreviene una nueva tormenta de aterradoras proporciones, capaz de llevar el terror y el desaliento al ánimo más esforzado. Su embarazo se hace sensible: la ignorancia de los parientes y vecinos hace que estos feliciten á José como su autor: la ignorancia de José le hace sospechar un adulterio en su esposa: el rigor de la ley pide la muerte para la mujer adúltera: la suerte de María se coloca entre una abnegación tan heróica como inverosímil por parte de José, y una muerte tan afrentosa como segura, reclamada por la ley: una queja, una palabra de José,

fundada en tan justas apariencias, basta para que María muera, y muera ignominiosamente, con el fruto divino que lleva en su inmaculado seno. Sin embargo, ¿tiembla por eso?, ¿desfallece por eso la esperanza de María? ¡Ah! no, de ninguna manera: Ella lo vé todo, lo comprende todo, y, no obstante, de sus labios no sale ni una palabra para tranquilizar á su esposo, ni una razón que justifique su inocencia, ni un suspiro que acredite su inquietud: todo lo espera de Dios, fundada en la palabra de Dios. Está bien segura de que Aquél que la prometió y quiso encarnar y nacer de su seno, conjurará esta tempestad, como efectivamente la conjuró, iluminando á José sobre el origen sobrenatural del estado de su esposa: *quia non erit impossibile apud Deum omne verbum:* porque no hay cosa alguna imposible para Dios: (Luc. I, 37). La esperanza de María se sobrepone á todas las tempestades.

Pero aún la faltan nuevas pruebas que sufrir, nuevos peligros que arrostrar. Su estado iba haciéndose cada vez más crítico y más grave; los nueve meses de gestación están próximos á cumplirse; sólo faltan unos dias, unos ocho dias, para que llegue el momento de dar á luz; y entonces, cuando más tranquilidad y sosiego necesitaba para evitar un funesto accidente, ocurre á los dos santos esposos José y María la necesidad de ir á Belén, en virtud del edicto de empadronamiento publicado por Augusto. Era un viaje de cinco á seis jornadas: era la estación de los fríos, las lluvias y las nieves; era, por lo tanto, la empresa más peligrosa y más temible en la situación apurada de María. Pues, ni esto es bastante para abatir su espíritu y aminorar su esperanza: emprende las jornadas de aquel viaje, sufre los rigores de aquella estación, soporta las penalidades de aquel camino, sin que ni una queja, ni una inquietud, ni el más mínimo temor la embargase sobre el resultado de su inminente alumbramiento. Ella diría para sí: yo sufriré, yo padeceré frío, humedad, cansancio y todas las eventualidades de un camino tan largo; pero estoy segura y segurísima que ni el aire, ni la lluvia, ni la nieve, ni todos los elementos juntos, son capaces de dejar sin efecto la palabra y las promesas del Señor. Su esperanza descuella incólume sobre todos los contratiempos, porque se funda en la palabra indefectible de Dios.

¡Qué ejemplo tan elocuente, hermanos mios, para todos los cristianos! Toda nuestra vida es una vida de esperanza: todo nuestro ser está pendiente del porvenir: es un reloj, cuyos índices

señalan más bien las horas del tiempo futuro que las presentes y pasadas. Nuestro corazón mira á la belleza que está por poseer. Nuestra voluntad mira hacia el bien que está por conseguir. Nuestro entendimiento mira á la verdad que está por alcanzar. Y si llegamos á alcanzar esta verdad, no por eso se pára en ella el índice de nuestro entendimiento: pasa adelante y señala otra verdad más alta que deseamos conquistar. Si llegamos á conseguir aquel bien, no por eso se pára en él el índice de nuestra voluntad: pasa adelante y nos muestra otro bien que deseamos disfrutar. Si llegamos á poseer aquella belleza, no por eso se pára en ella el índice de nuestro corazón: pasa adelante y nos indica otra belleza, cuya posesión nos inquieta. Y después de recorrer estos tres índices de nuestra naturaleza todas las verdades, todos los bienes y todas las bellezas finitas, sin detenerse en ninguna, pasan adelante y nos señalan la verdad, la bondad y la belleza infinitas, únicas donde se detienen y se fijan, como se fija y se detiene la aguja después de encontrar su norte. Y como en esta vida no podemos llegar á la posesión de lo infinito, tenemos que conformarnos con la esperanza de poseerlo en la otra. Luego con razón dijimos que nuestra vida no es más que una vida de esperanza. Y si esto sucede en la vida del siglo, ¿con cuánta más razón sucederá en la vida del Claustro? Si la vida del mundo se llama vida de esperanza, la vida religiosa debe llamarse esperanza pura, la esperanza por excelencia. Porque al fin, en el mundo aún se alcanza el término de muchas esperanzas; hay mucha posesión, hay mucha actualidad, hay, si se me permite la frase, mucho de presente. El avaro, que espera riquezas, llega á disponer de muchas riquezas: el soberbio, que espera poder, llega á contar bastantes súbditos: el ambicioso, que espera gloria, llega á adornarse con muchos honores: el vanidoso, que espera aplausos, llega á percibir el incienso de las adulaciones: el sibarita, que espera placeres, llega á disfrutar muchos placeres: el científico que espera conocimientos, llega á ver su inteligencia rica de verdades: el artista, que espera bellezas, llega á contemplar en sus obras muchas bellezas. Pero las religiosas, y sobre todo vosotras, heróicas Recoletas, bien puede decirse que no realizais aquí esperanza ninguna: vuestra vida tiene poca posesión, tiene poca actualidad, tiene poco de presente, á no ser la privación y el sacrificio. Al abrazar la pobreza, habeis dicho adios á todos los tesoros del mundo: al abrazar la humildad, habeis

dicho adios á todos los mandos de la tierra: al abrazar la castidad, habeis dicho adios á todos los placeres de los sentidos: al abrazar la sobriedad y el sacrificio, habeis dicho adios á todos los gustos y comodidades del cuerpo. Vuestra vida no espera nada de la vida actual, todo lo espera de la vida futura.

Y, si toda nuestra vida es una vida de esperanza, ¿no será muy natural que, á ejemplo de María, procuremos apoyarla en un fundamento sólido é indestructible? En los Proverbios se lee: *qui sperat in Domino sanabitur:* el que espera en el Señor será salvo. Pues vez aquí, hermanos míos, ved aquí castas esposas del Cordero, la base más firme, el fundamento más sólido, en que debemos cimentar nuestra esperanza: Dios y sólo Dios. La naturaleza es muy variable en sus estaciones, en sus climas, y en sus frutos: los rayos del sol están sujetos al capricho de las nubes; las nubes al capricho de la atmósfera; la atmósfera al capricho de los vientos; los vientos, al capricho de la temperatura; la temperatura al capricho de la tierra y otros centros: todo en el mundo físico, fuera de aquellas leyes primitivas y estables que mantienen el orden del universo, todo es, con relación á nosotros, como un vasto escenario, donde se despliegan las más caprichosas é inesperadas escenas: y todos esos caprichosos fenómenos de la tierra y del sol, de las nubes y la atmósfera, de los vientos y la temperatura, están sujetos á la inmutable voluntad de Dios, criador de todas las cosas y á quien sirven los cielos y la tierra, las nubes y los vientos: *quoniam omnia serviunt tibi*; (Ps. CXVIII, 91.) Luego solo en Dios deben fundarse nuestras esperanzas respecto á la naturaleza. No ofrece el hombre más garantías de estabilidad. Sus opiniones cambian con la ilustración y la experiencia, como cambian los colores de la luz, según la diferencia del medio. Su voluntad se muda ante los aspectos del bien, como se muda la ondulante bandera ante las direcciones del viento. Sus afectos se transforman con las múltiples manifestaciones de lo bello, como se transforman los actores con la variedad de los trajes. Sólo una cosa hay segura y estable respecto del hombre; y es, que, como enseña San Ambrosio, su corazón y sus pensamientos, sin perjuicio de su libertad, están en las manos de Dios: *non enim in potestate nostra est cor nostrum et cogitationes nostræ*: que Dios, según el profeta Ezequiel, (XI, 39) puede mudar un corazón de piedra, en un corazón de carne: *Auferam cor lapideum de carne vestra et dabo vobis cor car-*

neum. Luego solo en Dios deben fundarse nuestras esperanzas respecto del hombre.

Hagámoslo así, respetables Religiosas y carísimos hermanos, hagámoslo así como lo hizo María; y, como ella, veremos á nuestra esperanza triunfando de los accidentes de la naturaleza y de la arbitrariedad de los hombres: la veremos levantarse erguida y animosa sin vacilación ni inquietud, sobre los apuros de la miseria, sobre los dolores de la enfermedad, sobre la ingratitud de los amigos, sobre la perversidad de la calumnia, sobre la injusticia de la persecución, sobre la crueldad de los tiranos y sobre los tormentos del martirio. Sí, señores; una planta que radica en el cielo, nada tiene que temer de los vientos que se agitan en la tierra: una esperanza que se funda en la palabra de Dios, nada tiene que temer de las pasiones de los hombres: *qui sperat in Domino sanabitur*.

PUNTO 2.º

Si el fundamento en que estriba la esperanza de María es el fundamento de los fundamentos, el objeto á que tiende la esperanza de María es el objeto de los objetos. Bueno es el fruto que espera el labrador del seno de la tierra, como que es el alimento necesario para la vida física del hombre. Brillante es el fruto que espera el sabio del seno de su inteligencia; como que equivale á una estrella más en el cielo de nuestras almas. Seductor es el fruto que espera el artista de la fecundación de su genio; como que representa una flor más en el jardín de nuestros corazones. Sublime es el fruto que espera el conquistador del seno de su poder; como que significa un pueblo más en el mapa de sus dominios. Pues el objeto de la esperanza de María, el fruto que la Santísima Virgen espera de su castísimo seno, es más que el pan de la vida, es la misma vida: es más que una estrella en el cielo de nuestras almas, es el mismo sol que ilumina todas las estrellas: es más que una flor en el jardín de nuestros corazones, es el mismo jardín donde brotan todas las flores: es más que un pueblo en el mapa de los dominios, es el Rey de todos los pueblos, el Conquistador y heredero de todas las naciones; es el Mesías prometido, el Redentor del mundo, el hijo de Dios hecho hombre en las entrañas de María: *Quod nascetur ex*

te Sanctum vocabitur filius Dei: Lo santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios.

¡Ah! Hermanos mios; ¡Qué consuelo, qué dicha, qué felicidad para la Virgen María! Esperar nada menos que un hijo Dios; y esperarlo con una firmeza y seguridad infalibles; y esperarlo en un plazo tan breve, dentro de ocho dias, y esperarlo de su mismo seno, como fruto de sus mismísimas entrañas..... ¡Ah! ¿Quién será capaz de penetrar los deseos, la ansiedad, los inefables trasportes con que la dichosa Virgen esperaría el crítico instante de su alumbramiento? Su mente estaría engolfada en las magníficas ideas de un hijo sin igual, de un hijo Dios, de un hijo, que eclipsaría con su sabiduría á todos los sabios; de un hijo, que abatiría con su poder á todos los poderosos; de un hijo que sería el sacerdote de los sacerdotes; de un hijo, ante quien doblarían su rodilla todas las potestades del cielo, de la tierra y de los abismos: *In nomine ejus omne genuflectatur coelestium terrestrium et inferorum.* Su corazón se recrearía con las bellísimas ilusiones de un hijo hermoso sobre toda hermosura: *speciosus forma præ filiis hominum:* de un hijo, cuyos cabellos robarían el oro de los rayos del sol, y sus ojos el brillo de los radiantes luceros, y sus mejillas el sonrosado de la naciente aurora, y sus labios el carmín de la encendida púrpura, y sus manos la blancura de la esponjosa nieve, y su cuerpo la gallardía de la esbelta palma: de un hijo, cuyo corazón sería todo amor, y su alma todo santidad, y sus palabras todo dulzura, y sus obras todo caridad, misericordia, vida, redención y salvación.

¡Oh! ¡qué hijo, hermanos mios! ¡Dichosa Madre, que espera dar á luz tal fruto! Dichosa esperanza, que vuela en pos de un bien tan sublime! No es extraño que la bienaventurada Virgen pasara estos dias en una expectación contínua; que todo su ser se deshiciera en exclamaciones como estas: ¡Oh! Señor! Abreviad el término de mi gestación para calmar mis ansias. ¡Oh hijo mío, hijo bellísimo! Sal luego á recrear mis ojos con tus encantos, mis oidos con tu voz, mi olfato con tu aliento, mis labios con tus ósculos y mis manos con tu suavidad. ¡Oh! hijo mío, hijo santísimo! Sal luego para extasiarme ante las bellezas de tu alma; para ver las piedras derretidas por tu amor; para ver las fieras dominadas con tu dulzura; para ver los males remediados por tu misericordia. ¡Oh, hijo mío, vida de las vidas! Ven luego á derramar los tesoros de tu

fecundidad. ¡Oh, hijo mío, sol de justicia! Ven luego á desplegar los resplandores de tu sabiduría. ¡Oh, hijo mío, jardín delicioso! Ven luego á regalarnos el aroma de tus flores. ¡Oh, hijo mío, Rey de los Reyes! Ven luego á destronar al príncipe de este mundo. ¡Oh, hijo mío, sacerdote eterno! Ven luego á rescatar la Humanidad del poder del pecado, á sustituir sus tinieblas con tu luz, su tiranía con tu caridad, y sus abismos con tu gloria.»

Sí, señores; tan sublime es el objeto y tan nobles y ardientes los deseos de la esperanza de María. ¡Qué lección tan digna de aprenderse! ¡Qué ejemplo tan digno de imitarse! Yo bien sé, fervientes Recoletas, yo bien sé que vosotras teneis muy presente esta lección y os afanais por seguir este ejemplo que os ofrece vuestra excelsa Patrona en el misterio de su Expectación. Yo bien sé que vuestras esperanzas no se detienen en los bienes finitos y miserables de esta vida, sinó que se elevan enérgicas y atrevidas hasta las alturas donde vive y reina vuestro divino Esposo, á quien un día jurásteis fidelidad al pie de los altares; y se la conservareis, sí, se la conservareis, mediante Dios y su Santísima Madre, hasta exhalar el último aliento de vuestra existencia.

Pero nosotros, hermanos míos, nosotros, que estamos envueltos en las redes del mundo, ¡cuánta necesidad tenemos de penetrar bien esta lección y de grabar bien el ejemplo de María en el fondo de nuestras almas! ¡Ah! Nuestra esperanza se arrastra con mucha frecuencia por el sucio polvo de la tierra; malgasta su preciosa energía en perseguir bienes efímeros y aparentes, como un placer momentáneo, un honor que se disipa como el humo, un tesoro que se derrite como el hielo, una simpatía qne se rompe como el vidrio y un poder que se hunde con las revoluciones. Señores, no sólo por Dios, sinó también por nosotros mismos, por nuestra dignidad, por el respeto que debe merecernos nuestra propia naturaleza, no gastemos en tan poco unas aspiraciones tan ricas, no agotemos en pequeñeces una voluntad tan grande. Nuestra voluntad y nuestras aspiraciones vienen de lo infinito y están destinadas á lo infinito: pues que no descansen hasta llegar á su término; que no se detengan hasta tocar con Dios. Esperemos los placeres sensibles; pero solo en cuanto nos conduzcan y no se opongan á los placeres del espíritu. Esperemos los honores del mundo; pero sólo en cuanto nos conduzcan y no se opongan á los honores de la santidad. Esperemos los tesoros de la tierra; pero en cuanto nos

conduzcan y no se opongan á los tesoros del cielo. Esperemos las simpatías humanas; pero sólo en cuanto nos conduzcan y no se opongan á la amistad de Dios. Esperemos el poder de las jerarquías sociales, pero sólo en cuanto nos conduzcan y no se opongan al poder de las jerarquías de los bienaventurados. Esperemos el bien de las criaturas; pero en cuanto nos conduzca y no se opongan á la posesión del bien increado. Y sobre todos los placeres y todos los honores, sobre todos los tesoros y todas las simpatías, sobre todas las jerarquías y todas las criaturas, esperemos á Dios, dediquemos toda la energía de nuestra esperanza á la posesión de Dios. Sí, señores; este es el orden racional de nuestras esperanzas: y el hacer lo contrario, el consagrar todo el vigor de nuestras aspiraciones á la consecución de un bien transitorio y fugaz de esta vida, es tan absurdo como consumir en la toma de una débil é insignificante garita todas las fuerzas y municiones preparadas para el asalto de un fuerte castillo.

Llevemos, pues, á Dios nuestras esperanzas, respetables Recoletas y queridos hermanos; y sobre todo en estos días, unamos nuestras esperanzas á las esperanzas de María respecto al niño Dios, que está proximo á salir de su castísimo seno: unamos nuestros deseos y nuestras ansias á los deseos y las ansias de la Santísima Virgen por la pronta aparición del Redentor y Salvador del mundo. Pero esperémosle como Ella; con humildad de espíritu y contrición de corazón; dando de mano á todos los afectos terrenales, á todos los vicios, á todas las pasiones desordenadas, para que así pueda sin obstáculo visitarnos en nuestros corazones, y hacernos participantes de los destellos de su sabiduría, del fuego de su caridad, de la virtud de su gracia; y auxiliados con estos dones, podamos visitarle un día en la Corte celestial, que á todos deseo.

AMÉN.

LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Cumque expleti fuerint dies purificationis suæ pro filio, sive pro filia, deferet agnum anniculum in holocaustum, et pullum columbu sive trœturem pro peccato, ad ostium tabernaculi testimonii, et tradet sacerdoti.

Y luego que fueren cumplidos los dias de su purificación, por hijo ó por hija, llevará un cordero de un año para holocausto, y un pichón ó una tórtola por el pecado, á la entrada del tabernáculo del testimonio, y los entregará al sacerdote.

Lev. XII. 6

A. O.

El hombre gusta de ver y contemplar todas las perfecciones: se complace en la robustez, lozanía y fecundidad de las plantas: se recrea con la simetría, los matices y el aroma de las flores: se deleita con la claridad, pulcritud y magnificencia de los cielos; y se entusiasma ante el valor de los heroes, ante la ciencia de los sabios, ante la virtud de los justos y ante la abnegación de los mártires. Y esa complacencia, ese recreo, ese deleite y ese entusiasmo llegan á su colmo, cuando las perfecciones se ostentan puras, limpias, acrisoladas; cuando aparece la claridad uniforme, como en un cielo sin nubes; la vida sin corrupción, como en los cuerpos gloriosos; la hermosura sin tacha, como en la Imagen de Dios; el valor sin miedo, como en los ángeles exterminadores; la ciencia sin dudas, como en las inteligencias

celestiales; la virtud sin defecto, como en los espíritus bienaventurados, y la abnegación sin interés, como en el Salvador del mundo. Por eso es una gloria para los individuos la limpieza de su conducta; para las familias la limpieza de su sangre; para los pueblos la limpieza de su historia.

Es que la limpieza, la purificación, el pulimento, descubren la verdadera fisonomía de las cosas; y estas lucen sus cualidades nativas, y brillan en los salones y en los trenes de los magnates, en las decoraciones de los palacios y los templos, en las insignias de los Pontífices y los Reyes; como el mármol y el jaspe, el marfil y el oro, el diamante y las piedras preciosas. De igual manera brilla entre los hombres la caridad limpia de egoismo; entre los ciudadanos la honra limpia de infamia; entre los magistrados la justicia limpia de pasión; y entre los príncipes la majestad limpia de bajeza. La purificación, pues, es la senda del brillo, del lucimiento, del esplendor y de la gloria.

Así no me extraña que os sea en gran manera simpático el misterio de la Purificación de María. Él representa un ideal sublime de nuestras más nobles aspiraciones; el ideal de la pureza de nuestro ser, de la castidad de nuestros afectos, de la lucidez de nuestras ideas; de esa pureza, de esa castidad, de esa lucidez, que nos elevan al rango de la aristocracia más distinguida, que es la aristocracia de los corazones sanos, de las voluntades rectas, de las inteligencias brillantes.

Luego nos importa muy mucho aprender á purificarnos, descubrir el medio de acrisolar y pulimentar las ricas joyas de nuestras potencias, llamadas á brillar en el mundo intelectual y moral, más que el oro en las solemnidades de los templos, más que el diamante en las coronas de los reyes, más que el sol y las estrellas en la bóveda de los cielos; y ese medio es el que nos enseña la Virgen María en el misterio que estamos celebrando, como pienso haceros ver en el presente discurso. Sabido es que hoy conmemoramos tres misterios en uno; el de la Purificación de la Virgen, el de la Presentación del niño Jesús en el templo, y el de la profecía de Simeón: pues yo prescindiré en este momento de los dos últimos, para fijarme exclusivamente en el primero, es decir, en la *Purificación de María* como *ejemplo y modelo de la purificación del hombre.*

Virgen Purísima; voy á hablar de vuestra Purificación, y no es

cosa de hacerlo con los labios impuros, con el corazón manchado, con la inteligencia obscurecida. Alcanzad de vuestro divino Hijo ilustración para mi entendimiento, fervor para mis afectos, elocuencia y unción para mis palabras, á fin de que pueda reflejar todos estos dones en el alma de mis religiosos oyentes. Y para obligaros más y más, os saludamos reverentes con las palabras del Angel: Ave-María.

Cumque expleti fuerint dies purificacionis suæ....

Y luego que fuesen cumplidos los días de su purificación....

Lev. XII, 6.

PURIFICAR una cosa es despojarla de todo elemento extraño é inconveniente á su naturaleza; como al agua de todo lo que no sea exígeno é hidrógeno en la proporción debida, es decir, de todo lo que no sea agua; al aire, de todo lo que no sea aire; al oro de todo lo que no sea oro; á la luz, de todo lo que no sea claridad; á la vida, de todo lo que no sea movimiento. Así también purificar al hombre es despojarlo de todo lo que no sea conforme, de todo lo que repugne á su naturaleza racional, de todo lo que no sea verdad para su entendimiento, bien para su voluntad y harmonia para su corazón. El error en las ideas, el mal en los apetitos, el desorden en los afectos. Ved aquí las manchas repugnantes de la figura humana; estos son los arrastres inmundos que enturbian las corrientes de nuestra naturaleza; los miasmas que inficionan la atmósfera de nuestro espíritu; las nubes que obscurecen la luz de nuestra cultura: la escoria que desvirtúa el oro de nuestras potencias, y los obstáculos que detienen el movimiento de nuestra vida: los mismos que debemos combatir, extirpar y borrar completamente en los dominios de nuestra personalidad. Y ¿cómo?

Señores; para quitar las manchas, es preciso ante todo percibirlas, reconocerlas, convencernos de que realmente las tenemos: y esto no es tan facil como parece. Muchos hay que, tomando el error por verdad, el placer por virtud y el egoismo por justicia, tienen todos los ámbitos de su ser cubiertos de errores, de iniquidades y de vicios, es decir, de tinieblas, de corrupción y de lodo; y, á pesar de esto, viven tan satisfechos de sí mismos, marchan tan erguidos y orgullosos, hablan con tonos tan enfáticos y magistrales, que parece se consideran como astros resplandecientes que van irradiando por todas partes la luz de la ciencia, y como floridos vergeles que embalsaman la atmósfera con el aroma de todas las virtudes, y como ángeles tutelares que derraman á manos llenas todo género de beneficios: cuando la verdad es que semejantes tipos solo proyectan sombra, fetidez y miseria; la miseria de la avaricia, la fetidez de la muerte y la sombra de la tempestad. Y ¿sabeis por qué yacen en tan lamentable engaño? ¿por qué, estando como están tan sucios, se creen sin embargo tan limpios? Pues es porque nunca se miran á un espejo; es decir, porque huyen de todo trato, de toda comparación con los seres verdaderamente puros, brillantes y esplendorosos; porque evitan con todo cuidado el ponerse frente á frente de los verdaderos sabios, que son el espejo de la ciencia; de los verdaderos justos, que son el espejo de la virtud; de los verdaderos heroes, que son el espejo de la abnegación.

Señores; el industrial que quiere conocer y corregir los defectos de su industria, va á mirarse ante las fábricas más acreditadas. El estudioso que desea descubrir y evitar los errores de sus conocimientos, vá á mirarse ante los sabios más eminentes. El poeta, el pintor, el músico, el escultor y el arquitecto, que aspiran á la pureza de sus ideales y de sus producciones, van á mirarse ante los genios más distinguidos. Es decir, que el industrial tiene que visitar los templos de la Industria, que son las grandes fábricas y los grandes talleres; el artista los templos del Arte, que son las Academias y los Museos; el estudioso los templos de la Ciencia, que son las Escuelas y las Bibliotecas. Porque ahí, en esos venerandos lugares, es donde se conservan y se exponen los grandes monumentos de la actividad humana, las obras maestras del trabajo, de la razón y del genio, los más recomendables modelos para todos los ramos de nuestra civilización, los espejos más puros

capaces de reflejar las más tenues manchas de nuestras manifestaciones. Luego por la misma razón; luego con mayor razón, el hombre que desea conocer y corregir los defectos de su humanidad, el cristiano que aspira á la pureza en su vida cristiana, deben visitar y frecuentar los templos de la Religión; deben ir á mirarse ante el espejo de los santos y los mártires, ante el espejo de nuestro Señor Jesucristo, ante el espejo del Dios omnipotente y perfectísimo, que habita y se exhibe de un modo especialísimo bajo las sagradas bóvedas del templo católico.

Esto es lo que hizo, para nuestro ejemplo, la Santísima Virgen en el primer acto de su Purificación; acudir al templo de Jerusalén: *Et postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moisi, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino*: (Luc. II, 22:) Y después que fueron cumplidos los días de la Purificación de María, según la ley de Moisés, le llevaron á Jerusalén para presentarlo al Señor. Ya sabeis que María no concibió ni parió como las demás mujeres, sinó de un modo purísimo, sobrenatural, inefable; no contrajo en su alumbramiento ninguna mancha legal; por consiguiente no la comprendía la ley de la purificación establecida para las madres ordinarias: sin embargo, la que no necesitaba purificarse, porque no estaba manchada, quería perfeccionarse, porque no era infinita: la que estaba exenta de la ley por su privilegiada maternidad, quiso cumplir la ley por amor á nuestra debilidad. Para esto fué al templo, á ponerse delante de Dios, á mirarse en el espejo de Dios, á comparar su pureza con la pureza de Dios, su hermosura con la hermosura de Dios, su perfección con la perfección de Dios. Y al ver que mediaba tanta distancia como la que separa lo infinito de lo finito, dijo para sí: Es verdad que soy más pura que las gotas de rocío; pero esto es poco; adelante. Es verdad que soy más pura que los rayos del sol; pero esto es poco; adelante. Es verdad que soy más pura que todas las vírgenes; pero esto es poco; adelante. Es verdad que soy más pura que todos los santos; pero esto es poco; adelante. Es verdad que soy más pura que todos los ángeles; pero esto es poco; adelante. Es verdad que mi pureza está por encima de todas las criaturas del universo; pero aún es poco; adelante. Allá en la cima del ser, en la cumbre de la realidad, diviso la pureza infinita de la Omnipotencia del Padre, la pureza infinita de la sabiduría del Hijo, la pureza infinita del amor del Espíritu-Santo: pues, adelante, más

adelante; arriba, más arriba, hasta que la pureza de mis obras, de mis ideas, y de mis amores, toque siquiera en la peana de aquel trono divino, donde brilla con inmensos resplandores la pureza Omnipotente del Padre, la pureza intelectual del Hijo y la pureza amorosa del Espíritu-Santo.

Y en efecto, hermanos mios: la pureza de María llegó á los confines de lo infinito: por eso también su gloria llegó á los confines de la gloria de Dios: y al lado de Dios se encuentra en todos los triunfos y conquistas, en todas las honras y alabanzas, en todos los testimonios de gratitud y admiración que brotan de los corazones entusiasmados.

Señores; nuestra pureza no podrá llegar á donde llegó la pureza de María; pero sí podemos aumentar la pureza que tenemos. Al templo, hermanos mios, al templo. Huyamos de esos centros sibaríticos, sensuales, degradados, donde solo campean las inmundas corrientes del vicio y los densos vapores de la crápula; donde, en vez de espejos no hay más que cuadros disolventes; y vengamos á estos sagrados recintos, donde todo es puro, acrisolado y limpio, donde todo respira virtud, grandeza, heroismo, santidad, esplendor y gloria; donde, por todas partes, no vemos más que espejos á cual más puros, brillantes y pulimentados; espejos de fé en los confesores, espejos de castidad en las vírgenes, espejos de abnegación en los mártires, espejos de celo en los apóstoles, espejos de ciencia en los doctores, espejos de arte en las efigies, decoraciones y solemnidades; y, sobre todo, el espejo de los espejos, el espejo inmaculado, universal é infinito de nuestro divino Redentor; espejo soberano de santidad, como el Santo de los Santos: *Sanctus Sanctorum:* espejo soberano de sabiduría, como verdad substancial y Maestro infalible: *Ego sum veritas: Ego sum Magister vester;* y espejo soberano de belleza, como esplendor de la gloria de Padre, *splendor gloriæ et figura substantiæ ejus.* Al templo, pues, mis queridos hermanos, al templo; á mirarnos frecuentemente ante todos estos espejos; que ellos nos echarán en cara, con la más exacta y minuciosa fidelidad, todas las sombras de nuestra ignorancia, todas las nubes de nuestros errores, todos los desórdenes de nuestros apetitos, todas las manchas de nuestra conciencia, todas la imperfecciones de nuestra vida: y con esto habremos dado el primer paso, que es un gran paso, para la grande obra de nuestra purificación; de nuestro brillo, de nuestro esplendor y de nuestra gloria.

Señores; una vez reconocidas las manchas, solo procede la voluntad firme de borrarlas, y un valor indomable para conseguirlo. Los que viendo nubes en el cielo de su alma y lodo en los caminos de su vida, rehusan barrer estos caminos y despejar aquel cielo, y se acomodan á seguir pisando lodo y á mirar un cielo nublado, sabiendo que pueden sustituir este lodo por una alfombra de rosas y aquellas nubes por dorados arreboles, bien puede decirse que no tienen de racionales más que el nombre; y de ilustración y de gusto ni el nombre siquiera. Son diamantes que no brillan, por la pereza de no pulimentarse. Son cuadros que no reciben los honores del arte, por la desidia de no quitarles el polvo. Son valores mirados con indiferencia y desprecio, por la necedad insigne de no descubrir el busto.

A este género pertenecen esos artistas rebajados y venales, que transigen á sabiendas con la asquerosa lepra del más grosero realismo en sus producciones; que teniendo, como tienen muchas veces, peregrino ingenio, elevada inspiración y fecunda vena, arrastran estas felices aptitudes, y con ellas el arte, por el fango de la sensualidad; sin más razón que la falta de carácter, la falta de independencia para romper con el sórdido interés y con el gusto estragado de una gran parte de la sociedad y de la época. En el mismo caso se encuentran esos pretendidos sabios, que sabiendo cuál es y dónde está la verdad, ó negándose voluntariamente á buscarla, prefieren continuar estudiando, defendiendo y propagando los más absurdos y trascendentales errores; que, dotados como lo están algunos de talento privilegiado y de aplicación incansable, los emplean lastimosamente en condensar y extender en el horizonte intelectual las negras y tempestuosas nubes del panteismo impío, del materialismo degradante ó del excepticismo estúpido. No merecen lugar más distinguido esas personas materializadas y abyectas, que profesando la fé y la moral católicas y llamándose cristianos, viven sin hacer el menor caso de esa fé, de esa moral y de ese cristianismo; y, á pesar de ver su alma cubierta con todo género de inmundicias, siguen impávidos la carrera del vicio, de la blasfemia, de la usura, de la tiranía y del libertinaje en todas sus formas.

Es verdad que algunos de esos artistas, de esos sabios y de esas personas, á pesar de todo, brillan, triunfan y se encaraman á los más olímpicos puestos de la jerarquía social. Pero, fijaos bien,

no es más que el brillo del relámpago, la elevación de las nubes, el triunfo de las tempestades: y el brillo del relámpago deslumbra pero no ilumina; no es una luz apacible, es un fulgor siniestro: y la elevación de las nubes no es permanente, es transitoria; no se la deben á sí mismas sinó á la densidad del aire; y en cuanto el aire se enrarezca, tienen que abandonar aquellas alturas provisionales, para desaparecer como el humo, ó para caer en forma de lluvia en la superficie de la tierra: y el triunfo de las tempestades no es completo, es parcial; no es glorioso, sinó funesto, triste y lamentable. Ya veis que nada tienen que envidiar ese brillo, esa elevación y ese triunfo. Ah! La Providencia y la historia se encargarán de dar á esos mentidos personajes del día, el justo merecido que otorgaron ya á los Luteros, Calvinos y Enriques, á los Voltaire y Rosseau, y á todos los pasados profanadores del arte, de la ciencia y de la vida.

Y ¿sabéis cuál es el origen de esa indolencia, de esa apatía, de esa obstinación en permanecer manchados y envueltos en sombras de muerte? Pues es la preponderancia que dispensamos á los sentidos sobre la razón, al cuerpo sobre el alma, al elemento animal sobre el elemento racional. Sí, hermanos mios; aquí, en la parte animal, radican las pasiones, y las pasiones son la causa de todos aquellos extravíos. La pasión de la soberbia es la que sostiene los errores en la inteligencia: la pasión del interés y de la deshonestidad son las que sostienen el sensualismo en el arte: la pasión de la ira, de la desesperación, de la envidia, de la avaricia, de la lascivia, son las que sostienen los pecados en la conciencia. Aquí, en las pasiones, en el apetito animal, está el foco, la fuente cenagosa de toda esa escoria, de todo ese polvo, de todo ese cieno, que á veces invade, eclipsa y ensucia los bellísimos horizontes del espíritu humano. Luego es necesario, mis queridos hermanos, declarar la guerra á las pasiones desordenadas; es necesario dominar, sacrificar la parte animal de nuestra naturaleza en obsequio del elemento racional, si queremos conseguir la brillante purificación de nuestro ser. Y ved aquí lo que realizó y nos enseñó la Virgen María en el segundo acto de su Purificación.

Prescribía la ley mosáica que las mujeres, á los cuarenta dias de su alumbramiento, si el recién nacido era varón, y á los ochenta, si era hembra, se presentasen en el templo y ofreciesen al Señor en holocausto un tierno corderillo en acción de gracias, y un pichón

ó una tórtola para expiación de la impureza legal; y si eran pobres, en lugar del cordero, otra tórtola y otro pichón; con cuyos sacrificios, ofrecidos á Dios por medio del sacerdote, quedaban purificadas; *cumque expleti fuerint*..... En cumplimiento de esta ley, la Santísima Virgen, como era pobre, ofreció sólo dos pichones. Ahora bien: ¿Qué significa el sacrificio de estos dos pichones ofrecidos por María en el acto de su Purificación? Porque sabido es que todos los sacrificios y todas las ceremonias de la antigua ley, eran sombras, figuras y símbolos de la ley de gracia; y que eran muchos y muy frecuentes los sacrificios de animales. ¿Qué significa, pues, vuelvo á decir, el sacrificio de esas dos avecillas? En verdad que no es necesario ser muy lince para comprenderlo. La naturaleza humana se compone de cuerpo y alma, de sentidos y razón, de vida animal y vida racional; de vida animal y sensible, que tenemos de común con los brutos; y de vida racional y espiritual, que tenemos de parecido á los ángeles. Luego la vida de aquellos animalitos simbolizaba la vida física de María. Luego al ofrecer la Santísima Virgen el sacrificio de la vida, de la sangre, de los sentidos, del aliento y de las alas de los dos pichones, ofrecía al mismo tiempo el sacrificio de su propia vida, de su propia sangre, de su propio aliento, de sus propios sentidos y de su propio vuelo. Es como si dijera: «Señor, así como os ofrezco voluntariamente, incondicionalmente, el sacrificio de la vida sensible, de toda la vida sensible de esas avecillas, así también os ofrezco voluntariamente, incondicionalmente el sacrificio de mi vida sensible, de mi vida animal. Sí, Dios mío: yo os ofrezco el sacrificio de mis ojos, para que sólo vean á Vos en todas las perspectivas; el sacrificio de mis oidos, para que sólo oigan á Vos en todas las harmonías; el sacrificio de mi paladar, para que sólo guste de Vos en todos los manjares; el sacrificio de mi olfato, para que sólo se deleite con Vos en todos los aromas; el sacrificio de mi tacto, para que sólo os sienta á Vos en todas las impresiones; el sacrificio de mi aliento, para que sólo suspire por Vos en todas las adversidades; el sacrificio de mi lengua para que sólo hable con Vos en todas las conversaciones, el sacrificio de las alas de mi corazón, para que sólo vuelen hácia Vos en todos los deseos; el sacrificio de mi sangre, para que se derrame en aras de vuestro amor, y el sacrificio de mi vida entera, para que concurra con la de mi querido Hijo á la redención de la humanidad. Y, como vos sois la misma

pureza, reinando Vos y sólo Vos en todo mi ser, todo mi ser será puro: puras serán mis miradas; puras serán mis voces; puro será mi aliento; puros serán mis gustos; puros serán mis pasos; puros serán mis deseos; puros serán mis pensamientos; puros serán mis actos; pura será mi sangre; pura será toda mi vida. Así me acercaré á Vos, me pareceré á Vos, cuanto puede acercarse y parecerse una criatura, que es todo lo que pido, todo lo que ambiciono, todo lo que espero, mediante los auxilios de vuestra gracia.»

Sí, hermanos mios: todo esto ofreció María y todo esto cumplió María, antes y después del misterio de su Purificación. Toda su vida no es más que una serie de sacrificios de la parte animal, de la parte sensible, de todas las pasiones, en aras de la parte racional, de la parte espiritual, de todas las virtudes. Por eso fué tan pura como se desprende de esa invocación tradicional tan piadosa como recomendable: Ave-María purísima. Y por consecuencia de haber subido al más alto grado de pureza entre todas las criaturas, alcanzó también el más alto grado de brillo, de esplendor y de gloria. Vedla figurando siempre en la historia con todo el esplendor de una Reina; y no de una reina cualquiera, sinó de una Reina universal y soberana: Reina de las artes, que la dedican sus más bellas creaciones: Reina de las ciencias que imploran el auxilio de sus luces: Reina de las victorias, que la ofrecen sus trofeos: Reina de las conquistas, que la consagran sus territorios: Reina de la gracia, que le atribuye sus conversiones: Reina de las familias, que la toman por modelo: Reina de los imperios, que solicitan su patrocinio: Reina de los mares, que se amansan á su voz: Reina de los astros, que la sirven de trono: Reina de los cielos, que la sirven de palacio: Reina de las vírgenes, que imitaron su pureza: Reina de los mártires, que imitaron su paciencia: Reina de los santos, que imitaron sus virtudes; y Reina de los ángeles, que admiran su hermosura.

Ya veis, mis amados hermanos, cómo la gloria corresponde á la pureza, y cómo la pureza corresponde al sacrificio. María brilla mucho, resplandece mucho, y brillará y resplandecerá siempre, porque fué muy pura: y fué muy pura, porque se sacrificó mucho; porque sacrificó siempre y constantemente su cuerpo, sus sentidos, sus pasiones, toda la parte inferior de su naturaleza, á la superior, á la razón, al espíritu, á Dios. Aprendamos, pues, tan elocuente lección; imitemos tan saludable ejemplo. ¿Quién no prefiere un

cielo despejado á un cielo nebuloso: un camino de flores á un camino de lodo; y el esplendor de la gloria á la obscuridad del desprecio ó al borrón de la infamia? Pues ese cielo despejado, ese camino de flores y ese esplendor glorioso, solo tiene una puerta, que es la purificación; á la cual se llega por otra, que es el sacrificio. Por aquí entraron en el hermoso cielo y en las floridas sendas del Arte, Dante y Milton, Cervantes y Calderón, Fray Luis de León y Fray Luis de Granada, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, Miguel Angel, Rafael y Murillo: y brillan y brillarán siempre con la aureola del genio. Por aquí entraron en el brillante cielo y en las floridas sendas de la ciencia, San Agustín y San Gerónimo, Santo Tomás y Alberto el Magno, Copérnico y Galileo, Newton, Bossuet y Balmes: y brillan y brillarán siempre con la aureola de la sabiduría. Por aquí entraron en el purísimo cielo y en las floridas sendas de la virtud, los justos y los confesores, las vírgenes y los mártires; y brillan y brillarán siempre con la aureola de la santidad. Por aquí también, por la puerta del sacrificio y de la purificación, entraron en el refulgente cielo y en las deliciosas sendas de la civilización cristiana, todos los pueblos gentiles é idólatras, que constituían el colosal imperio romano; y toda aquella muchedumbre asombrosa de tribus septentrionales, que, á manera de rios desbordados, lanzáronse sobre el occidente de Europa, envolvieron en sus olas al decrépito coloso, pasaron por el tamiz de la educación evangélica, cambiaron la faz del mundo y de la historia, y constituyeron aquella época gloriosa de los Constantinos, Clodoveos, Recaredos, Teodolindas y Bertas, que brilla y brillará siempre en los anales con la aureola de la Regeneración espiritual.

Hermanos mios, entremos también nosotros por esa puerta de purificación y sacrificio, para gozar del mismo cielo, de las mismas perspectivas y de la misma gloria. Dignos y piadosos cofrades de la Candelaria; vosotros, que habeis tenido el buen gusto de elegir para vuestro patrocinio una advocación tan lucida, tan simpática y tan poética, como es la Purificación de María, procurad imitarla; purificáos: disipad las nubes de error que pueda haber en vuestro entendimiento, con el soplo de una retractación sincera: borrad los vicios que pueda haber en vuestra voluntad, por medio de una penitencia edificante: y convertireis vuestro espíritu en un cielo radiante y esplendoroso, y vuestro corazón en un vergel de virtudes; y se deslizará vuestra existencia entre claridades, aromas y

bellezas; y brillareis en la sociedad con la aureola de la honradez, de la bondad y de la fama. Hagámoslo así todos, amados oyentes mios, absolutamente todos: sacudamos el polvo de nuestros terrenales afectos, quitemos la inmundicia de nuestras concupiscencias; sacrifiquemos nuestros sensuales apetitos, para que aparezcan, y brillen y se luzcan la imagen y el busto de Dios que llevamos en nuestras almas; y después de haber acreditado en esta vida la nobleza de nuestro origen, disfrutemos en la otra la grandeza de nuestro destino por los siglos de los siglos.

AMÉN.

EL PURÍSIMO CORAZÓN DE LA VIRGEN MARÍA

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.

Porque miró la bajeza de su esclava; pues ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

Luc. I, 48.

A. O.

TODAS las cosas tienen su centro, de donde parten las fuerzas dominantes y á donde convergen las derivaciones de su dominio. Tienen los cuerpos su centro de gravedad, que llama hácia sí la dirección de sus moléculas. Tiene el sistema astronómico su centro de atracción, que sujeta en torno suyo las órbitas de los demás astros. Tiene la luz su centro luminoso, como el calor su centro calorífico, de donde salen en todas direcciones rayos de luz y rayos de calor. Tienen los vivientes su centro vital, de donde se originan y al cual concurren todas las funciones orgánicas de nutrición, crecimiento, relación y reproducción. Del mismo modo la economía racional del hombre tiene también su centro, que impulsa y promueve, á la vez que reclama y atrae, la acción de todas nuestras facultades: y ese centro es el

corazón, es el amor. La vista vé, el oido oye, las manos obran, los pies andan, la inteligencia conoce: y el corazón ama lo que ven los ojos, lo que oyen los oidos, lo que trabajan las manos, lo que recorren los pies, y lo que conoce la inteligencia. Los ojos ven, para que el corazón ame las harmonías de la luz: los oidos oyen, para que el corazón ame las harmonías del sonido: las manos obran, para que el corazón ame las harmonías de la forma: la inteligencia conoce, para que el corazón ame la verdad y el bien conocidos: los pies se mueven, para que el corazón se acerque al objeto amado.

Por donde se vé que, en el círculo de nuestra vida, el corazón con su amor ocupa el centro: nuestro contacto con todos los demás seres constituye la circunferencia; y nuestras potencias con sus operaciones son como los radios que unen la circunferencia con el centro; son los diligentes y providenciales mensajeros, por cuyo medio se comunica nuestro corazón con todos los seres, con todas las perfecciones, con todas las bellezas, con todos los encantos de la realidad existente. Con razón ha dicho un ilustre escritor tan fecundo como persuasivo: «En el hombre el corazón es el rey, la inteligencia su intendente, el juicio su consejero, los sentidos sus criados.» (Gaume. *Esta vida no es la vida*, Carta V, pág. 47.)

Ved aquí el sentido profundamente filosófico y altamente plausible del culto al Sagrado Corazón de María. Él es el centro de todas sus ideas, de todos sus pensamientos, de todas sus palabras, de todas sus obras, de todos sus pasos y de todos sus movimientos: luego adorando el Corazón de María, adoramos y amamos todas las ideas de María, todos los deseos de María, todas las palabras de María, todos los actos de María, todos los pasos de María, toda la vida de María: *Quoniam ex eo vita procedit*: Porque de él procede la vida: Prov. IV, 23.

Pero en el corazón de la Santísima Virgen había dos amores diferentes en relación con dos objetos también diferentes. Allí estaba el amor á su Dios, es decir, el amor á la verdad, al bien y á la perfección infinitas; allí estaba el amor á los grandes carismas, á las excelsas prerrogativas, con que Dios la había enriquecido; el amor á su Concepción Inmaculada, á su angelical pureza, á su virginidad incomparable y á su maternidad divina. ¡Ah! Este amor es fácil, es sencillo, es natural en cierto modo: aquí marcha el corazón á favor de la corriente, navega viento en popa. Mas, por otra parte,

también estaba allí, en el Corazón de María, el amor á la pobreza, á las privaciones, al sacrificio y á la muerte. ¡Ah! Esto es lo difícil, lo extraño, lo violento: esto es llevar el corazón en contra de la corriente, esto es navegar contra viento y marea: y, sin embargo, esto hizo el Corazón de María, y esto era la base y el fundamento de las delicias que le proporcionaba el amor primero: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes:* Porque miró Dios, porque vió Dios la humildad, la pobreza, la abnegación, el sacrificio de su esclava; por eso mismo seré dichosa y me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

No creo necesario inculcaros el primer aspecto del amor de María: porque, ¿quién no ama voluntariamente, instintivamente la verdad, el bien, la perfección y la belleza, cuando se presentan con sus propios colores, con sus invencibles atractivos? La dificultad está en amar la pobreza, la humillación y el desprecio; la dificultad está en amar el dolor, el sacrificio y la muerte: y, sin embargo, esto es necesario, esto es indispensable, para lograr la verdadera posesión de la vida, para disfrutar los sólidos goces de la vida. El gran error está en persuadirse de que el único camino de la dicha es el placer, que el único camino de la vida es la vida; cuando la verdad es, por más que parezca una paradoja, que la verdadera senda del placer es el dolor, y la verdadera senda de la vida es la muerte, y la verdadera senda de la satisfacción es el sacrificio. Por eso me ha parecido conveniente presentaros hoy el Sagrado Corazón de María, *como un modelo de amor al sacrificio en orden á la verdadera posesión de la vida;* ó más claro: Es necesario amar las privaciones del sacrificio, como las amó el Corazón de María, para disfrutar las delicias de la vida como las disfrutó el Corazón de María. Imploremos antes los auxilios del Cielo, procurando interesar en nuestro favor al sacratísimo Corazón de la Virgen, á fin de que nos alcance de su divino Hijo las gracias que vosotros y yo necesitamos en este solemne momento. Saludémosla, pues, como la saludó el mensajero celestial: Ave-María.

Quia respexit humilitatem.....
Porque miró Dios la bajeza.....
Luc. I. 48.

La vida tiene un atractivo poderoso. Su dichosa posesión es el objeto universal de nuestros afanes, de nuestros desvelos, de nuestros temores y de nuestras inquietudes: es el gran ídolo, en cuyo altar ofrecemos las fatigas de nuestro cuerpo, los riesgos de nuestras empresas, los peligros de la industria, los vaivenes del comercio, las dificultades de las artes, los misterios de las ciencias, el sudor, en fin, de nuestro trabajo en todas sus manifestaciones. Por la vida y por los goces de la vida, aman unos las riquezas hasta la avaricia; persiguen otros los placeres hasta el envilecimiento; estos van en pos de los honores hasta la vanidad; aquellos corren en busca del poder hasta la ambición; y no falta quien, para conseguir el mismo fin, no vacila en emprender el camino del crimen, de la guerra, de la sangre y del exterminio. Todos, señores, todos, aunque por diferentes sendas, corremos presurosos, desalados y frenéticos en busca de eso que se llama una vida tranquila, agradable, dichosa y feliz, en cuanto puede serlo en este mundo: *Omnes quidem currunt;* como dice San Pablo.

Pero, ¿cuál es el resultado de nuestros esfuerzos? ¿Cuántos son los que llegan á realizar ese ideal de la vida del tiempo? ¡Ah! señores; el apóstol San Pablo, tomando una comparación de lo que sucedía en las carreras del Estadio griego con relación al premio prometido, para aplicarla al curso de nuestras obras en orden á la

eterna recompensa, escribía así á los de Corinto: *¿Nescitis quod ii qui in stadio currunt, omnes quidem currunt, sed unus accipit bravium?* ¿No sabéis que aquellos que corren en el Estadio, todos en verdad corren, pero uno recibe la joya? Pues esto mismo puede decirse de todos nosotros, de toda la humanidad: todos los individuos, todas las familias, todos los pueblos, todas las naciones corren, y corren á cual más en el grandioso Estadio del globo terrestre, en prosecución de esa joya que se llama felicidad temporal: *omnes quidem currunt*; pero pocos, muy pocos, sólo alguno que otro, que constituyen tan raras como honrosísimas excepciones, logra engarzarla en el tejido de su existencia: *Sed unus accipit bravium:* que los demás, ¡ay! hermanos mios, los demás, la inmensa mayoría, la casi totalidad del género humano, parece que cuanto más corre, cada vez se aleja más de tan codiciada ventura.

Levantad sinó el engañoso velo de dicha aparente, que cubre muchos individuos, muchas familias y muchos pueblos; y vereis la satisfacción de la riqueza, contrariada por la amenaza de los peligros, por la inquietud de los temores y por el vacío de representación política, científica y literaria. Vereis la fugaz dulzura de los placeres sensibles, acibarada por el remordimiento, el hastío, la demacración y la tristeza. Vereis el brillo de los honores, empañado ó por la envidia hacia los más esplendorosos, ó por la escasez de recursos adecuados, ó por la conciencia de la indignidad que los disfruta. Vereis también las delicias del poder, contrarrestadas y subyugadas por las amarguras de la intriga, por las invectivas de la emulación y por las imposiciones de la fuerza. Es decir, hermanos mios, que muchos, muchísimos, la inmensa mayoría de los hombres, pudiendo ser más dichosos que los demás, son sin embargo más desgraciados; teniendo medios de ensanchar, mejorar y embellecer los dominios de su vida, los abandonan cobardemente á la simple vista de unos miserables enemigos, que los devastan, agostan y esterilizan. Y ¿por qué? Porque yerran el camino; porque se empeñan en ir al placer por el placer, cuando debieran ir al placer por el sacrificio; porque se empeñan en invertir el orden actual de la naturaleza, cuya ley universal de perfección y desarrollo es el sacrificio.

Sí, señores: la ley universal de perfección y desarrollo en la naturaleza es el sacrificio; y, para convencernos de ello, no necesitamos ser ni grandes teólogos, ni grandes filósofos, ni grandes

naturalistas, ni notabilidades de ninguna especie; basta ser unos simples y medianos observadores. Tened, pues, la bondad de acompañarme un momento por el amenísimo campo del orden físico, á fin de interrogar sobre este punto á sus más culminantes fenómenos; y en todos ellos veremos grabada con el elocuente estilo de los hechos la palabra *sacrificio*.

En efecto, señores: el agua sacrifica su estado líquido ó sólido bajo la acción del calor, para elevarse á constituir las vaporosas nubes, que han de enviarnos la benéfica lluvia. La luz sacrifica la recta dirección de sus rayos ante la varia densidad y naturaleza de los cuerpos, para producir la esplendorosa distribución de los colores y aumentar los dominios de nuestra vista. El oxígeno y el hidrógeno sacrifican su estado gaseoso y otras propiedades características, para dar origen al agua que de su combinación resulta, y que tan necesaria es en todos los reinos de la naturaleza. Y todas las combinaciones químicas, por regla general, ¿qué son sinó otros tantos sacrificios, que de sus respectivas cualidades hacen los cuerpos simples, en obsequio de los compuestos que de ellos se forman? Así también, la semilla tiene que descomponerse y sacrificarse para que la suceda el árbol: la flor tiene que marchitarse y sacrificarse para que la suceda el fruto: y el fruto tiene que sufrir el mismo sacrificio ante el apetito de los animales. Y extendiendo y generalizando estas observaciones, es notorio y evidente que los seres inorgánicos sacrifican su modo de ser en obsequio de la vida, de la savia, de los órganos y de los frutos de los vegetales; como los vegetales tienen que sacrificar su verdor y lozanía, sus productos y su existencia, ante las necesidades de la vida animal; y ésta con todos los seres anteriores, ante las exigencias más elevadas de la vida humana.

Lo que sucede en el orden de los seres, sucede también en el orden de las fuerzas. El equilibrio de los cuerpos es el sacrificio de las fuerzas iguales y contrarias. El movimiento es el sacrificio de las fuerzas menores. El movimiento ascensional de los vivientes, es el sacrificio de la fuerza de la gravedad ante la fuerza de la vida. El movimiento elíptico de los astros es el sacrificio parcial y recíproco de la fuerza atractiva ó centrípeta y la fuerza repulsiva ó centrífica.

Pero no es necesario ni subir tan alto ni ir tan lejos para encontrar la ley general é inflexible del sacrificio. La llevamos

impresa en nosotros mismos, independientemente de nuestra voluntad. La sucesión de las edades en el hombre no es más que una serie de sacrificios: la infancia, con su debilidad y con sus lágrimas, con su ignorancia y con sus pánicos, con su inconsciencia y sus instintos, cede, sucumbe y se sacrifica al advenimiento de la adolescencia; como ceden, sucumben y se sacrifican las últimas sombras de la noche ante las primeras tintas de la aurora. La adolescencia, con su vigor y su frescura, con sus alardes y sonrisas, con sus ilusiones y esperanzas, cede, sucumbe y se sacrifica al aparecer la juventud; como cede, sucumbe y se sacrifica la risueña perspectiva de la aurora, al aparecer el disco refulgente del sol. La juventud, con su robustez y con su barba, con su valor y con su fuego, con su temeridad y sus pasiones, cede su puesto y se sacrifica, al llegar la virilidad; como cede el suyo y se sacrifica la luz matutina, por enérgica que sea, ante la fuerza insuperable de la luz meridional. La virilidad, con su madurez y con su juicio, con sus proyectos y ambiciones, con su poder y su dominio, con sus conquistas y sus glorias, también sucumbe y se sacrifica cuando llega el turno á la vejez; como sucumbe y se sacrifica toda la preponderancia del sol meridional, ante la decadencia del ocaso. Por fin la vejez, con su frialdad y con sus canas, con su experiencia y sus consejos, con su avaricia y sus ahorros, cede, sucumbe, se sacrifica, por medio de la muerte corporal, ante la vida de la eternidad; como ceden, sucumben y se sacrifican los últimos resplandores del sol poniente, por medio de la noche de un horizonte, ante los albores de un nuevo día que amanece en otro horizonte.

Resulta, pues, hermanos mios, de estas ligeras indicaciones, que el universo todo viene á ser á manera de un templo colosal, majestuoso, inmenso, donde nunca ni en lugar alguno se interrumpe el acto expiatorio del sacrificio; donde todas las criaturas están ofreciendo constantemente el sacrificio de su propio ser y de sus propias cualidades á las jerarquías respectivamente superiores: los minerales á las plantas, las plantas á los brutos, los brutos al hombre, y todos á Dios. Sacrificios necesarios, indispensables, para realizar el perfeccionamiento progresivo y ascendente en la escala de la creación; para subir de la inercia á la vida, de la vida al sentido, del sentido á la razón, de lo transitorio á lo permanente, de lo temporal á lo eterno, de lo mortal á lo inmortal. Y siendo esto así, ¿con qué derecho pretende el hombre eximirse de la ley del

sacrificio, si ha de alcanzar la perfección, el reposo, la dicha, no sólo eterna sinó aún la temporal y relativa de este mundo, por la que tanto se afana? ¿Qué privilegio podemos aducir en nuestro favor, para llegar á las delicias superiores de la vida sin pasar por los dolores subalternos del sacrificio? ¡Ah! Señores: desengañémonos; no hay medio, no hay efugio: ó el sacrificio ó el desorden, y con el desorden la desgracia y la ruina.

Nosotros tenemos, como el resto de la creación, varios elementos de diferente categoría formando una escala, en cuya parte suprema está el espíritu con su razón, y en la parte inferior el cuerpo con sus sentidos. Pues ahora, suprimid por un momento el sacrificio de los seres inorgánicos que ocupan el fondo de la escala de la naturaleza; y enseguida perecerán todas las plantas con su fecundidad y hermosura; y después los animales con sus instintos; y después el hombre con sus progresos; como, al arrancar los cimientos de un edificio, se desploman arruinadas las paredes, las bóvedas y la cúpula: y no quedará en el mundo más que inercia, silencio, obscuridad y muerte. Así también; suprimid, si os place, el sacrificio del cuerpo, de la carne, de los sentidos; y luego perecerá de indigencia el orden científico, dejándonos á obscuras; después el orden moral, dejándonos sin ley; después el orden estético, dejándonos sin alas; y por fin el orden eterno, dejándonos sin esperanza. Y el corazón, entonces, no hará ni podrá hacer otra cosa, más que padecer y llorar las privaciones del vacío en todas sus esferas; padecer y llorar las privaciones de la ignorancia, de la inmoralidad, del desorden y la desesperación. Por el contrario, aceptad, practicad, amad el sacrificio del cuerpo y de los sentidos; y á sus expensas crecerá y se ensanchará el orden intelectual con todas las delicias de la ciencia; y el orden moral, con todas las satisfacciones de la virtud; y el orden estético con todos los encantos de la belleza; y el orden eterno con todos los atractivos de la esperanza. Y el corazón atraído, entusiasmado, cautivado por tan sublimes y consoladores bienes, empieza á desprenderse de los lazos de la tierra, y aligerarse de los afectos carnales y mundanos, y elevarse sobre la región de los intereses, de los honores y de los placeres sensibles; y cada vez más ligero, cada vez más desmaterializado, vuela y se remonta hácia el centro de toda luz, de todo bien, de toda hermosura y de toda delicia; y cuanto más de cerca lo contempla, más se enamora, más se entusiasma, más se rinde,

hasta quedar como suspendido del cielo por tan dulce y fascinadora atracción. Y colocado en esta altura, apenas siente, apenas percibe, apenas interrumpen su tranquilidad y su gozo las contrariedades de la fortuna, de la salud, ó de la importancia social; estas son corrientes que pasan muy por debajo de su amorosa esfera de actividad. ¡Ah! Hermanos mios; sólo así se explica la serena, tranquila y envidiable vida de los Santos: por su amor al sacrificio; porque ofrecen sacrificios de justicia y esperan en el Señor, según la sentencia del Salmista (IV, 6): *Sacrificate sacrificium justitia et sperate in Domino.* Sólo así se explica la sublime, heróica é imperturbable vida de la Santísima Virgen: por su amor al sacrificio: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

En efecto, hermanos mios: el Corazón de María llevó su amor al sacrificio hasta el heroismo más sublime: por eso alcanzó la serenidad, el valor y el gozoso dominio de la vida hasta el asombro y el prodigio Por amor al sacrificio, dejó desde muy niña, desde la edad de tres años, todo el amor, toda la ternura, todas las caricias, toda la confianza, toda la expansión, toda la libertad, todos los halagos y todos los atractivos, que la rodeaban en el hogar paterno, para someterse á toda la sujeción, á toda la serenidad, á todas las privaciones de las vírgenes consagradas al Señor en el sagrado recinto del templo de Jerusalén: y no por un día, ni por un mes, ni por un año; sinó por el largo período de doce años, hasta sus desposorios con San José. Allí se deslizaron, ocultos y silenciosos para el mundo, como los arroyos escondidos bajo la espesa y crecida alfombra de sombríos y solitarios bosques, los años más tiernos, más alegres, más floridos y más seductores de su hermosa y lozana existencia. Allí consagraba todo el tiempo al retiro, que es el sacrificio de la vista; y al silencio de todos los ecos mundanos, que es el sacrificio del oido; y al ayuno y la abstinencia, que es el sacrificio del gusto; y al trabajo de su sexo, que es el sacrificio de las manos; y á la modestia y sencillez en el traje, que es el sacrificio del lujo; y á la oración y al estudio de las verdades eternas, que es el sacrificio de todos los sentidos. Por amor al sacrificio abrazó la pobreza, que es el sacrificio de los intereses materiales, el sacrificio de la concupiscencia de los ojos; y la abrazó hasta un extremo harto riguroso y sensible, sobre todo en su huida y permanencia en Egipto: profesó la más pura y angelical virgini-

dad, que es el sacrificio de la concupiscencia de la carne: se adhirió á la humilde suerte de un pobre carpintero, que es el sacrificio de la soberbia de la vida, de los honores del mundo: prefirió á la fecundidad natural, que era la honra de las mujeres hebreas, la esterilidad, que era su oprobio, que era la abdicación de su gloria y el sacrificio de las más lisonjeras esperanzas respecto á la descendencia del Mesías prometido.

Por último, señores; en el Corazón de María estaba siempre vivo el fuego sagrado de la más sublime caridad, que era el sacrificio del egoismo en todas sus formas. Caridad que no se contentó con sacrificar los honores y las riquezas, los afectos y las comodidades, los sentidos y las potencias, el cuerpo y el espíritu, en aras del amor divino, de la soberana majestad de Dios; sinó que llegó á aceptar, llegó hasta ofrecer el sacrificio de los sacrificios, el sacrificio de su Hijo único, de su Hijo inocente, de su Hijo sobrehumano, de su Hijo divino, de Aquél que fué por tantos siglos el objeto de la expectación universal, el Deseado de las naciones, del divino Salvador, en fin, en aras de la salud, de la libertad, de la redención del género humano.

¡Ah! Hermanos mios; grandes, dolorosos, imponderables son todos estos sacrificios de la Santísima Virgen; pero también son grandes y grandemente consoladoras las divinas recompensas, que por ellos recibió ya en esta vida. Su amor al retiro del mundo le grangeó la aproximación al cielo; y ¿qué vale la perspectiva que el mundo ofrece á la vista de nuestra observación, comparada con la perspectiva que ofrece el cielo á los ojos de la fé? La perspectiva del mundo no es más que un conjunto monstruoso, un insondable caos, donde se chocan, se mezclan y confunden, la riqueza y la miseria, la ciencia y la ignorancia, la verdad y el error, la virtud y el crimen, lo bello y lo feo, la gloria y la infamia, la paz y la guerra, la vida y la muerte: cuadro aterrador, sin más unidad que la del caos, que es una unidad facticia, violenta y repulsiva; ni más variedad que la contradicción, que es una variedad absurda y repugnante. Por el contrario, la perspectiva del cielo á los ojos de la fé, y por consiguiente, del espíritu de María, ofrece un bellísimo panorama, cuyo fondo, cuya unidad central es la esplendente luz de la gloria, la inefable claridad de la esencia divina; y su variedad rica, fecunda y harmoniosa en extremo, son los vivísimos y variados colores que representan los diferentes grados de vida, de

riqueza, de verdad, de hermosura, de virtud, de mérito y de gloria; pero sin que aparezca nunca ni en ninguna parte el negro fúnebre de la miseria, del error, de la fealdad, del crimen, de la infamia ó de la muerte.

Todo lo que sacrificó el Corazón de María, de sociedad y relación con los hombres, lo ganó en sociedad y relación con los ángeles, cuya cita principal era bajo las sagradas bóvedas del templo. Ganancia á todas luces ventajosa, hermanos mios. ¿Quién es capaz de vislumbrar siquiera el interés, la elevación, la dulzura y los encantos de aquellos silenciosos diálogos entre María y los espíritus celestiales? La comunicación con los hombres, las conversaciones humanas, por interesantes que sean, podran versar sobre asuntos muy preciosos en valor, en sabiduría, en belleza, en heroismo ó en santidad. Pero; ¿qué hombre puede saber ni hablar de objetos valiosos, tanto ni tan bien como los ángeles que están al lado de la fuente soberana, de donde emanan todas las riquezas que avaloran los cielos y la tierra? ¿Quién puede saber ni hablar de sabiduría tanto ni tan bien como los ángeles, que están viendo cara á cara la misma sabiduría infinita; aquella sabiduría que concibió *ab æterno*, nó el plano de un edificio, ni el método de un libro, ni la legislación de un pueblo, sinó el plano de la creación, el gran libro de la naturaleza, y la legislación completa del universo? ¿Quién puede saber ni hablar de belleza tan bien como los ángeles, que están contemplando sin cesar la misma belleza absoluta, causa y origen de todos los encantos y hermosuras del mundo? ¿Quién puede saber ni hablar de heroismo tan bien como los ángeles, que son los cortesanos y ministros inmediatos de la omnipotencia absoluta, de aquella omnipotencia, que sacó los mundos de la nada y los lanzó al espacio, con más facilidad que lanza el huracán la ténue arena del desierto? ¿Y quién puede saber ni hablar de las delicias de la santidad tan bien como los ángeles, que la poseen en un grado eminente y están siempre respirando la perfumada atmósfera de la santidad infinita de Dios? Considerad ahora, qué le importaría á esta Inmaculada Virgen haber sacrificado la comunicación con los hombres, contando como contaba con la amistad de los ángeles.

Pero hay más: todo lo que perdió y sacrificó María alejándose de los brazos y del corazón de sus tiernísimos padres, lo ganó acercándose á los brazos de Dios, é intimándose con el corazón de

Dios. ¡Ah! Señores; aquí sí que el entendimiento se confunde y tiene que enmudecer la lengua: porque ¿qué valen, qué significan, qué comparación pueden tener todos los ósculos, todos los abrazos, todas las caricias, todos los extremos de cariño y de ternura que los padres depositaran sobre el bellísimo é inocentísimo cuerpo de su idolatrada hija, con los ósculos y los abrazos, con los regalos y caricias, con las dulzuras sin cuento y sin medida, que derramaría en su corazón ese divino Esposo de su alma? Repito, hermanos mios, que ésto mejor es para sentido que para explicado.

Por último; en cambio del sacrificio de las riquezas é intereses materiales, logró María una plenitud de gracias y riquezas espirituales: *Ave-María gratia plena:* tesoro de gran valía, y el único que podemos defender de toda oruga, de toda polilla y de todos los ladrones. Y en cambio del sacrificio de su virginidad, logró nada menos que la divina maternidad. La que no quería ser madre, por no dejar de ser virgen, consiguió el singular privilegio de ser virgen y madre. La que aceptó el oprobio de la esterilidad por amor á la más pura integridad, alcanzó la gloria de la maternidad sin perjuicio de la misma integridad. La que no quería ser madre de un hombre por obra de varón, llegó á ser madre de Dios por obra del Espíritu-Santo. *Quia respaxit humilitatem ancillæ suæ; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Porque miró Dios á la humildad, la abnegación, y el sacrificio de su sierva, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

Ahora bien: llegado á este punto el Corazón de María; enriquecido con el más abundante tesoro de gracias celestiales, cautivado por la bellísima perspectiva de los cielos, entusiasmado con los dulcísimos coloquios de los ángeles, rendido y desfallecido de amor, y de un amor correspondido con usuras, en los brazos del Padre celestial, y por fin coronado con la excelsa é inamisible diadema de la maternidad divina, decidme; ¿Qué mella, qué impresión podían hacerle las contrariedades, los reveses, los infortunios, que no traspasan los límites del tiempo, del cuerpo y de los sentidos? ¡Ah! hermanos mios, relativamente poca, muy poca; menos que la que puede hacer sobre el costado de un gigantesco buque la suave brisa de una mañana primaveral; menos que la que puede hacer el soplo de un hombre sobre el tronco de una secular encina. Por eso la vemos siempre serena, tranquila, dueña y señora de sí misma; lo mismo cuando tropieza con la penuria, el frío y el abando-

no, como en la cueva de Belén, que cuando corre riesgos, peligros, sobresaltos y necesidades, como en la huída á Ejipto; y hasta cuando presencia al pié de la Cruz el trágico, sangriento y mortal desenlace de la misión de su divino Hijo. Padece y sufre, es verdad; pero sin desconfianza, sin desesperación, sin suspenderse ni un momento siquiera la predominante y consoladora influencia de aquellos bienes espirituales y eternos, que jamás perdió de vista su elevado espíritu ni jamás dejó de amar su santísimo Corazón. Como dice uno de los más elegantes biógrafos de María el P. Orsini; «Los bramidos de la tempestad y el estruendo del trueno, que obligaban á Cesar á esconderse bajo las bóvedas subterráneas de su palacio, no llegaban á los oidos de la tierna Virgen: completamente absorbida en sus deberes religiosos, su alma se lanzaba á los pies del grande Autor del universo, más allá de los límites del mundo y de la región de las tormentas.» (Libro V.)

Tal es, hermanos mios, la verdadera vida: esto es lo que se llama el señorío y el dominio de la vida sólidamente dichosa, cuanto puede serlo aquí abajo. Pues á ello, hermanos mios, á ello; á conquistarla á todo trance. Ya sabeis cual es el camino; el sacrificio. Por aquí marcha y llega á su perfección la naturaleza. Por él fué y llegó á su mayor gloria la Santísima Virgen. Pues sigámosla con decisión, con arrojo y con esperanza. Tiernas é inocentes niñas, sacrificad desde hoy para siempre todos vuestros caprichos, todas vuestras ligerezas y vuestras peligrosas distracciones, ante el Sagrado Corazón de María. Doncellas y jóvenes, sacrificad desde hoy para siempre todo vuestro lujo, todas vuestras vanidades, vuestros veleidosos sentidos y vuestras volcánicas pasiones, ante el Sagrado Corazón de María. Cofrades todos de esta Asociación tan laudable y tan próspera; oyentes todos que os dignais escucharme; sacrificad y sacrifiquemos todos, sí, sacrifiquemos todos nuestras bajas inclinaciones hacia los viles intereses de la tierra y todas nuestras desordenadas y perturbadoras concupiscencias, ante el Sagrado Corazón de María; para que predomine también en nosotros, como predominó en esta excélsa Señora, la vida del espíritu, la vida de la gracia, que es la vida verdaderamente triunfante en esta milicia terrenal; y después la vida del Cielo, la vida de la gloria eterna, que á todos deseo.

AMÉN.

NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ [1]

Pax multa diligentibus legem tuam.

Tendrán mucha paz los que aman tu ley.

Ps. CXVIII, V. 165.

A. O.

Hay palabras de tan mágica y seductora influencia, que basta oirlas para que merezcan todo nuestro asentimiento y conquisten todas nuestras simpatías. Menciónese la luz, y al instante brotarán en nuestro espíritu las más dulces emociones, ante la viva y pintoresca representación de los bellísimos encantos que ella derrama sobre el mundo material. Cítese la vida, y agolparánse en nuestra imaginación las mil direcciones de sus complicados y misteriosos movimientos, la caudalosa corriente de su multiforme é inagotable fecundidad, el bullicioso y productivo hormigueo de las minas, los talleres y las fábricas, y las

(1) Sermón predicado en la hermosa Capilla que posee en su casa de Segovia, el ilustrado y piadoso Registrador de la misma ciudad señor don Ramón Lorente.

luchas titánicas que mantienen en su marcha progresiva las ciencias y las artes; y al lado y por consecuencia de todo ésto, el más puro gozo de nuestras almas, que tanta y tan noble parte toman en ese concierto de la vida universal. Y ¿qué diremos de las palabras libertad, independencia y progreso, tomadas en su legítimo y racional sentido? No ignorais, hermanos mios, que al eco de esos vocablos, ha respondido más de una vez el corazón del hombre con explosiones de entusiasmo, con rasgos de valor, con prodigios de heroismo, escribiendo con su propia sangre las epopeyas de los pueblos.

Pues hay aún otra palabra de más suave y poderoso atractivo. Tal es la que sirvió á los profetas para designar uno de los más relevantes caracteres del prometido Mesías: *Princeps pacis;* la que pronunciaron los celestiales mensajeros al saludar al mundo, cuando nació el Deseado de las gentes; *et in terra pax*; la que empleaba el divino Redentor para saludar á sus discípulos y éstos para saludar á los fieles: *Pax vobis*; y por último, la que profieren los sagrados ministros al penetrar en la morada de un agonizante y al despedir los restos de un difunto: *Pax huic domui; Requiescat in pace.* Sí, señores, la *paz*; he ahí la palabra dulce y consoladora por excelencia; quien dice paz, dice orden en las funciones, harmonía en los afectos, concierto en las voluntades, equilibrio en las fuerzas, bienestar en los individuos y en los pueblos. Por eso dice San Agustín, que, aún en las cosas terrenas, es tan grande el bien de la paz, que nada puede oirse más dulce, ni nada más apetecible desearse, ni nada más útil poseerse: *Nihil dulcius audiri, nihil delectabilius concupisci, nihil utilius possideri;* (Serm. 2, ad Fratres in eremo.)

Merece, pues, nuestros plácemes, y felicitamos de todas veras á esta distinguida y piadosa familia, por el feliz acuerdo de constituirse bajo el patrocinio de una advocación tan dulce, cual es Nuestra Señora de la Paz. Y como la paz de los individuos y la paz de los pueblos tiene su origen y fundamento en la paz de las familias, á esta concretaremos nuestras observaciones; no para pregonar sus excelencias, que de todos son bien conocidas, sinó para decir en qué consiste y cómo se logra, á lo cual pocos atienden. Ved aquí la proposición que será objeto de mi breve discurso: «La paz doméstica es la feliz resultante de estas dos fuerzas, la rectitud de los padres y la obediencia de los hijos.»

Virgen de la Paz: haced que yo la perciba con mi entendimiento y la sienta en mi corazón, para que pueda mostrar sus deliciosos caminos á este distinguido concurso: alcanzadme de vuestro divino Hijo las gracias que para ello necesito, y al efecto os saludamos con las palabras del Angel: Ave-María.

Pax multa diligentibus legem tuam.

Tendrán mucha paz los que aman tu ley.

Ps. CXVIII, V. 165.

A. O.

La rectitud consiste en marchar directamente hácia el fin sin torcer ni á derecha ni á izquierda; y esa línea recta que une el principio con el término, es la norma, la regla, la ley que preside y modera todos los actos y movimientos de las criaturas. Así la ley de la atracción lleva la materia, desde la imperceptible parvedad del átomo hasta la respectiva consistencia y magnitud de los cuerpos; y la variedad de los cuerpos hasta la imponente grandeza de los globos; y la multitud de los globos, hasta la majestuosa sublimidad de los sistemas astronómicos; y los sistemas astronómicos, hasta el inmenso y nunca bien alabado concierto del plan divino en la obra de la creación. Así también las leyes de la vida conducen á la planta desde la pequeñez del germen hasta la corpulencia del árbol, con toda la frondosidad de sus ramas, con todo el esplendor de sus flores, y con toda la riqueza de sus frutos. Mientras estas leyes se cumplan, puede decirse que están asegurados el orden y la paz en sus respectivos dominios: cada molécula, cada cuerpo, cada astro y cada sistema, lo mismo que cada órgano, ocuparán su lugar y ejercerán sus movimientos y sus funciones sin choque ni lucha de ningún género. Pero desde

el momento en que alguna de ellas sufra interrupción ó resistencia, el desconcierto es seguro, la lucha inevitable. Ved como murmuran, y se agitan, y se alborotan las partículas de un líquido, cuando el fuego pretende romper los vínculos de su cohesión molecular. Escuchad los asaltos y bramidos de la impetuosa corriente contra los diques que se atraviesan en su marcha. Figuraos el horrendo choque, la inmensa catástrofe que sufriría el mundo físico, si por un momento suspendiera su acción cualquiera de las dos fuerzas, la atractiva ó la repulsiva, que regulan los movimientos y las distancias de los astros. Y ¿qué son los terremotos, los ciclones y todas las tempestades de la naturaleza, más que luchas gigantescas entre sus poderosos elementos, ocasionadas por el desequilibrio de sus respectivas leyes? Excusado es añadir que las enfermedades de los vivientes son otras tantas luchas, más ó menos dolorosas, entre las leyes de la vida y los obstáculos que se oponen á su desenvolvimiento.

Ahora bien, señores: los padres son los representantes y depositarios de la ley en el orden doméstico: son el centro de donde partir deben la energía y la dirección de la conducta de los hijos. Si, pues, llegan á faltar la energía en este centro y la fidelidad en estos depositarios; si los padres, en vez de llevar la ley en su entendimiento y en sus labios, y la fortaleza en su voluntad, sólo muestran la pasión, el capricho, ó una irracional condescendencia, ¡ah! no lo dudeis, hermanos mios, la paz huye del hogar doméstico, para dar entrada á la división, á la discordia y á la lucha. Un padre que sólo piensa en los negocios, en los honores y en los placeres de este mundo, y no reconoce ni habla de otra providencia más que la casualidad, la fortuna y la desgracia, tiene que experimentar frecuentemente las veleidades de estas diosas y la inconstancia y vanidad de aquellos bienes; perdiendo por consiguiente la paz consigo mismo: y de aquí á perderla también con su esposa y con sus hijos, no hay ni siquiera un paso. Como la electricidad acumulada en el seno de una nube, concluye por rasgar la vaporosa envoltura y despedir truenos y rayos, así la tempestad formada en el corazón de ese padre por las adversidades de la vida, rompe todos los velos de la resignación y la prudencia, y lanza por sus ojos, por sus labios y por todos sus movimientos, rayos de provocaciones y de insultos, cuando no de blasfemias, que hieren á la madre y á los hijos, y alcanzan hasta los últimos

grados de la servidumbre doméstica, y sobrevienen esas escenas de riñas, de lágrimas, de vergüenza y de escándalo, que sumen á todos los individuos de la familia en los abismos de la tristeza, y convierten en un simulacro de la muerte y en una parodia del infierno, lo que debiera ser un cuadro, el más expresivo, de la vida, y un preludio de la gloria.

Otra cosa sucede cuando el padre es hombre de ley, de rectitud, de justicia; cuando amolda sus pensamientos á la norma de la verdad y sus inclinaciones á la regla del bien; cuando no concede á los bienes terrenos y caducos más categoría que la de medios; cuando todo lo subordina al espíritu, á la eternidad y á Dios; en una palabra, cuando tiene siempre ante los ojos la ley moral y religiosa. Entonces, hermanos mios, la casualidad, la fortuna y la desgracia, ya no son para él unas divinidades despóticas, que manejan á su antojo los acontecimientos humanos, sinó unas palabras sin sentido, con que suele disfrazarse la ignorancia de los hombres; ó á lo sumo, unas humildes esclavas de la Providencia, que todo lo ordena á nuestro mayor bien. Tampoco le perturban entonces las vicisitudes de las riquezas, de los honores y de los placeres mundanos: sabe que no está en ellos el verdadero alimento del alma, y los vé pasar y desaparecer sin afligirse, como quien dispone de otros manjares más exquisitos, y mira con indiferencia y hasta con desprecio la comida de los pobres. Este padre está en paz consigo mismo, mediante la ordenada conformidad de su razón y de su voluntad: «*Pax animæ rationalis*, dice San Agustín, (De Civitate Dei, lib. 19, cap. XI) *est ordinata cognitionis actionisque consensio.*» Su semblante, sus palabras y todos sus actos, son la expresión fiel de la rectitud y serenidad de su espíritu, y las refleja en su esposa, en sus hijos y en todos los domésticos, como los suaves rayos de la luna reflejan en el espejo de las aguas la poética blancura de su disco. Cuando habla es un maestro dócilmente escuchado: cuando reprende es un juez amorosamente temido: cuando obra es un modelo celosamente imitado; y siempre es, dentro del hogar, la luz que lo ilumina, el calor que lo fecunda, el fuego que lo purifica, el resorte que lo mueve y el lazo que lo aduna y harmoniza. *Pax multa diligentibus legem tuam;* tendrán mucha paz los que aman tu ley.

Tal es el ejemplo que nos ofrece la Santísima Virgen. Cuando Alfonso VI, á fines del siglo XI, recobró del poder de los árabes la

importantísima ciudad de Toledo, aceptó, obligado por las circunstancias, la irritante condición de que la iglesia Metropolitana quedase de mezquita para los sectarios de Mahoma. Su esposa doña Constanza y el Arzobispo don Rodrigo no podían ver con buenos ojos tan sacrílegas profanaciones en su templo, consagrado un día por la presencia de la Santísima Virgen; y, aprovechando una ausencia del monarca castellano, resolvieron valerse de las armas para hacerse dueños de la iglesia, como lo eran de la ciudad. Los árabes protestaron de la violación del tratado, é hicieron llegar sus quejas al rey Alfonso: viéndose éste herido en las fibras más delicadas de su honradez y caballerosidad, emprendió el camino de Toledo, resuelto á hacer un duro y ejemplar escarmiento en su esposa y en el Arzobispo. Nada valían para aplacar su ánimo, ni las súplicas de unos, ni las lágrimas de otros, ni la actitud penitente de los cristianos, que salieron en procesión á su encuentro. Pero el Cielo, que velaba por la piadosa intención de los sublevados, encargóse de resolver el conflicto; y he aquí que los mismos árabes se arrojan á los pies de Alfonso, pídenle perdón para todos los que él consideraba culpables, y renuncian voluntaria y generosamente á la posesión de la iglesia. Pacifícanse con esto todos los ánimos, y renació la alegría en todos los corazones. Y atribuyendo tan feliz resultado á la intervención celestial de la Santísima Virgen, diósele con este motivo y desde entonces el nuevo título de la Virgen de la Paz. Pero esto no fué más que una ocasión, un motivo transitorio y aparente; que el verdadero fundamento de aquella advocación es permanente y constante; está en el modo de ser de la Madre de Dios, siempre Reina y Señora de la paz, por su rectitud nunca interrumpida. En efecto, nadie como ella, después del divino Jesús, llevó tan adelante el amor y el cumplimiento de la ley de Dios, hasta el punto de haberse conservado toda su vida exenta de pecado venial: por eso nadie la iguala tampoco en la paz consigo misma y en sus relaciones con su castísimo esposo y con su adorado Hijo. Ni la pobreza y soledad de su alumbramiento, ni los siniestros vaticinios del anciano Simeón, ni las amarguras del destierro, ni las sangrientas escenas del Calvario, fueron bastante para perturbar aquella paz, aquella harmonía y aquel orden que reinaba entre su alma y su cuerpo, entre su razón y sus sentidos, entre su voluntad y la voluntad de Dios. Y este orden encontraba eco en José y en Jesús: y aquel matrimonio era la fusión de

dos corazones que jamás discrepaban en sus afectos y deseos, como dos arroyos que se confunden en la corriente de un mismo río: y aquellos padres y aquel Hijo eran tres notas siempre acordes, que imitaban las harmonías del corazón de Dios, y daban el tono á las harmonías angélicas. *Pax multa diligentibus legem tuam*: tendrán mucha paz los que aman tu ley.

Pero no basta la rectitud de los padres; es necesaria la obediencia de los hijos. La primera traza la órbita en que deben moverse la inteligencia y el corazón de los hijos: pero si estos no la siguen ni la aceptan, si arrastrados por el error ó por el vicio ó por ambas cosas, se empeñan en seguir dirección contraria, necesariamente surgirán choques más ó menos violentos entre las ideas y los afectos de los hijos y de los padres, y chispazos de recriminaciones paternales más ó menos duras y severas, y alguna vez dramáticas escenas de castigos necesarios, siempre sensibles para los autores de nuestros dias. La rectitud de los padres nos da el modelo en el seno de la familia; pero si los hijos no lo imitan, si en vez de reflejar en su alma las virtudes que en él resplandecen, no hacen más que obscurecerla con las sombras del error y mancillarla con el cieno de criminales deleites, y adormecerla y esterilizarla con los hábitos del abandono y la holgazanería, no pueden menos de excitar la aversión y la repugnancia en la delicada conciencia de sus padres, como la excita en el delicado gusto de un pintor el hermoso cuadro carcomido por la polilla ó emborronado por la estupidez. Y ¿cómo ha de haber paz entre unos padres que desean verse retratados en sus hijos, y unos hijos que se empeñan en borrar los rasgos característicos de sus padres? La bondad de los padres es el faro puesto por la Providencia al frente del hogar doméstico, para mostrar el puerto de refugio á los hijos que peligran en las tempestades del mundo; pero si éstos rehusan volver á él sus ojos, y seducidos por la sirena del placer rompen el cable de la obediencia, se convertirán en viles juguetes del oleaje de las pasiones, y tropezarán en todos los escollos del vicio, y chocarán á cada paso con los intereses y con la virtud de sus padres y con el honor y el bienestar de toda la familia, que se convertirá, por causa de ellos, en un hervidero de contiendas y disgustos.

En cambio, si los hijos respetan aquella órbita señalada á cada uno por la rectitud de los padres, todos podrán moverse sin estorbarse, todos trabajarán sin violencia, todos caminarán sin extra-

viarse ni perderse; y la casa será un poderoso organismo, de donde brotarán copiosos y lozanos frutos de utilidad, de bienestar y de paz; un amoroso nido donde los hijos adquirirán grandes y robustas alas, para volar con más seguridad y con rumbos menos inciertos en las diferentes esferas de la vida: una especie de templo, donde contínuamente se ofrecerán al Señor las dulces harmonías del orden y el grato perfume de todas las virtudes. Y si los hijos imitan aquel modelo que les ofrece la acrisolada honradez de sus padres, imprimirán en su alma la fisonomía moral y religiosa de los que les dieron el ser, y se verán mutuamente retratados los padres en los hijos y los hijos en los padres; y no podrán los padres amarse á sí mismos sin amar también á los hijos, y no podrán los hijos amarse á sí mismos sin amar también á los padres; y la familia será un perenne y santo idilio, un concierto de corazones movidos al compás del amor. Y si los hijos no pierden de vista aquel luminoso faro, encendido y alimentado por la caridad de los padres, ni rompen el cable de la obediencia, bogarán serenos en el mar de la vida, y sortearán con destreza los peligros del mundo, dominarán las tormentas de las pasiones, y convertirán el hogar doméstico en un lago tranquilo, ligeramente rizado por los suaves contrastes de carácter, vocación y aficiones de los individuos.

Que la Santísima Virgen fué también un acabado modelo de obediencia, no hay para qué detenerse en demostrarlo. *Ecce ancilla Domini: fiat mihi secundum verbum tuum:* He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra. *Quia respexit humilitatem ancilla suæ;* porque vió Dios la humildad de su sierva. Ved aquí la divisa, la enseña dominante en la vida de María, la humildad, la sumisión, la obediencia. Por eso ni perturbó jamás la tranquilidad del hogar doméstico, mientras estuvo con sus padres; ni tampoco se detuvo nunca en su voluntad la corriente de los altísimos y misteriosos designios de la Providencia, por muy sensibles y dolorosos que fueran para su amantísimo corazón. Y lo mismo con sus padres primero, que después con su esposo y con su hijo, fué siempre una nota divinamente afinada en las harmonías domésticas; una figura magistralmente combinada en el cuadro de la familia; y su casa respiraba la bendita calma de los bienaventurados, sin faltar por eso la actividad meritoria de los viadores: todos se movían con orden; todos trabajaban en paz. *Pax multa diligentibus legem tuam:* tendrán mucha paz los que aman tu ley.

Padres de familia; ya sabeis lo que exige de vuestra parte la paz del hogar doméstico; la rectitud. Hijos de familia, sabeis también lo que para el mismo fin debeis prestar vosotros; la obediencia. Con estas dos fuerzas, hábilmente combinadas, creédmelo, levantareis el trono de la paz en el seno de la familia; pero no de una paz inerte, pasiva y esteril, que se confunde con el silencio y la calma de los sepulcros; sinó de una paz activa, laboriosa y fecunda, á cuya sombra crecen y prosperan las ciencias y las artes, la industria y el comercio, no menos que la virtud y la justicia, la religión y la moral. Y como del hogar doméstico nacen los individuos, y los pueblos y la humanidad entera, por los individuos, por los pueblos y por toda la humanidad circulará y se extenderá el caudaloso y benéfico río de la paz, cubriéndolo todo de verdor y lozanía, de flores y de frutos, y ahogando y sumergiendo en su corriente esas tremendas luchas entre el capital y el trabajo, entre la autoridad y los súbditos; esas huelgas y motines de los obreros, esos cierres de fábricas, esas quiebras del comercio y todos esos conflictos sociales, que tanto preocupan hoy á la Iglesia y al Estado, y que, como candente lava, esterilizan y destruyen todos los campos de nuestra civilización y cultura. Y sobre todo, hermanos mios, lograremos la paz del corazón y la conciencia, que es la base para lograr después la paz sempiterna de la gloria.

ASÍ SEA.

LA VIRGEN MARÍA

COMO REINA DE LA NATURALEZA, DE LOS HOMBRES Y DE LOS ÁNGELES

Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu supergressa es universas.

Muchas hijas de Israel han allegado riquezas: tu empero á todas has aventajado.

Prov. XXXI. 29.

Iltmo. Señor:

A grandes edificios corresponden grandes cúpulas, según el arte. Á grandes problemas convienen grandes soluciones, según el cálculo. Á grandes análisis deben suceder grandes síntesis, según la ciencia. Las grandes virtudes conducen á grandes premios, según la Religión.

Desde el primer día de este mes se viene levantando aquí, bajo estas sagradas bóvedas, un gran edificio, el edificio de las glorias de María: se viene desarrollando un gran problema, el problema de nuestras relaciones con María: se viene practicando un extenso y minucioso análisis, el análisis de nuestros deberes para con María: se vienen describiendo grandes virtudes, las virtudes de la Madre del Amor Hermoso. Falta, pues, la cúpula correspondiente á aquel edificio, la solución conveniente á aquel

problema, la síntesis comprensiva de aquel análisis, el premio proporcionado á aquellas virtudes. Resta, en una palabra, coronar la grande obra del mes dedicado á María; dar satisfactoria cima al piadoso y florido Mayo.

Y esto reclama, sin duda, ese deslumbrador aparato que hoy ostenta la casa del Señor: ésto, al parecer, simbolizan, esa perfumada atmósfera con que nos brinda el fuego sagrado; esos refulgentes cirios, que brillan como estrellas del firmamento; esas matizadas flores, que rivalizan en lozanía y verdor; los cánticos entusiastas, que nos recuerdan los de Moisés y Débora; y los mil harmoniosos sonidos, que traen á nuestra memoria aquella ruidosa orquesta que se agitaba en torno del Arca Santa. Esto espera igualmente esa apiñada muchedumbre de ilustres afiliados, dignos sucesores de los que moraban bajo los pabellones de Israel; y para esto sale también de su augusto Tabernáculo el mismísimo Rey de la gloria. Todo, todo es grande, majestuoso y sublime, como sublime, majestuoso y grande es el objeto de esta solemnidad.

Lo peor es, hermanos mios, que el encargado de pintároslo no tiene ni la concepción elevada ni los colores correspondientes á la sublimidad del ideal: pero haciendo, con la ayuda de Dios, lo que esté de mi parte, no me exigireis más. Partiendo, pues, de este supuesto, creo que el mejor medio de ofreceros bajo un golpe de vista la síntesis de las virtudes y glorias de María á la vez que de nuestras relaciones y deberes para con Ella, será presentárosla ceñida con la gran diadema de Emperatriz del Universo, apoyada por la triple corona de Reina de la naturaleza, Reina de los hombres y Reina de los Angeles.

Tal es, amados oyentes, el importante pensamiento que me propongo desarrollar ahora: desarrollo que ofrece serias dificultades, para que yo pueda realizarlo apoyado sólo en mis débiles fuerzas. Rogad conmigo al Supremo Dispensador de todos los dones, para que me conceda el de la ilustración en estos momentos: pongamos al efecto por intercesora á la tierna Madre del Amor Hermoso, diciéndola con el Angel: Ave-María.

Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu supergressa es universas.

Muchas hijas de Israel han allegado riquezas: tu empero á todas has aventajado.

Prov. XXXI, 29.

Iltmo. Señor:

Dios, Rey absoluto y Supremo de los Cielos y la tierra, posee de uno ú otro modo, por virtud de su propia esencia, todas las perfecciones que brillan así en la redondez de la tierra como en la inmensidad de los Cielos: y por la infinidad que campea en todos sus atributos, asienta su divino alcazar sobre el alcazar más alto de la más encumbrada criatura. Pues la incomparable María reune, por la gracia de Dios, los primores de la naturaleza, las virtudes de los hombres, y las excelencias de los Angeles; y por sus extraordinarias prerrogativas, ocupa en la escala de los seres el primer lugar después del Criador: *Tu supergressa es universas:* Tú empero á todas has aventajado.

En efecto, católicos: considerándola en primer lugar con relación á la naturaleza, su hermosura es un tipo sublime, á cuya realización concurre lo más esplendoroso que ostentan las celestes bóvedas y lo más embelesador que aparece en la vasta esfera de nuestro globo. Nada en las primeras más bello, que la aurora aso-

mando por el oriente con su purpurino manto, y el sol dominando el espacio con sus dorados resplandores, y la luna coronada de estrellas y presidiendo con su argentado disco la dulce calma de la noche. Pues María es la aurora más poética, que después de una prolongada noche de cuarenta siglos, apareció en el oriente de nuestra Redención, envuelta en nubes de gloria, con celajes de majestad nunca vista, anunciando la Luz del Mundo: *Quasi aurora consurgens* (1). Vedla, como sol radiante dominar hasta los confines del Universo con los rayos de sus gracias y sus virtudes; ocupar, como Medianera, el centro entre Dios y los hombres, como el sol ocupa el centro de los planetas; y llamar hácia sí todas las generaciones, como el sol llama en torno suyo á todo el sistema planetario: *Electa ut sol* (2). Vedla, como el astro de la noche, coronada con las brillantes estrellas de sus prerrogativas, de su Concepción Inmaculada, de su virginal pureza, de su Maternidad divina y de su Asunción gloriosa; y reflejando hácia el sombrío horizonte de la humanidad, los ardientes y luminosos rayos que recibe del divino Sol de justicia: *Pulchra ut luna* (3).

Nada en la tierra más embelesador, que la brillantez de los minerales escondidos en su seno, y la variedad de plantas que engalanan su superficie. Pues en María se junta lo más brillante de los primeros y lo más encantador de las segundas. Ella es más preciosa que el oro, más deslumbradora que el diamante, más blanca y trasparente que el alabastro y más tersa que el límpido marfil: *Sicut turris eburnea.* Ella es incorruptible y gigantesca como el cedro del Líbano: « *Quasi cedrus exaltata sum in Libano* (4): esbelta como la palma que se envanece en el desierto:» *Statura tua assimilata est palmæ* (5): frondosa como el plátano que se levanta á orillas de las aguas: *Quasi platanus exaltata sum juxta aquam in plateis* (6): De extensas ramas, como el terebinto: *Quasi terebinthus extendi ramos meos* (7); ramas que cubren toda la tierra, y en las cuales aparece una regularidad más perfecta que en la mesurada

(1) Cantic. VI, 9.
(2) Ídem.
(3) Ídem.
(4) Eccli. XXIV, 17.
(5) Cantic. VII, 7.
(6) Eccli. XXIV, 19.
(7) Eccli. XXIV, 22.

pirámide del ciprés, y una fragancia más exquisita que la del bálsamo más aromático, y un verdor más permanente que el de la más regada campiña, y flores más hermosas que la cándida azucena y el azulado jacinto, y matices más encantadores que los del lirio que hermosea los valles, y frutos más delicados que todos los que saborea la criatura rey del mundo sensible: *Ego flos campi et lilium convallium* (1); *Et flores mei fructus honoris et honestatis* (2).

María es, por consiguiente, hermanos mios, Reina de la naturaleza; y porque es Reina de la naturaleza, tiene derecho á exigirnos y nosotros la obligación de dedicarle lo que de esa naturaleza participamos: los espléndidos y matizados juguetes, que recrean nuestra vista en los dominios de la luz; los mil harmoniosos conciertos, que llegan á nuestros oidos de las regiones del movimiento; los dulces y balsámicos aromas, que en alas del viento nos remiten las flores de los campos; el brillo deslumbrador, que prestan á nuestras joyas los minerales preciosos; el refrigerante soplo de la brisa en las mañanas del estío, y todas las perfecciones físicas que puedan embellecer nuestro cuerpo; todo debemos ofrecerlo desde el altar de nuestro corazón á esta augusta Soberana. Dedicar aquellas cosas sólo á los sentidos, única y exclusivamente al placer de los sentidos, es, hermanos mios, inferir un insulto á nuestra razón; es dejar á las puertas del templo una ofrenda que debemos introducir hasta las mismas gradas del Santuario; es hacer la corte á los porteros en vez de hacer la corte al Monarca; es, en una palabra, la idolatría del sensualismo. Poner todos aquellos dones á los pies de nuestra razón y de nuestro espíritu, como si este fuera su primer origen y su último término, como si de él procediesen y para él fueran exclusivamente todas las cosas, ¡ah! esto sería, señores, la última expresión del orgullo, la usurpación sacrílega de los derechos de la Divinidad: sería confundir á los cortesanos con el Rey, al ministro con el poderdante, al hombre con Dios: sería, en resumen, la idolatría del racionalismo.

Pues bien, piadosas Hijas de María; si no quereis incurrir en esas abominables idolatrías, reconoced y reconozcamos todos á la Madre del Amor Hermoso como Reina de la naturaleza, por obra y gracia del Eterno Padre: rindámosla el tributo de aquellos dones

(1) Cantic. II, 1.
(2) Eccli. XXIV, 23.

naturales, como humildes y reverentes súbditos; que Ella los ofrecerá por nosotros á su Divino Hijo con un valor centuplicado: Ella corresponderá generosamente á la ofrenda de nuestros ojos con la dulzura de sus miradas, á la ofrenda de nuestros oidos con los encantos de su voz, al tributo de nuestras flores con el aroma de sus virtudes, al brillo de nuestras joyas con el esplendor de sus prerrogativas, al soplo de nuestras brisas con el ósculo de sus amores, y al tributo de nuestro cuerpo con el abrazo inefable de su maternidad.

Pero, si brillante es la corona de María como Reina de la naturaleza, no lo es menos la que ciñe como Reina de los hombres. En el inmenso campo de la humanidad descuellan cuatro notables eminencias, cuyas elevadas cumbres dominan el vasto horizonte de nuestra historia. Forman la primera los héroes, llevando su valor hasta los confines del prodigio: constituyen la segunda los sabios, levantando hasta el cielo el majestuoso templo del saber: aparecen en la tercera los mártires, desplegando su paciencia hasta las alturas del milagro; y en la última se presentan los Santos, asombrando al mundo entero con la sublimidad de sus virtudes. Pues la eminencia portentosa de las perfecciones de María asienta su ancha base sobre aquellas elevadísimas cumbres: *Fundamenta ejus in montibus sanctis:* Ps. LXXXVI, 1. Ante su valor son débiles los héroes más esforzados; ante su ciencia ignorantes los sabios más esclarecidos; ante su paciencia impacientes los más resignados mártires; y ante su santidad pecadores los más escrupulosos Santos.

Heroina invencible, deja muy atrás el arrojo de Débora, el denuedo de Jahel, la intrepidez de Judith y las victorias de todos los vencedores: porque María no alcanzó sus laureles como Débora sobre la dispersión de un pequeño y meticuloso ejército, ni como Jahel sobre el cadáver del indefenso Sísara; ni, como Judith, sobre el cuello del aletargado Holofernes; sinó que aplastó bajo su victoriosa planta la cabeza del infernal Holofernes, tirano universal del mundo; puso en vergonzosa fuga las formidables huestes del abismo, y extendió sus triunfos hasta los límites de uno y otro hemisferio, cual pudiera hacerlo el más valiente y disciplinado ejército: «*Terribilis ut castronum acies ordinata.*» Cantic. VI. 9.

Asiento de la sabiduría, como la llama la Iglesia, ¿quién será capaz de seguir el remontado vuelo de su ilustradísima inteligencia?

¿Cómo atrevernos á escalar el monte inaccesible de sus divinos conocimientos? Madre de la misma Luz, que venía á disipar las tinieblas del mundo, ¿cómo no había de ser la primera y la más iluminada de todas las criaturas? En vano evocareis en este momento toda la ciencia del Rey-sabio, y todas las luces de los profetas todos, y todas las conquistas de nuestra orgullosa razón; porque todas estas conquistas y todas aquellas luces y toda aquella ciencia, quedarán eclipsadas ante la ciencia sobrenatural de María, como se eclipsan las estrellas ante la luz predominante del Sol: *Electa ut sol.*

Reina también de los mártires, apuró hasta las heces el amargo caliz del sufrimiento y levantó sobre todos el heroismo de su paciencia. Por sus tribulaciones, es una débil barquilla, puesta á merced de la más desencadenada tormenta: por su dolor, es la Madre más susceptible ante el sacrificio sangriento de su idolatrado Hijo; y por su paciencia, es la roca más firme é inmóvil ante los recios combates de las más sublevadas olas. Amontonad, si quereis, paciencia sobre paciencia y sufrimiento sobre sufrimiento: poned sobre el dolor y la resignación de Abrahán, al levantar su mano para herir á Isaac, la resignación y el dolor de Jacob, al ver la ensangrentada túnica de José, y la angustia y conformidad de David ante la muerte de su querido hijo; y sobre tanta amargura, y sobre conformidad tan grande, poned la conformidad y amargura de todos los profetas, y los tormentos con la paciencia de todos los mártires: y con todo ésto, no tendreis más que la peana, sobre la cual se eleva la paciencia heróica de María, aquella paciencia incomparable que la sostuvo al pié de la Cruz todo el tiempo que de ella pendía el fruto adorable de sus entrañas: *Fundamenta ejus in montibus sanctis.* Perdonadme, hermanos mios, si con tan dolorosos recuerdos he podido contristar vuestros corazones, consagrados hoy exclusivamente á la alegría y al gozo. Era necesario extraer de entre la sangre esta preciosa perla de la corona de María, como es necesario sacar los laureles del triunfo de entre los horrores y penalidades del combate.

Milagro, por fin, de la gracia, como la llama el Crisóstomo, María poseyó la santidad en el grado más eminente que puede caber en una criatura. Prevenida desde el primer instante de su ser con los más abundantes carismas, salió ya á la luz del mundo exenta del universal contagio; más bella que la aurora, más blanca que la luna, y más santa que todos los bienaventurados: *Tota pulchra*

es amica mea. Cruzó el ancho horizonte de su vida mortal, sin que la más ligera sombra de pecado viniera á interceptar los resplandores de su inocencia: á la sombra de sus extraordinarios auxilios, se deslizó por este mísero valle sin sentir el fuego abrasador de los desordenados afectos, como se desliza el arroyo escondido entre los bosques, sin que le alcance la influencia abrasadora del sol. Planta preciosa, nacida en los amenos vergeles del orden sobrenatural, y abrigada contra las bruscas invasiones del aquilón, y regada por la apacible lluvia de la gracia, y mecida por la suave brisa del divino amor, y fecundada por los vivificantes rayos del sol de justicia, adquirió bien pronto las más colosales proporciones, extendiendo de una manera prodigiosa las ramas de sus virtudes. Reunid, os diré con un célebre orador moderno, reunid en una sola criatura la fé de Abrahán, la obediencia de Isaac, la mansedumbre de Jacob, la pureza de José, la piedad de David, la caridad de Eliseo, el celo de Elías: añádase á esto la prudencia de Abigail, la fortaleza de Judith, la laboriosidad de Rut y la dulzura de Ester, y aún no tendreis el tipo acabado de la santidad de María; porque sus virtudes exceden á las virtudes de todos los Santos: *Tu supergressa es universas.* Sí, á todos aventajó María en santidad; como á todos había excedido en paciencia, sabiduría y valor.

Y porque es Reina de los hombres, tiene derecho á exigirnos y nosotros el deber de tributarla el homenaje de nuestra humanidad. Las ideas, los juicios, las creencias, las conquistas de nuestra inteligencia: los afectos, los deseos, las resoluciones y los triunfos de nuestra voluntad: todo debemos ponerlo en manos de María: todo debemos someterlo al gusto, á la dirección y á la aprobación de María. Sí, hermanos mios: sí, piadosas hijas de María: nuestra razón dedicada á sí misma, abandonada á sí misma, es un guía desorientado en la complicada red de un laberinto: es una débil llama ante el violento soplo de los huracanes: es un ojo sin párpado ante las arenosas nubes de un desierto. Nuestra voluntad dedicada á sí misma, abandonada á sí misma, es una palanca sin punto de apoyo ante un enorme peñasco; es un niño sin aya marchando por escabrosa pendiente; es un acróbata sin balancín pasando sobre profundos abismos. Si quereis, pues, hermanos mios, salvaros de tantos peligros; si quereis vosotras, hijas de María, dominar tan peligrosas situaciones, volved los ojos á vuestra cariñosa Madre: ofrecedla el tributo de vuestro entendimiento y vuestra voluntad:

poned bajo su dirección y amparo vuestros pensamientos y vuestras lecturas, vuestras intenciones y vuestras obras. Ella es Madre de Aquel que dijo: Yo soy la verdad y la vida. Ella es por consiguiente Reina y Madre de la verdad, Reina y Madre de la vida. Como Reina y Madre de la verdad, no puede transigir con la idolatría del error; solo puede tener por hijos á los discípulos fieles de la verdad. Como Reina y Madre de la vida, no puede menos de aborrecer la idolatría del pecado: sólo puede aceptar y complacerse en las voluntades vivificadas por la virtud.

Decidme, piadosas doncellas, ¿no os daría lástima ver un seco y espinoso cardo posesionado de una artística maceta, digna de la reina de las flores? Pues así se lastima María al ver que vuestras delicadas manos sirven de peana á ciertos malhadados libros, que sólo pueden ofreceros amargos y espinosos frutos. ¿No veríais con disgusto un obscuro y repugnante lienzo en un magnífico y dorado marco? Pues así se disgusta María al ver la siniestra figura del error enseñoreada del precioso y lucido marco de vuestra inteligencia. Rechazadla, pues; que toda deformidad sienta muy mal en el sexo bello por excelencia. ¿No se excitaría vuestra indignación al ver la enojosa, agresiva y horripilante estatua del odio sentada en el risueño tabernáculo de la caridad? Pues también se indigna María al ver la deforme y repulsiva estatua del pecado, que es el odio á Dios y á su Santísima Madre, entronizada en el risueño tabernáculo de vuestro corazón, que ha nacido para el amor. Derribadla, pues, con inexorable decisión, si por desgracia la encontrais en vuestra conciencia; que no está bien en un trono de amor y de vida un rey de odio y de muerte.

A María, pues, piadosas Servitas; á María todos, hermanos mios, con nuestro entendimiento y con nuestra voluntad. Rindámosla ante todo el obsequio razonable de nuestra fé en la palabra infalible de su divino Hijo, tal como se nos comunica por la maestra infalible de la verdad, la Santa Iglesia Católica; ofrezcámosla nuestras piadosas lecturas, nuestros constantes estudios encaminados á la verdad: mostrémosle una voluntad recta y amante de la virtud. Y con estas disposiciones no temamos; que Ella nos dará el hilo conductor para salir del laberinto de las opiniones humanas. Ella mantendrá inextinguible en nuestro espíritu la llama de la verdad, á pesar de los huracanados vientos del error. Ella abrigará el ojo de nuestra razón contra las arenosas nubes de las pasiones.

Ella nos dará el punto de apoyo para remover el enorme peso de los malos hábitos. Ella nos servirá de aya, para que no caigamos en la escabrosa senda de las tentaciones. Ella sostendrá nuestro equilibrio, para que no nos precipitemos en los profundos abismos del pecado. Ella, en fin, sacará nuestras almas, blancas como la espuma, del océano de este mundo, y limpias como la luz, del torbellino de esta vida.

Dediquemos, por fin, algunas palabras á la superioridad de María con relación á los ángeles: comparémosla con aquellos bienaventurados espíritus que rodean el trono del Eterno; y la veremos descollar sobre todos en dignidad y excelencia. En las angélicas jerarquías campean sin duda los rasgos más primorosos del cuadro inmenso de la Creación: la pureza de su invisible substancia, la claridad de su inteligencia y la intensidad de su amor, colocan su trono sobre el trono del hombre; pero muy por debajo del trono imperial de María. Porque, á la verdad, señores: en la escala de las criaturas, ¿cómo puede haber un espíritu más puro que el elegido para tabernáculo del Cordero sin mancilla? Cómo admitir una inteligencia superior á la que sirvió de trono á la misma Sabiduría increada? Y qué amor podrá competir con el de la Madre misma del Amor Hermoso, con el de la Madre de Aquel que amó al mundo, hasta el extremo de dar á su Unigénito Hijo? ¡Ah! este solo título, el título de Madre de Dios, propio exclusivamente de María, la hace muy superior á todas las jerarquías angélicas, y nos la presenta como la expresión del último esfuerzo, digámoslo así, de la omnipotente Diestra, como la obra más acabada del pincel divino. No creais que exajero, católicos: antes que yo habló así San Buenaventura: *Esse Matrem Dei est gratia suprema puræ creaturæ conferibilis..... Majorem mundum facere potest Deus, majus cælum: majorem quam Matrem Dei facere non potest.* El ser Madre de Dios, es la gracia más singular, la más grande que puede conferirse á una criatura..... Pudo Dios criar un cielo mayor y más hermoso, un mundo más lleno de maravillas; más no pudo criar una Madre más agraciada y perfecta que María: *majorem quam Matrem Dei facere non potest.*

María es, por consiguiente, Reina también de los ángeles: y porque es Reina de los ángeles, tiene derecho á exigirnos y nosotros el deber de tributarla el homenaje de nuestros angelicales contornos. Aunque encerrado en material envoltura, tenemos un

espíritu semejante al de los ángeles. Aunque sujeta á la pesada condición del discurso, tenemos una inteligencia análoga á la de los ángeles. Aunque algo enturbiada con los afectos sensibles, tenemos una copiosa fuente de amor parecido al de los ángeles. Ofrezcamos, pues, á María nuestro espíritu, nuestra inteligencia y nuestro amor. Sea nuestra alma delante de María una especie de sacerdote perpetuo, ofreciéndola la blanca y purísima vestidura de la gracia santificante. Sea nuestra inteligencia á los ojos de María, una especie de lámpara inextinguible, en la que ardan sin cesar estas dos luces, la luz de la fé y la luz de la ciencia. Sea nuestro corazón en presencia de María, un depósito perenne de fuego sagrado, que la dedique constantemente la llama y el incienso de nuestro amor. Y haciéndolo así, hermanos mios, Ella corresponderá, á la blanca túnica de nuestro espíritu con el manto de su protección; á las dos luces de nuestra inteligencia con los brillantes destellos de su sabiduría; y á la llama amorosa de nuestro corazón, con los dulces raudales de su cariño.

Señores: hemos acompañado á María, desde el fondo hasta la cima de la Creación. La hemos visto dejar desde luego muy atrás todo el esplendor de los Cielos y todas las preciosidades de la tierra, como Reina de la naturaleza. La vimos después, como Reina de los hombres, pasar majestuosa por delante de las grandes figuras de la Humanidad; eclipsando con su valor el valor de todos los héroes, y con su sabiduría la ciencia de todos los sabios, y con su paciencia la resignación de todos los mártires, y con su santidad las virtudes de todos los Santos. La vimos, por fin, como Reina de los ángeles, remontarse de un vuelo desde el más ínfimo de los espíritus hasta más allá del primero de los serafines; colocándose sobre todas las jerarquías angélicas en pureza de espíritu, en claridad de inteligencia y en intensidad de amor: con lo cual queda justificado su título de Emperatriz del Universo. Hicimos notar al paso el triple homenaje que nosotros debemos tributarla, como participantes de la naturaleza física, como miembros de la Humanidad, y como adornados también de angelicales matices. Aquel título expresa el término feliz y la coronación digna de las virtudes y grandezas de María: este homenaje representa la solución y la síntesis de nuestras relaciones y de nuestros deberes para con Ella.

Sólo resta, hermanos mios, que no estorbemos con nuestras prevaricaciones, sinó que más bien favorezcamos con nuestras

buenas obras la imperial y saludable influencia de María en nuestras almas. Sólo resta, piadosas hijas de María, que continueis perseverantes en vuestra devoción á tan tierna y soberana Madre; en vuestro celo por imitar y complacer á María; en vuestro entusiasmo por la dignidad y las glorias de María; que haciéndolo así, segura tendreis y tendremos todos su eficaz protección en esta vida, y su dulce y gloriosa compañía en las regiones de la inmortalidad.

AMÉN.

LOS DOLORES DE LA SANTISIMA VIRGEN

Ecce mater tua.
He ahí tu madre.
Joan. XIX, 27.

A. O.

Todo en la naturaleza tiene su atractivo, porque todo en el universo tiene su fin. Los seres más abyectos, los cuadros más tristes, los fenómenos más aterradores, las desgracias más funestas, las calamidades más aflictivas; todo tiene su lado bueno, su matiz simpático, su relación interesante. El vil gusano que tronza las flores de nuestros jardines, también alimenta los alegres pajarillos que animan nuestras enramadas. Las voraces fieras que nos llenan de espanto y amenazan á nuestra existencia, también nos regalan sus ricos productos, y nos ofrecen admirables ejemplos de ternura y solicitud maternal. El invierno, que á su entrada nos saluda con mano descarnada y fría, también nos despide al salir con cara risueña y sonrosada. La nube que nos lanza el mortífero rayo, también nos envía la benéfica lluvia. La guerra, que es cruel por la sangre que derrama, también es sublime por el valor que revela, por el entusiasmo que inspira y por los héroes que produce. La peste, que vá sembrando el luto y la desolación

en las familias, también vá derramando la gracia y el arrepentimiento en los pecadores. ¡Qué más!.... hasta el pecado, que es el mal de los males, tiene su relación interesante con los atributos de Dios; con la justicia cuando lo castiga, y con la misericordia cuando lo perdona.

En virtud de esta ley, el dolor tiene también dos caras; es una espada de dos filos: con uno hiere á la salud, debilita el espíritu, mata la esperanza, destruye los sentimientos nobles, y pone todo nuestro ser á los pies de la cobardía, de la esterilidad, de la desesperación, de la ignominia y de la muerte: tal es el triste empleo que hicieron de su dolor, entre otros muchos, el fratricida Caín, el rencoroso Esaú, el obstinado Faraón, el envidioso Saul, el soberbio Nabucodonosor, y el traidor y pérfido Judas. Con el otro, hiere la sensualidad, combate los apetitos, subyuga las pasiones, arranca de nuestro corazón todos los deseos bajos y miserables, y sobre todas estas ruinas levanta en el centro de nuestro destino un trono magnífico, donde presiden y reinan el valor, la fortaleza, la fecundidad, la virtud y la gloria. Tal es la dichosa aplicación que hicieron de su dolor, Adán por su caida, Abrahán por su destierro, Isaac por su sacrificio, Jacob por la presunta muerte de su hijo José, José por la injuria que le hicieran sus hermanos, David por la incansable persecución de Saul, Job por sus incomparables desgracias, y, sobre todo y sobre todos, Jesús y María por la desheredación y la ruina de todo el género humano.

¡Ah! hermanos mios; ¡Jesús y María! Aquí están los sublimes modelos para la aplicación del dolor, como están los sublimes modelos para el ejercicio de todas las virtudes. No son los dolores de Jesucristo el objeto principal de esta solemnidad, por más que estén íntimamente relacionados con los de su Santísima Madre. El objeto directo de estos cultos son los dolores de María, los mismos que vamos á considerar ahora; y los miraremos por su lado más simpático, más fecundo y más interesante: los consideraremos como los dolores de una madre para dar á luz un hijo sumamente deseado y suplicado: y al efecto asentamos la siguiente proposición: *Los dolores de María son para dar á luz la Humanidad espiritualmente regenerada.*

Será bien advertir, que, al afirmar ésto, no es porque María sea la causa directa, principal y adecuada de la regeneración espiritual del género humano. No: esta causa es Jesucristo y sólo Jesucristo.

Pero este divino Señor quiso dar participación á su Santísima Madre en la grande obra de nuestra redención: quiso que fuese cooperadora con Él á la salvación de los hombres: quiso que, así como habíamos tenido un padre y una madre, un Adán y una Eva, en el orden de la naturaleza y de la culpa, tuviésemos también un padre y una madre, un segundo Adán y una segunda Eva, en el orden de la gracia y de la salvación. *Congruum fuit,* dice San Bernardo: *ut adesset nostræ reparationi uterque sexus, quorum corruptioni neuter defuisset:* Fué conveniente que concurriesen á nuestra reparación los dos sexos, puesto que los dos concurrieron á nuestra corrupción.

Establecida ya la proposición y expuesto su sentido, antes de pasar más adelante, imploremos hermanos mios, los auxilios de la divina gracia, poniendo por intercesora á esta Dolorosa Virgen, á cuyo efecto la saludaremos con las palabras del Angel: Ave-María.

Ecce mater tua.
He ahí tu madre.
Joan. XIX, 27.

El dolor indica un desorden, un defecto, una necesidad, en el sugeto que lo siente. Si el desorden, defecto ó necesidad está en el cuerpo, resultan los dolores físicos, las enfermedades corporales: si el desorden, el defecto ó la necesidad aparecen en el alma, resultarán los dolores y las enfermedades espirituales. Y, como el hombre no puede estar á gusto con el dolor, tampoco puede estarlo con la causa que lo produce; y se moverá naturalmente á reparar aquel desorden, á remediar aquel defecto, á satisfacer aquella necesidad. Y cuanto mayor sea el desorden, y el defecto más sensible, y la necesidad más imperiosa, tanto más vivo será el dolor; y cuanto más vivo sea el dolor, más enérgica será la resolución de corregirlo. Aquí teneis, mis amados hermanos, el gran resorte que impulsa nuestra actividad en todas sus esferas.

El dolor que nos acusa las necesidades de la vida excita en nosotros el deseo de satisfacerlas; y este deseo nos dá resolución y firmeza para el trabajo, en sus diferentes manifestaciones. El dolor que nos avisa de la falta de salud en nuestro cuerpo, produce enseguida el deseo de recobrarla; y este deseo nos dá valor y energía para sacrificar nuestros intereses, para saborear los más repugnantes medicamentos y para sufrir las más penosas amputaciones. El

sabio que tropieza con una dificultad en el discurso de sus lucubraciones, que encuentra un vacío en el organismo de la ciencia, sufre, padece; y este sufrimiento y este dolor le excitan un vehemente deseo de hallar la solución de aquella dificultad, el medio de llenar aquel vacío: y este deseo le dá fuerza, energía y valor para devorar sendos libros, para emprender fatigosas excursiones, para practicar penosos experimentos, y para renunciar á muchos años de vida en aras del estudio y de la ciencia. El artista que siente centellear en su espíritu la llama del genio y está dominado por la pasión de lo bello, se duele amargamente de las fealdades é imperfecciones que el mundo real ofrece por doquiera, y este dolor excita en él un deseo ardiente de contemplar tipos más perfectos; y este deseo le comunica decisión y fuerza bastante para abstraerse de la realidad que le circunda, y elevarse á la región de lo ideal, y reconcentrarse en el santuario de su inspiración, y fantasear bellezas desconocidas, y pasar años y años expresando sus puras concepciones en el papel, en el lienzo ó en el mármol. Y sobre todo, hermanos mios, una alma cristiana, que está tocada del amor divino, que está enamorada de la santidad y la caridad, que está inflamada de un fervoroso celo por la gloria de Dios y el bien del prójimo, ¡ah! esta alma siente con la más profunda pena sus faltas más leves y llora con lágrimas de sangre los estragos, las ruinas espirituales, que vá dejando por todas partes la marcha triunfante del error y la iniquidad: y esa pena profunda, y esa compasión tan viva excitan en ella un deseo irresistible de su propia perfección y de la salvación de todos: y este deseo, junto con la divina gracia, le dá todo el valor, toda la fortaleza, todo el heroismo necesario, para arrostrar la pobreza, el destierro, las persecuciones y el martirio, á trueque de extender el reino de Dios y conquistar almas para el cielo.

Ahora bien, mis amados hermanos; la Virgen Santísima sentía y no podía menos de sentir un vacío inmenso, una necesidad muy imperiosa en su amante y generoso corazón. María por las íntimas y sublimes relaciones que la unían con Dios, no podía menos de querer ante todo y sobre todo la gloria de Dios. María como hija predilecta del Eterno Padre, como esposa querida del Espíritu-Santo, y como Madre amantísima del Verbo Encarnado, no podía estar tranquila ni, mucho menos satisfecha, mientras no viese alabada por todas las lenguas la soberana omnipotencia de su

Eterno Padre, confesada por todas las inteligencias la infinita sabiduría de su divino Hijo, y preferido por todos los corazones el amor sin límites de su divino Esposo. Por otra parte, María, por las estrechas y providenciales relaciones que la unían con la humanidad, no podía menos de querer, después de la gloria de Dios, la salvación de los hombres. María, como destinada en los divinos decretos para ser la segunda Eva, la Eva reparadora, la Eva salvadora de la raza proscripta, no podía estar tranquila, ni mucho menos satisfecha, mientras no viese hecho astillas el trono de Satanás, y roto hasta el último anillo de la ominosa cadena que esclavizaba al género humano, y arrojado de su última trinchera al cruel enemigo de las almas, el pecado, y restituidos todos los hijos de la primera Eva á la vida de la luz, de la libertad y de la gracia.

Y bien, mis amados, el estado del mundo ¿era entonces á propósito para llenar este gran vacío, estos irresistibles deseos de la Santísima Vírgen? ¡Ah! Bien sabeis que nó, bien sabeis que sucedía todo lo contrario. Aquella sociedad pagana no presentaba por todas partes más que las locuras de su idolatría, las monstruosidades de su culto y la depravación de sus costumbres. En aquella idolatría, la gloria de Dios estaba postergada á la gloria de las criaturas: la gloria de Dios se había despreciado, se había derribado, se había arrastrado, se había pisoteado, para levantar sobre sus ruinas la gloria de un hombre, de un astro, de un asqueroso reptil ó de una miserable planta. En aquel culto estaba olvidado el sacrificio del espíritu y la suave oblación de la mansedumbre, de la honestidad y la modestia: en cambio corría á torrentes, en las aras de aquellas crueles divinidades, la sangre de víctimas humanas, de tiernos niños; y en su atmósfera no se respiraba otro incienso que los fétidos miasmas de la desenvoltura, la obscenidad y el desenfreno. En aquella moral se había extraviado la norma de la virtud, y en su lugar corría por todas sus venas el virus ponzoñoso de la relajación y la molicie. Es decir, que la criatura más celosa y más entusiasta por la gloria de Dios, sólo veía delante de sí el desprecio, el escarnio y la ignominia del verdadero Dios. Es decir, que la mujer más interesada por la salud y la vida del género humano, sólo veía delante de sí las enfermedades, las llagas, y la agonía de su querida humanidad. Es decir, que la que estaba llena de gracia, de harmonía, de perfección y de belleza, sólo veía en torno suyo la fealdad, la confusión y el desorden; ruinas, escom-

bros y muerte: ruinas de la verdad en los entendimientos, escombros de la justicia en las voluntades, y muerte de la dignidad en los corazones. ¿Qué había de suceder? Lo que no podía menos; lo que sucede á todas las almas grandes ante el peligro que pueden evitar, ante los obstáculos que pueden vencer, ante las desgracias que pueden remediar: lo que sucedió á Judith y á Ester ante el infortunio que amenazaba á su querido pueblo; las cuales, afectadas primero por el dolor y estimuladas despues por el deseo, se decidieron á todo, se expusieron á todo, lo arrostraron todo, para salvar á sus hermanos del yugo de Holofornes y de los lazos de Amán. Pues esto mismo, aunque en mayor escala, sucedió á María. El triste espectáculo de aquella sociedad corrompida hería profundamente su generoso espíritu; esta herida le causaba un dolor no menos profundo; este dolor excitaba en ella un deseo vehemente y eficaz de ver curadas aquellas llagas y restauradas aquellas ruinas y regenerada toda la especie humana: y tras este deseo apareció en su ánimo esforzado una decisión firme, un propósito inquebrantable, un valor heróico, para intentarlo todo, para sufrirlo todo, para arrostrarlo todo, á trueque de conseguir la rehabilitación de la raza proscripta. Y dominada por tan nobles deseos, y tan valientes propósitos, levanta su corazón al Cielo y exclama: «Señor, yo no puedo ver sin compasión esa humanidad desgraciada, cubierta de tantas llagas y de tanta miseria; yo no puedo permanecer impasible en este puerto de vuestra gracia, ante el horroroso naufragio que veo sufrir á mis semejantes en ese mar proceloso de la iniquidad y de la culpa; yo no puedo consentir que mis hermanos los hombres arrastren tan duras y pesadas cadenas, cuyo siniestro rugido atormenta y despedaza mi amantísimo corazón. Yo, Dios mío, yo sufriré todo lo que ellos deben sufrir: yo pagaré hasta donde alcancen mis fuerzas, todo lo que ellos deben pagar. ¿Es necesario, para volverlos á la vida, que aquellos escombros pasen por el estrecho tamiz de la mortificación? Pues vengan, yo quiero ser ese tamiz; yo recibo de buen grado y apuraré hasta las heces el cáliz de la mortificación. ¿Es necesario que aquellas ruinas entren en el horno de la purificación? Pues yo seré ese horno: aquí está mi corazón dispuesto á sostener toda su vida la candente llama del sacrificio, atizada por el soplo de toda clase de injurias, desprecios y persecuciones. ¿Es necesario, en fin, que su anémico y degradado espíritu vuelva á nacer por los trá-

mites de una concepción dolorosa, de una gestación dolorosa y de un alumbramiento doloroso? Pues bien; yo acepto, yo deseo, yo pido todos los dolores de esa concepción, de esa gestación y de ese alumbramiento: yo quiero tener á cualquiera costa, á cualquier precio, la altísima honra de ser la segunda madre, la Madre espiritual del género humano: *Ecce mater tua.*

En efecto, mis amados; los designios de la Providencia hallaron eco en el Corazón de María; y los deseos de María secundaron los designios de la Providencia, asociándose á su divino Hijo para la grande obra de la redención del género humano, sometiéndose voluntariamente á sufrir en su espíritu todos los dolores y tormentos que el Salvador había de padecer en su sacrosanta Humanidad; hasta llegar aquel momento supremo, en que, mientras el Hijo consumó en lo alto de la Cruz la satisfacción á la divina justicia por los pecados de los hombres, *consumatum est*, la Madre consumó también al pié de la Cruz la última evolución de su parto espiritual, dando á luz, á la nueva luz de la gracia, á la humanidad pecadora, haciéndose nuestra verdadera madre, y nosotros sus verdaderos hijos: *Ecce Mater tua.*

Y, cosa particular, hermanos mios: si estudiamos detenidamente la serie de los principales dolores que costó á María esta maternidad sobrenatural para con nosotros, se descubren relaciones muy importantes y una analogía muy notable con la serie de los principales dolores que cuesta la maternidad natural; entendiendo por ésta, no sólo la maternidad propiamente dicha, sinó también la intelectual y la artística. Veámoslo.

El primer dolor de María fué el que le causó la penetrante espada de la profecía de Simeón, anunciándole el sangriento drama que había de desarrollarse ante sus ojos en la persona de su divino Hijo. Pues este es también el primer dolor del sabio que concibe un sistema, del artista que concibe un ideal, y de la mujer que concibe un hijo. Al sabio le asalta enseguida la espada de una triste previsión, representándole todas las dificultades que han de salirle al paso para el desarrollo y la demostración de su sistema; y la impaciente duda sobre la acogida que tendrá en el Estadio de las ciencias; si será recibido entre los aplausos del elogio, ó entre los silbidos del ridículo; si estará llamado á brillar como una estrella en el horizonte intelectual, ó si no alcanzará siquiera los honores de un meteoro; si será, en fin, la peana que sostenga la

gloria de su autor, ó el banquillo donde sufra la muerte de su prestigio. Al artista le hiere bien pronto la espada del temor, poniéndole delante toda la debilidad, toda la imperfección de los medios materiales para expresar dignamente su ideal purísimo; y de aquí la cruel desconfianza de que el pincel ó el buril, las palabras ó las notas, no sean fieles intérpretes de su inspiración; y en vez de salir á luz la hija hermosa y legítima de su fantasía, aparezca un engendro bastardo de la rigidez de los órganos y la grosería de la materia. Y la mujer, apenas ha concebido, empieza á sentir la punzante espada de la incertidumbre, de la inquietud, de la zozobra, por la suerte que estará reservada al fruto de su amor, así en el útero materno como después en la vida del mundo: si será protegido de la fortuna ó juguete de la desgracia; si será el lustre de su nombre ó el borrón de su familia; si será el báculo de su vejez ó el instrumento de su martirio.

El segundo dolor de María fué la huida á Egipto, el destierro, la penosa separación de su patria y de su familia, por librar á su querido Hijo de las manos de sus enemigos. Pues este es también el segundo dolor que ofrece la maternidad natural, en las tres formas expresadas. El sabio, atento á su sistema, tiene que desterrarse, tiene que abandonar sus antiguas teorías, que eran como la patria natural de su inteligencia; tiene que romper con otras opiniones y con otros autores, con quienes hasta entonces había vivido en dulce y fraternal consorcio. El artista, por amor á su ideal, tiene que desterrarse de la triste realidad, en cuyo seno vive; tiene que separarse de todos los defectos, de todas las imperfecciones, de todas las fealdades del mundo real, como de otros tantos enemigos irreconciliables de su acariciado ideal. Y la madre tiene que desterrarse del círculo en que antes vivía, tiene que renunciar á todas las impresiones, á todas las afecciones, á todos los gustos y á todos los trabajos, que, por gratos que le sean, puedan acarrear algún peligro al fruto de sus entrañas.

María tuvo que llorar después la pérdida, el extravío, la desaparición momentánea y pasajera, pero terrible, de su divino Hijo. También el sabio, en las circunstancias propuestas, tiene que lamentar algunas veces la pérdida de su predilecto sistema, cuando dificultades imprevistas y defecciones intelectuales lo envuelven en una densa nube, que oculta su éxito á los ojos de la esperanza. También el artista llora muchas veces por perdido á su querido

ideal, cuando las locuras de la fantasía descargan sobre él un torbellino de fantasmas extravagantes y groseros, que lo ocultan á la vista del genio. También una madre pasa por esas dolorosas intermitencias, cuando alguna enfermedad ó cualquier desagradable accidente le impiden percibir en su interior esa segunda vida que lleva engarzada en su propia vida.

Los dolores de María suben de punto á medida que se acerca el desenlace. La vista de Jesús, recorriendo el camino del Calvario y agobiado bajo el peso de la Cruz y coronado de espinas y chorreando sangre por todo su cuerpo, es un cuadro desgarrador sobre todo encarecimiento para el amantísimo Corazón de la Virgen-Madre. Pues tampoco falta su calle de Amargura y su camino del Calvario, al científico, al artista y á la madre natural. Al primero, cuando vé concitados contra su nueva enseñanza todos los enemigos que puede suscitar la envidia, la rivalidad ó el espíritu de partido; excediéndose todos en inventar dificultades, en fingir contradicciones, en vomitar dicterios y levantar calumnias, para privar á su autor de aquella gloria, aunque sea á costa de la verdad y de la ciencia. El artista encuentra también su tormento en el camino de la ejecución, cuando las malas condiciones de la materia, de los instrumentos y de sus propios órganos, parece que se conjuran contra la pureza, nitidez y frescura, que él quiere imprimir en la expresión de sus creaciones. Y la mujer, ¡ah! la mujer sufre todos los rigores de la maldición lanzada un día sobre su sexo, cuando llega el último período de su laboriosa gestación, precisamente en aquellos momentos críticos en que asoma ya la aurora de su gloriosa maternidad.

Por último, María presencia la cruel y desalmada crucifixión de su divino Hijo; y, en Él y con Él, la crucifixión de toda la humanidad, de la humanidad pecadora, proscripta y corrompida: *quia vetus homo noster simul crucifixus est ut destruatur corpus peccati*, como dice San Pablo. (Ad. Rom. VI, 6). Pues bien; en aquel mismo momento en que muere con Jesucristo en la Cruz el hombre viejo, el hombre del pecado, en aquel mismo dá á luz María espiritualmente al hombre nuevo, al hombre de la gracia; es decir, á toda la humanidad, á todos los hombres, vivificados, regenerados y purificados por la gracia del Salvador divino, y representados en la persona de San Juan, del santo y amado discípulo: *Mulier, ecce Filius tuus:* Mujer, he ahí tu hijo. Pues no

otra cosa sucede en la maternidad natural. El nuevo sistema del sabio no sale propiamente á luz, no empieza á tener vida propia, sinó cuando muere; es decir, cuando muere á la vida puramente interior y subjetiva que tenía en la mente de su autor; cuando muere á la vida de formación y de prueba, de dudas, dificultades y contradicciones, para vivir la vida exterior y pública, la vida esplendorosa y triunfante de la verdad clara é inconcusa, que, como sol sin nubes, se impone y brilla en los dominios de la ciencia. La obra del genio tampoco nace propiamente sinó cuando muere; esto es, cuando muere á la vida interior y secreta que tenía en la imaginación del artista; cuando muere á la vida informe, tosca, grosera y meramente potencial, que tenía en la materia bruta, para vivir la vida exterior y pública, la vida de la expresión, de la admiración, de la belleza, en las sublimes regiones del arte. La mujer tampoco puede dar á luz su hijo sinó cuando este muere; pero no os asusteis. El hijo al nacer muere; pero muere como el sol que se pone en un horizonte para nacer en otro: muere á la vida interior y uterina, para vivir la vida exterior y pública; muere á la vida de obscuridad y esclavitud que tenía en el útero materno, para vivir la vida de la luz y del aire libre en el seno de la sociedad.

Luego está visto, hermanos mios: María concibió un amor inmenso por todos los hombres; este amor la hizo sentir profundamente la decadencia, la corrupción y la ruina de la pobre humanidad; este sentimiento la inspiró un deseo vehemente de contribuir á nuestra restauración; este deseo trajo en pos de sí la resolución y el valor más heróicos, para sufrirlo todo y arrostrarlo todo, á trueque de mejorar nuestra condición y volvernos á la verdadera vida; y esta resolución y este valor la hicieron concebirnos y reformarnos, y parirnos espiritualmente á través de los más crueles tormentos; dándonos á luz puros, limpios, rejuvenecidos, regenerados y completamente nuevos, después de habernos concebido pecadores, viejos, degradados y corrompidos. Bellísimo modelo, hermanos mios, bellísimo modelo de amor generoso, de sacrificios fecundos, de fines nobles y levantados.

¡Oh!... ¡y qué contraste con el amor mezquino, con los sacrificios estériles y con los fines bajos y miserables que ordinariamente caracterizan nuestra conducta!... Mientras María abarca con su amor todo el universo y se extiende á todas las generaciones, nuestro

amor se circunscribe al estrecho círculo de un egoismo indolente. Mientras los grandes sacrificios de María ofrecidos en aras de la abnegación y caridad, obtienen los ópimos frutos de la redención, la libertad y la vida de todo el género humano, nuestros sacrificios de tiempo, de intereses, de tranquilidad y de salud, ofrecidos en aras de la vanidad, de los honores mundanos y de los placeres sensibles, no nos reportan más que los amargos frutos de la tiranía de las pasiones, la esclavitud del corazón y la muerte del alma. Mientras los fines que animan á María son tan altos como la gloria de Dios, y tan grandes y dignos como la vida eterna, nuestros fines, los fines que absorben nuestra actividad, son tan bajos como las criaturas que nos cautivan, y tan pequeños y miserables como la vida material y sensible, que acaba en el sepulcro.

Señores: que no es éste, ni mucho menos, el camino de la gratitud á los favores de nuestra Madre la Virgen Santísima. Que no es éste, ni mucho menos, el camino de la vida, de la salud, de la dignidad y del mérito. Que por aquí vamos derechos á la vergüenza de nosotros mismos, al desprecio de nuestros semejantes y á los rigores de la justicia divina. Volvamos atrás hasta encontrar la verdadera senda de nuestro destino. Venzamos nuestras viles y groseras pasiones, para no avergonzarnos de nuestra debilidad. Sacrifiquémonos por las grandes causas, por el bien espiritual y temporal de nuestros semejantes, por la propagación de la fé católica, por el triunfo de la verdad y la justicia en todas las esferas de la actividad humana, si queremos merecer el aprecio, la gratitud y hasta la admiración de nuestros semejantes. Levantemos nuestros fines, nuestras aspiraciones por encima de la creación y del tiempo: que lleguen hasta el trono de Dios para glorificarlo, y hasta la eternidad dichosa para disfrutarla.

ASÍ SEA.

LA PROFECÍA DE SIMEÓN

Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel: et in signum, cui contradicetur. Et tuam ipsius animam pertransibit gladius.

He aquí que este es puesto para caida y para levantamiento de muchos en Israel: y para señal á la que se hará contradicción: y una espada traspasará tu alma de tí misma.

Luc. II, 34 y 35.

EL Cristianismo respira por todas sus válvulas un arte maravilloso y una gran filosofía. Trátase en este Novenario de exponer una teoría, tan vasta como la humanidad, tan profunda como el corazón; la teoría del dolor: y, siguiendo el orden riguroso de la lógica más estricta, ofrécenos en primer término su previsión, su anuncio, su profecía; es decir; su primer grado, que es el temor de sufrirlo: *Pertransibit*, traspasará tu alma. Trátase de desarrollar una tragedia sublime, la pasión incruenta de la Virgen María: y, conforme á todas las reglas poéticas, muéstranos ante todo, por la inspirada boca de un anciano, el más expresivo bosquejo del interés, el lugar y los personajes de la acción. El interés: *in ruinam et resurrectionem multorum;* para caida y para levantamiento de muchos: considerad vosotros si puede haber nada más interesante para todos, que el gran problema de la vida ó la muerte, de una sempiterna ruina ó de una resurrección

gloriosa. La acción, *cui contradicetur*; esto es, una oposición radical, un odio implacable, una lucha sin tregua, una guerra á muerte al recién nacido Mesías. Personajes; *Hic*, este niño, el Hijo de María, el mismo Dios humanado, primer protagonista: segundo; *Et tuam ipsius*, la Virgen Inmaculada, la Madre misma de Dios. Antagonistas: *contradicetur;* todos los detractores de Jesús, todos los envidiosos del Salvador, todos los enemigos de Dios, todo el infierno con sus numerosas y formidables huestes. Por fin, el lugar: *Et tuam ipsius animam;* no el miserable rincón, que recibe la sangre de un alevoso asesinato; no el solitario bosque, que mira y sostiene con vergüenza las rencorosas y sangrientas agresiones de un infame desafío; no el abierto y dilatado campo, donde se chocan y destruyen con infernal estruendo los ejércitos beligerantes; sinó el alma, el espíritu, las altas, puras é inconmensurables regiones del sentimiento de María: este es el noble y excelso lugar que ha de recibir, no directamente sinó por reflexión, todo el desenvolvimiento del trágico asunto que se nos anuncia.

Figuraos la tierra luchando contra el cielo, y reflejada en los mares esta lucha gigantesta; y tendreis una imagen aproximada del objeto de estos cultos. El divino Salvador porsonifica al cielo; todos sus enemigos y verdugos, con los instrumentos de su martirio, representan la tierra; y el Corazón de María es aquel mar inmenso, vivo y sensible, á donde van á reproducirse con cruel y penetrante efecto todos los sufrimientos de su Hijo y todos los horrores de aquella persecución deicida.

Creo, hermanos mios, que la índole extraordinaria é incomparable de la acción, el interés, el lugar y los personajes de este drama, ofrece motivos más que poderosos para comprender toda la importancia de esta novenaria solemnidad y para que procureis honrarla con vuestra constante, filial y religiosa presencia.

Vamos, pues, á empezar exponiendo la primera escena, que es el anuncio de la contradicción futura; el primer grado del dolor, que es el temor fundado de sufrirlo.

Virgen dolorosa: á Vos acudo en demanda de protección, para que me alcanceis de vuestro divino Hijo los necesarios auxilios de la gracia: haced que mi corazón se impregne con la amargura de vuestras penas, para que mis palabras la comuniquen al ánimo de mis oyentes. A este fin os saludamos con las palabras del Angel: Ave María.

Ecce positus est hic.....

Luc II. 34 y 35.

El temor es una pasión que mira siempre adelante, á los males futuros: y el temor verdaderamente serio, racional y fundado, ha de referirse á un mal futuro, cierto y grave: hace en el alma lo que hacen en la naturaleza todos los fenómenos de triste presagio: es la primera sombra que entibia la alegría del espíritu: es la primera nota que perturba las harmonías del sentimiento: es la primera nube que precede á las tormentas del corazón: es el primer relámpago con que nos saluda la tempestad inminente. Y, así como la densidad de la sombra corresponde á la opacidad del cuerpo que la proyecta, y la discrepancia de las harmonías es análoga á la discrepancia de las notas, y la extensión de la nube se acomoda á la extensión de la tormenta, y el fulgor siniestro del relámpago es proporcionado á la carga eléctrica de la tempestad, así también la intensión y los efectos del temor no pueden menos de guardar proporción con la gravedad y trascendencia del mal que se teme.

Temió Abrahán por el incendio de Pentápolis, que envolvía la ruina de cinco ciudades: más debió temer Noé por la inundación universal del Diluvio, que borraba todos los pueblos de la superficie del globo; y más Adán por las consecuencias de su pecado, que llevaba consigo la muerte temporal y eterna de todos sus descendientes. Temió Roma ante la heróica resistencia de Numancia, que comprometía el honor de sus legiones; más ante la invasión de Annibal, que ponía en duro trance su adorado señorío; y más

ante las formidables y devastadoras avalanchas de los pueblos septentrionales, que traían la misión de derribar y hacer trizas al coloso de los imperios.

Veamos, pues, la naturaleza y trascendencia del mal profetizado á María por el Santo Simeón, para rastrear así de alguna manera la intensidad y las proporciones de su temor. Este mal consiste en la contradicción que se había de hacer á su divino Hijo: *Ecce hic positus est in signum cui contradicetur:* He aquí que este Niño es puesto para señal á la que se hará contradicción: He aquí que tu divino y adorado Hijo será el blanco de todo género de contradicción, *cui contradicetur.*

Señores: difícilmente podrá encontrarse otra palabra tan propia, tan expresiva, tan adecuada, para condensar y significar con ella sola todo el mal que puede sobrevenir á una madre. Y para convencernos de ello, bastará observar que todas las cosas tienden naturalmente á la expresión de su ser, de sus fuerzas, de sus aptitudes, en su respectiva esfera y bajo sus respectivas leyes; y que, ante los obstáculos que contrarían esta expansión natural y legítima, todas, cada una á su modo, sufren, protestan y se sublevan. Tienden los rayos solares á difundirse en líneas rectas y divergentes: y ante el prisma que los refracta, se descomponen, perdiendo la pureza de su claridad; y ante el espejo que los torna convergentes, queman, como para vengarse de la coacción sufrida. Tienden las aguas al nivel; y ante los diques que las contienen, se agitan, espumajean y murmuran. Tienden los gases á dilatarse; y en los vasos que los cohiben, protestan más de una vez con explosiones mortíferas. Tienden los cuerpos al centro de la tierra; y sobre aquellos que se interponen, descargan toda la presión de su peso respectivo. Tienden los animales á la conservación de la vida; y ante el enemigo que se la disputa, temen, huyen, ó se defienden y luchan hasta vencer ó morir. Hay en el hombre, sobre estas tendencias naturales, otras más nobles, más puras, más excelentes; cuya contradicción ha de ser, por lo tanto, más injuriosa, más trascendental y más sensible. Hay la tendencia á la verdad, que es propia del entendimiento, y la tendencia al bien suprasensible, que es propio de la voluntad: tendencias que gañan muchos grados de dignidad y perfección, cuando están incorporadas, digámoslo así, en otro ser superior, en Dios; cuando la vida, la voluntad y el entendimiento humanos reciben la íntima,

soberana y personal influencia de la vida, de la voluntad y del entendimiento divinos; como sucede en Jesucristo, Dios y hombre verdadero.

Ahora bien, señores: la Santísima Virgen no podía echar en olvido la insigne promesa que le hizo un día memorable el celestial mensajero: *Quod nascetur ex te Sanctum vocabitur Filius Dei:* El Santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios: Luc. I, 35. Debía, pues, esperar que su Hijo, como el único Hijo Dios nacido de mujer, desplegaría en el mundo de la manera más inusitada y más gloriosa todas sus potencias y facultades, todas sus fuerzas y aptitudes, sin que nada ni nadie osara ponerle resistencia alguna. Debía esperar que su entendimiento fuera como un sol levantado en el centro de las sociedades, dominando con los rayos de la verdad todas las inteligencias. Debía esperar que su voluntad fuera una Reina soberana, proclamada por la voz universal y pacífica de las gratitudes y los beneficios, extendiendo su cetro con la fuerza del bien sobre todas las voluntades. Debía esperar que su corazón fuera el gran centro de harmonía y convergencia, que avasallase con la fuerza atractiva de su amor á todos los corazones. Debía esperar que toda su vida fuese como un río caudaloso y tranquilo, que, pasando por medio de la humanidad, comunicase á izquierda y derecha la fecundidad, el vigor, la hermosura y lozanía de su propia vida. Y por todo ésto y por consecuencia de todo ésto, debía esperar que su divino Hijo fuese para ella en todos los momentos de su existencia el mayor consuelo, la mayor satisfacción, la mayor delicia, la mayor gloria que jamás experimentaran las madres de los hombres. Sí, señores; todo esto podía esperar María de su divino y adorado Hijo.

Pero, ¡ay! hermanos mios: desde hoy debe esperar, con una seguridad tan infalible como aterradora, todo lo contrario: *cui contradicetur.* Desde hoy tiene que ver y temer en su espíritu el lúgubre eclipse de aquel sol, ante las tinieblas del error y la ignorancia, que impedirán la difusión de sus rayos: *Et tenebræ eum non comprehenderunt.* Desde hoy tiene que ver y temer en su espíritu el desprecio, el escarnio, la ignominia de aquella reina, ante la vasta conjuración de las malas pasiones que resistirán al imperio del bien. Desde hoy tiene que ver y temer en su espíritu el aflictivo y trastornador abandono de aquel gran centro, ante la dureza y rebeldía de los corazones, que opondrán á las harmonías

del amor las discrepancias del odio. Desde hoy tiene que ver y temer en su espíritu la súbita y violenta suspensión del curso de aquel gran río, ante el dique insuperable de la muerte que le opondrán sus enemigos y verdugos. Desde hoy, en fin, tiene que ver y temer en su espíritu toda la ilusión, toda la vanidad de aquel consuelo, de aquella satisfacción, de aquella delicia y de aquella gloria, ante la infamia positiva de la Cruz, donde penderá su Hijo en forma de criminal.

¿Veis ahora, amados oyentes, veis ahora la contradicción omnímoda que había de sufrir el divino Salvador? Contradicción á su inteligencia, contradicción á su voluntad, contradicción á su corazón, contradicción á su vida: guerra á su doctrina, guerra á sus ejemplos, guerra á sus beneficios, guerra á su amor, guerra á su santidad y guerra á su existencia. ¿Veis ahora las tremendas proporciones del mal profetizado á la Santísima Virgen, y la clase de espada que ha de traspasar su corazón maternal? ¿Veis ya, comprendeis ya todo el fundamento, toda la dureza, toda la amargura, toda la crueldad del temor que desde hoy debió apoderarse de todo su espíritu? ¿Qué significa, decidme, qué significa en comparación de ésto, el temor de Abrahán ante el consentido-sacrificio de Isaac, el temor de Jacob ante la ensangrentada túnica de José, el temor de Ester ante la orden exterminadora de su pueblo, y todos los temores del mundo ante todos los males de la tierra? Significarán lo que significa una madre común al lado de la Virgen-Madre, lo que significa un puro hombre al lado del Hombre-Dios, lo que significa la criatura al lado del Criador; es decir, menos que una gota al lado del océano, menos que una chispa al lado del sol.

Sí, Virgen Santísima, convencidos estamos de que no hay temor comparable á vuestro temor; porque no hay contradicción comparable á la que está preparada para vuestro divino Hijo. Tememos con Vos el ingente mal que os amenaza. Estaremos desde hoy constantemente á vuestro lado, para sentir y llorar con Vos aquella serie de contradicciones, que se opondrán al paso de vuestro adorado Jesús. Y haremos otra cosa, que es lo que más ha de consolaros: sí, Madre amantísima, mediante la gracia de vuestro divino Hijo, practicaremos la elocuente y oportuna lección que de vuestro temor se desprende.

En efecto, señores: oportunísima y de importancia suma es la lección que nos ofrece el primer dolor de María. Ella teme, siente

y se duele de la contradicción injusta que ha de hacerse á las más legítimas y sagradas tendencias del divino Mesías, como son las tendencias á la verdad y al bien, á la confesión y propagación de la verdad y al ejercicio y á la comunicación del bien. Ella teme, siente y se duele de la guerra que ha de hacerse á la verdad predicada por su Hijo, al bien practicado por su Hijo, al camino seguido por su Hijo, y á la vida regenerada por su Hijo. Ahora bien; ¿tememos, sentimos y nos dolemos así nosotros, de la contradicción no menos injusta que el mundo hace por todas partes á nuestro entendimiento para desviarlo de la verdad, á nuestra voluntad para separarla del bien y á nuestra vida espiritual para divorciarla de la amistad de Dios? Padres de familia, ¿teméis, sentís y os doléis así vosotros, de la contradicción que se hace constantemente á la verdad que debe brillar en la inteligencia de vuestros hijos, al bien que debe atraer la voluntad de vuestros hijos, á la inocencia que debe reinar en el corazón de vuestros hijos, y á la virtud que debe informar la vida de vuestros hijos? ¡Ah! Mirad que aquella conjuración infernal levantada contra el divino Jesús, se reproduce frecuentemente, y ahora quizá más que nunca, contra todos y cada uno de nosotros, y muy especialmente contra la fogosa é inesperta juventud. Mirad que la misión diabólica desempeñada entonces por los judíos, está hoy encomendada á esas producciones heréticas, á esos libros impíos, á esas hojas inmundas, á esas lenguas procaces, á esos ejemplos cínicos, que tienen guerra declarada, y guerra á muerte, á la fé, á la inocencia, á la virtud y á la vida de vuestros hijos. Mirad que el error para el entendimiento, no es solo una sombra que lo eclipsa; es un insurrecto que lo destrona; es un tirano que lo esclaviza: sólo la verdad es verdaderamente libre. *Si veritas liberavit vos vexe liberi eritis.* Mirad que el mal para la voluntad, no es sólo un obstáculo en que tropieza; es un extravío que la pierde; es un abismo que la precipita. Mirad que el vicio para el corazón, no es sólo una mancha que lo afea; es una llaga que lo corroe; es un verdugo que lo mata. Mirad que el hombre dominado por el error, por el pecado y por el vicio, queda hecho un nazareno, pero en el alma: podrá no repugnar á los hombres, pero seguramente dará asco á Dios y á los ángeles.

A evitar, pues, mis queridos hermanos, á evitar esta incalificable ignominia en vuestros hijos y en vosotros mismos, deben dirigirse todos vuestros esfuerzos. Considerad y temed todo el mal de

aquella contradicción satánica, como consideró y temió María todo el mal de la vaticinada contra su amado Jesús. Y esta consideración y este temor, refinados y enardecidos por la divina gracia, os darán fuerza bastante para rechazar todos aquellos enemigos, que so pretexto de civilización y cultura, pretenden cohibir y adulterar en su origen las más legítimas y saludables expansiones de la vida racional y cristiana.

Direis que la Santísima Virgen no hizo más que pensar y temer, dejando á su Hijo abandonado á su propia defensa en medio de sus enemigos. Pero, ¡ay! hermanos mios, ¡qué diferencia tan grande! La Virgen sabía muy bien que su Hijo era Dios, y, como tal, con poder más que sobrado para triunfar por sí sólo de todas las potestades de la tierra y del infierno; y que, si era vencido, no sería por falta de potencia, sinó por convenir así á los altos fines de su eterna sabiduría. Por lo mismo estaba también segura de que era indefectible su fé, é invulnerables su santidad y su inocencia. ¿Tenéis vosotros la misma seguridad con respecto á vuestros hijos? ¿Podéis confiar tranquilamente en su previsión, en sus propias fuerzas y en sus propias virtudes? Seguramente que nó. Fuera, pues, hermanos mios, fuera de vuestro lado, fuera de vuestros hijos, fuera de vuestra casa, toda publicación herética, toda literatura impía, toda amistad peligrosa, todo ejemplo disolvente, para que marchen así, sin contradicción ni extravío, vuestras naturales y nobilísimas tendencias, por el recto camino de la verdad y del bien, de la ciencia y la virtud, de la fé y la caridad, hasta que logreis y logremos todos asociarnos á la gloria de María, después de acompañarla en sus dolores.

ASÍ SEA.

JESÚS CON LA CRUZ Á CUESTAS

Et bajulans sibi crucem exivit in eum, qui dicitur Calvariæ locum.

Y llevando su cruz á cuestas, salió para aquel lugar, que se llama Calvario.

Joan. XIX, 17.

A. O.

JESÚS con la Cruz á cuestas: ved aquí el tema anunciado para el sermón de hoy en este Novenario. Jesús con la Cruz á cuestas..... ¡Ah! ¡Extraño contraste! ¡Horrible antítesis! ¡Contradicción tremenda! Jesús con la Cruz á cuestas; es decir, la flor del valle con la inmundicia del fango; el espejo de la justicia reflejando la enormidad del crimen; el rayo del sol enlazado con el rayo de la tempestad; la hermosura del iris desposada con el horror de la tormenta; la fecundidad de la vida hermanada con la esterilidad de la muerte; la magnificencia de los cielos condecorada con el oprobio de la tierrra. Jesús con la Cruz á cuestas! Es decir: el cedro asombrado por el musgo; el mar absorbido por el arroyo; el sol eclipsado por el átomo. ¡Jesús con la Cruz á cuestas! Es decir: el poder con el sello de la debilidad; la sabiduría con la marca de la ignorancia; la libertad con la deshonra de la esclavitud; la inocencia con el baldón del crimen; la gloria con el estig-

ma de la infamia. ¡Jesús con la Cruz á cuestas! Es decir: la desproporción, la inconveniencia, el desorden.

Pero el desorden, hermanos mios, es el tormento de nuestros sentidos y de nuestros corazones, y muy especialmente de los sentidos perspicaces y de los corazones rectos. Recordad la impresión que os produce, y más si sois artistas, el desorden de los colores en un cuadro, de los sonidos en una orquesta, de las formas en una estatua, de las palabras en una poesía, y de las pruebas en un discurso. Fijaos en el dolor que nos inspira el desorden de una campiña castigada por la inundación, el desconcierto de un pueblo arruinado por el terremoto, la confusión de un campo de batalla después de encarnizado combate. No es menos evidente la repugnancia con que miramos el desorden de las palabras, de las facciones y de los gestos, producido por la embriaguez ó por la ira; y el laberinto de inconsecuencias, de contradicciones y de absurdos confeccionado por el error. Y, si el desorden nos toca de cerca, si alcanza á nuestras cosas y á nuestras personas, dicho se está que el dolor y la repugnancia suben de punto.

Pues bien, mis amados hermanos, si hay desórdenes en la historia del mundo, el que representa Jesús con la Cruz á cuestas figura en primera línea. Si hay sentidos perspicaces y corazones rectos en la humanidad, corresponde el primer lugar al corazón y á los sentidos de María. Si hay seres allegados en la familia, está sobre todos el hijo respecto de los padres, y muy particularmente el Hijo de María respecto de esta Inmaculada Madre. Fundado en estas consideraciones, ved aquí la proposición que pienso desarrollar en este momento: «El desorden que aparece en el divino Salvador, caminando hacia el Calvario con la Cruz á cuestas, es la causa eficacísima del dolor que entonces sufre su Santísima Madre.»

Et bajulans sibi crucem exivit in eum, qui dicitur Calvariæ locum.
Joan. XIX, 17.

A. O.

Así como el orden consiste en estar cada cosa en su lugar, el desorden consiste en sacar las cosas de su sitio. Poned la flor de una azucena sobre el tallo de un pensamiento, ó la flor de un pensamiento sobre el tallo de una azucena: recortad los pétalos de la azucena á imitación de los del pensamiento, ó los del pensamiento á imitación de los de la azucena: distribuid por el tallo los pétalos de la corola, y trasladad á la corola las hojas del tallo: cambiad, en fin, la viveza de sus colores por el color mustio de agostadas florecillas; y tendreis la desproporción, la inconveniencia, el desorden en estas naturales lindezas; y al encanto y placer que antes nos inspiraban, sucederá el desencanto, el disgusto y la pena. Y la razón es obvia: el desorden es el precursor de la muerte; el desorden es el principio de la muerte; y la muerte no es más que la consumación del desorden: y todo lo que sea, ó se parezca, ó se aproxime á la muerte, es desagradable y triste.

Pues ahora volved hacia el hombre vuestra acción subversiva: haced objeto de vuestra ideal saña á un joven en toda la plenitud de la vida, reflejada en la plenitud de sus formas, en la esbeltez de

su cuerpo, en la viveza de su colorido, en el brillo de sus ojos, en la expresión de sus facciones, en la gracia de sus ademanes, en la agilidad de sus movimientos: ceñidas sus sienes con la corona de la hermosura y llevando en su mano la palma de la gentileza. Sobre este modelo de humana figura vamos á ejercer nuestra imaginaria crueldad. Empecemos por sustituir al carmín de sus labios una morbosa lividez, al brillo de sus ojos la nube de la tristeza, al sonrosado de sus mejillas la palidez de la extenuación: sigamos reemplazando la animación de sus facciones por el decaimiento de su semblante, el sedoso lustre de su cabeza por la desgreñada mesadura de sus cabellos, la agilidad de sus movimientos por la lentitud y tremulación de sus pasos, la frescura de su tez por las manchas de sus cardenales, por las cisuras de sus heridas y por los arroyos de su propia sangre; y terminemos nuestra neroniana tarea despojándole de la corona de rosas, para oprimirle con una corona de espinas, arrancando de sus manos la palma de la gentileza, para cargar sobre sus hombros el madero de su suplicio, y obligándole á marchar así entre ébria y despiadada muchedumbre. Con esto habremos llevado hasta muy cerca de su término el desorden físico de la vida humana.

Solo falta una cosa: es necesario que lo vean y contemplen las personas queridas de nuestra víctima. Que vengan, en primer lugar, sus amigos, los que ayer compartían con él los brios, las alegrías, las esperanzas y satisfacciones de la juventud, sin disputarle la gloria de ser el más gallardo y potente de los jóvenes. ¡Ah! ¿Qué pensarán? ¿Qué sentirán? ¿Qué les pasará, al ver tan súbita y desgraciada mudanza, tan profundo y lamentable desorden? Pasarales lo que á los amigos de Job, al ver el espantoso desorden de su cuerpo, llevado á cabo por Satanás, por altísima permisión de Dios; es decir, que apenas podrán conocerle, y llorarán amargamente, y rasgarán sus vestiduras en señal de dolor, y esparcirán polvo sobre su cabeza hacia el cielo, y no se atreverán á dirigirle la palabra por temor de aumentar sus penas: *Et nemo loquebatur ei verbum: videbant enim dolorem esse vehementem:* Job. II, 13. Procede enseguida convocar á su madre: sí, es preciso que le vea también su madre, la que horas antes tenía cifradas en él todas sus delicias, todas sus glorias, todo su amor y todas sus esperanzas; la que contaba con él, como la única luz agradable á sus ojos, como la única voz harmoniosa á sus oidos, como el único consuelo

adecuado á sus aflicciones, como el único bálsamo eficaz para sus heridas, hasta exhalar en sus brazos el último suspiro de su vida. ¡Ay, hermanos mios!... ¿Qué pasará en el corazón de esta madre, al ver aquella metamórfosis tan cruel como sangrienta, sufrida por su hijo, por su hijo único, por su hijo tan lozano, tan esbelto, tan hermoso, flor y nata de la juventud contemporánea?... Hermanos mios, decidlo vosotros, si podeis; explicadlo vosotros si sabeis; que yo no sé más que sentirlo, y eso muy imperfectamente.

Pues, con ser tan triste, tan dramática, tan conmovedora, la escena que acabamos de imaginar, no es ni siquiera una sombra de la que real y verdaderamente se ofreció un día en las calles de Jerusalén y en el camino del Calvario. Allí la víctima era también un joven que no pasaba de 33 años; pero era un joven divino, era un Hombre-Dios, era Nuestro Señor Jesucristo. En Él, todas las perfecciones, todas las bellezas, todas las gracias físicas, que le hacían ya el más hermoso de los hombres, *Speciosus forma præ filiis hominum*, estaban esplendorosamente abrillantadas por la misteriosa influencia de su divina personalidad. Por sus ojos pasaba la mirada de Dios: por sus labios la dulzura de Dios: por sus manos el poder de Dios. Reflejábase en su rostro la dignidad de Dios; en su sonrisa la amabilidad de Dios; en sus formas la suavidad de Dios; en su colorido la hermosura de Dios; en sus movimientos la vida de Dios; en su continente la majestad de Dios; en su cabeza la supremacía de Dios; y en su conjunto la harmonía de Dios. Esto era Jesucristo hasta la víspera de su pasión. Tan perfecto, tan sublime, tan divino era el orden que en Él resplandecía, y que ofreció siempre á los ojos de los que sabían conocerle y apreciarle.

Pero ¡ay!..... Mirad como sale de las manos de sus enemigos!.... Mirad como le han puesto, obrando de consuno, la obcecación de los judíos y la perfidia de los romanos. Mirad á Jesús con la Cruz á cuestas, saliendo del pretorio y caminando hacia el Calvario. ¡Ay! hermanos mios: ¡Qué cambio tan horrible!... ¡Qué perturbación tan profunda!...¡ Qué desconcierto tan lamentable!... ¡Qué desorden tan monstruoso!... En sus ojos ya no brilla la penetrante mirada de un Dios, sinó la nebulosa y triste de un desgraciado mortal. En sus labios ya no campea la melíflua dulzura del amor divino; solo se percibe la dura contracción del dolor humano. Toda la nobleza y dignidad de su rostro parece absorbida por el profundo abatimiento

de un reo sin esperanza. *Et quasi absconditus vultus ejus:* (Isai. LIII, 3). Los acreditados bríos de su poder vénse rendidos bajo la gravedad de un miserable madero. A la inimitable suavidad de sus formas ha sucedido la rígida acentuación de sus huesos: á la delicadeza de su colorido los repugnantes borrones de sus cardenales, de sus heridas y de su misma sangre: á la vitalidad de sus movimientos la languidez de un moribundo: á la majestad de su continente el rendimiento de un esclavo: á la supremacía de su cabeza la humillación tan dolorosa como ridícula de una corona de espinas; y á la harmonía de su conjunto, el conjunto más contradictorio, más desordenado, más monstruoso que han visto los siglos; como que es la amalgama inconcebible de la vida, del orden, de la alegría y felicidad de los cielos, con el dolor, el desorden, la fealdad, la tristeza y las desgracias de la tierra.

Consideremos ahora, mis amados hermanos, que cuanto mejor se conoce y aprecia el orden, más se percibe y se siente el desorden. Los grandes maestros y entusiastas del arte son los que notan mejor sus defectos, y los que más deploran sus ruinas. Por eso los que no conocían á Jesucristo, los que seducidos por el prisma engañador de sus criminales pasiones, le miraban como un impostor, como un sedicioso y como un blasfemo, no paraban mientes en la inefable, simpática y harmoniosa expresión de su figura; ni les disonaba, por consiguiente, la confusión y el desconcierto de su actual y lastimoso estado: y, lejos de compadecerse, continuaban prodigándole todo género de insultos y blasfemias, después de haber presenciado, con satánico regocijo, las bofetadas, los azotes, la coronación de espinas y la más injusta é inaudita de las sentencias. Los que veían en Él siquiera un hombre bueno, justo, bienhechor y compasivo, no podían mirar con indiferencia aquella interesante figura, bajo la cual palpitaba una vida por todo extremo singular, extraordinaria y admirable: y se compadecían en respetuoso silencio, ó lloraban amargamente, al verla ahora tan brutalmente adulterada, escarnecida y descompuesta. *Quæ plangebant et lamentabantur eum.* (Luc. XXIII, 27.)

Pero había una alma que le conocía más á fondo, y un corazón que le amaba con más fuerza: era el alma y el corazón de María, el alma y el corazón de su Madre. Sí, su Madre discernía una por una todas las gracias, todas las bellezas, todas las harmonías de aquel sagrado cuerpo. Su Madre se había engolfado constantemen-

te en la gozosa contemplación de la incomparable hermosura de su divino Hijo. Ella era la única que sabía apreciar todo el brillo de aquellos ojos, toda la dulzura de aquellos labios, toda la nobleza de aquel semblante, toda la delicadeza de aquel colorido, toda la suavidad de aquellas formas, toda la proporción de aquellos miembros, y toda la harmonía de aquella vida. Ella sabía muy bien que allí había algo más que la belleza de un Absalón y la amabilidad de un Jonatás: sabía muy bien que allí tomaba parte la belleza y la amabilidad substancial del mismo Dios. Y por conocer todo esto y por ser su Madre, le amaba hasta el delirio, hasta lo indecible; y con todo este conocimiento y con todo este amor, pónese ante sus ojos en las calles de Jerusalén el doloroso cuadro de Jesús con la Cruz á cuestas: es decir, lo que el día antes era para ella un verjel delicioso, una fuente cristalina, un sol brillante, una dicha inmensa, convertido al día siguiente, por obra y gracia de la impiedad, en mustio collado, en fuente de lágrimas, en arroyos de sangre, en negra y furiosa tempestad, en siniestro y fatídico desorden, precursor seguro de próxima y mortal disolución.

¡Ah! ¿Quién es capaz, hermanos mios, de medir la profundidad de la herida que abrió en su alma esta desgarradora impresión? No seré yo quien lo intente; porque estoy seguro que mejor lo hará vuestro corazón que mis palabras. La escala del sentimiento se recorre mal con las notas de la inteligencia. Una cosa os recomiendo; que os fijeis bien en que la indiferencia, el desprecio y la fruición de los judíos y los verdugos ante el lastimoso estado de Jesús, procedía de su culpable obcecación é ignorancia. No les impresionaba aquel desorden porque se habían negado á ver y conocer el orden: no les disonaba aquella fealdad, porque habían cerrado sus ojos al esplendor de la hermosura; como no le sorprende la noche al que nunca ha disfrutado la luz del día. Mientras que la compasión de los que lloraban, y, sobre todo, el dolor inexplicable de la Virgen, correspondían al conocimiento más ó menos exacto que formaran de la vida del Salvador: dolíanse de aquel desconcierto, porque habían conocido la harmonía anterior: deploraban aquella fealdad, porque habían recreado su vista con la belleza anterior.

¡Ah! Qué lección tan elocuente para muchos de nuestros hermanos! ¿No véis con qué fruición algunos, con qué desprecio muchos, con qué indiferencia los más, despojan ó ven despojar, insultan ó

ven insultar, maltratan ó ven maltratar, atropellan ó ven atropellar, escupen ó ven escupir, á nuestro divino Redentor, en su hermoso y sublime cuerpo místico, que es la Iglesia Católica? ¿No observáis el satánico empeño de los nuevos enemigos de Cristo, en traer á contribución la lengua y la pluma, la ciencia y el arte, para lanzar sobre la Religión, el Pontificado y la Jerarquía eclesiástica la saliva del desprecio, el lodo de la calumnia, los tiros de la heregía y la ametralladora de todas las negaciones? ¿No es un hecho esa conjuración infernal de todos los elementos anticristianos, para echar sobre la Iglesia la cruz enorme de todas las prevaricaciones sociales, de todos los desaciertos políticos, de todos los atrasos literarios, de todas las decadencias artísticas, de todas las crisis económicas, de todos los conflictos científico-religiosos, y de todos los choques cívico-eclesiásticos, con el fin de aplastarla, si pudieran, bajo tanta pesadumbre, envolviendo en sus escombros la augusta lámpara de la fé y la Cátedra indefectible del Primado? Pues todo es debido á que no ven ni quieren ver, á que no conocen ni quieren conocer, á que no estudian ni quieren estudiar el orden, la harmonía y la hermosura que resplandecen en la Doctrina de Jesucristo, en la Sociedad de Jesucristo y en el Vicario de Jesucristo. ¡Ah! Es que ésto, sobre contrariar sus criminales pasiones, les costaría mucho trabajo y mucho tiempo; y no estamos ahora, dirán ellos, para gastar tiempo y trabajo en esas pequeñeces. Es más cómodo cojer al vuelo cuatro declamaciones insulsas y cuatro palabras huecas, y barajarlas en todas las conversaciones y salpicarlas en todos los escritos; y allá vá, pegue ó no pegue, *la reaccionaria inmovilidad del dogma, la tiránica intolerancia de la Iglesia, y la pretenciosa y absurda infalibilidad del Papa,* y otras lindezas por este estilo. Con lo cual creen haber puesto una pica en Flandes y haber conquistado la nota de sabios en la opinión de los oyentes ó lectores: cuando lo que han hecho es una solemne *plancha*; lo que han hecho es dar un sendo resbalón, sumergirse en el barrizal de la necedad, y ponerse en ridículo ante las personas medianamente sensatas.

Que la fijeza é inmovilidad del dogma es un carácter reaccionario, incompatible con el progreso... ¡Como si la inmovilidad y fijeza del cimiento fuera incompatible con la elevación del edificio!... Como si la fijeza é inmovilidad del árbol fuera incompatible con su fecundidad y producción! Venid acá, insensatos, les diría yo de buen grado; ya que tan á mal estais con la inmovilidad y la

fijeza, cimentad vuestras casas sobre vértices piramidales, y vereis lo que se elevan y lo que duran. Trasplantad todos los años vuestros árboles y vereis lo que prosperan y fructifican. ¡Ah! Es que los que acusaban de reaccionaria y anti-progresiva la inmutabilidad del dogma, ni sabían lo que era dogma ni lo que era inmutabilidad. Que la intolerancia característica de la Iglesia es una tiranía, una cadena de hierro para la libertad de nuestro pensamiento y de nuestra acción... ¡Como si la intolerancia fuera un achaque y achaque exclusivo de la Iglesia! ¡Como si no fueran intolerantes todos los hombres y todas las instituciones!..... ¡Como si un hombre bien nacido tolerase la negación de su legítimo origen! ¡Como si un matemático tolerase la negación de las líneas paralelas, ó de la redondez del círculo! ¡Como si un físico tolerase la negación de la presión atmosférica! Dime tú, cualquiera que seas, ya que tan odiosa te parece la intolerancia; ¿Por qué tú no toleras la deshonra de tu cuna, la infidelidad de tu esposa, el asalto de tu casa y la usurpación de tus derechos?... ¡Ah! Es que el que tan mal hablaba de la intolerancia de la Iglesia, ni sabía lo que era intolerancia ni lo que es la Iglesia. Que la infalibilidad del Papa es una pretensión orgullosa, imposible y absurda; que es otorgar á un hombre lo que á sólo Dios conviene... ¡Como si la infalibilidad del Papa tuviera el mismo sentido que la infalibilidad de Dios! ¡Como si la infalibilidad del Papa se extendiera á todos sus actos, á todos sus pensamientos, á todas sus palabras, á todos sus escritos y á todas sus lucubraciones!... No, señores, no: la infalibilidad del Romano Pontífice no se extiende á todo esto ni mucho menos; se refiere única y exclusivamente á las cosas de fé y costumbres, de Religión y de moral; y aún esto solamente cuando define *ex cathedra*, es decir, cuando, como Supremo Jerarca, Pastor y Maestro de la Iglesia universal, se dirige á todos los fieles mandándoles tener una doctrina como de fé, ó rechazar otra como contraria á la fé, bajo la pena de excomunión. Hasta aquí y sólo hasta aquí se extiende la dogmática infalibilidad del Papa. Y si aún esto pareciera mucho á sus detractores, bastaríame hacerles observar que todos los hombres somos infalibles en muchas cosas y verdades; que la última verdulera es infalible, cuando afirma que tres y dos son cinco; que el más ignorante zagal es infalible, cuando sostiene que el sol calienta, que el agua moja, que toda obra supone un artífice: que el matemático es infalible, cuando asegura que el diámetro

divide al círculo en dos partes iguales, ó que la línea recta es la más corta entre dos puntos; como lo es también el físico, cuando afirma que el calor dilata los cuerpos, ó que los líquidos tienden al nivel. Es más; el matemático es más infalible que el que no lo es, en las verdades matemáticas; como el físico y el historiador respecto de los que no lo son, en las verdades físicas é históricas: y entre dos matemáticos ó entre dos físicos, el dotado de más talento y de más instrucción es más infalible en la respectiva ciencia, que el menos favorecido por la instrucción y por el talento. Ahora bien; El que, como autor y donador de los talentos, puede hacer á un hombre más infalible que otros en una ciencia determinada, ¿no podrá hacer á un hombre más infalible que á todos los demás hombres en otra ciencia determinada, cual es la ciencia de la Religión y la moral? ¿Qué hay en esto de contradictorio, de imposible y de absurdo? ¡Ah! Lo que hay es, que el que moteja y ridiculiza la infalibilidad del Papa, ni sabe lo que es la infalibilidad, ni sabe lo que es el Papa. Y lo que sucede con estos tres puntos que os he presentado de muestra, sucede con otros mil, combatidos con igual vanidad y no mayor conocimiento. Así, hermanos mios, así se ataca, y se vulnera, y se atropella en nuestros dias al divino Salvador, en sus sapientísimas é incomparables instituciones. Así se procura introducir la confusión, el desorden, la fealdad en el Cuerpo místico de Jesucristo. Así se ven y se consienten, con la más aterradora indiferencia, los ataques, las heridas y los atropellos del Catolicismo; por una obcecación de todo punto voluntaria; por un desconocimiento en gran manera criminal de la Religión y de la Sociedad Católica: de igual manera que, por culpable obcecación é ignorancia, cooperaban y se complacían los judíos en el monstruoso desorden que ofrecía el Redentor caminando con la Cruz á cuestas.

Yo bien sé que en las huestes enemigas hay algunos de gran talento y de rara instrucción, que, cuando vuelven sus armas contra la Iglesia, no descargan con pólvora sola. Pero, aparte de que sus posiciones tampoco son inexpugnables ni mucho menos, convendreis facilmente conmigo en que su inmensa mayoría encaja perfectamente en aquella sentencia de los Libros Santos: *Stultorum infinitus est numerus.* Y sinó decidme: ¿Qué significa esa juventud inquieta, disipada y atrevida, que, pensando en todo menos en el estudio, y recorriendolo todo menos los libros, y probando de todo menos de la reflexión y del recogimiento, tiene sin embargo proca-

cidad bastante para hacer trizas con su lengua y con su pluma la Religión y la fé de sus mayores? Los que no han tenido alientos para traspasar los umbrales de la ciencia, y mucho menos para levantar una punta siquiera del velo que cubre el santuario de la fé, ¿con qué derecho ponen su juicio, enteramente profano, sobre la luz que allí resplandece, sobre las riquezas que allí se atesoran y sobre las harmonías que allí se admiran? Qué saben esos imbéciles de dogma, de religión y de ciencia, ni siquiera de orden, de harmonía y de belleza? Sabrán lo que sabe la polilla del mérito artístico de un lienzo, que devora sin aprensión ninguna.

Y á todo ésto, ¿qué decís, en qué pensáis, padres de familia? ¿Os es acaso indiferente que vuestros hijos figuren entre los que herían, blasfemaban y se burlaban de Jesucristo, ó entre los que lloraban y se compadecían de Jesucristo? ¿No os interesa nada el orden intelectual, moral y religioso de vuestros hijos? ¿Es posible que os irriteis contra la mano temeraria ó inexperta, que desordena las flores de vuestros jardines, los papeles de vuestro despacho, ó los géneros de vuestro comercio; y permanezcais impasibles ante la corriente del error y la impiedad, que desordena, confunde y corrompe la inteligencia, la voluntad y el corazón de vuestros hijos?... Quizá no falte quien diga lo que yo he oido más de una vez: «bueno es que sepan de todo.» Señores, aquí hay una confusión lamentable, como en todo lo que se dice sin criterio fijo y con poca ó ninguna reflexión. Una cosa es saber de todo, y otra cosa es creerlo todo y practicarlo todo. Bueno es conocer el veneno, para librarnos de sus mortíferos efectos; pero no para tomarlo. Bueno es saber que hay ladrones, para defender contra ellos nuestros intereses; pero no para ser ladrones como ellos. Bueno es saber que hay asesinos, para defender contra ellos nuestra vida, pero no para ser asesinos. Así también; bueno es saber que hay apóstatas, impíos, materialistas é incrédulos, para prevenirnos contra la sofistería de su propaganda y contra la perversidad de sus ejemplos; pero no para ser como ellos, apóstatas, impíos, materialistas é incrédulos. ¡Ah! Desengañaos, mis queridos hermanos; por ese camino de funesta tolerancia ó de escéptica indiferencia, nunca lograreis desarrollar en vuestros hijos las simpáticas harmonías de la virtud y la ciencia, sinó las deformidades monstruosas del error y del vicio. En vez de contemplar con gozo en su frente la aureola

brillante de la dignidad, solo vereis con vergüenza el odioso estigma de la infamia.

Volvamos, pues, un poco sobre nosotros mismos, amados oyentes: reflexionemos, meditemos la significación y trascendencia del inmenso dolor de María ante el desorden sensible de su querido y maltratrado Hijo, caminando con la Cruz á cuestas. Procuremos conocer y profundizar bien el orden, la harmonía y la belleza del divino Jesús, para compadecernos de Él, como se compadecían aquellas piadosas mujeres y, sobre todo, su Santísima Madre, en este episodio de su Pasión. Abramos nuestros ojos á la esplendorosa harmonía que resplandece en su Religión, en su Iglesia y en su Vicario: y nos cautivará tanta hermosura; y cuidaremos de no desvirtuarla; y resistiremos á los que quieran obscurecerla; y le dispensaremos una compasión eficaz en las dolorosas crisis que le proporcionan sus enemigos; y en premio de todo conseguiremos gozar en los cielos de las bellezas y harmonías inefables de la Iglesia triunfante, por los siglos de los siglos.

AMÉN.

MARÍA AL PIÉ DE LA CRUZ

Mulier: ecce Filius tuus. Deinde dicit discípulo: Ecce mater tua.

Mujer: he ahí tu hijo. Y enseguida dijo al discípulo: He ahí tu Madre.

Joan. XIX, 26 y 27.

A. O.

Todos los dolores de la Santísima Virgen son, hermanos mios, intensísimos, superiores á cuanto padecieron todos los mártires del cristianismo y todos los desgraciados de la humanidad; pero van aumentando en crueldad y amargura á medida que se acercan al sangriento desenlace de la vida de su divino Hijo, al abismo de iniquidad y de perfidia, de obcecación é ingratitud que representa la crucifixión del Salvador; á la manera que los ríos van aumentando el caudal de sus aguas á medida que se acercan á su desembocadura en el abismo de los mares. Estamos, queridos oyentes, en el momento supremo de la historia de Jesús y de la historia de María. Vamos á trasladarnos con nuestra inteligencia y con nuestro corazón á la cima del Gólgota, donde se está ejecutando por los más crueles verdugos la más inícua de las sentencias sobre la más inocente de las víctí-

mas. Vamos á contemplar á María al lado de la Cruz, donde está pendiente su divino Hijo: *Stabat justa crucem Jesu María mater ejus.*

Ya sabeis que nuestro Redentor habló desde la Cruz siete veces, pronunciando siete expresiones, cada una de las cuales nos suministraría materia para un largo discurso. Yo voy á fijarme únicamente en la que dirigió á su bendita Madre, cuando le dijo: *Mulier: ecce Filius tuus:* Mujer: he ahí á tu hijo, señalando al discípulo Juan; y en la que después dirigió á Juan señalando á la Virgen: *ecce mater tua;* he ahí á tu madre. La primera, motivo de inmenso dolor para María: la segunda, misterio de gran satisfacción para nosotros: y esto divide naturalmente en dos partes nuestro discurso.

Mulier: ecce Filius tuus: Mujer: he ahí á tu hijo; que fué como decirla: «En adelante, en lo que te resta de vida, ya no me tendrás á mí, tendrás en mi lugar á ese hombre, á ese discípulo que se llama Juan.» Hermanos mios, yo no sé si comprendereis á primera vista el acerbísimo dolor que debió atravesar el Corazón de María al oir aquellas palabras; pero es lo cierto que debió exceder á cuantos había padecido hasta entonces, que no fueron pocos. Veámoslo brevemente; pero antes imploremos los auxilios de la divina gracia, por la intercesión de esta angustiada Virgen, saludándola con el Ángel: Ave-María.

Mulier: ecce Filius tuus.
Mujer: he ahí á tu hijo.
Joan. XIX, 31.

PARTE 1.ª

COMPRENDEREIS todos perfectamente, mis queridos hermanos, lo triste y doloroso que es el bajar de fortuna, de posición, de dignidades y de honores; lo duro y cruel que se nos hace pasar de la riqueza á la pobreza, de la abundancia á la estrechez, de la independencia á la sumisión, de la estimación al menosprecio de nuestros semejantes. Cuando esto sucede, parece que el ánimo queda como asfixiado é inmóvil por falta de aire conveniente para respirar, y el corazón lánguido y mustio, como las flores sin sol; y la vida entera enervada, abatida y esteril, como un árbol sin savia. Parece que el sol se ha puesto definitivamente para nosotros, y que entramos en la obscuridad de una noche sin fin, sin sueño y sin descanso.

Figuraos, señores, un gran Monarca, acostumbrado á vivir y respirar en los espaciosos salones de un suntuoso y magnífico palacio; donde sus ojos se recrean con los más bellos productos de la industria y del arte, de la pintura y la escultura; y sus pies se deslizan sobre la sedosa suavidad y blandura de ricas y pintorescas

alfombras; donde todas las luces le ponen en grata comunicación con los más floridos vergeles, con los más delicados aromas y con los más deliciosos panoramas que dibujar sabe el pincel de la naturaleza; donde le rodea una docil y numerosa servidumbre, dispuesta siempre, no sólo á cumplir sus órdenes, sinó hasta adivinar sus deseos; y completado todo esto con la fidelidad y el amor de sus vasallos, y con un tesoro inagotable para hacer frente á todas las necesidades y contingencias. Pero he aquí, que en el momento menos pensado, cuando se encuentra quizá saboreando con más gusto tantos elementos de satisfacción y de dicha, aparece una fuerza superior é irresistible, despójale de su reino, de su tesoro, de su palacio, de todas sus posesiones y de toda su realeza; condúcelo enseguida á la entrada de una estrecha y solitaria cueva, y le dice: hé ahí tu palacio, tu reino, tu tesoro, tus vergeles, tu servidumbre y toda tu grandeza; de hoy en adelante, todo el tiempo que te resta de vida, no tendrás más trono que ese humilde suelo, ni más palacio que ese obscuro recinto, ni más alfombras que esos guijarros, ni más bellezas artísticas que esas inmundas y lóbregas paredes, ni más vasallos que tus órganos y tus sentidos, ni más tesoro que el de tus recuerdos, ni otra majestad que la que prestan los harapos y la indigencia de un mendigo. ¿Qué os parece, hermanos mios, de este cambio tan radical y tan brusco en la situación del supuesto monarca? ¿Qué os parece de lo contristado y abatido que quedaría su corazón con tan profundo é inesperado descenso?

Pues bien, mis queridos hermanos: la Santísima Virgen tenía con Jesús, no un reino, sinó el imperio del mundo, porque dueño y Señor de todo el mundo era su divino Jesús; no un palacio de piedras y maderas, aunque estuviese cubierto de oro y de piedras preciosas, sinó un palacio de construcción divina, el templo augusto de la misma Divinidad substancial, iluminado con todos los resplandores de la gloria, y decorado con todas las bellezas y magnificencias del verdadero Dios, porque verdadero Dios era su divino Hijo; no un tesoro de vil y corruptible metal, sinó un tesoro de consuelos y delicias, de dulzuras y felicidades sin cuento, porque Jesús es la fuente de todo consuelo y de toda felicidad; no un vergel de plantas y de flores marchitables y efímeras, expuestas á los rigores del huracán y del frío, sinó un edén de frondosidad y matices permanentes, de flores y frutos incorruptibles, porque verdadero edén de virtudes y bellezas inefables era el divino Jesús. Te-

nía también en Jesús la Santísima Virgen, una escogida servidumbre, pero no de hombres, sinó de ángeles, porque los ángeles estaban al servicio de su divino Hijo; y no sólo los ángeles, sinó que hasta el mismo Dios estaba al servicio de María, porque su Hijo era Dios y su Hijo la estaba subordinado: *et erat subditus illis.*

Ahora bien, mis queridos hermanos; todo ese cúmulo de dignidades y grandezas de María, todo ese monte de gracias y de privilegios, de dichas y satisfacciones, que constituía la felicidad más envidiable y soberana de la Virgen Santísima, va á desmoronarse en un momento, al impulso de una piedrecilla al parecer insignificante. El poder de las tinieblas, encarnado en Caifás y en Pilatos, en un populacho frenético y en unos despiadados verdugos, y al cual, aunque podía, no quiso resistir el divino Salvador, va á concluir con la vida de Jesús y á la vez con la dicha de su Madre, va á precipitar á María de una altura muy superior á la que suponíamos en aquel príncipe. Esta precipitación, esta espantosa caida, es la que revelan las palabras que el Redentor dirigió desde la Cruz á su bendita Madre y que me han servido de texto: *Mulier: ecce Filius tuus;* Mujer, he ahí á tu hijo; que fué como decirle: Yo voy á morir á manos de estos sicarios, voy á separarme de tí hasta la eternidad, y te dejo para sustituirme á Juan, el amado discípulo; en vez de un hijo natural un hijo adoptivo; en vez de un hijo Dios un hijo hombre; en vez del Señor y dueño del universo, uno de sus pobres y miserables súbditos; en vez del templo augusto de la Divinidad substancial, cual era Jesús, un albergue de corrupción y miseria, como es el hombre; en vez de aquel infinito tesoro de complacencias y satisfacciones sin medida, como era Jesús, un depósito de necesidades, inquietudes y dolores, como es una criatura; en lugar de aquel edén de bellezas y hermosuras inefables, cual era el Verbo Encarnado, un desierto páramo de aridez y de esterilidad, cual es un miserable mortal: en vez de los resplandores de la gloria, las sombras de un abismo; en vez de la servidumbre de los ángeles y del apoyo omnipotente de Dios, la servidumbre de los hombres y el débil apoyo de las criaturas. ¿Qué os parece, hermanos mios, de este cambio tan profundo, de esta caida tan desastrosa que sufrió el Corazón de María? Nada menos que desde lo más alto de la majestad y la grandeza, de la plenitud y la delicia, hasta lo más hondo de la humillación y pobreza, de la soledad

y el desconsuelo. Sí, Madre mía, reconocemos tu incomparable desgracia; lamentamos tu vertiginosa caida, te acompañamos en tus penas, te seguimos en tu soledad, y quisiéramos imitarte también en la resignación y firmeza con que la sufrísteis.

En efecto, mis queridos hermanos, apesar de ser el golpe tan rudo y tan desgarradora la sentencia, apesar de que las palabras de su adorado Hijo debieron caer como un rayo en el Corazón de María y producir en todo su ser una sacudida mortal, una explosión de dolor capaz de acabar con cien vidas, la Virgen, sin embargo, permanece admirablemente resignada, firme é inmóvil al pié de la Cruz, donde pendía su divino Hijo: *Stabat juxta crucem Jesu María mater ejus.* ¿Y sabéis por qué? porque podía más en ella el amor á los hombres que el amor de sí misma; porque la preocupaba é interesaba más el bien del género humano que su propio bien, y sabía que la muerte de Jesús era la vida de todos los hombres: que la pérdida de su Hijo era la ganancia de todo el humano linaje; que todos los oprobios é ignominias de su divino Hijo y todos los tormentos y aflicciones de su propio corazón, traían en pos de sí la salud, el rescate, la libertad, la redención y la gloria de toda la descendencia adamítica. Y esto la sostenía, y la daba fuerzas, y la hacía superior á sí misma, y la consolaba, y hacía que su gozo por ver la libertad y la salvación del género humano sobrepujase á la pena de verse privada del imponderable tesoro de su divino Hijo. La generosidad vencía al egoismo.

¿Lo hacemos así nosotros, mis queridos hermanos? Estamos dispuestos como María á respetar y cumplir los decretos del Altísimo, aunque lastimen los más caros intereses de nuestro corazón y de nuestro egoismo? Ojalá fuera así: pero desgraciadamente sucede todo lo contrario. Si nos falta la salud, impacientes: si la adversidad pega un tajo al becerro de oro de nuestro capital, convulsivos y frenéticos: si somos víctimas de injustos y traidores amaños, la desesperación, el rencor, y la ira se apoderan de nuestro espíritu, y no hay ni perdón para el enemigo, ni respeto para Dios, ni paciencia para nosotros. ¡Como si todo nuestro destino estuviera encerrado en los estrechos límites de este mundo! Como si no hubiera otra cosa que pedir y desear más que salud para el cuerpo, y riquezas para el cuerpo y justicia para el cuerpo! Como si el alma no tuviera aspiraciones más altas é intereses más sublimes, capaces de recompensarnos sobradamente de todos los quebrantos

puramente materiales y sensibles! Pero hay más: mientras la Virgen Santísima renuncia generosamente á su divino Hijo, que era su luz, su vida, su felicidad y su gloria, en aras de la voluntad divina y de la salvación del género humano, nosotros no renunciamos, ni mucho menos, nuestros malos hábitos, nuestras pasiones y nuestros vicios, que son también hijos nuestros, puesto que voluntariamente los formamos y los sostenemos; pero hijos desnaturalizados y rebeldes, verdaderos parricidas, que se vuelven contra su propio padre, que en vez de ser nuestra luz, nuestra vida, nuestra felicidad y nuestra gloria, son más bien nuestra perdición, nuestra ignominia, nuestra muerte y nuestra condenación eterna.

Hermanos mios; que no sean estériles para nosotros los dolores de nuestra Santísima Madre; si ella consintió en la renuncia y el sacrificio de su adorado Hijo, que tan digna y legítimamente poseía, con mucha más razón y con mucho menos dolor podemos y debemos renunciar nosotros todos nuestros vicios y pasiones, que tan indigna y criminalmente poseemos. Esa renuncia y ese sacrificio se hacen en el Santo Sacramento de la Penitencia, y se completan y ratifican en la Sagrada Comunión, dignamente recibida. Apresuraos, pues, los que aún no hayais cumplido con el precepto pascual, si es que hay alguno, apresuraos á lavar y purificar vuestras almas en el Santo Tribunal de la Penitencia; único medio de agradecer debidamente los dolores de María, y de acompañarla en su angustiosa soledad. Porque, señores, ¿cómo la Virgen ha de agradecer la compañía de los pecadores? La que es más pura que los rayos del sol y más excelsa que los ángeles, ¿cómo ha de encontrar consuelo en esos corazones leprosos, con la peor de todas las lepras, que es la del pecado? Hay, pues, que purificarse, hermanos mios; hay que renunciar decididamente á todo lo que sea injusto y deshonesto, á todo lo que sea degradante y feo, á todo lo que sea egoismo y amor propio. Hay que ser fuertes, pero muy fuertes, contra todos los asaltos de la pasión y del vicio. Hay que ser generosos, pero muy generosos, con todo lo que sea preceptos, consejos ó insinuaciones de la voluntad divina, si es que queremos ser simpáticos á nuestra Santísima Madre, que fué tan pura, tan generosa y tan fuerte. Y siéndola simpáticos, Ella se encargará de alcanzarnos de su divino Hijo el perdón de nuestras culpas, y el consuelo y el valor necesarios en todas las aflicciones de esta vida.

PARTE 2.ª

Pasando ahora á la segunda parte, conviene recordar lo que indicamos al principio, esto es; que forma un verdadero contraste con la primera; que mientras las palabras que el Salvador dirigió á su Santísima Madre: *Mulier: ecce filius tuus*, encerraban para ésta un mar de angustia y desconsuelo; en cambio las que enseguida dirigió al discípulo Juan *ecce mater tua*, constituyen para nosotros un misterio de satisfacción y de gozo indescriptibles. En efecto, ya sabemos que en aquel discípulo, en el apostol San Juan, estaban representados todos los fieles, toda la Iglesia; y por consiguiente, es como si Jesucristo nos hubiera dicho á todos: «Hasta aquí no habeis tenido otra madre más que Eva la prevaricadora, madre en verdad de vuestra existencia, pero también de vuestra perdición y de vuestra ruina, de vuestros pecados y de vuestras miserias, de vuestra esclavitud y de vuestra muerte; pero desde hoy tendreis por madre á María, la segunda Eva, madre de vuestra redención y de vuestra libertad, de vuestras virtudes y de vuestros consuelos, de vuestra dignidad y de vuestra gloria. Ya veis, hermanos mios, qué cambio tan ventajoso para nosotros. Vamos, pues, á hacerlo objeto de nuestra consideración por unos instantes, á fin de que, bien penetrado y comprendido, excite en nuestros corazones sentimientos de gratitud y de amor hacia nuestra nueva y benditísima Madre.

Los cambios y las sustituciones de unas cosas por otras no son un procedimiento exclusivo del orden sobrenatural de la gracia, son también una ley general de la naturaleza, y en ella debemos inspirarnos primero para facilitar el acceso de nuestra pobre inteligencia á las sublimes regiones donde funciona la maternidad de María para con nosotros. Si desaparece la luz del sol, llevando consigo los bellos matices de las flores, el lozano verdor de las plantas, y toda la hermosura que ofrecen á nuestra vista los encantadores cuadros del mundo material y sensible, nos deja en cambio esa obscuridad majestuosa, que, si cierra los ojos de nuestro cuerpo, es muy á propósito para abrir los ojos de nuestra alma; y ese silencio imponente, que reconcentra nuestro espíritu, obligándole á extender su interior mirada por los horizontes invisibles de nuestras potencias, de nuestras ideas y de nuestros afectos, donde hay

cuadros mucho más hermosos que cuantos ofrecer pueden la superficie de la tierra y la bóveda de los cielos; y nos deja también el descanso, ese bálsamo reparador y vivificante, que restituye á nuestros miembros las fuerzas extenuadas por el continuo batallar durante el día. Las pérdidas que sufren las aguas de nuestros rios, se cambian en riqueza para las flotantes nubes, que, cual mensajeras providenciales, van á llevar el beneficio de la lluvia, y con él la fecundidad y la vida, á campos y tierras donde no llega ni puede llegar la corriente de los rios. Todos los jugos y substancias que desaparecen de la tierra, empobreciéndola, se transforman en alimento, vida y desarrollo de los vejetales, cuyos frutos constituyen nuestra alimentación y nuestra riqueza. Por último, señores, el vacío que producen en el seno de nuestro globo las explotaciones de las canteras y las minas, encuentra una sustitución muy honrosa en esos suntuosos edificios, que se llaman iglesias, catedrales y palacios; en las bellísimas estatuas que enriquecen nuestros museos; en las artísticas joyas que aumentan el esplendor del culto divino y de la majestad humana, y en las monedas preciosas que circulan en el comercio social.

Pues bien, mis queridos hermanos, nuestra primera madre, la madre natural de todo el género humano, ó sea Eva, produjo con su malhadada desobediencia pérdidas inmensas, trastornos profundos en todos sus descendientes. Perdimos la gracia santificante, que nos unía á Dios con los suaves y dulces lazos del amor, sustituyendo éstos con los duros y pesados de la maldición y de la ira. Perdimos aquella paz y harmonía que Dios había puesto entre nuestros naturales elementos, entre el alma y el cuerpo, entre la razón y los sentidos, entre la voluntad y las pasiones; quedando sujetos desde entonces á una lucha constante, á una guerra sin tregua, contra todos los enemigos de nuestra alma, contra todos los desórdenes de nuestros apetitos. Perdimos aquella sabiduría celestial que el Criador infundiera en la mente de nuestros primeros padres, quedando sumidos en las tinieblas de la ignorancia y expuestos á todos los extravíos del error. Y, por fin, perdimos también aquella salud inalterable y aquella inmortalidad dichosa, con que plugo al Supremo Hacedor coronar las excelsas prerrogativas del hombre; entrando desde entonces en los tristes y avasalladores dominios del dolor y de la muerte. Por consecuencia de todas estas pérdidas y de todos estos desastres, la humanidad vino rodando, por espacio de

cuarenta siglos, de precipicio en precipicio y de abismo en abismo, hasta sepultarse en toda la corrupción, en todos los absurdos y en todas las aberraciones de los pueblos gentiles. En religión, llegó á tener por dioses á las más despreciables criaturas y á sacrificar en las inmundas aras de los ídolos el honor de las doncellas y la sangre de los niños. En moral, apenas había un vicio que no estuviera autorizado ó consentido. En la familia, la mujer era una esclava, un vil instrumento de todos los caprichos de su marido; y los hijos unos miserables siervos de su padre, que tenía sobre ellos el derecho de vida y muerte. En la sociedad, el Jefe del Estado era un déspota, dueño y señor absoluto de las vidas y haciendas de los súbditos; y en todo dominaba casi exclusivamente el imperio de la fuerza bruta sobre los más sagrados derechos y las más racionales consideraciones.

Tales son, mis queridos hermanos, las líneas generales de aquel vergonzoso cuadro que nos ofrece la historia de la sociedad pagana, y que tuvo su origen en la temeraria falta de nuestra primera madre. Pero Jesucristo, que venía á restaurarlo todo, á cambiarlo y sustituirlo todo, quiso también cambiar y sustituir la maternidad del género humano: y así como Él era el segundo Adán en sustitución del primero, para reparar los daños que este causara, quiso también que María fuese la segunda Eva en sustitución de la primera; y que, así como ésta nos engendró según la carne y fué el origen de todas nuestras desdichas, nos engendrase María según el espíritu y fuese el principio de nuestra salud y de nuestra felicidad: *Ecce Mater tua:* he ahí á tu Madre. ¡Oh, hermanos míos! ¡qué cambio tan ventajoso para nosotros! ¡qué sustitución tan excelsa y tan sublime! La misma Madre de Dios es también desde la Cruz Madre nuestra... La que llevó en su castísimo seno al Verbo Encarnado, lleva también en su castísimo corazón á todos los hombres... La que amamantó con la leche de sus virginales pechos al divino Jesús, alimenta también á todos los fieles con el jugo de su inmenso amor, de sus celestiales inspiraciones y de su protección casi omnipotente...¡Ah! y qué pronto se conoció el cambio, mis amados oyentes! ¡Qué pronto se dió á conocer todo lo sano, vigoroso y nuevo del alimento espiritual que María comunicaba á sus hijos adoptivos!

A poco de subir Jesucristo á los cielos, la luz de la verdad, partiendo del cenáculo é iluminando á Jerusalén, se extendió con prodigiosa rapidez, por el ministerio de los apóstoles, hasta los úl-

timos confines del mundo conocido, haciendo batirse en retirada á la ignorancia y á los errores del paganismo. El culto del verdadero Dios seguía la marcha de la predicación evangélica, derribando los ídolos y barriendo las supersticiones. Las flores de las virtudes brotaban por todas partes, contrarrestando y reduciendo los límites del vicio con la eficacia de su aroma. La familia empezó á sentir los dulces vínculos del amor, en lugar de los férreos anillos de la tiranía y la servidumbre. La mujer recobró toda la dignidad correspondiente á su sexo, á su origen y al importantísimo papel que le está reservado en el hogar doméstico; y empezó á ser objeto de preferencias, de respeto, de amor, y hasta de una especie de culto por parte del hombre. En el Estado, la fuerza de la ley y la consideración del bien público reemplazaron á la arbitrariedad y al egoismo de los Césares. En la sociedad iban desarrollándose los preciosos gérmenes de la libertad y la fraternidad cristianas, frente á la opresión de la esclavitud y al odio de clases y de razas: y en todas partes y en todas las esferas de la vida, iban sobreponiéndose los triunfos y progresos del espíritu á los triunfos y progresos de la carne, los bienes espirituales y eternos á los temporales y sensibles. El mundo se transformaba visiblemente, exhibiendo nueva vida, nuevas fuerzas, nuevos frutos, aspiraciones más altas, sentimientos más nobles, horizontes más vastos y más fecundos, derroteros más claros, ideas, instituciones y glorias desconocidas en el mundo antiguo.

Es verdad que todo ésto, en riguroso sentido, era obra exclusiva de Jesucristo; que la misión de los apóstoles era misión de Jesucristo; que la doctrina de los apóstoles era doctrina de Jesucristo; que los dones de los apóstoles eran dones de Jesucristo; que la gracia de la fé y la conversión era gracia de Jesucristo; y que los sacramentos que la comunicaban eran los sacramentos de Jesucristo. Mas no por eso quedaba ociosa la influencia maternal de María. El padre enseña, manda, corrije, castiga, se hace respetar y obedecer; pero la madre... ¡ah! hermanos mios, la madre hace más que todo eso, la madre entusiasma; y cuando el entusiasmo se apodera del corazón, el heroismo se revela en las obras, y no hay nada, absolutamente nada, que no se atreva á emprender un hijo entusiasmado por su madre. Ved aquí la parte principalísima que cupo á María en la grande obra de la restauración universal; el entusiasmo que con su ternura, con su amor y con su ejemplo, ha sa-

bido inspirar á todos sus hijos; y merced al cual los apóstoles, como todos sus sucesores, han arrostrado toda clase de privaciones, de iniquidades, y hasta la misma muerte, en obsequio y en defensa de la verdad y del bien; las vírgenes han roto las ligaduras del siglo y renunciado á todos sus atractivos, para entregarse al retiro, á la soledad, á la oración y á la penitencia; y todos los heroes de la religión y de la patria han asombrado al mundo con sus titánicos esfuerzos. ¡Ah! hermanos mios, ¿quién sabe las hazañas que se deben á un escapulario de la Virgen, puesto sobre el corazón de un creyente? Por eso se atribuyen á María, á esta cariñosa y Santísima Madre, las más insignes victorias de nuestras armas, las más grandes empresas de nuestros conquistadores, y las más celebradas creaciones de nuestros artistas.

Quizá en este momento, mis queridos hermanos, esteis pensando y diciendo para vosotros: «pero ¿qué tiene que ver todo esto con la soledad y los dolores de María?: nosotros veníamos dispuestos á afligirnos y á llorar, porque hoy es día de luto y de lágrimas, más bien que de satisfacción y de gozo; y lo que acabamos de oir tiene más de lo segundo que de lo primero.» En efecto, amados oyentes, teneis razón, y ya os lo anuncié al principio de esta segunda parte: cuanto en ella os he dicho tiene más de satisfactorio y agradable que de aflictivo y doloroso. Pero, en primer lugar, ese gozo y esa satisfacción nos la proporcionó el mismo Salvador desde lo alto de la Cruz con sus propias palabras; y en segundo lugar, así como hay lágrimas de compasión y de dolor, las hay también de amor y de gratitud; y el misterio que hemos considerado últimamente, si no es muy apropósito para excitar las primeras, lo es y mucho para producir las segundas. Llorad, pues, si quereis, mis amados hermanos; pero sean lágrimas de amor y gratitud por los inmensos beneficios que nos reporta la maternidad espiritual y sobrenatural de María. La compasión, como dice un piadosísimo orador sagrado, solo dura mientras permanecen los dolores, las miserias y las desgracias que la ocasionan; y los dolores de Jesús y de su Santísima Madre hace ya diez y nueve siglos que pasaron, y se convirtieron para los dos pacientes en una felicidad soberana é inmutable; pero los sentimientos de amor y gratitud tienen motivos para durar perpetuamente, porque perpetuamente duran y durarán también el amor y la protección de Jesús y de María para con nosotros.

Amemos, pues, mis queridos hermanos, amemos á nuestra bendita Madre la Virgen Santísima con todas las veras de nuestra alma. San Agustín decía: «Ama de veras á Dios, y haz después lo que quieras»; porque el que ama de veras á Dios no puede querer nada malo. Esto mismo os digo yo á vosotros: amad de veras á María, y haced después lo que os plazca; en la seguridad de que, amándola de veras, jamás os ocurrirá hacer ni desear cosa alguna que la disguste. Amémosla, pues, así, hermanos mios; procuremos hacernos dignos hijos de tan excelsa Madre; y al efecto, hagamos también un cambio, una sustitución en nuestra conducta y en nuestra vida. Pongamos en lugar de los placeres la mortificación y la penitencia, en lugar de los afectos terrenos, afectos celestiales, en vez de la inclinación á las criaturas la inclinación al Criador, en vez de la venganza el perdón de las injurias; y en lugar de esas palabras groseras, impías y hasta blasfemas que á veces salen de vuestros labios, poned palabras de alabanza á María y á su divino Hijo; pues solo así podemos prometernos alcanzar algún día la eterna y gloriosa felicidad que á todos deseo.

AMÉN.

LA SOLEDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Cui comparabo te? Vel cui assimilabo te filia Jerusalem?... Magna est enim velut ma re contritio tua.

¿A quién te compararé ó á quién te asemejaré, hija de Jerusalén?... Porque grande es como el mar tu quebranto.

Lament. Jerem. II, 13.

La compensación es una ley tan general como inflexible. Yo observo los hechos y los individuos, las instituciones y los estados, y en todas partes la veo escrita, profundamente grabada, y recibiendo el humilde vasallaje, lo mismo de los estados que de las instituciones, tanto de los hechos como de los individuos. Si hay una luz que esclarece, como la luz del día, hay otra luz que deslumbra, como la luz del rayo. Si hay un calor que vivifica, como el calor del sol, hay otro calor que consume, como el calor de la fiebre. Si hay un fuego que refrigera, como el fuego del hogar, hay otro fuego que devora, como el fuego del incendio. Si hay una fuerza que atrae, como la fuerza del amor, hay otra fuerza que repele, como la fuerza del odio. Si hay un coloso que avasalla, hay otro coloso que vindica. Si hay una corona de gloria, hay otra corona de espinas. Siempre este contraste. Siempre la luz confinando con la sombra, el placer con el dolor, el sacrificio con el mérito.

Pues esta ley es la que veo yo cumplida en el augusto misterio de la Soledad de María. Hay una soledad triste, amarga, desconso-

ladora; como la soledad del ignorante, que yace exánime en el vacío de su inteligencia; la soledad del cobarde, que nunca recibe el saludo del heroismo; la soledad del cautivo, que no disfruta las dulces caricias de la libertad; y la soledad del huérfano, que se duerme y despierta sin el tierno arrullo del amor de sus padres. Hay otra soledad alegre, sublime y gloriosa; como la soledad del sabio, que no tiene competidor en los alcances de su inteligencia; la soledad del héroe, que no tiene rival en los triunfos de su valor; y la soledad del santo que no tiene igual ni en la pureza de su virtud ni en la copia de sus gracias.

Estos dos extremos se tocan y se juntan en la incomparable Soledad de María. Por una parte, la triste, la amarga, la inconsolable soledad, de una desgracia inmensa, de una pérdida irreparable, de un dolor sin límites. Y por otra, la grande, la sublime, la gloriosa soledad de una fortaleza heróica, de un corazón valiente, de un espíritu invencible; que sobreponiéndose á la contrariedad de los sentimientos, rompe sereno las olas del dolor, y sale sano y salvo de la más desencadenada tormenta. Paréceme este misterio como una elevadísima cumbre, que proyecta por un lado la sombra, la triste sombra del infortunio, con toda la obscuridad del abandono, con todo el frío del desprecio, con todo el silencio del sepulcro, con todos los espectros del terror; mientras que por el otro refleja los esplendentes rayos de la dicha, con toda la claridad del privilegio, con todo el calor del heroismo, con todas las harmonías de la vida, con las célicas visiones de los ángeles.

Bajo estos dos aspectos voy á presentaros, aunque brevemente, la misteriosa Soledad de la Santísima Virgen. María sola en la desgracia y en el dolor; objeto de nuestra compasión. María sola en la fortaleza y en el heroismo; objeto de nuestra imitación. Madre angustiada y afligida sobre todas las madres; nada podré hacer, si no pienso lo que Vos pensábais y no siento lo que Vos sentíais en vuestra triste soledad. Haced que la gracia de vuestro divino hijo excite en mi mente una parte siquiera de las tristes ideas que entonces bullían en vuestra inteligencia, y que conmueva mi corazón con alguno de los amargos sentimientos que agitaban el vuestro; para que comunicándolos á mis oyentes, tengan de Vos la compasión debida. Esta gracia os pedimos humildemente, saludándoos con las palabras del Ángel: Ave-María.

Cui comparabo te...
A quién te compararé...
Lament. Jerem. II, 13.

Sólo está el que no tiene cerca de sí otro individuo de la misma especie. Sólo está un grano de oro en un montón de arena donde no hay otro grano de oro. Sóla está una palma entre un bosque de olivos, donde no hay otra palma. Sóla está una fiera en una espesa selva, donde no hay otra fiera; y sólo está un hombre en medio de numerosos árboles, viendo cruzar centenares de fieras, y oyendo los trinos de innumerables pajarillos, donde no hay otro hombre. Así también: sólo está un dolor, donde no hay otro dolor semejante: sóla está una desgracia, donde no hay otra desgracia parecida.

Y bien; ¿Dónde hay una desgracia semejante á la desgracia de María? ¿Dónde hay un dolor parecido al dolor de María? ¿Dónde hay una soledad comparable á la Soledad de María, después de la pérdida de su divino Jesús? *¿Cui comparabo te, Filia Jerusalem?* A quién te compararé hija de Jerusalén? ¡Ah! ¡Hermanos mios! Yo recorro con mi imaginación todos los dolores, todas las desgracias, todas las soledades del mundo, y no encuentro ninguna que pueda compararse con el dolor, con la desgracia, con la Soledad de María.

Triste, muy triste es la soledad de la pobreza, la pérdida de los tesoros, el tránsito de la opulencia á la miseria. Acostarse con la

dulce satisfacción de la abundancia, las navetas atestadas de valores, en quieta posesión de vastos y productivos dominios; y de repente, despertar á las amenazadoras intimaciones de inhumanos foragidos; y ver desaparecer entre sus manos todos los valores; y, á la vez, presa de las llamas, devorada por intencionado incendio una morada suntuosa; y al mismo tiempo, confiscados para siempre todos los dominios; y lanzado, por fin, á la soledad de la calle, y encomendado á la caridad del prójimo, sin posesiones, sin dinero y sin hogar, quien horas antes brillaba por la suntuosidad de su hogar, y se imponía por la cantidad de su dinero, y se respetaba por la extensión de sus posesiones... ¡ah! indudablemente, esta debe ser una soledad horrible, un vacío mortal, al que muchos preferirán la muerte. Y sin embargo, no es una soledad absoluta, no es la única: la historia nos presenta, bajo este aspecto, varios ejemplares de Job. Pero María despierta del apacible sueño de su dicha, entre los desaforados gritos de un populacho impío, de un tribunal injusto, de una soldadesca despiadada. María vé desaparecer entre las sacrílegas manos de los sayones, no un vil tesoro de metálico interés, sinó su incomparable tesoro, el autor y dueño de todos los tesoros: Aquél que sabía convertir el agua en vino, multiplicar los panes y los peces, dar agua de vida eterna y volver la vida á los muertos. María vió devorado por el incendio de la iniquidad y entre llamaradas de blasfemias, no un material y artístico palacio, obra de los hombres, sinó el templo vivo de la misma Divinidad, hecho por Dios. María vió confiscados para siempre, no dilatados dominios territoriales, sinó al Señor de todos los dominios, al dueño de toda la tierra; *et possesionen tuam terminos terræ*. María, en fin, al perder á Jesucristo, al verle desaparecer de su vista bajo la fría losa del sepulcro, perdió con Él el dominio de los dominios, el tesoro de los tesoros, el albergue de los albergues, quedando reducida á una soledad de pobreza sin ejemplo en el mundo, porque nadie ha podido perder tanto como Ella; é irreparable cual otra ninguna, porque, si bien pueden reconquistarse los terrenos, y rescatarse el dinero, y reedificarse los palacios, no hay poder en la tierra capaz de volver al divino Jesús á los brazos de María.

Otra soledad hay no menos dolorosa y aflictiva: la soledad de las tinieblas, la privación de la luz, la pérdida de la vista. ¡Ah! Considerad bien esa penosa situación en que un súbito accidente

rompe todas nuestras relaciones con los magníficos dominios del color, de las formas y del movimiento. Renunciar para siempre al sublime espectáculo de los cielos, que tantas y tantas veces ha consolado y enaltecido nuestro espíritu en alas de un inefable arrobamiento... Dar el último adiós, á tantos, tan bellos y tan variados panoramas, como nos ofrece la fecunda naturaleza; á los delicados matices de las flores, al frondoso ropaje de las enramadas, al exhuberante verdor de los sembrados, á la risueña perspectiva de los valles, á la imponente altivez de las montañas, á la plácida corriente del arroyo, á la majestuosa marcha de los rios, y á la velocidad seductora de las aves .... Vernos desheredados de la mágica influencia de la pintura y la escultura, de esas maravillosas creaciones del genio humano, que nos trasmiten con la belleza sensible de los colores y las formas, la belleza moral de los más caros recuerdos, de las más puras ideas, de los más tiernos sentimientos y de las más nobles aspiraciones..... Sufrir la más rigurosa incomunicación con esos tan fieles, dóciles y cariñosos compañeros de la soledad que se llaman libros..... Y, sobre todo, no asistir un padre al sucesivo desarrollo de sus hijos; no poder seguir paso á paso todas las fases, todas las vicisitudes, que en su crecimiento, en su robustez, en su hermosura, en sus gracias, en sus inclinaciones y en su discreción, van presentando sucesivamente los idolatrados frutos de su amor..... Y á su vez un hijo, no disfrutar de las cariñosas modulaciones del semblante paterno; no poder percibir el mudo pero elocuente lenguaje del rostro maternal, en cuyo fondo se dibujan, como en un espejo, todas las tiernas emociones de su amante corazón..... ¡Ah, señores! Convengamos en que esto es una desgracia de primer orden. Convengamos en que eso de encontrar cerradas para nosotros las más bellas páginas del libro de la naturaleza y del libro del arte, es una soledad mucho más triste y de mucha más trascendencia, que la soledad de la pobreza. Y, no obstante, tampoco tiene el triste honor de ser suprema y única. La desgracia del anciano Tobías se reproduce frecuentemente en la humanidad. Tampoco es del todo desesperada; porque, si falta la luz para nosotros, permanece el sol sobre el horizonte, iluminando á nuestros semejantes, que pueden suplir nuestra soledad comunicándonos sus gratas impresiones.

En cambio María, con la muerte y el entierro de Jesús, si no perdió de vista el espectáculo natural de los cielos, perdió de vista

el espectáculo sobrenatural de la gloria, personificado en Jesucristo: si no se vió privada de los sensibles y fugaces encantos de la naturaleza y del arte, se vió privada de la soberana hermosura de la Humanidad y la Divinidad, harmoniosamente combinadas é hipostáticamente unidas en la persona del Verbo Encarnado. Se obscureció á sus miradas aquel sacratísimo cuerpo, que reunía y superaba todas las bellezas creadas; aquellos ojos, en que brillaba el iris de paz más bello y expresivo; aquellos labios, por do corrían ora los mansos arroyos de la humildad y mansedumbre, ora los caudalosos rios de la enseñanza y la doctrina; aquel rostro, donde campeaban los más perfectos relieves, los más delicados perfiles, el más suave colorido y la expresión más exacta; aquellas manos, donde brotaban en abundancia y variedad asombrosa, las incomparables flores de la caridad, traducidas en saludables frutos de beneficencia, como el pan para los hambrientos, la salud para los enfermos y la vida para los muertos; aquellos pies, cuyas huellas señalaban el paso de la fecundidad y de la vida, representados en aquellas turbas de discípulos y admiradores que le seguían á todas partes; y todo aquel admirable conjunto orgánico, modelo constante de los artistas y de imposible copia para todos los pinceles y para todos los buriles. Y con los físicos encantos de aquel cuerpo, se ocultaron también á María los bellísimos resplandores de aquella alma sin segunda, y de aquella divinidad augusta, que trasluciéndose á través de los sentidos, de las palabras y de las obras, envolvían la figura del Salvador en una atmósfera de indecible atractivo, en una nube de primorosos cambiantes y de celajes gloriosos: atmósfera y nube en que dominaban los deliciosos gases de una melíflua dulzura, de una bondad sin límites, de un amor tiernísimo y de una majestad sobrehumana; y en las que nadie respiraba tanto como María, y nadie podía recrearse tanto como María, porque nadie estaba adornado de las exquisitas disposiciones de María. Por último, si María no perdió con Jesús la luz material de sus ojos, perdió en cambio el mismo sol de su alma; aquel divino Sol de justicia, que naciendo en Belén y después de brillar con tanto esplendor en todo el curso de su vida pública, fué arrastrado por la perfidia de los judíos al ocaso del sepulcro. Aquí, no sólo queda á obscuras la vista particular de María: todos los horizontes de su alma, todo aquel mundo de verdades sublimes, de sentimientos inefables, de aspiraciones nobilísi-

mas, de seductoras perspectivas, de sobrenaturales complacencias, que la Virgen descubría á la luz de aquel Sol, queda sumergido en la más tenebrosa obscuridad: obscuridad que nadie como Ella puede sentir, porque nadie como Ella había participado de aquella luz: *et tenebræ eum non comprehenderunt: et mundus eum non cognovit.* (Joan. I, 5 y 10). ¡Oh María! Y como te vá estrechando la horrible cadena de la soledad! Después de quedar sola, sin el más preciado tesoro, ahora quedas sola, sin el más refulgente sol. Yo te contemplo, Madre mía, sumergida en la obscurísima noche de tu espíritu, sin esperanza de ver otra vez en esta vida el Oriente de tu sol, ni siquiera de que te presten algún consuelo los débiles reflejos de secundarias estrellas. Nadie puede aliviar tu obscuridad, porque nadie vé más que tú. Nadie puede consolarte, porque nadie comprende ni echa de menos la luz que tú has perdido. Nada: es preciso que te resignes á una noche sin ejemplo, á una renuncia desgarradora, á la renuncia de todas las bellezas, de todos los encantos, de todos los embelesos que derramaba en las perspectivas, de tu alma el divino Sol de Justicia. Es preciso más, es preciso que te prepares para nuevas y más dolorosas soledades.

En efecto, hermanos mios: hay otra soledad que no vá en zaga á las anteriores, la soledad del silencio. La fuerza expansiva, la tendencia á la manifestación y al desarrollo, domina en todos los seres, y especialmente en el hombre. Así como la electricidad tiende á manifestarse en truenos, relámpagos y rayos; así como las semillas tienden á desarrollarse en tallos, y los tallos en flores, y las flores en frutos; así también nuestra inteligencia tiende á manifestarse en ideas, nuestro corazón en sentimientos, y nuestros sentimientos y nuestras ideas en palabras, en lenguaje. Tener el cerebro agitado por un enjambre de ideas, y el corazón conmovido por una turba de sentimientos, y encontrar cerrada, á su salida, la puerta de los labios, es una violencia solo comparable con la que sufren el vapor comprimido y la pólvora inflamada dentro de un cerrado é inquebrantable tubo. Concebir un descubrimiento importante, saber el medio de sacar de un abismo al que está precipitado en su fondo, y no poder publicarlo..... Estar dominado por una alegría extraordinaria ó un pesar profundo, y no poder compartirlos con nuestros semejantes..... ¡Ah! Esto es cruel, violento, mil veces más violento, que prohibir al sol extender sus rayos y á la tempestad que brame y al pájaro que vuele y al ruiseñor que

cante. Dígalo sinó el gran trabajo que cuesta guardar un secreto. Y entiéndase que para satisfacer esta necesidad, no basta tener el uso de la palabra; es necesario que nos la oigan seres que la entiendan. Bajo este aspecto, tan contrariado está el que tiene impedido el movimiento de la lengua, como el que, teniéndola expedita, se encuentra en la soledad de un desierto. Y, á pesar de todo, los que se encuentran en este caso, tienen algún remedio, pueden dar salida á su explosión intelectual y moral por medio de la acción y por medio de la escritura. Zacarías, el padre del Precursor, escribió en una tabla lo que no podía pronunciar con su lengua, el nombre que debía imponerse á su hijo.

Pues ahora consideremos también bajo este aspecto la situación de María, después del entierro de Jesús: y facil nos será comprender que en su inteligencia bulle un mundo de ideas sublimes, de conocimientos sobrehumanos, de divinas revelaciones. Allí está descrito con los más vivos colores el magnífico plan de la Redención, desde su origen en los eternos consejos del Altísimo, hasta su consumación en el Gólgota: allí se cierne la funesta idea del pecado original con sus desastrosas consecuencias, y el profundo abismo en que por él se halla gimiendo la humanidad entera: allí se levanta la consoladora idea del remedio para la salvación del género humano, que es unirse por medio de la fé viva á Jesucristo crucificado; allí se abrigan conocimientos profundos del inmenso beneficio hecho por Dios á los hombres en la persona de su Unigénito, de la humanidad y divinidad de Jesucristo, de su inocencia, de su amor y de sus excelentes é inimitables perfecciones: allí está arraigado el firme convencimiento de las grandes y extraordinarias prerrogativas, que su humilde persona recibiera del Todopoderoso: *fecit mihi magna qui potens est:* allí, en fin, se agita un torbellino de recuerdos, ya agradables ya desagradables, que se empujan unos á otros, como las olas de un impetuoso torrente, y pugnan por salir y desbordarse en otras inteligencias. Con la misma facilidad nos convenceremos de que en su corazón hierven los más profundos y encontrados sentimientos; por una parte, el amor, la gratitud y la adoración más puras y entusiastas al Dios de las misericordias; por otra el dolor, la pena y la aflicción más aguda, por el cruel suplicio de la más inocente de las víctimas: aquí la compasión, la misericordia y la generosidad para con los desgraciados pecadores: allí el odio, la detestación, el horror más impla-

cable contra el pecado, causa de nuestras desgracias y del sacrílego deicidio: y en todas sus cavidades, y en todas sus fibras, ruje, arde, se dilata y centellea la vaporosa llama del más activo volcán, que conmueve sus paredes y se esfuerza por abrirse paso y salir á derramar su luz, su calor y su fuego. Y convencidos de esta abundancia y fuerza expansiva de las ideas y los sentimientos de María, considerad que no podía darles salida, que no podía manifestarlos, que no tenía posible desahogo: considerad que María, entre todos los que la rodeaban, estaba peor, mil veces peor, que un solitario en el desierto, que un orador entre sordos, que un pintor entre ciegos. Porque ¿quién era capaz entonces de entender el lenguaje de aquellas verdades supremas y de aquellos delicados sentimientos? ¡Ah! nadie, absolutamente nadie. Para el pueblo, Jesucristo no había sido más que un impostor justamente castigado por la ley: los apóstoles sufrieron aquella misma noche el escándalo que les había profetizado su Maestro; y las mujeres piadosas que acompañaban á María, aún no alcanzaban á ver en Jesús más que un hombre muy bueno, un inocente castigado sin justicia. Sólo María, dice un escritor, vió en la Cruz á un Dios sufriendo por los hombres. ¿Con quién, pues, había de compartir María la exhuberante abundancia de su inteligencia y de su corazón? ¡Ah! No hay remedio, Virgen Santísima; tienes que contener en tu cerebro ese torbellino de ideas, y en tu corazón ese volcán de sentimientos. Tienes que sufrir en tus labios el candado que les impone la obcecación de tu pueblo, y en tu pecho la losa que le carga la incredulidad de los gentiles. Tienes que soportar tu sóla, absolutamente sóla, el furioso huracán que sacude tu hermosa frente, aunque trastorne tu juicio; y el voraz incendio que crece en tu corazón, aunque carbonice tus virginales entrañas. El silencio, y un silencio sin segundo, atendidas sus circunstancias, es el único partícipe de tus pensamientos y afecciones. Y cuenta con que aún no te ha llegado el golpe decisivo, la última expresión de tu triste soledad. Hasta ahora, la hoz implacable de las privaciones no ha pasado de las ramas externas de tu ser: te ha cortado la rama de la riqueza, la rama de la luz y la rama de la comunicación; pero ya se dispone á penetrar en lo más íntimo del tronco, aspira nada menos que á herir de muerte el corazón del árbol de tu vida: después de haberte dejado en la soledad de la pobreza, en la soledad de las tinieblas y en la soledad del silencio, quiere dejarte ahora, vá á sumirte

ahora en la suprema soledad del... ¡Dios mío! si sólo el pronunciarlo me estremece. Creedme, amados hermanos; al dar este paso, mi mente se confunde, mi sangre se hiela, mi lengua tartamudea; me encuentro como el encargado de dar la más infausta noticia á la persona más interesada y de más susceptibilidad y perspicacia. Hablar de la soledad de la pobreza, de la soledad de las tinieblas, de la soledad del silencio, aunque es muy triste, puede sobrellevarse, pero..... pensar en la soledad del corazón..... ¡Hablar de la soledad del corazón! Y, sobre todo, pensar en la Soledad del Corazón de María!..... Hablar de la Soledad del Corazón de María!..... Pensar y hablar de la pérdida del Hijo-Dios sufrida por la Madre-Virgen! ¡Ah! Yo cada vez me confundo más, cada vez me estremezco más, cada vez me siento más incapaz de penetrar en ese abismo sin fondo; y, si no fuera por temor de disgustaros, de buen grado haría aquí punto, encomendando todo lo que resta á las espontáneas inspiraciones de vuestro corazón; en la seguridad de que es mucho más lo que vosotros podeis presentir, que lo que yo puedo deciros.

Nada más frecuente que ver madres llorando la pérdida de sus hijos, la soledad de su corazón. Pero dejando á un lado la Santísima Virgen, no encuentro en la historia de la humanidad, en el orden humano, un ejemplo de prueba y desolación, á la vez que de fortaleza y heroismo, superior al que nos presenta una madre israelita, en tiempo de Antioco el Grande, Rey de Siria. Quería este pérfido y cruel tirano, nada menos que acabar con la religión judáica; y para ello, obligar con los más crueles tormentos á las personas más distinguidas por su virtud, á ser las primeras en dar el escandaloso ejemplo de violar las leyes del Señor. Entre estas víctimas figura una madre sobremanera admirable, *supra modum mirabilis*, dice el texto sagrado, con sus siete hijos. Fué llevada á la presencia de Antioco con los siete retoños de su tierno corazón; y á la vez que el orgulloso monarca sufrió el irritante desengaño de su impotencia para apartarlos de la religión de sus padres, tuvo la bárbara satisfacción de presenciar y dirigir sucesivamente el más inhumano martirio de aquellos esforzados jóvenes: y la madre, la admirable madre, tuvo el inexplicable dolor de seguir con sus ojos y con sus oidos, todos los desprecios, todos los tormentos, todas las crueldades y todas las agonías, hasta la muerte sucesiva de aquellos siete pedazos de su esencia: y todo ésto, no sólo sin

quejarse, sin lamentarse de su desgracia, sinó más bien exhortándoles y fortaleciendo su ánimo, para que fueran constantes en padecer por su Dios: coronándose este sangriento drama con su propio y deseado martirio. Y bien, al concluir esta sencilla narración, ¿me engañaré si creo que de todos vuestros corazones sale esta exclamación unánime: ¡Pobre madre!? ¡Ah! No, no me engaño; porque vuestros corazones, unos son de madre, otros son de hijo, todos son cristianos; y un corazón de madre, un corazón de hijo y un corazón cristiano, sabe sentir.

Pues ahora comparemos aquella madre y aquellos hijos con María y con Jesús; la soledad del corazón de la israelita Macabea al perder sus siete hijos, y la Soledad del Corazón de María al perder su Hijo Unigénito. ¡Ah! Imposible, señores, imposible: entre aquella madre y esta Madre, entre aquellos hijos y este Hijo, hay una distancia mayor, infinitamente mayor, que la que existe entre un grano de arena y la redondez del globo, entre una gota de rocío y la masa total de los mares, entre la amplitud de una línea y la inmensidad del espacio. Aquellos siete hijos no pasan de ser siete hombres, siete criaturas, nacidas en pecado, criadas en debilidad, sujetas á la ignorancia del entendimiento y á los vicios de la concupiscencia: mientras que Jesucristo, el Unigénito de María, es un Hombre-Dios; como hombre, concebido en pura gracia; nacido en el milagro, criado en completa santidad, sin sombras de ignorancia en su inteligencia, sin movimientos desordenados en su apetito, y el único que pudo decir de sí mismo: ¿Quién de vosotros me podrá argüir de pecado? *¿Quis ex vobis arguet me de peccato?* Y, como Dios, es infinito en todo género de perfecciones, el Señor de la vida y de la muerte, el Rey de los cielos y de la tierra. Aquella madre no pasa de ser una mujer-madre, fecundada en la concupiscencia y por obra de varón, agitada por el viento de las pasiones, con el corazón dividido entre la ternura de sus hijos y el atractivo de los intereses materiales; pero esta Madre, María, es más que una mujer-madre, es una Madre-Virgen, fecundada en la más acrisolada inocencia por obra del Espíritu-Santo, concebida sin pecado y sin pecado conservada toda su vida, llena de gracia y de santidad, y su corazón consagrado por entero y sin reserva de ninguna especie á su único y adorado Hijo el divino Jesús.

Ahora bien: ¿Qué comparación hay entre siete débiles criaturas y el Criador Supremo del universo? entre una madre común y

una Madre-Virgen? Y, por consiguiente, ¿qué comparación puede haber entre la soledad y el dolor de aquella israelita al quedar sin sus siete hijos, y el dolor y la Soledad de María al perder su divino Hijo? *¿Cui comparabo te, Filia Jerusalem?* ¿A quién te compararé, hija de Jerusalén? No lo sé, hermanos mios, no lo sé; lo que sé es que el dolor de su Soledad supera á todos los dolores de la humanidad, á la manera que el océano supera incomparablemente en profundidad y extensión á todos los arroyuelos de la tierra: *Magna est velut mare contritio tua.* Lo que sé es, que tan grande como fué su dolor, fué grande su paciencia, su constancia y su heroismo. ¡Ah! Sí: las seculares encinas sucumben al empuje del huracán: las montañas de granito se abren y se derriten ante las erupciones volcánicas; los palacios, las poblaciones y los continentes tiemblan, caen y se hunden ante los sacudimientos subterráneos. Pero la fortaleza de María, no hay huracán que la derribe, no hay fuego que la derrita, no hay sacudimiento que la venza. Siempre constante, siempre firme, y conservando siempre el más admirable equilibrio, allí está al pié de la Cruz y al borde del sepulcro *Stabat juxta crucem Jessu mater ejus.* Allí está, viendo cómo la despojan del tesoro de su riqueza, que es el tesoro de los tesoros; y de la luz de sus ojos, que es el Sol de los soles; y de la expansión de su espíritu, que es la expansión más sublime; y del ídolo de su corazón, que es el mismo Dios humanado; sin que flaquee su paciencia, ni decaiga su esperanza, ni peligre su serenidad, ni aparezca en su semblante, como asegura el eximio Doctor Suárez, ningún extremo, ni el más mínimo desorden, que revele su incomparable dolor. Sí, señores: este es el lado sublime, admirable, glorioso, celestial y verdaderamente divino de la Soledad de María. Bajo este concepto, se nos presenta como la sóla y única superficie líquida inalterable al soplo de los vientos: como la sóla y única roca inaccesible al furor de las tempestades: como la sóla y única heroina invulnerable á los tiros de sus enemigos: como la sóla y única flor que se resiste á los ardores del estío; como el sólo y único iris que sobrevive á la desaparición de las nubes; como la sóla y única luz que triunfa de todas las sombras atmosféricas; como la sóla y única criatura donde se juntan todas las calamidades del hombre con toda la serenidad de los ángeles. ¡Ah! Bendita sea una y mil veces la Religión que nos ofrece una combinación tan extraña, un equilibrio tan estable, una harmonía tan excelsa, un tipo tan perfecto

y un modelo tan acabado: combinación, equilibrio, harmonía y modelo, que en vano buscareis entre todas las divinidades del Olimpo de los griegos ó del Panteón de los romanos. Lo que sé es, que mientras aquella admirable madre de los siete hijos sacrificados al furor de Antioco, tuvo el inefable consuelo de seguirles inmediatamente por el mismo camino del martirio á las mansiones celestiales, María tuvo que arrostrar la cruel sentencia de permanecer en este mundo sin la adorable compañía de su Hijo, devorando en su interior los dolorosos recuerdos de su pasión y muerte; y que por lo mismo, si la Sagrada Escritura llama á la primera sobremanera admirable, *supra modum mirabilis*, no hay palabras con qué expresar y encarecer la fortaleza y el heroismo de la segunda. Lo que yo sé es, que el Antioco de Jesús y de María, que el tirano que ocasionó la muerte del uno y la soledad de la otra, fué el pecado: *per peccatum mors:* Sí, amados oyentes, el pecado, los pecados de los hombres fueron los que crucificaron á Jesús y los que dejaron á María en tan angustiosa soledad: y nuestros pecados son también los que le vuelven á crucificar diariamente, y los que diariamente reproducen la Soledad de la Santísima Virgen María.

Por consiguiente, el mejor medio, el único medio de acompañarla en tan incomparable sentimiento y de mostrarla una digna compasión, es arrepentirnos sinceramente de nuestras culpas y ofrecerla la única compañía que la satisface, la compañía de nuestras virtudes. Como el mejor medio, el único medio de admirar debidamente su fortaleza y su heroismo, es imitarla con nuestra paciencia y resignación en todas las adversidades de la vida. Hagámoslo así todos, hermanos mios, á fin de que la acompañemos después en el glorioso premio de la inmortalidad, que de todo mi corazón os deseo.

AMÉN.

LA ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Veni de Líbano, sponsa mea, veni de Líbano: veni, coronaberis.

Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano, ven y serás coronada.

Cantic. Cant. IV, 8.

A. O.

NADA más satisfactorio que el término de nuestras obras y el fin de nuestras aspiraciones. El pintor que dá la última pincelada de su más apreciado dibujo: el poeta que escribe el último verso de su más interesante poema: el sabio que dicta la última conclusión de una ciencia; y el general que vé rendido al último de sus enemigos, no cambiarían su noble y purísimo gozo por toda la fortuna de un Creso ni por todos los placeres de un Sardanápalo. Y cuando el término y el fin de una obra es el fin y el término de las aspiraciones de un pueblo, de una nación ó de una sociedad, las sociedades, las naciones y los pueblos rivalizan en entusiasmo para manifestar su contentamiento: díganlo sinó esas expresiones de júbilo, con que celebran todos los pueblos la llegada de una carretera, de un ferrocarril ó de un hilo telegráfico; y esas ovaciones frenéticas, con que saludan todas las naciones á

los heroes de su independencia y á los conquistadores de sus riquezas, de su prosperidad y de sus glorias.

Pues bien, católicos: hoy celebra nuestra Santa Madre la Iglesia el feliz termino de una obra grande, sublime; de la que ocupa el segundo lugar en los altos consejos de la infinita sabiduría: hoy celebramos el fin de unas aspiraciones nobles, elevadas, de las más nobles y elevadas que pueden surgir en el corazón del hombre y abrigarse en los espíritus angélicos. Tal es el glorioso misterio de la Asunción de María, que es el último de sus gloriosos misterios. Él viene á ser la última pincelada, con que el Eterno quiso completar el magnífico cuadro de la Virgen de Nazaret; y la última línea, con que en cierto modo se cierra el maravilloso plano de nuestra Redención; y el fin de las aspiraciones angélicas, que ven hoy completada la gloria del Cielo con la entrada triunfante y la solemne coronación de su augusta Reina; y la satisfacción de los más nobles sentimientos del género humano, que vé hoy á una de sus heroinas, á la más grande de sus heroinas, tomar el último baluarte del enemigo común, triunfando de la corrupción del sepulcro; y á la más misericordiosa de las madres elevada á lo más alto del Empíreo, sentada al lado del mismo Dios, coronada Emperatriz del Universo, con un poder cuasi divino, que empleará en contener el brazo de las divinas venganzas y en abrirnos el tesoro de las divinas misericordias. ¡Todo ésto y mucho más se encierra en el glorioso misterio que hoy solemnizamos! ¡Tan grandes, tan excelsos, tan consoladores son los pensamientos que nos sugiere la triunfante Asunción de la Madre-Virgen á los eternos tabernáculos! Con razón, pues, llama San Agustín á este día el más excelente de los dedicados á las solemnidades de los santos: *dies omnium Sanctorum solemnitates præcellens*: como que en él se celebra la exaltación más gloriosa de la más Santa de las criaturas.

Es decir, católicos, que la gloria de María es la principal figura que llena y anima el brillantísimo cuadro de su Asunción; y por lo mismo será también el objeto dominante de nuestro discurso, en el que procuraremos desenvolver la proposición siguiente: «La gloria que recibe la Virgen María en el misterio do su Asunción, es el término más digno de su vida, la coronación adecuada de todos sus misterios, de todas sus gracias y de todos sus triunfos.»

Virgen Santísima: para desempeñar mi cometido tengo que subir á grande altura, á la altura de vuestro trono y de vuestra

corona: y ¿quién dará alas á mi entendimiento para emprender un vuelo tan atrevido? A vos toca, Señora, como Reina de los alados espíritus é interesada en la gloria que de aquí pueda resultar. Dádmelas, pues, tan ligeras y tan vigorosas como las necesito. Esta gracia os pido en unión con todos mis oyentes, saludándoos con las palabras del Ángel: Ave María.'

Veni de Líbano, sponsa mea.....
Ven del Líbano, esposa mía.....
Cantic. Cantic IV, 8.

Todos los seres tienen un término que completa su perfección, un fin adecuado á su naturaleza y á sus aspiraciones: término y fin al que se inclinan con irresistible tendencia, y sin el cual no se concibe ni el orden en las obras, ni en su autor la sabiduría. Observad cómo se inclinan los cuerpos hácia el centro de la tierra, y las plantas á su desarrollo y fructificación, y el instinto animal hácia los objetos sensibles, y la inteligencia á la verdad y la voluntad al bien; porque el centro de la tierra es el término adecuado á la naturaleza y perfección de los cuerpos, como el desarrollo y la fructificación lo es de las plantas, y el placer sensible del instinto, y la verdad de la inteligencia y el bien de la voluntad; resultando de aquí un triple orden, fecundo en admirables harmonías y reflejo de una suprema inteligencia: el orden físico, el orden intelectual y el orden moral. Si, permaneciendo la misma naturaleza de las cosas, se cambian sus respectivos fines; si se dá á las piedras el fin de las plantas, y á las plantas el fin de los animales, y á éstos el fin del hombre, y á la vista el fin del oido, ó viceversa, es indudable que el caos y la confusión ocuparán el lugar del orden en la naturaleza; como, si se corona un magnífico palacio con la techumbre de una humilde cabaña ó una

colosal estatua con la cabeza de un pigmeo, ó una sublime epopeya con un ridículo entremés, será preciso confesar que el desconcierto y las aberraciones del capricho han sustituido á las bellas proporciones del arte.

Pues bien, católicos: todos los antecedentes de la vida de María, todos sus misterios, todas sus gracias y todos sus triunfos, están reclamando el misterio, la gracia y el triunfo de su Asunción; como el único término á que la inclina el peso de su propia dignidad, como el único remate proporcionado á los fundamentos y al conjunto de esta grande obra del Altísimo. Todo está diciendo con su divino Esposo: *Veni sponsa mea, veni coronaberis*: Ven esposa mía, ven y serás coronada.

En efecto, Ilustrísimo Señor: empezando por los misterios, ocurre en primer lugar el de su predestinación á la maternidad divina; aquel eterno decreto de la Providencia, por el que, á la vez que Jesucristo fué predestinado á ser Hijo de Dios, fué también predestinada María á ser Madre de Jesucristo. Predestinación singular, extraordinaria, que levanta el origen de María sobre todos los hombres, sobre todos los santos y sobre todos los ángeles; poniéndolo en lo más alto del cielo, al lado del mismo Dios. Misterio augusto, que viene á ser el alto fundamento sobre que descansa todo el edificio de sus grandezas, y la elevada fuente de donde emana el copioso raudal de sus prerrogativas. Y si la elevación de la cúpula debe corresponder á la profundidad del cimiento; y si el agua tiende por su naturaleza á buscar á través de la atmósfera la altura de su origen, es claro que á un misterio que coloca el origen de María sobre el origen de todas las criaturas, debe corresponder otro misterio que ponga el fin y destino de María sobre el fin y destino de todas las criaturas. La que por su predestinación bajó del cielo al lado de Jesucristo, debe volver al cielo siguiendo á Jesucristo por su Asunción: así se cumplen aquellas palabras del Real Profeta: *surge, Domine, in requiem tuam, tu et arca sanctificationis tuæ:* levántate Señor, á tu reposo, tú y el arca de tu santificación: Ps. CXXXI, 8.

Viene después el misterio de su Concepción Inmaculada; aquel privilegio inaudito, por el que la Virgen Santísima fué preservada del universal naufragio del pecado, entró en esta vida por las puertas de la gracia, y nació Hija de bendición. Ahora bien, católicos: ¿es posible que perezca en el lago inmóvil de la corrupción, que es

la muerte del cuerpo, la que se salvó de las embravecidas olas del pecado, que es la muerte del alma? ¿Será justo que la que entró en esta vida por las puertas de la gracia y la bendición, salga de ella por el mismo punto y de la misma manera que los que entramos por las puertas de la maldición y del pecado? ¡Ah! no, amados oyentes: tales anomalías no tienen lugar en las obras de Dios: tamaña inconsecuencia no cabe en el sapientísimo plan de la Providencia divina. María muere: pero no por efecto del pecado que no había contraido, sinó por participar en todo de la muerte de su Hijo. María muere; pero no para sufrir la corrupción de su cuerpo, sinó para dejar su mortalidad en el sepulcro y revestirse allí de la gloria. María muere; pero no para esperar la resurrección general de los muertos, sinó para resucitar luego gloriosa y subir en alas de su incomparable amor á los brazos de su divino Esposo, que no cesa de decirla: *veni sponsa mea; veni de Líbano, veni, coronaberis:* ven esposa mía, ven del Líbano: ven y serás coronada.

Tampoco exige otra cosa el grande, el insondable Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios ¡Ah! y qué bellas harmonías lo relacionan con el de la Asunción! En aquel vemos á un Dios atraido del Cielo á la tierra por la humildad de la Virgen: en éste vemos á la Virgen atraida de la tierra al Cielo por el amor de su Dios. El primero nos ofrece á Dios eligiendo por trono el seno virginal de María: el segundo nos ofrece á María exaltada hasta el trono de Dios. Allí el Verbo Divino recibe de María lo que es de la naturaleza humana: aquí la afortunada María recibe de su divino Hijo lo que es de la grandeza y de la gloria de Dios. En la Encarnación, María es la primera que recibe al Hijo de Dios de una manera inefable: y en la Asunción, María es la primera á quien, de un modo inefable, recibe el mismo Hijo de Dios. ¿Queréis relaciones más íntimas? ¿Quién no vé todo ésto conforme con la magnificencia de Dios reflejada en todas sus obras? Si la Virgen María recibió al divino Jesús en persona, y le dió hasta la vida, y le formó de su sangre, y le vistió con su carne, y le alimentó con su substancia, y le crió para la salvación del mundo y para la gloria celestial de que goza su Humanidad Sacrosanta, lo que no hizo ninguna otra criatura, ¿qué extraño es que, en cambio, su divino Hijo la dé un poder suficiente para subir al Cielo en cuerpo y alma antes que los demás mortales, y un recibimiento superior al de todos los escogidos, y un trono más alto que el de los mismos serafines, y

una gloria y majestad propias tan sólo de la Emperatriz del Universo? Convengamos, pues, en que el Misterio de la Encarnación no puede pasar sin el Misterio de la Asunción.

Lo mismo sucede con el Misterio de la Redención. En él vemos á María asociada en un todo á los dolores y padecimientos de Jesús por la salvación del género humano; herida en su alma por la misma espada que traspasó la de su divino Hijo, según la profecía del anciano Simeón: *et tuam ipsius animam pertransibit gladius;* despreciada con los mismos desprecios, perseguida con las mismas persecuciones, desgarrada con las mismas espinas, traspasada con los mismos clavos, abrevada con las mismas amarguras y crucificada en el mismo madero. Ella le sigue desde la pobreza del pesebre hasta el martirio de la Cruz, repitiéndose en su espíritu cuantos golpes descargan sobre el cuerpo de su divino Hijo, y haciéndose por ello Corredentora de la humanidad. Ahora bien, católicos: si fué Corredentora ¿por qué no ha de ser conglorificada? Si á la pasión de Cristo debía corresponder su Ascensión, según estas palabras de San Lucas (XXIV, 26): *Hœc oportuit pati Christum; et ita intrare in gloriam suam* ¿por qué á la compasión de María no ha de corresponderle su Asunción? ¡Ah! La que siguió al Redentor desde la pobreza del pesebre hasta los tormentos de la Cruz, justo es que le siga desde la incorruptibilidad del sepulcro hasta la exaltación de la gloria. La que bajó con Él desde la incomparable altura de su inocencia hasta la ignominia del patíbulo, como Él debe subir desde la resurrección triunfante de la tierrra hasta la coronación gloriosa en los cielos: *veni sponsa mea, veni coronaberis.*

Queda, pues, demostrado, Ilustrísimo Señor, que la Asunción de María corresponde admirablemente á todos los misterios de su vida: veámos ahora cómo corresponde también á todas sus gracias.

Entre la gracia y la gloria hay una relación tan estrecha, que, como dice un célebre apologista moderno, la gracia es una gloria comenzada, y la gloria es una gracia consumada: ó de otra manera, la gracia es el principio de la gloria, y la gloria es el término, el fin de la gracia. Es decir, católicos, que la gracia es aquel medio sobrenatural, aquel elemento verdaderamente divino, que levanta nuestra naturaleza sobre su orden, poniéndola á nivel de la gloria, que es nuestro destino: y debiendo ser los fines proporcionados á los medios, tanta y de tal naturaleza será la gloria de una criatura, como sean las gracias que la adornen. Ahora bien, señores: ¿quién

duda que las gracias de María superan á la de todos los santos y á las de todos los ángeles? Ella tuvo el singular privilegio de ser ya concebida en gracia y de recibir este don, desde el primer instante de su ser, en un grado tan eminente, cual correspondía á la altísima é incomparable dignidad de Madre de Dios, que había de desempeñar. Ella tuvo el privilegio igualmente extraordinario de evitar hasta el más mínimo defecto en su cooperación incesante á la divina gracia. Ella la acrecentó con su inimitable fidelidad hasta tal punto, que el Ángel la saludó llena de gracia. Ella, en fin, alcanzó la gracia de las gracias, la gracia suprema de concebir en su casto seno al mismo Autor de la gracia, de ser Madre de la gracia.

Decidme ahora, amados oyentes: si tanta gracia distinguió la vida de Nuestra Señora de la de todos los hombres y la de todos los ángeles, ¿cuál será la que distinga su muerte y su gloria de la muerte de todos los hombres y de la gloria de todos los bienaventurados? No puede ser otra que la que resplandece en el misterio de su Asunción. La que vivió sin pecado, debe morir sin remordimiento: la que vivió sin dudas de su santidad, debió morir sin inquietudes por su salvación: la que vivió sin los defectos y flaquezas del alma pecadora, debió morir sin los dolores y agonías del cuerpo inficionado: la que vivió constantemente del amor divino, debía morirse también de amor. Sí, católicos: el amor, y no la muerte, fué quien separó el alma del cuerpo de la Santísima Virgen: *quia amore langueo:* (Cant. II, 5). Aquel amor de María hácia su Dios, tan vigoroso en su principio que le atrajo hasta hacerse Hijo suyo, acrecentado de una manera prodigiosa por la operación del Espíritu-Santo y consumado por toda una vida de fidelidad y de martirio; aquel amor de la Hija más digna, de la Esposa más tierna, y de la Madre más cariñosa, el más espiritual, el más santo, el más divino, y por consiguiente, el más poderoso de todos los amores, al llegar á su colmo, debió romper los lazos que le separaban de su supremo objeto, y arrebatar la Hija hacia el Padre, la Esposa hacia el Esposo, y la Madre hacia el Hijo, con todo el peso de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

Por otra parte; la que fué prevenida por la gracia á su entrada en el mundo, debe ser prevenida por la gloria á su salida del mismo: la que subió á la alta dignidad de Reina y Madre de la gracia, durante su vida, justo es que suba á ocupar el trono de Reina y Madre de la gloria después de su muerte: la que tanto ardía en el

fuego del amor divino, como indican estas palabras: *ite nuntiate dilecto meo quia amore langueo*, id, anunciad á mi Hijo muy amado que languidezco de amor; justo es que sea correspondida por su divino Esposo con este tierno y eficaz llamamiento: *Veni de Libano, sponsa mea; veni de Libano, veni, coronaberis:* Ven, del Líbano, esposa mía, ven del Líbano; sube y serás coronada.

Por último, señores; todos los triunfos de la Santísima Virgen reclaman también el triunfo de su Asunción. Toda la vida de esta Señora es una serie no interrumpida de maravillosas victorias, debidas á los extraordinarios carismas con que la enriqueció el Altísimo. Heroina de origen, por la gracia de Dios, inició su mortal existencia con el triunfo más sorprendente que habían presenciado las generaciones, con el triunfo del pecado, por su Concepción Inmaculada: y después triunfa del mundo por el inexorable desprecio de sus atractivos: triunfa del infierno, por el divino fruto de sus entrañas: triunfa de la carne, por su perpétua virginidad y su angelical pureza: triunfa de sí misma por su abnegación heróica: y vence á la naturaleza en hermosura, á los heroes en valor, á los sabios en sabiduría, á los confesores en fé, á los mártires en paciencia y á los espíritus celestiales en inteligencia y amor. Y después de tantos triunfos y después de tantas victorias ¿había de sucumbir ante el último baluarte de su debilitado enemigo? Tan gloriosos trofeos y tan brillantes timbres ¿sólo habían de servir para honrar la güadaña de la muerte y la obscuridad del sepulcro? ¡Ah! no, amados oyentes; la que entró venciendo en la debilidad de su infancia, no puede salir vencida en la fuerza de su espiritual desarrollo; la que triunfó de la causa, tiene que triunfar de los efectos; la que aplastó la cabeza del infernal coloso cuando estaba en el apogeo de su imperio, mejor podrá derrotarle cuando ya está rendido por los victoriosos golpes de la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso la Virgen María, después de haber triunfado en su vida del pecado, del mundo y del infierno, triunfa también en su muerte del temor, del dolor, de la incertidumbre y de la corrupción, que son las consecuencias del pecado, las obras del infierno y los premios del mundo. Por eso, después de haber vencido á todas las criaturas, es hoy aclamada por todas Reina y Emperatriz del Universo. La aclama la tierra, que no puede sujetarla en su seno ni impedir su triunfante resurrección. La aclaman los aires, que se ven vencidos en agilidad y sutileza. La

aclama la luna que se pone bajo sus planetas, y el sol que la sirve de vestidura y las estrellas que la sirven de corona: (Apoc. XII, 1.) La aclaman todos los Santos y los Angeles que salen á recibirla, y admirados de tanta santidad y de pureza tanta preguntan llenos de asombro. *¿Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?* ¿Quién es esta, que camina como la aurora, bella como la luna, radiante como el sol, poderosa como un ejército formado en batalla? La aclama su divino Hijo, que sale al encuentro de su amada, y la conduce por toda la mansión de los bienaventurados y por medio de los coros angélicos, á quienes deslumbran los vivos resplandores de su gloria, hasta llegar al trono del mismo Dios. Y por fin es coronada por la Trinidad Augusta, suministrándole el Padre su poder, el Hijo su sabiduría y el Espíritu Santo su amor.

Católicos: está acabada la gran figura de la Madre de Dios y de los hombres: está puesto el último anillo que enlaza y corona la triple cadena de sus misterios, de sus gracias y de sus triunfos, está por lo mismo evidenciada la relación que tienen todos estos elementos de su vida con la Asunción que la corona. Ahora me ocurre preguntaros: ¿Qué entendimiento, por exigente que sea, no queda satisfecho, y qué corazón por indiferente que sea, no se vé cautivado ante tan admirables conciertos y tan bellas harmonías, como se descubren en la doctrina católica? ¡Ah! Son los conciertos y las armonías de la verdad, que no puede contradecirse. Pues afirmémonos en ella, señores, en vez de consentir que se debilite nuestra fé.

Ya está en el Cielo, al lado del mismo Dios, nuestra Abogada, nuestra Reina y nuestra Madre; llena de poder para derrotar á nuestros enemigos, llena de sabiduría para iluminar nuestras inteligencias y llena de amor para inflamar nuestros corazones: pues acudamos llenos de confianza á su poderosa intercesión: seamos aquí sus fieles súbditos é hijos en la virtud, y ella hará que seamos también súbditos é hijos suyos en la gloria que á todos deseo.

AMÉN.

SAN JOSÉ

COMO PATRONO DE LOS NIÑOS ASOCIADOS Á LA CATEQUESIS

Ite ad Joseph: et quidquid ipse vobis dixerit, facite.

Id á José; y haced todo lo que él os dijere.

Gen. XLI, 55.

MIS QUERIDOS JÓVENES:

GRAN honra me habeis dispensado al acordaros de mí para que hoy os dirija la palabra. Porque hablaros á vosotros es hablar á la inocencia: sí, yo os creo inocentes; y hablar á la inocencia, es prestar aire á una respiración que lo restituye dulcemente embalsamado; es reflejar la luz sobre un lienzo que la devuelve embellecida con los colores y el encanto de una peregrina imagen; es regar una flor, que con su aroma, frescura y delicados matices, remunera con usuras al solícito jardinero. Lo peor es, que vosotros necesitábais en este momento un pintor, un poeta, un apóstol; y yo no soy ni apóstol, ni pintor, ni poeta. Sí, vosotros necesitábais un pintor, que os dibujase la gran figura de San José, con toda la suavidad de su colorido, con toda la expresión de su fisonomía, con toda la exactitud de sus contornos, con todo el atractivo de su candidez y con toda la gracia de sus movimientos; para que, fuertemente impresionada vuestra juvenil fantasía y heridas también las fibras de vuestro corazón, se inflamase el amoroso fluído que en él se anida, haciéndoos amantes apasionados y entu-

siastas de vuestro excelso Patrono. Vosotros necesitábais un poeta, que, pulsando con inspirado arte la lira del sentimiento, os hiciese oir uno por uno los puros, delicados, sublimes y harmoniosos afectos que ondeaban en aquella alma bendita, como ondean los rizos formados por la brisa en un manso y cristalino lago; para que, cautivados por tanta dulzura, tanto cariño, tanta generosidad, tanta fortaleza y tanta calma, aún en medio de las mayores tormentas, pusiérais todas vuestras aspiraciones tan altas como él las puso. Vosotros necesitábais un apóstol, que, copiando en su espíritu el ardiente celo de aquel Santo Patriarca, derritiese vuestras voluntades en el fuego de la caridad divina, soldándolas, por decirlo así, con la voluntad de San José, para que sólo amárais lo que él amó, y sólo aborreciérais lo que él aborreció, y sólo siguiérais como él siguió los caminos de la verdad y la justicia.

Mas, aunque desprovisto de aquellas dotes, emprendo gustoso la tarea de publicar las glorias de vuestro excelso Patrono, en la confianza de que él suplirá lo que á mí me falta.

Mucho, muchísimo es lo que hay que decir en honra y gloria de San José: el campo de sus triunfos y laureles es tan grande como el campo de sus combates, abarca nada menos que la triple esfera del celibato, del matrimonio y de la paternidad. Pero yo he de considerarle únicamente con relación á vosotros: y vosotros me pareceis como tiernas plantas llenas de savia, de vigor y de vida, ansiosas de recibir el sol de la primavera, para brotar en múltiples y variadas flores, feliz presagio de ópimos y sazonados frutos. Mas es de advertir que, así como en el orden físico hay primaveras que se parecen mucho á los inviernos, así también en el orden moral hay juventudes que llevan consigo el triste aspecto de la vejez: plantas que se deshojan sin haber dado ni flores ni frutos. Y todo, por haberles faltado aquel suave temperamento de luz, de calor y de humedad, que cuadra tan bien á las estaciones intermedias.

Hé aquí por qué me ha parecido oportuno desarrollar hoy ante vosotros la siguiente proposición: «San José, como custodio de Jesús, tiene los mejores títulos para proporcionaros la más risueña primavera de la vida.»

Imploremos antes los auxilios de la divina gracia, poniendo por intercesores al mismo patriarca San José y á su inmaculada esposa la Santísima Virgen, á quien saludaremos con el Ángel: Ave María.

Ite ad Joseph: et quidquid ipse vobis dixerit, facite.
Gen. XLI, 55.

QUEDA insinuado que las mejores primaveras son debidas á la proporcionada influencia de la luz, el calor y la humedad.

Empezando por la luz, es sabido que las plantas la buscan como los peces el agua, como las aves el aire: ved cómo inclinan hácia ella los árboles sus ramas y las flores sus corolas. No es extraño; á ella deben gran parte de su vida y todo el esplendor de su hermosura; mientras que en la obscuridad y en la sombra solo encuentran la anemia, la esterilidad y la muerte. Y, por el contrario, someter las plantas en su evolución primaveral á la intensidad luminosa del estío, es confundir las condiciones de la florescencia con las condiciones de la fructificación: es sofocar la bellísima suavidad y ligereza de la aurora con los pesados resplandores del mediodía.

Ahora bien: el sol que preside á la vida humana, á la vida racional, es nuestra inteligencia; el único factor de la luz es la verdad, el movimiento de la verdad; como el único factor de la luz física, según la ciencia, es el movimiento del éter. Y la verdad en el hombre, la verdad subjetiva ó lógica, se mueve en la inmensa órbita del ser: *objectum intellectus est ens;* y al recorrer esta órbita gradual

y sucesivamente, va desplegando ante los ojos de nuestro espíritu el gran panorama del universo, cuyos diferentes y arrobadores cuadros están representados por otras tantas ciencias: y mientras arde aquella luz en la cima de nuestras facultades, es de día para nuestra alma y aparecen claros y distintos los caminos de nuestra perfección. Pero ¡ay! si llega á apagarse esa luz al soplo del error: entonces las más negras sombras cubrirán todos los horizontes de nuestra vida, despojándolos de todo verdor, de toda lozanía, de todo colorido y de todo encanto, y convirtiéndolos en mustios y solitarios desiertos. También será una desgracia, que, olvidándose de las conveniencias de la edad, se proyecten sobre la inteligencia de un niño esos grandes y heterogéneos focos de luz científica, que se llaman estudios enciclopédicos, y que sólo sirven para abrumarla, confundirla y cegarla, como abruma, confunde y ciega la deslumbrante madeja de los rayos solares al ojo que los recibe directamente.

Esta es vuestra situación, mis queridos jóvenes: necesitais la luz de la verdad, pero también necesitais defenderos contra la exhuberancia de esa luz. Os corresponde, como si dijéramos, la verdad en flor: y la verdad en flor está en los primeros principios y elementos de la ciencia, bajo el aspecto de las primeras y más lozanas expansiones de su incalculable fecundidad. Y ante todo y sobre todo, es necesario que broten, que florezcan en vuestra mente las verdades de la fé, los primeros principios de la religión y la moral, que deben estar sembrados y arraigados en vuestras almas desde la tierna infancia; porque éstos afectan á la parte más noble, elevada y urgente de vuestra vida, que es la que mira á Dios y á la eternidad. *Quærite primum regnum Dei.* Al amparo y estímulo de esta brillante y soberana florescencia, seguirá dócil y espontánea la de los principios y elementos científicos, que merezcan la predilección de vuestro estudio: *Cætera autem adjicientur vobis.*

Y ¿cómo alcanzar ese temperamento luminoso adecuado á vuestra primavera intelectual? *Ite ad Joseph*, os diré, como en otro tiempo dijo Faraón á su pueblo, refiriéndose al José hijo de Jacob; id á José, el esposo de María y haced cuanto él os mandare. En efecto, hermanos mios: San José, como custodio de Jesús, como representante nada menos que del Padre celestial al lado de Jesús, tuvo el inefable consuelo de ver y seguir con sus propios ojos todas las fases de la adolescencia y la juventud del divino Salvador;

tuvo la incomparable dicha de recrear su alma y sus sentidos con el arrobador espectáculo de aquella eflorescencia grandiosa y sublime, que reunía en un sólo campo, en el campo de un sólo individuo, lo más puro, selecto, peregrino y hermoso de las flores de todas las zonas: tuvo, en fin, la ocasión envidiable de conocer, estudiar y hasta de contribuir, en cierto modo, al más perfecto y acabado modelo de la primavera de la vida humana. Acudid, pues, á José: y él os dirá, que aquella tan pintoresca primavera debíase en primer término, á la luz de la verdad, que brillaba sin interrupción en la mente del divino Joven, que jamás por nada ni por nadie, transigía con las sombras del error; que obraba sin competencia y sin obstáculo sobre todos los elementos vitales, protegiendo su vigor y esmaltando sus productos. Preguntad á José; y él os dirá que aquella luz, es decir, la ciencia de Jesús, hizo en el templo, á los doce años de edad, su primera exhibición pública, oyendo y respondiendo á los doctores de la ley; enseñándonos con ésto á consagrar al Señor las primicias de nuestro entendimiento, y á fomentar preferentemente con nuestro estudio la florescencia de las ideas morales y religiosas. Él os dirá también que el alma de aquel milagroso y adorable Joven, sin embargo de poseer desde su origen la plenitud de la ciencia beata é infusa, y no ser susceptible de incremento sinó en cuanto á la ciencia experimental ó adquirida, como enseña Santo Tomás, sólo gradual y paulatinamente (*paulatim*, poco á poco, dice el angélico Doctor) fué adquiriendo ésta y manifestando aquellas, acomodando lo uno y lo otro al desarrollo de la edad. *Et Jesus proficiebat sapientia et ætate*, dice el Evangelio. Así templaba el Niño Jesús los ardientes rayos de su prodigiosa inteligencia, para no incurrir en el lamentable anacronismo de dar á la edad florida lo que sólo es propio de la edad madura.

Acudid, pues, mis queridos jóvenes á la protección de San José: y él, con estas lecciones aprendidas en el ejemplo del Salvador y con el valimiento que le conceden los derechos de padre y la vigilancia de custodio, que tan exquisitamente desempeñó á su lado, os alcanzará, no lo dudeis, os alcanzará la gracia de encontrar esa luz creciente y proporcionada de la verdad, que conserve vuestro entendimiento tan ajeno á las tinieblas del error como á las intemperancias de la ciencia: y veréis como así vuestros principios florecen, y sus flores se matizan, y sus matices os encantan, ponien-

do á los labios de vuestro corazón la primera copa de las más puras delicias primaverales.

Otro elemento esencial á la primavera es el calor, y el calor templado. El desempeña un papel muy principal en la germinación de las semillas, en el crecimiento de las plantas, en la expansión de las yemas y en la fecundación de las flores. Los frios de Enero, en el Abril y Mayo de nuestros climas, pesarían como atmósfera de plomo sobre la vegetación en todas sus fases: y, á su vez, los exagerados ardores del estío, con su ruidoso acompañamiento de pedriscos, de truenos y de rayos, obrarían como iracundos invasores en extraño é indefenso territorio.

Pues lo que el calor hace en la vida física hácelo en la vida racional el amor. Este es el poderoso agente que anima, desarrolla, eleva y dilata los preciosos gérmenes de nuestro espíritu. El amor á la verdad desarrolla los gérmenes intelectivos, enriqueciendo nuestra razón con las flores y los frutos de la ciencia, y formando esos gigantes de la humanidad que se llaman sabios. El amor al bien honesto, que es el verdadero bien, desarrolla los gérmenes de la virtud, que hacen de nuestra voluntad un amenísimo jardín, donde campean esas flores místicas, de aromas y matices celestiales, que se llaman humildad, modestia, templanza, castidad, resignación, fortaleza, caridad... y que prestan á nuestra vida un aspecto de la vida de los ángeles, un simulacro de la vida del cielo. El amor á la belleza, á la verdadera belleza, desarrolla los gérmenes de nuestros afectos, dándoles impulso, aspiración y vuelo, para remontarse á las regiones de la hermosura suprasensible, espiritual y divina, y para no ver en las bellezas sensibles más que otros tantos espejos, encargados de reflejar ante los ojos de nuestra alma la soberana imagen de Dios: *Nunc videmus per speculum;* ú otras tantas vibraciones, destinadas á reflejar en los oidos de nuestra alma las inefables harmonías de Dios: bien así como los retratos no tienen más objeto que conservar la memoria del original, y los sonidos de los instrumentos músicos el de trasladarnos en alas de sus acordes al ideal concebido en el pensamiento del artista. Sustituid este calor espiritual por el frío de la indiferencia, por una glacial apatía; y todos aquellos gérmenes quedarán estacionados ó muertos, y, en lugar de una floreciente primavera, sólo contemplarán los ojos de vuestra conciencia la desierta y angustiosa aridez de las regiones polares. Dejad que el volcánico ardor

de las pasiones desordenadas invada los dominios de vuestras nobilísimas potencias; y llevareis en vosotros mismos la desconsoladora imagen de un campo arrasado por furiosa tempestad.

¿Queréis libraros de estos dos tan formidables escollos, y posesionaros de todos los encantos que lleva consigo la perspectiva anterior? *Ite ad Joseph*: id á José; sed fieles devotos de San José, y haced cuanto él os inspire. Él os dirá que el amor era la nota dominante en el majestuoso concierto de la vida de Jesús; pero no un amor bajo, rastrero y satisfecho con la bondad de las criaturas, sinó puro, elevado y resuelto, que no se detiene hasta tocar con el bien infinito, con el trono del Padre celestial; amando sí á los espíritus creados, pero sólo por Dios y en orden á Dios: amando también las cosas sensibles, pero sólo por el espíritu y en orden al espíritu. Tal es la expresiva y trascendental enseñanza que encierra la contestación dada á su Santísima Madre, cuando ésta y San José le encontraron en el templo en medio de los Doctores: *¿Quid est quod me quœrebatis? ¿Nesciebatis quia in his quæ Patris mei sunt oportet me esse?* ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar? (Luc. II, 49). Hé aquí la norma, el objeto supremo del amor de Jesús, y que debe serlo de todos los hombres: ante todo y sobre todo el Padre celestial, el bien infinito, Dios; y los padres terrenos y todas las criaturas, sólo por lo que tienen de Dios, es decir, sólo por lo que imitan las perfecciones divinas. Y, como las ideas, los afectos y las obras suben tanto como el amor, hasta al cielo crecen y al trono de Dios llegan las ideas, los afectos y las obras del Niño Jesús: y su alma es un vergel de las más eminentes virtudes, de virtudes supra-angélicas; y su corazón es un tesoro de los más bellos afectos, de afectos supra seráficos; y su conciencia es un dichoso y tranquilo espectador de vejetación tan lozana y de frondosidad tan espléndida; y toda esta esplendidez, frondosidad y lozanía tiene por teatro la humilde casa de Nazaret, y por testigos privilegiados, inmediatos y constantes, á José y María.

Ite ad Joseph: id á José, mis queridos jóvenes, y él os dirá, que así como se abren las flores del campo al calor del sol, así se abrían al amor de Jesús otras flores de superior hermosura y de más delicioso aroma, bajo las formas de una obediencia siempre risueña, de una laboriosidad siempre gustosa, de una discreción siempre admirable, de unas palabras siempre luminosas, de unas acciones

siempre santas, de unos coloquios siempre edificantes, de un trato siempre cariñoso y de una paz siempre dulce y siempre inalterable. Él os dirá que estas flores, no sólo eran la alegría, el encanto, la admiración y la felicidad de sus padres, sinó que, por reflexión, hacían brotar en sus propias almas otras flores parecidas, haciéndoles así participar más inmediatamente del arrobador espectáculo en que se complacía su adorado Hijo. Y todo ésto sin eclipsarse, ni interrumpirse, ni retroceder jamás; antes bien, siempre aumentando y siempre creciendo en sus manifestaciones, como aumenta y crece el calor del sol á medida que avanza en su carrera. *Ite ad Joseph;* id, pues, á José, uniros á José, mis queridos jóvenes; y él os alcanzará una parte de aquel amor puro, elevado y verdaderamente fecundo, que informaba la vida del joven Jesús y el único que puede libraros de la indiferencia que hiela, y de las pasiones que corrompen.

Mas, con ser la luz y el calor dos factores tan importantes de la vejetación, poco ó nada podrían hacer sin el concurso de la humedad. El agua, disolviendo una gran parte de las substancias minerales, es la que ofrece los elementos nutritivos á los órganos absorbentes de las plantas; es el substancioso líquido, que el seno de la madre tierra con su atmósfera suministra á sus vivientes hijos. Su defecto produce el desmayo, propio de la debilidad, y hasta la palidez característica de la muerte; pero también son harto sensibles y notorios los estragos que acarrea su descomunal abundancia.

Pues, como el alimento de los vegetales está en el agua, el alimento de nuestra vida espiritual, de nuestra vida cristiana, está en la gracia, en la divina gracia, sin la cual poco ó nada podrían hacer ni la luz del entendimiento ni el calor de la voluntad: poco en el orden natural, y nada en el orden sobrenatural: *sine me nihil potestis facere.* La gracia, mis amados jóvenes, la divina gracia es el rocío, es la lluvia celestial, que cayendo sobre nuestras almas, engendra y nutre la fé, principio y raiz de nuestra justificación, base y fundamento del suntuoso edificio de la santidad, que debe erigirse en nuestras almas para templo del mismo Dios: *templum Dei estis.* La gracia, la divina gracia, es la misteriosa y fecunda savia, que hace de aquella raiz el robusto tronco de la caridad, y de este tronco las frondosas ramas de las virtudes, y de estas ramas las flores y los frutos de nuestros más nobles y gloriosos actos así

morales como científicos y estéticos. La divina gracia es un principio vital de superior jerarquía que, ayudando eficacísimamente á la luz de vuestro entendimiento y al calor de vuestra voluntad, para la florescencia natural, los eleva y transforma al propio tiempo, para comunicar á dicha florescencia esplendores celestiales, matices divinos y mérito eterno. Aquí no es de temer el exceso, porque la distribución de la gracia depende inmediatamente de las manos de Dios, que siempre la reparte con número, peso y medida: *cujus est gratiam mensurare*; como dice Santo Tomás (Sum. p. 3.ª q. VII, a. XI.) Pero su defecto ¡ay! hermanos míos, el defecto de la gracia, la falta de la divina gracia, no sólo acusa debilidad, palidéz, abatimiento y tristeza en la vegetación natural de nuestras facultades, sinó, lo que es peor, infinitamente peor, acusa también la muerte sobrenatural del alma. El pecado, mis amados jóvenes, el pecado es el pernicioso y desvastador aluvión, que apaga los esplendores celestiales, y borra los matices divinos, y quita el mérito eterno, que constituyen la vida sobrenatural; y arrastra la capa vegetal de la gracia santificante, dejando al descubierto las raices de la fé, con peligro de que ésta también se seque y perezca.

Pues bien, mis queridos jóvenes, para sustraeros á esta incalificable desventura y completar todos los atractivos de vuestra juvenil primaverá con el jugo de la divina gracia, *ite ad Joseph*, acudid á José. Él presenció los maravillosos efectos de la gracia en la adolescencia y juventud de aquel adorable Niño, que en depósito le confiara el Eterno Padre: *et Christi custos à Deo inmortali positus est*, dice San Isidoro. Él os podrá decir cómo en aquella vida tan sobremanera floreciente, circulaba é influía la plenitud de la gracia, desde lo más hondo de sus raices hasta lo más alto de sus ramas, desde lo más íntimo de su alma y sus potencias hasta los últimos detalles de sus obras y palabras, de sus gestos y movimientos, sin dejar entrada por ninguna parte, no digo al pecado, pero ni siquiera á las más leves imperfecciones. También os dirá que él, como depositario de Jesús, éralo asimismo del tesoro de la gracia que habitaba en Jesús, y del cual participó en grado eminente, como asegura San Bernardino de Sena: *Josephus cohabitando cum Jesu admirandas gratias et virtutes accepit.* ¿Quién, pues, mejor que él para haceros participantes de aquel tesoro y surtir vuestra vida de la más rica y fecunda savia?

Ite ad Joseph, id pues á José, mis queridos jóvenes: él aprendió muy bien en la vida de su sagrado depósito y grabó en su mente el prototipo de la juventud, el verdadero ideal de la primavera de la vida: puede, por consiguiente enseñároslo con todos sus rasgos, con toda su corrección, con todo su colorido y con todos sus primores. Uníos á él con vuestra inteligencia, estudiadle: que él os proporcionará la luz conveniente para dirigir y embellecer vuestra vida. Uníos á él con vuestra voluntad, queredle; que él os proporcionará el calor suficiente para fecundar vuestra vida. Uníos á él con vuestro corazón, admiradle; que él os alcanzará la gracia conveniente para nutrir y acrecentar vuestra vida. Seamos todos, amados oyentes mios, seamos todos fervientes devotos del gran Patriarca San José; que todos necesitamos la luz de la verdad, el calor de la virtud y la savia de la divina gracia, para conservar y fortalecer nuestra vida espiritual, para dar flores y frutos de salvación, y merecer con ellos asociarnos un día con tan excelso Patrono en las eternas mansiones de la gloria, que á todos deseo.

AMÉN.

SAN AGUSTÍN [1]

In Deo salutare meum, et gloria mea.
En Dios está mi salud y mi gloria.
Ps. LXI, 8.

Me encuentro, señores, en la cima de una montaña y á la orilla de una fuente. Mirando á la izquierda, no veo más que sombra, cenagosidad y aridez: la sombra que proyecta la montaña por el lado opuesto al sol; la cenagosidad que un suelo inmundo y agitado comunica á las aguas de la fuente que corren por esta parte, y la aridez y esterilidad consiguientes á la falta de calor y de riego saludable. Mirando á la derecha, cambia el paisaje por completo: todo es claridad, animación y vida; trasparencia, riqueza y hermosura: la claridad, animación y vida que presta el sol á las vertientes que le dan la cara; la trasparencia, que un lecho cristalino y puro trasmite á las aguas que por él se deslizan; y la riqueza y hermosura que lucen los buenos campos, favorecidos por el calor y la lluvia.

(1) Sermón predicado en la iglesia de las RR. Agustinas Recoletas de esta ciudad, al celebrarse el último Centenario de la Conversión del hijo de Santa Mónica.

¿Sabéis cuáles son aquella cima y aquella fuente, donde me ha constituido el poder de la fantasía? Pues no son otra cosa que el momento histórico, el gran momento histórico de la Conversión de San Agustín, y la eminente fecundidad de sus naturales disposiciones. La izquierda representa la época de su vida anterior á la Conversión: vida sombría, porque tenía las espaldas vueltas al Sol de justicia (1): vida cenagosa, porque las aguas de sus privilegiadas potencias corrían por el inmundo y deleznable campo de los errores maniqueos y de la concupiscencia de la carne; y vida triste, árida y esteril, porque no la fecundaban el calor de la caridad y el rocío de la gracia. La derecha representa todo el resto de su vida, á partir desde su maravillosa Conversión: vida llena de claridad y animación, porque recibía de frente los rayos del Sol divino: vida trasparente y pura, porque se deslizaba sobre el diamantino cauce de la fé y de la moral católicas, y vida fertil, rica y hermosa, porque se prestaba á la virtud fecundante del amor divino y á la vital influencia de las inspiraciones celestiales.

Asunto es éste, hermanos mios, de capital importancia y de proporciones gigantescas: en prueba de ello ahí está ese religioso y universal entusiasmo, con que lo celebra el mundo católico. Es un triunfo gloriosísimo de la gracia sobre el pecado, de la verdad sobre el error, del catolicismo sobre la herejía; porque tanto más glorioso es el triunfo cuanto mayor es la talla y el ascendiente del vencido (2); y Agustín tenía la talla y el ascendiente de un genio de primer orden, que prometía engrosar considerablemente las filas de la ciudad de Dios á costa de las filas de sus enemigos.

Hé de confesar, hermanos mios, que ante la grandeza y extensión de este objeto, tuve algunos dias de reflexión, de vacilaciones y de dudas, para escojer aquel aspecto que mejor reflejase la gloria del Santo, la gloria de la Iglesia y la gloria de Dios, á la vez que vuestra propia utilidad. Por fin, he dado la preferencia para tema de mi discurso á la proposición siguiente: «La conversión de San Agustín nos demuestra que el Catolicismo, si bien es la atmósfera más acomodada para la vida de todas las almas, lo es muy especialmente para la vida de los grandes genios.»

(1) Confes. lib IV. cap. XVI. Edic. Castell. Madrid, 1824.

(2) Confes. lib. VIII, cap. 4. «Porque más vencido queda el enemigo del género humano, cuando se le quita uno á quien tenía muy poseido y por quien poseía muchos más.»

El asunto es vasto, grandioso, importantísimo; pero también es muy superior á las fuerzas del que se atreve en este momento á echarlo sobre sus hombros. Por eso reclamo de todas veras la piadosa cooperación de vuestras oraciones. Ayudadme á implorar los auxilios de aquella luz soberana, que tan generosa fué con el héroe de esta solemnidad; y al efecto solicitemos con verdadero espíritu la poderosa intercesión de la Santísima Virgen, saludándola con las palabras del Ángel: Ave-María.

In Deo salutare meum et gloria mea.
Ps. LXI, 8.

Ilustrísimo Señor:

Se ha dicho que la poesía consiste en pensar alto, sentir hondo y hablar claro. Yo creo que esta definición, más que á la poesía, conviene al genio, autor de la poesía y del arte, origen de todo lo grande y sublime. Le conviene el pensar alto; porque el genio representa las primeras y más elevadas categorías de las inteligencias creadas; y estas son, como enseña Santo Tomás, las que más se acercan á la inteligencia infinita, las que más participan de la unidad y la infinidad de la razón divina, las que con menos ideas y menos trabajo comprenden más cosas y dominan más horizontes: son las águilas del firmamento científico, que se colocan de un vuelo sobre los puntos capitales de las cuestiones, sobre la cima de los grandes problemas; y desde allí todo lo ven, todo lo penetran y todo lo resuelven. Le conviene el sentir hondo; porque el sentimiento, señores, es el eco de la idea, es la respuesta del corazón á los toques del pensamiento, es la harmonía que resuena en el fondo del alma, según las notas que van desarrollándose en el libro de la razón; y ya sabeis que cuanto más altas son las notas, más profundamente hay que herir los instrumentos. Por eso, á las grandes y elevadas convicciones científicas

ó morales, religiosas ó políticas, corresponden ordinariamente profundas y arraigadas simpatías á los respectivos ideales. *Rara vez*, dice el insigne Balmes, *rara vez hay mucha elevación en las ideas, sin que de ella participen los sentimientos.* Le conviene también el hablar claro; porque los genios no son para sí solos, son además y principalmente para sus semejantes; son los caudillos encargados de guiar á las capacidades inferiores por los difíciles senderos de la vida: son las estrellas de primera magnitud, providencialmente distribuidas en el tiempo y el espacio, para dar luz, calor y vida á todas las esferas del perfeccionamiento social; y nada más propio de las estrellas que la claridad de sus radiantes emisiones: por lo mismo nada más propio de los genios, que la claridad de su eminente magisterio. Luego el genio necesita una atmósfera de verdad muy alta, para remontar el vuelo de sus ideas; un mar de simpatías muy profundo, para nutrir y desarrollar sus afectos, y un medio de comunicación muy trasparente, para facilitar y extender la propagación de sus luces.

Que Agustín poseía en alto grado aquellas tres condiciones, y que era por consiguiente un genio de primer orden, no ofrece la menor duda; y creo que estará en la conciencia de todos vosotros, con sólo haber parado mientes en esa brillante y gloriosa aureola de que viene rodeado su santo nombre, á través de todos los siglos y de todos los pueblos.

La extraordinaria elevación de su inteligencia muéstrase desde los primeros pasos de su carrera científica. Empieza el estudio de humanidades; y, á pesar de su aplicación escasa y de la repugnancia que le inspiraban las reglas gramaticales, (1) descuella sobre todos y pónese bien pronto en disposición de comprender y saborear todas las bellezas de los clásicos griegos y latinos. Trasládase á Cartago para continuar sus estudios, y conquista desde luego el puesto primero y principal entre todos los discípulos (2). Llega á sus manos el libro de las categorías ó predicamentos de Aristóteles, es decir, de los más altos y difíciles conceptos de la ideología pura; y lo estudia y lo comprende por sí sólo sin explicación de nadie, mucho mejor que los más aventajados entre el resto de los jóvenes, después de oir á muy peritos y acreditados maestros (3) Dedícase

(1) Conf. lib. I, cap. X.
(2) Id. lib. III, cap. III.
(3) Id. lib. IV, cap. XVI.

á las artes liberales, y obtiene el mismo resultado, hasta el punto de decir él mismo en sus humildes, sinceras y verídicas confesiones: «Bien sabeis, Dios mío, que sin dificultad y sin que hombre alguno me enseñase, entendí *cuanto andaba escrito* de retórica, de lógica, de geometría, de música y aritmética» (1). Sube de la región del arte á la región de la ciencia: aplica su poderoso ingenio á las cuestiones filosóficas: y su triunfo en tan áridas y abstrusas materias fué tan completo, que pudo decir las siguientes palabras: «Y como yo había leido muchas obras de filósofos y las conservaba en la memoria...» (2) Preso desde los 19 años en las mortíferas redes del maniqueismo, ocurríanle muchas dudas y dificultades, que ninguno de sus correligionarios de Cartago sabía resolverle. Anúnciase la venida de un célebre Obispo de la secta llamado Fausto, cuya fama de erudición y elocuencia era universal entre ellos: y todos le prometen que en él encontrará respuestas satisfactorias y completas á todas sus objeciones, por difíciles que fuesen. Llega el famoso y deseado Obispo, y á la primera conferencia que tuvo con Agustín, vióse precisado á confesar su ignorancia y declararse humilde discípulo, ante la inmensa superioridad intelectual y científica del joven de Tagaste.

Si tan alto rayaba en el pensar, tampoco era de bronce en el sentir. Leía los libros de los poetas, y el sentimiento de lo bello y lo sublime inflamaba su ardiente corazón; y sus emociones seguían paso á paso el desarrollo del asunto y la lucha de los caracteres: y lloraba la desgracia de Dido, y aseguraba que no toleraría la privación de aquella lectura, porque le privaban de sentir. Componía y leía públicamente sus propias composiciones: y el ruido de los aplausos y la lluvia de las coronas era buena prueba del sentimiento que las inspiraba. Tuvo en Tagaste un amigo muy íntimo; y su muerte le impresionó tanto y trastornó de tal manera todo su ser, que perdió por completo el gusto á la vida, y no halló otro medio de curar tan profunda pena más que dejar á Tagaste y trasladarse á Cartago. Sus sentimientos morales y religiosos anduvieron muy extraviados, es verdad, durante un largo período de su borrascosa juventud; pero en medio de aquel extravío y de aquel desorden, insinuábase un gran fondo, susceptible de grandes harmonías; co-

(1) Conf lib IV, cap. XVI.
(2) Id. lib. V, cap. III.

mo en el confuso y asolador desbordamiento de un río se revela una gran fuerza, capaz, bien dirigida, de imprimir á muchas fábricas fecundo y ordenado movimiento. Él amaba sin orden; pero abrigaba deseos, arranques, aspiraciones sublimes al más ordenado de los amores, que es el amor divino (1); deseos, arranques y aspiraciones que llegaron á la más alta expresión en la última crisis de sus vacilaciones é incertidumbres; en aquella lucha titánica sostenida entre su carne y su espíritu, entre su razón y sus pasiones; en aquella *interior congoja*, en aquella *locura saludable*, en *aquellas ánsias de una muerte que le daba la vida* (2), y cuyo último desenlace describe él mismo con esta magnífica figura: «Luego que por medio de estas profundas reflexiones se conmovió hasta lo más oculto y escondido que había en el fondo de mi corazón, y junta y condensada toda mi miseria, se elevó cual densa nube y se presentó á los ojos de mi alma; se formó en mi interior una tempestad muy grande que venía cargada con una copiosa lluvia de lágrimas... yo fuí y me eché debajo de una higuera, y no sé cómo ni en qué postura me puse, y soltando las riendas á mi llanto, brotaron de mis ojos dos rios de lágrimas que Vos, Señor, recibísteis, como sacrificio que es de vuestro agrado» (3). Señores, si esto no es sentir y sentir muy hondo en el orden moral y religioso, confieso que no sé lo que es sentir.

Conforme con la elevación de su inteligencia y con la profundidad de sus sentimientos fué también la claridad de su palabra. De ello dan fé, por una parte, la fama que adquirió como profesor de Retórica, en Tagaste, Cartago, Roma y Milán (4): por otra, sus aventajados é ilustres discípulos, entre los cuales figuran Licencio y su hermano, hijos de Romaniano, Eulogio que le sucedió en la cátedra de Retórica, y Alipio que llegó á ser Obispo y Santo.

Todo ésto, amados hermanos, todo ésto fué Agustín, antes de entrar en el gremio de la Iglesia Católica. Y este joven de tantas esperanzas, este genio de tantos brios, como al fin era hombre, y como hombre débil, dejóse llevar de la concupiscencia de la carne y de la soberbia de la vida: y estos dos alicientes dieron con él á

(1) Conf. lib. III, cap. IV.

(2) Id lib. VIII, cap. VIII.

(3) Id. íd. íd. cap. XII.

(4) «Los padres por amor á sus hijos no querían que yo me viese libre de la obligación y carga de enseñarlos»: Conf. lib. IX, cap. II.

los 19 años de edad, en la abominable secta de los maniqueos. Y rodaron sus nobilísimas potencias por la escabrosa pendiente del error y del vicio; y gastaba su precioso talento en ejercer y enseñar, como él mismo confiesa (1), el arte de la palabrería, del engaño y del sofisma; y consumía el jugo de su gran corazón en las bellezas ficticias, fabulosas y corruptibles, sin que le impresionaran siquiera las súplicas y las lágrimas de su santa madre; y no dió más frutos, antes de su Conversión, que algunos versos dictados por la vanidad, y dos libros sobre lo *Hermoso* y *Conveniente*, cuya futilidad y escaso mérito no tardó en reconocer su propio autor (2) Todo lo cual no parecerá extraño al que conozca las doctrinas de la secta en que tuvo la desgracia de afiliarse.

Muchos y muy groseros y muy extravagantes son los errores de estos sectarios; pero yo sólo mencionaré los conducentes al objeto de este discurso. Según ellos, hay dos principios contrarios y coeternos de todas las cosas, es decir, dos dioses, uno bueno y otro malo; ambos substancias, y ambos materiales. Las tinieblas son la substancia del principio malo, causa y origen de todos los males; y estos males se reducen á humo, tinieblas, fuego malo, agua mala y viento malo. La substancia del principio bueno es la luz, causa y origen de todos los bienes; y estos bienes se reducen á luz, aire, fuego bueno, agua buena y viento bueno (materialismo puro). La luz corporal, substancia del Dios bueno, penetra y se extiende por todas las cosas lúcidas, entre las cuales figuran nuestras almas, que son partes substanciales de la misma (panteismo). El hombre no debe admitir ni creer más que lo que pueda comprender y demostrar con su razón (racionalismo). De modo que, según esta doctrina, que, como veis, entraña la filiación de los errores modernos más dominantes, todo es materia, todo es sensible, todo es finito: el hombre sólo puede pensar en la materia, sólo puede amar la materia, sólo puede hablar de la materia: el entendimiento y la voluntad, las aspiraciones y los afectos con todos los ideales, quedan encerrados en el bodegón de los sentidos.

Señores: ¿Qué alma, que se tenga por racional, puede acomodarse á tan estrecho molde y resignarse en prisión tan reducida? ¿Qué alma puede vivir sin una atmósfera espiritual de verdad, de

(1) Confes. lib. IV, cap. I y II.
(2) Id. íd. IV, cap. XV.

bien y de belleza; de ideales, aspiraciones y modelos; de virtud, de sacrificio y de mérito; de derecho, deberes y justicia; de culto, religión y providencia; de fé, de inmortalidad y de esperanza; cosas todas inmateriales y suprasensibles? ¿Qué alma no debe aceptar de buen grado, si se le ofrecen, posiciones más altas y medios de observación más potentes, para dominar mejor los horizontes del universo? ¿Quién se queda en las gradas, pudiendo subir hasta el trono? Y, si esto es lógico y natural en todas las almas, ¿cuánto más lo será en el alma de un genio? Por eso el alma de Agustín no encontraba ni podía encontrar posición tranquila en el campo que le ofrecen las doctrinas de Manes, aunque en ellas estuviese afiliado. Por eso le atormentaban dudas crueles y dificultades insolubles; y veíanse oprimidas las alas de su genio bajo aquella balumba de especies materiales y sensibles, único alimento que le proporcionaban los libros de la secta; y forcejeaban por salir á flote de aquel oleaje grosero y nauseabundo, para respirar en más altas regiones el aire puro de la verdad divina y de la inmortal sabiduría: porque «mi sed y hambre, confiesa él mismo, no era de las criaturas, aún las más perfectas, sinó de Vos Dios vivo, de Vos Verdad eterna» (1).

Y estimulado por las congojas y ansiedades de su espíritu, rompe el estrecho círculo de las enseñanzas maniqueas, y arrójase por diferentes caminos en busca de la paz que le robaran los sectarios, como una madre desalada á quien arrebataron su querida hija. Recorre el campo de la filosofía, que desde luego encuentra más fecundo, más provechoso y pintoresco que el de su secta; pero que no le satisface. Vuelve sus ojos hacia las sagradas letras; pero la vanidad y soberbia de que estaba poseido, no le deja penetrar la sublimidad divina de su aparente sencillez. Conversa con algunos católicos, que no le disgustan, pero que tampoco le convencen. Como si quisiera descubrir con el cambio de lugar lo que no encontraba con el cambio de lectura, marcha á Roma y de aquí á Milán; vuelve á consultar á la filosofía por medio de los libros platónicos, que le ayudan á sacudir aquel materialismo que gravitaba sobre su mente. Vuelve á registrar las Santas Escrituras, cuyo sabor divino hiere ya vivamente á su mejorado gusto. Oye á San Ambrosio, cuya persuasiva elocuencia y profunda sabiduría le atraen: sigue oyéndole, y poco á poco vánsele cayendo, como á otro Sáulo, las

(1) Conf. lib. III, cap. VI.

escamas que cubrían los ojos de su inteligencia. Frecuenta cada vez más y con más afición el trato y los sermones del sabio Obispo: percibe cada día mejor el divino aroma que exhala por todas partes el inmenso y florido campo de las Sagradas Escrituras. Empieza á ver claro. El mundo católico se despliega ante los ojos de su espíritu con toda su augusta realidad é incomparable magnificencia. Y ante aquel Dios tan adorable, ante aquella fé tan racional, ante aquellos misterios tan sublimes, ante aquella doctrina tan harmónica, ante aquella moral tan pura, ante aquel amor tan angélico, ante aquel cielo tan alto, ante aquellos astros tan brillantes, ante aquella luz tan espléndida, ante aquellos campos tan fértiles, ante aquellas flores tan bellas, ante aquellos frutos tan dulces, ante aquellos ideales tan excelsos, ríndese, como no podía menos, el gran genio de Agustín, y cantan victoria la verdad y la gracia.

Y lleno de convicción y de entusiasmo, no menos que de gratitud al Padre de las misericordias, exclama profundamente conmovido y hecho un mar de lágrimas: «Señor, aquí, aquí, este es mi puesto: este es el cielo por donde yo quería volar; esta es la atmósfera en donde yo quería vivir; esta es la verdad que perseguía mi entendimiento; esta es la luz que buscaban mis ojos; este es el bien que atraía mi voluntad; este es el amor que anhelaba mi corazón; esta es la libertad que necesitaban mis alas. ¡Loado sea el Señor! Este es mi puesto. Adiós secta maldita, que con palabras de verdad me engañaste, con palabras de bien me corrompiste, con palabras de libertad me esclavizaste, y con palabras de vida me mataste: ya no soy tuyo: quiero ser católico; quiero ser de Dios y todo de Dios. Sí, Dios mío, quiero ser vuestro, absolutamente vuestro; porque sólo Vos podeis iluminar mi entendimiento: sólo Vos podeis aquietar mi voluntad; sólo Vos podeis llenar mi corazón; sólo Vos estais á la altura de mis aspiraciones. Aquí, Señor, aquí; este es mi puesto. Quiero ser todo de Vos: ¿Qué queréis que haga? *In Deo salutare meum et gloria mea*: sólo en Dios está mi salud y mi gloria.»

En efecto, señores: Agustín se convierte; y, como cambia el aspecto de la tierra al volver el sol de la obscura profundidad de los mares á la vista de los continentes, así cambió el aspecto de la vida de Agustín al pasar del dominio de los maniqueos al seno del Catolicismo. Entra en la Iglesia por la puerta del bautismo; empieza á medir con su vista de águila toda la altura, toda la profundidad y toda la extensión de aquel mundo nuevo: vé sobre el campo de

las ciencias la región de los principios que las fecundan; sobre éstos la región más alta de la fé y la palabra divina, que abre nuevos horizontes y derrama nuevas luces sobre la región inferior de los principios y las ciencias racionales; y más arriba, allá en la cumbre de la existencia, divisa la región inaccesible y soberana del primer principio, del principio de los principios, de Dios, de donde parten los dos rayos, el de la fé y el de la ciencia, el de la razón y el de la Revelación; y en torno del cual moran, como ilustres cortesanos, las criaturas más excelsas, los puros y bienaventurados espíritus. Y al ver tan puros, tan sublimes, tan esclarecidos y trasparentes espacios, dice en su interior: álas ¿para qué os quiero?

Y las alas de su genio se despliegan, y sube á la región de los principios, y se posa en los más altos de la filosofía, y desde allí estudia, profundiza y domina al hombre y al mundo en sí mismos, en sus mútuas relaciones y en las que uno y otro tienen con Dios. Y sondea los más hondos misterios de la naturaleza humana; como el mútuo comercio entre el alma y el cuerpo (1), el origen y formación de las ideas, la distinción y el maravilloso alcance de nuestras facultades, el libre albedrío, el origen del mal, el principio y el fin del hombre. Somete al juicio de su elevado criterio á la filosofía pagana, especialmente la de Platón y la de los nuevos académicos; y señala y tritura sus errores, y pone de relieve su inferioridad ante la excelencia de la Filosofía católica. Y como resultado y fruto de sus profundas investigaciones filosóficas, salen de sus manos obras tan notables, como los tres libros contra los académicos, dos del orden, dos de soliloquios y uno de la inmortalidad del alma, que escribió siendo aún catecúmeno; y, después de bautizado, tres del libre albedrío, varios acerca del alma, uno de la mentira y, aparte de otros muchos, los trece de sus magníficas y nunca bien ponderadas Confesiones. Trasládase á los principios de las artes, y, con la vista fija en la eterna é inconmutable hermosura de la Verdad infinita (2), juzga con profundidad y acierto de las bellezas creadas: la Retórica deja de ser el arte de engañar para ser el arte de convencer la verdad y persuadir el bien. La poesía renuncia el exclusivo anhelo de los aplausos y las coronas de los hombres, para adquirir la ambición sublime de las sonrisas y los aplausos de

(1) Confes. lib. VIII, cap. IX.
(2) Id. íd. VII, cap. XVII.

Dios. Los números, que sólo servían para medir la cantidad de la materia, adquieren la misión nobilísima de interpretar el pensamiento divino (1). La música, cuyo repertorio no pasaba de las harmonías de la tierra, se hace partícipe de las harmonías del cielo. Todas las artes y todos los ideales, bajo el católico ingenio de Agustín, salen de la reducida esfera de lo material y sensible, para entrar en la inmensidad inagotable de la belleza espiritual, del ideal infinito, del arte supremo del Criador. Y puede verse la confirmación de todo ésto, en la sólida elocuencia de sus innumerables sermones, en varios pasajes de las Confesiones y de la Ciudad de Dios, en la exposición de los Salmos, y, sobre todo, en los seis libros sobre la música, que escribió antes de bautizarse en la famosa quinta de Casiciaco, y que, con los otros de la misma época mencionados anteriormente, forman, como dice la insigne *Revista Agustiniana* (2), las primicias del ingenio de Agustín convertido.

Pasa de aquí á los principios de la Historia, y bajo el concepto de ciudad comprende la vida y el movimiento de todas las criaturas racionales; abraza en un todo harmónico el origen, progreso y término de las dos compañías ó ciudades, la celestial y la terrena, la del bien y la del mal, la del espíritu y la de la carne. Descubre y aplica las leyes supremas que presiden al principio, engrandecimiento y ruina de los súbditos y los príncipes, de los imperios y las sociedades. Armoniza todos los contrarios dentro del orden universal, bajo la acción trascendente y soberana de la Providencia divina. Y como expresión y síntesis de esta concepción tan vasta y admirable, brota de su genio esa obra colosal, compuesta de veintidos libros y cuyo título es la *Ciudad de Dios*: monumento asombroso de la verdadera sabiduría, en el que no se sabe qué admirar más, si la universalidad de los conocimientos, ó la alteza de las miras, ó la profundidad de los juicios, ó la copia y solidez de las demostraciones.

Dominados estos horizontes, levanta su vista, y de otro vuelo pónese en la región de la doctrina divinamente revelada. Recorre con respetuosa avidez las Sagradas Letras; y desde el Génesis hasta el Apocalipsis, desde los dias de la Creación hasta las visiones

(1) Ciudad de Dios, lib. XI, cap. 30: y lib. XV, cap. 19 y 20: libro XVII, cap. 4: lib. XVIII, cap. 23.

(2) Vol. IX, núm. V, pág. 419.

proféticas y soberanamente misteriosas del Águila de Patmos, todo lo interpreta, todo lo explica, todo lo razona, todo lo harmoniza entre sí y con los principios y las ciencias racionales. Y acredita el copioso fruto de sus trabajos bíblicos con muchos libros y comentarios, entre los cuales figuran doce libros sobre el Génesis, siete sobre varias locuciones de la Sagrada Escritura, enarraciones ó exposiciones de todos los Salmos de David, dos contra los enemigos de la Ley y los Profetas, la exposición y aplicación de todas ó casi todas las profecías referentes al Salvador y de los misterios apocalípticos; como puede verse en varios libros de la Ciudad de Dios, en numerosas homilias sobre los Evangelios y cuatro libros sobre sus concordancias, en los comentarios á las epístolas de San Pablo, con otros muchos que sería pesado enumerar.

Alentado y fortalecido con el aire que respirara en esta atmósfera verdaderamente divina, remóntase á la región de los espíritus puros, de los ángeles; y no se arredra de entrar, digámoslo así, en conversación con ellos, para arrancarles el secreto de su origen, de su naturaleza, de su ciencia, de su vida, de su felicidad y de sus funciones (1). El eminente concepto que así formó de tan ilustres, tan nobles y tan amables cortesanos, muévele á llegar ya hasta el trono del Altísimo: y se postra ante aquel Dios único, infinito y simplicísimo, y á la vez tan sabio, tan solícito y amante, que siendo total y esencialmente distinto, superior é independiente del mundo, no deja por eso de tener y conservar con él muy íntimas, muy cariñosas y trascendentales relaciones. Y se atreve á interrogarle sobre los más profundos arcanos de su ser y de su vida: y aquel Dios, *que dá gracia á los humildes,* responde á los humildes deseos de Agustín, y le ilumina: y con esta gracia y esta luz dedica los primeros libros de la Ciudad de Dios á echar por tierra, con los argumentos más incontestables y con el más victorioso ridículo, las vanas y despreciables divinidades del paganismo: escribe un libro de la verdadera Religión, quince sobre la Trinidad, uno sobre la fé y las obras, otro sobre la naturaleza y la gracia, con otros muchos de polémica contra todos los herejes contemporáneos, hasta el punto de llamarle San Bernardo poderoso martillo de los herejes: *Validissimum hæreticorum malleum.* Y con tanto saber y tanto

(1) Ciudad de Dios, lib. IX, cap. XX y XXII: lib. XI, cap. VII, VIII, IX, XI, XII y XXIX: lib. XIII, cap. I y sig. Edición castellana.

escribir esta Águila de los doctores, se convence de que aquí hay cielo para todas las águilas, y que no hay águila, por briosa que sea, capaz de dominar con sus propias alas toda la altura de este cielo.

A esta sublimidad incomparable que el Catolicismo ofreció al genio de Agustín para el vuelo de su inteligencia, corresponde la profundidad que asimismo le ofrece para la expansión de sus sentimientos. En la doctrina católica, todas las hermosuras y grandezas creadas ocupan el lugar de medios, no de fin: son simples reflejos para llamar la atención de nuestras miradas hácia el prototipo de la hermosura, hácia el original infinito é incorruptible de todo lo bueno, de todo lo bello y de todo lo sublime: son pequeños arroyos que deben llevar nuestros afectos, en sus juguetonas corrientes, al océano inmenso del amor divino (1). Y este océano inmenso y aquel prototipo soberano están personificados en Cristo Jesús, en el Verbo de Dios hecho hombre. Aquí está la grandiosa é inefable síntesis, de la belleza increada y de la belleza creada. Aquí están, en una sóla y misma persona, el esplendor substancial de la gloria divina y el tipo supremo de la belleza humana. Aquí está la inmensidad del amor con que el Hijo de Dios se sacrificó por la redención universal del género humano. Aquí está la inmensidad del dolor con que el divino Jesús sintió todas las miserias de la humanidad entera y todas las ofensas de las criaturas al Padre Celestial. Aquí tienen descanso y satisfacción sobreabundante, el sentimiento de lo bello, sin que jamás se agote ni se marchite la belleza del objeto; y el sentimiento de lo sublime, sin que jamás perezca ni decaiga la sublimidad del objeto; y el sentimiento del amor, sin que jamás se altere ni disminuya la perfección y amabilidad del bien amado; y el sentimiento de la amistad, sin que jamás cambie ni se agote la correspondencia y fidelidad del amigo; y todos los sentimientos de compasión, caridad y misericordia, sin que se seque jamás la fuente de la compasión, de la caridad y de la misericordia (2).

Agustín vió todo esto, comprendió todo esto, como lo han comprendido todos los genios que más han brillado en los diversos horizontes de la historia. Y al verlo y comprenderlo, unió su gran

---

(1) Confes. lib. V, cap. I.
(2) Id. íd. VII, cap. XVIII.

corazón al Corazón de Jesús: y allí bebió aquellas profundas emociones con que acompañaba la lectura de los salmos; aquel arrobador entusiasmo que vertió en el sublime cántico del *Te Deum*; aquella ternura y aquellas lágrimas, con que oía los cánticos de la Iglesia; aquel maravilloso éxtasis, que sintieron él y su madre en el puerto de Ostia, y que elevó su espíritu á muy altas y desconocidas regiones; aquella piedad filial é indescriptible amargura que dominaron su corazón en la enfermedad y muerte de su madre; aquella ansiedad vivísima por la conversión de los pecadores; aquella susceptibilidad moral, con que recordaba y se dolía de las más ligeras faltas de su niñez; aquel celo ardiente, con que impugnaba á todos los enemigos de la verdad y la virtud; aquella caridad sin límites, con que amaba á todos y á todo, en Dios, por Dios, y para Dios; y aquellas explosiones de amor divino, que, rompiendo y lanzando fuera de su alma la dura corteza, la despreciable escoria de los afectos terrenos, hacían llegar hasta el trono del Altísimo la purísima y enrojecida lava de sus espirituales trasportes: «Alábeos mi corazón y mi lengua, dice en uno de estos momentos, alábeos mi corazón y mi lengua; y todos mis sentidos y potencias digan: Señor, ¿Quién hay semejante á Vos? Y Vos, Señor, dignáos responderme, decid á mi alma: Yo soy tu salud (1).» Allí en el divino corazón de Jesús, como en un mar de inefables y dulcísimas simpatías, flotaba alegre y gozoso el corazón de Agustín, subiendo unas veces en las hinchadas olas de la esperanza, hasta llegar á percibir los célicos aromas del Edén divino; descendiendo otras, bajo la presión de la humildad, hasta los abismos de su propia miseria, para deshacerse en dulces y expansivos desahogos de gratitud y de alabanzas por las gracias y luces recibidas del Eterno; permaneciendo otras en la suave calma y apacible delicia que inspiran las bellezas y harmonías de la creación, miradas por el doble prisma de la ciencia y de la fé; y convencido siempre de que allí estaba todo el bien, toda la vida, toda la fragancia, toda la dulzura, toda la salud y toda la gloria de su alma: *in Deo salutare meum et gloria mea.* Solo en Dios está mi salud y mi gloria.

Todo lo que ganó después de su conversión el Doctor hiponense, en el orden intelectual y en el orden afectivo, no podía menos de reflejarse también en su facultad expresiva. Y á la verdad,

(1) Confes. lib IX, cap. I.

señores, ¿cómo no había de hablar claro y muy claro con las nuevas luces que enriquecieron su inteligencia, el que tanta fama había conquistado antes como excelente Profesor de Retórica? Ojead sus obras, principalmente las que escribió siendo ya sacerdote y obispo, que son la mayor parte, y encontraréis exactamente observados, por regla general, todos los preceptos artísticos referentes á la claridad del lenguaje: cláusulas breves, frases precisas, palabras propias, antítesis brillantes y oportunas, comparaciones exactas y de objetos conocidos: todo esto y mucho más encontrareis á cada paso en sus luminosos escritos. Mucho podría decirse sobre esto, pero no lo diré por no abusar demasiado de vuestra paciencia. Vais, sin embargo, á permitirme que, por vía de muestra, os presento algunas de sus comparaciones, cuyo elemento es indudablemente el mejor auxiliar de la claridad en la exposición de la doctrina. Para hacer ver cómo de unas mismas adversidades de la vida hacen diferente uso y sacan diferente resultado los buenos y los malos, dice: Así como con un mismo fuego resplandece el oro y la paja humea; y con un mismo trillo se quebranta la arista y el grano se limpia.... De este modo una misma adversidad prueba, purifica y afina los buenos, y á los males los reprueba, los destruye y deshace (1). Trata de demostrar la absoluta inmutabilidad de Dios, á pesar del cambio aparente con que se muestra á las criaturas, tratándolas unas veces con toda la dulzura de la misericordia y otras con toda la severidad de la justicia, siendo así que todas las mudanzas suceden únicamente en las mismas criaturas, y dice: «Como se muda el sol á los ojos tiernos y enfermos, y se les vuelve de blando en alguna manera áspero, y de agradable en molesto, siendo él en sí el mismo que era» (2). Afirmando en otra parte que el culto y los sacrificios que debemos á Dios, no son para bien y provecho de Dios, que no los necesita, sinó para bien y provecho nuestro, se vale de la siguiente comparación: «Porque no habrá nadie que diga que aprovecha á la fuente porque se beba de ella, ni á la luz porque se vea con ella» (3). Otro ejemplo, y será el último entre infinitos que pudieran presentarse. Ocúpase el insigne Doctor en examinar el carácter mudable, transitorio y perecedero

(1) Ciudad de Dios, lib. I, cap. VIII.
(2) Ciudad de Dios, lib. XXII, cap. I.
(3) Ciudad de Dios, lib. X, cap. V.

de los bienes sensibles en su relación con el orden del universo; y como éste forma un todo, no simultáneo sinó sucesivo, cuyas partes no han de existir todas á la vez, sinó unas después de otras, de aquí el que también en el mundo perezcan unas criaturas para que las sucedan otras, las cuales á su tiempo perecerán también para dar lugar á las terceras, y así sucesivamente hasta la consumación de los siglos. Pues bien; para esclarecer esta doctrina se vale de este precioso y magnífico simil: «Así se forman también nuestras conversaciones y discursos orales: porque el todo de nuestra conversación nunca llegaría á tener su ser propio, si después de pronunciar una palabra en cuanto á todas las sílabas que la componen, no cesara, y dejara de ser, para que otra la suceda (1)

Señores: ¿Quién no percibe toda la claridad y trasparencia de semejante estilo? ¿Quién no adivina por esto sólo, lo bien, lo muy bien que el gran doctor de Hipona debió trasmitir á sus oyentes y lectores los inapreciables tesoros de su ciencia y los delicados afectos de su alma? ¡Ah! Parécese, por cierto, á esa bruma impenetrable y fría que suele envolver las doctrinas y las explicaciones de los modernos racionalistas, y que un genio contemporáneo y español por dicha nuestra, (2) no duda comparar con la frialdad y las sombras del sepulcro! Y es que la verdad de suyo es hermosa, y no teme, antes bien desea lucir la belleza y elegancia de sus formas; mientras que el error es feo, es horrendo, y le conviene ocultar sus deformidades y sus vicios. Es que el Catolicismo posee la verdad suma con una certeza infalible, y muestra los títulos de su rico patrimonio sin temor de que nadie los presente mejores ni tan buenos: pero las sectas tienen todo su capital en dudas, falsedades y opiniones, con algunas migajas de verdad y certidumbre que sacaron del tesoro de la Iglesia; y temen, como es natural, que se descubra la pobreza de lo que es suyo y la *irregularidad* de lo que es ajeno.

Pero ya es tiempo de resumir y echar una mirada retrospectiva sobre el campo recorrido.

Queda demostrado que al genio le conviene el pensar alto, el sentir hondo y el hablar claro; que Agustín reunía en alto grado estas tres condiciones, y por consiguiente, que era un genio de

---

(1) Confes. lib IV, cap. X

(2) Menéndez Pelayo, en su Historia de los Heterodoxos españoles.

primer orden; que este genio no encontró en los dominios del error, en el panteismo, en el racionalismo y en el materialismo de los maniqueos, ni altura bastante para su pensamiento, ni profundidad bastante para su corazón, ni claridad bastante para su palabra; mientras que todo esto lo encontró en el Catolicismo, en una medida superior á todas sus esperanzas, en una medida sin medida. Luego la Lógica me autoriza para concluir: que «la conversión de San Agustín nos demuestra, que el Catolicismo, si bien es la atmósfera más acomodada para la vida de todas las almas, lo es muy especialmente para la vida de los grandes genios.» Luego la despedida que dió aquel santo Doctor á los errores de los maniqueos, deben darla también á los errores modernos todos los que tengan la desgracia de estar más ó menos cogidos en las mallas de sus redes. Digan, sí, con todo el valor que debe inspirar la percepción de la verdad, y sin respeto alguno á esa consecuencia mal entendida, á esa consecuencia mundana, absurda y cruel, que no permite volver atrás al que se ha extraviado del camino, que no permite levantarse al que ha tenido la desgracia de caerse, que no permite volver los ojos á la luz al que ha tenido la desgracia de nacer en las tinieblas ó de que más tarde le salieran las cataratas: digan, y digan muy alto, y muy hondo y muy claro: «Adios panteismo absurdo: tu empequeñeces á la Divinidad, rebajándola al nivel y á la miseria de las criaturas; y nosotros no queremos un Dios tan pequeño y miserable. Adios racionalismo necio: tu empequeñeces al hombre, porque le privas de dar la mano al Altísimo para que le ayude y le suba; y nosotros queremos crecer y subir. Adios, materialismo grosero: tu empequeñeces al universo; porque le despojas de su más bello ornamento, que son los seres espirituales, inteligentes y libres; y nosotros no nos conformamos con la materia, la fatalidad y la ignorancia, Salve: Catolicismo excelso, Catolicismo profundo, Catolicismo trasparente, Salve: cuéntanos desde hoy en el número de tus filas: queremos disfrutar de tu gran cielo, de tu acrisolada atmósfera, de tus frondosos y pintorescos horizontes.»

¡Bendito sea Dios! digamos también nosotros, hermanos míos, ¡bendito sea Dios! por cuya gracia militamos en la Religión católica, donde hay espacio, atmósfera y vida para todas las almas; donde hay objeto inagotable y satisfacción más que cumplida para las inteligencias más sublimes, para las imaginaciones más lozanas y para los sentimientos más generosos.

Y ¿qué os diré á vosotras venerables Agustinas, dignas imitadoras de tan santo y sabio Doctor? Ya veis á dónde llega el mérito y la gloria de vuestro Fundador y Padre. Bien sé que no desacreditais esa filiación tan ilustre y tan honrosa, y que más bien procurais acrecentar y extender su esplendor y su brillo. Que el Señor os conceda, por su intercesión, gracias abundantes, para que le sigais en su raudo vuelo por las altas regiones de la ciencia divina, del amor divino y de la gloria divina. Y ya que os unen á él tan íntimas relaciones, pedidle, rogadle, suplicadle, que interceda con el Padre de las luces, con el Señor de las ciencias, por todos y cada uno de nosotros, por todo el mundo, y muy especialmente por ese que se llama mundo científico; para que reine en todas las ciencias la verdad divina; para que se refleje en todas las artes la hermosura divina; para que brille en todos los magisterios la claridad divina; para que impere en todos los corazones el amor divino; y para que todos, absolutamente todos, lleguemos á ser ciudadanos divinos en la Jerusalén celestial que á todos deseo.

AMÉN.

SANTA CECILIA

COMO MODELO DE LA FÉ QUE DEBEN TENER LOS MÚSICOS

Amen quippe dico vobis, si habueritis fidem, sicut granum sinapis, dicetis monti huic: Transi hinc illuc, et transibit, et nihil impossibile erit vobis.

En verdad os digo, que si tuviéreis fé cuanto un grano de mostaza, direis á este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible.

S. Mat. Cap. XVII, v. 19.

La naturaleza y el arte, el don de Dios y el trabajo del hombre: ved aquí, carísimos hermanos, los dos polos sobre que gira la grande obra de nuestra perfección; los dos resortes, que cogiendo por delante á la humanidad con todos sus elementos, la impulsan y la elevan hacia la meta de sus aspiraciones; la naturaleza y el arte. La naturaleza, obra de Dios, y el arte, obra del hombre: la naturaleza dá la materia, el arte presta la forma: la naturaleza dá el talento, el arte alcanza la ciencia: la naturaleza dá el apetito, el arte conquista el bien: la naturaleza dá el genio, el arte realiza las creaciones: la naturaleza pone el andamio, el arte dirige la subida: la naturaleza pone el cimiento, el arte levanta y corona. Corona, sí, las reclamaciones del cuerpo, con las comodidades de la industria; las aspiraciones del entendimiento, con los resplandores de la verdad; los conatos de la voluntad, con

el florón de la virtud; y los afectos del corazón, con la aureola de la belleza. Él es el más genuino y entusiasta representante del *más allá;* ese fiel eco de la humana inclinación á lo infinito; ese grito de protesta contra los que pretenden encerrar nuestro destino en los estrechos límites de esta vida. ¡Más allá! dice en el orden sensible el arte mecánico. ¡Más allá! dice en el orden científico el arte del estudio. ¡Más allá! dice en el orden moral el arte de la virtud. ¡Más allá! dice en el orden estético el arte de la belleza.

¡Ah! ¡El arte de lo bello! ¡el arte de las creaciones! ¡el arte por excelencia! ¡el arte verdaderamente divino, puesto que imita á Dios en su creación! Yo te saludo, arte seductor, precioso jardín de flores, que, brotando de la savia de la verdad al contacto del amor, cubres con vestidura de gala todas las esferas de nuestra actividad. ¡Salve, arte sublime! ¡mundo admirable! que tienes por sol al ideal divino, por estrellas los genios, por atmósfera el sentimiento, por habitantes los corazones, y por horizontes las academias y los museos, los templos y las bibliotecas, las ciudades y los caminos. ¡Dichosos mil veces los genios alumbrados por aquel sol, y los corazones que respiran aquella atmósfera! ¡Dichosos mil veces todos los que merecen el glorioso nombre de artistas! Ellos son literalmente la porción florida de la humanidad; porque, así como la flor viene á ser en las plantas la última y la más bella expresión de su vida, los artistas tienen á su cargo el producir la última y la más bella expresión de nuestro desarrollo, la flor de nuestras aspiraciones: la flor de las formas en la arquitectura y escultura; la flor de los colores en la pintura, la flor de los sonidos en la música, la flor de las palabras en la poesía: y con la flor de las formas y los colores, de los sonidos y las palabras, la flor de las ideas y los afectos, la flor de la verdad y del bien.

Distinguidos profesores de música: vosotros formais parte de esta legión escogida: á vosotros toca traducir la flor de la verdad y del bien en la flor de las sonoras harmonías: vosotros estais encargados de hablarnos en la tierra la lengua que hablan los ángeles en el Cielo. Pero si alta y noble es vuestra misión, en la que podeis gloriaros, tampoco ignorais que son graves las dificultades que ofrece y exquisitas las condiciones que exige: por eso, desconfiando de vuestras propias fuerzas, habeis, con razón, acudido al Cielo en busca de protección y auxilio, deputando cerca del Altísimo un procurador y abogado, que represente vuestras necesidades y os

demande el socorro divino: por eso os habeis encomendado á la protección de Santa Cecilia, ilustre doncella romana, gloria del Cristianismo, ínclita heroina en la fé y la esperanza, en el amor y el entusiasmo, en la pureza y en la abnegación, en el sufrimiento y la constancia; condiciones todas que debe reunir un buen artista, y por consiguiente un buen músico. Pero en la imposibilidad de recorrerlas todas, yo me limitaré hoy á presentaros á Santa Cecilia como *un modelo de la triple fé que deben tener los músicos; la fé en su ideal, la fé en su poder, y la fé en su expresión.* Y ved aquí el objeto, la división y el orden de mi discurso.

Bienaventurada Cecilia: tú que estás tan cerca de la Madre de gracia y del Padre de las misericordias, mira si alcanzas misericordia y gracia para este miserable pecador, que se atreve á celebrar tus virtudes sin ser virtuoso, y á cantar tus alabanzas sin ser músico. Por esto necesita más que otro alguno la inspiración del Cielo: y para conseguirla más facilmente, postrado con su auditorio ante el adorable Sacramento del Altar, saluda á la Inmaculada Virgen diciendo: Ave-María.

Amen quippe dico vobis, si habueritis fidem.....

En verdad os digo que si tuviéreis fé.....

S. Mat. Cap. XVIII, v. 19.

A. O.

La palanca no obra sin punto de apoyo: el árbol no crece sin sus raices: el pájaro no se sostiene sin atmósfera. Pues el genio artístico sin fé, es una palanca sin punto de apoyo, un árbol sin raices, un pájaro sin atmósfera. En nuestra economía racional, primero es conocer, que querer, antes creer que obrar. Si el desterrado suspira por su pátria, es porque crée en su existencia y maternal acogida: si el enfermo desea la salud, es porque crée en sus beneficios: si el orador procura el triunfo de su palabra, es porque crée en la verdad de su doctrina. Suprimid la fé de estos tres seres; y fracasarán los esfuerzos del orador por falta de punto de apoyo, y morirán los deseos del enfermo por falta de raices, y se apagarán los suspiros del desterrado por falta de atmósfera.

Pues bien, señores; en mi concepto, el músico verdaderamente artista puede considerarse como un desterrado, que desea pisar el suelo de su patria, y para esto necesita la fé en su ideal: como un enfermo, que desea dominar las causas de su dolencia, y para esto

necesita la fé en su poder: como un orador que desea ver el triunfo de su palabra, y para esto necesita la fé en su expresión.

I

El músico es, en primer lugar, un desterrado; porque su patria no está en la realidad de esta vida: su patria es el ideal de la belleza infinita reflejada en la forma de los sonidos; el ideal de aquellas puras, sublimes y célicas harmonías, suaves sobre toda suavidad, delicadas sobre toda delicadeza, y perfectas sobre toda perfección; como que no tropiezan ni con la veleidad del aire, ni con la imperfección de los órganos, ni con la rebeldía de los instrumentos; como que salen de la boca de los ángeles, y se trasmiten por la atmósfera del amor, y se escuchan con los oidos del espíritu. Ideal que el músico vislumbra desde la cima de su genio: harmonías que presiente y escucha desde el fondo de su alma, en los críticos y silenciosos momentos de la inspiración, pudiendo decir de sí mismo estas palabras de Lamartine:

En el silencio de dulces alegrías,
El alma percibe inmensas harmonías.

Y al percibir aquel ideal, y al escuchar estas harmonías, exclama lleno de entusiasmo: «Esa es mi patria, esa es la luz con que ven mis ojos, ese es el calor que sostiene mi vida, esa es la atmósfera que alimenta mi respiración, esa es la lengua que yo entiendo, esos son los amigos con quienes quiero comunicarme. Esa es mi patria, sí, allí está mi sol, el Verbo divino, el esplendor de la gloria: allí está mi padre y maestro, el Artista Supremo de la creación, el Autor de ese sublime y universal concierto, que forman todos los mundos en la inmensidad del espacio: allí está mi madre, la Reina de las harmonías, como de toda la hermosura; la de los blandos suspiros, la de los dulces acentos, la de las sentidas quejas, la del amoroso canto, María: allí está mi amada, la belleza: allí está mi atmósfera, el amor: allí están mis compañeros, los ángeles. Esa es mi patria, allá voy. Bien sé que el camino es largo y penoso; pero es mi patria, allá voy». Y, apoyando la etérea planta de su genio sobre esta convicción profunda é inquebrantable fé, salta ligero á su impulso, como la saeta al impulso de la tirante cuerda, en prosecución de su ideal; y cuando crée haberlo aprendido,

cuando lleno de satisfacción presume encerrarlo y traducirlo en la forma sensible creada por su fantasía, ¡ah! ¡cruel desengaño! contempla su obra, la compara con su ideal, y dice lleno de amargura: «No es ésto; no son estas las voces que yo oí; no son estos los sonidos que yo escuché; no son estas las harmonías que me cautivaron; no es este mi ideal; no es esta mi patria; mi patria y mi ideal son mucho más que todo ésto». Y apoyado en la misma fé, torna á subir, dá á luz nuevas creaciones; y la música crece, y la música se depura, y la música se desarrolla, acercándose cada vez más al Ideal supremo, aunque sin alcanzarlo nunca en esta vida.

¿No es verdad, señores, que aquel ideal es la verdadera patria del músico? Á vosotros apelo, profesores del arte: vosotros direis si no es cierto que, después de haber desfilado ante vuestros oidos esa majestuosa y no interrumpida corriente de harmonías naturales, desde el zumbido de la abeja hasta el melodioso canto del ruiseñor, y desde el melancólico gemido de las hojas movidas por la brisa, hasta el ronco estampido del trueno con que brama la tempestad, sale una voz del fondo de vuestra alma, diciendo: «Todo esto es magnífico, admirable, bellísimo; pero no es toda la belleza que concebimos, no iguala á nuestro ideal; esta no es nuestra patria: *más allá.*» Vosotros direis también si no es cierto que, después de haber recorrido todas las obras maestras de los príncipes de la música, como Palestrina, Mozart, Cherubini y otros mil, sin dejar de reconocer su indisputable mérito y sublime elevación, notais todavía un vacío en la realización de vuestro ideal, y exclamais como antes: «Tampoco es esto todo lo que deseamos; nosotros concebimos un *más allá* en la belleza de los sonidos: tampoco es esta nuestra patria; *adelante.*» Y adelantais, en efecto, sostenidos por esta fé, subiendo tanto más cuanto es más profunda y arraigada, á la manera que el árbol tanto más se eleva, cuanto son más profuudas sus raices.

Suprimid, por el contrario, de la mente del músico la fé en aquel ideal divino, eterno é inmutable: quitadle ese punto de partida, ese sublime objetivo: apartad sus ojos del cielo, volviéndolos exclusivamente hacia la tierra, y le convertireis en una aguja sin norte, agitándose constantemente sobre un mismo círculo: el genio dejará las alas y tomará pies; dejará de volar y empezará á rastrear: y arrastrando consigo al arte por el inmundo suelo de lo material y sensible, nos regalará ruidos en vez de sonidos, griterías

en vez de harmonías; porque en lugar de inspirarse en la paz, dulzura y harmonía de las célicas mansiones, que no crée, solo se inspirará en el ruido, alboroto y gritería que forman en su derredor las pasiones de este mundo. Pero no; no sereis vosotros los que rebajen el arte á tan repugnante degradación: vosotros teneis fé, y fé profundísima en el ideal divino: vosotros quereis conservar esta fé como el más precioso legado de los ilustres maestros que os precedieron: y porque la teneis y quereis conservarla, dedicais esta religiosa solemnidad á Santa Cecilia, modelo de la misma fé.

Efectivamente, hermanos mios; Santa Cecilia, ilustre doncella romana, honra del cristianismo por sus virtudes en el siglo tercero de la Iglesia, nos ofrece un modelo acabado de esa fé en el ideal divino, en el Verbo Encarnado, en Jesucristo Dios y Hombre, belleza suprema y síntesis de todas las harmonías; puesto que en Él se combina lo sumo de la belleza física en su cuerpo, lo sumo de la belleza moral en su alma, y lo sumo de la belleza divina en su persona. La mayor belleza física, penetrada por la mayor belleza moral, y estas dos bellezas compenetradas por toda la belleza divina: tal es Jesucristo, tal es el ideal del artista cristiano. Pues bien; en este ideal divino tuvo nuestra Santa una fé digna de imitarse. Y en prueba de ello, ved cómo le dedica desde sus primeros años el rico presente de su virginidad, eligiéndole por esposo; porque le crée el más bello y amable de todos los hombres. Ved cómo busca en Él, por medio de la oración, los recursos necesarios para conservar fresca, lozana é intacta la flor de su virginidad, contra cualquier tentativa de su esposo en la tierra, Valeriano; porque le crée el más rico y fecundo manantial de su inspiración. Ved cómo, al decirla Valeriano que está dispuesto á respetar su voto y que solo desea ver aquel Ángel custodio de quien le hablaba, le contesta que para lograr tanta dicha es preciso creer en Jesucristo; porque le crée dueño y señor de todos los ángeles, y por consiguiente de los ángeles del genio artístico. Vedla cómo contesta á los soldados, que pretendían apartarla de la fé cristiana y moverla á sacrificar á los ídolos, compadecidos de que perdiese con la vida tanta delicadeza y hermosura: «*os engañais,* les dice; *yo no pierdo ninguna de estas cosas; no hago más que cambiarlas por otras infinitamente mejores: cambio estiercol por oro; una vil casa por un magnífico palacio, y piedras de ningún valor por una diadema cuajada de piedras preciosísimas:*» porque crée que Jesucristo es el más inagotable tesoro,

capaz de enriquecer á todas las almas; el dueño y señor de la esplendente Jerusalén celestial, verdadera patria de los justos, como su ideal es la verdadera patria del artista; y el foco del brillo y esplendor de todas las bellezas, capaz de contentar al más ambicioso genio. Ved, en fin, cómo á las últimas instancias del prefecto contesta llena de fé: «*No te canses*, Almaquio, *que ninguna cosa de este mundo será capaz de romper los lazos que me unen con mi Señor Jesucristo.*»

Tal es, hermanos mios, tan profunda y absoluta la fé de CECILIA en Jesucristo y en el ideal de su futura patria. Imitémosla, pues, todos, queridos oyentes; y sobre todo vosotros, piadosos músicos, seguid la fé de CECILIA; y como ella, lograreis que en vuestro silencioso retiro, en los críticos y apurados momentos de vuestras creaciones, os visite el Ángel inspirador del genio, ofreciéndoos la corona del triunfo.

II

Pero el músico no sólo es un desterrado que suspira por su lejana patria; es también un enfermo en su destierro, es un débil que necesita gran fé en el poder que ha de aliviar su enfermedad y su flaqueza.

Las lesiones orgánicas enferman al cuerpo, los pecados enferman el alma, las fealdades enferman al artista. Toda su vida está reconcentrada en la belleza, y su salud solo es completa, cuando todas sus funciones y todas sus facultades se desarrollan dentro de su esfera; cuando la vé con sus ojos, cuando la oye con sus oidos, cuando la palpa con sus manos, cuando la siente con su corazón, cuando la concibe con su genio, cuando la crea con su imaginación y cuando la realiza con sus instrumentos. La más leve mancha en un colorido, la menor desproporción en una figura, el más ligero desliz en una expresión, la más insensible disonancia en un concierto, son otras tantas saetas, que hieren en lo más vivo el corazón del artista y le hacen dar señaladas muestras de un profundo dolor, como diciendo: «esos elementos no son adecuados á las condiciones de mi existencia, me hacen daño, me ponen enfermo; esas manchas me ciegan, esas desproporciones me punzan, esos soni-

dos me hieren, esa atmósfera me asfixia, esos alimentos se me indigestan, todo mi ser artístico padece.»

Y si esto es muy cierto, no lo es menos que el artista en su destierro, en todos los horizontes de la realidad que le circunda, tropieza á cada paso con todos esos enemigos de su vida. Como el vicio está siempre confinando con la virtud y el error con la verdad, así también lo feo está siempre confinando con lo bello; porque la limitación está siempre confinando con la criatura, y no es posible percibir lo uno sin lo otro. Tras los físicos encantos de un rostro que cautiva, suele aparecer, ó la pesada desproporción del cuerpo, ó los pálidos reflejos de un espíritu apocado: al lado de la gentileza, la rusticidad; al lado del esmero, la desidia; al lado de la expresión, la estupidez: junto á la rosa, las espinas; la aridez, alternando con la frondosidad; el decaimiento, con la lozanía; la muerte, con la vida: tras el puro cristal de una fuente, el inmundo cieno de su fondo; y frente al límpido esplendor de los cielos, el ceño abrumador de las nubes. Y por lo que hace á los sonidos, ¿quién no ha experimentado la horrible incomodidad del zumbido, el graznido, el chillido, el rechinamiento, el cerdéo, el alboroto y el estruendo, con que muchos se manifiestan; en cambio de la suavidad, dulzura, variedad y melodía, con que otros nos recrean? Siempre este contraste; siempre esta dolorosa alternativa, que forma en torno de la vida del artista un vacío que le entristece, una atmósfera viciada que le enferma. Por eso se ha dicho con tanta verdad: *No hay gran genio sin melancolía.*

Ahora bien: ¿no habrá medio de hacer frente á tanto mal? El artista, ¿estará privado de todo recurso para aliviar su situación, y condenado, como el Prometéo de la mitología, á dejarse devorar por los buitres de la fealdad, amarrado al Cáucaso de su desgracia con las cadenas de su impotencia? ¡Ah! no; no, que el artista tiene un poder especial, un poder que le eleva sobre la condición general de los demás hombres; un poder que sobrepuja al poder del filósofo, al poder del sabio, al poder del médico; un poder que casi le coloca al lado del mismo Dios: el grande, el magnífico, el incomparable poder de crear. Sí, hermanos mios; el artista tiene la virtud de crear. El filósofo descubre, el sabio inventa, el médico cura; pero el artista crea. El filósofo tiene que conformarse con la verdad que conoce, aunque sea amarga: el sabio tiene que someterse á la ley cósmica que descubre, aunque sea tiránica; el médico

tiene que amoldarse á la contestura del organismo, aunque sea débil; ni el primero puede crear otra verdad, ni el segundo puede crear otra ley, ni el tercero puede crear otro organismo. Pero el artista..... ¡ah! el artista es otra cosa: el artista no tiene necesidad de contentarse con las bellezas creadas, con las bellezas finitas, con las bellezas feas,—si me permitís esta frase,—que le presenta el mundo real. El artista no es un esclavo, que tenga que recibir la ley de la realidad existente; es más bien un señor, que puede imponerse á la misma realidad, diciéndola: «puesto que eres tan avara de tus dones que no me ofreces bellezas más puras, quédate á un lado con tus obras, que yo me crearé otras mejores; yo crearé otros continentes y otros mares, otras aves y otros peces, otros hombres y otras mujeres, otros espectáculos y otros conciertos, otros cielos y otra tierra: sí, yo crearé otro mundo al lado del tuyo y en competencia con el tuyo.» Y en efecto, lo crea: no en cuanto á la substancia, que en esto se diferencia del poder divino; pero sí en cuanto á la forma. No crea un hombre, pero crea una imagen humana, más bella que todos los hombres: no crea una yerba, pero crea un paisaje de arrobadores encantos: no crea un sonido, pero crea una harmonía digna de los ángeles.

Ved aquí, nobles artistas del sonido, el gran remedio que la Providencia os depara para sanear vuestra atmósfera y aliviar vuestra enfermedad. No alcanzareis, es verdad, una salud completa; porque en esta vida no podreis realizar todo vuestro ideal, como tampoco lo realizan ni el filósofo, ni el sabio, ni el justo. Tendreis que superar muchos obstáculos; tendreis que sostener una porfiada lucha contra la resistencia de la materia, de los órganos y de los instrumentos, en la que os esperan muchas derrotas; cierto, y por eso, si no teneis fé en vuestro poder, hareis lo que el enfermo que no crée en la virtud de la medicina, y se deja morir por no tomarla: imitareis al soldado, que por no creer en el valor de su brazo ó en el buen temple de sus armas, se deja prender ó matar por un pigméo, cuando él acaso sería capaz de rendir á un gigante.

Pero si teneis fé en vuestro poder, como en vuestro ideal: si creéis firmemente en los sublimes modelos que éste os inspira, y en la mágica fuerza que aquél os infunde, entrad animosos en el campo de batalla, que será también el campo de vuestros triunfos. Poco á poco y cada vez más, os ireis sustrayendo á la influencia de la realidad desagradable: ireis ensanchando las fronteras de lo be-

llo, y estrechando los dominios de lo feo en la región de los sonidos. Y si, como verdaderos creyentes, agregais á la fé en vuestro poder, la fé en el poder de la gracia, por medio de vuestras oraciones; si, como oraba el piadoso Angélico antes de coger los pinceles, orais también vosotros antes de coger la pluma, el papel ó el instrumento; si seguís la conducta de Cecilia, que con la fé en su poder y el arma de la oración, triunfó de sus pasiones, puso á raya las de Valeriano, se burló de los halagos y las amenazas del prefecto y se sobrepuso á los tormentos del martirio; ¡ah! entonces vereis allanarse ante vosotros la imponente montaña de las dificultades: vereis desaparecer todos los obstáculos y huir todos los enemigos de la harmonía, ante los rayos de vuestro genio y ante la energía de vuestro poder, como huyen las sombras ante los rayos de la luz, como se desvanecen las gotas de rocío ante el calor del sol. *Si habueritis fidem, sicut granum sinapis, dicetis monti huic: transi hinc illuc, et transibit. Si tuviéreis fé, como un grano de mostaza, direis á este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará: y nada os será imposible: et nihil imposibile erit vobis.*

Entonces empezará vuestro espíritu el gran movimiento de ascensión, y batirá sus poderosas alas, y sacudirá todos los miasmas de sonidos ásperos, disonantes, groseros ó livianos, y traspasará los horizontes de la realidad, y penetrará en los espacios ideales, y se remontará, como águila atrevida, hasta las más puras y encumbradas regiones de la inspiración, y volarán en torno suyo visiones celestiales, y le recrearán harmonías angélicas, y dirá trasportado de alegría: «Gracias á Dios qne me veo libre de aquella pesada y corrompida atmósfera; de aquella voz áspera, como el genio de donde sale; de aquel canto grosero, como las costumbres de su órgano; de aquel ruido estrepitoso, como las pasiones que lo producen; de aquel concierto lascivo, como los deseos que lo inspiran. Gracias á Dios que aquí no oigo más que voces suaves como la paz, sonidos dulces como el amor, melodías alegres como la gloria, y conciertos harmoniosos como las voluntades de los bienaventurados. Aquí vivo, aquí respiro, aquí gozo, aquí estoy sano, aquí estoy bien. *Bonum est hic esse.*»

Sí, hermanos mios; al llegar á estas alturas, como á su propio Tabor, el artista se transfigura, y comunicando la propia transfiguración á sus voces y á sus instrumentos, produce aquellos milagros del arte, que llevan consigo la admiración de las generaciones,

y nos obligan á decir lo que aseguran dijo el cardenal Pirani, decano del Sacro Colegio, al oir una Misa de Palestrina: «Una harmonía tan bella y tan suave no puede venir más que de los cielos, en donde la felicidad es eterna.»

III

Por fin, señores; dijimos que el músico necesita la fé en su expresión; necesita creer que sus voces, sus harmonías y todas sus creaciones, que constituyen su lenguaje, son la traducción fiel y exacta de sus ideas, de sus sentimientos y de sus convicciones: porque, á la vez que desterrado y enfermo, es también un orador, que desea ver el triunfo de su palabra.

Y en efecto, hermanos mios, el músico es un orador; el músico es un gran orador, que pronuncia todo género de discursos: arengas patrióticas en el campo de batalla, sermones morales en el teatro, sermones dogmáticos en el templo, panegíricos ante un héroe, oraciones fúnebres ante un féretro, suplicatorias ante una calamidad, y eucarísticas ó de acción de gracias después de un beneficio. Y bien; si no crée ni en el entusiasmo que se trata de excitar, ni en las virtudes que se elogian, ni en los misterios que se celebran, ni en las hazañas que se admiran, ni en la muerte que se deplora, ni en la gracia que se pide, ni en el beneficio que se agradece; ¿qué efecto han de producir sus secas y desanimadas notas? ¿Cómo han de llegar á nuestras almas los sonidos que no salen de la suya? ¿Cómo ha de responder nuestro espíritu á unas voces, que sólo salen de la materia y tan sólo llaman al cuerpo? ¿Cómo ha de comunicar á sus creaciones la fé que él no tiene; y cómo sus creaciones han de llevar la convicción que él no las dá? Si él empieza por no creer á su palabra, por no creerse á sí mismo, ¿cómo pretende que le crean los demás? ¡Ah! imposible. Sus notas morirán en el aire, como mueren las hojas que no reciben la savia del tronco. Sus harmonías espirarán á la puerta de los sentidos, porque salen sin fuerza para llegar hasta el corazón. Sus conciertos caerán, bajo el peso de la incredulidad, en el suelo de la materia; porque no tienen raices para poder elevarse al cielo del espíritu. Y todas sus obras encontrarán, con sus autores, digna sepultura en lo más

hondo de las profundidades del olvido y del desprecio; como porción indigna de figurar en la herencia de las generaciones. Tales músicos son los hipócritas y fariseos del arte: no los sigais.

Aprended más bien de la gran maestra, la naturaleza, cuyos sonidos son siempre la verdadera y genuina expresión de sus intenciones. Ved, sinó, como el silbido de los vientos corresponde á la agitación de la atmósfera; y el bramido de los mares á la impetuosidad de sus corrientes; y el sonido de una moneda á la naturaleza de su metal; y el rugido de las fieras á la robustez y ferocidad de sus tendencias; y el canto de los pájaros á la suave inclinación de sus instintos.

Imitad, sobre todo, la gran fé de los artistas inspirados en la verdad de sus producciones. Imitad la fé de Moisés, que en su cántico á las orillas del mar Rojo, vació todos sus sentimientos de gratitud y admiración al Dios de las misericordias, al Salvador de su pueblo. Imitad la fé de David, que al pulsar las cuerdas de su instrumento, no hacía otra cosa que reproducir las pulsaciones de su corazón; y al entonar las sublimes concepciones de sus salmos, no hacía más que reflejar los altísimos pensamientos de su espíritu. Imitad la fé de María, que depositó en el *Magnificat* todo lo profundo de su humildad, y todo lo grande y elevado de su reconocimiento á la bondad y omnipotencia divinas. Hacedlo así vosotros: derramad en vuestras obras vuestro propio espíritu: animadlas con el soplo de vuestro propio sentimiento y de vuestra propia convicción, y entonces triunfareis de nuestros corazones, como el sabio triunfa de nuestras inteligencias: entonces vencereis nuestra afición á las bellezas caducas del tiempo, elevando nuestras miras y nuestros deseos á las incomparables bellezas de la eternidad. Entonces, rendidas y presas nuestras almas con la cadena de oro de vuestras harmonías, las pondreis sobre las alas de vuestra misma fé y de vuestro mismo entusiasmo; y las llevareis con vosotros á las sublimes regiones de vuestro ideal, como gloriosos trofeos de vuestras insignes victorias. Entonces tendrá vuestra oratoria, la oratoria de vuestros cánticos y de vuestros instrumentos, toda la elocuencia y eficacia que tenía la oratoria de Santa Cecilia.

Con efecto, hermanos mios, esta celosísima virgen y heróica martir fué también un modelo de fé en la verdad de sus obras y de sus palabras; como que unas y otras eran la más fiel expresión de sus pensamientos y de sus deseos; como que todas las manifes-

taciones de su vida no hacían más que traducir las ideas y los afectos de su espíritu. De aquí aquella firmeza en sostener sus confesiones y en cantar las divinas alabanzas ante su esposo Valeriano, sin temer sus idolátricas aficiones; ante los soldados que la custodiaban, sin temer sus insultos; ante el prefecto, sin temer su iras; en medio del agua hirviendo, sin sentir sus ardores; y bajo los sangrientos golpes de la cuchilla que tronzó su cuello, sin temor á la muerte que se le acercaba: porque, como ella misma dijo á Almaquio, *es propio de la buena conciencia y de la verdadera fé, hablar con libertad y sin cobardía.* De aquí también aquella unción y eficacia que comunicaba á todos sus discursos, á todos sus cánticos, y á todas las notas del instrumento con que solía acompañarlos; con cuya unción y eficacia hizo tantas conquistas para el Cielo, y ató al carro de sus triunfos á su esposo Valeriano, á su cuñado Tiburcio, á más de cuatrocientas personas que oyeron sus discursos á los soldados, y otras mil, que al ver sellada la fé en su palabra con la sangre de sus venas, al ver como crecía el heroismo de su espíritu al paso que decaían las fuerzas de su cuerpo; al ver como se trasparentaban todas las virtudes de su corazón y toda la gracia de su alma á través de la palidez de su rostro, de la débil voz de sus lábios, de la agonía de su muerte y de los últimos suspiros de su vida, no pudieron menos de exclamar: «Esto es grande, esto es sobrehumano; esa es la voz de la verdad, esos son los resplandores de la belleza; CECILIA enseña la verdadera fé; nosotros queremos seguir la fé de CECILIA; nosotros queremos abrazar la religión de CECILIA; nosotros queremos sufrir el martirio de CECILIA...» ¡Oh! y ¡qué gloria para CECILIA, hermanos mios, entrar triunfante en la Jerusalén celestial, con la doble corona de virgen y de martir, y seguida de tantos y tan ilustres prisioneros de su palabra, de su ejemplo y de sus harmonías, en medio de los vivas y las aclamaciones de todos los bienaventurados!

¿No es verdad que también vosotros, fieles discípulos de CECILIA, aspirais á la misma gloria? Pues asegurad bien el asiento de vuestro genio sobre estos tres vértices del triángulo que debe formar la base de vuestro trabajo: la fé en vuestro ideal, la fé en vuestro poder y la fé en vuestra expresión; único medio de que la pirámide que levanteis con el ejercicio de vuestra profesión, llegue á tocar con su cúspide en el Cielo. Sigamos todos, hermanos mios, el ilustre ejemplo de fé que nos dió CECILIA; porque

siendo la fé, como enseña el Santo Concilio de Trento, la raiz de la justificación, de esta raiz, bien regada y cultivada, saldrá el frondoso árbol de nuestra justicia; y tras este árbol, vendrán las flores de todas las virtudes; y tras estas flores, vendrán los frutos de la santidad, y tras estos frutos vendrá la gloria inmortal, que á todos os deseo.

AMÉN.

SANTA CECILIA

COMO MODELO DEL AMOR QUE DEBEN TENER LOS MÚSICOS

Super omnia autem hæc charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.

Más sobre todo esto tened caridad, que es el vínculo de la perfección.

Ap. ad Coloss. III, 14.

Cuando en otra ocasión análoga tuve el honor de hablaros, mis queridos músicos, desde este sagrado sitio, recordareis que expuse la primera condición, la virtud fundamental que debeis poseer vosotros, como todo artista, á saber: la fé, una fé profunda y firme en vuestro ideal divino, en vuestro poder creador y en vuestra expresión sensible; á la manera que vuestra insigne Patrona mostró en el curso de su vida una fé también profunda é inquebrantable en el ideal de su santidad, en el poder de su virtud y en la manifestación de sus creencias.

Pero la fé sola no basta, hermanos mios. La fé no es más que una luz, y la luz sin calor no vivifica. La fé no es más que punto de apoyo, y el punto de apoyo sin palanca no realiza el movimiento. La fé no es más que brújula, y la brújula sin el soplo del aire

ó del vapor no arrastra el buque. Necesita, pues, el artista, al lado de la fé, otro elemento, que dé calor á su espíritu para fecundar sus gérmenes; que preste savia á sus concepciones, para traducirlas en flores y frutos; que sirva de palanca á su genio para remover los obstáculos; y que comunique el soplo á su inspiración para que vuele á las regiones de lo bello. Y este elemento tan necesario y esencial al artista es el amor, en el sentido más puro, más espiritual, más angelical de la palabra.

Sí, señores: el amor hace en el arte lo que la atracción en la naturaleza; mueve y eleva, lucha y vence, compone y harmoniza. Si ésta mueve la materia, y eleva los astros, y lucha con el volumen, y triunfa de las distancias, compone los cuerpos y harmoniza los mundos; aquél, el amor, mueve las voluntades y eleva los corazones, lucha con lo deforme, y triunfa de los defectos, compone la belleza y harmoniza los espíritus.

Ved ahí por qué el Apostol de las gentes llama al amor vínculo de perfección: *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*: tened caridad, porque es vínculo de perfección. Y á la verdad, señores, el amor es el vínculo más estrecho que une á los padres con los hijos, constituyendo la harmonía doméstica; á los súbditos con el sumo imperante, constituyendo la harmonía civil; á los pueblos con los pueblos, constituyendo la harmonía social; á los fieles con el Papa, constituyendo la harmonía eclesiástica; á la criatura con el Criador, constituyendo la harmonía religiosa; y sobre todo, hermanos mios, el amor es el vínculo substancial é inefable, que en Dios une al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo, constituyendo la harmonía divina. Y ¿qué son todas estas harmonías producidas por el amor, sinó otras tantas bellezas en su más noble y genuino significado? ¿Qué son sinó las bellezas respectivas de la familia y del estado, de la sociedad y de la Iglesia, de la Religión y de Dios?

Pero advirtamos una cosa, señores; no todo amor produce tan hermosos frutos, tan encantadoras bellezas. El amor es atracción; y, cuando ésta no procede de su debido centro, dará por resultado, en vez de orden y harmonía, confusión y desconcierto. Si los planetas rompiesen por un momento el vínculo que les llama hácia el sol, sucedería la caótica y horrible descomposición del mundo físico: pues si el amor rompe los lazos que deben unirlo á la verdadera belleza, sucederá la no menos anárquica y repugnante descomposición del mundo moral, y con ella la ruina del arte. Por ésto me

propongo hoy, con la ayuda de Dios, presentaros á Santa Cecilia *como modelo del amor ardiente, apasionado, que el músico como todo artista, debe tener á la verdadera belleza, á la belleza espiritual.*

Pero ante todo imploremos los auxilios de la divina gracia, por la intercesión de Aquella que fué toda hermosa y sin mancilla, la Inmaculada Virgen María, saludándola con las palabras del Ángel: Ave-María.

Super omnia autem hæc charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.

Más sobre todo esto tened caridad, que es el vínculo de la perfección.

Ap. ad Coloss. III, 14.

La belleza: he aquí una palabra dulce, simpática, fascinadora. La oye el niño, aplicada á sus juguetes, y se alegra. La oye el joven, con relación á su carácter, y se complace. La oye una doncella, como atributo de su figura, y se conmueve. La oye una madre, como cualidad de su tierno vástago, y se envanece. La oye un anciano, como condición de sus pasados tiempos, y se gloría. La oye un sabio atribuida á su sistema científico, y se deleita. La oye un artista, como excelencia dominante en sus creaciones, y se entusiasma. Y es que esta palabra la entienden todos, y para todos representa una misma cosa, un mismo concepto fundamental: es que lo bello significa para todos una cosa buena, y como buena amable, y como amable agradable. Pero agradable, no como lo son las propiedades sensibles para el apetito sensitivo, sinó como lo son las propiedades inteligibles para el apetito racional: agradable, no como lo es un manjar para el sentido del gusto, ó un aroma para el sentido del olfato; porque estas sensaciones las tienen también los brutos, los cuales,

sin embargo, carecen de la percepción y del placer de la belleza; sinó á la manera que lo son para nuestro espíritu los matices de una flor, el espejo de una fuente, las evoluciones de un arroyo, los saltos de una cascada, la rica variedad de un paisaje, los inimitables colores del iris, ó la esplendente claridad de los cielos: y sobre todo ésto, y más que todo ésto, la inocencia reflejada en el rostro de un niño, la modestia inoculada en la hermosura de una joven, el genio fulgurando en la frente de un sabio, y la santidad transfigurando el aspecto de un escogido.

¿No es verdad, señores, que todas estas cosas os atraen y recaban vuestro amor, pero un amor puro, desinteresado, meramente espiritual? ¿No es verdad que todas estas cosas os agradan, os seducen, os cautivan con solo verlas y contemplarlas? Pues he aquí el carácter de la belleza, tal como lo marcó el Ángel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino, con estas palabras: «Al concepto de belleza pertenece que en su aspecto ó conocimiento repose el apetito: así, aquello se dice bello, cuya perfección nos produce deleite.» *Ad rationem pulchri pertinet quod in ejus aspectu seu cognitione quietetur appetitus... ita quod .. pulchrum dicatur id cujus ipsa apprehensio placet* (Sum. theol. 1.ª p. q. 5, a. 1, ad. 3). Y después de él Leibnitz nos dejó esta definición de la belleza: *Rerum perfectionem quæ, quatenus cognita, voluptate nos afficit, eaque discernitur:* Una perfección de las cosas, la cual, en cuanto es conocida y sólo por ser conocida, nos deleita, y por este deleite la distinguimos.

Ya lo veis, señores, la belleza es perfección y por consiguiente es bien. En efecto: la belleza es uno de los conceptos trascendentales del ser, lo mismo que la verdad y el bien. Es decir, que la belleza no es una cosa substancialmente distinta de la verdad y del bien; como el bien, la verdad y la belleza tampoco son substancialmente distintos del ser; no son más que diferentes aspectos del mismo ser, como las tres dimensiones de longitud, latitud y profundidad, no son más que diferentes aspectos de la misma extensión. La verdad es el ser en sus relaciones con el entendimiento; el ser como objeto de la idea, del juicio ó del raciocinio. El bien es el ser en sus relaciones con la voluntad; el ser como objeto del amor, del deseo, de la esperanza. La belleza es el ser en sus relaciones con los más nobles y levantados afectos del espíritu, del apetito racional; el ser como objeto del amor más puro, generoso y desinteresado, y origen, por lo mismo, de un deleite completa-

mente espiritual. De modo que, así como un distinguido filósofo contemporáneo afirma, que pueden invertirse los términos de la verdad y del bien diciendo, que la verdad es el bien de la inteligencia y el bien es la verdad de la voluntad, nosotros podríamos decir que la belleza es la verdad y el bien del corazón. Y aún añadiría de buen grado el siguiente símil: la verdad es la luz: el bien, el calor de la luz: la belleza la descomposición de la luz, el arco iris. Sí, señores: yo considero la belleza, como el iris esplendoroso y magnífico del orden suprasensible, que despliega ante los ojos de nuestra alma, cautivándola, las múltiples y preciosas excelencias del bien, que están incluidas en la luz de la verdad. En virtud de todo ésto, no veo inconveniente en definir la belleza: «una relación de causalidad entre el bien intrínseco de las cosas conocido por la razón, y la complacencia deleitable del apetito racional.» La belleza, por consiguiente, será tanto mayor, cuanto mayor sea el bien, la perfección, la excelencia que descubramos en un objeto; y en proporción de esta excelencia será el amor que existe en nosotros; y la intensidad de este amor puro y desinteresado será la medida del deleite espiritual. Por eso pone Platón en boca de Sócrates estas palabras: «*Lo más bello es siempre lo más amable.*» Y Santo Tomás no duda en afirmar que el amor de benevolencia es la causa principal del deleite: *Amor præcipua causa delectationis est.*

Y siendo esto así, ¿quién puede negar que la mayor belleza, la belleza más pura, más perfecta, más acabada, y por lo mismo, más amable, se encuentra en el orden espiritual? ¿Qué comparación tienen el bien, las perfecciones y las excelencias de la materia, con el bien, las perfecciones y las excelencias del espíritu? Cierto, la naturaleza ostenta mucha belleza: *vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona;* como imagen y participación que es de la belleza absoluta. Substancias preciosas, colores finísimos, formas esbeltas, dulces harmonías, rápidos y graciosos movimientos, vida lozana y exhuberante: tales son las fuentes principales, y por cierto abundantísimas de la belleza física, que inunda la creación y embriaga nuestros sentidos. Pero ¡ay! hermanos mios: así y todo, ¡qué pobres y miserables y turbias nos parecen, comparadas con los manantiales de la belleza espiritual! Aquellas substancias tan preciosas, llámense oro, marfil ó diamante, cifran todo su mérito en la consistencia, la limpidez y el brillo; pero es una consistencia fragil, y una limpidez porosa, y un brillo prestado, que se apaga con la luz;

mientras que el espíritu nos ofrece una consistencia inquebrantable, una limpidez incompatible con todo intersticio, y un brillo propio que no reconoce noche ni fronteras. Aquellos fantásticos colores, bien se hallen en las hojas de la flor ó en las alas de la mariposa, en el cuello de una paloma ó en la cola del pavo real, no son más que apariciones momentáneas, encantos fugitivos del sentido de la vista: mientras que adornan al espíritu los místicos colores de las virtudes, la blancura de la inocencia, el violado de la humildad, el azul de la pureza, el verde de la esperanza, el rojo de la caridad: *Hé aquí,* dice San Clemente Alejandrino, *los más hermosos colores que jamás se vieron;* y con razón, porque son los únicos capaces de hacer el encanto perenne del sentido de la conciencia. Las formas más esbeltas del mundo sensible se reducen á líneas rectas ó curvas, que tienen su última expresión en la figura del cuerpo humano: y, sin embargo, del hombre dice la Escritura que *sus dias son como el heno, y que se seca como la flor del campo:* y del hombre dice Goethe «que está un sólo instante en la cumbre de su belleza.» El espíritu, por el contrario, tiene por formas sus excelentes facultades, que jamás se agostan ni se secan; su luminoso entendimiento, siempre regulado por la verdad, y su poderosa voluntad, siempre regulada por el bien: por eso dijo Cicerón que los lineamentos del alma son más bellos que los del cuerpo: *Animi enim lineamenta sunt pulchiora quam corporis.* Las harmonías de la naturaleza, con toda su dulzura, no son más que combinaciones de sonidos inconscientes y fatales, que deben el mayor mérito á lo que en ellos pone la penetración de nuestro espíritu y el sentimiento de nuestro corazón: llevan consigo el sello de la monotonía impreso por la fuerza de la necesidad, porque ni el arroyo sabe ni puede murmurar de otra manera, ni el viento sabe ni puede gemir de otra manera, ni el ruiseñor sabe ni puede cantar de otra manera: los músicos de la materia son músicos sin libertad, sin conciencia, sin sentimiento, sin oido. Pero el espíritu..... ¡ah! señores, ¿quién es capaz de describir y enaltecer debidamente las incomparables harmonías que él forma con esa voz suya, que se llama verbo interior? Libre para dirigir su pensamiento por doquiera, contad, si podeis, todos los libros, todos los folletos y todas las hojas que han salido de la mano del hombre: y habreis empezado á contar sus harmonías intelectuales. Libre para encaminar sus deseos y sus aspiraciones por doquiera, contad, si podeis, todos

los hechos, todas las obras, todos los planes realizados por el género humano, y habreis empezado á contar sus harmonías morales. Libre para inclinar su corazón á doquiera, contad, si podeis, todas las producciones del arte por toda la serie de los siglos, y habreis empezado á contar sus harmonías estéticas. Los músicos espirituales son músicos con conciencia, con libertad, con sentimiento, con oido; y, por lo tanto, son músicos de progreso. El movimiento nos presenta también en el mundo sensible bellísimos ejemplares: un pájaro hendiendo los aires, el águila remontándose por encima de las nubes, el pez atravesando como una flecha la trasparente masa de las aguas, y, sobre todo, la luz recorriendo en breves momentos los veintisiete millones de leguas que separan el sol de la tierra; son sin duda fenómenos en gran manera agradables. Pero ¿cómo compararlas con la velocidad del pensamiento, que es privilegio del espíritu? Dicen que la luz sólo tarda en llegar del sol á la tierra 8' y 18"; pues con esta fracción, los 18", tiene de sobra el espíritu para bajar con su pensamiento al fondo del abismo, y subir hasta el trono del Altísimo, y alcanzar la cuna de la creación, y lanzarse hasta el fin de los tiempos. Por último, la vida, esa gran fuerza que se llama la vida, circula también en grande escala por las regiones de la naturaleza, y despliega su poderío en espléndidos horizontes, cubriéndolos de árboles soberbios y robustos, de frutos exquisitos y de animales beneficiosos; pero toda su fecundidad no traspasa los límites del tiempo, no vá más allá de la flor que se marchita, del fruto que se corrompe, del árbol que se seca y del animal que muere: mientras que el espíritu produce las flores inmarcesibles de las virtudes, los frutos incorruptibles de la verdad y del bien, y su vida goza la prerrogativa de la inmortalidad.

Y, si tales y tantas son las excelencias que el espíritu tiene por su naturaleza sobre la materia, ¿cómo serán las que recibe por la virtud de la divina gracia? Si tanta es la bondad y la belleza del espíritu del hombre, ¿cuánta será la bondad y la belleza del espíritu de un santo? ¡Ah! hermanos mios: para hablar dignamente del alma de un santo era preciso serlo, y yo no lo soy desgraciadamente. El alma de un santo..... ¡ah! en ella los colores de las virtudes están iluminados por un rayo de la gloria; los lineamentos de sus potencias están retocados por la mano de Dios; los conciertos interiores están afinados y dirigidos por los ángeles; el vuelo de su pensamiento está favorecido por la atracción del cielo; y los

frutos de su vida están fecundados y sazonados por el Sol de Justicia; y la inmortalidad de su ser está realzada por la eternidad de la gloria. ¡Oh! qué belleza, hermanos mios, la belleza de un santo! No es extraño que Salomón admirado de tanta hermosura exclamase: *¡Oh quam pulchra est casta generatio cum claritate!* ¡Oh! cuán bella es la generación casta con esclarecida virtud! (Sap. IV, 1.) Y, si ahora nos trasladamos con el pensamiento, del espíritu de un santo al espíritu de un Ángel, nos encontraremos con aquel tipo de belleza al que todos apelamos, como por instinto, para encarecer la belleza moral de algún individuo: «Es un Ángel,» solemos decir: «Tiene un corazón angelical.» Y si, por fin, nos elevamos hasta la contemplación de Dios, ¡oh! aquí nos encontramos con la plenitud de la belleza, como nos encontramos con la plenitud del ser, de la verdad y del bien: aquí nos encontramos con la fuente inagotable de hermosura, que surte todos los arroyuelos que serpentean por la creación; y con el sol de inmensos resplandores, del que son débiles reflejos todos los encantos que lucen las criaturas: aquí está, en fin, la suma de todas las perfecciones y de todas las grandezas en un grado infinito: *Et magnitudinis ejus non est finis;* y su grandeza no tiene fin.

Ahora bien, músicos palentinos: según lo expuesto, la belleza espiritual es mucho mejor que la belleza material, y la sobrenatural excede en gran manera á la meramente natural. Según el testimonio de Horacio, en su carta á los pisones, en los poetas, y lo mismo debe decirse de los músicos y demás artistas, no se admiten medianías: *Mediocribus esse poetis non homines non Dii, non concessere columnæ.* En el arte, todo lo que no sea llegar á lo mejor es caer en lo malo, todo lo que no sea subir hasta el cielo es bajar hasta el fango: *Si paulum à summo decessit, vergit ad imum.* Luego estais obligados á representarnos la belleza espiritual y sobrenatural. Vuestro deber es traducir en vuestras notas las bellezas de la virtud, de la santidad, de la gloria y de Dios, en el más alto grado á que pueda llegar la concepción de vuestro genio. Usad sí el elemento material, no prescindais de la belleza sensible, perfeccionad y embelleced cuanto podais las sonoras harmonías de vuestros instrumentos; pero no como fin, sinó como medio para expresar mejor, para que se trasluzcan mejor las harmonías espirituales de un corazón recto, de una alma santa, de un espíritu bienaventurado, de un Dios tres veces Santo; así como se cultiva, se pulimenta y se ador-

na el lenguaje, no por el lenguaje mismo, sinó como medio para comunicar mejor, para que resplandezca más la evidencia, el encanto y la hermosura de la verdad. Tal es el justo medio entre el realismo exclusivo y el exclusivo idealismo. Debeis, en fin, ofrecernos vuestras composiciones musicales, impregnadas y como transfiguradas por un rayo de aquella claridad célica, que cautivó en el Tabor el corazón de San Pedro, obligándole á exclamar: «Señor, bien estamos aquí: *Domine, bonum est nos hic esse.*»

Pero ¿cómo podreis conseguir todo ésto, sin amar enérgicamente esa belleza espiritual, sobrenatural y divina? ¡Ah! Imposible, hermanos mios, imposible. *Fides..... per charitatem operatur:* La fé obra por la virtud de la caridad, por la fuerza del amor: (Ap. ad Galat. V, 6.) Una obra de arte, digna de este nombre, bien lo sabeis vosotros, lleva consigo una concepción penosa y un parto sumamente difícil: y, ni las grandes penas se aceptan ni las grandes dificultades se vencen, sin un amor muy grande: *Fides..... per charitatem operatur.* Preguntad á un padre cuál es el motivo que le impulsa á realizar los más enormes y costosos sacrificios; y os dirá que el amor apasionado por sus hijos: Preguntad á un magistrado cuál es la fuerza misteriosa que le dá valor para vencer los vínculos de la sangre, los lazos de la amistad y el atractivo del interés, ante la rectitud de la ley; y os dirá que el amor ardiente de la justicia. Preguntad á un sabio, cuál es el resorte en cuya virtud sufre con gusto prolongadas vigilias, y acomete con afán peligrosas exploraciones, y renuncia con placer á sus comodidades y á su salud; y os dirá que el amor irresistible de la verdad. Preguntad también á los grandes maestros del arte, en sus diferentes manifestaciones, á esos astros de primera magnitud que han pasado por el cielo del arte, he dicho mal, que aún brillan en el cielo del arte por medio de sus obras; peguntad, sí, á Dante y Tasso, á Rafael y Miguel Ángel, á Mozart y Palestrina, de dónde sacaron fuerzas para vencer la resistencia de la materia y de los órganos, de las preocupaciones y las costumbres, que se oponían á la realización de sus sublimes ideales; y os dirán que de su amor apasionado y entusiasta por la belleza espiritual, sobrenatural y divina.

No hay remedio, señores: el artista tiene que luchar mucho, tiene que vencer mucho: y para vencer mucho es preciso amar mucho. El que ama poco, desea con debilidad; el que desea con debilidad trabaja con languidez; y de trabajos lánguidos y deseos

débiles no pueden salir más que obras moribundas: *Qui non diligit, manet in morte*, dice el texto sagrado: *El que no ama yace en la muerte:* y la muerte sólo puede producir corrupción y miseria. Pero vosotros, artistas del sonido, teneis que comunicar á vuestras obras vida, animación y movimiento; movimiento, animación y vida, que sólo pueden salir del amor: y no de un amor cualquiera, sinó de un amor puro y desinteresado, ardiente y entusiasta por la verdadera belleza, por la belleza suprasensible. Haced, pues, por embriagaros en este amor; y; para ello, elevad vuestras miras á ese orden de belleza suprasensible, celestial y divina: miradla con los ojos de una fé docil; estudiadla con el criterio de una razón recta; meditad, contemplad detenidamente todas y cada una de sus excelencias, de sus gracias, de sus atractivos, de sus encantos; y vereis, vereis como vagan por el fondo de vuestra alma imágenes nunca vistas, bellezas nunca sospechadas, harmonías nunca oidas; vereis como ante estas harmonías, bellezas é imágenes de extraordinaria hermosura, se interesa vuestro corazón, y prende en él la chispa del amor, y viene tras la chispa la llama, y tras la llama el incendio, y tras el incendio el volcán de una pasión sublime y vigorosa, capaz de sufrirlo todo, de arrostrarlo todo, por expresar y dar á conocer, tales como están en vuestro espíritu, aquellos ideales de incomparable belleza. Y, dominados por esta pasión, ya no habrá nada que se os resista: vencereis la grosería de la materia; despreciareis las veleidades de la moda; vilipendiareis los agasajos del lucro; triunfareis de la corriente de las costumbres; sacudireis el dominio de la opinión mal entendida; pisotearéis las exigencias del gusto depravado; y sobre todas estas ruinas levantareis vuestra obra maestra, se hará escuchar vuestra sorprendente harmonía, animada, transfigurada y espiritualizada por los vivos resplandores del ideal divino, como diciendo: «Vedme aquí: yo soy la verdadera obra de arte, yo soy la verdadera belleza, esa belleza que dura y permanece, la que alcanzan los genios elevados y la que ambicionan los nobles corazones: yo soy una reina en el mundo de la belleza, mientras que vosotras, bellezas sensibles, no sois más que indignas esclavas.» Sí, hermanos mios, tan glorioso será el fruto, tan brillante será el resultado de vuestro amor puro y acendrado á la belleza espiritual y divina: de cuyo amor os ofrece un elocuente ejemplo vuestra insigne Patrona Santa Cecilia.

En efecto, señores: corría el siglo tercero de la Iglesia, al par que la sangre cristiana derramada por el furor de la persecución, cuando vió la luz en Roma esta memorable heroina, oriunda de padres ilustres y opulentos, adornada por la naturaleza de gracias por demás seductoras. Vióse, pues, obsequiada desde la cuna por los más poderosos atractivos del orden sensible que suelen cautivar los corazones débiles y apocados: el lustre de la sangre, el brillo de la riqueza y la fascinación de la hermosura. Pero ¡ah! el corazón de Cecilia no era débil ni apocado, era un corazón fuerte y grande: demasiado fuerte para acceder á la atracción de la materia: demasiado grande para contentarse con las bellezas transitorias. Educada é instruida en la Religión Católica y dócil á las inspiraciones de la divina gracia, salva de un vuelo la distancia que separa lo finito de lo infinito, eleva sus miras á la fuente de todo bien y de toda belleza, reconcentra su atención en el Verbo Encarnado; estudia, reflexiona, medita profundamente sobre la hermosura de aquel cuerpo, cual no se ha visto en los hijos de los hombres; sobre las virtudes de aquella alma, cuales no figuran en la historia de los justos; sobre la santidad de aquella vida, cual no se refiere en las vidas de los santos, y sobre la divinidad de aquella persona coeterna y consubstancial al Padre. Y al ver tantas y tan sublimes bellezas apiñadas en un sólo objeto, al ver reunidas en el más harmonioso concierto y en el mayor grado imaginable las bellezas física y moral, natural y sobrenatural, creada é increada, ¡oh! hermanos mios; el corazón de Cecilia se interesa, se inflama, se apasiona por la hermosura de Jesucristo; hasta el punto de poder decir con San Pablo: «Ni la muerte ni la vida, ni lo presente ni lo futuro, ni la altura ni la profundidad, ni criatura alguna podrá apartarme del amor de Dios, que es en Jesucristo Señor Nuestro:» *Certus sum quia neque mors neque vita... neque criatura alia, poterit nos separare à charitate Dei, quæ est in Christo Domino nostro:* (Ad. Rom. VIII, 38 y 39.)

Desde este momento su amor á la virtud y á la santidad, su pasión por la belleza espiritual y divina, modera todos sus actos y domina toda su existencia. Desde luego arroja á los pies de la virginidad los físicos encantos de su hermosura. No importa que sus padres le concierten un ventajoso matrimonio, y que este matrimonio se realice: su apasionado amor á la pureza virginal dará fuerza y eficacia á sus palabras para contener los deseos de Vale-

riano, cambiar su afición en un respeto absoluto y hasta hacer de él un cristiano y un mártir. Tampoco se asusta porque éste la pida, en garantía de sus afirmaciones, nada menos que un milagro, la presencia visible del Ángel custodio de su virginidad: Cecilia, confiada en el amor de su divino Jesús, se lo promete y lo consigue: el celeste mensajero, radiante de célica claridad y gloriosos resplandores, se aparece á los dos esposos y deposita en sus cabezas dos preciosísimas coronas de flores inmarcesibles y de una fragancia desconocida. ¡Digna recompensa, á la vez que hermoso símbolo, del cambio ventajoso que habían hecho los dos favorecidos, dejando las flores de la tierra, que se marchitan, por conquistar las flores del cielo, siempre lozanas! Con tales favores y tan singulares condescendencias por parte de su divino esposo, no podía menos de inflamarse más y más el amor espiritual de nuestra Santa; y para desahogarlo, prorrumpía en alegres cánticos, acompañados de las melodiosas notas que sus dedos sabían sacar de un instrumento músico, en alabanza y gloria de su adorado Jesús. Impulsada por aquel amor, deposita los timbres de su nobleza á los pies de su abnegación, y pone los tesoros de su riqueza al servicio de su caridad. En vano el ambicioso prefecto trata de confiscar sus cuantiosos bienes: todos habían pasado ya de las manos de Cecilia á las manos de los pobres.

Por la fuerza del mismo amor desprecia aquellas bellezas idolátricas que exponían á su adoración, y triunfa de las insinuaciones como de las amenazas del cruel Almaquio. En vano la someten á la acción sofocante y ardorosa de un baño caliente: su celestial esposo convierte aquellos ardientes vapores en refrigerante brisa. Tampoco adelantan más con descargar tres veces la afilada cuchilla sobre su cuello virginal: su sangre corre, pero su amor no se derrama: su cabeza está casi separada del tronco, pero no hay fuerza humana que pueda separar de su alma aquel amor, aquella pasión santa por la belleza celestial y divina: está muriendo, pero su amor vive, y su lengua se mueve para continuar publicando la gloria de Dios y exhortando á los fieles que la contemplaban á la constancia en la fé y en el amor de las bellezas celestiales. Muere; pero después de haber triunfado con su amor de todos los obstáculos y de todos los enemigos que pretendían mancillar la belleza de su espíritu. Muere en su cuerpo, pero su alma vuela á contemplar de cerca y cara á cara aquella belleza divina, que cautivó su corazón todos los dias de su existencia sobre la tierra.

Sí, señores: tal es el amor que produce los santos y los mártires: tal es el amor que produce también los grandes artistas. Imitad, pues, músicos palentinos, imitad el amor espiritual de vuestra esclarecida Patrona; el único que puede haceros dignos del honroso título que llevais. Imitemos todos, hermanos mios, imitemos todos tan elocuente ejemplo: miremos las bellezas sensibles como un medio, como una escala para subir á la belleza espiritual, sobrenatural y divina. Perfeccionemos con la virtud y la santidad la imagen divina que llevamos impresa en nuestras almas; y, apasionados por ella, triunfaremos como triunfó Cecilia, de los falaces halagos del sensualismo, y como ella disfrutaremos también, después de esta vida, de la contemplación y del gozo de aquella belleza increada que forma la dicha inmutable y permanente de los bienaventurados en la Gloria.

AMÉN.

SANTA BÁRBARA

COMO PATRONA DE LOS MINEROS

Ubi non est scientia animæ non est bonum.

En donde no hay ciencia del alma, no hay bien.

Prov. XIX, 2.

A. O.

La sociedad en los hombres y la unión en los cuerpos, son dos palabras que expresan, bajo diferente aspecto, una misma idea fundamental; la necesidad que tienen todas las criaturas de auxiliarse unas á otras, y la tendencia consiguiente á realizarlo para cumplir su destino. Necesidad y tendencia que satisfacen los seres racionales bajo la ley meritoria del amor, mientras que se cumplen en el orden físico bajo la ley fatal de la atracción. En virtud de ésta, se unen las moléculas entre sí para formar los cuerpos; se combina la luz con los cuerpos para desplegar los colores; se acercan los seres inorgánicos á los orgánicos para alimentar la vida: éstos se incorporan á los animales para sostener el instinto; y todos se incorporan al hombre, para constituir la morada y el instrumento de nuestro espíritu racional.

Y es digno de notarse que, en esta incorporación ascendente, los seres inferiores son los que más van ganando; porque participan de las excelencias de los seres superiores. Si las moléculas dan la materia á los cuerpos, también encuentran en éstos la forma, la magnitud, la consistencia y solidez que no tendrían en su aislada é imperceptible existencia. Merced á esta unión, pueden adquirir el valor de una moneda, la predilección del diamante, el esplendor de una corona, los honores de una estatua, y hasta la reverencia de un templo. Si la materia presta á la luz su substancia, la luz presta á la materia su hermosura, pintándola con muy variadas y primorosas tintas, que la hacen objeto de la distracción, la admiración y el entusiasmo del hombre, y muy especialmente de los pintores y poetas; á cuyo rango no llegaría si permaneciese envuelta en las tinieblas primitivas. Si los minerales alimentan á los vejetales, también éstos les hacen participantes de su vida, asimilándolos á su propia substancia y concediéndoles un puesto en esas delicadas funciones de contínua, misteriosa y admirable transformación, que se verifican en su seno; puesto, que jamás conquistarían en los dominios de su propio reino. Si los vejetales nutren á los animales, también éstos, en virtud de una asimilación análoga, les recompensan generosamente, compartiendo con ellos los placeres de sus sentidos y las glorias de su instinto; glorias y placeres que no tienen lugar en el grado inferior de la vida. Por último, si los animales con los otros reinos inferiores concurren al servicio del hombre, también éste les paga con usuras; ora proyectando sobre ellos la maravillosa luz de su inteligencia, que los inunda de una claridad inefable y los eleva á una existencia ideal y científica, mucho más noble y pura que la existencia real; ora haciéndoles objeto de su actividad libre, que los depura y afina, los educa y perfecciona, haciéndoles entrar en las nobles esferas del arte, de la industria y del comercio.

Que lo mismo sucede en el orden moral, no hay para qué detenerse en exponerlo; porque está en el convencimiento de todos, que los hijos participan de las riquezas, los honores y la consideración de sus padres; que los ciudadanos se honran con las gloriosas tradiciones de su patria; que las artes se enriquecen con los adelantos de las ciencias que las dirigen; y que los pueblos se cubren con los resplandores de la civilización que les domina. Y siendo como es así, cualquiera comprende que no hay razón alguna

para eximir de esta ley al alma y al cuerpo humano, unidos también, y unidos de la manera más íntima y perfecta, para satisfacer sus necesidades y alcanzar su destino. Si el cuerpo presta al alma sus órganos y sus miembros para el ejercicio de su actividad; si el cuerpo, por servir y obedecer al alma, se doblega, se fatiga y suda, justo es que el alma haga también al cuerpo participante, en cierto modo, de su pureza, de su elevación, de su espiritualidad: justo es que el espíritu comunique á todas las operaciones de nuestras facultades y á todos los trabajos corpóreos, pensamientos nobles, estímulos generosos y fines elevados: lo cual quiere decir, que debemos explotar la mina de nuestro espíritu á la vez que se explotan las minas de la tierra. Y por cierto que de esa explotación espiritual nos ofrece un brillante ejemplo vuestra insigne Patrona Santa Bárbara, quien por ese medio llegó á enriquecerse con todo género de virtudes. Queda, pues, indicado el objeto de mi discurso, que formularé de la siguiente manera: *La explotación de la mina de nuestro espíritu, á ejemplo de Santa Bárbara, debe acompañar y ennoblecer á la explotación de las minas de la tierra.* Presentado el panegírico bajo este aspecto, no deja de ofrecer para mí serias dificultades, obligándome su desarrollo á penetrar en un terreno que desconozco. Cuento, sin embargo, con vuestra indulgencia, mis amados oyentes, y sobre todo con la gracia de Dios, que os ruego me ayudeis á implorar, por la intercesión de la Santísima Virgen saludándola con el Ángel: Ave-María.

Ubi non est scientia animæ non est bonum.

En donde no hay ciencia del alma no hay bien.

Prov. XIX, 2.

1.º

A. H.

Yo no soy competente, mejor dicho, yo soy enteramente profano en la ciencia y en el arte de la Minería; pero creo que, sin ofender en nada la dignidad de vuestra honrosísima profesión, podré considerarla en tres momentos diferentes, á saber: trabajos de investigación y descubrimiento, trabajos de extracción y trabajos de purificación. Veamos pues, con la brevedad que nos sea posible, la ventajosa influencia que podeis y debeis recabar de vuestro espíritu en aquellos tres períodos.

En el primero, que hemos llamado de investigación y descubrimiento, me parece á mí que predomina la parte científica, el elemento facultativo, la intervención luminosa de los señores ingenieros; cuya misión veo íntimamente relacionada con un suceso bíblico, que voy á permitirme recordaros en este momento. Dios Nuestro Señor había prometido al pueblo hebreo la posesión de la tierra de Canaam, aunque por medio de la lucha y la conquista. Mas, antes de emprenderla, Moisés escogió doce varones entre los

principales de las tribus de Israel, *ex principibus;* y los mandó á explorar y reconocer el suelo y la población, los frutos y las riquezas, las montañas y fortificaciones de la tierra prometida. Los legados la recorrieron toda de norte á sur y de oriente á poniente; regresando, al cabo de cuarenta dias, con racimos, granadas é higos de grandes dimensiones y de exquisito gusto, como muestra de la extraordinaria fertilidad de aquel país, y con todas las noticias que deseaba el inspirado Caudillo del pueblo de Dios.

Distinguidos ingenieros: yo creo que vosotros sois los ilustres representantes de aquellos escogidos exploradores. Sí, Dios prometió al hombre desde un principio el dominio de todos los reinos de la naturaleza; pero también á condición de conquistarlos con los esfuerzos de la lucha, con el sudor de su frente: *in sudore vultus tui.* Y el hombre, ó sea la sociedad, para disponer la conquista con prudencia y acierto, escoge y manda á cada uno de ellos sus respectivos exploradores, que no son otros que los ingenieros, elegidos entre los principales, *ex principibus*, en la esfera de la ciencia y del talento. Y, mientras unos se dedican á explorar el reino de las plantas, como los agrónomos y de montes; otros el reino de las aguas, como los de canales y puertos; otros el reino de las fuerzas y resistencias, como los mecánicos, industriales y militares; vosotros estais encargados de la exploración del reino mineral. A vosotros corresponde la investigación y el descubrimiento de los dominios subterráneos; penetrando allí con la luz de vuestros conocimientos profesionales; pasando escrupulosa revista á todos los caracteres físicos, químicos y geológicos de las capas ó extratificaciones terrestres, y como tomando el pulso á esa especie de venas colosales que serpentean en las entrañas de nuestro globo, á fin de sorprenderles algún síntoma que revele el valor de las substancias que tan silenciosamente guardan.

En esta tarea empleais mucho tiempo, y tropezais con muchas dificultades, y os asaltan muchas dudas; y veis muchas veces desmentidas vuestras previsiones, errados vuestros cálculos, y defraudadas vuestras esperanzas. Pero llega un momento feliz: de repente brilla en vuestros ojos un rayo de sólida esperanza, á la vez que se dibuja en vuestros labios la sonrisa de la satisfacción. Es que habeis visto una señal indudable, inequívoca: estais pisando las fronteras de un nuevo y rico señorío: se ha descubierto la codiciada mina. Entonces os apoderais de unos preciosos ejemplares, como

trofeos de vuestro triunfo; y con ellos os presentais á la sociedad diciendo: «Hé aquí las primicias de una nueva comarca, que puede engarzarse en la corona de tu soberanía: es un foco de calor, bajo la forma de hulla, capaz de multiplicar la temperatura de tus gabinetes, la velocidad de tus movimientos y la construcción de tus artefactos: es un manantial de prosperidad, bajo la forma de hierro, cobre, plata, oro, ó cualquier otro precioso metal, que puede aumentar tus comodidades y tus placeres, engrandecer tu comercio y tu industria, levantar tu riqueza, tu consideración y tu prestigio. Vengan, vengan capitales y operarios, vengan máquinas é instrumentos, para emprender su explotación.» Y concurren los operarios y los capitales, y se aprestan los instrumentos y las máquinas; y la explotación empieza, y los rendimientos corresponden, y el nuevo metal entra á tomar parte en el gran concierto de los servidores del hombre.

¿Qué hay hasta aquí, hermanos mios? Pues no hay más que una inteligencia luchando á brazo partido con la reserva inconsciente de la naturaleza: el espíritu luchando con la resistencia pasiva de la materia: lucha en que no pocas veces esa inteligencia y ese espíritu se fatigan, se rinden y sucumben, en cambio de algunas otras en que alcanzan la victoria. Pero, señores, el hombre, por su inteligencia y por su espíritu, es muy superior á la materia, es el rey y señor de la materia, es el maestro y director de la materia; luego la lucha de nuestro espíritu eminentemente activo contra la resistencia pasiva de la materia, representa la lucha de un gigante con un pigmeo, de un rey con su vasallo, de un señor con un esclavo, de un maestro con un ignorante: y, francamente, la lucha de un gigante con un pigmeo, la lucha de un señor con un esclavo, la lucha de un rey con un vasallo, la lucha de la ciencia con la ignorancia, es una lucha muy triste; y la victoria de los primeros sobre los segundos es una victoria miserable; y los esfuerzos y las fatigas que les cuesta son unos esfuerzos y unas fatigas muy degradantes. Y esto sucede, porque hasta ahora, no ha aparecido la intervención de la ciencia del alma, de las ideas y verdades supremas que atesora nuestro espíritu: *Ubi non est scientia animæ non est bonum.*

¿Queréis convertir aquella lucha tan triste en una lucha dignísima, aquellos esfuerzos degradantes en unos esfuerzos muy nobles, y aquella victoria miserable en una victoria muy gloriosa?

Pues volvéos sobre vuestra alma, explotad la mina de vuestro espíritu, y encontrareis enseguida una idea sublime y poderosa, capaz de obrar ese prodigio: la idea de un Dios omnipotente y sabio, creador y conservador de toda la naturaleza y de todas las fuerzas de la naturaleza; y, por consiguiente, causa primera de todos los arcanos y misterios que encierra el orden físico. Proyectad la luz brillantísima de esta verdad soberana sobre todos vuestros trabajos de investigación y descubrimiento, y vereis como todo lo que tenían de triste, degradante y miserable, se transforma en digno, satisfactorio y glorioso. Desde este momento, la resistencia y las fuerzas de la naturaleza se nos presentan como expresiones del poder divino; y ¿qué tiene de extraño ni de humillante el que el espíritu humano se fatigue, se rinda y sucumba ante la omnipotencia infinita de Dios? Desde este momento los profundos secretos de la naturaleza se convierten en secretos de la ciencia de Dios, y toda la creación en un libro escrito por Dios; y ¿qué cosa más digna para la humana inteligencia, que dedicarse á estudiar, á investigar, á interpretar los secretos de la ciencia de Dios, y á leer y entender un libro dictado por su infinita sabiduría? Desde este momento vuestros triunfos sobre la materia, vuestros descubrimientos naturales, se convierten en descubrimientos de las riquezas de Dios, en interpretaciones del lenguaje de Dios, en resoluciones de los enigmas propuestos por Dios; y ¿qué mayor gloria que la de entender el lenguaje de Dios, y descubrir las verdades de Dios, y descifrar los enigmas de Dios? Si alcanzaron y alcanzan ilustre fama en el Estadio de la opinión científica, los que á fuerza de tiempo, trabajos y desvelos, han logrado interpretar los jeroglíficos del Egipto y las antiguas escrituras de la India y de la China, porque revelan el antiguo pensamiento del hombre; ¿cuánto más glorioso y laudable será llegar á descifrar los signos y caracteres de la naturaleza, que revelan el eterno pensamiento de Dios?

Pero hay más: toda vuestra misión, al parecer, no tiene más motivo que un encargo de la sociedad, ni más fin que una porción de mineral, más ó menos precioso; es decir, la voluntad humana por base, y la utilidad de la materia por término. Pero la voluntad humana es caprichosa, antojadiza, mutable, y en todo caso perecedera, como la sociedad á quien pertenece; y la materia, á su vez, por muy útil y preciosa que sea, es más vil y deleznable que la sociedad. Luego vuestra misión, encerrada entre estos dos extre-

mos, no traspasa los límites del tiempo: todas vuestras aspiraciones no serán más que aspiraciones temporales: todos vuestros frutos no serán más que frutos temporales: todos vuestros méritos no serán más que méritos temporales; y todas vuestras glorias no serán más que glorias temporales. ¡Ah, señores! Me parece que en este momento oigo una voz que sale del fondo de vuestro corazón, diciendo: «No me conformo con eso: mis ambiciones no caben en el tiempo: el tiempo no basta para premiar mis méritos, ni para recompensar mis sacrificios: ó la eternidad ó nada.» Y teneis razón: y yo os alabo por ese arranque digno y magnánimo: ó la eternidad ó nada. Y es que os habeis adelantado á mis indicaciones: sin esperar á que yo os lo mandase, espontáneamente habeis sondeado los secretos de vuestra conciencia, habeis vuelto á explotar la mina de vuestro espíritu; y encontrando en él esa tendencia innata, irresistible, hácia lo inmortal y eterno, y viéndola cohibida y violentada en la cárcel del tiempo, con que yo al parecer os amenazaba, vióse comprimido y contrariado vuestro noble y cristiano corazón, desahogándose con esa exclamación dignísima: ó la eternidad ó nada. Pero tranquilizaos, que, Dios mediante, será la eternidad; porque está en vuestras manos con la ayuda de Dios, que nunca falta; y no creo que por vuestra parte lo mireis con indiferencia. Penetrad, penetrad un poquito más en la mina de vuestro religioso espíritu, y, al lado de las verdades anteriores, encontrareis otra no menos eficaz y luminosa: la idea de un Dios próvido, remunerador de la virtud, del trabajo y del mérito, á la vez que vengador del vicio, de la pereza y del abandono. Informad con esta idea el principio y el fin de vuestra nobilísima misión: hacedlo todo por Dios y para Dios; sea vuestro motivo principal el amor de Dios; y vuestro fin supremo la gloria de Dios. Y Dios, que no se muda como el hombre, que de nada se olvida como el hombre, que no perece como el hombre, que no es aceptador de personas como el hombre: Dios, que es eterno, inmutable y justo, conservará eternamente vuestros esfuerzos, vuestros servicios y vuestros méritos; y hará también eternos é inmutables vuestros premios y vuestras glorias; como que Él mismo será vuestra gloria y vuestro premio: *Ego ero merces tua:* Yo seré tu recompensa.

No de otra manera alcanzó su gloriosa inmortalidad vuestra insigne Patrona Santa Bárbara. Esta virgen y mártir del siglo III del Cristianismo, honra y admiración de la iglesia de Nicomedia,

tuvo también su período de investigación y descubrimiento. Nacida de padres gentiles y respirando una atmósfera impregnada de todos los errores y torpezas del paganismo, pero dotada de un noble corazón y de un talento excepcional, comprendió muy pronto que aquellos dioses no eran verdaderos dioses, que aquella religión no era la verdadera religión, que aquella vida no era la verdadera vida, que su espíritu no estaba en su verdadero centro. Y desde luego, desde sus más tiernos años, se propuso investigar y descubrir el tesoro de la verdad que echaba de menos su clara inteligencia, y la mina del bien que anhelaba su inocente corazón. Para ello entra dentro de sí misma, trata de explotar la mina de su alma, encuentra en ella la fuerza poderosa del raciocinio, la aplica á la observación sensible del universo; y, al ver la multitud y grandeza de sus mundos, al convencerse de la estabilidad y constancia de sus leyes, al comprender el ordenado concierto de todas sus fuerzas, al sentir las incomparables bellezas de sus obras, despliega las alas de su razón, se eleva de los efectos á las causas, y no pára, no se detiene hasta llegar al mismo trono de Dios. «No, esto no es obra del hombre, dice llena de convicción; esto no es obra del hombre como son los dioses que adora mi padre; esas inmensas moles reclaman un poder inmenso; esas leyes inmutables suponen un legislador inmutable; ese ordenado concierto revela una inteligencia infinita; esas incomparables bellezas reflejan una belleza absoluta: y esa causa inmensa, inmutable, omnisciente y absoluta, esa causa sin causa, ese principio sin principio, ese será el verdadero Dios.» Desde esta sublime altura, vuelve sus ojos, como era natural, hacia la Religión Cristiana: busca, indaga y se proporciona maestros sabios y virtuosos, que la inicien en las doctrinas del Crucificado; y se crée que Orígenes, el sabio Orígenes, antes de su caida, la instruyó y la confirió el bautismo. ¡Dichosa tú, joven y distinguida doncella, dichosa tú que estás ya en posesión de la verdadera mina, de la mina inagotable de verdad y de bien, que es la Religión Católica; mientras tu cruel y obcecado padre permanece impasible, con otros muchos, en el estéril desierto de la idolatría! Desde ahora, hermanos mios, desde ahora es de admirar el celo, la firmeza y la constancia con que esta ilustre heroina explota en su espíritu las sublimes verdades de la Sacrosanta Religión que acaba de abrazar, obteniendo copiosísimos frutos, cuales son las heróicas virtudes que veremos más adelante.

2.º

Recordareis que hemos llamado al segundo momento ó período trabajos de extracción. Señores: así como una madre cariñosa y tierna consiente ser despedazada y muerta antes que dejar arrebatarla sus hijos, así es necesario violentar, abrir y despedazar la tierra para arrancarla las minas, que son sus hijas. Y éstas, á su vez, están tan adheridas, tan encariñadas, digámoslo así, con el seno de su madre, que no es posible desprenderlas sinó á pedazos. De aquí la necesidad de la fuerza física, de mucha fuerza física, para realizar la extracción; predominando, por consiguiente, en esta clase de operaciones, el trabajo corporal de los operarios, bajo la dirección facultativa. Sí, honrados trabajadores, laboriosos y recomendables mineros: á vosotros principalmente me dirijo ahora. Vosotros, con vuestro robusto brazo, auxiliado de la pica y el barreno, sois los llamados á humillar la altanería de los montes, á vencer la dureza de las rocas, á quebrantar la coraza de nuestro globo y abriros paso con heróico denuedo por entre sus recónditas y tenebrosas profundidades. Porque la tierra, hermanos mios, como si hubiera previsto desde luego que sus ocultos tesoros llegarían á excitar la codicia del hombre y provocar su invasión, aparece guarnecida con todo género de defensas. Montañas inaccesibles, que se levantan sobre sus criaderos, á manera de gigantes encargados de vigilar y defender la entrada de las minas y de producir con el pánico el retraimiento de los hombres: trincheras inmensas de durísima roca, capaces de inspirar la retirada á cualquier temerario que se atreva á probar fortuna; y hasta sorprendentes y temibles celadas, puestas en los accidentes caprichosos de los terrenos, y que pueden producir hundimientos desastrosos, cuyo peligro solamente basta para intimidar al ánimo más esforzado: todo ésto y mucho más que ésto opone la tierra á la invasión de sus interiores dominios; y todo ésto y mucho más que ésto ha de ser vencido y dominado por vosotros.

Sí, vosotros sois la falange escogida de la milicia del trabajo, para arrostrar aquellos peligros, para tomar aquellas trincheras, para vencer aquellos gigantes. Y en efecto; ante vuestros atléticos esfuerzos, no hay peligro que os detenga, no hay trinchera que se resista, no hay gigante que no sucumba, no hay plaza que no se

tome: y, como ejército victorioso, entrais al saqueo de sus riquezas; y trozo á trozo, y palmo á palmo, á fuerza de trabajo, entre la obscuridad cavernosa de las galerías y el estruendo aterrador de los barrenos y el silencio imponente de esas regiones sepulcrales, vais produciendo el vacío en las arcas subterráneas, y trasladando sus tesoros á la luz del sol y á las manos de la sociedad. ¡Ah! trabajo digno, hermanos mios, empresa laudable es ésta que vosotros llevais á cabo. Pero ¿comprendéis vosotros toda su dignidad y toda su gloria? Mejor dicho: ¿ponéis vosotros en vuestro trabajo toda la gloria y toda la dignidad que debe tener?

A primera vista, en vuestras rudas y afanosas tareas, parece que solo juegan los resortes siguientes: el aguijón de la necesidad, por principio; la satisfacción de la necesidad, por fin; y las fuerzas corporales por medio. Trabajar, porque sin esto, no tendrías que comer; trabajar para ganar que comer; trabajar con el cuerpo solo y para el cuerpo solo. Señores; si no hay más que esto en vuestro trabajo; si en esto solo se encierran todos vuestros motivos, todos vuestros fines y todos vuestros pensamientos, será preciso confesar que vuestros trabajos son unos trabajos muy pobres, muy miserables, muy indignos; porque les falta la participación del espíritu, la ciencia del alma, el resplandor vivificante de las verdades espirituales: y donde falta la ciencia del alma no hay verdadero bien para el hombre: *Ubi non est scientia animæ non est bonum*. Y en efecto, las fieras también se mueven por el estímulo de sus necesidades, y consiguen la satisfacción de sus necesidades, y emplean las fuerzas de sus órganos para apoderarse de su presa: luego en esto no os distinguis de los animales; luego, con aquellos elementos solos, vuestros trabajos no serán más que trabajos animales, no alcanzarán la categoría de trabajos húmanos. Y, sin embargo, vosotros sois muy superiores á los brutos: vuestro cuerpo está animado por un espíritu racional é inmortal; y, por consiguiente, debe reflejar sobre vuestros trabajos la aureola de la racionalidad y la inmortalidad.

¿Queréis ver, mis amados hermanos, cómo crece y se eleva y se transfigura la aparente humillación de vuestro destino? Pues volveos sobre vosotros mismos, dedicad un momento siquiera á la explotación de la mina de vuestra alma, y descubriréis enseguida una idea profundamente social y admirablemente expansiva: la idea de la confraternidad universal, la verdad inconcusa de que

todos los hombres somos semejantes en naturaleza, somos hermanos y constituimos una sola é inmensa familia; familia cuyos lazos se estrechan, se avaloran y subliman entre los cristianos; porque, además de ser hermanos en la naturaleza, somos también hermanos por la gracia en Nuestro Señor Jesucristo. Aplicad ahora, laboriosos mineros; aplicad ahora esta idea tan trivial y esta verdad tan notoria, al principio y al fin, al motivo y al objeto de vuestros trabajos; y veréis como todos vuestros estímulos y todas vuestras aspiraciones, salen del estrecho círculo del cuerpo y de la miserable esfera del egoismo. Entonces os representaréis á todos los hombres amándose como hermanos, auxiliándose como hermanos, trabajando y sacrificándose los unos por los otros como hermanos; y os convenceréis de que los trabajos y sacrificios de las otras clases de la sociedad, son como inmensas oleadas de utilidad común, que partiendo de su respectivo centro, se dilatan en todas direcciones, y llegan hasta vosotros en las variadas formas de instrucción, industria, comercio, artes y oficios, de que se aprovechan vuestra alma y vuestro cuerpo. Y, convencidos de todo ésto, comprenderéis también que, en justa gratitud, cada golpe de vuestra piqueta, cada gota de vuestro sudor, cada producto de vuestro trabajo, deben formar sus oleadas correspondientes, que pasando de familia en familia, de clase en clase, de pueblo en pueblo, lleguen hasta los últimos confines del espacio. ¡Ah! hermanos mios, entonces diréis: «Yo trabajaré con gusto, yo trabajaré con firmeza, yo trabajaré siempre, no sólo por necesidad sino también por gratitud; no por egoismo sinó por amor; por amor y gratitud á todos mis hermanos, á todas las clases de la sociedad, que á su vez están trabajando y sudando en beneficio mío. Y trabajaré, aunque no lo necesite, porque pueden necesitarlo y de hecho lo necesitan muchos de mis hermanos. Fuera, fuera de mi corazón ese egoismo rastrero, antisocial é inhumano, y venga en su lugar á presidir todos mis trabajos esa caridad bendita, con sus nobles y generosos impulsos.»

Pero no basta dar amplitud y generosidad á vuestros estímulos y á vuestras aspiraciones: hay que elevarlos también á la altura correspondiente. Si la idea de confraternidad universal es el calor que los dilata, la idea de la paternidad común será la fuerza que los eleve. Sondead algo más la mina de vuestro espíritu; y allí encontrareis, grabadas por la fé y conservadas por la educación, las verdades siguientes: El trabajo es una ley impuesta por Dios; *In*

sudore vultus tui vesceris panem. El trabajo es además un castigo, una reparación, que Dios nos exige por el pecado de origen; y, por consecuencia de ser un deber y un castigo impuesto por Dios, es también un mérito á los ojos de Dios, si lo cumplimos y soportamos con paciencia. Un deber, una reparación, un mérito..... ¡Ah! hermanos mios. ¡Qué ideas tan luminosas y eficaces! Ellas levantan de un golpe al pobre trabajador, desde la ínfima capa de la sociedad hasta lo más alto de los cielos: y, si las tuviérais siempre á la vista, jamás, jamás habitaría en vosotros ni la desobediencia, ni la envidia, ni la soberbia, ni la ira, ni la desesperación, ni la blasfemia.

El trabajo es un deber para con Dios; luego yo humilde trabajador, á la vez que alcanzo á toda la humanidad con la influencia de mis fatigas, me levanto hasta el mismo Dios por el origen de mi trabajo. Luego yo, obscuro minero, cuando obedezco á un capataz, á un ingeniero, á un empresario, no obedezco propiamente á un hombre, obedezco á Dios: y ¿qué hay de servil ni de humillante en obedecer á Dios? ¿Qué motivos tengo yo para oponerme, para revelarme contra la ley de Dios, que es mi criador y mi padre? El trabajo es un deber de todos los hombres para con Dios: luego yo, derramando mi sudor en las ocultas soledades de una mina, me pongo, ante los ojos de Dios, al nivel del ingeniero que trabaja con su inteligencia, del letrado que trabaja en su despacho, del sabio que trabaja en su bufete, del general que trabaja en su tienda de campaña, y del rey que trabaja en su trono. ¿Por qué, pues, he de tener envidia de nadie? El trabajo es un castigo, una reparación, que Dios nos exige por nuestros pecados; y ¿qué cosa más racional que dar satisfacción por las ofensas hechas á un padre? Luego yo, que llevo en mi naturaleza, como llevan todos los hombres, el reato del pecado original; yo que además he cometido tantos pecados personales, tantas ofensas á la Majestad divina, debo aceptarlo y lo acepto con todas las veras de mi alma; y lo aceptaría aunque me considerara de todo punto inocente, para ofrecerlo en satisfacción de las debilidades y miserias de mis hermanos. El trabajo es un mérito á los ojos de Dios. ¡Ah! Feliz descubrimiento: luego yo no pierdo ni un movimiento de mi brazo, ni una gota de mi sudor, ni una sola de mis fatigas: todo, todo cae, todo se guarda, todo se conserva en la balanza de la justicia divina, para recompensarlo centuplicadamente. Pues entonces, ¿por qué mi pe-

reza? ¿Por qué mi disgusto? ¿Por qué mi desesperación, ante el peso y la constancia del trabajo? ¡Ah! Perdonadme, Dios mío, perdonadme, si hasta aquí, he mirado con apatía, con odio y con desesperación el trabajo corporal: yo no había comprendido sus magníficas excelencias. Desde hoy trabajaré con paciencia, con resignación, con gusto, alabándote y bendiciéndote en medio de mis esfuerzos, en vez de blasfemaros, como quizá haya hecho alguna vez. ¿Qué me importa que los hombres no vean, ni agradezcan, ni recompensen debidamente mis trabajos? Los veis Vos, Dios mío, y basta; porque vuestra recompensa ha de ser más justa y muy superior á lo que puedo esperar de la sociedad.» Así, hermanos mios, así debeis pensar y obrar, como pensó y obró vuestra Santa Patrona.

En efecto, señores: Santa Bárbara, para explotar en su espíritu la mina de la Religión cristiana, que acababa de profesar, tuvo que vencer grandes dificultades y soportar enormes trabajos. El enemigo del bien de las almas y de toda perfección espiritual, la opuso también, como os opone á vosotros la naturaleza, gigantes monstruosos para amedrentarla, fuertes vallas para contenerla, y astutas celadas para sorprenderla. Empezó por emplear contra ella los recursos de la seducción, ocultos bajo el brillo de las riquezas, el aliciente de las comodidades y el atractivo de un ventajoso matrimonio; todo lo cual podía prometerse de la opulenta posición de su padre Dióscoro. Después acudió el enemigo infernal á los recursos de la fuerza, inspirando á Dióscoro una crueldad inaudita y bestial contra su propia y única hija: crueldad que le movió á perseguirla, golpearla, arrastrarla y delatarla por cristiana, presentándola él mismo, atada como una criminal, al presidente Marciano. Este continuó desplegando contra la inocente virgen todo el rigor y toda la crueldad que había iniciado su desnaturalizado padre, no perdonando ni los golpes, ni el hierro, ni el fuego, para hacerla sacrificar á los ídolos. Pero nuestra Santa acudió á la mina de su espíritu: allí encontró los sublimes dogmas de la fé que ilustraban su inteligencia, y la gracia de Dios que fortificaba su voluntad. De aquellos dogmas y de esta gracia sacó las fuerzas necesarias, las heróicas virtudes con que triunfó de tantos enemigos. Sacó humildad bastante para recibir sumisa tanto desprecio: sacó abnegación bastante para vilipendiar las riquezas, las comodidades y los honores: y castidad bastante para preferir la virginidad á los

placeres del matrimonio; sacó paciencia bastante para sufrir las crueldades de su obcecado padre y del sanguinario presidente: sacó fortaleza bastante para defender delante de los tiranos la gloria de Dios y la verdad del Cristianismo, y para negarse á dar culto á los ídolos de la gentilidad: y sacó caridad bastante, bastante amor divino, para merecer que Dios acreditase su inocencia con patentes milagros: tales fueron, la instantánea división de una roca para franquearle el paso, cuando huía de la persecución de su padre; la curación repentina, de la noche á la mañana, de tantas y tan profundas llagas como habían abierto en su cuerpo las manos de los verdugos; y después de su martirio, la súbita y aterradora muerte de su verdugo y padre, al golpe de un rayo, estando el cielo en completa tranquilidad y calma. ¡Tantas, tan grandes y tan gloriosas fueron, mis queridos hermanos, las virtudes que sacó vuestra Santa Patrona de la explotación de su espíritu!

3.º

A la extracción debe seguir la purificación, que es el tercero y último período de vuestros trabajos, según el orden propuesto. Señores: en la tierra, lo mismo que en toda la naturaleza, hay una compenetración é intimidad muy notables entre todos sus elementos: y, como si la proximidad y la unión engendraran en ellos la simpatía, no es posible separarlos sin que lleven consigo algún cortejo de los antiguos compañeros de su existencia. De aquí lo difícil que es, por no decir imposible, extraer algún mineral completamente puro, y la consiguiente necesidad de lavarlos y depurarlos; para lo cual empleais dos medios, dos fuerzas, el fuego y el agua. Pues una cosa parecida sucede en la naturaleza humana. Entre el alma y el cuerpo, la razón y la sensibilidad, la voluntad y los apetitos, hay una compenetración mucho más íntima y perfecta, que la que existe en el orden físico. De aquí el que nuestras acciones y nuestras virtudes no salgan con toda la perfección, con toda la hermosura, con toda la excelencia de un espíritu puro; sinó que, por regla general, llevan siempre algo de la bajeza del cuerpo, de la debilidad de la carne, de la torpeza y grosería de la materia. Razón por la cual hay que lavarlas, purificarlas y perfeccionarlas. Y ¿cómo? ¡Ah! Consultad de nuevo á vuestro espíritu, registrad un poco más la ciencia superior de vuestra alma, el depósito de la

fé que allí se atesora; y él os enseñará dos medios excelentes, eficacísimos, análogos á los que empleais en la purificación de los minerales; y son, las aguas de la penitencia y el fuego del sacrificio. Porque la Religión Católica, señores, previsora y consecuente en ésto, como en todo lo demás, tiene también para la purificación del espíritu y de las obras espirituales, sus lavaderos y sus hornos; los lavaderos son los tribunales de la penitencia, las confesiones sacramentales; y los hornos son los augustos tabernáculos del altar, donde se contiene el fuego del amor divino.

¡Ah, hermanos mios, así facultativos como operarios! Nunca me cansaría de recomendaros ésto: frecuentad la confesión sacramental: acostumbráos á la práctica del sacrificio. ¿Queréis que sean eficaces y provechosos en vuestro propio ser, quereis palpar, digámoslo así, en vosotros mismos, aquellos grandes pensamientos, aquellos caracteres nobilísimos de generosidad, de elevación y de gloria, que deben tener vuestros trabajos? Pues acudid algunas veces siquiera durante el año al santo tribunal de la Penitencia, para lavar allí las manchas de vuestra alma, para limpiarla de los elementos heterogéneos que la desfiguran. ¿No será muy triste y hasta vergonzoso, que se gaste tanto tiempo, tanta cuidado, tanto esmero, en limpiar y purificar un pedazo de carbón, de hierro, de plata, ó de oro, para presentarlo á la vista de los hombres; y en cambio, no nos cuidemos nada, ó casi nada, de limpiar y purificar nuestras almas, para presentarlas á la vista de Dios? No será el mayor contrasentido, impropio de un ser que piensa y discurre, el afanarse, el desvelarse, el sacrificarse por afinar y perfeccionar un poco de materia, hasta hacerla digna de figurar en una exposición, con el fin de obtener una miserable medalla, un vano diploma, ó unos cuantos centenes, único premio que pueden dar los hombres; y no hacer nada, ó casi nada, por perfeccionar nuestra alma y nuestras virtudes, para hacerlas dignas de figurar en aquella gran exposición, en aquella exposición tremenda, que se llama Juicio final, con el fin de obtener el premio eterno que debemos esperar de Dios? Bueno es lo primero, bueno es perfeccionar la materia y el cuerpo; pero sin olvidarse nunca de que tenemos otra obligación más alta, la obligación de perfeccionar el alma.

También es necesario, hermanos míos, el fuego del sacrificio: no basta limpiar las manchas, hay que extirpar, hay que quemar hasta las últimas raices de los malos hábitos, de las malas inclina-

ciones. Hay que sacrificar, en aras de la virtud y del amor divino, en aras de la familia y de la sociedad, esas pasiones degradantes y funestas, como el juego, la embriaguez y la ira, que son enemigas irreconciliables de vuestras necesarias economías y de vuestro bienestar. En el mismo caso están la maldición y la blasfemia. ¡Oh! hermanos mios: la blasfemia..... arrancad, quemad, por Dios, hasta la última raiz de la blasfemia, que es la provocación más irritante y estúpida que se puede dirigir á la Divinidad. Sacrificad todas, todas las malas pasiones, como las sacrificó vuestra ilustre Patrona. ¡Oh! y ¡qué sacrificios tan heróicos nos ofrece en su vida! Mirad, mirad cómo sacrificó sus riquezas, sus honores, sus comodidades y todos los placeres sensibles, en aras del amor divino. Mirad cómo ofreció á Dios el sacrificio de su sangre, derramada á torrentes por su feroz padre y por los sanguinarios verdugos. Mirad, por fin, cómo ofreció á su eterno y divino Esposo el sacrificio de su vida, poniendo su cuello al golpe que le descargó, con general asombro y escándalo, el mismo autor de su existencia. Grandes son, mis amados oyentes, grandes y sublimes son estos sacrificios; pero más grande es la corona de la inmortalidad que su alma recibió enseguida de la mano de Dios. Yo alabo, yo admiro, yo me entusiasmo, ante las elocuentes bocas de vuestras minas, ante la docilidad grandiosa de vuestras máquinas, ante la rapidez y perfección de vuestros procedimientos, y ante la magnitud asombrosa de vuestros resultados; porque todo ésto me está diciendo: «Por aquí pasa el talento del hombre; por aquí pasa la ciencia del hombre; por aquí pasa el valor del hombre; por aquí pasa la intrepidez del hombre.» Pero, señores, yo quisiera que me dijese también, y que lo dijera siempre: «Por aquí pasa el talento del cristiano: por aquí pasa la ciencia del cristiano: por aquí pasa el valor del cristiano: por aquí pasa la intrepidez del cristiano: por aquí pasa el heroismo del cristiano.»

Llegamos, mis amados oyentes, al término del discurso. En él hemos visto, que los seres superiores hacen participantes de sus excelencias á los inferiores que les sirven; y en su consecuencia, que nuestro espíritu debe extender los esplendores de sus excelsas prerrogativas y de sus más sublimes pensamientos á todos los actos de nuestras potencias y á todos los movimientos de nuestro cuerpo. A la luz de este criterio, hemos procurado explotar la mina de nuestra alma, á imitación de Santa Bárbara, para informar

y enaltecer con sus elementos todos nuestros trabajos, así científicos como orgánicos. Para los primeros, hemos encontrado estas tres ideas capitales; la creación, la inmortalidad y la Providencia. La creación, que nos presenta á la naturaleza como un libro de Dios, como un libro que revela el pensamiento de Dios, y cuya interpretación é inteligencia son mucho más gloriosas, que la inteligencia é interpretación de todas las obras que expresan el pensamiento del hombre. La inmortalidad, que salva los impulsos y las aspiraciones del ingeniero de los límites del espacio y del tiempo, y del incierto, movedizo y transitorio dominio de la apreciación humana. Y, por fin, la Providencia, que le garantiza la imparcialidad y la exactitud de los juicios de Dios sobre sus trabajos, y le asegura la eternidad de sus glorias y de sus premios. Para los trabajos orgánicos, ó de los simples mineros, nos ha proporcionado la explotación de la ciencia del alma estas luminosas verdades: la fraternidad universal y la paternidad común: la fraternidad universal, que les pone en mútua y generosa correspondencia con todos los trabajadores de la humanidad, es decir, con todos los hombres, con todas las clases sociales, con todos los pueblos del espacio; y la Paternidad común, que de un golpe los eleva hasta Dios, los une al mismo Dios con los tres anillos del deber, la satisfacción y el mérito. Y por último, hemos observado que los trabajos de purificación deben inspirar á unos y á otros la imprescindible necesidad de purificar también sus almas, con las aguas de la penitencia y el fuego del sacrificio.

Solo resta, mis amados hermanos, que sepais y sepamos todos aprovecharnos de tan claras y saludables doctrinas: sí todos, mis amados oyentes, porque todos somos y debemos ser trabajadores en este valle de lágrimas; y todos debemos hacer á nuestros trabajos, dignos, gloriosos y meritorios. Aprendamos, pues, todos, practiquemos todos la explotación de la riquísima mina de nuestro propio espíritu, como la practicó Santa Bárbara; para que, como ella, perfeccionemos nuestras obras, como ella santifiquemos nuestras almas; y, como ella, demos gloria á Dios por los siglos de los siglos.

AMÉN.

SAN JUAN BERCHMANHS S. J. [1]

In lege Domini voluntas ejus, et in lege ejus meditabitur die ac nocte.
En la ley del Señor está su voluntad, y en su ley meditará día y noche.
Ps. I, 2.

A. O.

Lo mismo en el orden físico que en el orden moral, en los dominios de la naturaleza como en las altas regiones de la gracia, llaman la atención dos clases de fenómenos: unos, por lo grandes, ruidosos y solemnes; como la asombrosa magnitud de los astros, la esplendente claridad de los rayos solares, el horrísono fragor de las tormentas, las formidables expediciones de los genios de la guerra y la prodigiosa y resonante conversión, santidad y celo de los Sáulos y Agustinos, de los Crisóstomos, Ferreres y Guzmanes: otros, por lo ténues, silenciosos y modestos; como el manar de una fuente, el nacer de una flor, la

(1) Sermón predicado en el Colegio de los PP. Jesuitas de Carrión de los Condes.

misteriosa elaboración de los sentimientos y las ideas, y el suave desarrollo y la saludable infiltración de las virtudes privadas. Los primeros son como los altos relieves y los colores más vivos, al paso que los segundos expresan los tonos más suaves y los bajos relieves de los magníficos cuadros de la creación. Aquéllos representan el elemento más fuerte y vigoroso, como si dijéramos la cabeza y los brazos; y éstos, la parte amorosa y tierna, ó sea el corazón, de ese gran coloso que se llama el orden universal. Unos y otros, pues, se suponen, se reclaman y se completan.

En esta segunda categoría, en esa línea de lo suave y tierno, de lo modesto y silencioso, figura la interesante vida del joven flamenco y ejemplar individuo de la ilustre Compañía de Jesús, el B. Juan Berchmanhs. Es una fuente de riquezas espirituales, que mana silenciosa bajo la sombra de su imponderable humildad. Es una flor de peregrina hermosura y celestiales aromas, que brota en la obscuridad de la pobreza y se abre y desarrolla en el retiro del claustro. Es una aparición angélica, que se desliza bajo la corteza de las miserias terrenales. Es, en una palabra, un santo, con tonos y matices originales; y una de las muchas glorias que honran y esclarecen el benemérito Instituto de San Ignacio, al que felicito desde aquí con toda la efusión de mi alma, por el nuevo triunfo que ha venido á aumentar los esplendores de su historia.

Fueron tantas las virtudes que florecieron en el privilegiado espíritu de nuestro héroe, que habiéndose propuesto algunos padres del Colegio de Malinas averiguar muy detenidamente si le faltaba alguna de las que practicaron todos los santos conocidos, convinieron y afirmaron que no le faltaba absolutamente ninguna (1). Sin embargo, al hacer su panegírico, las reduciré todas á dos centros, que pueden considerarse, supuesta la divina gracia, como el principio y origen de todas las demás, y son: la más exquisita é incondicional obediencia á todos los preceptos y á todas las reglas, y la incesante comunicación con Dios; lo cual me proporcionará la no despreciable ocasión de prevenir á mis oyentes, y sobre todo á los jóvenes, contra los dos vicios dominantes en la sociedad actual, á saber: una independencia absurda en todos los órdenes, y una comunicación preponderante y casi exclusiva con las criaturas materiales.

---

(1) Vida del Santo, por el P. Morell. Barcelona, 1865; pág. 57.

Queda enunciado el objeto y el plan de mi discurso. Para que su exposición sea digna y saludables sus frutos necesitamos el auxilio de la divina gracia. Ahí está su divino y generoso Autor dispuesto á escuchar y favorecer nuestras súplicas: pidámoselo rendidos ante su augusto tabernáculo y valiéndonos de la intercesión de su Santísima Madre, á quien obligaremos pronunciando la salutación angélica: Ave-María.

In lege Domini voluntas ejus.
Ps, I, 2.

A. O.

La natural imperfección y dependencia de todas las criaturas entraña la necesidad de ciertas normas ó reglas que dirijan y moderen todos sus actos; y de la mayor ó menor observancia de estas reglas depende su respectiva conservación, prosperidad y desarrollo. Siguiendo los astros las reglas de sus movimientos, brillan en las alturas celestes, y se glorifican con la admiración de los sabios, el entusiasmo de los poetas y la gratitud de todos los mortales: faltos de aquellas reglas y salidos de sus órbitas, piérdense en la inmensidad del espacio, deshechos en mil fragmentos y envueltos en las sombras del olvido. Observando en el cultivo de las plantas sus respectivas reglas climatológicas y orgánicas, despliegan los encantos de su lozanía y las riquezas de su fecundidad; pero olvidadas aquellas prescripciones, no tardan en ser víctimas de la tristura, la esterilidad y la muerte. En igual caso están nuestras nobilísimas potencias. Sometido el entendimiento á las reglas críticas y, sobre todo, á la regla soberana de la revelación divina, marcha con paso firme y con rumbo fijo á la conquista de la verdad, sin tropezar en los escollos del error; y ensancha, y fertiliza, y hermosea sus ideales dominios, hasta el punto de ofrecer á la con-

templación de las generaciones monumentos tan insignes como la Ciudad de Dios de San Agustín, la Suma de Santo Tomás, los trabajos científicos del P. Sechi, los Esplendores de la Fé del Abate Moigno y las originales, profundas y bellísimas Conferencias de los PP. Ventura, Félix y Montsabré; pero despreciadas aquellas reglas y abandonada á sí misma la razón humana, vaga indecisa á merced de todos los vientos, como barquilla sin timón y sin brújula, hasta naufragar en alguno de los mil sistemas, á cual más absurdos, que se dividen el imperio de la falsedad y las tinieblas. Así también la voluntad, mientras se ajusta á la norma de la ley, tanto natural como positiva, crece y prospera en la posesión del verdadero bien, exhala en torno suyo el delicioso aroma de las virtudes, y honra á la sociedad con las árduas empresas de los héroes y los edificantes ejemplos de los santos: al contrario, cuando el apetito se subleva contra toda ley, toda regla y toda autoridad, cuando sólo se inspira en la malhadada sugestión de las pasiones, consume toda su fuerza y toda su energía en los mentidos halagos del vicio, hiere los más tiernos sentimientos de la humanidad con los horrores del crimen, y siembra de ruinas, desolación y lágrimas todos los caminos de su existencia.

Todo esto lo comprendió bien pronto desde sus primeros años el angelical espíritu de Juan Berchmanhs, de quien puede decirse que el Señor le había prevenido con bendiciones de dulzura, según expresión del real Profeta (1): *Quoniam prævenisti eum in benedictionibus dulcedinis.* Así es que, en cuanto tuvo conciencia de su voluntad, la sometió, la adhirió á las leyes y preceptos de sus superiores, como se adhiere el aroma á la flor, la figura al cuerpo y la luz y el calor á los rayos solares: *voluntas ejus in lege Domini.*

Agonizaba el siglo XVI en medio de las hondas perturbaciones y sangrientas luchas de la reforma protestante, que no era más que la negación y el desprecio de toda regla y de toda autoridad que no fuese el espíritu privado ó la razón individual, cuando nació en Diest, ciudad de Flandes, un niño, que había de ser una rara y cumplida personificación del respeto y la sumisión á todas las reglas menos la de la propia voluntad y la razón privada. Este niño era Juan Berchmanhs, fruto bendito de sus honrados y virtuosos padres Juan é Isabel.

---

(1) Ps, XX, 4.

Su amor á las leyes y los preceptos divinos rayó tan alto, que, según testimonio de todos sus confesores y directores espirituales, conservó incólume toda su vida la inocencia bautismal: jamás una mancha de pecado mortal afeó la blanca túnica de la gracia santificante que recibiera en el bautismo, hasta el punto de no conocer siquiera los nombres de los vicios; y, lo que es más admirable todavía, cuidó con singular esmero y firme propósito de alejar de su alma hasta la más ligera sombra de pecado venial, hecho con deliberación y advertencia. Su docilidad á las órdenes de sus padres y maestros fué tan exacta y constante, que nunca mereció ni de unos ni de otros reprensión alguna. Su empeño en hacer todas sus obras conforme á las reglas de la prudencia fué tan decidido, que siempre pensaba de antemano tanto las ciertas como las eventuales, disponiendo el modo de realizarlas con la mayor perfección posible. Así salían medidos todos sus pasos, todos sus movimientos, todos sus discursos, todas sus respuestas, todas sus miradas, todas sus ocupaciones y todos los actos de su vida. Así convertía todo su ser en un harmonioso concierto, que cautivaba á los demás niños, y era el encanto y la admiración de cuantos tenían la dicha de conocerle.

Pero nuestro santo no se conformaba con ser un concierto, quería ser un concierto sublime: parecíale poco ser una obra de arte, quería ser una obra maestra; y para ello someterse á un trabajo más fino, á otras reglas más exigentes y más elevadas. Y, como las reglas se sacan de los modelos, y el modelo de los modelos es el divino Jesús, inclínase el prodigioso mancebo á vestir la sotana de la Compañía, que adoptaba por lema aquel Santísimo Nombre; y después de asegurarse de su vocación por todos los medios de la prudencia cristiana, inaugura su noviciado en Malinas á los diecisiete años de edad, pasando después al colegio romano, donde murió á los veintidos y cinco meses, es decir, en la flor de su vida.

No es fácil, mis queridos hermanos, encarecer debidamente la minuciosa exactitud y la extraordinaria perfección con que Juan se plegó á la vastísima y difícil regla de San Ignacio, en los cinco años que militó á sus órdenes. Él pidió y alcanzó del Superior que cuatro hermanos le vigilasen constantemente para advertirle cualquiera falta que cometiese: uno de ellos le avisó de una ligerísima omisión; y fué tal su agradecimiento, que en el acto rezó por él tres partes del rosario: el hermano, atraido por este lucro

espiritual, redobló su vigilancia; pero en vano, porque el cuidado que Juan tenía de sí mismo era muy superior á la inspección que sobre él podían ejercer todos los demás; así es que jamás le volvió á notar defecto alguno. En otra ocasión el maestro de novicios dispuso que todos éstos, que eran más de ciento, le presentaran cada uno una nota de las faltas que hubieran observado en Juan: abrió estas notas en la sala del Noviciado delante de todos, y vió con admiración que ninguno le había observado la más mínima falta. Lo cual está muy conforme con sus firmes propósitos, repetidos mil veces de palabra y por escrito: «antes morir mil veces que cometer el más mínimo pecado: antes morir que quebrantar alguna regla.» Siempre su voluntad adherida á la ley: *Voluntas ejus in lege Domini*. Tal era su religioso entusiasmo por el libro de las reglas, que, sobre tenerlo muy bien impreso en su memoria, lo tenía siempre abierto sobre su mesa, y al acostarse lo ponía debajo de su almohada, y junto con el Crucifijo y el Rosario lo estrechaba entre sus manos en el momento supremo de prepararse para partir de este mundo. Con las reglas vivía, con las reglas dormía, con las reglas soñaba, y las reglas eran para él un fecundo manantial de purísimos goces.

¿Cómo no había de ser perfecto y perfectísimo un joven tan observante y apasionado de las reglas más puras y más sabias de la vida humana? Así cada pensamiento, cada palabra, cada acto de sus facultades, era una pincelada magistral en el lienzo de su vida, donde iba extendiéndose, animándose y perfeccionándose en grado sublime la imagen del divino Salvador. Así era de lo más sobresaliente en el estudio, de lo más edificante en el Noviciado, de lo más respetable en la orden, de lo más simpático y risueño en el trato social, y de lo más querido y admirado aún para las gentes del mundo. Así pudo decir en cierta ocasión, que nunca había experimentado lo que era estar triste y melancólico. Así, por último, certificaba su Catedrático de Filosofía, que jamás había visto á nadie que con una vida ordinaria y común tuviese menos de lo común y ordinario. Así parecía á todos, más que un hombre, un ángel en figura humana.

¡Qué lección tan elocuente, mis queridos hermanos! Qué lección tan elocuente y qué ejemplar tan oportuno para todos nosotros, y muy especialmente para la juventud de nuestros dias! Hoy se quiere ser perfectos y hacer obras perfectas sólo á fuerza de liber-

tad, de independencia y de capricho, sin conocer ni respetar regla ninguna. Hoy se quiere ser sabio á fuerza de libertad de pensamiento, ó sea pisoteando todas las reglas de la razón: lo cual equivale á decir que lo mismo puede ver el sol el que levanta hácia él su vista, que el que en uso de su libertad cierra los ojos ó mira hácia la tierra. Hoy se quiere ser bueno, justo, honrado, á fuerza de libertad de conciencia, ó sea prescindiendo de las reglas de la voluntad: lo cual vale tanto como sostener que lo mismo puede llegar á su término el que se dirige hacia él, que el que en uso de su libertad sigue rumbos contrarios. Hoy se quiere merecer la corona de poeta, de pintor ó de músico, á fuerza de libertad ó independencia en el arte, ó sea menospreciando las reglas del gusto, de la imaginación y del genio: lo cual importa la persuasión de que lo mismo puede brotar la belleza de la piara de Epicuro, que del Salterio de David ó de las Academias de Rafael y Murillo. Es más: hoy hasta se quiere ser hombre por encima de todas las leyes biológicas, ó sea, sin pasar por la puerilidad y la adolescencia; lo cual es lo mismo que querer dar frutos antes de que nazcan las flores. Y ¿qué sucede con tan absurdas pretensiones? Lo que no puede menos de suceder, lo que sucede con todas las cosas y en todos los órdenes. El que desprecia las reglas de la higiene y en uso de su libertad ó no come ó se alimenta de venenos, en vez de vivir perece. El que se olvida de la ley de los graves y en uso de su libertad pretende andar por el aire ó por el agua, lo mismo que por la tierra, se precipita y se ahoga. Así perecen, se precipitan y se ahogan nuestras preciosísimas facultades, cuando nos empeñamos en substraerlas á sus providenciales é ineludibles leyes: y, en vez de sabios, salen impíos, petulantes y necios: y, en vez de justos y probos, salen usureros, estafadores y bandidos: y, en vez de obras de arte, sólo salen monstruosidades de oficio; y en vez de verdaderos hombres, sólo salen maniquís ó caricaturas.

Hermanos mios: á defendernos contra estas tendencias suicidas de la generación actual. Ya sabeis cuales deben ser nuestras armas: el respeto y la observancia de las reglas, tanto naturales como positivas, que deben moderar nuestra conducta. Y sobre todo vosotros, mis queridos jóvenes, vosotros que teneis la dicha de estar dirigidos por maestros consumados en las reglas de la educación, rechazad con indignación y energía ese pernicioso espíritu de independencia, que con pretesto de haceros ilustrados y libres, os

hace esclavos y ciegos: seguid las reglas de Dios y de la Iglesia, los sanos preceptos y consejos de vuestros padres, directores y maestros; y mañana, cuando esos sabios de moda pretendan envolveros en las redes de su vana sofistería, os encontrarán fuertes y serenos para decirles: «atrás propagandistas malévolos; sabed que somos hijos de la verdad, formados al calor de la virtud y sobre la firmeza de las reglas: ocupamos un puesto distinguido en el incomparable museo de las obras divinas: no vengais á manchar con vuestro lodo la pureza de nuestro colorido, ó á inficionar el vigor de nuestra vida con vuestro mal disimulado raquitismo: atrás, somos fuertes y nos defenderemos como héroes.»

Otra nota dominante en la aprovechada vida del B. Juan Berchmanhs y que explica á su vez el admirable incremento de todas sus virtudes, es su íntima y perenne comunicación con Dios. Es una ley, en cualquier orden de comunicaciones, que los objetos más próximos á su respectivo centro son los que más participan de su impulso y excelencia. Los planetas interiores ó más próximos al sol son los que más participan de su luz, de su calor y de su atracción. La parte más gruesa y más robusta de las ramas es la que está pegada al tronco del árbol. Los sentidos más nobles, los únicos que penetran en los risueños vergeles de la ciencia y del arte, de la verdad y la belleza, son los más inmediatos al cerebro, como la vista y el oido. Los cortesanos y favoritos son los que más reflejan los esplendores de la corona. Pues bien; Dios es el centro universal, eterno é inmóvil, en torno del cual giran todas las criaturas: de Él, y sólo de Él, reciben y pueden esperar raudales de luz y de vida, de verdad y de bien, de encantos y bellezas, de todo lo perfecto, lo grande y lo sublime: «*Omne datum optimum et omne donum perfectum de sursum est, descendens à Patre luminum*, dice el Apostol. Por lo tanto, comunicar íntimamente con Dios es beber la salud en la fuente purísima de la vida; es amaestrar nuestra inteligencia en el foco mismo de la sabiduría; es templar nuestra voluntad al fuego omnipotente del amor divino; es abrevar nuestro corazón en las inefables dulzuras de las harmonías celestiales; es remontar el vuelo de nuestras ideas, de nuestros deseos y de nuestras aspiraciones, al nivel de lo incorruptible y espiritual, de lo infinito, permanente y eterno; es, en una palabra, afiliarnos á la gloriosa é inmaculada bandera del Dios de las victorias y sentar plaza de héroes en los combates de la vida.

A todo esto aspiraba el B. Juan Berchmanhs, y para conseguirlo unióse desde luego tan íntimamente á Dios, que ni un momento dejó de circular por todo su ser la vivificante savia de la divina gracia. Ante todo procuró adherirse á la Divinidad por el vigoroso nudo de la oración; y desde muy niño solía oir dos ó tres misas antes de ir á la escuela; y al regreso entrar en el templo antes de entrar en su casa, para rezar un rosario. Como aumenta la gravedad de los cuerpos á medida que se aproximan al centro de la tierra, así crecía la inclinación de Juan hácia Dios cuanto más se acercaba á Él por medio de la oración; y pasaba en la Iglesia la mayor parte del tiempo que le dejaban libre sus estudios y demás ocupaciones, y visitaba cinco, seis, siete, ocho y más veces diarias al Santísimo Sacramento; y cuando no podía ir á la Iglesia, servíale de oratorio cualquier rincón de la casa y cualquier sitio de la calle, que le pusiese á cubierto de las miradas de los hombres: ocasión hubo en que se le encontró orando dentro de una cesta, mientras los demás niños jugaban y se divertían. Más adelante, estando ya en la Compañía, agregó á todo ésto la oración propia de aquel Instituto, pero avalorada con mil circunstancias admirables de su ingeniosa y creciente devoción. Tanta intimidad con el Hijo no podía menos de ir acompañada de igual intimidad con la Madre: y en efecto, toda su vida mostró el piadoso joven singular predilección y afecto á la Santísima Virgen; y en su honor hizo el voto de virginidad; y se privaba muchas veces del alimento; y ayunaba todos los sábados y las vísperas de sus festividades; y figuró entre los más fervorosos en la Congregación de su santo nombre; y visitaba con frecuencia sus santuarios; y rezaba el rosario con tan profunda atención, que no advertía lo que pasaba á su lado, y doce Ave-Marías en honor de las doce virtudes que más resplandecieron en ella; y solía decir nueve veces *Beata viscera Mariæ Virginis*, en memoria de los nueve meses que tuvo á Cristo en su seno; y concertaba con otros novicios el no hablar más que de María; y, por fin, consignó por escrito y firmó con su propia sangre el propósito de defender siempre el Misterio de su Inmaculada Concepción.

De esta manera el bienaventurado Juan empapaba su entendimiento en la sublime ciencia de los augustos misterios de Jesús y de María; y entusiasmaba su voluntad con los ejemplos de maravilloso y sobrehumano heroismo que aquellos misterios ofrecen; y purificaba y ennoblecía su corazón con la ternura,

elevación y generosidad de sentimientos, que él sentía palpitar en el fondo de todos los hechos inauditos de aquellas vidas incomparables; y ponía su pensamiento, su voluntad y su corazón en ardiente y luminoso contacto con el pensamiento, la voluntad y el corazón de Jesús y de María; y por medio de éstos, con el pensamiento, la voluntad y el corazón de Dios; y establecíase una doble y enérgica corriente entre el espíritu de Juan y el espíritu de Dios; y subían del alma de Juan tiernos afectos, firmes propósitos, pensamientos puros, súplicas generosas, cánticos de alabanza y aspiraciones nobilísimas; y bajaban del corazón de Dios raudales de gracia, torrentes de luz, coloquios de amor, lluvia de bendiciones y ríos de satisfacción y de paz: *Missit mihi Dominus fluvium pacis;* el Señor ha inundado mi alma con un río de paz: son palabras del mismo santo mancebo.

Así, mis queridos hermanos, así arraigaba esta tierna planta en la fecunda viña del Señor: así cimentaba el B. Juan todo el edificio de su vida en la firmeza inquebrantable del mismo Dios. Y de esta firmeza recibían solidez todas las partes de su construcción espiritual: y de aquellas raices se derivaba el jugo divino para todas las ramas, hojas, flores y frutos del árbol frondoso de su actividad. Y, así como guardan relaciones íntimas y permanentes todas las partes del edificio con el cimiento, y todas las ramas del árbol con las raices, así también todos los actos del bienaventurado Juan estaban en relación contínua con el Espíritu divino. Sí, hermanos míos, este joven extraordinario todo lo espiritualizaba, todo lo divinizaba, por decirlo así; todo lo sacaba de Dios, y todo lo volvía á Dios. Él espiritualizaba su estudio, pidiendo luces al Cielo al empezarlo y proponiéndose con él la conversión de las almas y la mayor gloria de Dios; todo su afán era que le destinasen á la enseñanza y conversión de los infieles. Él espiritualizaba las conversaciones, haciendo que todas recayesen sobre asuntos religiosos, y cerrando los oidos á todo lo que fuera meramente temporal y político. Él espiritualizaba los días de recreo, introduciendo por su iniciativa entre los novicios la costumbre de emplearlos en pláticas ó conferencias morales, en las que cada día se dilucidaban los varios aspectos y excelencias de alguna virtud y la deformidad y abominación del vicio contrario. Él espiritualizaba los juegos, haciendo la señal de la cruz cada vez que le correspondía tomar parte en ellos. Él espiritualizaba las comidas,

precediéndolas de una breve pero muy reconcentrada meditación y acompañándolas de la lectura de algún libro piadoso, que tenía abierto á su lado. Él espiritualizaba las horas del sueño, distribuyendo mentalmente la cama en varias partes, cada una de las cuales ponía bajo la protección de algún santo, y en medio á Jesús crucificado: ¡tan al pié de la letra se cumplían en él las palabras del real profeta: *et in lege ejus meditabitur die ac nocte;* y en su ley meditará día y noche! Él espiritualizaba todo su cuerpo, conservándolo en una pureza angelical, hasta el punto de no habérsele notado en toda su vida, ni gesto, ni señal, ni palabra, ni acto alguno contrario á la castidad; y librándolo de todo contacto, lo mismo de hombre que de mujer, hasta el extremo de no permitir siquiera que le diesen una puntada en la ropa mientras la tenía vestida. Él, en fin, espiritualizaba su muerte, mirándola, no como la triste y penosa despedida de los bienes de este mundo, que él siempre despreció, sinó como la feliz y deseada inauguración de una vida más espiritual y de una más íntima y permanente unión con Dios, que era el anhelo dominante de su alma: *Meus morbus pretiosus est* esta mi enfermedad es preciosa, decía él mismo. Preciosa, sí, porque me redime del cautiverio de la materia y me otorga la libertad del espíritu: preciosa, porque me saca de la confusión y los desórdenes del mundo y me introduce en las harmonías y claridades del cielo: preciosa, porque me sustrae á la pobreza de las criaturas y me posesiona de los inagotables tesoros del Criador; preciosa, en fin, porque con ella termina la vida de combates, de peligros, y zozobras, y empieza la vida de triunfos, de premios, de tranquilidad y de dicha: *Meus morbus pretiosus est.*

¡Oh! mis queridos hermanos: ahora comprendo toda la gloria que rodeaba la muerte, el féretro y el sepulcro del malogrado jesuita. El que pasa esta vida comunicando espiritual y piadosamente con Dios, merece que Dios comunique con él gloriosamente por toda la eternidad. La modestia, que puede ocultar á los ojos de los mortales las virtudes de un justo, no puede impedir que resplandezca el poder y la majestad de Dios en los restos de un Santo. En efecto, apenas espiró el Beato Juan Berchmanhs, una serie de extraordinarios y milagrosos fenómenos vino á extender por el mundo la fama de su santidad, y á dar testimonio del eminente trono que había conquistado en el cielo. Quién, alumbrado por revelación divina, aseguraba haberle visto entrar en el Paraiso en compañía

de la Santísima Virgen: quién deponía, con inocente é inquebrantable firmeza, que sobre sus cerrados ojos brillaban dos diamantes: quién publicaba, lleno de gratitud y de gozo, haber recobrado la vista al simple contacto de sus inertes dedos. Aumentaban con ésto la piadosa curiosidad y el religioso entusiasmo de las gentes, y una numerosa é irresistible avalancha de personas de todas clases invade el templo y rodea el santo cadáver; y todos á porfía tocan en él sus rosarios y sus pañuelos; y convierten sus vestiduras en objeto de conquista, y se disputan la posesión de una hilacha con el interés del más preciado tesoro; y, á falta de otra cosa, solicítanse sus imágenes con universal y decidido empeño: y estas imágenes y aquellas reliquias cunden por toda Europa, y llevan á todas partes la curación de los enfermos, la conversión de los pecadores y la devoción cada vez mayor al joven y santo filósofo del Colegio romano; y como digno complemento de todos estos honores, recibe de la silla apostólica el mayor de todos ellos, que es el honor de los altares.

Tales son, mis queridos hermanos, los saludables y gloriosos efectos de la comunicación con Dios. Pero ¡ay! ¡qué poco se aprecian en la generación actual! Hoy prefiérese ordinariamente la comunicación con la materia, sólo se piensa en la materia, sólo se apetece la materia, sólo se trabaja y se sacrifica por la materia. Son muchos los que cifran todas sus aspiraciones en relacionarse con las leyes de la materia por medio de las ciencias físicas, y con los beneficios y utilidades de la materia por medio de la industria, y con las harmonías y bellezas de la materia por medio del arte, y con los goces de la materia por medio de todos los sentidos. Para ellos no hay más que ciencia materialista, arte materialista, moral materialista, política materialista, sentimientos materialistas, y, para decirlo de una vez, vida materialista. Y, como la materia es de suyo rastrera, tornadiza y deleznable, rastreros, tornadizos y deleznables son también todos sus frutos y todas sus inspiraciones. Y vénse los sabios materialistas fluctuando entre el Scila de la casualidad y el Caribdis del panteismo, al echar los fundamentos de su ciencia, por no admitir la revelación divina. Y todas las obras de los estéticos materialistas perecen á manos de la caprichosa veleidad de los sentidos, después de cargar con el anatema de la razón, por no inspirarse en los ideales divinos. Todos los partidarios de la moral materialista son otras tantas vícti-

mas de la carcoma de sus vicios y de la desesperación de su infortunio, por no someterse á la voluntad divina. Y todos los enemigos de la comunicación con Dios renuncian por lo tanto á la protección divina y cuentan únicamente con sus propias y débiles fuerzas. ¡Oh! Bien se conoce; así son efímeras y aéreas todas sus obras: así salen de sus manos leyes que se rompen como los hilos de apolillado trapo; códigos que se mudan como los vientos del capricho; sistemas que se desvanecen como el humo; industrias que languidecen á pesar de su aparatosa exterioridad; proyectos que nacen moribundos; instituciones que se derrumban como árboles sin raices; empresas que se malogran como inficionados engendros; y caracteres venales, egoistas y flojos, que dejan libre paso á la iniquidad y la perfidia, y sólo merecen los honores del desprecio.

Paréceme, señores, que en las melancólicas tintas de este cuadro, todos habreis reconocido eso que se llama civilización moderna, que es una civilización á todas luces materialista. Es, pues, evidente la necesidad de seguir el edificante ejemplo del Beato Juan Berchmanhs, volviendo á la comunicación espiritual con Dios, restableciendo y estrechando cada vez más nuestras relaciones con el Ser Supremo No es ésto decir que hayamos de pensar en Dios siempre y exclusivamente, sin ocuparnos en ninguna otra cosa: no es ésto anematizar la ciencia, y el arte, y la industria y el progreso, como suelen echarnos en cara nuestros adversarios, con insigne mala fé ó con torpe ignorancia: no, nosotros apreciamos como el que más todas estas manifestaciones de la actividad humana: lo que queremos es, que por ellas no se prescinda de Dios ni se pierda de vista la eternidad: lo que queremos es, una ciencia, y un arte, y una industria y un progreso verdaderos, sólidos y fecundos; y sabemos que estos caracteres no se encuentran, ni en la ciencia que se divorcia de la razón divina, ni en el arte que desprecia las bellezas del espíritu, ni en la industria que se olvida de los intereses morales, ni en ninguna forma de progreso que no reciba el impulso del cielo. Y estamos tan seguros de todo ésto, como lo estamos de que se seca el arroyo que no comunica con la fuente, de que se obscurecen los horizontes que vuelven las espaldas al sól, y de que se pára el mecanismo de una fábrica en cuanto se incomunica con el agente principal.

Que no seamos nosotros, mis queridos hermanos, de esos arroyos que se secan, de esos horizontes que se obscurecen, ni de esos

mecanismos que se paralizan. Procuremos estar siempre unidos á Dios por el amoroso lazo de la gracia santificante, para recibir de Él constantemente la luz, la savia y el impulso de nuestra vida espiritual; y así lograremos, como logró el B. Juan, imprimir el sello de la perfección en nuestras obras, conquistar un puesto de cariñosa preferencia en todos los corazones, honrar la sociedad y la clase que nos cuenten en su seno, y, por último, celebrar en la gloria el triunfo del espíritu sobre la carne por todos los siglos de los siglos, como á todos deseo.

AMÉN.

SANTA CATALINA, VIRGEN Y MARTIR

COMO PATRONA DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO

Viam sapientiæ monstrabo tibi.
Te mostraré el camino de la sabiduría.

Prov. IV. 11.

Iltmo. Señor:

Idea feliz la que hoy preside en la inteligencia de este esclarecido concurso! ¡Sentimiento sublime el que hoy rebosa en el corazón del ilustre Claustro universitario! Idea feliz, porque ofrece á los ojos de nuestro espíritu toda la dignidad, excelencia y perfección á que puede ser elevada nuestra naturaleza racional. Sentimiento sublime, porque sublime es también el espectáculo que nos lo inspira. Como él jamás lo exhibió la naturaleza en el inmenso escenario de sus producciones sin cuento: tan digno de admiración no lo presenta el Arte en los surtidos museos de sus grandiosas maravillas: tan harmoniosamente dispuesto no lo ha ofrecido la Ciencia en los sistemas más acabados de sus más dignos representantes. Es una obra de creación soberana, en quien aquellos tres elementos y el sobrenatural de la gracia compiten para prestarla lo más escogido de sus dones. De la naturaleza tiene la energía de sus potencias con la variedad de sus

encantos: del Arte, la generosa elevación de sus aspiraciones: de la Ciencia, el vivo resplandor de sus verdades; y de la gracia, lo divino y glorioso de la santidad.

Sí, Ilustrísimo Señor: es una Santa, propiedad exclusiva del Cristianismo, en la que forman maravilloso contraste lo raro de su hermosura con lo heróico de su virtud, la debilidad de su sexo con la fortaleza de su espíritu, la escasez de sus años con la abundancia de su consejo y, lo que es más de admirar, su juventud y femenil condición con lo vasto y profundo de sus conocimientos. Ya comprendereis, católicos, que hablo de nuestra insigne Patrona Santa Catalina, virgen y martir; de esa gran figura que brilló en el mundo cristiano á principios del siglo IV. Su contemplación remonta hoy nuestro espíritu á las regiones celestiales; y nos recuerda el lugar distinguido que ocupa el hombre en la escala de las criaturas; y nos indica la elevadísima cumbre de perfección á que podemos y debemos aspirar con los auxilios de la divina gracia; y nos enseña cuál es la senda que conduce á aquella gloriosa cumbre. Pero especialmente á nosotros, dignos comprofesores y jóvenes escolares; á nosotros, que alistados en las banderas de Santa Catalina, marchamos de consuno á la noble conquista de la verdad, á nosotros nos dice con la elocuencia de su ejemplo: «¿Aspiráis á ceñir los laureles de la victoria? Pues yo os enseñaré el camino: *Viam sapientiæ monstrabo tibi*. Sabed, ante todo, que vuestro punto de partida es el temor de Dios; vuestra senda es el estudio; vuestras armas las facultades intelectuales; vuestra antorcha la fé, y vuestra compañera la humildad: que sólo con esta compañera, y con esa antorcha, y con aquellas armas, y por aquella senda, y partiendo de aquella base, lograreis penetrar en el alcázar de la verdadera sabiduría, la única que puede formar las delicias del hombre: *Beatus homo qui invenit sapientiam.*» (Prov. III, 13.) Y ved aquí, Ilustrísimo Señor, manifestado el objeto y el plan de mí discurso. Pero antes de proseguir, imploremos los auxilios de la divina gracia por la intercesión de nuestra Santa Patrona, y muy especialmente de la Inmaculada Virgen María, á quien saludamos reverentes: Ave-María.

Viam sapientiæ monstrabo tibi.
Te mostraré el camino de la sabiduría.

Prov. IV, 11.

Iltmo. Señor:

Despedíase ya del porvenir el siglo III de nuestra era; y como pesaroso por no arrastrar consigo al sepulcro inmenso de lo pasado, la sociedad, la fé y la moral cristianas, trasmite esta misión infernal á su sucesor inmediato, para que los siguientes sirvieran de lápida mortuoria á aquellos inestimables restos. En sus postrimeros lustros vió caer las riendas del imperio en las sacrílegas manos de Diocleciano. ¡Digno fideicomisario de aquella malhadada herencia! ¡Horrible personificación del supremo esfuerzo que hiciera entonces el decrépito gigante del paganismo, para derribar y extinguir, si posible fuera, al impuber coloso de la Iglesia! Por el mismo tiempo aparece el docto Porfirio, desenvolviendo en quince libros todo el furor de la filosofía pagana contra la revelación divina. El Maniqueismo levantó también su formidable cabeza, para negar la unidad de Dios, la unidad del alma en cada hombre, la necesidad de la fé y la libertad humana, adoptando á la vez todas las doctrinas y máximas disolventes de los gnósticos. Poco antes, Pablo de Samosata reprodujo las blasfemas aberraciones de Ebión y Cerinto contra la divinidad de Jesucristo. Cundían, por otra parte, en las masas del pueblo, las más groseras calumnias contra los discípulos del Crucificado, teniéndoles por rebeldes, infanticidas y ateos.

Con tan poderosos elementos de destrucción éntra el siglo IV en la carrera de los tiempos, y con él éntra también el mundo cristiano en el período supremo de la contradicción. El horizonte social conmovido fuertemente por los sangrientos golpes de la barbarie: el horizonte moral infestado por los densos vapores de un absurdo sensualismo; y el intelectual invadido por los nubarrones de la heregía, que forcejéa por arrojar la fé del Tabernáculo y substituirla con la débil é insensata razón humana. ¡Tan lúgubre es el cuadro que nos ofrece la historia en la época aludida! Pero el poder del infierno no coronará su empresa: los oráculos divinos han de cumplirse. Si los tormentos arrecian, los héroes se multiplican. Si la disolución cunde entre los sectarios de Manes y Montano, de Basílides y Carpócrates, de Cerinto y Simón Mago, también las aguas cristalinas de la virtud tienen á su vez anchuroso cauce en innumerables vírgenes y santos, que la practican en las ciudades y en los desiertos. Para disipar las tinieblas del error, abundan brillantísimos astros, que así nacen en Oriente como en Occidente, en el Septentrión lo mismo que en el Mediodía. Uno de éstos es Catalina.

Allá entre los brazos del Nilo se extiende á manera de gigante una ciudad magnífica, á la que dió existencia y nombre el Capitán de los siglos, el que cortó el célebre nudo gordiano: es la ciudad de Alejandría, mil veces famosa y engalanada con los gloriosos timbres que le adjudica la historia. En uno de sus majestuosos palacios nace una criatura privilegiada: débil por su sexo, pero ilustre por su nobleza, y admirable por su extraordinaria hermosura. Es Catalina, que viene al mundo en el imperio de Diocleciano. Pero ¿qué vá á ser de esta preciosa planta, nacida entre los abrojos de la gentilidad, regada con las tentadoras aguas de la opulencia, envuelta en la sofocante atmósfera del incienso idolátrico, y alimentada con los extravagantes delirios de una filosofía delirante? ¡Ah! No temais, católicos; en Catalina vá á cumplirse el oráculo de Jeremías: *In charitate perpetua dilexi te; ideo atraxi te, miserans*, (XXXI, 3): Yo te amé con caridad perpétua; te atraje á mí por un efecto de mi misericordia. El Cielo, que la destina para blasón de la Iglesia, la previene con los dones más preciosos de la naturaleza, para que reciba un día los sobrenaturales de la gracia. Catalina usa rectamente de los primeros y sigue con docilidad admirable la inspiración de los segundos.

Al salir de la dorada cuna de su infancia, entró en el aprendizaje de la más esmerada educación. Pronto dió á conocer un espíritu vivo y penetrante, un talento profundo, una memoria prodigiosa, unas ideas sublimes y un corazón magnánimo. Con tan felices disposiciones agotó bien pronto la erudición de sus primeros maestros: las tareas más importantes de su sexo eran nimiedades para sus vastas aspiraciones: las alas de su vigoroso ingenio necesitaban una región más espaciosa: Catalina quiere saber, y se lanza al Estadio de las ciencias.

Era Alejandría aquella gran cátedra del mundo antigüo, ciudad de asilo para todos los ramos de la humana cultura en el período decadente del genio griego; en la que brillaron inspirados poetas, como Teócrito; críticos notables, como Aristarco; geómetras, como Euclides; físico-matemáticos, como Arquímedes; geógrafos y astrónomos, como Eratóstenes y el profundo investigador Hiparco: en donde tomaron tan colosales proporciones el número y el interés de los adictos á las diferentes escuelas filosóficas, desde la Academia hasta el Neo-platonismo: y en cuya famosa Biblioteca del tiempo de los Tolomeos se encontraban los más preciosos monumentos del saber humano; así como en la restaurada después del lamentable incendio de la primera, encontraron un manantial inagotable de ciencia los Pantenos y Orígenes, los Clementes y Dionisios.

Catalina vá á aumentar con la luz de su genio los rayos que refleja en la historia de su tiempo la célebre escuela de Alejandría. Estudia la Lógica, la Astronomía, la Física; y hace suyo cuanto sobre esto dijeran Aristóteles, Arquímedes, Hiparco, Tolomeo y los más recientes investigadores. Cultiva la Elocuencia, y su discurso es sólido, persuasivo, sublime; y su locución natural, feliz, admirable. Del mundo físico pasa al mundo moral, y estudia la Humanidad en la Historia, empezando por Herodoto, Tucídides, Jenofonte, y concluyendo por Plutarco y demás historiadores modernos. Ya quiere remontarse del mundo visible al mundo invisible, de los cuerpos á los espíritus, de las cosas á las ideas: aspira al conocimiento de los primeros principios, de las causas supremas, y entra en el laberinto de la filosofía pagana.

Aquí, literata ilustre, yo quisiera que hablaras tu misma con aquella encantadora elocuencia que os era tan natural. Hablad, sí, y decid á esta juventud tan estudiosa como inexperta, el círculo de hierro que estrechaba vuestra inteligencia, el vacío que encontraba

vuestro corazón y la agonía que martirizaba vuestro espíritu, cuando, falta aún de fé, os veíais envuelta en aquella confusa trama de sistemas contradictorios y en su mayor parte absurdos; cuyos hilos llegan hasta nosotros en modificada urdimbre.

En efecto, señores: este nuevo astro del orden intelectual se lanza á los espacios de la filosofía gentílica, en busca de un sol que le irradie la luz de la verdad. Pero, ¡ay! que en aquel firmamento no hay soles; á lo más, algunas estrellas errantes, cuyo fulgor eclipsan con demasiada frecuencia los extravíos de una razón sin fé. En su atrevido rumbo encontrará un Tales, explicando el origen del universo por el ténue principio del agua, é impugnado por sus discípulos, que prefieren cualquiera de los demás elementos ó la fortuita combinación de los átomos: ó un Pitágoras, fraccionando la Divinidad para explicar el origen de las almas, y haciendo á Dios material para exponer el origen de la materia. Llegará á ver un Sócrates, con una pequeña aureola de ideas morales; pero tan incompleta, que Arístipo, su discípulo, proclamó bien pronto los principios del sensualismo, llevados después por los epicúreos á su más repugnante desarrollo; al mismo tiempo que Antístenes, discípulo también de Sócrates, defendía la necesidad de la privación hasta de los más moderados placeres; doctrina que exajeró Diógenes de Sínope y adoptaron más tarde los estóicos, añadiéndole la fuerza inevitable del hado. Mas ya la sorprende una luz nueva: es la que despiden Platón y Aristóteles, dos genios verdaderamente sublimes, en quienes alcanzaron su más alta expresión la cultura y la literatura griegas. Pero ¿qué importa? Al lado de sus gigantescas concepciones sobre el hombre y la Divinidad, aparecen en el primero la ridícula metempsícosis y el pernicioso germen del panteismo espiritualista; y descuellan en el segundo la eternidad de la materia y la propensión al panteismo materialista; tendencia y germen que desarrollaron más tarde la Academia y el Liceo. Tropieza después con el escepticismo, cuyas desesperantes negaciones le estremecen; y al fin se le presentan los neo-platónicos, capitaneados por Ammonio Sakas, su conciudadano; en cuyo sistema no vé más que lo que había visto: tinieblas, contradicciones y absurdos, sueños de delirantes, en frase de Cicerón: *Exposui non philosophorum sistemata; sed delirantium somnia.*

Catalina reflexiona también sobre la religión en cuyo seno naciera; y sólo vé un politeismo contradictorio, unos dioses criminales

y un culto nefando. ¿Qué es ésto? exclama por fin, abrumada con tanta obscuridad, con tanta ignorancia y con tanto delirio; ¿qué es ésto? ¿Hé de creer que no tengan objeto mis vigorosas aspiraciones, y que los vehementes deseos de verdad y de bien que surgen en el fondo de mi ser, no sean más que crueles verdugos de mi tranquilidad, de mi corazón y de mi espíritu? Y Catalina padece; y su corazón se agita; y, como prisionero que desea romper sus cadenas, ó como náufrago que anhela salir de entre las olas, discurre y medita, se afana y forcejea por romper las cadenas del error que esclavizan su inteligencia, y salvar el profundo abismo que vé abierto á sus pies. Mas ¡ah! confía, niña prodigiosa: ese mismo sufrir es un don del Cielo: ese nuevo deseo que brota en tu espíritu es la expresión más inequívoca de la divina gracia que te dice: *Viam sapientiæ monstrabo tibi;* yo te enseñaré el camino de la sabiduría.

En efecto, amados ayentes: Catalina desea conocer la religión de las vírgenes, de los mártires, de los santos: toma en sus manos el código divino; en su majestuosa portada vé más luz que en todas las obras de los filósofos: en lugar de la palabra *dioses*, encuentra la palabra *Dios;* en vez de la materia eterna, encuentra el principio de la materia. Recorre aquellas inspiradas páginas, y en una de ellas lee: *Initium sapientiæ timor Domini:* el principio de la sabiduría es el temor de Dios. Su inquietud aumenta; sus aspiraciones crecen; suspira y llora por aquel Dios cuyo temor vé recomendado. No son vanas sus lágrimas, ni se pierden en el aire sus hondos suspiros: el Cielo la oye y la visita: su alma generosa y elevada vió en éxtasis, como afirma San Vicente Ferrer, á la Madre de gracia, acompañada de su divino Hijo, quien con el rostro cubierto la indica que aún no es digna de ser su esposa. Señores: Catalina, aunque poseía muchos conocimientos, no tenía fé, no tenía caridad, no era cristiana; le faltaban las aguas de la regeneración, el Sacramento del Bautismo. La ilustre joven, que no deseaba otra cosa, lo suplica, lo implora, lo recibe.

Ya está en el seno de la Iglesia la que naciera en el seno de la idolatría. Ya está colmada de sobrenaturales carismas, la que antes lo estaba de dones naturales. Firme en el santo temor de Dios, es ya un dechado de virtudes cristianas la que antes lo fuera de virtudes morales. La fé ocupa el trono de su inteligencia: la caridad, la humildad, la paciencia, la misericordia, vivifican todos sus sen-

timientos y todos sus actos: su corazón es todo de su amado Jesús; tanto que una nueva visión viene á hacerla tan dichosa como San Esteban, tan feliz como el Apostol de las gentes. Jesucristo se le aparece; pero no como antes con el rostro cubierto, sinó radiante de gloria, al lado de su Santísima Madre y rodeado de ilustres cortesanos angélicos; y con toda esta solemnidad la eligió para esposa suya. Catalina despierta con un anillo celestial en su dedo: la visión es innegable: los desposorios celestes no ofrecen duda. ¡Ah! ¡Dicha grande! hermanos mios, y sólo comprensible para un corazón tan puro y tan amante de Jesús como el de nuestra Santa Patrona, y que la hace casi singular en el orden de los santos. De esta mujer bien puede decirse con el libro de la Sabiduría (VIII, 2), que el Señor la amó, la eligió por esposa y se constituyó su amante. Catalina corresponde á tan inesperados beneficios: dedicó á su divino Esposo la inestimable joya de la castidad, que brilló siempre pura en la corona de sus virtudes. Es verdad que los encantos de su hermosura, lo noble de su sangre, lo pingüe de su patrimonio, y el brillo fascinador de la corona imperial que Maximino la ofrece, son tentaciones fuertes, violentas, apenas superables: no importa; Catalina, como la mujer fuerte de los Proverbios, todo lo vence, todo lo sacrifica en las aras del amor divino.

Ahora bien, señores: ¿quién será capaz de seguir el remontado vuelo de una razón tan vasta y penetrante por naturaleza, tan favorecida por la gracia, tan temerosa de Dios y unida tan estrechamente al Autor y Señor de las ciencias, tan iluminada por la fé y tan cultivada por el estudio? Con la luz de la fé rectifica primero el inmenso caudal de sus conocimientos naturales: vé la moneda falsa de los errores y la separa desdeñosamente: percibe los vacíos de la ciencia humana y los llena con la ciencia divina: distingue las inexactitudes y perfecciona sus ideas: elévase después, en alas de la fé y del amor divino, á una región más alta, donde ya no vé tan sólo las relaciones naturales que existen entre el Criador y las criaturas, sinó también las muy asombrosas que median entre la naturaleza y la gracia; no sólo conoce á Dios como Autor de los cielos y la tierra, de la materia y el espíritu, de la actividad y la razón; le conoce también como Autor de la fé, de la santidad y de la gloria; conoce á Dios como Principio de todo ser y como fin de los seres todos; conoce al Sumo Bien para amar el Bien Sumo. Esta es, católicos, la verdadera sabiduría: *Non quæ in verbis volat*,

dice el Nacianceno, *sed quæ virtutibus constat:* esta es la verdadera ciencia, grandiosa por su extensión, sublime por su unidad, y digna del hombre por su principio y por su fin. Esta es también la que mostró Catalina en el corto tiempo que trascurrió desde su feliz regeneración hasta su gloriosa muerte.

Vedla ante el cruel Maximino, que entonces regaba el suelo de Alejandría con la sangre de los cristianos; vedla, repito, echándole en cara, con tanta humildad como firmeza, su ignorancia, su obcecación, su impiedad; demostrándole con abundantes y sólidos raciocinios la unidad y excelencia del verdadero Dios, y la vanidad de los ídolos en cuyas aras sacrificaba él á los discípulos del Salvador, reduciéndole en fin al más vergonzoso silencio. El tirano, lleno de asombro á la vez que de una desenfrenada lascivia, desea oirla en audiencia particular: pregunta, investiga, la llama, la oye; y enamorado cada vez más de su belleza, gravedad y sabiduría, no perdona medio para hacerla víctima de sus criminales deseos. Pero todo en vano: la ciencia y la virtud de la denodada heroina son invencibles: *Sapientiam autem non vincit malitia:* (Sap. VII, 30). Convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, la invita para un certamen público con sus filósofos; y la santa acepta. La convocatoria circula, los filósofos concurren, Catalina asiste.

Señores, asistamos también nosotros á esta literaria contienda; acerquémonos al aula imperial. Ved la posición de los combatientes: el Emperador preside; á un lado está el temible Goliat del gentilismo, representado por cincuenta filósofos de los más versados en la ciencia y la teodicea paganas, y en cuyos semblantes se revela el más olímpico orgullo, á la vez que se dibuja en sus labios la sonrisa del desprecio hácia la pequeñez de su antagonista: al lado opuesto está el pequeño David del cristianismo, la tierna Catalina, con su presencia grave, su actitud humilde, sus ojos en la tierra, y su corazón en el Cielo: y completa el interesante espectáculo una gran multitud de idólatras y cristianos. La lid empieza: un filósofo, el más respetado por su ciencia, toma la palabra; echa á volar un discurso que no sube más arriba del sol; aquí se detiene, para demostrar la divinidad de este astro por la influencia de sus rayos en la vida de los seres; y con esto concluye, dejando percibir la sonrisa de la satisfacción, como quien se considera victorioso é invencible. Sus compañeros y el Emperador participan de la misma confianza. ¡Insensatos! ¡Qué poco sabe el hombre que no sabe creer! Mas la

joven doncella tiene ya el uso de la palabra; y sin perder su modestia, y confiando en su Dios, cuya gloria desea únicamente, abre sus virginales labios. Al primer arranque de su elocuencia se eleva sobre el sol y sobre el firmamento: demuestra que aquél es un efecto, que debe su existencia y sus rayos á otro sol más puro y más luminoso, á otra causa más eficaz, que es el verdadero Dios, á quien rinden homenaje todos los astros. Con este motivo recuerda oportunamente el eclipse que sufrió el sol á la muerte de Jesús. Los filósofos se admiran; Catalina sigue: el gigante se estremece; Catalina no pára, hasta que á los golpes de su elocuencia irresistible cae el mónstruo rendido á sus pies. Aquellos presumidos sabios enmudecen: el Emperador les insta para que contesten á las razones de la heróica cristiana; pero ellos se confiesan vencidos, y, lo que es más, se proclaman cristianos. Maximino arde en cólera, les amenaza, les martiriza; pero inútilmente: aquellos cincuenta filósofos se adhieren á la fé de Catalina y entran en la Iglesia católica por el bautismo de sangre. Tras ellos sigue con otros muchos la misma Emperatriz, vencida también por los argumentos de nuestra Santa; quien acabó su carrera con el más cruel y glorioso martirio, cuando apenas contaba 18 años de edad.

¿Que es esto, Iltmo. Señor? ¡Cincuenta sabios convencidos de ignorancia, de obcecación y de error, por una débil mujer, por una inocente niña!... ¿De dónde procede un triunfo tan soberano y tan completo, que hace á esta criatura más gloriosa que Débora, que Jael y que la heroina de Bethulia? Ah! Ya lo sabeis, católicos: ese triunfo viene del poder de la gracia, de la verdadera sabiduría, que hace expeditas las lenguas de los infantes: *et linguas infantium fecit desertas.* (Sap. X, 25); y que tiene por principio el temor de Dios, por senda el estudio, por arma la razón, por antorcha la fé y por compañera la humildad; y la misma que hemos visto nos enseña nuestra Santa Patrona con toda la elocuencia de su admirable ejemplo: *Viam sapientiæ monstrabo tibi.*

Aspiremos á ella todos, mis queridos oyentes; aspiremos á ella todos con todas las fuerzas de nuestro espíritu. Huid, amados jóvenes; os lo pido por las entrañas de Jesucristo y por vuestra propia dignidad: huid de esos espíritus soberbios y de esas producciones infernales, que tienden á sacudir el yugo de la fé, y á borrar el santo temor de Dios. La razón sin fé es una infeliz desterrada, sin consoladoras relaciones con su patria; es una pobre

ciega privada voluntariamente de la claridad del Sol divino: esta claridad y aquellas relaciones las establece la fé, con la luz que nos refleja de lo alto: *Fides religionis catholicæ*, dice el Crisóstomo, *lumen est animæ*. La ciencia sin el temor de Dios, sin la virtud, es vana y esteril. La fé sin obras es muerta, dice el Espíritu Santo: con más razón será muerta la ciencia separada de la virtud.

Yo no os negaré que pueda haber hombres, como los hay en efecto, poco timoratos, de conciencia lapsa, quizá criminales, y, sin embargo, acatados y respetados por su talento, por su ciencia y por sus producciones: pero yo negaré siempre que estos merezcan el título de sabios. Su ciencia es incompleta, es muy deficiente; la cadena de sus conocimientos está desprendida del primero y del último eslabón: se olvidan de que es Dios el dador de toda ciencia, y por eso se enorgullecen: *et hoc ipsum erat sapientiæ, scire cujus esset hoc donum*, (Sap. VIII, 21). Se olvidan de que es Dios nuestro último fin, y por eso no ordenan hácia Él todos sus conocimientos y operaciones; por eso arrastran sus nobilísimas facultades por la baja región de los objetos y los placeres sensibles. ¡Ay de ellos en el día de las venganzas! Convencidos entonces de su equivocado rumbo, clamarán con doloroso acento: *ergo erravimus à via veritatis;* luego hemos abandonado el camino de la verdad, siguiendo ciegos las torcidas sendas del error: ¿de que nos sirve ahora aquel orgullo insensato, que, divinizando nuestra razón, llamaba absurdos á los dogmas, á la virtud ignorancia, y sometía la misma Divinidad al mísero fallo de nuestros juicios: *¿Quid nobis profuit superbia?* Pero ya es tarde: su reprobación es infalible, su condenación segura: un eterno sufrir será el premio de su loca presunción.

Señores: nosotros estamos á tiempo de evitar tan lamentable ruina: levantemos, pues, nuestro espíritu hácia el Cielo en alas de la fé, de la caridad, de la humildad; de la humildad, sí, porque donde está la humildad allí está la verdadera sabiduría: *Ubi est humilitas; ibi et sapientia*, (Prov. XI, 2.) Aprendamos todos á ser verdaderos sabios, como lo fué nuestra insigne Patrona; y de esta manera, además de secundar los nobles deseos de nuestro dignísimo é Ilustrísimo señor Rector, cumpliremos la soberana voluntad de Dios, que nos premiará con una eternidad de gloria en la región de los bienaventurados, como á todos deseo.

AMÉN.

DE UNA SOLEMNE PROFESIÓN RELIGIOSA [1]

Viæ ejus viæ pulchræ.
Sus caminos son caminos hermosos.
Prov. III, 17.

El gozo acompaña á las conquistas del bien, como trofeo necesario. La dicha corre en pos de la perfección, como rendida esclava. En virtud de esta ley, se alegra el niño que vé descollar entre los demás la estatura de su cuerpo; se regocija la joven, que oye admirar la hermosura de su rostro; se felicita el sabio, que vé enriquecida su inteligencia con el ópimo fruto de sus vigilias; se entusiasma el soldado, que tiene conciencia del heroismo de su valor; y se extasía el artista, que siente fecundado su espíritu por el calor del genio, y vé saludadas sus obras con el clamor de los aplausos y con la elocuencia de la admiración.

Juntad ahora en un sólo individuo todos estos motivos de dicha, y comprendereis el júbilo que rebosa en el corazón de esta afortunada doncella, que acaba de hacer al pié de los altares la más valiosa y encarecida ofrenda: os explicareis esos misteriosos refle-

(1) Sermón predicado en el acto de la Solemne Profesión de Sor María Rosa de Jesús, en el Convento de Santa Clara de Astorga.

jos de angelical complacencia, que iluminan el rostro de la nueva esposa de Jesucristo. Sí, María Rosa: en tí cabe hoy la alegría del niño; porque ves descollar entre tus compañeras del siglo la talla de tu espíritu; y el regocijo de la joven, porque oyes admirar la hermosura de tu corazón; y la felicidad del sabio, porque ves acreditados con esa corona los triunfos de tu entendimiento en la ciencia de la salvación; y el entusiasmo del soldado, porque tienes conciencia del heroismo de tu valor contra los enemigos del alma; y el arrobamiento del artista, porque sientes fecundado tu espíritu bajo las amorosas alas del Espíritu Santo, y ves saludadas tus obras, las grandes obras de tu abnegación y desprendimiento, por la admiración de los hombres y los aplausos de los ángeles. ¡Ah! ¡Dichosa tú que acertaste con la salida del laberinto del mundo, y encontraste la entrada del paraiso de la tierra! ¡Dichosa tú, que has sabido cambiar los ásperos y peligrosos caminos de la sociedad, por las suaves y floridas sendas de la Religión! *Viæ ejus viæ pulchræ:* sus caminos son caminos hermosos. (Prov. III, 17.)

Y á la verdad, hermanos mios; viadores como somos, destinados á una constante peregrinación en esta vida, feliz puede llamarse y contento debe vivir el que ha encontrado, por la misericordia de Dios, el camino menos penoso y más ameno que le conduzca al término de su salvación. María Rosa ha encontrado ese camino; por eso la veis tan satisfecha. Tan blanda á las impresiones de la gracia como fuerte contra los atractivos del siglo, ha cambiado el salón por la celda, las calles por el Claustro, la ciudad por el Convento, la distracción por el retiro, la vida mundana por la profesión religiosa: y los caminos de la profesión religiosa son caminos hermosos. Y ved aquí indicado el objeto de mi discurso: voy á ver si puedo aplicar á la profesión religiosa, aquellas palabras que el sagrado autor de los Proverbios atribuye á la sabiduría; porque la verdadera sabiduría, que nace del temor de Dios y conduce á su posesión, reside muy especialmente en el Claustro. Voy á ver si puedo demostraros que *los caminos de la profesión religiosa son hermosos.*

Para conseguirlo más facilmente, ayudadme á implorar los auxilios de la divina gracia, por la intercesión de la Virgen Santísima, diciéndola con el Ángel: Ave-María.

Viæ ejus viæ pulchræ.
Sus caminos son caminos hermosos.

Prov. III, 17.

TRES son, á mi juicio, Iltmo. Señor, los elementos que pueden contribuir á la hermosura de un camino: la suavidad del piso que lo cubre, la frondosidad de los costados que lo acompañan, y la claridad del cielo que lo domina. Pues estos tres elementos se reunen en los caminos de la profesión religiosa: son hermosos por la suavidad de su suelo; hermosos por lo florido de sus bordes; y hermosos por la claridad de su cielo.

1.º

Es indudable que la primera condición de un camino es la suavidad del piso; que esté libre de toda dureza que lastime, de todo obstáculo en que se tropiece, de todo abismo en que se caiga. Y esto que sucede en los caminos del cuerpo, sucede también en los caminos del espíritu: es preciso que en ellos no se encuentre, ni la dureza de los afectos que lastima el sentimiento; ni el obstáculo del sofisma, donde tropieza la inteligencia; ni el abismo del escándalo, donde se precipita la voluntad. Y, ¿quién duda que los caminos de la profesión religiosa son los más exentos de todos

estos inconvenientes, los más suaves para la carrera del espíritu? Fijaos en el camino de la pobreza, de esa voluntaria renuncia de los intereses materiales; y vereis una superficie plana como la de un lago, y suave como la del cesped: en él no se descubre ni el descarnado y duro guijarro de la avaricia, ni los inmundos baches de la miseria, ni los accidentes de la inquietud por las pérdidas, ni los repechos de la ansiedad por las ganancias, ni las peligrosas pendientes de la gula, ni el insidioso tropiezo de la vanidad, ni la fascinadora emboscada del lujo. El espíritu religioso, colocado en una senda tan expedita, más corre que anda, más vuela que corre, en su emancipación de la materia: como afortunado cautivo, que vé franqueadas las puertas de su libertad, se apresura á trasponer los dominios de sus tiranos; y salva el imperio del interés, que encadena los corazones; y se libra de la atmósfera de los banquetes, que tiraniza el gusto; y se substrae á la seducción de los mundanos espectáculos, que avasallan la vista; y no le alcanzan los ecos de profanas harmonías, que someten el oido; y deja muy atrás el rumor de las malignas conversaciones, que vician la lengua; y llega á un punto en que el corazón sólo siente el atractivo de la gracia, y los ojos sólo se pasean por los amenos jardines de la virtud, y los oidos sólo se abren á las edificantes harmonías del espíritu, y la lengua sólo se mueve para publicar las alabanzas del divino Esposo, y el paladar sólo goza con el sabrosísimo pan de los ángeles

Volved la vista al camino de la castidad, de esa especie de circuncisión del apetito sensitivo, de ese soberano desaire que la profesa dá á todas las bellezas sensibles, al paso que se entrega toda entera y con todo su corazón en los brazos del celestial Esposo: *Dilectus meus mihi, et ego illi;* mirad, repito, este segundo camino; y os parecerá una dilatada alfombra tendida por el Evangelio á los pies de las religiosas vírgenes. En él no se forma el lodo de la lascivia; ni se levanta la polvoreda de los celos; ni se encuentran las aterradoras esfinges de las necesidades y los apuros domésticos; ni se abren las espantosas simas de las discordias matrimoniales; ni se perciben las escabrosas ondulaciones de la ligereza de los hijos; ni se tropieza con las arrojadizas piedras de la vecindad envidiosa ó del parentesco intransigente. Y el corazón virginal, atraido por la insuperable belleza de su amado Jesús, corre ligero, como cervatillo atraido por la cristalina fuente, en persecución del

objeto de sus amores: y pasa por delante de todas las hermosuras humanas, guarnecidas con todos los atractivos sensibles; y no lo encuentra, ni tras los encantos de las caras más artísticas, ni tras la gallardía de los continentes más airosos, ni tras el brillo de las riquezas más fabulosas, ni tras los resplandores de la ciencia más eminente, ni tras el boato de la aristocracia más distinguida, ni tras los laureles de los conquistadores más afamados, ni tras los dominios de los reyes más poderosos. Y sigue desalado en busca de su amor, y exclama, por fin, trasportado de alegría: «¡Gracias á Dios, que ya encontré al amado de mi alma!» *Inveni quem diligit anima mea:* atrás todos esos encantos que se ajan, y esa gallardía que se doblega, y esas riquezas que se apolillan, y esa ciencia que se obscurece, y ese boato que engaña, y esos laureles que se marchitan, y esas coronas que se caen, y esos dominios que se pierden: paso á mi amado, al bellísimo Jesús, el único que puede saciar mi pasión con sus amores, mi esperanza con su firmeza, mi necesidad con sus tesoros, mi vanidad con sus honores, y mi ambición con su diadema: *Inveni quem diligit anima mea:* ¡Gracias á Dios, que ya encontré al amado de mi alma!

Observad, por último, el camino de la obediencia, de ese completo olvido de la voluntad propia y sumisión á la voluntad ajena; y creereis estar viendo la faja líquida de un tranquilo derrotero, por donde se desliza serena la vida religiosa, impulsada por el suave viento de la autoridad. En él no se encuentra, ni el oleaje de la filial rebeldía, que mortifica al padre; ni la marejada del popular descontento, que compromete á un jefe; ni los escollos de la envidia cortesana, con que tropieza un gobierno; ni las falsas corrientes de la adulación y la ignorancia, que extravían el rumbo de los reyes; ni las hondas tempestades de la revolución social, que hacen zozobrar la nave del Estado. Y el espíritu religioso, sentado en la canoa de su inquebrantable voto, y aligerado de la enorme carga de la responsabilidad ajena, se aleja con gusto de las costas del mundo, sigue confiado el rumbo del superior, surca risueño el estrecho de la vida, y llega felizmente á las playas del reposo: *Viæ ejus viæ pulchræ;* sus caminos son caminos hermosos.

Hé aquí, Sor María Rosa, la primera ventaja que vas ganando en el cambio. Has trasladado tus pies del cieno á la arena, de los abrojos al cesped, de la sierra al valle. Dejaste el paso de tortuga para emprender la carrera del gamo en los caminos de la perfec-

ción. Sacaste tu espíritu del seno de la tormenta, y lo has trasportado al seno de la calma. ¡Gloria á Dios, que desde sus inaccesibles alturas te alargó su amorosa y omnipotente mano, para traerte al tálamo de sus desposorios! No sueltes esa mano cariñosa. Sé fiel á tus solemnes promesas, y no verás desmentidas mis breves y halagüeñas indicaciones.

2.°

La segunda condición que hermosea un camino, es la frondosidad de sus costados. Todos habeis sentido el dulce placer que produce en el alma la vista de amenos y variados horizontes, formando como el cortejo natural del viajero. Verdes prados, aurora de la vida: bellas flores, pregoneras de los divinos encantos; juguetones arroyuelos, recuerdo de la sencilla infancia: cristalinas fuentes, espejos de las almas puras: variados frutales, haciendo gala de sus matizados pendientes: anchas copas, simbolizando la sombra de la protección: copiosas mieses, testimonio de la generosa Providencia: ruidosas cascadas, reflejo de los raudales de la gracia: espesos bosques, simulacro de los peligros de la vida: caudalosos rios, significando la poderosa fuerza de la unión: soberbios árboles, imitación de nuestras aspiraciones: inclinadas colinas, representando las ascendentes gradas de nuestro destino: escalonados edificios, centinelas de nuestra seguridad. Todo esto nos recrea, nos seduce, nos encanta y nos hace muy corto el más largo viaje.

Pues todo ésto, hermanos mios; todo ésto, Sor María Rosa, todo ésto y mucho más que ésto adorna los caminos de la profesión religiosa. Cerca, muy cerca de tí, verdea un hermoso jardín, en que tus piadosas hermanas cultivan las flores de todas las virtudes: flores cuyo aroma has aspirado, y cuya hermosura atrajo tu corazón. Pero tiende tu vista más adelante: ven conmigo por un momento á los orígenes de la vida que profesas, y verás á uno y otro lado del camino, ora los tupidos prados de la doctrina evangélica, oriente de la vida monástica; ora las matizadas flores de los consejos evangélicos, feliz reflejo de la belleza de la perfección cristiana: aquí las cristalinas fuentes de los primeros ermitaños y de las primeras sagradas vírgenes, fieles espejos en que puedes probar la

pureza de tu espíritu: allí los infantiles arroyos de los primeros monasterios, serpenteando por varias regiones del oriente, bajo la protectora sombra de los Pacomios, Hilariones, Eustacios y Basilios, de las hermanas de Antonio, Anmón y Pacomio, y de las Macrinas y Escolásticas: más allá te asombrarán los caudalosos rios de las grandes órdenes regulares, como la de San Benito y sus afluyentes los Cartujos y del Cister transformando en la mansedumbre de sus aguas la barbarie germánica; las órdenes militares, arrollando con la impetuosidad de sus corrientes la barbarie musulmana; las de Santo Domingo y San Francisco, barriendo las perturbadoras enseñanzas de los albigenses y waldenses: los célebres institutos de los Jesuitas, del Oratorio y otros varios, talando las enmarañadas selvas del protestantismo y jansenismo; y las Santas Congregaciones de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, las Hermanas de los Pobres y los Presbíteros de la Misión, haciendo frente al devastador empuje del socialismo. Y en las cuencas de estos rios, verás mecerse extensas y doradas mieses, digno fruto de la abundante semilla que derramaran, entre otros muchos, los Mendicantes y Predicadores y Escolapios, las Ursulinas y de la Enseñanza: y entre sus brazos, como apoyadas en su protección, mirarás deliciosamente las esbeltas y lozanas plantas de la caridad, representadas por los Trinitarios y Mercenarios, por los discípulos de San Juan de Dios y los Agonizantes, por las Hermanas de la Caridad y las Religiosas de la Visitación; plantas cargadas con los dulces y vistosos frutos del amor divino. Y con mucha frecuencia te sorprenderán, con su ruido estrepitoso y plateadas pendientes, las cascadas de la gracia del heroismo; sirviendo de ejemplo, entre otras muchas de tu sexo, las Monjas de Colingan, en Inglaterra, y tus Hermanas las Clarisas de Acre, que, por librar su querida virginidad de la vandálica profanación de los normandos y los turcos, produjeron con sus propias manos la sangrienta deformidad del rostro, y acabaron por sufrir el más heróico martirio. Y verás toda la línea salpicada de majestuosos edificios, cuya solidez exterior corresponde á la solidez interior de sus moradores; y cuya extensión material parece dar á entender la extensión espiritual de su instituto. Y delante de estos edificios verás levantarse, como en actitud de expertos centinelas, figuras tan grandes como San Benito y San Agustín; San Romualdo, San Bruno y San Roberto; San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán; San Juan de Mata y San

Pedro Nolasco; Santo Tomás y San Bernardo; San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier; San José de Calasanz y San Vicente de Paul; Fray Luis de Granada y Fray Luis de León, con otros mil que me sería imposible enumerar. Y en orden á tu sexo, llamarán tu atención las bellas figuras de Clara, tu Santa Madre, de Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Riccis, Santa Úrsula, la Beata Ángela de Brescia, Santa Juana Francisca, y otras muchas que alcanzaron en el Claustro la brillante aureola de la santidad.

Y en vista de ésto ¿qué extraño es que tu alma se bañe en plácida alegría, al verse instalada en tan hermosos caminos? *viæ ejus viæ pulchræ.* ¡Ah! Ya me parece que tus labios se abren para decir: «Gracias, Dios mío, gracias mil porque me habeis sacado de los caminos del mundo; porque desde aquí no veo, ni los áridos desiertos del error, ni las flores marchitas de la juventud, ni las cenagosas fuentes de la concupiscencia, ni los arroyos de sangre de la ambición, ni los revueltos rios de las pasiones, ni los amargos frutos del egoismo, ni los desconsoladores campos de la zizaña, ni los vergonzosos asilos del vicio, ni las aterradoras figuras de la perfidia. Sí, Dios mío: aquí sólo veo vuestras obras, y, en vuestras obras os veo á Vos, os contemplo á Vos, os admiro á Vos, os poseo á Vos; y Vos sólo bastais, digo con Santa Teresa, para saciar mi corazón y mi espíritu.

3.º

Mucho faltaría, hermanos mios, para que un camino mereciera el nombre de hermoso, si á la suavidad de su piso y á lo pintoresco de sus perspectivas, no se agregase la claridad de su cielo. Nos entristecen las nieblas, que nos aislan del horizonte, como envidiosas de sus triunfos sobre nuestra vista. Nos disgustan las nubes, como si nos recordaran las de la ignorancia que pasan por delante de nuestra razón. Nos estremece el relámpago, como si su penetrante luz fuese la censora de nuestra conciencia. Nos abate el trueno, como si oyéramos la tremenda voz de la Justicia. El conjunto de la tempestad nos anonada, porque pone de relieve la inmensidad del poder divino frente á frente de la pobre debilidad

humana. Por el contrario, se alegra el viajero con el saludo de la rosada aurora, donde descubre la sonrisa de la esperanza: y se recrea con la esplendente claridad del día, que le permite ir leyendo el gran libro de la naturaleza: y se dilata con los dominios del espacio, que le representan el fabuloso alcance de sus potencias: y se entusiasma con la sublimidad del firmamento, que le hace pensar en la sublimidad de su destino: y se eleva con la ascensión del sol, como si le recordase la gloriosa ascensión de la humanidad atraida por el Sol de Justicia. *Cum exaltatus fuero à terra omnia traham ad meipsum.*

Ahora bien: mirad los caminos del mundo, y vereis el cielo de las riquezas sobre el camino de la avaricia; y el cielo de la adulación sobre el camino de la vanidad; y el cielo de los honores sobre el camino de la ambición; y el cielo del poder sobre el camino de la soberbia; y el cielo de la voluptuosidad sobre el camino del sensualismo. Mirad todos estos cielos, y los vereis encapotados por las nubes de la imprevisión, por las nieblas de los celos, por la lluvia de las dificultades, por los pedriscos de la ingratitud, por la tempestad de los odios, por los relámpagos del desengaño, y por los truenos de la desesperación.

Mirad ahora los caminos del Claustro. ¡Ah! hermanos mios. ¡Qué diferencia tan grande! En estos caminos sólo domina el cielo de la santidad. Registrad todas las fundaciones, leed todas las reglas, observad todas las prácticas y ocupaciones monásticas; y en todas estas cosas sólo descubrireis otras tantas miradas del espíritu, que se elevan y se clavan en el cielo de la santidad; en ese cielo, que tiene por sol á Dios, por luz la fé, por calor la caridad y por ambiente la gracia. En ese cielo, donde, por la virtud de la gracia, con la cooperación de la voluntad, se convierten las nubes de ignorancia en albores de inocencia, las lluvias de obstáculos en luminarias de triunfos, los relámpagos del desengaño en miradas de amor divino, y los truenos de la desesperación en ecos de tranquilidad. En ese cielo, donde el espíritu religioso sólo vé el límpido oriente de la vocación divina, que le inspira el consuelo de la esperanza; la sublime claridad de la Revelación, que le permite leer en el misterioso libro de la gracia; el triunfante Sol de Justicia, que ejerce sobre él la dulce atracción del amor; las brillantes estrellas de los bienaventurados, que sobre él reflejan la luz vivificadora del ejemplo y el poderoso impulso de la imitación; y el gran

firmamento de la Eternidad gloriosa, que le hace insensibles las miserias de esta vida, agradables las prácticas de su regla, y encantadores los sacrificios de la virtud. *Viæ ejus viæ pulchræ:* sus caminos son caminos hermosos.

Tal es, Sor María Rosa, el purísimo cielo que cubre tus caminos: el único al que deben elevarse las miradas de tus ojos, la atención de tus oidos, el movimiento de tus manos, las ideas de tu mente, el incienso de tus plegarias, la mirra de tus sacrificios y el aroma de tu amor: el único que puede corresponderte con la luz que dirija tus pasos, con las galas que hermoseen tus horizontes, con los coloquios que consuelen tu alma, con las fuerzas que necesite tu voluntad, con la ternura que reclame tu corazón y con todas las mercedes que satisfagan tus deseos: *Ego protector tuus suum, et merces tua magna nimis:* Yo soy tu protector y tu galardón sobremanera grande: (Gen. XV, 1.)

¿Habéis visto, amados hermanos, ¿has visto, Sor María Rosa, qué piso tan suave, qué horizontes tan bellos y qué cielo tan hermoso se encuentran en los caminos del Claustro? Un piso por el que, libre de los obstáculos del mundo y con recursos para dominar los de la carne y los de Lucifer, puede el espíritu avanzar con pasos de gigante en la senda de la perfección. Unos horizontes que, reflejando las primorosas bellezas del orden espiritual, amenizan y abrevian el viaje de la terrenal existencia. Un cielo que, mostrándote abierto é iluminado el profundo libro de la gracia, te hace participante de la vida íntima de Dios y te deja percibir las deliciosas emanaciones del Edén.

Y ahora ¿no tendré yo derecho para exclamar con el real Profeta: *Hæc est dies quam fecit Dominus: exultemus et letemur in ea;* este es el día que hizo el Señor: regocijémonos y alegrémonos en él? ¡Ah! sí: alégrate, nueva Clarisa, que este es el día que hizo el Señor para contarte en el escogido número de sus esposas. Alégrate, tierna y cariñosa madre, que hoy es el día que hizo el Señor para que vieras al querido fruto de tu sangre, de tu amor, de tus desvelos y tus consejos, aceptado como bueno por el mismo Dios, para hacerle objeto de sus especiales delicias. Alégrate, á pesar de tu ausencia, padre dichoso, que este es el día que hizo el Señor, para que te complacieras en el ilustre enlace de tu hija con el más bello, noble y constante de los esposos. Alegráos, amantes hermanos y afectuosos parientes; que este es el día que hizo el

Señor, para que viérais adornado el jardín de las vírgenes con una flor del árbol de vuestra familia. Alégrate, respetable Comunidad; alegráos, castas y edificantes vírgenes del divino Cordero, que este es el día que hizo el Rey de los cielos para celebrar en vuestra propia casa su himeneo con una doncella de noble espíritu, á la vez que lo celebra en otra parte un Rey de la tierra con una doncella de noble estirpe. Alegráos todos, hermanos mios, que todos teneis en una nueva religiosa un brazo más para contener el de la divina justicia sobre vuestras culpas, y una voz más para llamar la bondad divina sobre vuestras necesidades.

Y yo ¿no me hé de alegrar? Yo que hé tenido el gusto de admirar muy de cerca los piadosos sentimientos de tu corazón y las excelentes disposiciones de tu espíritu, que anunciaban este feliz resultado; yo, que hé vivido contigo bajo el mismo techo y comido contigo á la misma mesa, bajo la protectora y querida sombra de aquél que á tí te apadrinó en el bautismo y á mí me apadrinó toda la vida? ¿No me hé de alegrar yo como el primero en estos dichosos momentos? ¡Ah! ¡quién nos diera el ver apadrinarte hoy al pié de los altares al mismo que un día te apadrinó á las puertas del templo! ¡Cuánta parte tomaría él en el regocijo de tu espiritual desposorio! Pero, en su defecto, yo me complazco por él y por mí, yo te felicito por él y por mí acá en la tierra en esta ocasión solemne, mientras él se complace y te felicita desde el cielo, donde quiera Dios, hermanos mios, que todos, absolutamente todos, lleguemos á regocijarnos algún día.

AMÉN.

DE UNA MISA NUEVA [1]

Psallite sapienter.
Tañed salmos diestramente ó con inteligencia.

Ps. XLVI, 8.

Las bellas artes necesitan, como las flores, una luz que las matice y un calor que las fecunde. La luz debe estar en la cabeza del artista: es la llama del genio, sostenida y aumentada por la ciencia, y que, después de penetrar en las más íntimas harmonías de la realidad existente, extiende sus fulgores al mundo de lo posible, donde percibe nuevos y superiores tipos de perfección y de belleza, y descubre los graduales peldaños de esa escala progresiva que une el cielo con la tierra, y por la cual pueden y deben ir subiendo todas las obras y creaciones del Arte. El calor debe estar en el corazón del artista: es el amor á todo lo bueno, la pasión por todo lo perfecto, el entusiasmo por todo lo divino; amor, pasión y entusiasmo que, cayendo sobre los gérmenes ideales depositados en la mente, los dilata y vivifica, los nutre

(1) Sermón predicado en la Misa nueva del notable músico y aventajado teólogo el joven D. José Alfonso Fuentes, que hoy es dignísimo Maestro de Capilla de la Catedral de Madrid.

y desarrolla, hasta que del todo formados y viables salen á luz por conducto del pincel, del buril y de la pluma, ó por medio de la laringe humana y de los instrumentos músicos.

Pero hay ciencia que, por sí sóla, puede favorecer muy poco á la luz del genio: tal es la que se encierra en los bajos y estrechos límites de lo material y sensible, la que sólo respira en la pesada é insalubre atmósfera de un empirismo exclusivo y degradante. Los que se conforman con esta atmósfera y con aquellos límites, no inventan, no crean, no suben; para ellos está demás la misteriosa escala de Jacob: son hombres terrenos y no quieren salir de la tierra: son ciudadanos del mundo y no quieren ni vislumbrar siquiera lo que pasa en la Ciudad de Dios. Al estado de su cabeza corresponde el estado de su corazón: cuando aquélla sólo está iluminada por reflejos crepusculares, que no otra cosa son los conocimientos sensibles, no puede pasar de la tibieza el temperamento del segundo; así es que sólo le mueve el amor á la materia, sólo le arrastra la pasión del vicio y sólo le entusiasman los vanos y temporales triunfos sobre las fuerzas físicas ó sobre el poder de los demás hombres. Los que así sienten no tienen calor bastante para fecundar grandes gérmenes y producir obras maestras: más que artistas, son serviles imitadores, meros fotógrafos de los cuadros y las escenas de la vida real.

Otra cosa sucede á los que nutren la chispa de su genio con las ciencias del orden abstracto, espiritual y divino y abren las válvulas de su corazón á la encendida corriente del calor supra-sensible y sobrenatural de la caridad cristiana. Estos sí que asombran al mundo con la novedad de sus inventos y la grandeza de sus creaciones. Estos sí que se elevan sobre el nivel de su siglo, enseñando á la humanidad más altos y laudables derroteros para el logro de sus aspiraciones. Estos sí que suben y se acercan á la región celeste, previendo y gustando de antemano algunos efluvios de las dulzuras que se disfrutan en la Ciudad de Dios. Y si á esto se agrega la excelencia y sublimidad del estado, si el cultivador del arte es al propio tiempo ministro del Altísimo, ¡ah! señores; entonces suben de punto las ventajas y son incomparables los resultados: entonces se junta la claridad meridional de la más sana y elevada sabiduría, con el calor fecundante de las más excelsas y conmovedoras funciones: y de este consorcio no pueden menos de salir los más ópimos frutos en todos los órdenes de belleza.

Dichoso tú, joven Alfonso, que así lo has comprendido y así lo has realizado con el auxilio de la divina gracia. Dichoso tú que has cobijado tu vocación de artista bajo las maternales alas de la vocación eclesiástica; y ves coronada tu profesión de músico, tan breve en años como rica en triunfos, con la aureola y el carácter sagrado del sacerdocio. Has elegido la mejor parte para asegurar el éxito más glorioso á tus musicales empresas, y contribuir por este medio á la mayor honra y gloria de Dios.

Sí, señores: el artista sacerdote tiene fuentes de inspiración desconocidas y cerradas á los demás mortales: nadie como él puede cumplir este precepto del Rey profeta: *Psallite sapienter;* cantad con sabiduría. Por eso me ha parecido oportuno, dadas las circunstancias de nuestro protagonista, llamar vuestra atención por algunos momentos hácia las relaciones entre el estado eclesiástico y el divino arte: y para mayor claridad y precisión formularé mi pensamiento en las siguientes palabras:

«El Sacerdocio católico, por los estudios que supone y por las funciones que desempeña, suministra las más sublimes y acrisoladas fuentes de inspiración musical.»

Psallite sapienter.
Tañed salmos diestramente ó con sabiduría.

Psalm. XLVI, v. 8.

A. O.

Debo confesar, ante todo, que yo no soy músico; pero tampoco hay necesidad de serlo para comprender que el arte de la música es una especie de lenguaje, compuesto de sonidos como la palabra, si bien realizados por modulaciones rítmicas, melodiosas y armónicas, que le grangean el sobrenombre de divino. Su objeto lo constituyen más los afectos que las ideas, más la pasión que el discurso: y, como todo lenguaje, la música será tanto más perfecta, cuanto *mejor y con más fidelidad exprese los sentimientos que se le encomiendan*, como dice el P. Uriarte; y tanto más pulcra, sublime y majestuosa, cuanto más puros, generosos y levantados sean los sentimientos que la inspiran: así como los sentimientos crecerán más en estas cualidades, cuanto más altas, radiantes y fecundas sean las ideas que los engendran.

Esto es obvio, evidente, palpable: el que solo cree en la tierra y en la vida presente ¿cómo ha de amar la abnegación, el sacrificio, la castidad y la justicia? ¿Cómo ha de entusiasmarse ante la idea de la inmortalidad y de la gloria? El que niega ó desconoce á Dios y sus atributos, al cielo y sus moradores, ¿cómo ha de sentir

la necesidad de la oración, de la reverencia y las alabanzas divinas? ¿Cómo ha de sentir ni sospechar siquiera los delicados y preciosos elementos que forman el gran drama de nuestra vida sobrenatural, y que se llaman consuelos celestiales, dulzuras paradisiacas, alegrías angélicas, amores seráficos, nostalgias místicas, entusiasmos épicos, esperanzas y temores ultramundanos, luchas titánicas entre la pasión y el deber, y triunfos heróicos de la gracia sobre el pecado? Y no sintiendo nada de esto ¿qué puede salir, lo mismo del compositor que del instrumentista, más que notas frías, sonidos sensuales, impresiones débiles, harmonías pedestres, híbridos y amanerados engendros?

Necesita, pues, el músico ser hombre de grandes conceptos, de altas y firmes convicciones, de una ciencia superior, trascendental y sintética: necesita elevarse á los principios supremos, lazos verdaderamente armónicos, donde se adunan todos los rayos divergentes de las verdades científicas, como se adunan en las estrellas los divergentes rayos de su luz. Necesita más, necesita remontarse al principio de los principios, centro de todas las harmonías, de donde parten y á donde convergen todos los hilos de la inmensa trama del universo y todos los destellos de las inteligencias creadas que forman la enciclopedia de los conocimientos humanos. Necesita apoderarse con su talento de todos esos focos sobremanera esplendentes, y concentrar sus radiaciones sobre el corazón, para que éste responda con llamaradas de afectos, que den vida y calor á las composiciones musicales. Necesita, en una palabra, penetrar en las regiones de la verdadera sabiduría, para encontrar las fuentes de la más alta inspiración: *Psallite sapienter*; cantad con sabiduría.

¿Y cuáles son esas regiones? Pues, en primer lugar, las que recorren los aspirantes al sacerdocio en los estudios de su carrera; y en segundo lugar, las que recorre el mismo sacerdote en el ejercicio de sus santos ministerios.

PARTE PRIMERA

Comiénzase la carrera eclesiástica por el estudio de la lengua latina, que es el idioma de la Iglesia. Las bellezas literarias de los clásicos hieren la imaginación y despiertan el gusto estético de los

alumnos. Edúcanse y afínanse sus oidos viviendo tres ó cuatro años consecutivos en aquella atmósfera de proporción y sonoridad, de ritmos y harmonías y de acompasados movimientos de la palabra, que se observan y se admiran en los modelos históricos, oratorios y poéticos. Hay ocasiones mil de apreciar la íntima correspondencia entre el fondo y la forma, entre el pensamiento y la expresión, y la variedad de tono, de construcción y de estilo, según la diversidad de asuntos y de fines á que obedece la producción de la obra. Y, como es tan grande la afinidad entre la palabra y la música; como una y otra se componen de sonidos y aspiran á expresar de la manera más viva, exacta, melodiosa y harmónica sus respectivos ideales, el aficionado á la segunda no puede menos de sentir nacer en su alma gérmenes y datos preciosísimos de corte y naturaleza musical. Son los primeros albores del arte, que dibujan la aurora de la esperanza en la fantasía de un adepto. Estamos en los umbrales de la enseñanza clerical.

Un paso más nos introduce en el magnífico y espacioso vestíbulo de la ciencia eclesiástica, en la Filosofía. Aquí, señores, el sol de la verdad vá subiendo hácia el cénit de su carrera; y sus crecientes resplandores, penetrando en nuestro espíritu por las anchas vias de la abstracción y el raciocinio, nos descubren un mundo nuevo de harmonías y de tonos ideales, que no pueden menos de ayudar grandemente á la concepción y al ejercicio de los tonos y las harmonías sensibles. Á la luz de esta ciencia descúbrense las profundas y grandiosas consonancias de la creación natural. Vemos, en cada substancia, una perfecta combinación entre la permanencia del sujeto y el movimiento contínuo de los accidentes, como la que se advierte entre la identidad del oceánico elemento y la agitación indomable de sus olas: en cada naturaleza, las íntimas relaciones que unen la raiz y el tronco de la actividad con las varias potencias y aptitudes que de ella se derivan, como otras tantas ramas de un mismo árbol: en cada causa, la conveniente proporción entre su virtud y los efectos que produce, como la que existe entre los arroyos y la fuente de donde nacen: en cada ley, la perenne correspondencia entre su universalidad y constancia y la multitud y la sucesión de los hechos que regula, como la que pudiera notarse entre los movimientos y evoluciones de un numeroso ejército y la voz del general que lo manda; y en cada fin, la invariable concordia de numerosos y diferentes medios con la

unidad de su dirección y tendencia, como la de varias saetas que partiendo de diferentes puntos se dirigiesen á un mismo blanco.

También se divisan desde aquí los recónditos lazos que, bajo la idea de orden y Providencia, relacionan y harmonizan fenómenos tan distantes, tan diversos y hasta contrarios, como la magnitud de los globos celestes y la pequeñez de las partículas aéreas, el vertiginoso movimiento de los astros y la visible lentitud de las hormigas, las tremendas erupciones volcánicas y las risueñas germinaciones florales, las grandes catástrofes y las dichas inmensas, las grandes verdades y los grandes errores, las grandes virtudes y los grandes crímenes, el día y la noche, la tempestad y la calma, el espíritu y la materia, la vida y la muerte: todo, señores, todo vá entrando, de grado ó por fuerza, en la complicadísima urdimbre del orden universal, hasta coincidir todos sus hilos en el último anillo de la cadena, formado, como el primero, por el dedo omnipotente de Dios. Visto el mundo desde estas alturas, presenta la unidad y el concierto de un drama inconmensurable; cuyo autor es Dios; cuyos personajes son todas las criaturas; y en donde cada una desempeña su papel, y todas juntas van desarrollando la acción providencial que les encomendara el divino Artífice; y cuyo desenlace ha de ser siempre la manifestación de la gloria de Dios. Ó también puede concebirse á manera de un inmenso organismo, donde cada pieza realiza un fin, expresa una idea, canta una gloria; y todas juntas, como variando y subiendo de tono, desde el inerte mineral hasta el rey de la Creación, cumplen y expresan el pensamiento divino, celebran y cantan las perfecciones del Criador. Con razón dice un ilustre filósofo contemporáno (1) que cada criatura es una palabra del Omnipotente, destinada á proclamar la gloria de su Hacedor: y con más autoridad dice el Real Profeta: (Ps. XVIII, 2) *Cæli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus anuntiat firmamentum.* Y ¿quién no comprende que la inteligencia del músico, imbuida en estos grandes pensamientos, familiarizada con estas magníficas relaciones y concordancias, y bien penetrada del sentido y las harmonías del lenguaje divino de la Creación, ha de encontrar inspiración fecunda, ideales sublimes, motivos siempre interesantes y siempre nuevos, para el progresivo desarrollo de su acariciado arte?

---

(1) Prisco. Filosofía especulat. T. I, pág. 162.

Pero avancemos un poco más y abramos la puerta que nos introduce en el verdadero y majestuoso templo de la ciencia eclesiástica. Ya comprendereis, señores, ya comprenderás, joven Alfonso, que me refiero á la Sagrada Teología. Aquí el sol de la verdad muéstrase en lo más alto de su carrera: ya no recibimos sus rayos mediante la tosca y pálida reflexión del universo material, sinó que caen directamente en el meridiano de nuestra inteligencia. Ya no son ni los astros, ni las plantas, ni los animales, ni aún el hombre, los encargados de expresar el pensamiento divino: es Dios mismo quien nos habla y nos enseña, inspirando á los profetas primero, y mandándonos después á su propio y unigénito Hijo. Ya no se trata de las harmonías de la naturaleza, sinó de las más excelsas y melodiosas de la gracia y de las supremas é incomparables del mismo Dios. A la luz de la Teología, que es la luz de la divina revelación, vemos en primer lugar la divina constitución de la Iglesia; y al verla y estudiarla, van apareciendo de relieve todas las harmonías y proporciones de un edificio; pero de un edificio divino, tan grande como el mundo, tan alto como el cielo, tan firme como la palabra de Dios, tan decorado y suntuoso como se desprende de los medallones que ostentan los timbres de su celestial origen, de los blasones y trofeos colgados de sus muros en recuerdo de sus glorias, de las estatuas y los lienzos que representan sus héroes, y del áureo brillo de la ciencia y las virtudes que irradian sus más esclarecidos hijos: y, por último, tan proporcionado y harmónico, cuanto puede inferirse de las finísimas relaciones que se observan entre la debilidad humana y la fortaleza divina de su base, que es el Papa; entre la inquebrantable solidez de esta base y la perpetuidad de su destino; entre la elevación de su cúpula y el fin de sus moradores; entre la luz de la fé que lo ilumina y el fuego de la caridad que lo calienta; entre la atmósfera celestial que lo llena y el temple de las almas que la respiran; entre la unidad de su entrada, que es el bautismo, y la muchedumbre universal de condiciones y de clases, de pueblos y naciones, de lenguas y de razas, que por ella entran y en ella se unifican: *ut sint unum sicut et nos;* y entre la aparente flaqueza de sus columnas y la victoriosa y sobrenatural resistencia con que triunfan de todas las oleadas de la persecución, de la heregía ó del cisma.

Conviértese después la atención del teólogo al estudio de la divinidad en sí misma, esto es, del piélago insondable de las más

dulces, perfectas y arrobadoras harmonías. Figuráos un diamante, cuyo tamaño sea igual al de todos los globos, al de todos los astros y cuerpos juntos, y cuya variedad de colores y de tonos sea tan grande como la de sus destellos, y cuya irradiación vaya tan lejos como los límites del espacio: pues mucho más, infinitamente más, es la harmonía que existe entre la absoluta simplicidad de Dios y la infinidad de sus atributos y perfecciones. De su independencia en el ser, que nosotros concebimos como el núcleo de la esencia divina, derívanse, como radios de un mismo centro, su independencia del espacio ó sea la inmensidad; su independencia del tiempo, ó sea la eternidad; su independencia de los obstáculos, ó sea la omnipotencia; su independencia de los cambios y las vicisitudes, ó sea la inmutabilidad; su independencia de la duda, de la sombra, del misterio, ó sea la sabiduría, la omniscencia; y su independencia de toda clase de vicio, de mácula ó de extravío, ó sea la bondad, la santidad y la belleza; y todas las independencias posibles, que se traducen en todas las perfecciones posibles, idénticas en realidad á su única y simplicísima esencia. Figuráos un entendimiento tan precoz y sublime, que concentre en una sola idea todas las ciencias y todos los conocimientos imaginables; como si dijéramos un ojo que representa instantánea y simultáneamente todos los objetos visibles del universo; y una palabra de tanta virtud y significación, que exprese adecuadamente aquella idea; y que al contacto de esa palabra y esa idea, brota una chispa de amorosa simpatía, que las une con el más íntimo, feliz é indisoluble consorcio. Pues todo esto es nada, absolutamente nada, en comparación de la inefable harmonía con que se unen el Padre, inteligencia, el Hijo-Verbo, y el Espíritu-Santo, amor. Todo aquéllo es nada, absolutamente nada, en comparación de la harmonía que constituye el augusto y adorable Misterio de la Santísima Trinidad; donde se dá generación sin prioridad, filiación sin dependencia, y procesión sin sucesión, ni dependencia, ni desigualdad de ninguna especie; donde á tanto llega la unidad substancial como la trinidad personal; donde tan real es la identidad esencial como la distinción personal, y donde la vida expresa la plenitud de su fecundidad en dos términos tan infinitos como ella, el Hijo y el Espíritu-Santo; y tan distintos entre sí y de su Principio, que es el Padre, como idénticos los tres con la vida substancial; y como idénticos, coeternos, inseparables, y en la más perfecta harmonía,

ó mejor dicho, unidad de pensamiento, de acción y de completa é inalterable felicidad.

Si nos fijamos ahora en sus atributos relativos; si consideramos á Dios como Autor del universo, y muy especialmente en el orden sobrenatural, nuevos y fecundos veneros se descubren de suprasensibles y deliciosas harmonías. Los espíritus celestiales, con su variedad y subordinación de jerarquías, de órdenes y de grados, de coloquios, de actos y de oficios, forman un cielo tachonado de inteligencias puras, iluminadas y atraidas por el sol de Justicia en razón inversa de sus distancias al Centro; y con su universal é incesante expresión de alabanzas y admiraciones al Altísimo, producen y sostienen un concierto ideal y afectivo, mudo é inaccesible á los oidos materiales, pero mucho más expresivo, melodioso y harmónico, que cuantos hayan resultado y puedan resultar de las más celebradas laringes é instrumentaciones humanas.

Á poca distancia de los ángeles, *Paulo minus ab angelis* (Ps. 8,, está el primer hombre, disfrutando también de esas iluminaciones y de esos atractivos sobrenaturales. No es en verdad para despreciarse, en el orden de la inspiración artística, aquel envidiable estado de inocencia y justicia original, en que fueron constituidos nuestros primeros padres; aquel harmonioso concierto, en cuya virtud las notas del cuerpo, de los sentidos y de las pasiones, no discordaban un punto de las notas de la razón, de la voluntad y del espíritu; ni éstas del compás, de la medida y del número marcados por el divino Fundador y Maestro.

Pero donde encuentra el Teólogo artista la clave de todas las relaciones, el foco de todas las harmonías, el centro de todas las afinaciones y dulzuras y la gran fuente de inspiración y de progreso, es en el augusto Misterio de la Encarnación del Verbo. Aquí se adunan en soberana y misteriosa síntesis, en una sóla y misma persona, la justicia y la misericordia, el dolor y la dicha, la flaqueza y la omnipotencia, la inmortalidad y la muerte, la plenitud y la pobreza, el sacerdote y la víctima, Dios y el hombre, todas las harmonías de la naturaleza y la gracia, de la Creación y del Criador, los ayes pasajeros de la tierra y los hosannas eternos de la gloria.

Tales son, piadosos oyentes, tales son, afortunado y nuevo presbítero, los puntos culminantes del campo donde se mueve la inteligencia del Teólogo. Es el campo de lo inmaterial, de lo eterno, de lo infinito, de lo divino: son aquellas regiones suprasensibles,

donde el gusto estético se depura, se transforma y se espiritualiza; donde las alas del genio pueden extenderse y elevarse por espacios sin fin; donde el talento del músico, á la vez que concibe nuevas y crecientes harmonías, concibe también nuevos y crecientes anhelos, que van en pos de nuevos y superiores ideales, que á su vez engendran nuevas y más subidas aspiraciones: y siempre subiendo, y aumentándose la vena cuanto más se explota, viene á ser un árbol frondoso, que florece y fructifica en todas las estaciones, que aumenta y mejora sus frutos indefinidamente, y es cada fruto una nueva sorpresa y un nuevo triunfo en el corazón de los oyentes, una nueva perla en los tesoros del arte, un nuevo lauro para su autor y un nuevo himno para Dios: *Cantate Domino canticum novum:* (Ps. XCV, 1.)

SEGUNDA PARTE

No menos que los estudios preparatorios, contribuyen á la inspiración artística las funciones sacerdotales: si aquéllos mantienen y acrecientan la luz del genio en el espíritu, éstas nutren y enardecen el calor del entusiasmo en los corazones; y el entusiasmo es un factor indispensable en la producción artística. Entre las sagradas funciones del sacerdote hay tres principales, que más directamente se relacionan con nuestro tema, y las únicas que exploraremos sumaria y brevísimamente, á saber: el rezo del Oficio divino, la absolución sacramental de los pecados, y la celebración de la Santa Misa.

El modo de recibir calor es acercarse al fuego; y el fuego que calienta los corazones es el fuego del amor, de la caridad, del entusiasmo; es el fuego que atesoran y comunican todos los ejemplos de grandeza, de sublimidad y de heroismo. Pues el sacerdote, rezando el Oficio divino, pónese en íntimo y diario contacto con las grandes figuras bíblicas de los patriarcas, profetas, reyes y caudillos; con los grandes héroes del cristianismo, mártires, confesores y vírgenes; y con la gran sublimidad de doctrinas y de afectos que rebosan en los inspirados libros de David y Salomón, de los Evangelistas y de los Apóstoles, de los padres y doctores de la Iglesia. Es decir, que el corazón del sacerdote, con el rezo de las

horas canónicas, está sometido á la influencia de una corriente ignea, capaz de enrojecerle y dilatarle con el más puro y arrobador entusiasmo. Y, si ese corazón fuera también de un músico, excusado es decir que el entusiasmo pasará con todos los arreos de una imaginación creadora á ocupar su digno puesto en las esferas del arte, para reproducir allí, como hijo agradecido, toda la grandeza, toda la sublimidad y todo el heroismo que le dieron el ser.

Viene después la potestad de las llaves, aquel poder divino y eminentemente armónico, en cuya virtud el sacerdote restablece la inefable harmonía de la santidad en las almas que se han desentonado con las discordancias de la culpa; aquel poder sublime sobre todos los poderes de la tierra, capaz de destruir en un momento la labor infernal de muchos años, y que, si no derriba muros, ni vence ejércitos, ni conquista plazas y reinos materiales, hace en cambio otras proezas mayores; derriba los muros que separan á los pecadores de Dios; triunfa de las invisibles y formidables huestes de Satanás, y conquista el cielo para muchas almas. Por razón de este poder, asegura San Juan Crisóstomo que los sacerdotes superan en dignidad á los ángeles. Y bien, señores: si el hombre se entusiasma naturalmente con los efímeros triunfos de sus naturales potencias; si apenas cabe dentro de sí mismo, cuando se adelanta una linea á alguno de sus semejantes en el estadio de las letras ó las ciencias, de la milicia ó la política, de la industria ó del arte, y mucho más cuando logra tener en sus manos las llaves del corazón de un Príncipe, ¿cómo no ha de entusiasmarse un sacerdote con aquel poder sobrenatural y divino, que tantos y tantos codos le levanta sobre todos los demás hombres, y que pone en sus manos las llaves del corazón de Dios? Sí, señores, el sacerdote que tiene verdadera y plena conciencia de lo que es, de lo que vale y de lo que representa, no puede menos de entusiasmarse calurosamente: pero no con el entusiasmo de la vanidad y del orgullo, sinó con el entusiasmo de la humildad, de la gratitud, y del reconocimiento; con el que debe nacer de la inmensa desproporción que hay entre la grandeza del favor divino y la nulidad de nuestros propios méritos; con ese entusiasmo que produce heroes al lado de los heroes, sabios al lado de los sabios y santos al lado de los santos. ¡Ah! señores: y ¿quién puede calcular el precioso contingente que ese mismo entusiasmo en el corazón de un músico puede aportar á la inspiración artística? Yo no conozco la historia de la música, pero

conozco algo la historia de la Religión; y ésta me dice que ese mismo entusiasmo de humildad, de gratitud y de reconocimiento, ha producido milagros de sabiduría en San Agustín, en Santo Tomás y en Santa Teresa; milagros de pintura en Fray Angélico; milagros de poesía en Fray Luis de León; milagros de castidad en las vírgenes; y milagros de constancia y fortaleza en los confesores y los mártires. Luego tengo derecho á creer que producirá también en un músico milagros de composición y de harmonía.

Pero aún tiene el sacerdote otro poder superior á éste, el de consagrar, ofrecer y administrar el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo: *Consecrandi offerendi et ministrandi Corpus et Sanguinem ejus*, dice el Concilio Tridentino. Señores, hemos llegado á la cumbre de la grandeza y la sublimidad sacerdotal: estamos en aquel momento solemne, arrobador y majestuoso, en que el sacerdote parece como que sale y nos saca de la tierra, para subir y trasladarnos al cielo; en aquel momento en que el ministro de Dios va á realizar en la tierra y á la vista de los hombres una escena que pertenece más bien al cielo y á la vista de los ángeles; un sacrificio, en que todo es real, expresa y soberanamente divino: divino el sacerdote y principal oferente, que es Jesucristo: divina la víctima, que es Jesucristo: divinas las palabras que son de Jesucristo: divino el fuego, que es el amor de Jesucristo: divina la nube de gloria que lo rodea, que es la gloria de Jesucristo: divinos los efectos, que son las gracias merecidas por Jesucristo: y divino, en cierto modo, el sacerdote ú oferente secundario, como ministro y vicegerente de Jesucristo, Dios y hombre verdadero: *Hoc facite in meam conmemorationem*. Aquí, en el augusto misterio de nuestros altares, realizado por el sacerdote en virtud de las palabras de Jesucristo, se revela la más delicada harmonía de todos los dogmas católicos y el más alto poder de que puede estar investida una criatura. Como harmonía, el sacramento eucarístico es un foco de irradiación sobrenatural, donde, con destellos de diferentes grados y colores, brillan, el misterio de la Santísima Trinidad y la omnipotencia, la sabiduría, la justicia, la misericordia y la bondad de Dios; la inocencia y la caida de los primeros padres; la Encarnación del Verbo y la Redención del hombre; la resurrección futura y la bienaventuranza eterna. Es como un coro, donde, con variedad de tonos y de voces, resuenan los hosannas de los ángeles, las melodías del Paraiso, los ayes del destierro, los lamentos de la

esclavitud, los anhelos de la humanidad que espera, los ecos del Mesías que llega, la agonía del Redentor que muere, el estruendo de los sepulcros que se abren, los cánticos de la humanidad redimida y los vítores de su retorno á la patria recuperada: por eso dice Ráulica que la Eucaristía es toda la Religión. Como poder; el sacerdote ya no es aquí un simple favorito que dispone de los favores del Príncipe; es más bien, en cierto modo, dueño y señor del Príncipe, á quien hace descender de la altura de su solio, lo trae y lo lleva, lo toma y lo dá en cuerpo y alma, á cuantos lo deseen y lo pidan dignamente: más que dispensador del corazón de Dios, es dispensador del mismo Dios, de todo Jesucristo, Dios y hombre verdadero.

¡Ah! ¿Qué te parece, nuevo ministro del Santuario? Tú, que naciste para el arte; tú que has subido más de una vez, y no en balde por cierto, á esas olímpicas alturas de la religión y la ciencia, en busca de luz y de calor para tus memorables creaciones, ¿no descubres aquí, en estas celestiales grandezas de la santa Misa, motivos superiores, especialísimos, de religioso entusiasmo, y copioso manantial por consiguiente de inspiración artística? Ya no me extraña, señores, ya no me extraña que el Sr. Barbieri, eminencia musical contemporánea, asegure que «los más grandes compositores y maestros de música han pertenecido al estado eclesiástico» (1).

Quedamos, señores, en que el genio de la música, considerado como luz, tiene una brillante aurora en las harmonías literarias de la palabra; adquiere las proporciones de esplendorosa claridad matutina, cuando pasa por la elevada, serena y trasparente atmósfera de la filosofía; y alcanza toda la energía y los inmensos dominios de un sol meridional, cuando se pone sobre las divinas alas de la Sagrada Teología. Quedamos también en que el mismo genio de la música encuentra los más activos y potentes focos de calor y de entusiasmo, en el roce contínuo con los más altos modelos de sublimidad y de grandeza que figuran en el rezo de las horas canónicas; en la excelsa facultad de perdonar los pecados, que viene á ser la llave del corazón de Dios; y en el poder soberanamente divino de consagrar y ofrecer el sacramento y sacrificio eucarístico, por el cual viene á ser el hombre, en cierto sentido, dueño y dis-

(1) Discurso pronunciado en el primer Congreso Católico Español.

pensador del mismo Dios. Luego es cierto que el sacerdocio católico, por los estudios que supone y por las funciones que desempeña, suministra las más sublimes y acrisoladas fuentes de inspiración musical.

Sea, pues, muy enhorabuena, mi querido José: sea muy enhorabuena, porque has elegido la mejor parte, el más noble y espacioso camino para saber ser músico: *Psallite sapienter;* y porque ésto, lejos de ser un obstáculo, te servirá de mucho para que seas también un buen sacerdote y un santo. Sea muy enhorabuena, á tus amantes padres y hermanos y á tus entusiastas y celosos tios, todos los cuales ven hoy coronados con el mejor éxito los sacrificios que por tí hicieran y las esperanzas que en tí cifraran. Felicitémonos todos, mis amados hermanos, porque todos tenemos interés en que se aumenten los ministros de la religión y las glorias del arte, medios una y otro para llevarnos, aunque por diferente camino, á un mismo término, que es el amor y la gloria de Dios y nuestra propia y eterna felicidad, que á todos deseo.

AMÉN.

DE OTRA MISA NUEVA [1]

Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus.

Me hé alegrado en esto que se me ha dicho: á la casa del Señor iremos.

Ps. CXXI, 1

Yo no sé qué tiene la harmonía, esa fascinadora cualidad que constituye la belleza y hermosura de los seres, para tanto cautivar nuestra atención y tanto complacer á nuestro espíritu. Es lo cierto, que donde quiera que se nos ofrece la saludamos con una espontánea sonrisa, fiel expresión de la simpatía que nos inspira y del placer que nos produce.

Sonreimos á la vista de una sencilla rosa, que con la regularidad de sus contornos y la finura de sus colores atrae nuestras miradas. Sonreimos al dominar una verde campiña esmaltada de variadísimas flores, preciosa alfombra pintada y extendida á los pies del hombre por su diligente esclava la naturaleza. Sonreimos

(1) Sermón predicado en la Misa nueva de mi querido amigo y convecino el joven don Miguel Gallego Santos, en el día del Patrono del pueblo, que es la Natividad de San Juan Bautista: por cuya razón comprende nuestro discurso los dos objetos.

al levantar los ojos al cielo y ver en serena noche, ese fondo de azul purísimo, tan solo interrumpido por el no menos puro y blanco fulgor de innumerables antorchas; digna techumbre de este gran palacio que llamamos tierra, donde habita el Rey de la creación, que es el hombre.

También hacen subir nuestro gozo del corazón á los labios, las dulces melodías del canto, los arrobadores conciertos de la música, las seductoras combinaciones de la poesía, los animados lienzos de la pintura y las expresivas formas de las estatuas.

Y, pasando á otro género de relaciones, ¿quién no mira con semblante risueño al tierno parvulito, cuya sencillez de miradas, de sonrisas y de movimientos, está en perfecta consonancia con la candidez de su corazón? ¿Quién no mira con interés y recibe con señaladas muestras de placer y satisfacción á una persona honrada, consecuente, virtuosa, que en todos sus actos, así privados como públicos, guarda completa conformidad con un corazón puro, servicial y desinteresado? ¿Quién, por último, no queda extasiado de gozo, al contemplar las profundas y delicadas harmonías que existen entre nuestras necesidades y los objetos destinados á satisfacerlas? ¡Ah! Esto es admirable, señores; esto bastaría por sí sólo para demostrar la necesidad y existencia de una sabiduría infinita, que, después de dar el ser á las cosas, continúa gobernándolas con acertada y misteriosa providencia. ¿Tenemos necesidad de ver? Pues ahí está la luz, con bastante sutileza para bañar nuestros ojos sin menoscabo de su delicado organismo, y con bastante claridad para descubrirnos la más ligera sombra de un cuadro y el más disimulado gesto del rostro humano. ¿Necesitamos oir los objetos que están separados de nosotros? Pues ahí está el aire, ese tan veloz como fiel mensajero, encargado de trasmitir á nuestros oidos la voz del hombre, el sonido de la campana, el murmullo del arroyo, el ruido del huracán, el bramido de las olas, el estruendo del cañón y el estampido del trueno. Para las necesidades del corazón, ahí está la sociedad, donde podemos ejercer el amor con unos, la amistad con otros, la compasión con el miserable, la clemencia con el delincuente, la misericordia con el penado y la caridad con todos. Para las necesidades de la razón, ahí está la ciencia, tan vasta como la inmensidad, tan inagotable como el océano. Para las exigencias de la voluntad, ahí está el bien, tan variado como los seres, tan hermoso como la virtud, tan profundo como lo infinito. ¿Quién,

vuelvo á decir, no se extasía de gozo, al contemplar tantas, tan bellas y tan delicadas harmonías? Ahora me explico el afán con que hoy os aglomerais alrededor del Santuario. Ahora comprendo la expresiva y natural sonrisa, con que al entrar habeis saludado la respetable casa del Señor. Es que presentíais la consoladora harmonía de los venerandos objetos que hoy aquí se solemnizan. Es que adivinábais, en cierto modo, la gran satisfacción que ellos ofrecen á las más nobles necesidades de vuestro espíritu: y así habeis repetido con el Real Profeta: *lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus:* me hé alegrado en estas cosas que me han sido dichas: iremos á la casa del Señor. Pues yo me propongo convertir vuestro obscuro presentimiento en un conocimiento claro, y vuestra adivinación instintiva en una convicción profunda.

Lo diré más claro. Dos son los objetos que hoy llaman nuestra atención y motivan esta solemnidad: la Natividad de un Patrono y la novedad de un sacerdote. Pues yo os demostraré que estos dos objetos están en perfecta harmonía con necesidades de nuestra naturaleza, haciendo ver: 1.º que la Natividad del Patrono corresponde á la necesidad que tenemos de protección y auxilio: 2.º que el ministerio sacerdotal corresponde á la necesidad que tenemos de mediador. Porque somos débiles, tenemos necesidad de protección: porque entre lo finito y lo infinito hay una gran distancia, hay un abismo, tenemos necesidad de mediador. Ved aquí claramente determinado y dividido mi doble pensamiento. Para desenvolverlo con acierto y con fruto, es preciso que me ayudeis á implorar los divinos auxilios de la gracia, poniendo por intercesora á la que es Madre de gracia y de misericordia, saludándola con el Ángel: Ave-María.

Lætatus sum in his...
PS. CXXI, 1.

PUNTO PRIMERO

Hemos dicho, en primer lugar, que la Natividad del Patrono está en harmonía con la necesidad que tenemos de protección y auxilio: porque somos débiles en nuestra naturaleza, tenemos necesidad de un protector. Y ¿quién niega ésto, hermanos mios? ¿Quién puede poner en duda nuestra natural debilidad? ¡Ah! Nos persigue demasiado cerca: la tocamos con demasiada frecuencia: es inseparable de nuestro propio ser, para que nadie pueda desconocerla ni un solo momento.

Honrado labrador: será muy laudable tu deseo de hacer en un día el trabajo de un mes; de mover con tus solos brazos lo que exige el concurso de veinte ó ciento; de salvar tus tiernas y lozanas mieses del cruel y asolador dominio de una nube, de una inundación, de un incendio, de una plaga; pero..... ¡ay! que tus brazos se rinden, tus piernas flaquean, tu cuerpo desfallece: no puedes realizar tus deseos: eres muy débil: necesitas auxilio y protección. Laborioso artesano, que quisieras sin duda dominar á tu gusto la materia, para servir con puntualidad y perfección á tus numerosos favorecedores: yo alabo tus generosos deseos; yo bendigo tus humanitarias intenciones: pero..... ¡ay! que la materia, unas veces

se burla de tus manos; otras veces se revela contra tus mejores instrumentos; y siempre, cuando llega á rendirse, cuando se dá por vencida, es á costa de la ofrenda del tiempo y del sacrificio de tu sudor: eres muy débil; necesitas de protección y auxilio. Hombre de letras, que en tu afán de saber traspasas el orden sensible, prescindes del tiempo, no haces caso de lo finito, te olvidas de tí mismo, y en alas de tu genio subes como el águila en busca de regiones más puras y trasparentes; quieres llegar hasta el sol, para dominar con tu entendimiento cuanto él ilumina con sus rayos; pretendes hasta escalar el trono del Altísimo, para abarcar con una sola mirada al Criador y á las criaturas. ¡Ah! Yo alabo tu noble ambición: yo bendigo tus heróicos esfuerzos: yo te admiro desde aquí abajo entusiasmado de la osadía de tu vuelo: pero... detente, que al propio tiempo me inspiras también compasión: detente, voluntad gigantesca, que sólo cuentas con fuerzas de pigmeo y pueden faltarte en lo más alto y peligroso de la subida. Detente, que ese camino está lleno de abismos que no puede sondear tu corto entendimiento, y de precipicios en que puede ser víctima tu razón temeraria. Detente y modera tu imprudente curiosidad, tu loco empeño. Mira, que de esos vastos y florecientes dominios de la ciencia que en lontananza divisas, sólo una pequeña parte puedes conquistar en esta vida. Mira, que por doquier se levanta la voz de tu debilidad, sólo fuerte para proclamar su impotencia. Mira que te distraen por un lado los asuntos temporales de que no puedes prescindir, y te asedian por otro las pasiones, que ofuscan á cada paso tu razón y extravían tu juicio: aquí tropezarás con la dificultad intrínseca de las mismas verdades, que, cual recatadas doncellas, se ocultan bajo el espeso velo de un estudio profundo, de largas vigilias y de una constancia á toda prueba: allá tendrás que vencer la natural indolencia, la pereza y el desaliento que infunde toda empresa árdua y espinosa; y en todas direcciones te encontrarás con el cerrado muro de nuestra limitación intelectual, guarnecido por esos inexpugnables castillos que se llaman misterios, contra los cuales se han estrellado y se estrellarán hasta el fin de los siglos las orgullosas pretensiones de los sabios. Desengáñate, eres también muy débil: necesitas auxilio y protección.

Pues lo que sucede en el orden material é intelectual, sucede también en el moral y religioso. Bien lo veis: debilidad para obedecer al superior: debilidad para perdonar las injurias: debilidad

para amar al enemigo: debilidad para socorrer al pobre y visitar al enfermo: debilidad para sacrificar nuestro amor propio en obsequio de la paz y del bien común: debilidad para sufrir las miserias de esta vida y los contratiempos de la fortuna: debilidad, en fin, para dominar nuestras desordenadas pasiones. Tal es el triste cuadro que nos ofrece la voluntad humana en el círculo natural de sus aplicaciones: que, si la consideramos en el orden sobrenatural, excusado es decir que tanto ella como las demás facultades del hombre adolecen de una impotencia absoluta, hasta el punto de no poder hacer, decir, ni aún pensar cosa alguna conducente á la vida eterna, sin los divinos auxilios de la gracia: *non quod sufficientes simus cogitari aliquid à nobis, quasi ex nobis;* no porque seamos capaces de pensar algo por nosotros mismos, sinó que nuestra aptitud, nuestra capacidad ha de venir de Dios; *sed sufficientia nostra ex Deo est.* (II Corinth III, 5.)

Ahora bien, hermanos mios; siendo como es tan notoria nuestra debilidad bajo todos aspectos, decidme: el débil ¿qué necesita? El que tiene conciencia de su debilidad ¿qué hace? La contestación no puede ser más natural: el débil necesita protección y defensa: el que tiene conciencia de su debilidad busca un patrono que le proteja, un abogado que le defienda. El débil de salud busca la protección del médico: el débil en recursos se acoje al amparo del rico: el débil en ciencia se proporciona el consejo del sabio: el débil en representación social se encomienda á la defensa de un letrado. Pues lo que reclama y busca nuestra debilidad ante los hombres, eso mismo busca y reclama nuestra debilidad ante Dios: patronos y abogados. Por eso los tenía el pueblo hebreo bajo el sagrado nombre de Profetas; por eso los encontramos en los pueblos de la gentilidad bajo el nombre de heroes, semi-dioses, ó dioses menores: por eso los adoran todos los pueblos del Cristianismo bajo el augusto nombre de santos: por eso también tiene el suyo la religiosa villa del Hospital de Órbigo. Sí: vedlo allí; y no un patrono cualquiera, sinó el favorecido por la Divinidad con muy raros y excepcionales privilegios; el que registra títulos de nobleza y ostenta timbres y blasones, que ningún otro puede presentar: el hijo de una Santa y prima de la Madre de Dios; el que tuvo la singular dicha de pertenecer á los santos antes de pertenecer á los hombres, antes de nacer: el que con su alma santificada y á través del útero materno, tuvo la milagrosa inspiración de conocer al Redentor del

mundo, antes de ver con sus ojos la luz del sol: aquel cuyo nombre fué impuesto por el mismo Dios: *Joannes est nomen ejus;* aquel que fué honrado con el sublime y celestial ministerio de bautizar al mismo Jesucristo: aquel que mereció el elogio más cumplido de los labios mismos del Salvador: «*Inter natos mulierum non surrexit major Joanne bautista.*» Entre los hijos de los hombres no ha nacido otro mayor que Juan Bautista.

¿Qué extraño, pues, que vengais hoy llenos de entusiasmo á contemplar tan eminente figura y á adorar tan excelso Patrono? ¿Qué extraño, pues, que rebose el júbilo en vuestro corazón y que la alegría anime vuestro semblante, como se alegraban y complacían los parientes y vecinos de Santa Isabel con la misteriosa Natividad del Bautista? *Et congratulabantur ei.* ¿Qué extraño, pues, que acudais á él llenos de confianza en demanda de protección y auxilio para vuestra flaqueza?

Sí, hermanos mios: venid con fé, siempre que lo reclame vuestra debilidad, vuestra miseria, vuestra desgracia ó vuestra gratitud. Labrador impaciente, que te afliges por la esterilidad de tus tierras, que te desesperas ante el poder destructor de un torrente, de un pedrisco, de una plaga: modera tu desesperación; no prorrumpas en maldiciones y blasfemias: que ni las blasfemias ni las maldiciones son capaces de asustar á la nube, de contener el torrente, ni de ahuyentar la langosta: acude con espíritu humilde á tu Patrono San Juan Bautista. Él es un fruto, y fruto muy exquisito, de la esterilidad y la vejez; porque anciana y esteril era su madre Santa Isabel cuando lo concibió milagrosamente: *Ex utero senectutis et sterili Joannes natus est:* por lo tanto no puede mirar con indiferencia el fruto de tus campos. Él es grande y fuerte á los ojos del Señor: *Iste puer magnus coram Domino;* por lo tanto puede alcanzar el dominio de las plagas y los elementos. Viuda desconsolada, á quien la muerte arrebató la cara mitad de tu existencia, de tu vida, de tu ser, dejándote en la triste soledad del hogar doméstico y privada para siempre de la consoladora y respetable sombra de tu marido: comprendo lo angustioso de tu situación: grande será tu dolor, amargas serán tus lágrimas: pero modera tu llanto y confía, acércate al Patrono San Juan Bautista con tu dolor y con tus lágrimas: yo te aseguro que él enjugará tus lágrimas, él aliviará tu dolor. Él, que pasó gran parte de su vida en la misteriosa soledad de un desierto, te proporcionará una compañía más amable que la

del hombre, la dulcísima compañía de la esperanza. Él, que vino á dar testimonio de la Luz: *Ut testimonium perhiberet de lumine*, te cubrirá con una sombra más autorizada que la de tu marido, la sombra de su consejo y protección. Madre afligida, que lloras la pérdida del cariñoso fruto de tu amor, que tienes el corazón herido y traspasado por la aguda saeta del último suspiro de tu hijo: ¡oh! situación horrible! ¡Un corazón sin ídolo!.... ¡Una vejez sin báculo! Y acaso, acaso, ¡una existencia sin pan!.... Pero no desfallezcas: ven y ofrece al Bautista esa alma anegada en llanto, ese corazón vacío, esa vejez sin apoyo, esa vida sin recursos. Él supo alimentarse en el desierto con langostas y miel silvestre, y no puede menos de ser abogado de la pobreza. Él es hijo de la ancianidad, y no puede menos de prestarle constante apoyo. Él fué el ídolo santo de su santa madre, y sabrá llenar el vacío de tu corazón con el amor divino y el ídolo de la virtud. Infeliz moribundo, que ves acercarse el último instante de tu vida; que sientes entorpecerse tu lengua, secarse y contraerse tus labios, ensordecerse tus oidos, nublarse tus ojos, helarse tus extremidades y languidecer todos tus miembros; que viendo ya el mundo detras y la eternidad delante, vas á dar el último adios á tus queridos padres, á tus idolatrados hijos, á tus afligidos parientes, á tus simpáticos amigos y á todos los placeres y atractivos de la tierra..... ¡Oh! Dios mío: el momento es supremo, el trance es terrible: pero acuérdate de tu Patrono San Juan Bautista; vuelve á él tus apagados ojos y no temas; que, si no prolonga tu vida, él hará dulce tu muerte. Él, que vino á preparar los caminos de nuestra redención, preparará también á tu alma el camino de la salvación. Él, que con la mirada fija en la vida eterna, hizo triunfar su gozo en el amor divino sobre las penalidades de la prisión y sobre el tormento del martirio, con que hizo terminar su vida una infame y sanguinaria adúltera, hará también que tu alma, alentada con la eternidad del premio, se sobreponga á las mortales congojas de la agonía, y mire hasta con placer su separación de la cárcel del cuerpo. Niños, jóvenes y ancianos; doncellas, esposas y viudas: venid todos á prestar el debido homenaje á vuestro ínclito y esclarecido Patrono: los que gemís bajo el peso del infortunio, para suplicarle; los que nadais en la prosperidad y la abundancia, para darle gracias: porque no dudeis que él toma una parte muy principal tanto en el alivio de vuestras miserias como en el incremento de vuestra felicidad.

Creo haber demostrado suficientemente la verdad del primer punto, ó sea, que la Natividad del Patrono corresponde á la necesidad que tenemos de protección y auxilio, y está en perfecta harmonía con nuestra natural debilidad. Mas hay en el hombre otra necesidad no menos importante é imperiosa, la necesidad de un mediador que salve la inmensa distancia que hay entre lo finito y lo infinito, entre la criatura y el Criador, entre el hombre y Dios; cuyo mediador es el sacerdote, de cuyo ministerio vamos á ocuparnos en segundo lugar, como ofrecimos al principio.

PUNTO SEGUNDO

Dos son aquí los extremos cuya relación se busca: Dios por una parte, y por otra el hombre. El detenerse á demostrar la existencia y la infinidad de Dios sería hacer una gran ofensa, no sólo á vuestra piedad, sinó también á vuestro sentido común: porque demasiado comprendeis que negar la existencia de Dios como causa del mundo, equivale á decir que el mundo se ha hecho á sí mismo; lo cual es tan absurdo como decir que esta iglesia se hizo por sí misma, sin necesidad de maestros ni de operarios; que las piedras y maderas por su propia virtud se labraron, se reunieron y se ordenaron para formar las paredes y el techo: y sin duda os reiríais del que pretendiera persuadiros de ésto: pues también debeis reiros del que os diga, si es que alguién se atreve á decirlo, que no hay Dios. Existiendo Dios como Autor y causa del mundo, tiene que ser distinto é independiente del mundo, así como el carpintero es distinto é independiente de la mesa que hace, y el relojero es distinto é independiente del reloj que construye: por consiguiente, así como la mesa no pone límites á la inteligencia y habilidad del carpintero, ni el reloj al conocimiento y al arte del relojero; sinó al contrario, el carpintero es quien pone límites á la mesa, dándole la magnitud y la forma que él quiere, y lo mismo el relojero respecto al reloj, así también Dios, como Autor que es de todas las criaturas, á todas pone límites, dándoles aquel grado de perfección y duración que fué de su beneplácito; pero ninguna criatura puede poner límites á Dios; ninguna puede decirle: tendrás tanta inteligencia, tanto poder, tanta bondad: y si nadie puede poner límites á Dios, resulta naturalmente que Dios tendrá un ser

sin límites, una sabiduría sin límites, un poder sin límites, en una palabra, que Dios es necesariamente infinito en su esencia y en todo género de perfecciones.

Menos necesidad tendré de haceros ver que el hombre, por el contrario, es finito bajo todos aspectos; porque vuestra propia experiencia os dice con voz muy alta, que estais muy lejos de poder todo lo que quereis, de saber todo lo que deseais, y de alcanzar todo lo que apeteceis. Hay, por lo tanto, entre Dios y el hombre, tanta distancia como la que separa lo infinito de lo finito. Y, sin embargo de ésto, el hombre necesita estar en contínua relación y comunicación con Dios, ya que es su principio, su fin y su supremo legislador y gobernador; á la manera que los más apartados pueblos y los ciudadanos más escondidos, necesitan estar en comunicación con el sumo imperante, de donde emanan todas las leyes que deben moderar sus actos civiles, y que mal podrían cumplir si no las conocieran. ¿Cómo, pues, se verifica aquella comunicación? ¿Cómo se salva aquella distancia? Vamos á verlo.

Grande es la distancia que separa la tierra del sol, y sin embargo estamos en relación con él, le percibimos por medio de la luz que él mismo nos envía. Grande es la distancia que separa la Corte del monarca de las remotas aldeas que ocupan los confines de sus dominios; y sin embargo están en relación con él, se comunican por medio de varios magistrados que él mismo establece, como son alcaldes, gobernadores y ministros, por cuyo conducto descienden las órdenes de su autoridad hasta la más apartada choza, y sube hasta las mismas gradas del trono el clamor de nuestras necesidades. Pues bien; nosotros, en primer lugar, salvamos la gran distancia que nos separa de Dios y nos ponemos en relación con él por medio de la luz de la razón, de ese destello de la Divinidad, que el mismo Dios nos envía, y que constituye el sello divino de nuestras almas en expresión del real Profeta: *Signatum est super nos lumen vultus tui Domine.* Luz admirable, señores, que nos permite ver á Dios en todas partes, y por doquier nos muestra las huellas de su divina influencia. Luz penetrante y clarísima, por cuyo medio podemos leer en el gran libro de la naturaleza; y por la sublimidad y elocuencia de su lenguaje venimos en conocimiento del Autor divino que lo escribió. Ved, sinó, como al observar la hermosura de una flor, la frondosidad de un paisaje, la espesura y lozanía de vuestros sembrados, el maravilloso instinto de ciertos

animales, la ordenada sucesión de los dias y las estaciones, el asombroso poder de los elementos y las fuerzas todas de la naturaleza; ved, repito, como al ver todas estas cosas, vuestro pensamiento se levanta de la tierra, sube hasta el cielo y exclamais sin poder conteneros: ¡Bendito sea Dios! ¡Alabado sea Dios! que es como si dijérais: ¡Cuánta será la hermosura y la belleza de Dios, cuando ha criado cosas tan hermosas y tan bellas! ¡Cuánta será la vida, la bondad y la riqueza de Dios! cuando tan á manos llenas la derrama sobre la tierra! ¡Cuánta será la inteligencia y la sabiduría de Dios, cuando ha sabido ordenar tantos, tan grandes y tan variados seres, con no menos diversos y encontrados movimientos, de una manera tan fija, tan estable y harmónica! ¡Hasta dónde llegará el inmenso poder de Dios, cuando á tanto llega el de los elementos creados, cuando tan imponente es el poder del aire, del agua, del fuego y de la tierra! ¡Bendito sea Dios! ¡Alabado sea Dios! Esto es, recibid, Señor, el testimonio de nuestra admiración y del más profundo reconocimiento. Es decir, hermanos mios, que Dios se nos manifiesta, se nos dá á conocer, nos habla en cierto modo por medio de sus obras; que estas publican sin saberlo y cada una á su modo la majestad y la gloria de Dios; que nosotros, por medio de la razón entendemos su lenguaje, interpretamos sus signos, nos apoderamos de sus bellezas, de sus primores, de sus cánticos, de sus harmonías y de sus grandezas; y desde el altar de nuestro corazón las devolvemos á Dios, las ofrecemos á Dios en holocausto de gratitud y reconocimiento. De modo que el hombre viene á ser un mediador entre la naturaleza y Dios, una especie de sacerdote, que ofrece á Dios en nombre de los demás seres, lo que estos no pueden ofrecerle, porque tampoco son capaces de conocerle.

Pero, si todos los hombres pueden entender más ó menos el lenguaje divino de la naturaleza, no todos pueden entender el lenguaje divino de la Revelación. Si todos pueden ofrecer á Dios los dones y los misterios del orden natural, no todos pueden ofrecerle los misterios y los dones del orden sobrenatural. Esto sólo es dado á ciertas y determinadas personas, favorecidas especialmente por el Autor de la Revelación, y positivamente designadas por el divino Fundador de los sacramentos. Por lo tanto, así como el mundo material necesita de un mediador que le ponga en comunicación con Dios como Autor de la naturaleza, la humanidad á su vez necesita también otro mediador que la ponga en relación con Dios,

como Autor del orden sobrenatural de la gracia y de la gloria. Por eso reconocían sus mediadores los hebreos en la tribu de Leví y en la privilegiada familia de Araon. Por eso los tenían también los pueblos gentiles, bajo los nombres de magos, oráculos, augures y arúspices. Por eso los tenemos también nosotros bajo el respetable nombre de sacerdotes ó ministros del Señor.

¡Sacerdotes y ministros de Dios! ¡Qué títulos tan expresivos y elocuentes, hermanos mios! Sacerdote, esto es, el dador de las cosas santas, el dispensador de los divinos misterios, el depositario de los sagrados derechos, el encargado de llevaros como por la mano, desde las apartadas y penosas regiones del destierro, hasta las delicias del hogar paterno, hasta los cariñosos brazos del Padre celestial: el que por medio de los Santos Sacramentos, os otorga el derecho de nacionalidad en los dominios sobrenaturales de Dios, y el derecho de ciudadanía en la mística Ciudad de Dios, y la consideración de amigos en la íntima sociedad de Dios, y la investidura de hijos con el derecho de herederos en la casa y familia de Dios: el que nos comunica, en fin, el amor de Dios en el bautismo, la misericordia de Dios en la penitencia, la sabiduría de Dios en el púlpito, y la misma substancia de Dios en la Eucaristía.

Ministros del Señor: esto es, los más próximos, los más inmediatos servidores de Dios en la tierra: los que hacen las veces de Dios entre los hombres: *Sicut misit me Pater, ita et ego mitto vos* los intérpretes de la voluntad divina en el gobierno espiritual del mundo: los pastores de la grey querida del Señor: los encargados de ofrecer por vosotros, por vuestros pecados, la sagrada hostia de propiciación, el augusto sacrificio del Cordero sin mancilla, el sagrado Cuerpo y la Sangre adorable de nuestro divino Redentor: *Ut offerat dona et sacrificia pro peccatis:* los que en nombre de Dios os enseñan: *docentes eos:* los que en nombre de Dios os conminan y reprenden: *Qui vos audit me audit; qui vos spernit me spernit;* los que en nombre de Dios os perdonan: *Quorum remisseritis peccata remituntur eis;* los que en nombre de Dios os consuelan; los que en nombre de Dios os bendicen; los que en nombre de Dios os santifican; los que en nombre de Dios salen á recibiros á las puertas del templo cuando venís á este mundo, y van á despediros á las puertas de la eternidad cuando lo abandonais. ¿Véis, amados oyentes, como por medio del sacerdote nos ponemos constantemente en relación sobrenatural con Dios? ¿Véis como su ins-

titución está en perfecta harmonía con la necesidad que tenemos de un mediador, así como el Patrono lo está con la necesidad que tenemos de protección y auxilio?

Sí, hermanos mios; tan digna, tan importante, tan sagrada es la misión del sacerdote: tan sagrados, tan importantes, tan dignos son los oficios que desempeña en nombre de Dios y en obsequio vuestro. Ved, pues, si será digno de vuestro respeto, de vuestra consideración y de vuestro cariño. ¿Qué importa que haya algunas deshonrosas excepciones? ¿Qué importa que algunos, como yo el más indigno de todos, manchen la santidad de su estado con el lodo de sus prevaricaciones? En primer lugar, no son tantas ni tan criminales sus faltas como pretenden nuestros adversarios. En segundo lugar, el valor, la eficacia y la santidad de los sacramentos son independientes, por sabia disposición divina, de la conducta privada de sus ministros. Y, por último, así como el sembrador merecerá siempre los honores de tal, aún cuando siembre con las manos sucias, así también el sacerdote merecerá siempre los honores, el respeto y la consideración de ministro de Dios, aún cuando al sembrar su doctrina y administrar sus sacramentos, lo haga con lengua sucia y corazón corrompido. El mal no será para vosotros, será para él, que en su día dará estrecha cuenta y pagará muy caro, sí, muy caro, el olvido de su santidad y el desprecio de sus deberes.

Ya lo oyes, nuevo ministro de Dios, que penetras por vez primera en el *Sancta Sanctorum* del nuevo Testamento: ya lo oyes, tu dignidad es muy grande, tu puesto en la milicia cristiana muy elevado, tus facultades en el Reino de Dios inmensas, tu influencia en la Corte celestial poderosa. En tu mano estarán las llaves de los divinos tesoros de la gracia, las llaves del perdón y la misericordia, las llaves del consuelo y la esperanza, las llaves de la santidad y la justicia, la llave del Reino de los Cielos: *Dabo vobis claves regni cælorum*. ¡Qué más! hasta el mismo Rey de la gloria vá á estar obediente al poder sobrenatural de tu voz: dentro de poco pronunciarás unas sencillas palabras, que apenas percibirán los que estén á tu lado; y esto no obstante, su eco resonará en los ámbitos del Cielo, y el Dios de los ejércitos descenderá de las alturas del Empíreo á depositarse en tus manos. Pues bien: ministerio tan sublime reclama una humildad profunda, una ciencia vasta, una prudencia exquisita, y sobre todo, una vida ejemplarísima. Que el

Señor te conceda estos dones, y seas con ellos una dulce satisfacción para el venerable autor de tus dias, una consoladora esperanza para tu honrada familia, un timbre de gloria para el pueblo que te vió nacer, un ilustre campeón para la Iglesia militante, y un elemento civilizador para la sociedad en general.

Hé concluido, mis queridos hermanos: sólo resta que sepamos aprovecharnos de los beneficios del Patrono y de la mediación del sacerdote; que no sean estériles por culpa nuestra tan excelentes medios de salvación; que procuremos imitar la humildad, la abnegación y fortaleza del Bautista; que escuchemos con docilidad y sigamos con resolución las enseñanzas evangélicas del sacerdote, los frecuentes y saludables avisos que Dios nos dirige por medio de sus sagrados ministros. Hacedlo así, hermanos mios, y vereis qué tranquilidad tan inalterable en medio de las agitaciones de la vida, qué esperanza tan dulce en medio de las angustias de la muerte, y qué felicidad tan cumplida al cabo de vuestra peregrinación.

ASÍ SEA.

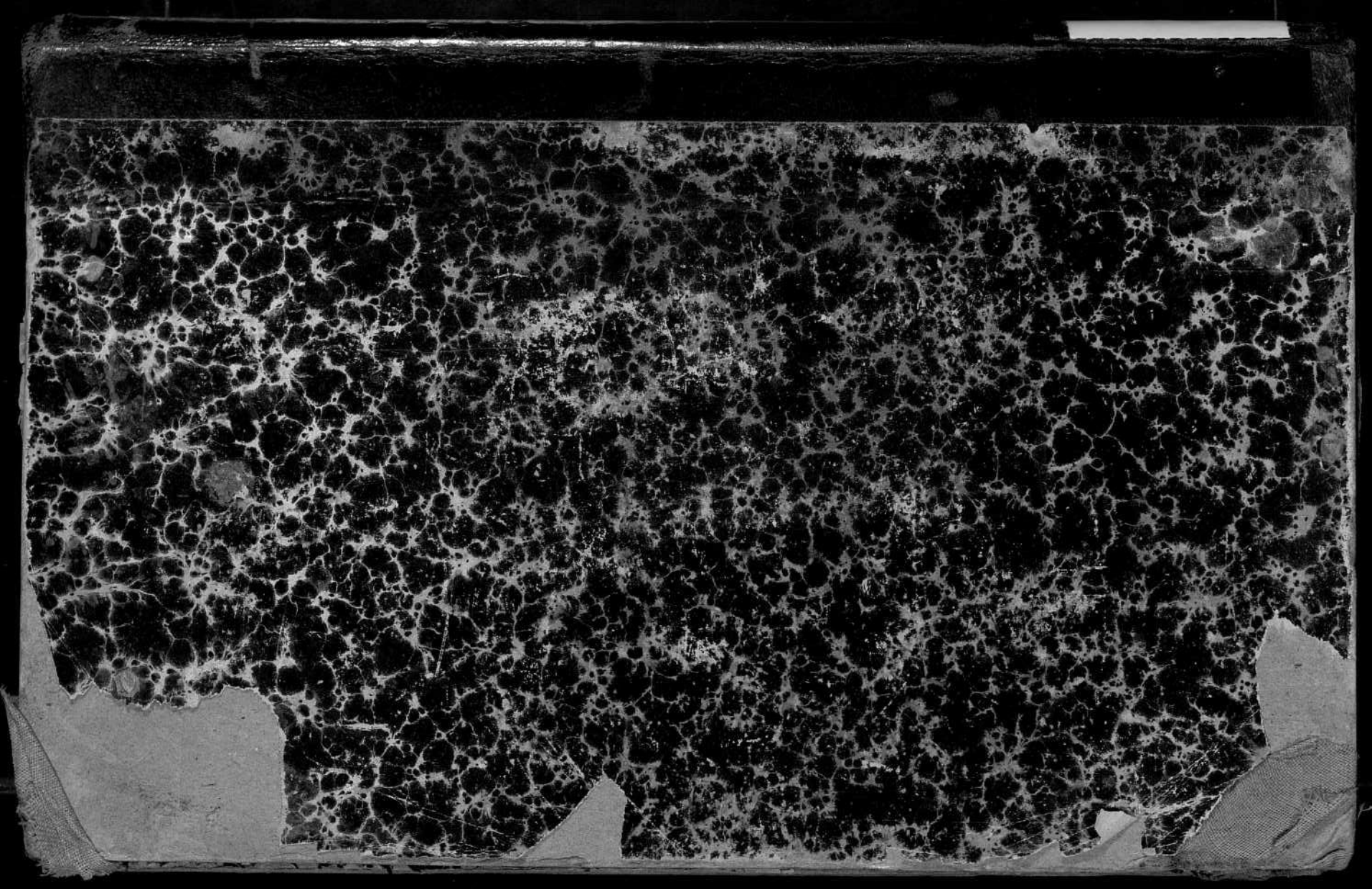
ÍNDICE

SERMONES	Páginas.
I. . . . De la Santísima Trinidad.	11
II. . . . De la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. . .	25
III. . . De Jesucristo, como Camino de nuestra Salvación.	39
IV. . . Del Sagrado Corazón de Jesús.	53
V. . . . Del Mandato.	67
VI. . . . De la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. . . .	81
VII. . . De la Sagrada Eucaristía.	93
VIII. . . De la Sagrada Eucaristía.	107
IX. . . De la Ascensión del Señor.	117
X. . . . De la Inmaculada Concepción de María, como dogma.	127
XI. . . De la Inmaculada Concepción de María, como ideal de verdadero y progresivo perfeccionamiento. .	135
XII. . . De la Inmaculada Concepción de María, como enseñanza y ejemplo para la educación de los hijos. .	149
XIII. . . De la Inmaculada Concepción de María, como Madre de la juventud de ambos sexos.	161
XIV. . . De la Inmaculada Concepción de María, como Patrona de los artesanos.	175
XV. . . De la Inmaculada Concepción de María, como Patrona de un establecimiento científico.	191
XVI. . . De la Natividad de la Virgen María..	203
XVII. . De la Expectación de la Santísima Virgen.. . . .	215
XVIII. . De la Purificación de Nuestra Señora.	229
XIX. . . Del Purísimo Corazón de la Virgen María. . . .	243
XX. . . De Nuestra Señora de la Paz.	257
XXI. . . De la Virgen María, como Reina de la naturaleza, de los hombres y de los ángeles.	269

XXII. . De los Dolores de la Santísima Virgen. 281
XXIII. . De la Profecía de Simeón. 295
XXIV. . Jesús con la Cruz á cuestas. 303
XXV. . María al pié de la Cruz. 315
XXVI. . De la Soledad de la Santísima Virgen. 329
XXVII. . De la Asunción de la Santísima Virgen. 343
XXVIII. De San José, como Patrono de los niños asociados á la Catequesis.. 355
XXIX. . De San Agustín.. 365
XXX. . De Santa Cecilia, como modelo de la fé que deben tener los músicos. 385
XXXI. . De Santa Cecilia, como modelo del amor que deben tener los músicos. 401
XXXII.. De Santa Bárbara, como Patrona de los mineros. . 417
XXXIII. De San Juan Berchmanhs, S. J. 437
XXXIV. De Santa Catalina, Virgen y Martir, como Patrona de la Universidad de Oviedo. 453
XXXV. . De una solemne Profesión Religiosa. 465
XXXVI. De una Misa nueva. 477
XXXVII De otra Misa nueva. 493

ERRATAS NOTABLES

Página	Línea	Dice	Debe decir.
122	30	inmortal	mortal
252	21	serenidad	severidad



J. A. VEGA

DISCURSOS

ORATORIO

G 18202